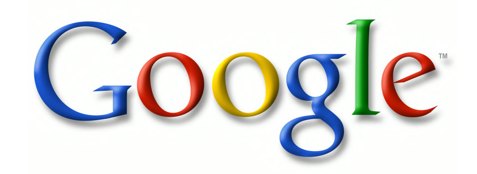
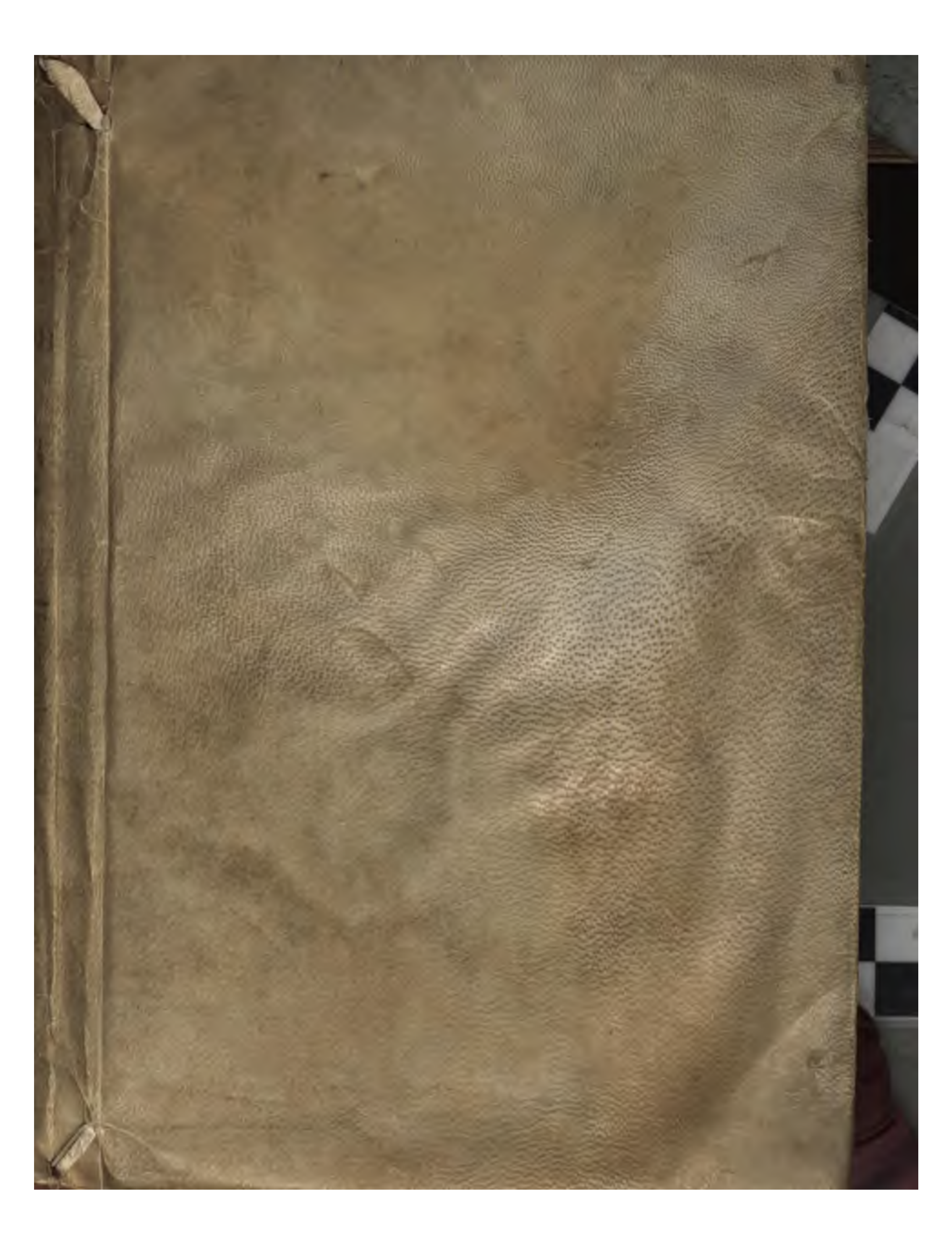





STANFORD UNIVERSITY
LIBRARY

HISTORIA

DE LA

Revolucion Hispano-Americana:

POR

D. Mariano Torrente,

AUTOR DE LA GEOGRAFÍA UNIVERSAL.

TOMO III.



In tantis vitiis hominum plura culpanda sunt quam laudando: tum si laudaveris, parcus; si culpaveris, nimius fuisse dicaris, quamvis illud plenissime, hoc restrictissime feceris. Sed haec non me retardant: est enim mihi pro fide satis animi.

CAI PLINII SECUNDI EPIST. 8.ª LIB. V.

Madrid:

Imprenta de Moreno, plazuela de Afligidos, núm. 1.

1830.

Será denunciado como furtivo todo ejemplar que no lleve la siguiente rúbrica.



CAPITULO PRIMERO.

BUENOS-AIRES: 1820.

Noticias preliminares á la historia de Buenos-Aires de 1820. Invasion de los portugueses en la banda oriental, principiada en 1816. Relaciones diplomáticas i protesta de la corte del Brasil. Rápida reseña de Artigas. Liga de federalistas contra los centrales. Apoyo de estos en su misma union i en su hermandad masónica. Maniobras del enviado argentino, Gomez, cerca de la corte de Francia para coronar Rei de Buenos-Aires á S. A. R. el Duque de Luca. Declaracion de guerra por Artigas á dicha capital de Buenos-Aires. Separacion de las provincias. Fuga de Pueirredon con sus satélites. Elevacion de Rondeau al mando supremo. Derrota de Balcarce por Ramirez. Deposicion del citado Rondeau i delegacion del mando en el ayuntamiento. Eleccion popular de Sarratea para gobernar el Estado. Armisticio de Lujan. Tratado de paz del Pilar. Preparativos de Balcarce para sostener el moribundo partido de la Logia Pueirredoniana. Su entrada en la capital. Nuevos alborotos para colocarle al frente de los negocios. Encuentro desgraciado de Balcarce con las tropas del opuesto bando, i su fuga. Aparicion del nuevo campeon don Cárlos Alvear. Estado lastimoso de estos paises á fines de 1820.

Como el objeto principal de nuestra historia es el referir los sucesos de la revolucion de América en cuanto tienen relacion con las armas españolas, nos hemos abstenido de hablar

de Buenos-Aires por lo relativo á los años 1817, 1818 i 1819, ya porque habia cesado en aquel pais la influencia de la metrópoli, i ya por que lo ocurrido durante la citada época podia ser incluido como preliminar del presente capítulo, que por su importancia debe empeñar mas que otro nuestra atencion. Para describir pues dignamente esta época en medio de la concision que nos hemos propuesto, esplicaremos las razones que prepararon el horroroso caos, en que las provincias del Rio de la Plata quedaron envueltas.

Los portugueses habian atacado la banda oriental á fines de 1816 sin que el gobierno español hubiera sido consultado para esta agresion: fueron sus miras ostensibles las de proteger al Brasil de las ideas subversivas que reinaban en dicha banda oriental; pero como se recelase que la ambicion tenia en ella mas parte que la política, se protestó S. M. C. contra una invasion, tanto menos esperada cuanto que ácia el mismo tiempo se habia enlazado en matrimonio con una augusta princesa de la casa de Braganza. Las potencias aliadas tomaron parte en esta cuestion diplomática á favor de los derechos de la España; i se vió con la mas agradable satisfaccion la declaracion del gobierno brasileño, que ponia en claro los nobles sentimientos de que estaba animado, i la promesa formal de tener aquellos dominios á la disposicion de S. M., para cuando se hallase en estado de hacer respetar su autoridad en el vireinato de Buenos-Aires.

Cuando los portugueses se presentaron delante de Montevideo estaba aquella ciudad ocupada por las tropas de Artigas; de ese gefe bullicioso i emprendedor, que al favor del prestigio que ejercia entre las gentes de la campaña, habia llegado á hacerse temer del gobierno de Buenos-Aires, i á arrancarle dicho dominio. Ese indomable revolucionario, batido unas veces, i vencedor las mas, sostuvo una guerra activa con los portugueses hasta el año 1820 en que fue completamente derrotado por el general portugues Villanueva en la orilla izquierda del rio Tacuarembo en 22 de enero, de cuyas resultas cruzó el Uruguai con cinco ó seis de sus mas

adictos, i se refugió al Paraguai, en donde espiraron sus gigantescos proyectos.

Habia sido tan ambigua su condùcta en varias circunstancias, que parecia obrar en unas á favor de la independencia i en otras en obsequio del Soberano español; pero siempre contra el partido portugues. Mas de una vez se engañaron los mismos españoles, al ver que á un mismo tiempo hacia la guerra á dichos portugueses i á los insurgentes de Buenos-Aires: esta creencia dió lugar á una conspiracion concebida por los realistas de Montevideo en 1819, la que habiendo abortado por la falta de concurrencia del incomprensible Artigas envolvió la ruina de mas de 100 individuos, que fueron arrestados, i de otros muchos que fueron tambien arrojados del pais por el general Lecor.

Los verdaderos planes del citado caudillo eran los de no obedecer autoridad alguna en la tierra, i de egercer un dominio arbitrario i despótico sobre el pais. Como estas ideas se hallaban en contradiccion con las de los gobernantes de Buenos-Aires, que querian dictar leyes á todas las demas provincias, se dedicó con infatigable celo i constancia á protejer el sistema de federalismo, que debia asegurarle la libre posesion de la banda oriental. Tomó con este motivo el título de protector de la federacion, i fue el abrigo de todos los revolucionarios descontentos, i aun de varios gefes de opinion é influjo, que habian sido arrojados de sus mandos por nuevas facciones.

Se hallaban entre estos últimos Carrera, Alvear, Ramirez i otros, que guiados por principios de odio i animosidad contra el director supremo Pueirredon, entraron gustosos en los proyectos desorganizadores, i lograron finalmente encender la tea de la discordia por toda la estension de dicho vircinato.

El enunciado Pueirredon habia sabido conservarse en el mando desde el año 1815 hasta principios de 1820. El apoyo de los congresistas del Tucuman, i sucesivamente el de la gran logia masónica; sus no pequeñas luces, i la astucia i

refinada malicia de su secretario Gregorio Tagle le hicieron triunfar de todos sus rivales, i le mantuvieron en la silla dictatorial mas tiempo de lo que debia esperarse de un pais insurreccionado, en el que con tanta frecuencia se habia visto la súbita mudanza de los primeros gefes del estado.

Si el espíritu de partido hubiera enmudecido ante los intereses generales, debiera Pueirredon haber adquirido en el templo revolucionario un nombre glorioso. Haber sabido sostener la nave corsaria enmedio de tantas borrascas, era empresa que requeria estraordinarios talentos, un valor á toda prueba i un refinamiento de política, si bien era esta generalmente mas conforme con las máximas maquiavélicas que con la razon i la justicia. Varias veces estuvo el estado para disolverse, i Pueirredon lo sostuvo. Se habia tratado ya de enviar diputados á España para reconocer el gobierno legítimo, i Pueirredon supo frustrar esta atrevida providencia.

Cuando llegó á persuadirse de la imposibilidad de resistir á las armas del Rei, que amenazaban una próxima invasion en aquel territorio, ayudó á introducir con sus intrigantes i artificiosos manejos el fuego de la sedicion entre las tropas españolas, destinadas á la reconquista de este pais; i á su pestilencial influjo se debió en parte la rebelion denominada de la isla de Leon, cuyas fatales consecuencias quisiéramos borrar de nuestra memoria.

Don José Valentin Gomez, que por dicho Pueirredon habia sido enviado cerca de la corte de Francia como representante de aquella república, empezó ya á manejar relaciones diplomáticas en el mes de mayo de 1819 (1) con el mi-

(1) Estamos mui distantes de criticar por precipitado juicio la conducta del gobierno francès, aunque alguno de sus individuos hubiera entrado en la clase de confianzas que enumera el proceso que se instruyó en 23 de febrero del año 1820 contra las autoridades que fueron derribadas en la revolucion ocurrida en el mismo mes. Las ideas que vertimos sobre este particular han sido sacadas del citado proceso que se imprimió á aquella sazon en Buenos-Aires. Nos inclinamos á creer que estos documentos son apócrifos, é inventados por los insurjentes

nistro de relaciones estrangeras baron de Reneval, quien, segun los despachos de aquel emisario, habia formado el proyecto de coronar Rei de Buenos-Aires á S. A. R. don Cárlos Luis de Borbon, duque de Luca. Prometia aquel ministro obtener el consentimiento de nuestro augusto Soberano el señor don Fernando VII, paralizar la formidable espedicion que se iba preparando en Andalucia, conceder á dicho Príncipe toda clase de ausilios para ceñir la corona, i facilitar su enlace con una de las augustas princesas de la casa de Braganza, para obtener por este medio la cesion de la banda oriental, i formar un reino unido de todos aquellos inmensos paises.

Si verdaderamente se concibió este proyecto, fue una emanacion de las conferencias del congreso de *Aquisgran*, en el que parece trataron seriamente de la revolucion de América los miembros que lo componian, i espresaron una casi unánime opinion de la conveniencia de establecer monarquias en la América del Sur. Siendo estas las ideas que regian en los varios gabinetes europeos, no seria de estrañar que aprobasen el proyecto del baron de Reneval, de que se hace mencion, contando con la sancion del Soberano legítimo de aquellos dominios.

Las autoridades que gobernaban el timon de los negocios en Buenos-Aires á fines de 1819, i aun el mismo congreso oyeron con agrado i satisfaccion unas propuestas tan ventajosas en aquella época, en la que se esperaba por momentos la llegada del conde del Abisbal con sus formidables legiones espedicionarias.

El indomable Artigas, que llegó á traslucir la próxima reconciliacion de brasileños i buenos-aireños, declaró á estos

---

para desacreditar la faccion caida, mas bien que á atribuir al gabinete de las Tullerías planes de atacar la soberanía del Monarca español. Séanos pues permitido con esta protesta seguir el hilo de aquellos acontecimientos, del modo que fueron entonces presentados al mundo político.

últimos la guerra i tremoló el estandarte de la rebelion contra aquella capital. Habian sufrido las provincias todos los efectos del rigor i de la opresion de sus mandatarios, empeñados en mantenerlas uncidas á su yugo, valiéndose de todos los resortes de la intriga i perfidia, siempre que era necesario recurrir á ellos para no perder su pretendida supremacía.

Córdoba fue la primera que proclamó su separacion, i á su consecuencia se pronunciaron por el mismo sistema el Tucumán, Entrerios, Santa Fé, i sucesivamente las demas provincias, hasta el punto de quedar dichos mandones de Buenos-Aires reducidos á los estrechos límites de su distrito. Empero conociendo aquellas la necesidad de coligarse para oponer un dique al impetuoso torrente de dicha soberbia capital que, aunque aislada, tenia fuerzas bastantes para inundarlas de sangre i horrores, se pusieron bajo la proteccion del general Artigas, i se presentaron bajo una actitud tan imponente, que temeroso el director supremo Pueirredón de los efectos de aquel volcan, se embarcó de secreto para Montevidéo en una fragata anglo-americana, con su digno secretario Gregorio Tagle, i con otros varios de sus secuaces.

Al dia siguiente de la forzada espulsion de dicho director, que fue el 1º de febrero, subió á aquel elevado puesto el general Rondeau con las mas ámplias facultades del mismo congreso, para que tomando en consideracion el estado crítico del pais adoptase las medidas mas eficaces que le dictasen su celo i la conveniencia pública. Aunque el dominio de este nuevo gefe duró solo siete dias, fueron marcados sin embargo con prisiones i destierros i con toda clase de tropelías i violencias. Se nombró á este tiempo á don Miguel Soler, general en gefe del ejército esterior, i se dedicó la pública atencion á poner la capital en estado de defensa.

El general Ramirez, que mandaba las fuerzas orientales, batia en el entretanto en la cañada de Cepeda al ejército directorial, mandado por Balcárce, quien se vió precisado á retirarse dejando sobre el campo de batalla un número consi-

derable de muertos i de heridos. Creyendo el victorioso Ramirez que habia perecido en la refriega el general del opuesto bando, intimó al coronel Rolon se rindiera á discrecion en el término de dos horas si queria evitar los desastres de su brazo vengador; i ofició al mismo tiempo al ayuntamiento de Buenos-Aires para que salvára aquella ciudad de todos los horrores de la guerra civil, ofreciéndole suspender por ocho dias las operaciones de su ejército, cuyo tiempo parecia suficiente para deliberar con la debida cordura.

No habia contestado todavía el ayuntamiento á las comunicaciones de Ramirez, cuando recibió otras del general Soler desde el puente de Márquez con fecha del 10 de febrero, en que le avisaba que las legiones federales pisaban ya el terreno de Lujan para derribar un congreso que á nadie representaba, puesto que las provincias se habian separado de él, i á un director, cuya autoridad no era reconocida fuera de las murallas de aquella ciudad.

Amenazaba asimismo no deponer las armas hasta que hubieran sido separados de sus destinos los empleados del gobierno, por considerarlos ligados á la faccion de Pueirredón, i esclavos de aquella lógia, que era mirada por todos con horror. Le intimaba asimismo la necesidad de que dicho ayuntamiento reasumiese el mando soberano, i dejase al pueblo fijar con toda libertad sus destinos, protestando no ser otros sus votos, ni los del general Ramirez que la armonía general i la felicidad de la patria.

Comunicados estos despachos al congreso i director supremo interino Rondeau, depusieron el mando ámbos poderes en manos del referido ayuntamiento en el dia 11; i ya al siguiente salió una comision de tres individuos de su seno para sentar con el general Ramirez las bases de una transacion que terminase aquellas discordias. Habiendo llegado dichos comisionados al cuartel general de Ramirez en el dia 15, recibieron por única contestacion la negativa de tratar con ellos por no haber emanado sus poderes de personas nombradas

vehementes deseos de vengar aquel ultraje. ...
el ejército esterior, combinado con el oriental
burlar cuantos esfuerzos hiciesen para sostener
dominio.

Las tropas directoriales, despues de su derrota
pos de Cepeda, iban navegando por el rio Paran
distancia de la capital de Buenos-Aires, i espues
enemigo victorioso les embarazase el desembarco:
cuidados del ayuntamiento era su incertidumbre s
ido que tomaria el general Balcárce. La ciudad con
sola fuerza de cuatro batallones de esclavos que se
vantado en aquellos dias para llenar el hueco de
que habian salido á reforzar los ejércitos de afue
laba pues otro recurso á los capitulares que el
ei que quisieran dictarles los invasores.

Habiendo desterrado á todos los sugetos á qui
comprender el decreto de proscripcion, intimado
leralistas, avisaron al pueblo por medio de los
barrio para que en cabildo abierto se eligiese
provisional hasta que convocados los habitantes
maña se fijase definitivamente la forma que deb
unido con efecto el pueblo en la sala capitular
de ella los individuos del ayuntamiento, escep

miento, i para tomar las medidas que considerasen conducentes al logro de una paz honrosa i duradera.

Habiendo dado principio á sus funciones esta junta electoral el dia 17 del citado mes de febrero, que fue al siguiente del de su eleccion, nombró por gobernador interino del Estado á don Manuel de Sarratea, con encargo al alcalde que presidia la votacion, de que mandase la provincia en clase de interino, hasta que dicho Sarratea, que se hallaba entonces á seis leguas de distancia, hubiera prestado el juramento de estilo, i tomado posesion. Aunque dicha junta declaró que no hallaba motivo para decretar la remocion del ayuntamiento, adoptó sin embargo á los dos dias una medida diametralmente opuesta, que se creyó dictada por los generales Ramirez i Soler, i fue la de nombrar capitulares nuevos desde el primer alcalde hasta el último regidor.

Mientras que la junta de representantes elegia en Buenos-Aires un gobernador de la provincia, i el ayuntamiento escribia todo lo ocurrido á Ramirez i Soler, estaban estos dos generales estipulando en la villa de Lujan un armisticio de tres dias que firmaron en 17 de febrero, conviniendo entre otras cosas en no dejar en su empleo á ningun individuo de la administracion depuesta. Sarratea, que acababa de llegar á la ciudad i de tomar posesion de su gobierno, cuando llegaron las noticias de dicho armisticio, encargó interinamente el mando al mayor general don Hilarion de la Quintana, i salió al momento para la capilla del Pilar, en donde le esperaban los dos gefes de las fuerzas orientales, con el objeto de ajustar un tratado definitivo de paz entre el pueblo de Buenos-Aires i las provincias de la Union.

Se firmó con efecto dicho tratado por el que prometieron combinar sus armas para el establecimiento del gobierno federal, i para la persecucion del partido de Pueirredon i demas prosélitos de la lógia masónica: se arreglaron asimismo otros artículos relativos á los puntos que habian de ocupar las tropas orientales, i á los recíprocos ausilios que debian prestarse.

La noticia de este importante suceso derramó un consuelo vivificador sóbre los habitantes de la capital, que creyeron ver terminadas las furiosas discordias que los tenian en un continuo sobresalto, i les hacian temer que iban á ser sepultados en el abismo de ambiciosas pasiones la vida, la hacienda, i los intereses de la decantada patria; mas esta halagüeña perspectiva cesó bien pronto, i volvieron á aparecer espantosas nubes que amenazaron una completa disolucion del Estado.

Se congratulaba Sarratea consigo mismo al considerar que habia restablecido la paz i la tranquilidad en aquellas provincias, i contaba con la seguridad de su gobierno (mientras que los tres diputados nombrados por las provincias con arreglo al artículo 1º del trarado del Pilar, acordasen los medios mas conducentes á la felicidad del pais), cuando hubo de volver toda su atencion ácia un enemigo peligroso, á quien habia considerado con menor importancia de la que convenia dar á quien tenia en sus manos una respetable division decidida i entusiasmada.

Era este el caudillo Balcarce, titulado general en gefe del ejército del Norte, que con la columna que habia salvado del descalabro de Cepeda, se habia embarcado el 15 de febrero en el puerto de San Nicolas. Llevaba ya cinco dias de navegacion por el rio Paraná, cuando recibió en las cercanías de Zarate un espreso de Soler, por el que se le instruia del armisticio de tres dias, celebrado con los orientales, i se le prevenia la necesidad de retrogradar al punto de su salida ó de quedar estacionado, i de suspender todo acto de hostilidad contra las fuerzas combinadas, hasta nueva disposicion.

Quedó sobrecogido el espíritu de Balcarce de la mas justa alarma; i persuadido de que los tiros de los reformadores se dirigian esencialmente contra todos los individuos que hubieran figurado durante la antigua administracion, entre los que ocupaba él un lugar distinguido como elevado miembro de la lógia i hechura predilecta de Pueirredon,

trató de oponerse con todas sus fuerzas á los nuevos partidarios, cuya autoridad era incompatible con la suya. Habiendo principiado á mostrar su disgusto con quejas al general Soler por haberle dejado ignorar tanto tiempo aquel importante acontecimiento, i con reconvenciones á Ramirez sobre violacion de territorio por las tropas orientales, desembarcó en el puerto de *Campana*, desde donde mandó publicar estas mismas comunicaciones, asi como el acta de la junta militar, presidida por el ex-director Pueirredon, en que él había votado por la guerra contra el gobierno del Brasil, pretendiendo fijar con estos documentos su vacilante opinion, i se puso en camino para la capital de Buenos-Aires.

Se hallaba ya el 1º de marzo en sus cercanías, i deseoso de esplorar la disposicion del pueblo con respecto á su persona, hizo alto en los Olivos, desde cuyo punto despachó á la junta electoral un oficio firmado por los gefes principales, en el que trató de indagar la opinion de dichos representantes sobre su entrada en la citada ciudad. Reunidos en el mismo dia el gobernador de la provincia, el cabildo i la junta electoral, se resolvió que fuera contestado aquel oficio con los mas cordiales testimonios de agrado i satisfaccion acerca de la conducta que habian observado las tropas de Balcarce en circunstancias tan espinosas.

Habiéndose determinado el referido Balcarce á hacer su entrada con tan franca salvaguardia, fue recibido con aclamacion general, i saludado con salvas de artillería. Presentado en la sala capitular, en la que le esperaban la junta i el cabildo, fue felicitado por el gobernador de la provincia sobre la ilustre campaña que acababa de hacer. Desde este dia siguió el estado de los negocios sin la menor alteracion hasta el 6, en que hallándose reunido el cabildo en la sala capitular, recibió una representacion firmada por 168 individuos, relativa á manifestar que el gobierno vigente no era de su confianza; porque sobre otras fundadas razones habia entregado armamento i vestuario al ejército fede-



ral, i que por lo tanto debia cesar en el momento, nombrándose en su lugar un sugeto de toda confianza que sostuviese el timon de los negocios con el pulso que requerian los apuros del Estado.

Franqueada la sala capitular para que el pueblo resolviese en ella lo que tuviese por mas conveniente á sus miras, salió electo por gobernador i capitan general de la provincia el coronel mayor don Juan Ramon Balcarce. Al dia siguiente volvió á reunirse el pueblo en la iglesia de San Lorenzo con el objeto de continuar las discusiones que habian quedado pendientes; pero fue tan grande el alboroto, que nadie se entendia, hasta que subiendo uno á la tribuna hizo la mocion de que cada barrio nombrase un diputado que fuera el órgano de su voluntad; i en el entretanto se acordó que se guardase religiosamente el tratado de paz firmado en el Pilar.

¡Cuántas reflexiones políticas arrojan las escenas populares de estos dias en Buenos-Aires! Iguales i aun mas sangrientas las ha habido repetidas veces en los varios estados de la América española. Esta es la felicidad que les han proporcionado los filosófos modernos. Ya el pueblo americano se ha ido desengañando mas ó menos tarde de los irreparables daños que ha sufrido desde el momento en que se dió el malhadado grito de la independencia. Ya pocos de los principales motores de esta rebelion sobreviven á los estragos que aquella ha producido; pero su memoria es un objeto de execracion para todos los que saben i pueden comparar el estado de aquellos paises bajo el dulce gobierno del Monarca español con la lastimosa decadencia i miseria que presentan en el dia. Empero son tan obvias estas reflexiones que nos parece escusado detenernos en ellas, i seguiremos por lo tanto el curso de los sucesos de Buenos-Aires en la desastrosa época de 1820.

El partido de la lógia, ó lo que es lo mismo, de Pueirredón, habia arrojado raices tan profundas en la capital de Buenos-Aires, que asomaba la cabeza enmedio de sus mas terri-

bles quebrantos. Rondeau habia sabido restablecerlo á principios de febrero, si bien el 11 del mismo mes habia sido derribado el altar erigido á aquel ídolo masónico. Balcarce volvió á entronizar dicho partido en 6 de marzo; pero se empeñó en sostener con tanto descaro sus planes é intrigas, i manifestó tan poca voluntad de observar el tratado de que se ha hecho mencion, que se atrajo mui pronto la odiosidad de todas las tropas, escepto de las que él tenia vendidas á su persona. Deseoso Ramirez de acabar con los restos de aquella faccion hacia sus preparativos para apoderarse de la capital, cuando llegaron á su cuartel general Soler, Sarratea i otros muchos enemigos de Balcarce i de Pueirredón, que habian debido fugarse en la noche del tumulto. Animado con tan firmes garantías dirijió proclamas por todas partes i convocó á los habitantes de la campaña para que concurriesen á engrosar sus filas.

No se descuidaba Balcarce por su parte en tomar las mas vigorosas medidas para resistir á tan poderosos enemigos. Repetidas órdenes al vecindario de Buenos-Aires para tomar las armas, ensayos no interrumpidos en ejercicios militares, proclamas i arengas diarias á todas las clases, infatigable celo para comprometer al pueblo en su partido, i rigurosa vigilancia para evitar la desercion que se habia hecho general: he aqui las armas de que se valió el atrevido Balcarce para asegurar su dominio.

Llegaron á este tiempo comunicaciones de Sarratea para el ayuntamiento desde el cuartel del Pilar, escitándole á abandonar al tirano i á derrocar de una vez la aristocrácia militar, la que dando la lei en los comicios públicos privaba al pueblo de los pretendidos derechos que tenia para nombrar libremente sus gobernantes; i terminaba sus despachos con manifestar que los federalistas no depondrian las armas hasta que hubiesen despedazado las cadenas con que los tenian aherrojados los déspotas militares.

Noticioso Balcarce de la aproximacion de sus contrarios, salió contra ellos despues de haber publicado una enérgica

proclama, dirijida á entusiasmar los ánimos de una poblacion que en lo general estaba poco dispuesta á segundar sus impulsos; pero el resultado de su encuentro fue cual podia esperarse de la debilidad de su partido. A los dos dias estaban ya los federalistas dentro de la ciudad de Buenos-Aires, i restablecido Sarratea á la cabeza del gobierno. Ya desde el dia 1º de marzo se habia difundido la noticia de que don Cárlos Alvear que habia manejado antes que Pueirredón la frágil nave de aquel Estado borrascoso, estaba para entrar en la referida capital; i como el dia 5 se hubiera sabido de positivo la ocultacion de dicho peligroso sugeto dentro de las mismas murallas, no pudo Sarratea tomar las necesarias providencias de arresto ó proscripcion contra él, porque al dia siguiente comenzaron las ocurrencias de Balcarce.

Apenas volvió Sarratea á colocarse al frente de los negocios desplegó toda la energía i actividad de su carácter contra los dos objetos de su mayor aprehension, que lo eran los referidos Balcarce i Alvear: para desconceptuar al primero hizo publicar los mas horribles cargos de tropelías, estorsiones, robos, perfidia i traicion. No le era tan fácil producir igual impresion con los ataques dirijidos al segundo, ya fuese por que sus defectos como mas añejos se tenian menos presentes, ó porque verdaderamente no fuesen de un carácter tan odioso como los cometidos por los demas gobernantes, ó porque sus ilustres hechos en la toma de Montevideo le hubiesen grangeado una aventajada opinion, ó finalmente porque se viese apoyado por un partido numeroso que embotaba los tiros de sus enemigos.

El citado Alvear que no habia hecho movimiento alguno durante el gobierno de siete dias de Balcarce, llegó á sazonar sus intrigas en el dia 26 del mismo mes de marzo en que se hizo nombrar general de las armas, i sacó violentamente de casa de Sarratea al general Soler, á quien puso preso á bordo de la fragata la Argentina. Enterado el ayuntamiento de estas tropelías ofició á Sarratea para que intimase á Alvear la dejacion del mando que habia usurpado, i que salie-

se sin la menor dilacion del territorio de la provncia. El modo con que aquel desempeñó esta comision fue el mejor comprobante de su debilidad: proponer á dicho contrario el plan de dirijirse al Perú á defender la patria contra los realistas, ó abandonar la provincia, ó elegir autoridades que reemplazasen dignamente á las constituidas, que fueron los adoptados para contener dicho Alvear; indicaban claramente la desconfianza de abatir el orgullo de aquel formidable enemigo. Sin que este hiciera caso de las intimaciones de Sarratea, salió de la ciudad llevándose consigo una fuerza respetable; i si bien entonces se vieron horribles decretos de proscripcion contra el nuevo Catilina, que asi era denominado en los papeles públicos, acreditaban mas i mas aquellas violentas medidas los impotentes esfuerzos de los gobernantes.

Esta fue la época de la mayor agitacion i ansiedad para la capital de Buenos-Aires. El gobierno con sus contínuas mutaciones estaba débil i estenuado, i habia perdido enteramente la fuerza moral; la tropa acostumbrada á quitar i poner autoridades no las respetaba ni temia, ni les guardaba la menor consideracion; el pueblo, mas tiranizado i mas envilecido cada dia, no era ya sino el juguete de los caudillos de los diversos bandos que lo tenian dividido. La ciudad tenia mui poca fuerza para su defensa; el estado se hallaba exhausto de fondos; Pueirredón desde Montevideo, i Balcarce i Rondeau desde la Colonia atizaban el fuego de los partidos; el ejército federal, contra lo tratado en el Pilar, permanecia en la provincia, i habia puesto su cuartel general en Lujan; Alvear no dejaba de hacer sus correrías en todo el territorio, i esperaba á Carrera que se hallaba á cuarenta leguas de distancia para atacar la capital en combinacion con sus tropas.

Todo hacia presagiar el mas funesto desenlace de la forzada posicion en que se hallaban las provincias del Rio de la Plata; algunas partidas portuguesas de la division del baron de la Laguna pisaban el territorio de la provincia de Entrerios, i amenazaban la capital del mismo modo que Alvear, Ramirez i Carrera. Este último, que sostenia el partido de los

federalistas, llegó á entrar en ella dictando una capitulacion deshonrosa; pero la evacuó mui pronto dejando encendida la tea de la discordia. Las oscilaciones políticas duraron todo el año de 1820, durante cuya época quedó la espresada ciudad entregada á todos los horrores de la anarquía, i envuelta en la sangre de sus hijos, siendo este el terrible fruto de dies años de sangrientos combates por adquirir una efímera libertad que la aristocrácia militar, la ambicion de los pretendidos sabios i el desenfreno popular convertian en mortífero veneno.

Cesaron por fin estas turbulencias á principios de 1821 con la creacion de un poder administrativo provisional, compuesto de los generales Rodriguez i Cruz, i de los ministros Rivadavia i García, i con la adopcion de un sistema representativo republicano, el cual decretando la inviolabilidad de la propiedad, la publicidad en los actos del gobierno, la amnistía general, tolerancia sin límites, i una reforma estensiva á todos los ramos, restableció por algun tiempo la confianza pública.



CAPITULO II.

PERU: 1820.

Estado del Perú á principios de 1820. Los insurjentes de Chile introducen el fuego de la seduccion, i los resortes de la intriga. Enérgicas providencias del virei Pezuela para rechazar la invasion proyectada por San Martin. Suspension de ellas á virtud de las noticias sobre las discordias de las provincias del Rio de la Plata, que hacian esperar no fuera turbada la paz en el vireinato de Lima. Graves atenciones del virei. Brillante estado del ejército del alto Perú, i sus victorias. Nueva conspiracion del coronel Gamarra en Tupiza. Victorias del comandante Ramirez i del coronel Antesana sobre las gavillas de facciosos que vagaban por la provincia de Cochabamba. Alarma en Lima por la certeza de llevarse á efecto la invasion por San Martin. Funestos efectos producidos en América por la constitucion publicada en la península. Disposiciones generales del virei, estensivas hasta Quito i Guayaquil. Llegada de San Martin á Pisco con su ejército. Negociaciones entre este caudillo i el virei, que no tuvieron mas resultado que un armisticio de ocho dias. Arenales sobre Ica. Derrota de Quimper en Nasca. Progresos de dicho Arenales. Victoria del coronel Pardo sobre Bermudez. Abandona San Martin el primer punto de su desembarco i se dirige á Ancón al N. de Lima. Sublevacion de Guayaquil. Pérdida de la fragata Esmeralda. Desgracias de la marina española en la mar del Sur. Ventajas conseguidas por el coronel Valdés en Chancaillo. Movimientos del mismo para situarse entre Are-

nales i Alvarado. Su retirada. Defeccion del batallon de Numancia. Progresos de la sedicion. Destruccion del brigadier Orcilli en el cerro de Paseo. Derrota de los indios sublevados en Huancayo por el brigadier Ricafort. Pacificacion de Huamanga, Huancavelica i Huarochiri por el mismo. Apurada situacion de los realistas. Conspiracion de la villa de Oruro, sofocada por el coronel Espartero. Otra suscitada por el coronel Lavin. Reflexiones sobre el estado de los negocios á fines de 1820.

Los asuntos públicos tomaron en este año un sesgo mui contrario á las esperanzas de los realistas. Las horribles discordias en que estaban envueltas las provincias del Rio de la Plata presentaban como impracticable la ejecucion del proyecto de invadir desde Chile el vireinato de Lima: las provincias del alto Perú se mantenian en la mas perfecta calma, sin que se hubieran ejercitado las armas del rei sino en choques parciales, constantemente gloriosos. La marina que habia podido reunirse en el Callao, aunque no era suficiente para destruir las fuerzas de Lord Cochrane, era capaz sin embargo de rechazar sus ataques. Las tropas parecian animadas de la mayor firmeza i entusiasmo; su fuerza efectiva no bajaba de 23Ꝺ hombres, si bien se hallaban esparcidos por un inmenso territorio de 500 leguas; todo pues hacia esperar que la autoridad real no habia de sufrir ningun desacato.

Empero el horizonte político se fue cargando poco á poco de nubes, i empezó á amenazar una próxima tempestad. Habian sido desembarcados en el año anterior de la escuadra chilena varios emisarios de San Martin, con el objeto de pervertir el espíritu público i de conmover las provincias: algunos habian sido aprehendidos; pero los mas seguian ejerciendo su pestífero influjo. Entre los perversos planes del citado caudillo habia sido concebido el de asesinar al virei cuando saliera á paseo, ó el de sobornar algun individuo de su familia para que le administrase un veneno entre los

manjares de su mesa. Un tal Pecet i Paredes estaban encargados de esta horrible ejecucion. Otro de los emisarios llevaba la comision de corromper algunos artilleros para que con los ingredientes que al efecto debia entregarles, desfogonase la artillería que se hallaba situada en la capital; i finalmente se emplearon todos los medios de la mas depravada malicia para introducir el desórden i asegurar su triunfo.

Fueron burladas sin embargo la mayor parte de estas infernales maquinaciones; mas el pais quedó estremecido con el fuego de la seduccion, i se aumentó con ella la inquietud i el desasosiego del gefe español, á quien el augusto Monarca habia confiado aquellos sus dominios. Veia que tenia que luchar mas bien con la intriga que con la fuerza; temia fundadamente que cuando el enemigo presentaba la cara habia de contar con el apoyo de la opinion.

Los pueblos del vireinato de Lima no habian probado todavia los efectos de la guerra civil, i mucho menos los estragos de la lucha por la independencia; asi no era estraño que se deslumbrasen con las halagüeñas promesas i con las bien tejidas frases de libertad i emancipacion de la metrópoli. Estaba por lo tanto decretado que este pais esperimentase igualmente los males de una ilegítima revolucion. Los peruanos habian sido felices hasta esta época, i se presentaban como un objeto de envidia para sus vecinos: era pues mui propio de su decantada filantropía i de su absurda creencia política contaminarlos con su mismo contagio.

Ocupaban estas serias consideraciones el ánimo del virei Pezuela, i conocia que era preciso poner á dura prueba hasta el último quilate de su valor i prevision, si habia de triunfar de la amenazada lucha: como hombre público no se le ocultaba la dificultad de resistir victoriosamente al primer desarrollo de un movimiento revolucionario; como militar no se le presentaba mas idea que la de morir con las armas en la mano antes que le fuera arrancada su autoridad por los rebeldes. El conocimiento de los peligros que le rodeaban, era su mejor ausiliar para precaverlos. Principió por animar con

elocuentes proclamas á las tropas i á los pueblos; situó aquellas en los puntos que creyó de mas utilidad i conveniencia para contener los embates subversivos; dió á todos los gefe las instrucciones mas urgentes i activas con presencia de cuantos lances pudiese ofrecer la próxima guerra: puso en el mejor estado de respeto i de defensa la capital, cuya conservacion creyó desde el principio absolutamente necesaria para que no decayese el prestigio real en aquellas dilatadas regiones; levantó fondos para subvenir á los gastos estraordinarios, escitó el celo de todas las corporaciones, i adoptó finalmente cuantas medidas de precaucion le sugirió su acendrada lealtad.

Entre las mas oportunas providencias dictadas para la mejor defensa del vireinato, se contó la de formar en Piura una division volante de 1500 hombres, que tuviese por objeto cubrir la costa del Norte i ausiliar á Guayaquil en caso de ser invadido por los chilenos. Se dieron asimismo las ordenes para que las fragatas Venganza i Esmeralda saliesen á dejar en Paita un cuadro de oficiales, sargentos i cabos, armamento, municiones i 50ϑ pesos para dicha division de Piura, i de que sin detencion pasasen á la boca de la ria de Guayaquil á obligar al comandante de la Prueba á cumplir las reiteradas órdenes que se le habian comunicado de salir con su fragata de aquel punto peligroso, en el que no podia por sí sola prestar servicios de importancia.

Se mandó asimismo que los batallones de Gerona i Centro que componian parte del cuerpo ausiliar intermedio entre Arequipa i el ejército del Alto Perú, vinieran á marchas forzadas sobre la capital; pero de resultas de una junta de guerra celebrada en 22 de marzo, á la que asistieron los generales La Serna, La Mar, Llano i Vacaro con presencia de las noticias recibidas sobre las discordias en que estaban envueltas las provincias del Rio de la Plata, se acordó que se descuartelase la tropa miliciana de Lima que habia sido puesta sobre las armas, que se suspendiera la formacion de la division de Piura, que el batallon de granaderos pasara á Gua-

yaquil, que el de Gerona regresara al ejército i el del centro á Arequipa.

Parece que en esta medida de reforma tuvo una parte esencial la penuria de fondos en que se hallaba el virei, i la creencia que prevalecia ácia este tiempo de que los insurjentes de Chile estaban demasiado embarazados con la anarquía de sus vecinos para que pudiesen acometer una empresa tan arriesgada, cual era la invasion del Perú. No sabia con efecto el señor Pezuela de qué medios valerse para cubrir las inmensas atenciones que le rodeaban por todas partes. El consulado, el comercio i varios pudientes habian hecho cuantiosos desembolsos, i ya no era fácil hallar en ellos la misma generosidad que en los primeros tiempos; fue preciso pues seguir la reforma i dejar en cuadro el batallon de Arequipa.

Se necesitaban 1960 pesos mensuales para cubrir las atenciones ordinarias del Estado: se agolparon á un tiempo urgentes reclamaciones del comandante de marina para pagar los atrasos de su departamento, del gobernador de Chiloe para poner aquella isla en un estado respetable de defensa, del comandante Benavides para seguir con vigor la guerra de Arauco, i finalmente del gobernador de Guayaquil, de los generales del ejército del Alto Perú, i del de reserva, i hasta del virei de Santa Fé i del general de Panamá que pedian todos á la vez dinero, víveres, armamento i vestuario.

Se agravó todavía la triste posicion de los negocios públicos con la noticia de la criminal insurreccion de las tropas situadas en Andalucía con destino á la pacificacion de América, que fue recibida á fines de mayo por un buque anglo-americano procedente de Baltimore i Montevideo. La opinion que ya habia principiado á estraviarse con los artificiosos manejos de los insurjentes progresó considerablemente con la idea de haber quedado paralizada esta fuerza, capaz de cortar de un golpe las esperanzas de los descontentos.

Por la parte del Alto Perú era mui diferente la situacion de los negocios. Aquel ejército compuesto de 6 á 70 hombres dominaba el pais en todas direcciones, i todos los pue-

blos obedecian sumisamente á la autoridad real. Los insurjentes de Buenos-Aires, sumidos en todos los horrores de una guerra intestina, tenian descubierta aquella frontera; asi pudo el general don Juan Ramirez que habia tomado de nuevo el mando á fines del año anterior, dirijirse ácia este mismo tiempo sobre Jujuí i Salta para llamar la atencion del enemigo i proveerse de ganado. Aunque no salieron al frente ejércitos reglados hubieron de resistir sin embargo las tropas realistas á una porcion de ataques impetuosos dirijidos por los gauchos formados en cuerpos, acostumbrados al fuego i á todos los riesgos de la guerra.

Daremos una breve idea de ellos en obsequio de los individuos que mas señalaron su actividad i bravura en esta corta campaña. Al levantar Ramirez su cuartel general de Tupiza en el dia 8 de mayo, dividió su ejército en tres columnas con orden de dirijirse simultáneamente á la Abra Pampa, que era el punto designado para la reunion: verificada esta continuaron la marcha ácia Jujuí, á cuyas inmediaciones llegaron el dia 24. El gefe de estado mayor Canterac, que desde el 22 se habia adelantado con parte de la caballería i la division de vanguardia, tomó posesion de aquella ciudad acuchillando algunas gruesas partidas enemigas que halló á su entrada. Continuando su movimiento sobre Salta tuvo ocasion de adquirir nuevos triunfos en el punto de Cuyaya, en el que se atrevieron á esperarle otros grupos de insurjentes, habiéndose distinguido en esta refriega el coronel Valdés, subinspector entonces de infantería i caballería, el ayudante de campo del general en gefe don Eulogio Santa Cruz i otros varios oficiales de plana mayor.

Destacado á este mismo tiempo el coronel don Guillermo Marquiegui sobre Monterico, punto situado á la izquierda del camino que llevaba el ejército, obtuvo importantes ventajas sobre los enemigos, i volvió á reunirse con él en 31 del mismo mes en la hacienda de San Lorenzo, en la que se habia situado en el dia anterior despues de haber pasado por las cercanías de Salta, que con mui poca oposicion por

parte de los enemigos ocupó el general Canterac, no asi la referida hacienda de San Lorenzo, cuya posesion costó un empeñado choque que fue decidido á favor de dos escuadrones realistas que fueron empleados en él.

Informado el general en gefe de que en el Chamical habia una reunion considerable de insurjentes dispuso que en el dia 2 de junio saliese sobre aquel punto una fuerte division á las órdenes del brigadier Olañeta. Por algunos prisioneros que hicieron las guerrillas realistas en el parage de la *Pedrera* adquirieron noticias positivas de que la fuerza situada en el referido punto del Chamical consistía en dos escuadrones de gauchos de Velarde, i en el segundo de granaderos de línea. Se trató pues del esterminio de esta columna; pero como no pudiese verificarse sin dar primero un golpe de sorpresa á la avanzada sobre la que aquella descansaba, el coronel Valdés que hacia las funciones de segundo en esta espedicion pidió el honor de que le fuera confiada aquella delicada empresa; i escogiendo 55 caballos se adelantó á desempeñarla siguiéndole Olañeta á media legua de distancia con el resto de sus tropas.

Ver Valdés la referida avanzada, arrojarse impetuosamente sobre ella, i hacerla prisionera, fue la obra de pocos instantes: un solo individuo pudo sustraerse á la furia de los realistas; pero temiendo aquel bizarro gefe que pudiese comunicar la alarma al campo enemigo, se dirijió sobre este sin pérdida de tiempo, con aquel puñado de valientes. No se hallaban los insurjentes tan desprevenidos como se habia figurado Valdés: 100 hombres colocados en un desfiladero, que era paso preciso para entrar en su campo, estaban resueltos á defenderlo á todo trance; pero ya el gefe español se hallaba comprometido i se determinó por lo tanto á correr todos los riesgos de aquel arriesgado lance.

Puesto á la cabeza de su esforzada partida se arrojó ciegamente sobre los contrarios á los que logró poner en precipitada fuga, acuchillándolos horriblemente hasta su mismo campamento, en el que se introdujo el mayor desorden i

confusion. El brazo de los soldados de Valdés estaba cansado de descargar pesados golpes cuando llegó Olañeta con el resto de la division: solo una pequeña reserva habian podido conservar los rebeldes i ésta acabó de ser desbaratada con tan oportunos refuerzos. Mas de 100 caballos, la mayor parte ensillados, 80 carabinas, mas de 100 sables, 24 prisioneros, igual número de muertos i porcion considerable de heridos con sus equipages i pertrechos fueron los trofeos de aquel brillante movimiento.

Dejando á Lahera con una parte de aquella division en el mismo punto del Chamical, pasó Olañeta á situarse en la Troja, i Valdés con una compañía de húsares fue destinado á perseguir los dispersos del dia anterior en direccion del rio Pasage, llevando asimismo el objeto de hacer un reconocimiento por este lado. Ambos objetos fueron desempeñados felizmente por el citado Valdés, pasando á nado el mencionado rio, i estendiendo sus correrías en compañía del coronel Vigil hasta dos leguas mas allá de aquellos límites que no habian sido franqueados por ningun gefe realista desde la desgraciada accion del Tucumán de 1812.

Retrocediendo á reunirse con sus tropas salieron por dos direcciones diferentes en persecucion del caudillo Rojas que tantos daños habia causado desde el principio de la revolucion: la muerte de este indomable insurjente i la completa derrota de su partida fueron nuevos títulos de gloria para la columna de Valdés, que fue la que tuvo la fortuna de alcanzarle. Terminada favorablemente esta atrevida operacion regresaron los encargados de ella con mas de 29 vacas, porcion crecida de mulas i caballos i multitud de despojos i trofeos militares, por cuyo recomendable servicio recibieron testimonios públicos de singular aprecio.

El cuartel general se habia trasladado en este intervalo á los Cerrillos, en cuyo punto fueron asimismo escarmentados los rebeldes, que en número de 300 habian tenido la osadía de aproximarse á ella habiéndose hecho acreedores á los mayores elogios don Valentin Ferraz i don Gaspar Claver á

cuyos esfuerzos dirijidos por el mismo general Canterac se debió el brillante resultado de este combate.

Con tan repetidos encuentros felices para las armas españolas habian llegado á desmayar aquellos feroces gauchos que tanta arrogancia habian cobrado en los años 15, 16 i 17. La numerosa caballería que se habia creado en el Alto Perú i que se hallaba en este año bajo el pie mas brillante, hizo perder á aquellos cosacos hasta la memoria de sus afortunadas escursiones en las épocas anteriores.

Todos los gefes i oficiales empleados en está rápida campaña se hicieron altamente recomendables por su actividad, por su celo i por su valentía. La fortuna pues sonreía por todas partes á los realistas; cuantas operaciones se habian emprendido habian sido coronadas de los mas felices resultados, i se esperaba todavía acometer empresas mas importantes cuando las urgentes escitaciones del virei Pezuela para que retrocediese rápidamente aquel ejército, cortaron su brillante carrera i dejaron respirar á los rebeldes, en cuyas filas se habiá introducido tan grande desaliento i espanto, que habian impetrado ya muchos la gracia del indulto.

Asi pues el Alto Perú sobre el que habia recaido todo el peso de la guerra en los primeros años de la revolucion, quedó por entonces sin mas atenciones que las de algunas gavillas que vagaban por los sitios mas escabrosos; i continuó en el mismo estado de tranquilidad estendiéndose el benéfico influjo de la autoridad real hasta los puntos de Mojo, Tarija i Talina, mientras que el vireinato de Lima iba á sufrir todos los desastres de una furiosa invasion. En la retirada que hizo aquel ejército se descubrió en Tupiza una séria conspiracion dirijida por Gamarra, Velasco i otros gefes; pero como desgraciadamente el contagio habia cundido de un modo mui serio, i que no era posible vengar completamente aquel agravio sin incurrir en males todavía mayores, se sobreseyó en la causa á pesar de haber hallado su fiscal el coronel don Gerónimo Valdés la correspondencia con el caudillo Güemes i pruebas mas que suficientes de aquel criminal proyecto.

Se limitaron por lo tanto todas las medidas del gobierno á separar del mando con decorosos pretestos aquellos sugetos, cuyo influjo era mas temible, i se trató de comprometer á otros con halagos, grados i distinciones. La provincia de Cochabamba, que habia dado nuevas pruebas de su espíritu bullicioso abrigando en su seno á varias partidas de rebeldes, i entre ellos á los cabecillas Chinchilla i Gandarillas, tuvo repetidos desengaños de la irresistible fuerza de los realistas. Ya 180 hombres á las órdenes de don Manuel Ramirez, teniente coronel mayor del primer regimiento, mandado entonces por el coronel don Sebastian Benavente habian conseguido ilustres triunfos en los meses de abril, mayo i junio. Su digno comandante que habia conseguido en el primero la dispersion de Chinchilla i la muerte de 100 individuos de su gavilla tuvo igual felicidad en el segundo contra el cabecilla Moya, que fue sorprendido en el pueblo de Mohosa con 70 facciosos que fueron asimismo hechos prisioneros; i fueron todavía mas importantes las ventajas conseguidas en el mes de junio contra dicho Chinchilla i contra una inmensa indiada reunida en la Loma grande i altos de Sisi, cuyas fuerzas sufrieron una derrota completa en dos acciones consecutivas, dejando 85 muertos en el campo de batalla, i entre ellos el cabecilla Mariano Aguilar.

No fue menos útil la persecucion que dió á los rebeldes en la misma provincia el coronel don Agustin Antesana, i en particular la aprehension del caudillo Gandarillas, que por el espacio de siete años habia hostigado á las tropas del Rei en varias direcciones. Casi al mismo tiempo estaba don Sebastian Benavente destruyendo las partidas sueltas de insurjentes que hacian sus correrías por la provincia de La Paz, dando nuevas pruebas, de acuerdo con el celoso intendente don Juan Sanchez Lima, de su fidelidad i decision.

A los pocos dias de haber hecho el virei Pezuela las reformas indicadas recibió noticias positivas de la proyectada espedicion de San Martin contra las costas de su vireinato. Fue preciso volver de nuevo á adoptar las mas vigorosas me-

didas para recibir á un enemigo tan osado, que era presumible no se arrojase á aquella empresa sin contar con poderosos ausiliares. Los primeros cuidados del virei se dirigieron á la defensa de la capital, dando todo el vigor necesario á la guarnicion del Callao, al regimiento de la Concordia, i á los cívicos organizados bajo la direccion de los oidores, alcaldes i empleados civiles. Hizo venir desde Arequipa al batallon de Victoria compuesto de 700 plazas á bordo de las fragatas Esmeralda i Venganza. Pocos dias antes habia tenido la Prueba un combate con la pirata llamada la *Rosa de los Andes*; i aunque esta tenia 16 cañones menos que la española, menor tripulacion i cualidades mui inferiores en su construccion, se salvó sin embargo en el rio Izcuandé, aunque algo maltratada.

Fueron igualmente activas las órdenes que comunicó el virei Pezuela á todos los comandantes de cuerpos i de plazas, intendentes i demas empleados en el servicio del Rei, para que apurasen todos los recursos de su celo é ingenio, á fin de conservar la tranquilidad en sus respectivos distritos, i concurrir con toda clase de sacrificios á sostener aquellos dominios. Sin embargo de haber llegado por la via de Panamá la noticia de la revolucion constitucional en la península, i aunque habia en Lima un partido empeñado en que se proclamase tan ominoso sistema, supo el virei contener aquel peligroso fuego hasta que hubo recibido directamente las órdenes relativas á la jura.

Este desgraciado accidente llenó de afliccion el ánimo del virei, porque conociendo á fondo la situacion de los negocios públicos, veia con dolor el abuso que habian de hacer los rebeldes de la decantada filantropía de los regeneradores peninsulares. La igualdad legal, sancionada como dogma político, el absurdo principio sentado por aquellos "de que la soberanía residia en la nacion," la formacion de juntas populares para nombrar sus diputados á cortes, las estensas facultades concedidas á las diputaciones provinciales i ayuntamientos, la segregacion de la parte civil i judicial

de los comandantes de distritos, la proscripcion de las formas monárquicas, tan necesarias para asegurar la obediencia de los pueblos, i mucho mas en paises distantes del centro del poder, i finalmente el orgullo de que habian de poseerse los facciosos al ver que sin separarse de las reglas constitucionales podian sazonar impunemente los planes de emancipacion; todos estos escollos que se ofrecian á la imaginacion de las autoridades realistas en América, i que no se ocultaban al primer gefe, que ya habia visto por esperiencia los fatales efectos producidos por la no bien calculada alocucion del consejo de regencia del año 1810, llenaban su corazon de las mas terribles angustias; pero era su deber la obediencia, i se entregó por lo tanto con ciega confianza al mar borrascoso de una complicada política.

Trabajando con infatigable celo por desempeñar con honor sus altas funciones, continuó tomando sin interrupcion las mas eficaces providencias para que su honrosa carrera no quedara deslucida. Fue una de ellas la de situar en Oruro una division compuesta de dos batallones i un escuadron con el título de central, como lo habia estado antes de la bajada del ejército á Salta, á las órdenes del coronel Valdés; pero esta division se deshizo mui pronto con la salida de un batallon i un escuadron para Lima por la via del Cuzco, con la llamada de Valdés á la capital, i con la marcha posterior de otro batallon i del escuadron mas inmediato en ausilio del virei por la via de Arica, que fueron los cuerpos conducidos por las fragatas á Cerro azul.

Como el reino de Quito era el antemural para contener á las tropas de Colombia, oyó el general Pezuela con vivo interes las reclamaciones que le hizo á este tiempo su presidente interino el general Aimerich sobre la necesidad de que le fuera enviado un gefe militar para relevar al coronel Calzada, á quien acusaba de falta de union con sus oficiales i de dureza para con los pueblos. El comandante general de la costa del Norte don Vicente Gonzalez fue designado para este reemplazo; i abundando Pezuela en las ideas de

conservar dicho punto de Quito á toda costa, determinó que pasaran á él igualmente el coronel Valdés i el teniente coronel Seoane, enviando contemporáneamente al coronel Loriga de segundo cabo á Guayaquil; cuyo proyecto no llegó á efectuarse en ninguno de los tres últimos, porque la escuadra insurjente i las tropas que á poco tiempo desembarcaron en Huacho cortaron todas las comunicaciones con la citada plaza, i ostruyeron completamente el paso para aquel reino.

Se dispuso asimismo que se completase la formacion del batallon i escuadron de provinciales de Piura, que se hallaba suspensa, i que el ejército del alto Perú se situase por escalones desde Tupiza á Moquehua, i el cuartel general en La Paz ó Puno, en cuyo último punto se fijó por último como el mas central. Surcaba en el entretanto las aguas del Pacífico la espedicion insurjente preparada en Valparaiso i formada de dos divisiones, que lo eran de los Andes i de Chile; componiéndose la primera de tres batallones de infantería, dos escuadrones de caballería i dos compañías de artillería; i la segunda de igual número de batallones i de una compañía de artillería; i ascendiendo en su totalidad á 4500 hombres i 12 cañones. Al llegar á la punta de Caballo, que era el tercer punto de reunion de la citada escuadra, se hallaba casi consumida la aguada que habia sacado de Valparaiso, i se dirigió por lo tanto á la bahía de Paracas, situada á los 13 grados de lat. Sur.

Era el dia 7 de setiembre cuando dió fondo este gran convoi despues de haber recorrido en diez i seis dias las 1500 millas que separan este puerto del de Valparaiso. El coronel Las Heras, que era el gefe de Estado mayor i segundo comandante de las tropas rebeldes, desembarcó al dia siguiente dos leguas al S. del de Pisco con los batallones número 2, 7 i 11, 2 piezas de artillería de montaña, i 50 caballos; mas no se aproximó á tiro de fusil de la citada villa hasta las siete de la tarde. En el curso de estas maniobras tan solo habian visto salir de ella unos 40 soldados es-

pañoles de caballería, que creyeron fuese la única fuerza que la guarnecia. Asegurados los patriotas de no hallar enemigos en el citado punto, se dirigieron sobre él, aunque sin hacer ulteriores movimientos hasta que hubiera desembarcado el resto de la tropa, lo que se verificó en el dia 12.

La calma con que se ejecutó esta operacion i la tardanza en ocupar los paises inmediatos al punto del desembarco frustraron en parte los primeros planes del caudillo San Martin que eran los de engrosar su ejército con los esclavos de las haciendas é ingenios, pues que ya muchos habian sido internados por sus respectivos dueños con la caballada i efectos trasportables. El dia 13 estableció San Martin su cuartel general en Pisco, i el 22 tomó posesion de los dos pueblecitos alto i bajo Chincha el coronel Alvarado con el regimiento de granaderos á Caballo; i de esta clase insignificante fueron los demas reconocimientos en todo el curso del citado mes de setiembre.

Se hallaba el general insurjente en la mas penosa perplejidad, atribuyendo la evacuacion del pais, en el que habia desembarcado, á las hostíles disposiciones de los pueblos contra sus pretendidos libertadores. Este preludio aparentemente funesto de su empresa preparó su ánimo á oir con menos altaneria las proposiciones que le dirigió el virei Pezuela con un barco de guerra parlamentario que llevaba á su bordo al alferez don Cleto Escudero, para que se suspendieran las hostilidades, i se nombrasen comisionados á fin de zanjar las desavenencias que existian entre españoles i americanos. Habia debido dar este paso forzado el referido virei por no desobedecer las órdenes que le habia comunicado á este objeto el gobierno constitucional: estaba bien persuadido de que el resultado de aquellas negociaciones no habia de corresponder de modo alguno á las grandiosas miras que se habian propuesto los nuevos gobernantes; mas no quiso dejar de dar cumplimiento á ellas, á fin de que en ningun tiempo recayese sobre su responsabilidad la sangre que era preciso derramar para sostener tan porfiada lucha.

Se reunieron los comisionados de ambos ejércitos en 26 de setiembre en Miraflores dos leguas al S. de Lima, i firmaron un armisticio de ocho dias; pero como los españoles pidiesen el reconocimiento del gobierno constitucional i la evacuacion del ejército peruano por las fuerzas chilenas, i los patriotas el de la independencia absoluta del pais, terminaron las conferencias con total desacuerdo del objeto de la mision; i en 5 de octubre se abrieron de nuevo las hostilidades.

En este mismo dia salió de Pisco el coronel Arenales con una division de 1200 hombres i 2 piezas de artillería con el objeto de internarse por las provincias, i de atizar el fuego de la sedicion. Fueron sus primeros pasos sobre Ica, cuyo punto estaba guarnecido á aquella sazon por el coronel realista Quimper i por el conde de Montemar con 800 hombres, parte de tropas regladas i parte de milicias; pero reconociéndose estos gefes realistas demasiado débiles para oponer una arreglada resistencia al atrevido Arenales, se retiraron con el mismo órden con que habian abandonado la villa de Pisco, que habia sido confiada á su cuidado. Aunque evitaron juiciosamente el combate, sufrieron sin embargo la pérdida de dos compañías de milicias que se pasaron con todos sus oficiales á los rebeldes.

Aprovechándose estos del desaliento en que suponian se hallaba aquella columna destacaron en su persecucion al teniente coronel Rojas con 80 infantes é igual número de caballos: habiendo llegado el dia 15 á Chagüillas, distante cuatro leguas al N. de Nasca, tuvieron noticia de que en este último punto habian hecho alto los realistas, i concibieron desde luego el proyecto de sorprenderlos: adelantándose la caballería á las órdenes de los capitanes La Valle i Bransden i del teniente Suarez, entraron á la carrera en la referida ciudad, acuchillaron furiosamente á las desprevenidas tropas de Quimper, hicieron prisioneros 6 oficiales, 80 soldados i un gran número de milicianos, i se apoderaron de 300 fusiles i de porcion considerable de espadas i lanzas.

No pararon aqui las pérdidas de esta desgraciada division,

pues que informados los insurgentes por los mismos habitantes de Nasca, de que se hallaban todavia en Acari, distante 30 leguas al S., 100 mulas cargadas de pertrechos militares, que habia sacado de Ica, se encargó de esta importante espedicion el citado teniente Suarez, i la llevó á cabo con tanta felicidad, que á las dos de la tarde del dia siguiente era ya dueño de aquel convoi.

Abrió á este tiempo nuevas negociaciones el caudillo enemigo con el virei Pezuela, pidiéndole cange de prisioneros; pero como al mismo tiempo hubiera recibido éste la proclama que aquel habia dirijido á los habitantes de Ica, Pisco i Chincha, por la que les anunciaba que habia venido á terminar de un golpe la guerra, contestó con serenidad i firmeza, «que supuesto era tan corto el plazo de la contienda se trataria de dicho cange despues que se hubiera decidido. Se resintió San Martin por una resolucion tan irónica i despreciativa, pero aun mas cuando le significó el citado virei que todo pliego que le fuera remitido con el fantástico é irrisible dictado de *Libertador del Perú* le seria devuelto sin abrirlo.»

Habiendo dejado los insurjentes en el ya citado punto de Ica una columna de 300 infantes i 400 caballos, mandada por el teniente coronel Bermudez i por el mayor Aldao para conservar la posesion de aquella provincia é incorporar á sus filas á los negros esclavos, á quienes el caudillo San Martin habia ofrecido la libertad, se avanzó Arenales en 20 de octubre ácia el interior. Teniendo noticia el virei de estos sucesos mandó salir al coronel don Juan Antonio Pardo contra Bermudez, á quien atacó sin embargo de ser sus fuerzas mui inferiores, i lo puso en completa fuga matándole 14 hombres, hiriéndole 4, haciéndole 13 prisioneros i apoderándose de 19 tercerolas, 2 fusiles, 5 lanzas, 8 sables, 52 caballos, 42 mulas i de un buen surtido de municiones i pertrechos de guerra. Los pueblos de Ica, Córdoba i Chivillo dieron las mas brillantes pruebas de fidelidad á la causa real: los vecinos de los dos últimos se reunieron para batir una

partida de insurjentes que se habia adelantado por aquella parte, i aunque no tenian mas armas que palos, hondas i piedras, lograron rendir á todos los individuos que la componian.

Las tropas tituladas libertadoras se embarcaron en 25 del citado oetubre con direccion al N. de Lima, despues de una permanencia de cuarenta i cinco dias en aquellas playas. Los motivos que tuvo el gefe insurjente para tomar esta resolucion fueron la desconfianza de fomentar en ellas su causa, los deseos de reconocer otros puntos en los que hallase mas propicia la opinion á sus planes, i el mal estado de su ejército producido por la incorregible aficion de sus soldados á chupar la caña de azucar que tanto abunda en aquellos partidos, asi como por el maléfico influjo de sus áridos é insalutíferos arenales.

Habia sido su primera idea la de dirigirse á Trujillo; pero mejor aconsejado por el almirante, que le hizo ver las privaciones á que podian quedar espuestas sus tropas, las mayores dificultades de amenazar á la capital de Lima, de la que distaba 100 leguas la indicada ciudad, i los riesgos que corria la division de Arenales que estaba operando por la espalda del enemigo, varió completamente sus planes, i viró ácia la bahia de Ancón, distante siete leguas de Lima, en tanto que la O'Higgins, la Lautaro, la Independencia i el Brick Araucano permanecian á la vista del Callao.

Por no invertir el orden regular de los acontecimientos daremos cuenta en este lugar de la sublevacion ocurrida en Guayaquil que fue comunicada á este tiempo por la goleta *Alcance*. Era gobernador de aquella plaza el brigadier don José Pascual Vivero que en el año anterior habia pasado á encargarse del mando llevando de refuerzo el batallon de granaderos de reserva: dividido este cuerpo en partidas mandadas por sus mismos oficiales, lograron en 9 de octubre rendir á su comandante don Benito García del Barrio, al mismo gobernador, á su segundo don José Elizalde, al comandante de artillería don Miguel Torres, i los condujeron pre-

sos al cuartel asi como á todos los europeos, empleados i demas realistas que pudieron haber á las manos, apoderándose al mismo tiempo de las baterias, del parque i almacenes de pólvora. Los agentes principales de esta horrible conspiracion fueron los capitanes don Gregorio Escobedo, don Miguel Letamendi, don Luis Urdaneta, don Leon Cordero, los paisanos don José Villamil, don José Undaburu, don Manuel Loro, don Manuel Antonio Luzagarra, don Leocadio Yona, i los mulatos Peña i Nájera.

Al citado batallon de granaderos se habian reunido tres compañias ausiliares, las milicias de pardos i una gran parte del pueblo; no es, pues, estraño que el golpe se diera con tan feliz resultado que á las cuatro de la mañana se hallasen ya los rebeldes en posesion de la ciudad i fuertes á pesar de la bizarra defensa que hicieron los leales dirigidos por el citado comandante Garcia del Barrio i por el capitan de dragones de Mauli don Joaquin Magallar, quien quedó muerto en la refriega con 8 soldados i 2 heridos, habiendo sido cuatro veces mayor la pérdida de los amotinados. Quedaban todavia libres del contagio revolucionario cinco lanchas cañoneras que se hallaban al mando del capitan del puerto don Joaquin Villalba; i aunque hubiera podido éste causar irreparables daños á la referida ciudad, construida casi en su totalidad de madera, no se atrevió á hacer uso de la fuerza por no empeorar la situacion de los realistas que habian sucumbido á tan horrible perfidia; pero sirvió á lo menos el imponente aparató que desplegó el citado Villalba para entrar en convenios ventajosos con los mismos rebeldes, de cuyas manos creyó haber salvado á las nobles víctimas de la fidelidad española, con seguros pasaportes para restituirse á los sitios ocupados por las autoridades del Rei.

Mas la misma facilidad con que fueron otorgadas las reclamaciones de Villalba, arrojaba las mayores dudas sobre su cumplimiento: tardó poco en descubrirse este nuevo acto de falsedad é hipocresía: lejos de dar la prometida libertad al gobernador i demas presos fueron colocados en la goleta *Alcan-*

se, para ser remitidos á la disposicion del general San Martin, quien usando de mayor generosidad los envió al virei de Lima sin exigir por ellos mas rescate que el del teniente coronel Tollo, que le fue remitido con promesa de hacer lo mismo por otros tres que aquel designase en cange de los tres gefes ya citados i del teniente de granaderos de reserva don Ramon Martinez de Campos, que fueron los militares que con mas firmeza habian rechazado la perversa seduccion de dicha guarnicion de Guayaquil, i que habian acreditado su lealtad con una desesperada resistencia.

La pérdida de esta plaza importante, en la que se hallaba el único arsenal de la mar del Sur; la falta que habian de hacer para la defensa 1500 hombres de que se componia su guarnicion, los que tomando la divisa contraria equivalian á una fuerza activa de 3⁰; el malogro de aquella inmensa porcion de armas i pertrechos; i el fatal resultado de haber quedado descubierto uno de los flancos mas interesantes para la defensa del vireinato fueron golpes los mas terribles para las brillantes esperanzas del general Pezuela. Sensible fue por cierto que el descuido i torpeza del gobernador Vivero hubieran sido los agentes mas poderosos de los conjurados. Con mucha antelacion se le habian dado exactos informes de estos planes; mas fueron todos desechados con arrogancia i desprecio.

El desordenado alborozo con que los guayaquileños habian proclamado el sistema constitucional antes de recibir órdenes del virei Pezuela, hacia ver aun á los menos desconfiados la propension de aquel pueblo á sublevarse, i que aquella asonada era un ensayo para acometer mui pronto la empresa de la independencia. Habiendo visto sucesivamente la defeccion de dicho Vivero, nos inclinamos á creer que dicha su apatia i abandono, inescusables bajo todos aspectos, tenian un origen todavia mas ignoble que el del miedo, flojedad de fibra, flema de carácter ó aturdimiento.

Otro golpe no menos cruel recibió el virei en 5 de noviembre con el apresamiento de la fragata Esmeralda. Se ha-

llaba esta acoderada i dentro de la cadena á la cabeza de la línea de los 11 buques mayores igualmente acoderados, i entre ellos uno con 8 cañones de bronce de á 16, destinado á usar de la bala roja, sin que el virei Pezuela tuviera el menor reparo en recurrir á este violento arbitrio, ya que Cochrane no lo habia tenido para dirigir contra los buques españoles sus cohetes i brulotes. Las lanchas cañoneras en número de 24, entre las del Rei i particulares, se hallaban dotadas por indios en la clase de remeros i por algunos individuos sacados de las tripulaciones de los barcos de guerra, con cuyo ausilio podia desempeñarse con alguna regularidad la maniobra; los comandantes habian recibido repetidas exhortaciones sobre la vigilancia que debian observar en sus respectivas embarcaciones, teniendo á dos millas de distancia un enemigo tan osado i emprendedor; mas todas estas providencias i recursos no supieron parar aquel desgraciado contraste.

Era el gran proyecto del almirante insurgente apoderarse de todos los buques españoles que se hallaban fondeados en el puerto del Callao; aquel denodado marino habia determinado valerse solamente de los soldados que voluntariamente quisieran alistarse para esta operacion tan arriesgada, que requeria un estraordinario valor i decision; pero no bien habia hecho la propuesta, cuando todos los individuos que componian las diferentes tripulaciones solicitaron ser los primeros en los puntos de mayor peligro: con la idea de amaestrarlos armó el dia 4 catorce barcas, que cubiertas de marineros i soldados se encaminaron ácia la plaza á las diez i media de la noche; pero despues de haber hecho este simulacro de ataque nocturno, volvieron todos á sus buques respectivos.

El dia siguiente, que era el destinado para dar el arrojado golpe, se mandaron hacer señales en la isla de San Lorenzo, á cuya consecuencia zarparon el ancla la Lautaro, la Independencia i el Araucano, i dejaron en la bahia á la O'Higgins, que con su alto bordo ocultaba las barcas colo-

cadas al costado opuesto. Figurándose los realistas que el movimiento de aquellos buques habia sido producido por la vista de algunas velas desconocidas, creyeron que podian descansar aquella noche sin el menor cuidado.

Eran las diez cuando se embarcaron las tropas destinadas al asalto, i se dirijieron en el mayor silencio ácia el fondeadero de los buques españoles. La fragata anglo-americana la *Macedonian*, i la inglesa la *Hiperion* se hallaban surtas fuera de la estacada; i lo que prueba su inteligencia con los insurjentes, especialmente de parte de la primera, fueron los vivas en que prorrumpieron los mismos oficiales, i las demostraciones del mas ardiente interes por el feliz resultado de tamaña temeridad.

Las barcas llevaban solo 240 combatientes formados en dos divisiones, una de las cuales era mandada por el capitan Crosby, i la otra por el capitan Guise ambos ingleses, bajo la inmediata direccion de Lord Cochrane. Seria la media noche cuando cruzaron la estacada: al aproximarse á la Esmeralda, les dió el quien vive un centinela de proa de una lancha cañonera que hacia la guardia á la citada fragata. Cochrane, que se hallaba en la primera barca, se arrojó encima del citado centinela, i le amenazó con la muerte si hacia el menor movimiento: en un instante se hallaron todos los botes reunidos, i abordaron aquella fragata por babor i estribor.

Sorprendido el capitan Coig, que se hallaba en la cámara conversando con don Meliton Perez del Camino i con don Manuel Bañuelos, comandantes de otros buques, que habian ido casualmente á visitarle, no pudo hacer sino una mui débil resistencia desde debajo de la cubierta, pues que la gente que se hallaba encima habia sido sorprendida por el referido Cochrane i por el capitan Guise, que por ambos lados fueron los primeros en subir al abordage.

Dueño ya de este buque aquel temerario caudillo, mandó picar los cables, soltar las velas i pasar á otro anclage con dos lanchas cañoneras que tenia apresadas. Las fragatas

Macedonian é Hiperion isaron faroles como señal convenida para que no se dirigiesen contra ellas los fuegos de la plaza. Lord Cochrane, que indudablemente tenía aviso anticipado de esta operacion, presentó igual número de faroles para que los españoles dudasen de cual habia de ser el verdadero blanco de sus tiros. La pérdida de los españoles no bajó de 100 hombres entre muertos i heridos: entre estos últimos se contó el capitan Coig despues de rendido, de resultas de una bala de cañon disparada de los castillos ó de alguna lancha cañonera.

Los patriotas perdieron escasamente la mitad de gente que los españoles; la fortuna premió con dadivosa mano la ciega confianza con que se habian entregado á tan arrojada empresa, propia sola para ser concebida por una cabeza escéntrica como la del marino británico. Fué este sin duda el rasgo mayor de valentía que se recuerda en su sobresaliente carrera: su bien acreditada serenidad en los peligros superó de mucho en esta ocasion aun los cálculos menos modestos de los partidarios mas adictos á su persona. Aunque habia recibido un balazo en un muslo, no hizo caso de él hasta que se hubo posesionado completamente de su presa, i ni aun entonces aplicó otro remedio sino el de ligar la herida fuertemente con un pañuelo. Sentado sobre un cañon i estendiendo su pierna sobre una hamaca, mandó impavidamente la maniobra, i continuó en aquella actitud hasta las tres de la mañana en que pasó á bordo de la O'Higgins.

El comandante del bergantin de guerra *Pezuela*, don Ramon Bañuelos, que habia podido fugarse de la fragata donde se hallaba accidentalmente al tiempo del abordage, llegó oportunamente á poner sobre las armas toda su tripulacion, i se debió á sus esfuerzos i actividad asi como á los del entonces teniente de fragata don Antonio Madroño que mandaba interinamente el bergantin Maipu, fondeado al lado del apresado buque, el malogro de los rebeldes que trataron tambien de abordar ambas embarcaciones, habiendo contribuido no poco el vivo fuego que salia de su artillería á hacer desistir

á los insurgentes de su primitiva idea de llevarse ó quemar todos los buques mercantes á lo menos, ya que no les fuera posible apoderarse de los de guerra.

Los comandantes i tripulaciones de ambos bergantines se cubrieron de gloria en medio de la fatalidad del destino de la Esmeralda; pero brilló todavia de un modo mas recomendable la bizarra defensa que hizo el Maipu contra un gran número de barcas que lo atacaron por todas partes, echando algunas de ellas á pique i escarmentando á las demas. Este rasgo particular de arrojo i valentía llamó la atencion del virei, quien envió al dia siguiente 1000 pesos para la tripulacion, i los mas ardientes testimonios de gratitud i aprecio para su digno comandante Madroño.

La pérdida de este hermoso i velero buque, armado con 40 cañones, perfectamente surtido de jarcia i enseres marítimos, con provisiones para tres meses i repuestos para dos años, llenó el corazon del virei del mas profundo dolor, i exasperó hasta el último grado los ánimos de los soldados i del pueblo contra las tripulaciones de las citadas fragatas Macedonian é Hiperion, sin cuya cooperacion no parecia posible que se hubiera llevado á efecto con tanta felicidad aquel temerario asalto. Algunos individuos de la primera, que bajaron imprudentemente á tierra al tercer dia, sufrieron los efectos de la irritacion popular, que fueron contenidos sin embargo tan pronto como la autoridad tuvo aviso de tamaños escesos.

Este fin tuvo la fragata Esmeralda, que luego fue llamada *Valdivia* por los insurjentes en conmemoracion de la conquista de esta plaza importante que habia sido hecha á principios de año por el almirante Cochrane. La suerte de la *Prueba i Venganza*, mandada la primera por Villegas, i la segunda por Soroa, fue igualmente funesta, pero aun mas vergonzosa. Ya desde principios de setiembre habia dispuesto el virei que dichas dos fragatas con la Esmeralda salieran á hostilizar la espedicion enemiga por todos los medios posibles, evitando así el ataque incendiario que Lord Cochrane inten-

taba darles en el Callao, á cuyo fin se habia provisto de lanchas cañoneras para hacer uso con ellas de la bala roja. Este acertado plan sufrió una notable variacion por los imprevistos reparos que hizo la Esmeralda para no salir á la mar hasta que hubiera completado su habilitacion.

Las citadas fragatas Prueba i Venganza, despues de haber tenido un encuentro con la espedicion chilena, en el que corrió mucho riesgo el trasporte la Rosa de ser apresado por ellas, llegaron á tomar á su bordo en Arica al segundo batallon del primer regimiento, i dos escuadrones de lanceros que habian sido dirijidos para Lima con el general Canterac, i desembarcaron, segun ha sido indicado, aquellas tropas en el Cerro azul en 27 de noviembre, vista la dificultad de entrar en el Callao sin tropezar con la escuadra insurjente.

Haciéndose á la vela para el Norte sin recibir ordenes del virei arribaron á Panamá, i habiendo tomado en aquel punto algunos efectos á fletes para San Blas, tocaron en Acapulco á tiempo de haberse proclamado en aquella plaza la independencia. En la historia de Méjico del año 1821 se verá el sospechoso comportamiento de los citados capitanes i de Cortés i Aldana; i en la de Guayaquil del año 1822 se dará cuenta de la pérfida venta que los referidos oficiales hicieron á los insurjentes de dichos dos buques i de la corbeta Alejandra.

En 1825, fueron entregados asi mismo á los mejicanos el navio Asia i el bergantin Aquiles. Ya en el año 1818 habia sido apresada la María Isabel en Talcahuano; en 1820 lo fue el bergantin Potrillo en Valdivia; en 1821 el Aranzazu en las aguas del Callao; i en este mismo puerto i año el resto de las fuerzas navales realistas. En 1819 habia naufragado el navío San Telmo en el cabo de Hornos, i el Alejandro habia debido volverse á Cádiz desde la línea. Parece pues que el mas funesto destino persiguió á todos nuestros buques de guerra en el mar pacífico durante la insurreccion de aquellas costas. La marina que ha dado tantos dias de gloria á la España, ese cuerpo compuesto de caballeros pundonorosos i esforzados, que ha sabido conservar constantemente su lustre sin

que ninguno de sus individuos lo hubiera contaminado con género algúno de deslealtad ó vileza, formó en la citada lucha un momentáneo paréntesis á su brillo.

Nuestro espíritu observador se detendria poco en hacer esta revista crítica, si en la citada marina se hubiera notado tan solo esa inesplicable fatalidad, que en medio de tantos reveses no contó otra accion gloriosa sino el apresamiento del Maipu por el teniente Sevilla. Mui lejos estariamos de lamentarnos de su falta de fortuna, pues que este ente caprichoso no siempre se fija en el verdadero mérito, ni reparte sus gracias por lo general con rectitud i justicia; duélenos, por cierto, que ocho buques de los mas hermosos que se hayan construido en los arsenales de España, se hayan perdido por torpeza i malicia de algunos de sus individuos: lo primero seria disimulable; pero lo segundo no puede hallar escusa aun de parte de los mas ciegos defensores de este respetable cuerpo. Los nombres de Villegas, Soroa, Aldana i Cortés, i en particular los de los dos primeros, no podrán ser pronunciados sin escitar los mas vivos sentimientos de horror é indignacion. Los comandantes i oficiales del navío Asia i del bergantin Aquiles fueron víctimas de una sublevacion alevosa, i estan por lo tanto al cubierto de una séria censura, si bien se les ha querido tildar de descuido i desprevencion.

Sin embargo nos es grato manifestar á la faz del mundo, que los cuatro mencionados sujetos han sido los únicos que hayan manchado con una negra traicion su divisa. Gócese, pues, la marina española de que habiendo cundido por desgracia con demasiada rapidez por todas las corporaciones el espíritu de insurreccion i desorden, hayan sido tan pocos los individuos de su seno que hayan participado de las aberraciones del siglo. Gócese asímismo al tender actualmente la vista sobre el Atlántico americano dominado por ella, i al oir la pública gratitud por los estraordinarios servicios que está prestando á la monarquía española, como si pretendiese con un doble despliegue de intrepidez é inteligencia hacer que desaparezca para siempre aquel aislado borron, que bajo ningun

aspecto puede manchar su antigua i sólida gloria.

Empero volvamos á las tropas insurjentes de la espedicion chilena. Despues de haber dejado en tierra 400 infantes i 50 caballos, á las órdenes del mayor Reyes los primeros, i á las del aventurero francés Bransden los segundos, se dirigieron desde Ancón al puerto de Huacho, á donde llegaron el dia 9 de noviembre El coronel Valdés, que habia sido enviado de vanguardia por el virei Pezuela con 300 soldados de infantería i 200 de caballería, se aproximó al pueblo de *Chancai*, en donde Reyes habia tomado posicion. Creyendo no poder resistir al ataque de los realistas habia principiado Reyes su retirada, cuando observado por Valdés este movimiento, se arrojó sobre su retaguardia.

La formaba ésta la caballería, i como ya le fuera á los alcances la realista por una especie de callejon formado por las tapias de las haciendas, cuando ya estaba para terminar dicho paso angosto, reflexionó Bransden que al salir de él la caballería de Valdés podria desplegarse libremente i envolverlo; por lo que hizo alto de repente, i cargando impetuosamente al escuadron de dragones de la Union que iba delante, logró desordenarlo i hacerle volver caras. Observado este inesperado contraste por el teniente coronel don Andres García Camba, que mandaba el escuadron de retaguardia, retrocedió con presteza al dicho punto de Chancai, porque no halló otro de suficiente estension para formar su tropa. Obtenido su intento de no ser arrollado por el mismo escuadron batido, atacó con firmeza al orgulloso enemigo, i lo hizo retroceder precipitadamente, habiéndolo perseguido por el espacio de tres horas, hasta que el cansancio de su tropa le hizo ver la necesidad de replegarse.

Habiendo vuelto á salir el coronel Valdés con una division de tres batallones i dos escuadrones sobre el mismo Chancai, tuvo noticia de que el coronel insurjente Alvarado habia sido enviado desde Huacho para ponerse en comunicacion con Arenales, i concibió al instante la idea de hacer un atrevido movimiento sobre Sayan, situándose entre este último cau-

dillo i el resto del ejército rebelde; pero como á este tiempo hubiera recibido órden de retroceder á su primera posicion, en la que tuvo otras posteriores para quedarse con el solo batallon de Numancia, un escuadron de dragones del Perú i dos piezas de montaña, le fue preciso deshacer la operacion principiada.

Los buenos efectos que ésta produjo desde el momento en que los rebeldes tuvieron conocimiento de ella probaron el acierto del gefe que la habia proyectado. Alvarado tuvo órden de retirarse, i la tuvieron asimismo de embarcarse al momento los enfermos i almacenes del ejército, mientras que eran alejados por tierra los ganados, caballos sobrantes i cuanto pudiera embarazarles en sus marchas; pero informados de la variacion de los planes de los realistas volvieron de nuevo á su primer estado de sosiego i seguridad. Hallándose en esta posicion se le presentó en 25 de noviembre de descubierta el teniente don Pascual Pringüeles con 25 granaderos montados de los Andes i un guia. Deseoso Valdés de enviar á Lima muestras inequívocas de sus esfuerzos guerreros, trató de apoderarse de dicha partida, i lo logró tan felizmente al favor de su astucia i buena direccion, que *ni uno solo* escapó de aquellos individuos á pesar de haber hecho una desesperada defensa. Todos, menos dos que quedaron tendidos en el campo, fueron remitidos á la capital, inclusive 12 heridos, con la idea de sostener en parte el abatido espíritu.

Habiendo entablado ya á este tiempo los insurjentes una criminal correspondencia con algunos oficiales de Numancia, i habiendo solicitado éstos la aproximacion de alguna fuerza para proteger su desercion, trató el mismo Alvarado de ir faldeando la sierra con toda la caballería, con 400 infantes i dos piezas de artillería para caer de repente por la espalda sobre las tropas de Valdés. Avisado este gefe oportunamente de aquel movimiento pasó á tomar posicion á la desembocadura de la quebrada por donde venia el referido Alvarado; aquella actitud imponente bastó para que éste se retirase des-

pues de haberse cruzado algunos tiros de fusil i cañon de ambas partes; pero reconociéndose el coronel Valdés mui inferior en caballería, i juzgando que los insurjentes habian de volver á la carga con mayor decision á la mañana siguiente, emprendió su repliegue en aquella misma noche haciendo alto á cuatro leguas de distancia, en cuya posicion permaneció el resto de ella i todo el dia inmediato sin que hubiera ocurrido mas novedad que la de haberse presentado de nuevo los insurjentes á bastante distancia.

Era la noche del 2 de diciembre la destinada para dar principio á su rebeldía el batallon de Numáncia; mas como el activo Valdés se hubiera situado accidentalmente en el parage en que acampó la compañía de cazadores, que era la que debia dar el principal impulso, quedó parado el golpe por temor de un gefe tan vigilante, que con su acostumbrada serenidad i prontitud en acudir á las primeras señales de alarma i riesgo habia de destruir todas sus tentativas.

Mas se llevó á efecto este criminal proyecto en la noche siguiente mientras que se retiraba aquella columna al cuartel general. Como ignoraba Valdés el espíritu sedicioso que habia cundido en aquel cuerpo, del que habia podido adquirir escasos conocimientos en los seis únicos dias que lo tenia á sus órdenes, determinó poner la caballería á la vanguardia por exigirlo asi la aspereza del terreno. No teniendo tampoco el menor recelo de ser atacado por el enemigo, que habia quedado á mas de tres leguas de distancia, se adelantó á reconocer la posicion, en la que debia acampar su columna, i á preparar los víveres i forrages que pudiera necesitar.

Creia el citado Valdés que aquel batallon seguia la marcha cuando las primeras noticias que tuvo de él al amanecer fueron las de su alzamiento. Los capitanes don Ramon Herrera i don Tomás Héres, los tenientes Guas, Izquierdo i otros oficiales dieron las primeras señales de la subversion; la tropa seducida de antemano siguió la senda trazada por estos desleales; fueron arrestados su coronel don Ruperto Delgado i dos oficiales mas que quisieron hacer algunos esfuerzos para

salvar la indeleble afrenta que iba á recaer sobre aquel cuerpo, i se pasó entero al enemigo embarcándose en seguida en Chancai en dos trasportes para Huacho, adonde llegó al dia siguiente. La pérdida de este batallon agravó considerablemente la crítica situacion de los negocios públicos; habia sido creado en setiembre de 1813, por el comandante don José Yañez; se componia en su totalidad de zambos, indios i mulatos de la provincia de Barinas, i habia sido enviado de refuerzo al Perú, superando indecibles trabajos i privaciones en un viage de mas de mil leguas por caminos i desiertos los mas ásperos i penosos, i conservando un grado tan perfecto de disciplina que podia competir con los mas brillantes cuerpos européos.

Habia llegado á tal punto el estravío de la pública opinion que ya no se podia contar con la fidelidad, ni aun de los hombres que mas habian acreditado hasta entonces su adhesion al Rei. No pasaba dia en que no llegasen al cuartel general desastrosas noticias de haberse pasado á los enemigos, individuos de todas clases, i de la defeccion de soldados i aun de oficiales i gefes.

El lastimoso cuadro que ofrecia el Perú á fines de 1820 se completó con la derrota del brigadier O-Reilli en el cerro de Pasco por el caudillo Arenales. Habia éste emprendido su movimiento desde Pisco en el dia 6 de octubre con el objeto de cortar la comunicacion con el ejército del Alto Perú, i de estender el fuego de la insurreccion por las provincias de la espalda de Lima. La caprichosa fortuna se habia empeñado en guiar sus pasos: despues de haber permanecido en Ica hasta el 21 del mismo mes, entró en Huamanga en 31, se apoderó de Huanta en 6 de noviembre, de Jauja en 21, i de Tarma en 23, batiendo en todas direcciones las fuerzas que se le opusieron á su paso, especialmente las que habia podido reunir el intendente de Tarma con la agregacion de la compañía llamada de Cárdenas, que habia salido de Lima con este objeto, i apoderándose de 200 caballos que el celoso subdelegado de Jauja habia reunido para la division de O-Reilli. Des-

pues de estos rápidos triunfos se habia dirigido Arenales al cerro de Pasco, para verificar por aquel punto su incorporacion con las tropas de San Martin desembarcadas en Huacho.

Previendo el virei este mismo movimiento alterando sus primeras disposiciones envió en aquella direccion al citado brigadier O'Reilli con un batallon, un escuadron i una compañía de artillería, á cuya fuerza se debian reunir las partidas sueltas de Jauja, Tarma, Huancavelica i las situadas en el puente de Iscuchaca hasta completar 1500 ó 2000 hombres, en cuyo solo caso debia entrar en accion. Era el dia 6 de diciembre cuando se encontraron ambas divisiones en el espresado cerro de Pasco, pero sin mas fuerza por parte de O'Reilli que la que habia sacado de Lima, i algunas partidas sueltas que se le habian reunido, puesto que las tropas de Tarma i del puente de Iscuchaca habian ya sido batidas i desordenadas.

Los realistas sin embargo se desplegaron en batalla detras de un barranco profundo apoyando su derecha á un terreno pantanoso i su izquierda á un lago pequeño; i aunque su número era cuatro veces menor que el de los contrarios, esperaban que lo favorable de la posicion supliría aquella desventaja. Mas decididos los patriotas á deshacer á toda costa aquel antemural que se ofrecia á su marcha, se dirijieron al ataque con la mayor firmeza i confianza: el batallon número 2, mandado por el teniente coronel Aldunate, dió vuelta al citado lago, i se puso sobre el flanco, en tanto que el número 11, á las órdenes del de igual grado Deza, atacaba de frente.

La fortuna abandonó en esta ocasion á las tropas realistas, las que á pesar de su bizarría hubieron de ceder á la violencia del ataque, quedando muertos en el campo 1 oficial i 53 soldados, heridos 90 hombres, i hechos prisioneros 28 de los primeros i 315 de los segundos. Concurrió á ilustrar el triunfo de los patriotas la toma de dos piezas de artillería i de 360 fusiles, así como el apresamiento del mismo O'Reilli por el teniente Suarez, i la sucesiva rendicion de la caballería mandada por el teniente coronel don Andrés Santa Cruz,

quien desde este momento entró al servicio de los rebeldes, i llegó á ocupar posteriormente el primer puesto de la república peruana.

Con este desgraciado suceso quedó Arenales dueño de aquellos paises; pero hallándose su division bastante maltratada i habiendo recibido á este tiempo avisos de Alvarado, que mandaba las fuerzas avanzadas en Palpa cerca de Chancai, pasó los Andes contra los deseos de San Martin, empeñado en que conservara aquellas posiciones. Estas órdenes no fueron recibidas por Arenales sino despues de haber cruzado dicha cordillera i cuando se hallaba en el estado mas deplorable á consecuencia de las penosas marchas i demas privaciones que habia sufrido en aquel tránsito, especialmente en la travesia desde Ica á Huamanga, cuyo camino de 80 leguas es en parte un verdadero desierto, acompañado tan solo de privaciones i necesidades aumentadas por la frigídisima cordillera de los Andes.

El subdelegado de Canta, teniente coronel don Manuel Ceballos, que habia prestado importantes servicios cuando los insurjentes desembarcaron en Ancón poniendo fuera de su alcance los ganados, caudales i efectos, i alistando á sus órdenes 200 hombres para protejer los intereses de aquella provincia, tuvo nueva ocasion de acreditar su celo por el Real servicio proveyendo de acémilas i víveres á la division del brigadier O'Reilli en su paso para el cerro de Pasco, tranquilizando once doctrinas de indios, cuyos alcaldes se habian reunido ya en el pueblo de Baños en 17 de noviembre para dar principio á su rebelion, i poniendo en salvo los ricos metales del citado cerro de Pasco despues de la derrota de O'Reilli, asi como dirigiendo la opinion con sus útiles i bien razonados artículos que se insertaron en los papeles públicos con el título de *Amigo verdadero de los hombres.*

La partida insurjente que habia quedado en Ica á las ordenes de Bermudez i Aldao hubo de abandonar aquella provincia despues de haber sido batida por Pardo; i encaminándose ácia Jauja para apoyar la sublevacion de los indios de

aquellos partidos se vió bien pronto envuelta por la division del brigadier Ricafort que habia sido movida por disposicion del virei. Habia llegado á formar aquel benemérito gefe en Arequipa una brillante division de 3000 hombres, denominada de reserva; pero como se hallaba compuesta de gente de la costa, naturalmente floja i viciosa, quedó en esqueleto cuando fue puesta en accion; mas luego que se le hubo agregado en dicho punto de Andahuailas el acreditado batallon de Castro, conocido comunmente con el nombre de *Chilotes*, i el no menos bizarro escuadron de granaderos de la guardia, continuó la persecucion de Arenales que habia cruzado rápidamente por las citadas provincias dejando en ellas el pestífero fuego de la insurreccion.

Por grande que fuera la actividad de Ricafort, no llegó á tiempo de batirse con aquel caudillo; pero logró á lo menos derrotar en las inmediaciones de Huamanga á principios de diciembre á los caudillos Landeras i Torres, que habian juntado toda la indiada del partido de Cangallo, algunos dias despues á los que infestaban la provincia de Huancavelica, i en 29 del mismo mes en las pampas cercanas á Huancayo á otro inmenso enjambre de 8 á 10@ indios que se habian situado en ellas, armados de lanzas, rejones, hondas, algunos fusiles i escopetas, i apoyados por 800 milicianos i negros, i tres piezas de artillería al mando del citado Aldao.

Quinientos muertos, un número mayor de heridos i prisioneros, la completa dispersion de los restantes, toda la artillería, la mayor parte del armamento i municiones, porcion considerable de caballos, i cuantos efectos de guerra poseian los rebeldes, fueron los trofeos de los realistas en esta sangrienta refriega, en la que oficiales i soldados se cubrieron de gloria, distinguiéndose sobre todos el brigadier Ricafort i los tenientes coroneles Garcia, Ramirez, Ferraz i Seoane. El dia antes de esta batalla habian recibido los realistas otro golpe de los mas crueles con la sublevacion de Trujillo, dirigida por su desleal intendente el marques de Torretagle. Habiendo preparado la intriga mui de antemano con prete-

to de que los europeos trataban de asesinar á los americanos, supo hacer brecha en la fidelidad de aquellos habitantes i decidirlos á la rebelion.

Removidos con astucia todos los obstáculos que hubieran podido oponerse á sus planes, dió el grito de independencia sin que el débil aunque leal destacamento de Numancia que se hallaba de guarnicion, hubiera podido parar aquel pronunciamiento simultáneo de la opinion, ni conseguir mas ventaja que la de salvarse del incendio, refugiándose entre las tropas de Piura, que mui pronto participaron de igual contagio. El Ilmo. obispo don José Carrion i Marfil con 16 individuos mas fueron embarcados para el Callao. Al favor de tan horrible traicion se hicieron dueños los rebeldes de la parte septentrional del Perú, quedando cubierta la retaguardia de las tropas de San Martin, i privados los realistas de aquel interesante granero, que á falta de los suministros de Chile habia abastecido de víveres hasta entonces al vireinato de Lima.

El edificio realista se iba desmoronando por todas partes: aunque las provincias de Huamanga, Cangallo i Huancavelica habian sido pacificadas por el brigadier Ricafort; i aunque *se habian* notado en varios puntos rasgos particulares de acendrada lealtad, era sin embargo casi general el desaliento en todo el vireinato de Lima: en un solo dia que fue el 8 de diciembre se habian fugado de la capital 38 oficiales i un cadete; en todos los cuerpos se habia introducido esta desleal propension, i ya los mismos gefes i oficiales no tenian confianza unos de otros. Creian los mas que iba á ser irreparable el torrente impetuoso de la insurreccion.

Si la capital se hallaba rodeada de tan graves peligros, no era menor la alarma en las provincias; las voces alarmantes que esparcian los malévolos anunciando desastres i derrotas de parte de los realistas, i aun la toma de la misma ciudad de Lima por las tropas de San Martin, habian pervertido de tal modo el espíritu público, que muchos individuos del ejército, no tanto por amor á la independencia como por te-

mer los efectos de la lucha, trabajaban en igual sentido prestando importantes servicios que los hicieran acreedores á la consideracion de los nuevos gobernantes; i los realistas mas decididos trataban de hacer los últimos esfuerzos de su valor, i cuando ya hubieran agotado todos sus recursos, pensaban abrirse paso por entre los indios bárbaros, i hacer su retirada ácia los dominios del Brasil. ¡Tal era la opinion de muchos á fines de este año!

Por un efecto de esa misma desconfianza i terror, habia sido fraguada una terrible conjuracion en Oruro para entregar la plaza al caudillo Chinchilla, que se hallaba á 5 leguas con 800 hombres. El mismo gobernador Vega, i el comandante de la guarnicion, Mendozaval, así como los empleados de real Hacienda i una gran parte del pueblo estaba iniciada en aquel horroroso proyecto. Estaba ya para estallar el golpe i para caer en poder de los insurjentes los inmensos almacenes i pertrechos que se conservaban en dicha villa de Oruro como en un depósito seguro, en cuyo caso hubiera quedado enteramente cortado el ejército del alto Perú, i falto de tan preciosos recursos guerreros, cuando la divina Providencia que habia tratado de probar la constancia de los realistas, haciéndoles tragar los mas amargos brevages de la adversidad, empezó á manifestar por un maravilloso accidente la facilidad con que sabe desbaratar los atrevidos planes inventados por la arrogancia humana.

Despues que por órdenes urgentes i premurosas del virei Pezuela, habia debido suspender el general en gefe del Alto Perú, don Juan Ramirez, su brillante carrera en la invasion de las provincias de Jujui i Salta, i replegarse ácia el centro del Alto Perú, situando su cuartel general en Puno para hallarse en mejor disposicion de ausiliar las operaciones del vireinato de Lima, habia quedado en la vanguardia el brigadier Olañeta con una division escogida; pero no amenazando por entonces ningun peligro aquella frontera, i siendo mas necesarias las tropas para operar sobre las costas contra las espedicionarias, se habia dispuesto que se aproximase á mar-

chas forzadas el batallon titulado del centro, mandado por el actual brigadier don Baldomero Espartero. Deseando este benemérito gefe dar un exacto cumplimiento á su mision, recorrió rapidamente aquellos vastos espacios, i tomando una senda desusada i desierta, por la que si bien hubo de sufrir duras privaciones, logró sin embargo el ahorro de 40 leguas, cayó sobre la ya mencionada villa de Oruro, sin que se hubiera tenido la menor noticia de aquel movimiento.

Apenas llegó Espartero á este pueblo, cuando el sombrio carácter de sus habitantes, la taciturnidad i reserva de las mismas autoridades, i el recelo, la desconfianza i el desaliento que estaban pintados en todos los semblantes, le anunciaron la proximidad de algun grave mal, que atribuyó al principio á la predominante idea del triunfo de las tropas espedicionarias. Vueltos los conjurados de su primer estupor i sobrecogimiento, se dedicaron con el mayor teson á pervertir el espíritu de aquel bizarro cuerpo: el sargento primero de granaderos, que finjió entrar en sus criminales proyectos, i que con la divisa de conjurado asistió á las juntas celebradas en los primeros dias de diciembre, en las que se habia resuelto activar la esplosion, comunicó á su coronel el horroroso plan, reducido á que el capitan de la quinta compañía habia de dar principio á la rebelion asesinándole con sus propias manos, en cuya consecuencia tomarian las armas los seducidos, con el apoyo de los caudillos Chinchilla, Lanza, Orihuela i otros, i con la cooperacion de las mismas autoridades i del pueblo, impondrian un silencio de muerte á los leales que no quisiesen suscribir á aquella felonía.

Disimulando Espartero la angustia de su ánimo al verse tan próximo á la orilla del precipicio, llamó astutamente á su casa á la mayor parte de sus oficiales con el pretesto de pasar alegremente algunas horas de la noche i celebrar el feliz término de su penosa marcha. Verificada esta reunion sin que nadie pudiera concebir la menor alarma, reinó entre todos los convidados la mayor alegría i contento hasta las once en que trataron algunos de retirarse; pero cerrando el

gefe la puerta i cambiando de repente de lenguage dejó á todos sorprendidos con la revelacion de la próxima catástrofe. Todos juraron derramar su sangre por sostener la autoridad Real i á su digno comandante: uno de los oficiales, que fue el único de aquella junta que estuviera iniciado en la conjuracion, hizo iguales protestas, pero nacidas del imperio de las circunstancias.

Discutido el modo de paralizar aquel perverso designio se acordó arrestar en la misma noche á todos los reos principales i de hacer un ejemplar i ejecutivo escarmiento sobre ellos. Dirigiéndose todos en derechura al cuartel, cerraron las puertas con el mayor silencio, i formada la tropa fue arengada por su gefe con toda la elocuencia de que es capaz un entusiasmado militar. Habiendo tenido la satisfaccion de oir por unanimídad el empeño de vengar tamaños ultrages, salieron al momento diferentes partidas mandadas por sus oficiales á hacer los arrestos convenidos, como lo verificaron menos en la persona de Mendozaval, que habia salido en aquella misma noche á combinar sus planes de infidencia con los caudillos.

Se ejecutó esta operacion con tanto sigilo, que nadie tuvo conocimiento de ella, sino las familias en cuyas casas se habian verificado las prisiones. El pueblo sorprendido se hallaba en la mayor inquietud cuando oyendo al dia siguiente los tiros dirigidos contra el infiel capitan Nordenflicht, sentenciado breve i sumariamente á ser pasado por las armas por un consejo de guerra, se convenció del malogro completo que habia tenido la conspiracion.

Todos los presos fueron convictos i confesos de su crímen, del mismo modo que el citado Nordenflicht; i aunque se les habia impuesto igualmente la pena de muerte, no llegó á verificarse porque el demasiado generoso Ramirez, que entonces se hallaba en Puno, ordenó se suspendiera la ejecucion i les conmutó el castigo sucesivamente en diez años de presidio, que nunca llegó á cumplirse, porque los reveses sufridos por las armas españolas, ofrecieron á aquellos des-

leales los medios de sustraerse al merecido castigo. Contribuyó asimismo á poner en claro esta conspiracion un pliego dirigido á Güemes por el caudillo Chinchilla con la firma del ya citado Mendozaval, que fue interceptado por las tropas del coronel Huarte gobernador de Potosí, en el tránsito del emisario para Salta, donde se hallaba entonces el indicado cabecilla, á quien pedian los facciosos alguna partida de caballería para apoyar su empresa.

Casi al mismo tiempo que se descubrió esta conjuracion debia haber estallado otra en la vanguardia no menos peligrosa en sus efectos, aunque de mas difícil ejecucion. Era el plan de los traidores asesinar al comandante general Olañeta i á todos los gefes i oficiales, llamar al caudillo Güemes, i militar bajo sus órdenes hasta la total evacuacion del Perú por las tropas del Rei. La espontánea delacion de uno de los principales conjurados salvó aquella division de su amenazada ruina; i el pronto i ejemplar escarmiento que se hizo sobre los principales motores de aquel bárbaro proyecto, restableció la calma, el órden i la disciplina.

A estas dos conspiraciones habia precedido otra, dirigida por los mismos principios, si bien parecian mas efímeros sus elementos. Concebida con alguna antelacion por el coronel Lavin, por los capitanes Rolando, Villalonga i Zamora, por un platero i por otros varios secuaces de la independencia, debia haber estallado luego que San Martin desembarcó sus tropas en Pisco, calculando acertadamente que estando la atencion de los realistas dirigida ácia aquel punto, podrian ellos asegurar la felicidad de su resultado. Ya con este fin se habian puesto de acuerdo con el mencionado general insurgente; ya se habian reunido fondos, i aun se habian aumentado con moneda acuñada por el referido platero para seducir á la tropa, i repartirla á la plebe de dicho punto de Arequipa; ya estaban pues los confederados para dar ejecucion á su proyecto, cuando fue descubierto por el celoso i activo general Carratalá, que como gefe superior era la primera víctima designada para el sacrificio. Arrestado el primer cons-

pirador Lavin, asegurados asimismo los demas cómplices, i remitidos al Cuzco para ser juzgados, se cortó de raiz este terrible fuego que habia amenazado mui de cerca el incendio de aquellas provincias.

Los mas exaltados realistas censuraban agriamente las operaciones del virei: pretendian que San Martin habria podido ser derrotado completamente en Pisco si de Lima hubiera salido una division proximamente igual á la que desembarcó el caudillo insurjente, lo que añadian se hubiera podido practicar dejando todavía 3000 hombres para las guarniciones de dicha capital i del Callao. Igual operacion sostenian que pudo haberse hecho por el general del Alto Perú, que se hallaba entonces á la cabeza de 6 á 79 hombres de tropas escogidas, ó á lo menos haber enviado á marchas forzadas la mitad de estas para operar en combinacion con las de Lima, i que este habria sido el único medio de evitar el estravío de la opinion i la formacion de tantas conspiraciones.

Este argumento parece convincente á primera vista; pero si se considera la posicion del vireinato de Lima, que forma una faja de mas de 18 grados de lat. desde Guayaquil hasta el rio Loa, la que por sus muchas tortuosidades i asperezas se considera como una distancia de 600 leguas, se vendrá en conocimiento de que no dominando la mar se ofrecen dificultades casi insuperables para dirigir oportunamente las operaciones militares sobre aquellas costas. Este fue el origen de los triunfos de San Martin, i lo que mas ejercitó en lo sucesivo el sufrimiento i constancia de los ejércitos realistas aun en el momento de sus victorias.

Esta fue asimismo la causa de la indecision del virei Pezuela en dirigir sus tropas contra el citado San Martin, temeroso de que éste embarcase las suyas de repente, i fuese á caer por sorpresa sobre la capital, antes que las columnas ambulantes pudiesen acudir á su socorro. Pezuela creyó con la mas sana intencion que perdida la capital se perdia el reino: sabia que en ella habian sido plantadas las semillas

de la insurreccion, i temia que si se ausentaba para operar con el resto del ejército, sucumbiera facilmente á las fuerzas de San Martin combinadas con los impulsos de los descontentos, aunque en ella quedara una guarnicion respetable. Hé aqui los justificados motivos de no haber atacado á los espedicionarios, quienes en el entretanto engrosaban su partido i acababan de pervertir el espíritu público.

Sugetos respetables, llevados del mejor celo, i otros por malignidad aconsejaban á dicho virei la necesidad de no alterar su sistema; los habia asimismo que opinaban que el dominio español no podia conservarse sino retirándose á las provincias interiores de la sierra, dejando al engreido enemigo todo el dominio de la costa del N. Bien es cierto que el abandono de la capital debia considerarse como un duro sacrificio, que habia de envolver la ruina de infinitas familias comprometidas por la causa del Rei. Tampoco se ocultaba aun á los mismos que proponian este espediente *como el único* capaz de salvar la nave del Estado, que sus primeros resultados habian de ser el descrédito del partido realista, el insoportable orgullo de los disidentes, la formacion de un gobierno central que pudiera reunir las voluntades i la creencia de los gabinetes europeos i aun de la misma España de la irremediable pérdida de aquellos dominios.

Obrando fuertemente en el ánimo del virei estas graves consideraciones, se decidió por la conservacion de dicha capital á costa de cualquiera sacrificio. Todos sus habitantes, aun los mas decididos realistas, aplaudieron esta determinacion, confiando en que si la fortuna los abandonaba despues de haber desplegado todos los recursos de su ingenio i valor podrian asegurar una honrosa capitulacion, mediante la cual fueran respetadas sus personas i propiedades. Guiados por estos principios, i viendo agravarse lo crítico de las circunstancias á pasos agigantados, se atrevieron 72 individuos de los mas distinguidos de aquella ciudad á firmar

una representacion en 16 de diciembre pidiendo al virei que estipulase con San Martin tratados amistosos, como una continuacion de los principiados en Miraflores, i que cesasen de una vez las discordias entre europeos i americanos.

El ayuntamiento, á quien fue presentada dicha esposicion para que por su conducto i con su apoyo fuera trasmitida al gefe superior del reino, reconoció la conveniencia de esta medida, i reunió sus votos á los de los suscritos, en el acto de hacer la entrega; pero el virei Pezuela que todavía contaba con fuerzas respetables para no dar un paso tan bochornoso, rechazó aquella intempestiva súplica, i trató de sostener la guerra hasta el último trance.

La triste i dolorosa lectura de este capítulo, que por desgracia abunda tanto en contrastes i reveses para las armas del Rei, podrá ser interpretada por algunos como un argumento á favor de la independencia: estenderán su raciocinio con toda la apariencia de solidéz hasta el punto de afirmar, que la opinion general estaba por dicho sistema, i que era un imprudente desacierto de parte de las autoridades realistas el pretender contrariar con tan débiles medios la opinion de dos millones de habitantes. Para corroborar su idea, alegarán que sin la adhesion de los pueblos á los principios subversivos no habria sido posible que un ejército estrangero de 4500 hombres hubiera hecho tantos progresos contra un gobierno establecido por justas i sabias leyes, arraigado por el dominio pacífico de 300 años, i defendido por 23,000 soldados valientes, mandados por hábiles generales i esforzados oficiales.

Cualquiera que haya estudiado á fondo las revoluciones, se sorprenderá mui poco de ver triunfar á veces una corta fuerza sobre un pais invadido, aunque la opinion no le sea generalmente favorable al principio. Los peruanos, segun se ha dicho en otro lugar no conocian todavía los males de las nuevas teorias proclamadas por sus vecinos; creyeron que estas habian de

constituir su felicidad. De aqui el oir con agrado las seductoras proclamas; de aquí el enfriarse su espíritu guerrero á favor del Rei; de aqui el pasarse muchos paisanos á engrosar el ejército invasor; i de aqui finalmente la inaudita defeccion de gefes, oficiales i aun cuerpos enteros, de esos mismos individuos que se habian conservado constantemente fieles, sin que hubieran manchado jamas su buen nombre.

Un golpe atrevido de parte del virei, una batalla dada al caudillo San Martin, alguna ventaja conseguida por la marina habria podido sostener la opinion i dar un giro mui diferente á los negocios; pero como el plan de campaña del señor Pezuela se limitó á la defensiva, tuvieron tiempo los contrarios de reforzarse i de hacer rápidos progresos en su causa. Cuando un edificio principia á desmoronarse, no bastan puntales para sostenerlo. Asi sucedió en esta desgraciada época. Introducido el desaliento en el ejército real i en igual proporcion la creencia en el pueblo de que iban á triunfar las armas de San Martin, era consiguiente en unos i en otros olvidarse de sus deberes, i dirijir todas sus miras á prestar servicios á los que eran ya considerados como nuevos dueños, para conservar sus empleos, i aun para ganar mayores grados i distinciones, que no eran escaseados por los insurjentes espedicionarios.

No fue, pues, en nuestro concepto la fuerza general de la opinion la que redujo en estos momentos á la orilla del precipicio el dominio del Rei, sino la fatalidad del destino, i el mismo curso irresistible de los sucesos. Porque si hubiera sido lo primero ¿cómo habrian podido los gefes realistas levantarse á los pocos meses de su abatimiento, organizar nuevos ejércitos de los esclusivamente hijos del pais, porque ya los europeos habian quedado reducidos á mui corto número, apoderarse de la mayor parte del vireinato i sostener la guerra con brillo por el espacio de cuatro años?

Nos ha parecido mui conveniente hacer estas críticas observaciones antes de concluir el capitulo histórico del año 1820
:

para rebatir los especiosos argumentos que hemos visto consignados en repetidos escritos, i dirigidos á hacer ver á la Europa el inútil empeño del Monarca español en pretender el dominio de unos paises, que quieren probar le son abiertamente contrarios. Son, lo repetimos, especiosos, i se veria su poco fundamento, si una regular espedicion, apoyada por fuerzas navales que dominasen el pacífico, apareciese por aquellas costas.



CAPITULO III.

CHILE: 1820.

Regreso de Lord Cochrane á Valdivia. Apresamiento del bergantin Potrillo. Entrada del citado almirante en Talcahuano. Proyecto de apoderarse de Valdivia. Suministro de algunas tropas de Freire. Ataque á la citada plaza. Exito feliz de este temerario proyecto. Malograda empresa de Cochrane contra la isla de Chiloe. Derrota de Bobadilla i de Santalla en los llanos de Toro sobre Osorno. Retirada del almirante á Valparaiso. Entrada de San Martin en Chile, procedente de las provincias de Buenos-Aires. Demision de este general desechada por sus tropas. Brillantes esfuerzos de Benavides i sus progresos. Mision de Pico á Lima. Disgustos de Lord Cochrane con el gobierno chileno, i con el capitan Guise. Alarma de aquel por la renuncia que hizo el almirante. Reconciliacion. Preparativos para la espedicion contra las costas del Perú. Modo ingenioso de completar las tripulaciones de los barcos. Trágico fin de los Carreras, i estincion total de su partido.

Abandonando el almirante Cochrane su crucero sobre Guayaquil, se dirijió acia Valdivia con la idea de averiguar el arribo del navío San Telmo que habia salido de Cádiz en el mismo año, pero que desgraciadamente habia perecido ya á aquella sazon en el cabo de Hornos. Habiéndose presentado en el citado puerto en 18 de enero con bandera española, haciendo la señal de pedir práctico, salió este al instante con un oficial de la guarnicion i cuatro soldados, que fueron detenidos para saber por ellos la situacion de la plaza.

Mientras que aquel atrevido marino estaba haciendo un prolijo reconocimiento del puerto, se avistó un buque sospechoso que fue apresado á las tres horas de haberle dado la caza. Era este el bergantin de guerra español llamado el Potrillo, de 16 cañones, que habia sido enviado desde el Callao con 209 pesos i municiones para los gobernadores de Chiloe i Valdivia, i que conducia para este último punto toda aquella suma por no haber tenido proporcion de dejarla en Chiloe á donde habia tocado á su paso.

Apenas llegó la O'Higgins á la bahía de Talcahuano, que fue en 20 del mismo enero, concibió Lord Cochrane el atrevido plan de tomar á Valdivia por un golpe de mano, si el gobernador Freire queria facilitarle un pequeño refuerzo. Surtió tan buen efecto la espresiva é insinuante elocuencia de aquel aventurero, que le fueron confiados 250 hombres á las órdenes del mayor Beauchef, á pesar de estar al frente de Concepcion un terrible enemigo cual era Benavides. Embarcada esta fuerza en la citada fragata O'Higgins, en la goleta Moctezuma i en el bergantin de guerra el *Intrépido*, se hizo á la vela en 25 del espresado mes de enero. Al pasar la O'Higgins por enfrente de la isla Quiriquina, tocó en la punta saliente de una roca por descuido del encargado de la guardia: la tripulacion se alarmó terriblemente con este inesperado contraste; pero la destreza i serenidad de Lord Cochrane, la sacó bien pronto de aquel peligro.

Ocupado este hábil marino en su gran proyecto de apoderarse de la plaza de Valdivia, no se detuvo á prácticar los reconocimientos necesarios en aquella fragata, la que al anochecer del dia 26 tenia cinco pies de agua en la bodega, i dos horas despues se habia aumentado hasta siete. Se hallaba ya inundado el almacen de pólvora; el peligro crecía rápidamente, i en el semblante de todos se veian pintados el terror i la confusion, cuando poniéndose el mismo Lord el primero al trabajo, consiguió habilitar dos bombas en poco tiempo, i salvar por este medio aquel buque de la amenazada ruina.

Era el dia 2 de febrero cuando llegaron á la latitud de

Valdivia reunidas todas las embarcaciones de aquella escuadrilla. Cuando ya se hallaban á treinta millas de tierra, fueron trasportadas todas las tropas á bordo de la goleta i del bergantin, cuyos dos barcos hicieron fuerza de vela para llegar al puerto con la esperanza de sorprender á los realistas; pero la escasez del viento les impidió hacer el desembarco en aquella noche.

Una cadena de fuertes, que cruzando sus fuegos en direcciones encontradas, defendian la entrada del citado puerto, ofrecian obstáculos al parecer insuperables á la corta fuerza que trataba de apoderarse de ellos: eran sus nombres el *Niebla*, *el Amargos*, *el Corral*, *Chorocomayo*, *San Cárlos*, *el Inglés*, *el Mancera*, *el Piojo i el Carbonero*; estaban superabundantemente artillados, i cada uno tenia un foso profundo i su muralla de piedra que no podia verse ni batirse desde el mar, escepto el Ingles que la formaba una estacada. Las tropas regladas que los guarnecian no bajaban de 800 hombres. Habia ademas un número próximamente igual de milicianos, cuya mayor parte se hallaba entonces en Osorno á treinta leguas de distancia en direccion del estrecho de Magallanes, i los demas en la ciudad de Valdivia, situada á catorce millas de la embocadura del rio.

La aspereza del terreno, la espesura de la maleza, la falta de caminos i la sola habilitacion de sendas al alcance de los fuegos de dichos castillos, aumentaban su fuerza; mas todos estos elementos de vigor i resistencia fueron instrumentos inútiles en las manos de aquellas tropas. Habiendo fondeado los dos referidos buques tremolando la bandera española en la tarde del 3 de febrero, bajo el tiro del fuerte Ingles, frente al único sitio de desembarco que lo forma una caleta, trataron de usar de los mismos ardides empleados en la primera espedicion; pero como ya estaban los españoles prevenidos contra los falaces designios de los insurjentes, nó tuvieron esta vez el resultado que se prometian.

Hechas las señales de alarma, fue reforzada la guarnicion del fuerte Inglés, i destinado un grueso destacamento para

impedir el desembarco. Fue el aventurero Miller el primero que trató de saltar en tierra con 44 marinos que llevaba en su lancha, i á pesar del vivo fuego que salia de las baterías de la plaza, i de los fuertes obstáculos que ofrecia la mar embravecida, i el alga marina que se habia acumulado en abundancia cerca de la costa, logró desembarcar su gente i desalojar de dicha caleta á los realistas que la ocupaban. Llegaron prontamente otras lanchas i en menos de una hora se hallaron reunidos los 350 soldados patriotas, que eran los únicos con que se contaba para aquella temeraria empresa.

Favorecidos estos por la oscuridad de la noche, por el estruendo del cañon, i por el murmullo de las aguas, llegaron libremente al pie del citado fuerte ingles; i como el intrépido subteniente Vidal ausiliado por algunos de sus soldados hubiera podido remover algunos de los troncos que formaban aquella muralla se metieron sin ser vistos dentro de las trincheras; i haciendo una terrible descarga por la espalda de las tropas españolas que estaban empeñadas en defender el ataque por el frente, introdujeron en ellas el mayor desaliento, haciéndolas creer que tenian encima toda la fuerza enemiga. Dando por irremediable su ruina huyeron en el mayor desorden, i por este imprevisto recurso se hallaron los insurjentes dueños de aquella posicion.

No es estraño que este primer contraste introdujera su maléfico influjo en los demas puntos de defensa, i que figurándose aquellos flojos soldados que la espedicion encargada de su asalto era superior á todos los esfuerzos de su resistencia, participasen de igual confusion i espanto. Asi pues en poco tiempo, i en medio del desorden, aumentado por la misma lobreguez de la noche, se apoderaron los patriotas de las baterias de Amargos, de los dos Chorocomayos, de san Cárlos, del Corral i finalmente de toda la parte meridional del puerto. Cerca de 100 españoles perecieron en esta infausta noche, i casi igual número fue hecho prisionero: entre los cogidos en el castillo del Corral que fue el único punto que hizo una arreglada defensa, se halló el coronel don Fausto del

Moyo que se vió envuelto en aquella catástrofe á pesar de su decision i firmeza.

Todavía se hallaban dueños los realistas en la mañana del 4 de los fuertes de Niebla, Carbonero, Piojo i Mancera; pero sobrecojidos del terror que era consiguiente á las desgracias de aquella noche, los abandonaron apenas vieron aproximarse los patriotas, quienes quedaron dueños de tan formidables castillos, de 118 piezas de artillería, 840 barriles de pólvora, 170.000 cartuchos, 10.000 balas de cañon é inmensas cantidades de provisiones de guerra i boca, de un modo que superó de mucho los fantásticos planes forjados por la temeridad i por el irreflexivo orgullo.

Los mayores Beauchef i Miller subieron el dia 5 por el rio con Lord Cochrane, á la cabeza de 200 hombres, i tomaron posesion de la ciudad de Valdivia que habia sido abandonada en aquella misma mañana por 500 soldados que la guarnecian, i por la mayor parte de los 15.000 habitantes que contenia aquella ciudad; pero muchos de estos regresaron á sus casas, luego que supieron por una proclama que publicó en el acto el almirante, el moderado i noble comportamiento de los vencedores. Las tropas realistas tomaron la direccion de Osorno con la idea de embarcarse para Chiloe.

Despues de este raro triunfo, con el que la caprichosa fortuna quiso exaltar mayormente la delirante imaginacion de los aventureros ingleses, resolvió el gefe principal de ellos emprender nuevas hazañas, esperando hallar por todas partes una estrella igualmente venturosa que en Valdivia. Se dirijieron sus miras contra la isla de Chiloe, en donde vió estrellarse su loca confianza contra la firmeza i arrojo del benemérito gobernador Quintanilla, i de sus dignas tropas i paisanaje, que concurrieron con la mas fina voluntad á castigar tamaña osadía (1).

(1) Nos proponemos dar al fin de la obra un estracto de los principales sucesos de esta isla durante la revolucion del continente, i aun hacerla estensiva hasta su honrosa capitulacion, para que no queden ocultos los heróicos servicios prestados por sus defensores.

El mayor Beauchef que habia quedado mandando en Valdivia durante la espedicion de la escuadra, salió con 200 hombres en persecucion de los realistas fugitivos, á los que no habia permitido Quintanilla pasar del partido de Carelmapu, provincia del mismo Chiloe, porque reconocia la necesidad de que volviesen á cruzar el rio Maullin i á situarse sobre los llanos á fin de que pudiesen abastecer la isla de víveres desde aquel punto. Habiéndose dirijido el citado Quintanilla en persona á organizar aquella tropa, separó al coronel Montoya, al comandante don Juan Santalla i á otros oficiales i la puso á las órdenes del comandante de cazadores dragones don Gaspar Fernandez de Bobadilla con enérgicos exhortos para que salvase la mengua de la primera derrota; mas apenas habian andado catorce leguas cuando se encontraron con el intrépido Beauchef, resuelto á disputar con empeño la victoria.

Aunque la vanguardia de los insurjentes fue arrollada al principio por el entonces capitan don Miguel Senosiain, replegados sin embargo los restos sobre el grueso de la columna tomaron posicion en el *Toro*, i se prepararon al combate; pero continuando la suerte de las armas en mirar con torbo ceño á aquellos débiles restos de la fatalidad i de la desgracia, fueron derrotados completamente, cayendo en poder del orgulloso enemigo 17 oficiales i cerca de 200 soldados, retirándose los demas al rio Maullin al que pudieron llegar al favor de la aspereza del terreno. Los enemigos aunque victoriosos sufrieron asimismo bastante descalabro, i se replegaron sobre Valdivia, temerosos de nuevos esfuerzos del coronel Quintanilla. Nombrando este por comandante de dicho punto de Maullin, como el mas avanzado al enemigo, al ya mencionado Senosiain, lo sostuvo con la mayor bizarría todo el año, resistiendo con honor varios ataques parciales.

Completada ya esta importante empresa se retiró la escuadra para Valparaiso á fin de dar ejecucion al proyecto de invadir el vireinato de Lima. Ya aquel habia sido concebido desde la batalla del Maipu; pero las discordias en que estuvieron envueltas las provincias de la Plata, i de las que hemos

dado una rápida reseña en este mismo año impidieron su realizacion. Asi, pues, no salió San Martin de Mendoza de regreso para Chile hasta principios de febrero; i aun si entonces se atrevió á dar este paso, fue para sacar sus tropas del contagio que las amenazaba, i del que llegó á participar el regimiento número 1°, que se dispersó completamente.

No bien habia el referido San Martin cruzado los Andes, cuando fue llamado por el gobierno de Buenos-Aires para terminar las disensiones que desde tanto tiempo estaban devorando el pais. Se negó aquel astuto caudillo á obedecer la órden, alegando que si empleaba sus tropas en estas cuestiones domésticas, no podria llevar á efecto la espedicion proyectada contra el Perú, i que se esponia asimismo á quedarse sin tropas si llegaba á situarlas en puntos en los que tenian un completo dominio los principios anárquicos.

Habiendo incurrido San Martin por esta razon en el desagrado del referido gobierno de Buenos-Aires, del que emanaba su autoridad en el ejército, envió desde Santiago un pliego cerrado al coronel Las Heras, gefe de estado mayor i segundo en el mando, que se hallaba entonces con el cuartel general en Rancagua, por el cual hacia demision de su mando, facultando á todos sus oficiales para que eligiesen un sucesor. Este fue otro de los ardides de aquel astuto insurjente, que deseaba ser solicitado para un mando que tanto apetecia; i lo logró tan completamente, que la general aclamacion de su ejército dió nuevo vigor á su poder, i aumentó su prestigio.

Trabajaba en el entretanto sin cesar el referido Benavides por organizar su ejército, i por suplir con los esfuerzos de su brazo la falta de recursos que esperimentaba con la pérdida de Valdivia. Apesar de tantos elementos de oposicion i contraste se atrevió á hacer algunas correrías al N. del Bio-bio teniendo á los enemigos en una contínua alarma. Siendo infatigable en los movimientos guerreros, tuvo el arrojo de meterse á media noche con 400 hombres en Talcahuano, dando un ataque tan brusco á la guarnicion, compuesta de

mas de 100 rebeldes, que todos ellos fueron hechos prisioneros, i degollados sucesivamente, quedando dueño del puerto, i cargando para Arauco algunos efectos que podian serle mas útiles á bordo de dos embarcaciones menores que halló fondeadas en él.

Al retirarse á su campo encontró una gruesa columna enemiga que iba en ausilio del citado puerto, i aunque era aquella mui superior en fuerzas, fue sin embargo arrollada por el intrépido don Juan Manuel del Pico, segundo en el mando de las tropas realistas, i perseguida hasta las inmediaciones de la ciudad de Concepion. Viendo el citado Benavides la imposibilidad de seguir adelante en persecucion del enemigo que ya se habia puesto al abrigo de los fuegos de aquella guarnicion, se retiró ácia el rio despues de un ardiente choque, i continuó su marcha para Arauco, en donde estableció su cuartel general. Mas siendo mui cortos los recursos que habia podido sacar de la citada plaza de Talcahuano, determinó enviar á las costas del Perú en uno de los botes que habia tomado en el referido puerto al espresado don Juan Manuel del Pico, dando parte oficial al virei Pezuela de los progresos que habia hecho en el pais á pesar del desamparo en que habia quedado, i pidiendole ausilios pecuniarios, regalos para los indios i abundancia de armas i pertrechos de guerra. Habiendo tenido Pico la buena suerte de arribar al puerto de Arica, pasó desde alli por tierra á Lima á fin de dar mayor peso á aquella mision con los recursos de su ingenio i de su laudable celo.

Fue con efecto acogida la súplica con el mas vivo interés, i haciendo el digno virei un generoso desprendimiento en favor de Pico de cuantos socorros le fue posible facilitar, se embarcó aquel de nuevo para Arauco despues de haber sido nombrado teniente coronel de caballería de dragones de la Frontera, i llevando los despachos de coronel de infantería para Benavides con la aprobacion de las propuestas para oficiales subalternos, i facultades á aquel esforzado guerrero para premiar dadivosamente el verdadero mérito de los indivi-

duos de su ejército i todos los rasgos brillantes de valor i fidelidad.

Luego que aquellas tropas vieron regresar al valiente Pie en un buque estrangero con todo cuanto podia necesitar para sostener la guerra, se llenaron del mas vivo entusiasmo, olvidando completamente la pérdida de Valdivia, que tanto les habia afectado por ser el mismo punto, de donde pudiesen recibir los necesarios ausilios.

Lord Cochrane que habia llegado á fines de febrero á Valparaiso en el *Moctezuma* con el Mayor Miller i con los heridos estaba recibiendo los mas puros testimonios de aprecio i consideracion de parte de los chilenos, sumamente reconocidos á sus estraordinarios servicios, cuando se halló bien pronto envuelto en las discordias, tan comunes á los estados nacientes, i le faltó poco para abandonar aquellos paises, i regresar á Europa. Principiaron sus disgustos al ver que el gobierno no premiaba á medida de sus deseos á las tropas i marinos que habian tenido parte en sus recientes empresas; i guiado por un principio de desinterés personal se negó á admitir una hacienda que le habia sido concedida, manifestando que él estaba bastantemente remunerado con la gloria adquirida, i que solo aspiraba á ver recompensadas las fatigas de sus compañeros de armas. Hubo con este motivo contestaciones serias con el departamento de marina, que lo irritaron hasta el punto de hacer renuncia de su mando.

Empero obligado por la eficaz mediacion de O'Higgins i San Martin que supieron halagar su amor de gloria, ofreciéndole la pronta salida de la espedicion para atacar el vireinato de Lima, i que mui pronto serian satisfechas sus demandas relativas á sus tripulaciones, se resolvió á permanecer en el servicio de los insurjentes. Habiendo insistido á esta sazon el director supremo en la cesion de la referida hacienda como un testimonio de la gratitud de la república, la rehusó de nuevo, si bien determinó en el mismo acto comprar una posesion conocida con el nombre de *Quintero*, distante ocho leguas al N. de Valparaiso, esperando dar por este me-

dio una prueba nada equívoca de su adhesion á un pais, en el que trataba de fijar su residencia.

Al reconocer Lord Cochrane aquella hacienda, hizo asimismo prolijas esploraciones sobre la bahia llamada de la *Herradura*, i demostró al gobierno que en aquel paraje se podian proporcionar mayores ventajas que en Valparaiso i formar un establecimiento en el que estuviesen mejor situadas las naves del Estado, ofreciendo al mismo tiempo el terreno que fuera necesario para construir el arsenal i el depósito general de la marina. Lejos de agradecer el gobierno este importante servicio, le comunicó la orden de abstenerse de hacer ninguna mejora en aquel territorio, que de hecho quedaba incorporado al Estado, pagando al noble marino las sumas que hubiera desembolsado. Llegó al último grado la irritacion de Lord Cochrane por una resolucion tan inconsecuente i descompasada; i aunque el gobierno se apresuró á darle una satisfaccion por ella, quedó sin embargo ulcerado su corazon, i predispuesto á chocar por el mas leve pretesto.

Ocurrieron á este tiempo algunas desavenencias entre el citado Lord i el capitan Guise, á quien aquel habia arrestado con el decidido empeño de que lo juzgase la lei marcial con presencia de las faltas de que le acriminaba. Mereciendo Guise la mas alta opinion del gobierno chileno, se hizo poco aprecio de la reclamacion de Cochrane, i de aqui resultó el haber hecho nueva demision del mando i el de haber pedido su pasaporte, sino se le queria permitir la residencia en el pais en clase de ciudadano. Teniendo los demas oficiales de la escuadra noticia del rompimiento en que se hallaba Cochrane con el gobierno insurjente, le entregaron todos sus despachos manifestando que ellos cesaban de servir á los chilenos, sino se hallaba á su cabeza el bizarro marino con quien estaba íntimamente unida su suerte.

Se alarmaron los insurjentes con estos peligrosos manejos, i como sin la marina no podian llevar á efecto la espedicion proyectada, emplearon todos los resortes de la intriga i persuasion para calmar el enojo del almirante. Prometió éste de-

poner su resentimiento, levantar el arresto al capitan Guise i restablecerle en el mando, si el gobierno reconocia la justicia con que él habia procedido en el castigo de este individuo.

Arregladas estas diferencias con aceptacion general, i reconciliado Cochrane con Guise, si bien se observó todavia alguna frialdad que solo se disipó cuando al abordar Cochrane la fragata Esmeralda en el puerto del Callao vió saltar al mismo tiempo por la cubierta de la otra banda al citado Guise, hubo que superar otras nuevas dificultades, producidas por la oposicion de los marineros á embarcarse sin haber cobrado antes todos sus atrasos. Queria el gobierno valerse de los medios de la fuerza para que aquellos hombres acudiesen á sus puestos; pero manifestando Lord Cochrane la justa oposicion que era presumible hiciera el capitan Sherif de la marina inglesa, que se hallaba entonces en Valparaiso, contra toda medida que llevase el carácter de violencia sobre los súbditos de su nacion, se adoptó otro espediente que produjo todo el efecto que podia desearse. Una pronta proclama en la que prometia San Martin pagar á su entrada en Lima todos los atrasos á los marineros estranjeros que se alistasen para servir sobre los barcos del Estado, i que se daria ademas á cada individuo un año de sueldo por recompensa, hizo que todos se apresurasen á contraer nuevos empeños.

A pesar de la falta de metálico i de los infinitos tropiezos que rodeaban á los gefes insurjentes de Chile, llegaron á reunir en el campo de Quillota un ejército de 4500 hombres que fueron embarcados en 19 de agosto á bordo de la escuadra i de algunos trasportes, que dieron la vela al dia siguiente para acometer la empresa mas arriesgada que se hubiera ofrecido á la exaltada imaginacion de San Martin, de la que se ha hablado ya en el capítulo del Perú. . . . . . .

Parece ser este el lugar mas oportuno para dar cuenta del fatal destino de los Carreras, pues que quedó totalmente estinguido aquel partido en este año. Estos tumultuosos revolucionarios, segun dijimos en el capítulo de Chile de 1814, habian debido fugarse del reino á consecuencia de la desas-

trosa batalla de Rancagua; i en vez de hallar una cordial acogida de sus hermanos los rebeldes de Buenos-Aires, tuvieron el dolor de verse tratados con el mayor desprecio i mala voluntad. Continuaron en aquella capital acechados siempre por el gobierno, i considerados como hombres peligrosos á la revolucion, hasta que aburrido el mayor de ellos de la conducta misteriosa que se observaba con él, resolvió embarcarse para los Estados Unidos en busca de proteccion i apoyo.

Ya fuese que la fama de sus primeras hazañas subversivas hubiera resonado con aplauso en la América del N., ó bien porque la sólida opinion mercantil de su casa, ó los fondos que llevó consigo hubieran sabido inspirar confianza á aquella república, se le vió volver en 1817 desde Nueva York con algunos buques de guerra, oficiales i recursos, para organizar i armar una espedicion, con la idea de libertar el reino de Chile del dominio de los realistas i de la opresion de sus rivales; pero habiendo ocurrido á este tiempo la victoria de Chacabuco, desplegó mayor empeño el gobierno de Buenos-Aires en contrariar los planes de este fanático patriota, que debian sazonarse en aquella misma ciudad, de cuyo apoyo necesitaba para llevarlos á cabo.

El enemigo irreconciliable de dichos Carreras, que lo era O'Higgins, se hallaba ligado con los vínculos mas estrechos de amistad i recíproca conveniencia con el victorioso San Martin; i por lo tanto no debe parecer estraño que los gobernadores de Buenos-Aires, imbuidos por éste, tratasen de desbaratar los proyectos de los Carreras, i de hostigarlos por cuantos medios estuvieran á su alcance. Se estendió la persecucion hasta el estremo de privarles de la libertad; pero habiendo tenido José Miguel la suficiente astucia para salvarse de los lazos que se le tendian, logró embarcarse secretamente para Montevidéo. Pocos dias despues de su salida desaparecieron sus dos hermanos, quienes menos afortunados que el primero, fueron arrestados, el uno cerca del rio Cuarto, i el otro en Mendoza.

Reunidos ámbos en la misma cárcel de este último punto, aguardaban por momentos el resultado final de su causa, que bajo diversos aspectos, podia ser mui funesto. Los que manejaban entonces el timon de los negocios de Chile, que eran sus furiosos enemigos O'Higgins i San Martin, permanecieron en una larga perplejidad é irresolucion sobre el destino que podian dar á estos dos peligrosos enemigos. Varias eran las causas que debian influir para resolver esta cuestion. Si vencian los patriotas, temian que el partido de dichos Carreras, libre ya de enemigos esteriores, adquiriese una preponderancia irresistible con perjuicio de su opinion i de sus ambiciosas aspiraciones. Si vencian los realistas, se figuraban ver fulminados los mas horribles anatemas contra los enemigos de dichos Carreras, fundados en la idea de que habria sido otra la suerte de las armas, si se hubiera dado el mando de ellas á aquellos campeones.

Para salir pues de esta embarazosa agitacion se decretó la muerte de aquellos individuos, i se encargó su ejecucion al auditor del ejército de los Andes don Bernardo Monteagudo. Deseaba éste revestir aparentemente con formas legales su horrible sentencia, i á este fin se trató de dar una falsa importancia á ciertos cargos que de ningun modo encerraban un carácter criminal. Se les quiso pintar como asesinatos los resultados de un desafío; se urdieron otras muchas ridículas invenciones que dejaban la causa en un imperdonable descubierto. Apurado ya Monteagudo para que terminase pronto este injusto proceso, se valió de algunos soldados seducidos de antemano, para que con el mas taimado disimulo hiciesen entrar á los Carreras en planes sediciosos con la esperanza de rescatar su libertad.

Las declaraciones de estos espías, la suposicion de haberse hallado algunas armas i bastante dinero á dichos presos, con lo que se quiso probar por medios ilegales i viciados el cohecho i seduccion que habian empleado para evadir el fallo de las leyes, bastaron para que se les impusiera la pena de muerte en 8 de abril de 1818, cuya sentencia oyeron aque-

llas arrogantes víctimas con la mayor impavidez. Asidos estos dos hermanos por el brazo, salieron de sus calabozos para la plaza pública en la que debian ser ejecutados: i habiéndose abrazado del modo mas tierno, recibieron las descargas, que ellos mismos tuvieron la serenidad de mandar, i cayeron al suelo conservando la misma postura.

Este cruel castigo debiera haber producido en Chile la sensacion mas desagradable con visible riesgo de sus autores, si la opinion adquirida por los mismos en la batalla del Maipu, ocurrida ácia la misma época, no hubiera templado la irritacion de los chilenos. Creyeron asimismo todos los patriotas, i aun los mismos partidarios de los Carreras, que el pais no podria establecer nunca un gobierno sólido sino con la ruina de alguno de los partidos contendientes: considerado bajo este aspecto aquel horrible atentado, fue menor su sentimiento por el sacrificio de aquellas víctimas que las circunstancias habian hecho necesario al parecer para cimentar sus nuevas iustituciones.

El hermano mayor de dichos Carreras, José Miguel, se entregó a todos los trasportes de horror, indignacion i despecho: ardiendo de ira i de venganza desplegó la mayor actividad i energía para destruir á sus irreconciliables enemigos. Ya desde mucho tiempo iba preparando los medios de lograr su objeto agregándose al partido de Artigas, Ramirez i demas federalistas que habian jurado el esterminio de las autoridades de Buenos-Aires, de las que emanaba todo el poder é influencia de San Martin i O'Higgins, como miembros de la gran lógia masónica establecida en la capital. José Miguel Carrera obraba contra los centralistas de Buenos-Aires, no con mira alguna de ambicion sobre aquel pais, sino con la de posesionarse sucesivamente del gobierno de Chile.

Habiendo reunido algunas tropas al favor de su elocuencia i genio guerrero, se aproximó á dicha capital i entró en ella victoriosamente; mas como su objeto era el de introducir el desórden en todas las provincias, logró encender en ésta la tea de la discordia, i la abandonó tan pronto como

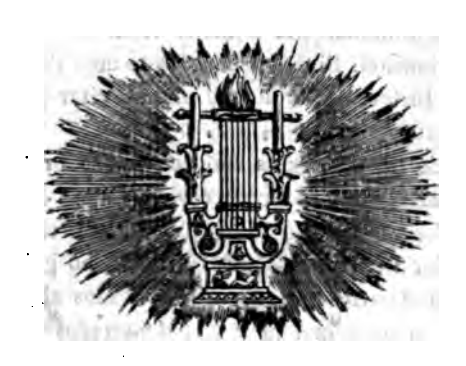
la vió hecha presa de la anarquía. Dirigiéndose con 700 entusiasmados guerreros, los mas de ellos indios ó descendientes de los mismos, volvió á cruzar las Pampas en direccion de Mendoza; cuyo gobernador, reforzado con las tropas que se retiraban del frente del Alto Perú, salió á darle un furioso ataque, en el que fue derrotado Carrera á pesar de su bizarría personal i del esfuerzo de su gente. Aunque pudo escapar del campo de batalla, fue preso mui pronto con astucia, i fusilado en el mismo sitio, en el que dos años antes lo habian sido sus hermanos, dando iguales muestras de impavidez i firmeza.

El desgraciado i respetable padre de estos tres revolucionarios sobrevivió poco tiempo á tan terribles golpes; i aun se dijo en aquella época que habia sido acelerada su muerte por la insultante reclamacion que le hizo San Martin de todos los gastos causados por aquellas víctimas durante su estado de confinacion. Si fuera cierto este acto de ferocidad i barbarie, la historia seguramente podria citar pocos que lo igualasen en su género.

El partido de O'Higgins dió por seguro su triunfo habiendo desaparecido de la escena revolucionaria los tres hombres mas peligrosos por su valor personal, pericia guerrera, influjo popular i riquezas. Para dar el último golpe á las esperanzas de sus partidarios, fueron arrestados algunos de los sugetos de mas opinion i fuerza, i deportados á Guayaquil para ser enviados á la disposicion de Bolivar; pero en vez de sufrir estos desgraciados proscriptos todo el rigor que se prometian de parte del ruidoso caudillo de Colombia, fueron recibidos con agrado, i colocados los mas en destinos correspondientes á sus clases.

El famoso Rodriguez, otro partidario de los Carreras, sugeto mui superior á San Martin i á O'Higgins en genio militar i en conocimientos políticos, habia sido conservado al principio en el servicio de aquella nueva república á causa de la necesidad que tenian de sus talentos; pero creyéndose ya sus rivales asegurados en el mando despues de la batalla

del Maipu, cuya victoria se debió casi esclusivamente á sus esfuerzos, fue arrestado entonces ocultamente, dirigido fuera de la ciudad de Santiago con el manto de la noche, asesinado por su escolta, enterrado con igual reserva, i los ejecutores de aquel crímen dirigidos en derechura á la punta de San Luis, para que de ningun modo pudiera traslucirse por el pueblo tan abominable alevosía.



CAPITULO IV.

QUITO: 1820. (1)

Formacion de una escelente division por Calzada en Pasto. Derrota de los rebeldes, i toma de Popayán. Salida de los realistas sobre el valle del Cauca. Principio de las desavenencias de varias autoridades i gefes con Calzada. Preparativos de éste para atacar la capital de Santa Fé. Alarma de aquel congreso. Retirada de dicho comandante general. Infundados temores de los gobernantes de Pasto. Desercion de los pastusos. Desmoralizacion del ejército. Venida del caudillo insurjente Valdés. Desgraciada accion de Lopez en Pitayó. Retirada para Popayan. Instalacion de una junta superior en Pasto. Entrada de los rebeldes en Popayan. Viage repentino de Calzada á Pasto. Temores del R. obispo. Salida de ambos al encuentro de Aimerich. Desaires hechos á aquel gefe. Su regreso al ejército. Su traslacion á Pasto por orden superior. Salida del presidente, del mismo Calzada i Lopez para Quito. Nombramiento de Garcia para mandar aquellas tropas. Intrigas contra Calzada, su horrorosa persecucion i padecimientos. Noticias sobre don Francisco i don Vicente Gonzalez. Victoria de aquel en Guachi contra las tropas de Urdaneta, procedentes de Guayaquil.

Situado el comandante general Calzada en la fiel ciudad de Pasto, segun dijimos en el capítulo anterior, se dedicó con

(1) Ya en este año se hace preciso describir por separado la historia de Quito, la de Santa Fé i Caracas, porque á consecuencia de la

inimitable actividad á levantar nuevos cuerpos de tropa i á organizar una brillante division que ascendió mui pronto á 3,000 hombres de todas armas i clases, mandados por los bizarros gefes don Nicolas Lopez, don Martin Bengoechea, don Francisco Gonzalez, don Juan Carcaño, don Basilio Garcia i don Ramon Zambrano.

Todas estas tropas habian sido perfectamente vestidas i armadas con los copiosos ausilios enviados desde la capital de Quito i con cuantiosos suministros, á que se prestaron espontáneamente los realistas, no habiendo sido el obispo Jimenez i los habitantes de Pasto los que hicieron menos sacrificios en esta ocasion. Popayan habia sido ocupado en el entretanto por el caudillo Ovando, i estendia el fuego de la seduccion por todas partes: convenia destruir aquellos rebeldes i este fue el primer hecho de armas emprendido por Calzada en dicho reino.

Puesto en marcha con la mayor parte de sus fuerzas á principios de enero, i deseoso de dar un golpe al enemigo por sorpresa, por que no de otro modo podia esperar que le proporcionase la gloria de ejercitar el valor de sus soldados, anduvo catorce horas seguidas en el dia 23, i asi pudo hallarse á la una de la mañana siguiente en el alto de *Riohondo*, distante dos leguas de la referida ciudad de Popayán. No habiéndose movido de aquella posicion hasta que se hubo ocultado la luna, logró que no se trasluciese su aproximacion, si bien la misma oscuridad, la aspereza del terreno i la estrechez del camino retardaron considerablemente su marcha, de modo que ya era mui de dia cuando se presentó al frente del campo enemigo.

Agregándose asimismo á estos tropiezos la angostura del puente, que debe cruzarse para entrar en Popayán, se hizo impracticable la rápida direccion de algunas de sus tropas á

batalla de Boyacá quedó el primer punto aislado, el segundo dominado en su mayor parte por los rebeldes, i el tercero en poder del general Morillo, pero sin comunicacion con el interior.

cortar el del Cauca para que los rebeldes no tuviesen medio alguno de salvarse. Redujéronse pues las operaciones de Calzada á atacar simultáneamente la referida ciudad: formados los batallones en columna, tomaron la vanguardia los cazadores i el batallon de Aragon; el centro la caballería; i la retaguardia los pastusos, unidos con los patianos: una compañia de la caballería de estos i otra de cazadores fueron empleadas en guerrillas.

La primera que empezó á obrar desde el callejon de Chuni sorprendió á las cinco i media á una avanzada enemiga; i un solo tiro disparado por aquellos facciosos fue la señal de alarma para todos los demas. Tocan al momento la generala, se forman en la plaza, reunen mui pronto mas de 1⁸ hombres. Cubriendo su espalda con el edificio del cuartel, destacan dos trozos para ocupar las calles del Petril i de los Valdeses, i son atacados por nuestras guerrillas que se dirigian por las de la catedral i San Francisco; aquella es ocupada por el referido batallon de Aragon, i esta por la columna de cazadores, en tanto que la caballería de Patía ocupaba la de San Agustin.

Apenas rompió el fuego nuestra infantería, flanqueada por la caballería, temieron los rebeldes ser envueltos en una total destruccion, i se entregaron por lo tanto á la mas precipitada fuga por la parte del Cauca, dejando una porcion de muertos i prisioneros por las calles; pero el número de unos i otros fue incomparablemente mayor, en particular de los últimos que no bajaron de 300, asi que empezaron á ser cargados por la caballería i por el batallon de la columna de cazadores desde el tránsito del rio del Molino hasta Calibío.

Habiéndose adelantado Calzada hasta Piendamó, colocó en el rio de este nombre algunos caballos i dos compañias de infantería, situó igual fuerza en Paniquitá; i otra columna persiguió por el cerro de Belen á los dispersos, que fueron mui pocos los que se sustrageron á su actividad i energía, habiendo caido asimismo en poder de los realistas 600 fusiles, 200 lanzas, 20⁸ cartuchos, infinidad de monturas, equipa-

ges i pertrechos de guerra. En este mismo dia hizo publicar dicho comandante general un generoso indulto en nombre de S. M., al cual se acogieron sobre 150 individuos de tropa i empleados, i entre aquellos el general Vergara que dos dias antes habia venido á tomar el mando en relevo de Ovando.

Temiendo Calzada que los rebeldes se reforzasen en el valle, emprendió su marcha contra ellos en 28 de dicho mes, llevando asimismo el segundo objeto de dar cumplimiento á una orden del virei Sámano que le ordenaba se adelantase sobre la provincia de Antioquia, para obrar en combinacion con las tropas que habian salido de Cartagena al mando de Warleta. Despues de haber desbaratado todas las partidas de facciosos que halló en el tránsito, derrotó asimismo un cuerpo de 600 caballos sobre la ciudad de Cartago. Situado ya en este punto abrió la comunicacion con la villa de Anserma, que luchaba con el mayor teson por sostener la causa del Rei: no bien habian trascurrido dos dias cuando se le presentaron 300 habitantes de la citada villa, armados los mas de lanzas i fusiles, bajo la direccion del teniente coronel Muñoz i del capitan Castilla.

Deseoso Calzada de averiguar el estado de las tropas espedicionarias de Cartagena, dirigió una gruesa partida de las suyas sobre el camino de Zaragoza, i en el entretanto se dedicó á reunir ganado, esperando dar ejecucion á sus grandiosos planes luego que hubiesen llegado las municiones i armas que tenia pedidas al presidente Aimerich. Como los enemigos encubiertos conociesen que solo dividiendo los ánimos de los realistas podian fijar el triunfo de su causa, principiaron á sembrar la semilla de la discordia apenas hubo salido Calzada de Popayán, i lo lograron con tan feliz suceso que el obispo de esta ciudad, antiguo amigo de aquel digno gefe, i aun entusiasta admirador de sus virtudes, se convirtió en su mas terrible contrario.

Aunque se habia frustrado la empresa de Calzada sobre Antioquía en atencion á los reveses que sufrieron las tropas salidas de Cartagena, segun se dirá en el capítulo de

Santa Fé, habia concebido sin embargo el atrevido proyecto de dirigirse él solo sobre la capital con los 3700 hombres á que ya ascendia su ejército, que se hallaba á esta sazon bajo el pie mas brillante de arreglo i entusiasmo. La ocasion era seguramente la mas favorable para haber intentado un golpe sobre dicha ciudad: se hallaba ésta sumamente escasa de tropas, porque casi todas habian marchado con Bolivar sobre las provincias de Venezuela contra el general Morillo que habia empezado la campaña con el ejército mas brillante que se hubiera visto en aquellos paises. El buen resultado de esta espedicion parecia indudable, i solo aguardaba Calzada el arribo de abundantes municiones, como se necesitaban para obrar en un pais montuoso, en el que debia suponerse le seria cortada la comunicacion por algun tiempo.

El congreso de Santa Fé se disponia á abandonar la capital al primer aviso que tuvo de haber hecho las tropas de Pasto un reconocimiento en direccion de Ibagüe: todo fue alarma i confusion en aquella ciudad; volaron los partes á Bolivar anunciándole la aproximacion de Calzada; se hallaba ya aquel en el Rosario de Cúcuta, en cuyo punto detuvo su marcha, i desde el cual destacó en ausilio del referido congreso algunos cuerpos que se adelantaron ácia Pamplona. La falta de las municiones, que aguardó en vano Calzada, los alarmantes avisos que recibia diariamente de las autoridades de Pasto, relativos á marcar el movimiento de una division enemiga por el camino de la Plata, con el objeto de invadir la provincia de Popayán, i los tropiezos que le opusieron sus émulos para llevar adelante su grande empresa, hicieron que abandonase los valles del Cauca, i que se replegase á la citada ciudad de Popayan.

Desde que llegó á este punto se convenció de que aquellas alarmas habian sido creadas por las intrigas de sus rivales i envidiosos de sus glorias. Vivamente ofendido por tan ignobles manejos, i observando que de dia en dia se engrosaba el partido que habia decretado su ruina, procedió al arresto del gobernador de Popayán, Tamariz, i tomó otras me-

didas de precaucion i vigilancia contra diversos gefes. Seducidos asimismo los fieles pastusos, habia desaparecido mas de la mitad de ellos de su campo. Una columna de 140 hombres del batallon de Aragon, que al mando del capitan Dominguez habia sido situada en posicion mui ventajosa sobre la ciudad de la Plata, fue sorprendida por un cuerpo de 400 facciosos, i tan solo 10 ú 11 hombres pudieron salvarse de tan funesto combate.

Faltaron á su consecuencia los recursos que Calzada podia esperar de aquella parte, i se agravó de tal modo su posicion, que fue preciso ir á buscar su subsistencia al pais enemigo. Aquella brillante division de 3700 hombres habia tenido mas de 1500 bajas entre enfermos i desertores: ya no reinaba en ella aquel entusiasmo que era el mejor garante de la victoria, sino que constituida en la dura alternativa, ó de perecer de hambre, ó de salir á probar de nuevo la suerte de las armas, se decidió su gefe por este último partido.

El caudillo Valdés, que habia venido á tomar el mando de los insurjentes de aquellas provincias, se dirigió con dos cuerpos de infantería i 200 caballos en ausilio de los valles del Cauca, en los que se habian reunido ya sobre 1000 de los últimos. En la mañana del 4 de junio mandó Calzada que se pusiera en marcha la columna de cazadores, compuesta de 1100 plazas; que el batallon de Aragon, las compañías de Patía i la caballería emprendieran igual movimiento al medio dia con órden de situarse todos en Paniquitá; quedando él en la ciudad contestando á toda priesa á un correo que habia recibido del presidente.

Habiendo llegado á sus manos á las dos i media de aquella tarde un parte del teniente justicia de Guambia, anunciándole que 600 rebeldes entre ingleses, negros de Santo Domingo i gente del interior habian bajado por el camino de Silos, i entrado en Pitayó; cuyo suceso le fue confirmado por el teniente coronel don Nicolás Lopez, que mandaba la columna de cazadores, se puso al momento en marcha á fin de reunirse con sus tropas. Al llegar á Paniquitá supo la salida de la citada

columna de cazadores para Guambia con el objeto de proteger aquel pueblo. No contento Lopez con haber hecho este arbitrario movimiento, se dejó arrebatar de su genio guerrero, i se resolvió á caer sobre los enemigos en el citado punto de *Pitayó*.

Apenas tuvieron éstos noticia de su marcha, se situaron en ventajosas posiciones fiando el triunfo de sus armas á la aspereza del terreno i á los terribles flancos que presenta el camino entre escarpadas lomas i espeso arbolado. Emboscada pues una parte de los insurjentes en las mejores posiciones á la entrada del pueblo, i colocada la otra en una altura que defendia su frente, desde la que descubrian á una gran distancia el camino que habia tomado Lopez, permanecieron en el mayor silencio hasta que este intrépido gefe se halló en medio de la referida emboscada.

Rómpese entonces un vivo fuego por todas partes; pero no se intimida el valiente Lopez: segundado poderosamente por sus oficiales i soldados, que eran en su mayor parte venezolanos de los antiguos regimientos del Rei i Numancia, acostumbrados á despreciar los peligros, carga á la bayoneta á los enemigos, los desaloja de su posicion, los arrolla i los pone en completa dispersion. Entra á su consecuencia en el pueblo; i parecia ya que podia cantar la victoria, cuando reunidos de nuevo los rebeldes cargan con doble ardor á los realistas, i con tan arrojado golpe fijan á su lado la fortuna. Doscientos cincuenta realistas puestos fuera de combate entre muertos i heridos, habiéndose contado 4 oficiales entre los primeros, i 8 entre los segundos, 80 prisioneros i porcion considerable de dispersos fueron los trofeos ganados por los rebeldes en este empeñado combate.

El brigadier Calzada, que habia salido en busca de Lopez para Guambia, trataba de emprender de nuevo su marcha desde este punto con el afan de salvarle de los peligros á que le esponia su inconsiderado valor, cuando tuvo conocimiento de su derrota por uno de los oficiales que se habia salvado de ella. Haciendo adelantar cuatro compañías para

proteger la retirada de aquellas tropas, i situando el resto á la salida de la montaña, se logró recoger todos los dispersos, i se resolvió entonces la retirada para Popayán.

Esta desgraciada accion produjo las consecuencias mas funestas. El partido de oposicion que habia en Pasto contra Calzada instaló una junta superior presidida por el illmo. obispo; i aquel se habia replegado en el entretanto al valle de Patía, en donde podia proporcionarse algunos víveres para sus tropas. Reunidos los rebeldes del valle del Cauca con la division que habia batido á Lopez, formaron un total de 3[illegible] hombres con los que se apoderaron de Popayán, entregando aquella ciudad á un horroroso saqueo, i las avanzadas realistas pasaron á situarse en el *Anto Moreno*. Habiendo consultado á este tiempo el gefe realista á las autoridades de Pasto si convendria retirarse al punto del Guavito, fue desechada su propuesta de un modo imperioso, que chocaba abiertamente con el respeto debido á quien estaba revestido con el carácter de comandante general de las armas.

Resentido de la abierta pugna en que se habian puesto los individuos de la junta, creada arbitrariamente en Pasto, determinó pasar en persona para contener aquellos escesos. Ya á este tiempo habia sido invitado el presidente Aimerich á concurrir al mismo punto de Pasto para dirimir por sí mismo aquellas fatales contiendas. Habiendo pedido el citado Aimerich con bastante anticipacion al virei del Perú un gefe de graduacion que reemplazase dignamente al que trataba de despojar de su mando, salió de Quito en 25 de julio delegando el mando político al regente Manzanos i el militar al coronel don Damian Alba. Independientemente de zanjar las desavenencias de que se ha hecho mencion trataba de levantar en masa á los pastusos para rechazar los impulsos revolucionarios, á cuyo efecto se habia hecho preceder en su marcha por algunas sumas de dinero, armas, municiones i pertrechos guerreros.

Temiendo el obispo Jimenez los efectos de la repentina

llegada de Calzada á Pasto, i viéndose abandonado por los individuos de la junta, habia salido precipitadamente á encontrar al citado general Aimerich que se hallaba ya á dos jornadas de distancia. Sale igualmente Calzada con el objeto de parar los golpes de su enemigo; pero prevenido Aimerich de antemano contra él, lo recibe con frialdad; i viendo este á su lado en la mayor confianza á aquellos mismos sugetos que él habia enviado á Quito en la clase de presos, se convenció del ningun apoyo que podia prometerse del presidente, i se marchó al dia siguiente á reunirse con su division en Mercaderes.

Pocos dias habian trascurrido desde esta desagradable conferencia, cuando se presentó el coronel don Basilio García con órdenes de que dicho Calzada i el coronel Lopez pasasen á Pasto para recibir las mui reservadas é interesantes que acababan de llegar del gobierno, quedando este emisario encargado interinamente del mando de aquellas tropas. No bien habia llegado Calzada á Pasto cuando se vió arrestado en su casa, en cuyo estado permaneció hasta mediados de octubre, en que se puso Aimerich en marcha para Quito á consecuencia de haber sabido la sublevacion de Guayaquil; i se lo llevó en su compañía juntamente con Lopez.

Apenas hubieron llegado estos ilustres presos á la capital, redobló el rigor contra el primero por influjo ponzoñoso de los disidentes encubiertos: deseando estos desembarazarse de un gefe tan bizarro i tan cursado en la carrera de las armas, cuya opinion i prestigio eran los mas terribles enemigos de sus pérfidos planes, le acusaron de estar conspirando para deponer la legítima autoridad. Como mas diestros en el manejo de la falsedad é intriga, lograron ulceras el ánimo de Aimerich hasta el estremo de haber mandado al citado Calzada saliese para Cuenca sin concederle mas término que el de doce horas para hacer los preparativos de aquel viage.

Obedeciendo sumisamente esta orden que llevaba todos los caractéres de un precipitado juicio, se puso en marcha con el mencionado Lopez i con 4 ordenanzas, luego

que supo que habia sido desatendida por el presidente la oficiosa intervencion del tribunal de la Real audiencia para que se le formára causa i se oyeran sus descargos. Eran pues los últimos dias de octubre i el primero de la *salida* de Calzada de Quito, cuando fue instruido por un realista que venía de la parte de Guayaquil de que los rebeldes se hallaban á una sola jornada de distancia.

Detiénese Calzada por tan alarmantes noticias, i las trasmite á Quito por el conducto de Lopez, pidiendo instrucciones sobre la direccion que debia tomar en tan críticas circunstancias; se hospeda aquella noche en una hacienda inmediata á *Machachi*; pero habiéndose hallado cercado al amanecer del dia siguiente por 300 insurjentes, 50 de los cuales se habian situado en la principal salida, fue sin embargo tan estraordinario su arrojo i la firmeza de sus 4 lanceros, que supo abrirse paso por medio de aquella turba, i salvar milagrosamente su vida aunque con la pérdida de todos sus equipages é intereses.

Diríjese en derechura á Quito, cuya ciudad habia sido cubierta de guardias por aquella funesta aprehension de que Calzada pudiera arrogarse el mando supremo: penetra este á galope para ocultar la vergüenza que le daba la tosca ropa de que iba vestido; se presenta á las órdenes del presidente; pide con la mayor ansia el honor de servir en la simple clase de soldado contra los orgullosos guayaquileños, que á esta misma sazon habian intimado la rendicion á la capital, i que venian á marchas forzadas sobre ella; mas nada fue capaz de calmar los injustos i funestos recelos de que estaba poseido el ánimo de Aimerich, quien lejos de aceptar tan nobles i desinteresadas ofertas le dió orden de salir inmediatamente para Otavalo.

Resuelto Calzada á correr todos los riesgos de que estaban cubiertos los caminos por el estado de fermentacion en que se habian constituido casi todos los pueblos, no tuvo mas pretensiones para dar pronta ejecucion á tan terribles mandatos, sinó el apronto de algun dinero, del que ha-

bia sido enteramente despojado, i el de caballos frescos, pues que los suyos habian quedado rendidos de su penosa i rápida fuga anterior. Provisto de uno i otro emprendió su marcha para la citada villa de Otavalo, en la que ya no pudo entrar porque la halló ocupada por los rebeldes: recibió á su consecuencia nuevas órdenes para dirigirse á Pasto, en donde el hado adverso, que no estaba todavía cansado de perseguir á este guerrero, le preparaba nuevos golpes de amargura, como se verá en el capítulo del año siguiente.

Aimerich se dedicaba en el entretanto á hacer los mas vigorosos preparativos para resistir la amenazada invasion de de 1500 guayaquileños que iban caminando para Quito á las órdenes de Urdaneta (oficial que habia sido del regimiento de Numancia). Habiendo formado una pequeña division 550 hombres, compuesta de 300 infantes i 50 caballos que habia traido consigo desde Pasto á las órdenes inmediatas del teniente coronel don Francisco Gonzalez, i completando aquel número con otros destacamentos de la misma guarnicion, dió el mando de estas tropas al referido Gonzalez para que pasara á defender las avenidas de Cuenca i de Guaranda.

Otro Gonzalez (don Vicente) habia sido enviado por el virei Pezuela desde Piura para reemplazar á Calzada; pero primeramente su enfermedad, luego su disgusto por las tropelias cometidas contra este digno gefe, i por último la constante antipatía i siniestra prevencion de Aimerich contra él, lo mantuvieron alejado del gobierno i fuera de estado de prestar los activos servicios que habian formado el objeto de su salida del Perú, i que solicitó varias veces con el mas ardiente empeño.

Fue ciertamente sensible para todos los que se interesaban de veras en la causa española el abandono en que fue tenido un coronel tan bizarro como don Vicente Gonzalez que habia adquirido la opinion mas distinguida en sus campañas sobre el vireinato de Lima: su falta se hizo mas notable en lo sucesivo, ya que en la presente época le suplió dignamente el esfuerzo i la intrepidez del otro Gonzalez.

Habiendo emprendido este su marcha por Latacunga á tiempo que ya las tropas de Urdaneta avanzaban sobre las bodegas de Babahoyo, que son el punto limítrofe de ambas provincias, llegaron á encontrarse en las alturas de Ambato, que viene á ser la mitad del camino entre Guayaquil i Quito. Al otro lado de dicho punto de Ambato hai una llanura espaciosa llamada *Guachi*: este era el punto destinado para que las armas españolas se cubrieran de gloria: ambos partidos contendientes sin embargo se miraban con respeto; el número de los insurgentes se habia aumentado hasta 1800 hombres con la gente reclutada en los pueblos por donde habian transitado. Confiados en la inmensa superioridad numérica de sus fuerzas se arrojaron al ataque con la mayor impavidez en 21 de noviembre; sus primeras cargas hicieron titubear algun tanto á los realistas; pero siguiendo el ejemplo de su digno gefe, que se presentó el primero en el puesto del mayor peligro, hicieron prodigios de valor i arrebataron de las manos de sus contrarios unos triunfos que daban por seguros.

Toda la artillería enemiga que consistia en tres violentos de á 4 reforzados, el campo cubierto de cadáveres, un inmenso número de prisioneros, la mayor parte de sus caballos, armas, municiones i pertrechos fueron el precioso fruto de tan importante refriega, en la que todos los realistas dieron luminosas pruebas de su intrepidéz i valentia. Si la caballeria de Gonzalez no hubiera estado tan cansada, ni un solo insurjente habria podido llevar á Guayaquil la noticia de aquella derrota; pero aunque se reunieron en dicha plaza los miserables restos de la espresada espedicion de Urdaneta, no pudieron emprender operacion alguna hasta el año siguiente; por que si bien vinieron ambos partidos á las manos en 20 de diciembre en Verdeloma sobre Cuenca, fue de mui poca importancia esta accion aunque favorable á las armas españolas.

CAPITULO V.

SANTA FÉ: 1820.

Movimientos de la columna de Warleta. Su retirada á Mompox. Espedicion de Bolivar por el rio. Desembarco de Brion i Montilla en Rio Hacha. Victoria de Sanchez Lima. Desembarco de los rebeldes en Sabanilla. Retirada de Diaz i Villa: muerte de este último. Jura de la constitucion en Santa Marta. Derrota de Sanchez Lima. Preparativos de defensa en San Juan de la Cienega. Toma de este punto por los independientes. Capitulacion de Santa Marta. Fuga de su gobernador. Apuros de la plaza de Cartagena. Alborotos para la jura de la constitucion. Entereza de Sámano i del coronel Cano, que resisten abiertamente aquel fatal sistema. Triunfo de los constitucionales. Deposicion de Sámano i separacion de Cano. Enérgicas disposiciones del gobernador Torres para sostener la plaza. Salida de los sitiados al mando de Romero, sin ninguna ventaja. Otra, dirigida por el mismo Romero i Balbuena, con éxito mui favorable. Refuerzos de los insurjentes, con los que queda estrechado el sitio. Llegada de Porras á tomar el mando del istmo de Panamá. Concurre á este punto el virei Sámano. Debates para recibirlo.

Situada la columna del coronel Warleta desde fines del año anterior en el punto de Zaragoza, dió principio á sus operaciones en 4 de enero del presente destacando 90 soldados con el teniente don Luciano Perez con instrucciones de penetrar hasta Remedios i de dirigirse en segida á Cáceres, don-

de deberia hallarse el resto de la columna, la que llegó en efecto á dicho punto el dia 17 i Perez lo verificó el 20, si bien con la baja de 40 hombres que no pudieron resistir aquella rápida i penosa marcha.

Puesto Warleta nuevamente en movimiento el 22, llegó al Yarumal en 1.° de febrero sin la menor resistencia; i tomando posicion en una altura que se halla á tiro de cañon de dicho punto, envió al subteniente don Fernando Romero con 32 hombres á situarse en el Llano de Santa Rosa, con el objeto de observar á los insurjentes que en número de 500 á 600 hombres se hallaban posesionados de aquel pueblo.

Confiado Warleta en las ofertas que le habia hecho el P. Restrepo, cura del pueblo llamado del *Valle*, de que sublevaria sus feligreses i que los armaria con los 50 fusiles que para el efecto le habia suministrado el referido gefe, permaneció en sus posiciones hásta el dia 12 en que tuvo noticias de que el enemigo se dirigia á atacarle por el camino de la *Culebra* con el fin de cortar la avanzada de Romero. Dando entonces á este oficial la órden de retirarse del Llano i de situarse en el punto que él iba á dejar para tomar nueva posicion á un cuarto de legua á retaguardia en la avenida del citado camino de la Culebra, envió al subteniente don Antonio Fernandez, para que reconociese con 25 cazadores la fuerza enemiga, i para atraerla á este nuevo punto, en el que habia colocado un pedrero con las disposiciones necesarias para recibir el ataque.

En la mañana del mismo dia 12 se encontró Fernandez con 300 infantes i 20 caballos, sobre los que rompió un vivísimo fuego, apoyando su espalda á un empinado cerro i su frente á un pequeño rio. A pesar de ser tan corta la fuerza del bizarro Fernandez, sostuvo solo el combate hasta las dos de la tarde en que le llegó un refuerzo de 60 hombres, mandado por el capitan don Simon Alvarez; i aunque el enemigo habia tenido la pérdida de mas de 50, creyó sin embargo que seria mui arriesgado el éxito de un nuevo ataque de parte de unas fuerzas tan superiores en número, i determi-

nó por lo tanto retirarse á tiro de cañon de la posicion de Warleta.

Enterado este gefe de la pérdida que habia sufrido el enemigo por el solo esfuerzo de 25 valientes, i deduciendo de este hecho toda la probabilidad de adquirir un triunfo completo si ponia en accion todas sus fuerzas, resolvió dar un impetuoso ataque en la mañnaa del 13, cuando á las cuatro de aquella misma tarde recibió las funestas noticias de que se habia perdido la division del alto Magdalena, i de que tal vez el enemigo victorioso se habria apoderado de Mompox. Alarmado con estos sucesos, ordenó la retirada al anochecer dejando hogueras encendidas en el campo para ocultar su movimiento. Desprendiéndose á su paso por Cáceres de una compañía de voluntarios de Aragon para que guarneciese aquel punto, bajó con el resto de la division á Nechi, en donde permaneció hasta que recibió urgentes oficios en 22 de marzo para que pasara al citado punto de Mompox á organizar la division de la izquierda que se hallaba en el mayor desórden; pero acometido en esta villa por una aguda enfermedad, hubo de retirarse á Soledad sin haber podido llenar el objeto de su comision.

El resultado de estas parciales i débiles espediciones fue pues tan funesto como debia esperarse. Mompox sin embargo se sostenia con las bayonetas del batallon de Albuera, que habia tomado el nombre de Valencia. Bolivar, cuya desmedida ambicion, i cuyo ojo previsor é incansable celo revolucionario se estendia por todos los ángulos de aquel reino, dirigió algunas tropas por el rio en piraguas, canoas i bongos; i aunque don Ignacio Larrus comandante de dicho batallon dispuso fuerzas sutiles para combatir aquella escuadrilla, quedaron sin embargo frustrados sus planes por su muerte ocurrida á este tiempo, i por no haber enviado Cartagena los ausilios que se le habian pedido; i á su consecuencia se perdió Mompox, retirándose á la citada plaza de Cartagena los restos del batallon de Valencia.

Habiendo hecho casi contemporaneamente un desem-

barco en el Rio Hacha el aventurero Brion, gefe de la marina insurjente i el caudillo Mariano Montilla con 300 hombres, la mayor parte irlandeses, aprestó el general Porras una espedicion desde Santa Marta al mando del coronel don Vicente Sanchez de Lima; cuyo gefe ausiliado poderosamente por los conocimientos prácticos del oficial don Francisco Labarcés, natural del valle de Upar, i por los brillantes esfuerzos de los atrevidos samarios, derrotó á dichos espedicionarios, quienes se vieron precisados á reembarcarse pegando fuego á aquella poblacion.

Proyectando nuevas empresas los citados rebeldes, tuvieron la osadía de cruzar sobre las aguas de Santa Marta i de hacer por último un desembarco en Sabanilla, pueblo de la provincia de Cartagena; apoderándose de otros pueblos circunvecinos, i aumentando sus filas con el violento reclutamiento de la gente útil para las armas. Bajaban en el entretanto los insurjentes de Ocaña i Mompox venciendo los obstáculos que les ofrecian don Vicente Villa, segundo comandante del batallon de Valencia, i el comandante de escuadron don Esteban Diaz: viniendo el primero en un bongo de guerra, i viéndose estrechado por los enemigos sin esperanza de salvarse de sus manos, pegó fuego á la pólvora, i fue víctima de su esplosion por no ser el objeto de la mofa i escarnio del vencedor: Diaz sin embargo llegó salvo á San Juan de la Ciénega.

Habiendo quedado dueños los rebeldes de todo el pais que se halla desde Sabanilla hasta Santa Fé, establecieron en aquel puerto un activo comercio con los estrangeros i armaron nuevos corsarios, por medio de los cuales quedó enteramente interceptada la comunicacion de Cartagena con Santa Marta. Mas á pesar del bloqueo entraron en este puerto algunos buques de Santiago de Cuba, por los cuales se supo la revolucion de la península, á cuya consecuencia se juró la ominosa constitucion en dicha ciudad. Los partidarios del antiguo revoltoso Munive i varios jóvenes seducidos por las falsas teorías del nuevo sistema, trataron de apode-

rarse de las fortalezas de aquella plaza: pero todos sus planes, concebidos en sus clandestinas asociaciones, fueron burlados por la vigilancia i lealtad del pueblo.

Sanchez Lima, á quien Porras habia nombrado brigadier en premio del feliz resultado de la espedicion que le habia confiado contra Montilla, fue encargado de otra sobre el ya referido puerto de Sabanilla; i aunque su columna se componia de la gente mas aguerrida de Santa Marta, fue sin embargo derrotado con pérdida mui considerable, i hubo de salvar su vida con la fuga dirigiéndose por aquellas ásperas montañas ácia Maracaibo.

Habiendo llegado á esta sazon á dicho punto de Sabanilla los batallones de Rifles, un cuerpo de llaneros i algunos otros destacamentos de infantería i caballería, formaron mui pronto los rebeldes una brillante division, reforzada con un batallon que habian levantado de los habitantes de varios pueblos de la provincia de Cartagena. Conociendo Bolivar la importancia de apoderarse de Santa Marta, pasó él mismo en persona á Sabanilla para activar esta operacion; i como ya hubiera visto cumplidos sus necesarios preparativos corrió rápidamente sobre Venezuela.

Aunque los samarios estaban informados de los planes de sus contrarios, era sin embargo tan estraordinaria su decision i valentía, que se alegraban de tener nuevas ocasiones de acreditar su heroismo: eran mayores sus cuidados por la paralizacion del comercio, sobre el que estribaba la subsistencia de aquellos beneméritos habitantes; i aunque se buscaron todos los arbitrios posibles, i entre ellos el haber establecido su gobernador Porras una casa de moneda acuñándola de cobre i de plata (menos fácil de falsificar que la montalvina) se hacian sensibles los apuros del gobierno i las escaseces de los particulares agoviados con tantos i tan repetidos desembolsos, sin los cuales habria dejado de existir desde mucho tiempo aquel baluarte de la fidelidad.

Su valor sin embargo estaba mui distante de debilitarse por mas tropiezos que la adversa fortuna les opusiera. Una

señal de alarma que hizo el gobernador al ver que los corsarios insurjentes se acercaban demasiado á los cañones de Santa Bárbara, comunicó un movimiento eléctrico á todo el pueblo, el cual se vió mui pronto reunido en la plaza de armas pidiendo ser empleado en la defensa. Se entusiasmó el general Porras al ver tanta decision de parte de aquellos habitantes, i desplegó por lo tanto mayor energía para corresponder á tan brillantes rasgos de lealtad. Habiendo formado nuevos cuerpos de caballería, en cuya arma fueron empleados los fieles i esforzados indios de Mamatoco i de otros puntos, se resolvió que el pueblo de San Juan de la Ciénega, del que Diaz habia sido nombrado comandante general, fuera cercado con parapetos i foso esterior; cuyas obras se vieron mui pronto concluidas por el afan i empeño con que se dedicaron á ellas todas las clases de la poblacion sin distincion alguna.

Empero todos estos heróicos esfuerzos se malograron desgraciadamente sin que el mismo Porras se hubiera libertado de la fuerte censura de los samarios. Los insurjentes desembarcaron tropas de infantería i caballería en la orilla del rio Magdalena correspondiente á la provincia de santa Marta, i bastante inmediatos al referido pueblo de san Juan de la Ciénega; i aunque se hallaban reunidas algunas fuerzas realistas, cuyas avanzadas se estendian hasta Rio-frio, eran sin embargo demasiado débiles para disputarles el terreno.

Era el 10 de noviembre cuando se presentaron delante del citado pueblo los batallones de Rifles, Giraldó i otros destacamentos sueltos: los realistas rompieron un horrible fuego de artillería que causaba el mayor estrago en las filas de los contrarios; mas estos no interrumpian su impávida marcha sobre las baterías. En el entretanto cañoneaban los buques de guerra á las que caian por la parte de la playa, i venia por veredas escusadas la caballería de los formidables llaneros, con la que se creia habian de quedar desconcertados los samarios. Introducidos dichos llaneros por el flanco que habia quedado abierto sobre el camino de santa Marta

por una mal calculada disposicion del general Porras, atacaron vigorosamente á los realistas sobre las mismas calles, á tiempo que ya su infantería habia asaltado por otros puntos el foso i los parapetos, i dirigia un nuevo ataque á la bayonesa por el lado opuesto.

Viéndose los realistas acometidos por todas partes, redoblaron su ardor para defenderse de tan terribles enemigos: todos hicieron prodigios de valor; muchos se abrieron las puertas de la gloria; pero llegaron por último á desorganizarse i á ceder el campo á los rebeldes. La mayor parte sin embargo se salvó en santa Marta abriéndose paso por entre las lanzas i bayonetas enemigas: hubo algunos tan ciegos en el combate que sin reparar en la dispersion de sus compañeros, seguian vendiendo sus vidas á caro precio, cuando reducidos ya á un cortísimo numero i teniendo encima á los llaneros que habian jurado pasarlos á degüello para castigar una terquedad tan inexorable, hallaron un generoso protector en el coronel de caballería José Maria Carreño, que mandaba aquella tropa.

Esta funesta derrota se atribuyó á intrigas del coronel Munive i de otros de sus partidarios que habian influido para que los cartuchos de cañon estuviesen llenos de arena en vez de pólvora: sea como quiera el golpe fue terrible, é hizo creer á muchos lo poco que podia esperarse de los preparativos hechos en la capital para su defensa. Celebrada con este objeto una junta de guerra votaron todos por la imposibilidad de sostener aquel punto sin el apoyo del de san Juan, que era de donde se proveía de víveres, i se acordó la salieo de dos regidores para capitular con el enemigo.

El gobernador don Pedro Ruiz de Porras huyó por mar con tres solos individuos de los principales de Santa Marta, salvándose de un modo prodigioso de los barcos corsarios que bloqueaban aquel puerto. La emigracion fue mas considerable por tierra en direccion de Maracaibo, á cuya provincia llegaron algunos, si bien otros perecieron en aquel malísimo camino, i los mas regresaron á sus casas luego que supieron

la moderacion que habian adoptado los rebeldes á su entrada en aquella plaza, que la verificaron ya desde el dia 11, i al siguiente el gefe principal Mariano Montilla.

Si bien esta ciudad pudo salvarse del degüello i del saqueo que se temia por haber sido la que con mas furor hubiera sostenido la autoridad real en aquellos dominios, no se libertó sin embargo de cuantiosas contribuciones impuestas sobre las clases pudientes, i en particular sobre los que se habian mostrado enemigos mas encarnizados de los insurjentes. Sin embargo de verse los fieles samarios bajo tan fiera coyunda, no alteraron de modo alguno sus sentimientos á favor del Monarca español, i lo acreditaron en la repugnancia con que se prestaron á jurar la independencia, á cuyo acto accedieron tan solo cuando el arcediano europeo don Miguel Maria de Yarza les persuadió de que no podia ser de modo alguno obligatorio aquel juramente prestado por la violencia.

A los pocos dias de haberse perdido Santa Marta llegaron las noticias del armisticio celebrado entre Morillo i Bolivar, i los comisionados Landa i Briceño Mendez para demarcar los límites de uno i otro partido. Despues de una corta permanencia de dichos comisionados en esta ciudad pasaron á la de Cartagena, cuya historia hemos debido interrumpir hasta el presente por seguir la série de los sucesos de la referida Santa Marta.

La plaza de Cartagena habia quedado sumida en el mayor desconsuelo i afliccion desde la pérdida de las espediciones dirigidas sobre el rio Magdalena, i la de todas sus fuerzas sutiles, en cuyo apresto se habian gastado mas de 40∂ duros. El enemigo era dueño de todas sus inmediaciones, i los realistas no lo eran sino de sus formidables baterias. Empezaban á escasear los víveres i el numerario: la poblacion habia crecido exorbitantemente con el gran número de emigrados que habian concurrido de Santa Fé: entre estos se veian sugetos de los mas ricos del reino, pero que no habiendo podido llevar fondos en su precipitada fuga, se veian espuestos á sufrir toda clase de privaciones. El gobierno no podia so-

correr tantas necesidades; la miseria crecia de dia en dia; i aquella ciudad, en un tiempo tan opulenta, presentaba á esta sazon un horrible cuadro de luto i tristeza.

Llegó en estos momentos críticos con procedencia de la Habana uno de los emigrados de Santa Fé, don Rafael Ramirez, con impresos sobre la jura de la constitucion, celebrada en la citada isla en medio de los mas reprensibles alborotos i de la mas atrevida coaccion que se habia hecho á su capitan general don Juan Manuel de Cagigal. Como en todas partes abundan los genios díscolos i sediciosos, no dejó de haberlos en Cartagena, los que deslumbrados con aquellas falsas teorias trataron de imitar tan pernicioso ejemplo. Conociendo que solo las bayonetas podian obrar aquel trastorno, se dedicaron á ganar la tropa con dádivas i promesas. Cuando ya creyeron que se podia contar con estos poderosos ausiliares, se dirigieron al virei Sámano pidiendo la jura de dicho sistema.

Aquel respetable anciano, si bien habia incurrido en varios defectos procedentes de falta de cálculo mas no de voluntad, conservaba en medio de su agoviada salud el fondo mas puro de lealtad i de amor al Soberano español, i se negó por lo tanto á esta violenta medida sin haber recibido antes las órdenes de la corte con todas las formalidades que se requieren para tales casos. El brigadier don Antonio Cano, coronel del regimiento de Leon, era otro de los realistas mas pecididos, cuyo espíritu no se habia viciado con las quiméricas ideas de regeneracion, i cuya práctica de mundo le hacia ver los escollos en que iban á tropezar los que promovian aquellas asonadas.

Desde luego conocieron los conspiradores la necesidad de alejar del mando á estos dos gefes, porque no de otro modo podrian dar existencia i solidez á sus planes. Se principió el rompimiento en 7 de junio sublevando pérfidamente al citado regimiento de Leon i la brigada de artillería: reunidos estos dos cuerpos en la plaza de la Inquisicion, llegó Cano á tiempo que sus soldados estaban recibiendo el dinero que se

les habia prometido. Todos enmudecieron al ver el arrojo de aquel benemérito gefe; pero como éste les hubiera reprendido agriamente aquel acto de insubordinacion i rebeldía, se avanzaron algunos granaderos de los mas exaltados i frenéticos con el fusil preparado i la bayoneta calada gritando vivas á aquel ominoso sistema.

Sin inmutarse el intrépido Cano, aunque resentido de ver tamaña ingratitud en premio de los afanes i desvelos con que habia procurado atender á todas las necesidades de los que él apreciaba como si fueran sus verdaderos hijos, esclamó con un tono de voz firme i asegurado: «viva el Rei aunque muera Cano." El profundo silencio de todos los espectadores i de la tropa fue el indicante mas espresivo de lo que impone la virtud i la entereza militar aun en los casos mas apurados i en medio de los mayores peligros; mas vueltos mui pronto de su sorpresa los directores de aquellas tramas condujeron forzadamente á los portales del palacio del gobierno á aquel valiente español tratando de justificar tamaña violencia con el alegado celo de salvar sus preciosos dias.

Se juró finalmente la constitucion en 9 del citado mes de junio: se fijó en el destinado nicho el ridículo emblema de la lápida, i se entregaron los alborotadores á los mas inmoderados actos de bullicio i alborozo. El pueblo tomó poca parte en estas escenas; el deshonor de este reprensible movimiento fue debido esclusivamente á un puñado de oficiales, que olvidando lo sagrado de sus juramentos, i desconociendo que su primera divisa debe ser la obediencia i la subordinacion, se propasaron á seducir á sus soldados empleando en segundar sus caprichosos fines i sus privados intereses las armas que el Soberano les habia confiado para sostener sus reales é imprescriptibles derechos.

No bien satisfechos los sediciosos con este primer ensayo revolunionario, obligaron al virei á deponer su autoridad, á lo que accedió mas bien que á jurar dicha constitucion, como se exigia de él; i en su consecuencia delegó el mando militar en el gobernador de la plaza, i el político

en el decano de la real audiencia don Francisco Mosquera i Cabrera. Cano fue espulsado á Santa Marta; pero hubo de regresar desde el camino por hallarse ya interceptado por los insurjentes, i permaneció algun tiempo en la mayor oscuridad i aislamiento hasta que logró proporcion de embarcarse para la península á recibir del Soberano el premio de tanta fidelidad i constancia.

En el entretanto iban adelantando los rebeldes sus fuerzas sobre el rio, de modo que el teniente coronel Balbuena, sucesor de Cano en el mando del regimiento de Leon, que habia sido enviado á Mompox con una fuerte columna, no pudo sostener el campo i se retiró á Cartagena. Este fue el último anuncio de la proximidad del sitio de aquella plaza. El gobernador Torres, que por renuncia de Mosquera habia reunido el mando político i militar, desplegó la mayor energía para reunir los necesarios abastos, i para que se proporcionasen víveres todos los vecinos que debian permanecer dentro de sus murallas; i aunque en la ejecucion de esta medida se notó algun abuso, no dejó por eso de ser laudable su celo.

Fue á este tiempo cuando el caudillo Mariano Montilla hizo su espedicion sobre Rio Hacha, segun va relacionado en la historia correspondiente á Santa Marta. De resultas de la derrota que sufrió en aquel punto, desembarcó, segun se ha dicho, en Sabanilla distante cinco jornadas de Cartagena, con el objeto al parecer de hacer aguada i de retirarse; pero observando la desprevencion de los realistas por aquella parte, se determinó á internarse, esperando que la fortuna premiaría su atrevimiento. Apenas tuvo el gobernador Torres noticia de esta invasion envió para contenerla al comandante de artillería don Ignacio Romero con 400 soldados de Leon; mas esta columna se vió bien pronto regresar á la plaza sin que hubiera obtenido ninguna ventaja.

Habiendo llegado considerables refuerzos á los rebeldes á esta sazon, quedó formalizado el sitio. El mismo Bolivar, que habia bajado de Santa Fé á inspeccionar aquellas operaciones, entró en inútiles debates oficiales con los sitiados, pero sa-

lió mui pronto para Venezuela dejando sus tropas repartidas en aquella línea i 1200 hombres en Turbaco con órdenes al coronel Carreño de atacar á Santa Marta, cuyos sucesos han sido ya referidos.

Las tropas insurjentes que quedaron entonces para sitiar la referida plaza de Cartagena no eran de modo alguno superiores á las realistas; i no se concibe por lo tanto como sus gefes no fueran informados oportunamente de la debilidad de sus contrarios i como no intentaran vigorosas salidas para tener espeditas sus comunicaciones: una sola fue emprendida con vigor i ejecutada con felicidad, aunque sus resultados no fueron tan brillantes como debia esperarse. Embarcándose en la noche del 31 de agosto 400 soldados escogidos de la guarnicion al mando de los ya mencionados Balbuena i Romero, llegaron á la hacienda de Compique, que se halla en el camino de Turbaco, en donde tenian los rebeldes su cuartel general: despues de haber tomado algunas horas de descanso emprendieron la marcha con ánimo de caer sobre dicho punto al rayar el alba.

El éxito correspondió á lo acertado de este plan: sorprendidos los rebeldes se entregaron á una vergonzosa dispersion pereciendo muchos en esta viva refriega. Parecia que la consecuencia de este feliz golpe de mano debiera haber sido la toma de todo el campo insurjente, de sus provisiones de guerra i boca, i demas efectos; pero temerosos los gefes realistas de que vueltos los enemigos mui pronto de su desconcierto i estupor pudieran cargar sobre ellos con fuerzas mui superiores, i arrebatarles de las manos el honor de aquella victoria, regresaron prontamente á la plaza, ufanos por los grandes quebrantos que habian causado en el campo enemigo, mas no por los ausilios que introdujeron en ella.

Al ver los insurjentes la pronta retirada de los realistas, volvieron á sus antiguas posiciones, i situaron nuevamente su cuartel general en el citado pueblo de Turbaco. Desde este momento cobraron mayor orgullo; i aumentadas considerablemente sus fuerzas con tropas enviadas del interior, con algunos aventureros europeos i con reclutas del pais, se atre-

vieron á estender sus operaciones dirijiéndose los unos á la citada plaza de Santa Marta, que tomaron á principios del mes de noviembre, i estrechando los otros la línea del bloqueo, limitándose los sitiados á defender los baluartes, i sin que se hubiera hecho movimiento alguno en todo el curso de este año.

El gobernador don Pedro Ruiz de Porras en su fuga desde Santa Marta pasó al istmo de Panamá, del que habia sido nombrado comandante general. El malogrado virei Sámano, que habia salido tambien para Jamaica á consecuencia de su violenta deposicion, se dirigió á fines de este año ácia dicho istmo, i desembarcó en Portobelo. Habiendo pasado á Chagres, i escrito desde aquel punto al referido general Porras para que le preparase la acogida correspondiente á su carácter de virei i capital general del reino, se suscitaron varios debates sobre su admision; aunque algunos opinaron que nó podia negársele la obediencia en tanto que no hubiera órdenes en contrario del gobierno de la Metrópoli, otros sin embargo creyeron que era suficiente motivo el haberse negado á jurar la constitucion, para desconocer su autoridad; i aun los que menos se dirigian por el espíritu de partido, consideraban como de mal agüero conservar á la cabeza de aquel corto recinto, á quien acriminaban haber perdido por su torpeza é inhabilidad todo el resto de aquellos dominios.

Sin embargo de estas consideraciones se determinó que fuera reconocido su mando; á cuyo efecto i para felicitar á dicho virei, se enviaron dos comisionados, que lo fueron el coronel don Isidro de Diego i el comandante de ingenieros don Francisco Alameda; pero no bien habian estos salido para evacuar dicho encargo, cuando el ayuntamiento influyó en el general Porras á fin de que alterase aquel primer acuerdo, alegando como el mas decoroso pretesto la escasez absoluta de fondos para suplir á los gastos que debia erogar la alta representacion del virei. Como el desenlace de esta contienda corresponde al año siguiente, suspenderemos su relacion hasta el próximo capítulo.

CAPITULO VI.

CARACAS: 1820.

Latorre en Bailadores. Tardanza de Morillo en reforzar aquella division para reponer la autoridad real en Santa Fé. Conspiracion de Valencia. Arribo de las noticias de la revolucion peninsular. Esfuerzos de algunos sediciosos para que se jurase la ominosa constitucion. Impolíticas i degradantes instrucciones recibidas por Morillo para entrar en negociaciones con los disidentes. Institucion de una junta pacificadora. Malogrados sus primeros pasos para ajustar la paz. Preparativos de Morillo para abrir la campaña. Ocurrencias de las provincias de Cumaná i Barcelona. Brillante estado del ejército de Morillo. Retirada de la division situada en Bailadores. Avanza Bolivar sobre Mérida, Trujillo i Carache. Sus proposiciones para el arreglo de aquellas discordias. Nombramiento de comisionados realistas para tratar de ellas. Nuevos i mas urgentes oficios de Bolivar para que Morillo suspenda su marcha i las hostilidades. Armisticio. Tratado de regularizacion de guerra. Salida de Morillo para España. Inescusables errores de los corifeos liberales. Sus fatales consecuencias. Reflexiones críticas.

El general Latorre, segun va indicado en el capítulo del año anterior, habia salido con un batallon para Cúcuta apenas se tuvo noticia de haber invadido Bolivar el reino de Santa Fe; i como al llegar á dicho punto hubiera tenido conocimiento de la batalla de Boyacá, fue reforzado inmediatamente por

otro batallon componiendo un total de 1400 á 1500 hombres con dichos dos cuerpos, con las guerrillas de los pueblos i con algunos emigrados que se habian reunido á dicha division. Temió sin embargo que estas fuerzas no fueran suficientes para mantenerse en Cúcuta contra las que ya se presentaban, i contra las mui superiores que creia habian de cargar mui pronto sobre él, i se retiró por lo tanto á Bailadores, resuelto á sostener aquella posicion á todo trance i á contener en ella al osado enemigo.

Todos creian que mui pronto fuera reforzada esta division, i se esperaba verla caminar con mui poca demora á salvar el honor de las legiones de Barreiro, i á restablecer en aquellos paises la autoridad real que habia sucumbido de un modo bien distante de los cálculos de los gobernantes; pero se vieron frustrados tan halagüeños planes sin que sea fácil descifrar la causa de tan larga inaccion de parte de un general como Morillo, cuya virtud mas recomendable era el vigor i la energía. Cerca de un año estuvo la corta division de Latorre en el citado punto de Bailadores sin ser auxiliada, i sin atreverse por lo tanto á emprender operacion alguna.

Los enemigos que tenia Morillo á esta sazon en las provincias de Venezuela eran insignificantes; solo daba algun cuidado José Antonio Paez, quien habia vuelto á ocupar los Llanos del Apure desde la retirada del ejército en el año anterior con 1400 caballos, con los que no era sin embargo presumible que pudiera salir fuera de aquellas sus madrigueras. Las tropas realistas se hallaban en el estado mas brillante de armamento i disciplina; i parece que no se habria alterado de modo alguno la tranquilidad de dichas provincias, aunque se hubiera desprendido Morillo de 3 á 4000 veteranos, que habrian sido mas que suficientes para destruir el edificio levantado por Bolivar en Santa Fé, i cuyo éxito no podia ser dudoso operando de acuerdo con las tropas que habia reunido Calzada en Popayán, i con las que podian salir i salieron con efecto de Cartagena i Santa Marta á

llamar la atencion del enemigo por el rio Magdalena.

Las razones mas plausibles que se ofrecieron para escusar la tardanza de estos movimientos de parte de Morillo fueron la falta de recursos para dirigir una numerosa division por paises despoblados i totalmente desprovistos de víveres, la necesidad de formar almacenes para allanar este obstáculo, la de aumentar la fuerza armada, i la de darle una completa organizacion.

En estos preparativos se pasaron los últimos meses del año anterior i los primeros del presente, sin que hubiera ocurrido mas novedad en Venezuela que el descubrimiento de una terrible conspiracion en 28 de febrero, fraguada por algunas personas de las mas principales de Valencia que estaban en perfecta inteligencia con una partida de facciosos de mas de 100 hombres, oculta en aquellas inmediaciones á las órdenes de un tal Rosales, natural del pueblo del Tinaco. Aunque todos los cómplices aprehendidos fueron convictos de su delito, i aunque la mayor parte fueron condenados á la pena capital, muí pocos sin embargo llegaron á sufrirla, i los demas debieron á la generosidad del general en gefe la conmutacion de aquella pena en otra mas benigna, i á los pocos meses su absoluta libertad á consecuencia de las negociaciones pacíficas que se irán desenvolviendo gradualmente.

Cuando ya Morillo se hallaba en estado de dar un golpe general i decisivo á los rebeldes, i cuando ya estaban comunicadas las órdenes para abandonar la ciudad de Valencia, en la que habia situado su cuartel general desde fines de mayo, i para mandar que avanzase el ejército en direccion de Mérida, llegaron á Caracas las noticias del desenlace de la abominable insurreccion del ejército de la isla, i varios impresos de la Coruña relativos á los movimientos subversivos de aquella provincia i de otros puntos del reino. Acalorada la fantasía de algunos incautos é ilusos se pusieron en accion i se dirigieron al capitan general, que lo era entonces el brigadier don Ramon Correa, con una representacion para que ordenase la jura i la publicacion de aquel aciágo sistema.

Habiéndose negado Correa á esta solicitud sin que se viese facultado para ello por el general en gefe, se dirigieron dos individuos de los mas influyentes al cuartel general con esta comision. Sorprendido Morillo, i deseoso de ver por sí mismo si habia algun medio de parar aquel terrible golpe, pasó en persona á la capital recorriendo en menos de 24 horas las 38 leguas de mal camino que la separan de Valencia; i á los dos dias de su llegada recibió comunicaciones directas de la Corte, que con fecha de 11 de abril le prescribian la proclamacion de la referida constitucion, i la abertura de negociaciones pacíficas con los rebeldes, suponiendo torpemente el gobierno liberal de la península, que habiendo sido declarados los dominios de Ultramar parte integrante de la monarquía, quedaba sin efecto la sangrienta lucha promovida por los disidentes para ganar por la fuerza la llamada libertad que les era ofrecida espontáneamente.

Por grande que fuese la irritacion de Morillo al ver que por un medio tan inesperado se iban á hacer ilusorias las ventajas que se habia prometido con los esfuerzos de un ejército constituido á fuerza de afanes i sacrificios bajo el pie mas brillante que hubiera tenido desde que principió aquella malhadada revolucion, nada igualó sin embargo á la que produjo en su pundonoroso corazon la humillacion que se exigia de él. Sancionar cuanto habia sido ejecutado por los mismos insurjentes del modo mas bárbaro é ilegal; reconocer todos sus empleos i mandos; dejar el pais enteramente á su discrecion, i sujetos los fieles realistas á sus tropelías i espíritu de venganza, sin mas condicion que la de jurar la citada constitucion española, i la de enviar diputados á las córtes: he aquí las instrucciones comunicadas por los pseudo-liberales españoles para la pacificacion de Venezuela.

Aunque Morillo se hallase convencido de la inevitable ruina de aquellas provincias como consecuencia necesaria de tan inconsideradas disposiciones, estaba bien penetrado sin embargo de que la primera divisa del militar es la obediencia, i se resolvió por lo tanto á hacer este duro sacrificio, el ma-

yor que pudiera imponerse á un hombre que habia dado tantas pruebas de la rectitud de sus intenciones i de su amor á la monarquía. Mas calculando que dificilmente podia presentarse á su direccion un negocio tan delicado i espinoso, quiso que este fuese discutido maduramente en una junta que creó al intento con el título de pacificadora, compuesta del capitan general, del gobernador del arzobispado, del intendente, de los dos alcaldes, de dos vecinos principales, i de un secretario con voto que lo fue el inspector general de los hospitales, reservándose aquel la presidencia cuando estuviera presente.

Los primeros trabajos de esta junta, despues de la funesta jura, que se verificó en 7 de junio, fueron los de dirigir en 17 del mismo mes comunicaciones conciliatorias á los gefes disidentes Paez, Bermudez, Zarasa, Monagas, Cedeño, Rojas, Montes, Montilla, i al gobernador de la isla de la Margarita. En el mismo dia fueron comisionados para el congreso rebelde establecido en Angostura el brigadier Cires i el asesor de la intendencia é intendente interino don José Domingo Duarte. El alcalde primero constitucional de Caracas don Juan Rodriguez del Toro i don Francisco Gonzalez de Linares lo fueron cerca del general Bolivar que se hallaba entonces en los valles de Cúcuta.

Los plenipotenciarios enviados á Angostura no pasaron de la antigua Guayana, que distaba todavia 40 leguas de la residencia del citado congreso, porque exigiendo éste como base de aquellas negociaciones el reconocimiento de su independencia, debieron regresar á Caracas desde dicho punto. Despues de haber sufrido Linares penalidades inesplicables en recorrer 200 leguas de montañas, desiertos i desfiladeros en la estacion mas rigurosa de las lluvias, llegó en 20 de agosto á san Cristobal de Cúcuta, habiendósele asociado en el tránsito el coronel don José Maria Herrera perteneciente á la division situada en Bailadores, en reemplazo de Toro que habia caido enfermo.

Los caudillos subalternos contestaron esponiendo su fal-

ta de facultades para entrar en convenios sin una órden especial de su gobierno superior. Los comisionados para Bolivar abrieron sus comunicaciones con el titulado general de division Rafael Urdaneta i con el secretario de la guerra coronel Pedro Briceño Mendez, á los que concedió aquel gefe sus poderes al tiempo de salir para las orillas del Magdalena; pero la altanería de estos en exigir el reconocimiento de su independencia, i en pretender una distinguida consideracion ácia su ilegítima causa, de la que estaban bien distantes los fieles realistas, hizo que regresaran dichos Linares i Herrera sin haber adelantado un paso en la carrera de la reconciliacion.

Enterado el general en gefe del malogro de estas primeras aberturas, salió rápidamente de Valencia á ponerse á la cabeza de los cuerpos que debian operar al occidente de Venezuela. Todo anunciaba que esta campaña iba á ser la mas sangrienta; el general realista lo deseaba porque conocia que no era posible establecer una perfecta armonía entre ambos partidos, i aun habia contado como uno de sus mayores triunfos la no accesion de los comisionados de Bolivar á escuchar las proposiciones de paz, que les habia dirigido forzadamente i tan solo por no dejar de obedecer al gobierno de la península.

En el entretanto habia tomado la guerra un carácter serio por las provincias de Barcelona i Cumaná. El coronel San Just gobernador de la primera habia destruido las fuerzas rebeldes, acantonadas en las *Mesetas* en 17 de julio, i asimismo varias lanchas que aquellos tenian en la ensenada de Santa Fé, con las que ostruian el comercio i la navegacion de la Guaira i Cumaná. Como escaseasen las carnes en el Llano, hubo de pasar á Orituco la columna realista que lo ocupaba, con cuyo movimiento pudieron los enemigos estender sus correrias, sin embargo de quedar todavia con fuerzas regulares los cantones del Potrero, Güere i San Mateo. El general disidente Monagas recibió á esta sazon un refuerzo de la mayor importancia, que lo fue el P. Arbelaiz, cura del pueblo del Guapo, sugeto de la mayor influencia

en el pais, que habia abandonado las banderas de la fideli-dad por resentimiento de no haber sido premiados digna-mente los eminentes servicios que habia prestado á la causa del Rei, asi como por los modales ásperos i desabridos con que habia sido tratado por algunos individuos que sostenian el mismo partido.

Las sugestiones de este eclesiástico sedujeron al coronel don Ignacio Torralva, comandante del Potrero, é hicieron perder á los españoles aquel punto interesante. Se unió á su consecuencia á los rebeldes el canton del Güere; mas no fueron estos tan afortunados en el de San Mateo. El coronel Sotillo i 6 oficiales habian sido comisionados para atraer á su partido dicho canton: su comandante, que lo era don Francisco Guzman, se hallaba ausente en aquel momento; pero impuesto de los motivos de la citada mision se dirigió con 12 hombres de su confianza á la casa donde aquellos se habian alojado, i como se hubieran puesto en defensa en vez de rendirse á la intimacion que les hizo el gefe realista, quedaron todos muertos en la refriega.

Aunque se frustró este golpe por la entereza de Guzman i por los refuerzos que le fueron remitidos inmediatamente por el comandante de la provincia, San Just, no dejaron los disidentes de hacer algunos progresos en la opinion pervir-tiendo la de varios pueblos con el eficaz ausilio del citado P. Arbelais. Habiéndose posesionado de Píritu el desertor Torralva, concibió San Just el proyecto de darle un golpe de sorpresa, lo que verificó en 5 de setiembre con la mayor felicidad, si bien hubo de reembarcarse mui pronto en las mismas flecheras que le habian conducido á aquella opera-cion por ser sus fuerzas demasiado escasas, i por temor de que le arrebatase el fruto de la victoria la columna principal de los enemigos que se hallaba á tres leguas de distancia en el pueblo de San Miguel.

Parece que estas trataban de atacar la capital, cuando las acertadas maniobras del gobernador, una nueva correría igualmente feliz que hizo sobre el citado punto de Píritu

en el dia 18, i el imponente aparato que desplegó para rechazar las fuerzas contrarias fueron causa de que se dirigiesen en su vez por Quiamare á destruir el referido canton de San Mateo. Los 500 infantes i 100 caballos, de que estas se componian, franquearon rápidamente la distancia que los separaba, i al amanecer del 29 se presentaron en las calles del citado pueblo, sin que su guarnicion hubiera tenido el menor aviso.

Sin embargo del desórden, que es propio de los primeros momentos de toda sorpresa, se resolvió su bizarro comandante á suplir con su arrojo i decision la inferioridad númerica de sus soldados. Puesto á la cabeza de aquel puñado de valientes atacó denodadamente á la bayoneta á tiempo que una de las descubiertas de San Just entraba por otro lado de dicho pueblo en ausilio de los sorprendidos. Varió en un momento la escena: temieron los enemigos verse envueltos en una completa ruina i se entregaron á la mas precipitada dispersion, dejando en las calles é inmediaciones 150 muertos, 70 prisioneros, 350 fusiles, varias cajas de guerra i la mayoría.

Ufanas las tropas de Guzman i San Just con este inesperado triunfo, salieron reunidas en persecucion de los rebeldes, quienes alcanzados en el pueblo de San Bernardino, sufrieron un segundo i vergonzoso contraste. Siguiendo aquellas su carrera gloriosa se apoderaron al dia siguiente del pueblo del Pilar i de las trincheras que tenian estos en los pasos mas dificiles. Desalentado Monagas con tantos reveses, i no atreviéndose á dar la cara á los victoriosos realistas, aunque tenia todavia 800 hombres á sus inmediatas órdenes, se encerró con ellos en el convento de San Miguel, en cuyas ruinas trataba de sepultarse mas bien que rendirse á sus contrarios: pero estos, que por haber tenido bajas considerables en medio de sus ventajosos combates, no se creian bastantemente fuertes para acometer aquella empresa, se retiraron á sus antiguas posiciones de Quiamare i Barcelona.

Los enemigos no cesaban de aplicar sus esfuerzos para seducir á los pueblos i á las mismas tropas. El batallon de la Reina que habia bajado á la costa de Rio Chico, tuvo en su seno una porcion de individuos débiles, que sucumbiendo á dichas arterías i maniobras, se separaron de la senda de la lealtad i del honor, i proporcionaron á los rebeldes unas ventajas que nunca habrian podido prometerse.

Obrando iguales causas en la misma capital de Barcelona, habian quedado reducidas sus fuerzas á unos 200 hombres disponibles: todos los elemementos parece que se presentaban del modo mas propicio á los planes de Monagas, quien puesto á la cabeza de 1000 infantes i 200 caballos, i reforzado con 2 cañones que habia recibido de Rio Chico, se puso en marcha para atacar la espresada ciudad de Barcelona.

Atrincherado su gobernador en la plaza, recibió en la mañana del 22 de octubre un brusco ataque que se prolongó todo el dia con la mayor viveza; pero descubriendo San Just los planes de los rebeldes reducidos á ostruir su retirada al Morro, único punto de salvacion, pasó á ocupar aquel punto á las diez de aquella misma noche; i apoyado por cuatro flecheras que allí se hallaban, inspiró tanto respeto á los enemigos que no se atrevieron á atacarle.

Dejando á la vista de esta posicion algunas fuerzas, salió Monagas con las demas á destruir el canton de San Mateo, cuyo bizarro comandante, si bien hizo una empeñada resistencia á pesar de hallarse gravemente herido, no pudo resistir esta vez un combate tan desigual, i con su muerte, de cuya gloria participaron algunos esforzados oficiales, se ahorró el sentimiento de presenciar el triunfo de la rebeldía.

Acia el mismo tiempo se habia insurreccionado el partido de Carúpano; i de resultas de la sublevacion del primer batallon de la Reina habia situado Bermudez su cuartel general en la Laguna de Tacarigua. La mayor parte del batallon de Hostalrich iba caminando desde Caracas en ausilio de estos paises, cuya pérdida parecia inevitable: ya estaba

para llegar á las manos con Bermudez, cuando llegaron las noticias de las transaciones de Bolivar con Morillo, á cuya consecuencia se suspendieron las hostilidades.

Despues de haber dado una ligera reseña de estos sucesos, volveremos á las operaciones de Morillo i Bolivar. Este último que conocia lo delicado de su posicion, regresó prontamente de las orillas del Magdalena á donde se habia dirigido, segun llevamos indicado, en los dias de la negociacion, i escribió nuevamente en 21 de setiembre á Morillo, haciendo alarde de las fuerzas con que contaba para hacerse respetar, pero manifestando al mismo tiempo deseos de estipular un armisticio, notificándole que se ponia en marcha para San Fernando de Apure, á donde aquel podia remitir sus comisionados.

Se temió que este movimiento fuese uno de los golpes de intriga que tenia tan acreditados el caudillo caraqueño, i que quedase comprometida la suerte de la division que se habia situado en Bailadores desde los últimos meses del año anterior. Esta habia sufrido por el espacio de 11 meses las mas duras privaciones, habiendo debido remediar mas de una vez la urgente necesidad del momento con plátanos en flor que se habia visto precisada á recoger á algunas leguas de distancia en medio del fuego de las partidas enemigas.

Creyéndose perdida si se alejaba de aquella posicion, tan solo una salida habia intentado ácia los valles; i como al llegar á la ciudad de la Grita se hubieran tenido noticias alarmantes de las tropas rebeldes regresó sin demora al citado punto de Bailadores. Desde que principiaron las negociaciones de Cúcuta salió el general Latorre para Caracas dejando el mando al coronel don Juan Tello. Poco tiempo despues de haber dirijido Bolivar al general Morillo el oficio de 21 de setiembre, emprendió un rápido movimiento con todas las apariencias de querer romper las hostilidades. Deseoso Tello de salvar su corta division se puso en retirada, la que verificó con el mayor órden, aunque con alguna precipitacion por cuya causa perdió en la bajada del páramo de Timótes el

ganado, los pertrechos i armas sobrantes, i algunos otros efectos.

Al llegar á las inmediaciones del pueblo de Carache, se encontró con dicho Morillo que se adelantaba con su ejército para atacar á Bolivar, si las nuevas negociaciones que iban á entablar los dos primeros comisionados Toro i Linares juntamente con el brigadier Correa, que ya habian pasado á Calabozo con ánimo de dirigirse á san Fernando de Apure, no surtian mejor efecto que las anteriores; mas como Bolivar habia tomado otra direccion á pretesto de haber enfermado Urdaneta, i se habia apoderado ya de Bailadores, Mérida, Trujillo i Carache estendiendo sus puestos avanzados hasta Agúa de Obispos, escribió desde dicho punto de Trujillo en 26 de octubre proponiendo otra vez el armisticio en términos mas moderados i razonables.

Al llegar Morillo desde Barquisimeto á Humacaro bajo el 11 de diciembre, recibió á los plenipotenciarios de Bolivar, general Sucre i coronel Ambrosio Plaza, portadores de un oficio para los comisionados españoles, en el que si bien el gefe de aquellos republicanos manifestaba deseos de arreglar una transacion amistosa, hacia traslucir sin embargo una chocante confianza en su poder i una irritante altanería. Dicho general Morillo, que fue quien abrió aquel pliego, contestó con el decoro conveniente, manifestando que los comisionados que tenia nombrados para tratar con él, no habian llegado todavía á aquel punto, pero que al favor de la marcha rápida que habian emprendido desde Calabozo, se hallarian mui pronto en su destino. Reproducia asimismo la protesta de sus generosos sentimientos, aunque con la cláusula de que seguirian abiertas las hostilidades hasta que se hubiera arreglado de un modo definitivo el indicado armisticio.

En tanto que llegaban los referidos comisionados continuó Morillo su marcha obligando al enemigo á retirarse de sus puestos avanzados de Agua de Obispos, i sucesivamente de Carache, en cuyas inmediaciones dejó tan solo un cuerpo

de caballería que fue cargado i arrollado por dos compañías de húsares de Fernando VII. Habiendo situado Morillo su cuartel general en el citado punto de Carache, recibió de Bolivar, que se habia replegado á Trujillo, un oficio con fecha de 19 de noviembre, por el cual urgia para que se estipulase provisionalmente una suspension de hostilidades hasta la llegada de los comisionados, marcando la grave responsabilidad que gravitaria sobre el general realista si se empeñaba en desechar unas proposiciones tan conformes con el espíritu del Gobierno que regia entonces en la península.

Esta comunicacion acabó de desarmar el brazo del bizarro conde de Cartagena, i arrebató de sus manos unos triunfos que podia dar por seguros. Desde este momento se activó la correspondencia entre ambos gefes con repetidas protestas de sinceridad i buena fe, hasta que pasando por fin al cuartel general de Trujillo los comisionados Correa, Toro, i Linares que habian llegado el 19 á Carache, ajustaron en 25 i despues de varios debates, un tratado de armisticio estensivo al reino de Santa Fé, i que debia durar por el espacio de seis meses.

Fueron sus condiciones principales las de prescribir que permaneciesen los ejércitos contendientes en las posiciones que ocupasen en aquel momento; que se fijasen los límites correspondientes para evitar toda disputa en lo sucesivo; que se enviasen comisionados de una i otra parte al gobierno superior para negociar la paz, i que en el caso de abrirse las hostilidades se diese un prévio aviso de cuarenta dias, debiéndose considerar asimismo como un acto de hostilidad el apresto de toda espedicion militar contra cualquiera de las partes contratantes, i conformándose el general realista con la cláusula de que los buques de guerra, que iban caminando á esta sazon desde España, se ceñirian al relevo de la escuadra española estacionada en aquellos mares, sin que le fuera permitido desembarcar tropa alguna.

Al dia siguiente se celebró otro tratado para regularizar la guerra conforme á las leyes de las naciones cultas i á los



principios mas liberales i filantrópicos. Bolivar ratificó ambos tratados en la ciudad de Trujillo; i Morillo dió sancion al primero en Carache, i al segundo en Santa Ana. Habiendo concurrido á este último punto el gefe disidente, sellaron ambos la santidad i pureza de aquellos convenios con ardientes demostraciones de entusiasmo i recíproco aprecio, con cordiales efusiones de amistad, i con repetidas protestas de consideracion, de generosidad i de nobleza.

No dejó de estrañarse sin embargo un trato tan familiar i cariñoso de parte del grave i circunspecto general castellano con un revolucionario tan feroz i obstinado que habia sido el azote de aquellos paises; pero la misma franqueza i honradez, que son las características de la provincia de su orígen, le hicieron borrar en un momento de su memoria las horrorosas páginas de la historia de Bolivar para estrecharle afectuosamente contra su seno, alegando por otra parte que las órdenes impolíticas del gobierno constitucional le ponian en la obligacion de sacrificarlo todo por no incurrir en la nota de rebelde ó insubordinado.

Aunque se inclinó á creer desde el principio de aquellas negociaciones de que en ellas iba á quedar envuelta la cesacion de la autoridad Real, tuvo sin embargo alguna esperanza de que no desmentiria Bolivar la sincera profesion de sus sentimientos ácia un justo acomodamiento con la madre patria, i de que no insultaria con otro golpe de negra ingratitud la beneficencia de que hacia una mal calculada pompa dicho gobierno liberal. Esta fue pues la causa de aquellos trasportes de alegría, fraternidad, é íntima union, á que se entregó el citado general realista en su entrevista con el gefe insurjente. Habiendo recibido á este tiempo la licencia que tantas veces habia solicitado para regresar á la península, se hizo á la vela para Cádiz en 17 de diciembre, dejando el mando del ejército al general don Miguel de Latorre.

La salida de Morillo en circunstancias tan críticas, introdujo el mayor desaliento en el partido realista: todas las corporaciones militares, políticas, eclesiásticas i literarias,

habian hecho los mayores esfuerzos para disuadirle de su proyecto de abandonar aquel pais, que se conservaba fiel al Soberano por el solo prestigio de su nombre. No hubo resorte que no se tocase para conseguir tan necesario objeto. Se recurrió igualmente á picar su mismo pundonor, único medio de poder hacer alguna impresion en aquel inflexible pecho; mas todo fue inútil, i con su terco empeño dejó sumidas aquellas provincias en el mayor desconsuelo, i no poco resentidas las personas mas respetables por el ningun aprecio que habia hecho de sus enérgicas representaciones i aun humillantes ruegos.

Este es en nuestro concepto el mayor defecto cometido por Morillo en América. Habia visto en el año 18 que la sola voz de "*Morillo vive*" habia contenido la horrorosa emigracion de la Guaira; no podia ignorar que por grande que fuese el mérito de su sucesor, jamás podria llenar el gran vacío que dejaba en el ánimo del soldado i en la opinion de los pueblos.

Opinamos pues que Morillo no debió de modo alguno abandonar las playas de América, i que independientemente de la obligacion que tenia de sacrificarse por su Rei i por su patria, era ya falta de generosidad i de gratitud ácia los fieles realistas de Venezuela dejar de complacerlos en lo que pedian con sobrados títulos, fundados en su mismo amor de que le tenian dadas tantas pruebas, i en este último i el mas brillante rasgo de ilimitada confianza i distinguida consideracion ácia su persona, sin la cual daban por irremediable su ruina.

Es pues opinion general que solo Morillo habria podido contener la pérdida de los dominios de Ultramar, decretada en el acto de la violenta mutacion del gobierno legítimo de España: esta fue la causa primordial de todos los desastres que sufrieron gradualmente nuestras armas: los mismos disidentes no podian haber dictado una medida mas propicia á sus fines.

El genio de la revolucion estaba para sucumbir, el im-

pulso de la espedicion destinada á principios de este año para Buenos-Aires, habria sido irresistible. Ninguna fuerza humana podia haber libertado á los rebeldes de su completo esterminio si aquella se hubiera llevado á efecto. La conocieron éstos oportunamente, i no perdonaron medio alguno para frustrarla: intrigas, seduccion, halagos, promesas, desembolsos pecuniarios, maniobras sectarias i cuantos medios sugieren la astucia i la perfidia, todos fueron empleados en esta ocasion para trastornar la fidelidad de dichas tropas espedicionarias.

A pesar de tantos esfuerzos es preciso confesar sin embargo que fueron mui pocos comparativamente los que llegaron á contaminarse con aquellas ideas desorganizadoras; pero eran estos los mas osados i emprendedores, los mas furiosos i despechados, i dejaron sumida la mayoría, aunque momentáneamente, en una aturdida inaccion, hasta que reconociendo el horrible crímen cometido por aquel puñado de facciosos se dedicó á perseguirlos con vigor, i logró destruirlos completamente.

Ya habia triunfado, pues, la lealtad en la parte meridional de España, cuando estallaron iguales movimientos subversivos en Galicia, Zaragoza, Barcelona i en otros puntos, á cuyo imponente aparato i pronunciamiento casi simultáneo de los sediciosos sucumbió de nuevo la fidelidad española. Los mismos conspiradores no previeron la fatal trascendencia de su enorme atentado: no fue sola la Magestad del trono la que sufrió sus ultrages; no fue sola la península la que vió sumergida su paz i prosperidad en el profundo abismo abierto por aquellos desórdenes; sus efectos fueron, si cabe, todavía mas funestos en América. Las llagas de la España han sido cicatrizadas por el benéfico i paternal gobierno del Soberano legítimo restituido á la plenitud de sus derechos en 1823; las de América estan todavía chorreando sangre i se necesitan grandes sacrificios para curarlas.

No podemos menos de lamentarnos de la fatalidad que presidió á los consejos de los titulados regeneradores. Uno

por perversidad de corazon, i los mas por crasa ignorancia de las cosas de América, creyeron desarmar á los rebeldes con filantrópicas negociaciones, sin calcular que era de toda imposibilidad conservar ligadas á la madre patria dichas posesiones ultramarinas bajo aquella clase de gobierno.

No nos detendremos á dar difusas aclaraciones sobre un punto tan obvio del que hemos tenido ocasion de tratar mas de una vez en el curso de nuestra historia: concretándonos á las provincias de Venezuela, i del reino de Santa Fé, bien puede asegurarse que quedó sellada su emancipacion desde el momento en que llegaron las primeras noticias del entronizamiento de aquel malhadado sistema. El ejército de Morillo habia llegado á un grado tan sublime de organizacion i fuerza, que los triunfos de esta campaña habrian sido indudables i decisivos.

Todo pues lo paralizó aquella funesta revolucion peninsular. Separado el gobierno político de la primera autoridad militar, quedó enteramente ostruida su accion, en tanto que el antagonista Bolivar con la amalmagacion general de todos los poderes podia dar una rápida direccion á sus operaciones, como que partian de un mismo centro. Las trabas que se pusieron á los tribunales de justicia eran los mejores ausiliares para que los enemigos del orden trabajasen libremente en la consumacion de sus planes. La institucion de diputaciones provinciales abría las puertas á todas las cábalas de la intriga i de la ambicion. La disminucion de atribuciones á los intendentes i su despojo de la autoridad judicial habian de entorpecer necesariamente la recaudacion i los buenos resultados de la parte administrativa. La libertad de imprenta, que en los gobiernos nacientes es siempre convertida en licencia i tomada como un medio de barrenar el crédito del Estado i la opinion de los particulares, era un veneno corrosivo de la paz i de la pública prosperidad.

No se puede concebir cómo hombres que habian dado pruebas de estar dotados de un profundo ingenio i de vasta instruccion hubieran dejado de conocer estos terribles esco-

llos; i nos admira todavía mas su estúpida creencia de que pudiera ser en su vez el arco íris que serenase las borrascas políticas. Los daños que esta reprensible ignorancia ha producido en América son incalculables, i pesan esclusivamente sobre su rebeldia, impericia, orgullo i ambicion. La América se perdió por ellos; á ellos se deben todos los desastres que han ocurrido sucesivamente; contra ellos clamarán los manes de los que han sido sacrificados por su torpeza: sin la existencia de estos enemigos del trono i de la verdadera felicidad de la nacion no se veria ésta en la necesidad de hacer dolorosos sacrificios para volver á adquirir el dominio de unos paises que de tan legítimo derecho pertenecen á la Monarquía española.



CAPITULO VII.

MÉJICO. 1820.

Estado próspero de los negocios á principios de este año. Ultimas acciones gloriosas dadas á los facciosos. Número de combates travados por las tropas del Rei desde la entrada del virei Apodaca en el mando; i de los rebeldes acogidos al indulto. Completa pacificacion del reino, si se esceptuan algunas barrancas en el rumbo del Sur. Males producidos por la malhadada constitucion española. Estado del ejército i de los demas ramos de la administracion. Empeño de algunos celosos realistas por derrocar dicho sistema liberal. Juntas de la Profesa, de las que resultó un triunfo completo para los disidentes encubiertos por los mismos medios inventados para el primer objeto. Nombramiento de Iturbide para dar ejecucion á aquellos planes. Carácter i circunstancias de este revolucionario. Su espedicion contra las gavillas de Guerrero refugiadas en Tierra Caliente. Ocupacion por él mismo de 700$ pesos pertenecientes á los manilos. Maniobras de este astuto insurjente con el citado Guerrero, precursoras de su abierta rebelion.

Ofrecia el reino de Méjico á principios de 1820 la mas halagüeña perspectiva de que se habia de disfrutar en él de todos los beneficios de la paz, comprada con diez años de padecimientos i sacrificios. El genio de la rebelion habia sido sofocado por las acertadas disposiciones del virei i por los esfuerzos de sus tropas. Solo unas cortas gavillas, que mas podian titularse de salteadores i bandidos, iban huyendo de

sierra en sierra de la afortunada espada de los realistas. Pocos fueron los encuentros que se recuerdan de esta época; los recorreremos sin embargo aunque sea con rapidez para no dejar este vacío en la historia, i para que no queden olvidados los servicios de los dignos militares, á los que fue confiado el encargo de completar la pacificacion.

Los que tuvieron ocasion de distinguirse principalmente en el mes de enero, fueron el teniente coronel don Dionisio Fernandez de la division de Valladolid, quien atacando con denodado espíritu en el puerto del Aguila al rebelde Magaña, logró matarle 9 hombres de su partida, i cogerle 12 prisioneros con varias armas i caballos. Tambien el coronel don Hermenegildo Revuelta acreditó nuevamente su celo yendo en persecucion de los Ortices, que se habian refugiado en la provincia de Nueva Galicia, causándoles pérdidas de consideracion. El teniente coronel don Manuel de Bezanilla se hizo igualmente recomendable por haber sabido limpiar enteramente de facciosos el distrito de Salvatierra i todas sus dependencias, recibiendo la entrega de las armas de los cabecillas Valentin Montes, Manuel Calderon i de otros varios.

Se hizo no menos acreedor á los públicos elogios el capitan de Zaragoza don Juan Antonio Galindo, por el acierto de sus operaciones en su penosa correría, que duró desde fines de diciembre hasta principios de febrero sobre la provincia de Guanajuato i rumbo del Sur, derrotando á los exánimes facciosos cuantas veces pudo llegar á las manos con ellos. El teniente coronel don Ignacio Corral, dependiente de la division de Temascaltepec, se batió gloriosamente con los cabecillas Reinoso i P. Izquierdo, impidiendo su reunion con Guerrero i Montes de Oca, únicos gefes de algun influjo i opinion existentes en todo el reino de Méjico, ademas de los cabecillas Asensio i Campos, quienes ejerciendo todavia sus sediciosos estragos por el rumbo del Sur con 300 indios i criollos, fueron batidos por el teniente coronel don Manuel Ignacio Baena, comandante de Alahuist-

lan, dejando mas de 30 muertos delante de dicho punto que tuvieron la osadía de atacar, habiéndose creado espresamente un escudo para los que hubieran tenido parte en tan bizarra defensa.

Entre los gefes que mas señalaron su bravura en el mes de febrero merecen particular mencion el ya citado teniente coronel don Ignacio del Corral, i el de igual clase don José Fernandez de Córdoba, derrotando al cabecilla Campos en el cerro de los Calabozos, distrito de Temascaltepec, causándole la pérdida de 30 muertos que quedaron en el campo de batalla, la de mas de 100 caballos i mulas, con bastante número de armas, de que se apoderaron, é impidiendo con este oportuno golpe la reunion del citado Campos con la gavilla de Pedro Asensio. El coronel don Francisco de Orrántia adquirió nuevos títulos de recomendacion pacificando tan completamente la provincia de Guanajuato, que los habitantes i aun los indios por sí solos se arrojaban con decidido valor sobre cualquiera cuadrilla que se presentaba en aquella demarcacion, como lo verificaron con la de Rosas i otros insurjentes del rumbo de Santa Cruz, que fueron batidos con bastante pérdida. El teniente coronel don Cárlos Moya defendió con la mayor firmeza el convoi de platas que custodiaba para Acapulco, sosteniendo en 21 del citado mes de febrero una empeñada accion en el parage del Agua del Perro contra 200 insurjentes, capitaneados por los cabecillas Alvarez, Mateo i el Chino, á los que puso en vergonzosa dispersion matándoles 19 hombres, i apoderándose de varias armas i caballos.

El capitan don José María de Armijo, dependiente de la division del coronel Echávarri, sostuvo cuatro dias antes otra accion no menos brillante en la ranchería de Tarétano sobre el rumbo del Sur contra Rafael Ramirez, alias el Izucareño, que habia sido enviado por su gefe Vicente Guerrero á sorprender aquella partida realista, i en busca de víveres para sus campamentos. Habiendo reunido este cabecilla mas de 100 hombres, luego que se le hubo incorporado el cabe-

cilla Mondragon, se rompió el ataque contra los realistas, que escasamente llegaban á 60; pero á pesar de esta desigualdad de fuerzas fueron aquellos bizarramente rechazados con bastante pérdida en muertos i prisioneros, habiéndose hallado entre estos últimos el citado Ramirez que fue fusilado en el acto.

Presentado al indulto en esta época el temible insurjente Encarnacion Ortiz, trató el virei de comprometerlo mas en el servicio por la buena causa, formando á sus órdenes una partida titulada de realistas para perseguir á los demas facciosos que todavia conservaban las armas en la mano. A su consecuencia fueron destruidas por las acertadas disposiciones del benemérito coronel Orrántia i recto desempeño del capitan Galindo, las gavillas de Bocanegra i Murillo que hacian sus correrías por San Miguel el Grande i rumbo de Chamacuero, habiendo sido aprehendido el primero de dichos cabecillas por el esforzado teniente de realistas don Juan de Dios Marquez, i habiéndose acogido el segundo al real indulto. El caudillo Reinoso habia logrado sustraerse con la fuga al adverso destino que cupo á su compañero Murillo en la accion que trabaron con el coronel Orrántia; pero hostigado por las tropas del teniente coronel don Pedro Ruiz de Otaña, entregó en el mes de marzo sus armas i las de varios de sus secuaces.

El teniente coronel don Ramon Dominguez, dependiente de la seccion del corenel Rafols, sostuvo en el mismo mes de marzo una de las acciones mas reñidas que recuerda la historia de este año. Con la fuerza de 60 hombres se dirigió á reconocer el punto del cerro de las Animas, la barranca de Tepehuaxtitlan, las orillas del rio Ixtapan, i otros varios puntos del distrito de Temascaltepec. Al llegar á los conocidos con el nombre de la *Goleta* se halló improvisamente con las gavillas del indomable Pedro Asensio; i aunque la fuerza de este cabecilla era incomparablemente mayor que la del gefe realista no se escusó el ataque, al que se lanzaron los facciosos con el mas ciego furor, haciendo un

fuego vivísimo por el espacio de siete cuartos de hora; i si bien cedieron en esta primera tentativa, trabaron segundo combate á las pocas horas, redoblando su ardor i su decidido empeño. Mas haciendo prodigios de valor las tropas de Dominguez, tuvieron constantemente atada á su carro la fortuna, i obligaron á retirarse con la mayor mengua á los 180 hombres de que se componia la citada faccion de Asensio, dejándose mas de 50 muertos, i porcion considerable de armas i pertrechos.

Fue asimimo digno de particular recomendacion el choque que empeñó en la plaza de Tusantla el teniente coronel don Liborio Borobia con 42 infantes i 19 caballos contra 400 facciosos capitaneados por el citado Asensio, P. Izquierdo, José Figueroa, Vicente Ponce, Telesforo de los Rios, Serrano, Juan María Estrada, Agüero i otros. Los desesperados esfuerzos que hicieron estos rebeldes para apoderarse de dicha plaza, se estrellaron en los firmes pechos de aquel puñado de valientes, en cuyo obsequio i para perpetuar la memoria de su bizarria fue creado un escudo de honor.

No se recuerdan mas que dos acciones dadas en el mes de abril á los rebeldes; pero ambas de la mayor importancia por los rasgos de valentía que desplegaron en ellas los realistas i por el descalabro de los enemigos. Fue sostenida la primera por el sargento mayor don Juan Dominguez, comandante de la 4ª seccion de Nueva Galicia, contra 300 infantes i 400 caballos capitaneados por varios cabecillas i principalmente por Guzman, en cuyas filas causó tan horribles estragos, que no bajó de 60 el número de muertos, i en igual proporcion el de heridos, quedando asimismo en poder de los realistas una porcion considerable de caballos i de armas blancas i de fuego. Aunque todavia se mantuvo la gavilla de Montes de Oca parapetada en un fortin, no fue menor el mérito de la victoria por el espantoso escarmiento que hizo Dominguez en aquellos foragidos.

La otra accion que merece ocupar un lugar de preferencia en la presente historia la dió el coronel Rafols coman-

dante de la division de Temascaltepec á la chusma de Asensio, compuesta de 400 hombres situados en el cerro de la Rueda poco distante de los Palmares, i reforzados sucesivamente con otros 100 al mando del feroz Pablo Ocampo. Era impenetrable el frente que presentaban los rebeldes desde su formidable posicion; mas dirigiéndose los realistas por la derecha á tomar una altura que distaba tiro i medio de fusil de la ocupada por los facciosos, se introdujo en ellos un pánico terror, i entregándose á la mas vergonzosa fuga, se salvó la mayor parte por una barranca, si bien quedaron muchos sepultados en ella por las victoriosas tropas que habian salido en su perseguimiento, no siendo pocos los que perecieron en los varios choques que se travaron antes de la citada dispersion.

Despues de las mencionadas acciones ya no se ven mas que impotentes esfuerzos para arrastrar una precaria i penosa existencia los moribundos facciosos. Una gavilla de 300 de ellos capitaneados por los cabecillas Miguel Avila, su hermano Andres i Bernabé Padilla fue derrotada en el mes de mayo en la hacienda de Santa Efigenia, provincia de Valladolid, por el capitan don Rafael Saez, dependiente de la seccion del teniente coronel don Miguel Francisco Barragan: 12 rebeldes muertos, inclusos un capitan i dos alféreces, un prisionero, i dos soldados realistas rescatados, 13 fusiles i carabinas, varias armas de corte, 29 caballos i mas de 40 indultados fueron el premio del valor desplegado por la citada columna.

Otra reunion de facciosos mandados por Velazquez, Victor Rosales, Dañesta, i Marcelo Michel, sufrió asimismo un fuerte descalabro en la cañada de *Cioga*, provincia de Nueva Galicia, en el mismo mes de mayo por el esforzado empeño del capitan don Mariano de la Madrid, destacado de la columna del comandante don Anastasio Brizuela, habiéndose contado entre los trofeos de aquel combate 22 muertos, muchos heridos, 4 prisioneros, 80 caballos i algunas armas.

Las gavillas de Bedoya i Gamiño en número de 500

hombres, que hacian todavia sus correrias por la provincia de Valladolid en el mes de junio, fueron batidas en las cercanias de Zinapecuaro con pérdida de 23 muertos, entre ellos el coronel Angon i el capitan Rodriguez. Este ilustre triunfo tanto mas recomendable cuanto que fue conseguido con fuerzas mui inferiores, costó sin embargo el sensible precio de la vida del comandante de realistas del citado punto de Zinapecuaro don José Calderon i la de 10 soldados mas que quedaron muertos en la refriega, de la que salieron otros 5 heridos de gravedad i 8 ligeramente.

La gavilla de Villareal fue alcanzada en el mes de junio al retirarse sobre Tierra Caliente, en el puesto de la Legia, distrito de Tomendan, i provincia de Valladolid, por la columna del teniente coronel don José María Vargas; i aunque los facciosos se defendieron con furor i desesperacion, murieron sin embargo 26 de ellos, se les hicieron 6 prisioneros, entre los cuales el mismo cabecilla Villareal i los capitanes Gaona i Palma; fueron rescatados 24 prisioneros realistas; i acabaron de ser destrozados los restantes de aquella partida por el alferez don Mariano Villegas, que los fue persiguiendo por el espacio de legua i media.

Empero la empresa mas brillante de esta época fue la que el teniente coronel don José Antonio de Echávarri llevó á cabo en el dia 30 del mismo mes de junio sobre los rebeldes que ocupaban el cerro del puerto de Coyuca en el rumbo del Sur. El obstinado Guerrero habia adquirido algunas ventajas en sus últimas correrias sobre el cerro de Ajuchitlan, Tlapehuala i Coyuca, con el apoyo de Asensio, Campos i otros cabecillas que llamaban la atencion simultáneamente por Cuaulotitlan i Tlalchapa; i era preciso por lo tanto dar un golpe decisivo á estas gavillas, que puede decirse eran ya las únicas capaces de dar algun cuidado á las tropas del Rei. Encargado de esta operacion el citado Echávarri por el comandante general de Valladolid don Matias Aguirre, la principió con solos 40 dragones que le habian quedado disponibles, i llegó con ellos á Coyuca, en donde supo que dicho

Guerrero habia tomado posicion del inaccesible cerro del Puerto, que por hallarse entre el citado pueblo i Ajuchitlan impedia la comunicacion con el comandante español de este último punto don José María Armijo; i averiguó asimismo que habia colocado dos atrincheramientos en las márgenes del rio que pasa por el pie del cerro, con los que protegia al pueblo de Tanganguato i el costado opuesto, en el que se habian situado igualmente 200 rebeldes al mando de un inglés i de los cabecillas Camilo i Melchor.

Era la posicion de Echávarri la mas crítica i apurada; pero su esforzado espíritu no se abatió en lo mas mínimo, i se debió por lo tanto á su constancia i sufrimiento el triunfo completo que obtuvo sobre aquellas formidables masas. El citado capitan Armijo habia hecho una inútil correria i se hallaba ya de regreso en el mencionado pueblo de Ajuchitlan, dispuesto á operar con 120 hombres en combinacion con Echávarri. El teniente de granaderos don Ignacio Vitra llegó en 22 del mismo mes de junio con otros 150 á reunirse con el mismo Coyuca. Aunque las fuerzas de estas tres columnas eran todavia mui inferiores, resolvió Echávarri sin embargo arrojarse sobre el enemigo, esperando que la fortuna recompensaria pródigamente su confianza.

Se habia fijado la marcha sobre el Puerto para el dia 23; mas fue preciso diferirla hasta el dia siguiente por la noche, en que se llevó á efecto á pesar de los fuertes aguaceros que habian sido causa de aquella detencion. Habiendo llegado en la siguiente mañana al frente de los atrincheramientos, tomó las mas prontas disposiciones para que fueran atacados, mientras que el mismo Echávarri ocupaba las alturas de la derecha á fin de proteger aquel movimiento. Habiéndose retirado los rebeldes precipitadamente al fuerte apenas observaron aquellas maniobras, fue enviado Armijo á defender la única retirada que tenia el enemigo para la Sierra Madre, i dividió lo restante de su tropa en cuatro trozos para estrechar el sitio.

Ya el dia 25 les habia sido cortada el agua, cuya ven-

taja habria bastado por sí sola para abatir el ánimo de los rebeldes, si los aguaceros que continuaron todavía en la misma noche, no les hubieran proporcionado hacer algun acopio de ella. Seguia en el entretanto el gefe realista practicando toda clase de tentativas para vencer con la dulzura i con la oferta de un generoso indulto la indomitez de aquellos foragidos; mas viendo la inutilidad de sus esfuerzos, i deseoso de apoderarse con un pronto i atrevido golpe de aquella posicion, resolvió darle el asalto en la madrugada del 30.

Dispuestas con este fin algunas escalas, i venciendo los mas terribles obstáculos, se aproximaron los realistas al ataque con noble intrepidéz, despreciando los estragos de una furiosa borrasca, que parecia empeñada en contrariar tan heróico empeño. Al hacer uso de las hachas para abrir aquel fragoso camino se alarmaron los facciosos, i rompieron el fuego que fue contestado con ardor por los realistas. Ni éste, ni las gruesas piedras que arrojaban aquellos, ni todos cuantos obstáculos se ofrecian á la vista, debilitaron tan noble resolucion, en cuyo feliz resultado estaba comprometido el honor de aqnellas tropas. Haciendo, pues, prodigios de valor, i trepando de roca en roca con las armas á la espalda llegaron al punto donde debian situarse las escalas, despues de haber sostenido cuatro horas de fuego por escalones.

Empero lo que mas desalentó á los rebeldes fue el impetuoso ataque que les dió el capitan Galeana por la única puerta ó abertura de dicho cerro, por la cual entró pisando cadáveres sacrificados por la bizarría de sus tropas. Ya desde este momento solo trataron los insurgentes de ocultarse en las cavidades de aquellos peñascos, ó de arrojarse por ellos para sustraerse á la formidable espada de los vencedores. De este modo i á espensas de la vida i heridas de 21 realistas, cayó en poder de éstos el citado cerro, habiéndose contado entre sus trofeos la muerte de 37 facciosos, inclusos el cabecilla Mondragon, 2 capitanes i 1 teniente, la toma de 6 prisioneros, 3 cañones, 25 fusiles, porcion de espadas i machetes, i el rescate de 107 individuos de los pueblos in-

mediatos que se hallaban en aquella fortificacion en la clase de rehenes.

El cabecilla Guadalupe Hernandez sufrió en el mes de agosto un fuerte descalabro por el alferez don Tiburcio Gonsalez de la compañia del comandante accidental de Ario en la provincia de Valladolid, don Jose Ignacio de Olavarrieta. Catorce rebeldes muertos, 6 prisioneros, entre ellos el referido cabecilla i su segundo Francisco Lopez, 25 caballos ensillados i varias armas de chispa i corte, fueron el fruto de tan feliz combate.

El último choque de alguna importancia que se recuerda en este año fue el que sostuvo el teniente don Francisco Novoa, dependiente de la division de Nueva Galicia, defendiendo en principios de noviembre el punto de Santa Ana de Amatlan contra las gavillas de Montes de Oca i Guzman que habian reunido una numerosa chusma de 160 hombres. Aunque esta guarnicion se componia de solos 70 soldados, desplegó sin embargo un valor tan firme i desesperado, que viendo los facciosos el poco fruto que iban á sacar de sus esfuerzos se retiraron á los dos dias de haber empeñado un vivo fuego i de haber intimado la rendicion con el mas imponente aparato de ridícula sobervia i vanidad. Quince facciosos muertos, incluso el cabecilla Trinidad Sanchez, segundo de Guerrero, i el capitan Corona, con un número proporcionado de heridos que se llevaron al retirarse, sin mas pérdida por parte de los realistas que la de 10 soldados, fueron los mejores testimonios del buen comportamiento i del feliz resultado de la lealtad i decision de aquellos valientes.

En el mismo mes de noviembre obtuvo el coronel don José Barradas por resultado de su penosa espedicion sobre el Cuyusquihui la presentacion de todos los rebeldes que se conservaban todavía por aquel fragoso territorio, la entrega de 200 fusiles, i la promesa de rendir tambien sus armas los que guarnecian el punto de Palo gordo, como se verificó á los pocos dias, quedando asi sometido del todo aquel pais que habia sido constantemente el abrigo de los malvados.

El celoso virei llegó á concebir las mas lisonjeras i bien fundadas esperanzas de restablecer mui pronto en el reino de Méjico el estado de tranquilidad i opulencia de que disfrutaba antes de aquella bárbara revolucion. Desde principios de este año habian sido recibidos de casi todas las provincias los mas satisfactorios despachos de sus respectivos comandantes, de hallarse totalmente pacificadas las que estaban confiadas á su mando. Sería arriesgado conceder á unos mas elogios que á otros, puesto que todos desempeñaron sus deberes del modo mas recomendable. Se habia conseguido sofocar enteramente la revolucion i confinar los débiles restos de los obstinados Guerrero, Montes de Oca i Asensio, al rumbo del Sur, en cuyas impenetrables madrigueras ocultaban su vergüenza, dispersándose cuando eran perseguidos por una fuerza mayor, i reuniéndose de nuevo para ejercer de tiempo en tiempo sus dilapidaciones i tropelias. Desde que el virei Apodaca habia tomado el mando de Méjico se contaron hasta fines de este año mas de 300 acciones sostenidas por sus valientes tropas, i no bajó de 309 el número de individuos acojidos al real indulto. Parece que no se necesitan mayores pruebas para venir en cononocimiento de sus relevantes servicios, asi como para graduar el acierto de sus operaciones, i el mérito de su fina política hasta dicha época.

Si se esceptuan, pues, algunas barrancas de Tierra caliente, todo el resto del reino disfrutaba de la mas perfecta tranquilidad, si bien se presentó á mediados de este mismo año un enemigo el mas terrible que pudiera ofrecerse á la estabilidad del dominio del Rei. Fue este la constitucion trasmitida desde la península á las playas de Méjico á fines de mayo, i que apenas hubo llegado á Vera Cruz fue proclamada solemnemente por algunos génios díscolos i bulliciosos sin esperar la necesaria orden del virei. Este se vió asimismo precisado á dar ejecucion al decreto de su jura, porque de no obedecer al gobierno aunque ilegítimo establecido entonces en España, podian haber resultado males de mayor trascendencia; mas no se ocultaban á su esquisito juicio i sagáz

prevision las desgracias en que podia envolver á todo aquel reino un sistema tan funesto que ofrecia á los conspiradores todos los medios de sazonar impúnemente sus planes. Veia con dolor que lejos de venir de la madre Patria el consuelo para cicatrizar las llagas de la sofocada rebelion, recibia la fatal Caja de Pándora, la que abierta en tan críticas circunstancias en que se mantenia todavía el reino estremecido con el terrible sacudimiento del encono de los partidos, iba á arrebatarle la gloria adquirida á costa de tantos sacrificios, i á sus valientes tropas el mérito de sus padecimientos i estraordinarios servicicios.

El mal se presentaba con síntomas de la mayor gravedad, i era preciso, ya que no fuera posible cauterizarlo, usar á lo menos de todos los medios de energía i vigor para evitar sus progresos. Redoblando, pues, su vigilancia, consiguió sostener con lustre por todo este año i aun por una parte del siguiente el dominio de aquellos paises en medio de las escenas acaloradas de los partidos, como consiguientes al abuso de la imprenta i á las reuniones populares para las elecciones de diputados á cortes i de miembros de los ayuntamientos i diputaciones.

Brilló por lo tanto mas que nunca en esta ocasion el celo de dicho virei i de las demas autoridades i gefes para contener el desplome de otros males, que tal vez habrian quedado encubiertos sin la funesta adopcion del nuevo sistema, i que desde este momento ya no estuvo en su mano aplicarles un remedio eficaz. Aunque habian triunfado las tropas realistas, habian tenido sin embargo considerables bajas, i no se presentaba la menor apariencia de que pudieran ser reemplazadas con fuerza europea, pues que el gobierno llamado constitucional, demasiado ocupado en calmar la efervescencia de las pasiones, i en sofocar el pronunciamiento de la opinion á favor de los Reales derechos, no se hallaba en estado de hacer nuevas espediciones; ni parece era otra su voluntad con respecto á los establecimientos de Ultramar, sino la de entrar en transacciones, que creia podrian ser de recí-

proca conveniencia, sentada ya la base de la libertad general i de la igualdad absoluta entre americanos i españoles.

Estas mismas voces que los ocultos conspiradores tenian buen cuidado de estender por todo el vireinato de Méjico; la relajacion del freno popular; la brecha que aquel ominoso sistema habia hecho en la disciplina militar habiéndose concedido al soldado una importancia peligrosa, usándole miramientos i consideraciones que eran mas bien signos de debilidad que la efusion de sentimientos liberales; la suspension de licencias á muchos de estos mismos soldados que habian cumplido el tiempo de su alistamiento; el atraso de pagas en algunos cuerpos; la escasez de fondos, como resultado del trastorno general de aquellas provincias desde el año 1810, i del entorpecimiento de todos los ramos productivos; la necesaria subdivision de tropas por compañías, destacamentos i aun piquetes con la idea de tener guarnecido todo el pais, de cuya providencia, si bien resultaba una conocida ventaja en poder sofocar al momento cualquiera partida insurjente que se sublevase aun en los puntos mas ocultos i despoblados, emanaba otro inconveniente que era el desarreglo de los militares, viviendo separados de sus gefes, i la imposibilidad de que estos sostuviesen la disciplina i cuidasen de su instruccion; el abuso que algunos gefes hicieron de la misma fuerza armada para sus especulaciones particulares, descuidando enteramente el servicio: todas estas razones reunidas debilitaban considerablemente los cimientos principales sobre que estaba fundada la conservacion del dominio del Rei.

Los cuerpos armados del pais eran numerosos, i aunque no tenian la instruccion i la actitud guerrera de los europeos no dejaban de dar graves cuidados al gobierno. La administracion de justicia habia recibido con la constitucion las mas terribles trabas, la civil de los pueblos habia sufrido una total alteracion; i se principiaba á notar alguna decadencia en la Real hacienda, cuyo ramo habia principiado ya á caminar á pasos agigantados ácia su antiguo lustre, habiendo tenido el conde del Venadito la dulce satisfaccion de haber visto

aunque por breve tiempo cultivadas de nuevo las tierras abandonadas por un efecto de la horrorosa revolucion, i dedicados los facciosos indultados á sus anteriores tareas de industria, comercio i arriería, en términos que los convoyes de platas para la Real hacienda habian llegado á recorrer centenares de leguas sin escolta, del mismo modo que se practicaba en los tiempos tranquilos.

Los verdaderos realistas i los hombres sensatos atribuian el estado poco próspero que iban presentando los negocios al maléfico influjo de las ideas liberales, i se ocuparon por lo tanto en meditar los medios de cortar el naciente mal. Se dirijió todo su afan á derrocar la malhadada constitucion, que preveían habia de burlar tarde ó temprano la vigilancia, la política, el valor i el heroismo de los fieles. Las primeras reuniones de los que mas detestaban aquel sistema se celebraron en el convento de la Profesa, ó de San Felipe de Neri de la ciudad de Méjico bajo la presidencia del europeo P. Monteagudo, prepósito de dicho convento, i canónigo de aquella catedral, i del americano doctor Tirado, ambos inquisidores i acérrimos enemigos de los liberales. Desconfiando al principio de las mismas autoridades i aun de las tropas, entre las que si bien habia muchos dignos sujetos prontos á sacrificarse por su soberano, no escaseaban los adictos á los principios liberales, no se atrevieron á confiar aquellos ocultos planes, en la duda de hallar oposicion i resistencia aun en las personas que mas hubieran acreditado su buena opinion, recelando de que la delicadeza en unos i la desconfianza en otros paralizase los impulsos de la verdadera fidelidad.

Parece pues que estas fueron las razones de no haber contado al principio con el virei, con el general Liñan i con otros varios gefes civiles i militares que tenian bien probada su adhesion á la soberana autoridad del Monarca español i su aversion al titulado sistema regenerador. Dichas juntas clandestinas de la Profesa se fueron haciendo numerosas gradualmente, habiendo sido admitidos en ellas muchos ilustres individuos del clero secular i regular, algunos hacendados i co-

merciantes, i sucesivamente varios empleados civiles i militares aunque no de la primera gerarquía. Una porcion de taimados americanos, que vestidos con la piel de oveja ocultaban toda la fiereza de sus designios, lograron introducirse en dichas juntas con la mas refinada hipocresía, aparentando un fingido celo por el triunfo del altar i del trono, que estaba bien distante del verdadero objeto de sus planes.

Todos al parecer obraban en el mismo sentido; pero estos últimos tiraban diestramente sus líneas para lograr su apetecida independencia. Como conocian que las primeras autoridades por su mayor prevision é inteligencia habian de atravesar sus fementidos designios si se les daba entrada en aquellas reuniones, procuraron alejarlas de ellas escitando en los individuos, que de buena fe asistian á la Profesa, una fundada desconfianza i los mas injustos recelos acerca de la opinion de aquellas. Esta especie de asociacion antiliberal se fue estendiendo de tal modo, que llegó á ramificarse en la Puebla de los Angeles bajo la direccion de su reverendo obispo, i en otros puntos.

Cuando ya hubieron sazonado su plan, i adquirido el necesario vigor para dar el golpe, trataron de nombrar un fiel i hábil ejecutor de sus deseos: despues de haber pasado en revista todos los gefes militares emprendedores i de prestigio, se fijaron en el coronel don Agustin Iturbide, quien agregaba á su estremada osadía i arrojado valor unas esterioridades de religion i austeridad, capaces de deslumbrar aun á los hombres menos virtuosos. La frecuente práctica del sacramento de la penitencia, su asidua asistencia á los templos de Dios, su diaria costumbre de rezar con su familia el santo rosario, i finalmente otras demostraciones de pura devocion i acendrado catolicismo daban las mas sólidas garantías de su recto desempeño para la citada comision.

Convenidos pues en la eleccion de este gefe, era preciso inventar un medio plausible que lo pusiera en actividad; pero esta empresa se presentaba con todos los caractéres de impracticable. Se necesitaba hacer ver al virei la utilidad é impor-

tancia de crear una comision estraordinaria, i al mismo tiempo la conveniencia de confiarla al citado Iturbide. Lo primero se logró facilmente porque el digno virei abundaba en las mismas ideas, reducidas á enviar una respetable division de tropas contra las únicas gavillas insurgentes de Guerrero que se abrigaban en el rumbo del Sur.

Era incomparablemente mas dificil la segunda parte á causa de hallarse Iturbide en aquella época procesado por varias concusiones, estorsiones i tropelías cometidas en Guanajuato mientras que estuvo á la cabeza de aquella provincia, i probadas por el cura de Silao, don Antonio Lavarrieta, paisano del mismo Iturbide i antiguo amigo de su familia. Se le habia permitido en el entretanto la libre residencia en la capital, i se iba demorando su sentencia por los buenos oficios del regente de la Real audiencia, Bataller, en consideracion á los relevantes servicios que aquel habia prestado á la causa de la Monarquía. A pesar de estos legítimos estorbos supieron los asociados de la Profesa influir indirectamente i del modo mas astuto en el ánimo del virei á fin de que dicho Iturbide fuera nombrado para la mencionada comision (1), quedando sobreseida su causa.

Como la fama adquirida por Iturbide durante las anteriores campañas hubiera resonado por todos los ángulos del vireinato de Méjico; i como estuviese adornado de una gallarda presencia, del porte mas fino i amable, de aventajadas luces naturales, de refinada política, i demas cualidades capaces de aprisionar la voluntad del soldado, de grangearse el

(1) Se creyó generalmente que el virei Apodaca hubiera estado de acuerdo con los miembros de aquellas juntas, i era tanto mas natural dar asenso á tales voces cuanto que dicho virei tenia dadas irrefragables pruebas de su aversion al sistema constitucional desde que fue mandado de capitan general á la isla de Cuba en 1812; pero como el autor de la presente historia ha oido de su misma boca desmentir estos asertos, seria temeridad sostener una opinion rebatida por el vivo testimonio de quien por su elevado rango, probidad i acrisoladas virtudes tiene un derecho indisputable de ser creido por su palabra.

aprecio de los pueblos i aun de desarmar á los rebeldes tal vez sin necesidad de recurrir á las armas, no fue dificil persuadir al virei de que dicho gefe era el mas á propósito para aquella empresa; i en su consecuencia se le habilitó con todos los medios necesarios para llevarla á cabo. Se presentan en esta época tres partidos, i todos tres creen lograr sus respectivos fines por los esfuerzos del citado Iturbide.

El virei trataba de destruir los únicos restos de la insurreccion confinada en las barrancas de Tierra caliente i de consolidar la autoridad real sin venir á un rompimiento con la península, temeroso de que serian mas funestas las consecuencias si negando la obediencia al gobierno aunque ilegítimo, de entonces, se constituia en estado de emancipacion i quedaba reducido á sus propios recursos. Los antiliberales de la Profesa no consultaban sino sus deseos de ver derrocada la constitucion i restablecido en su antiguo estado el esplendor del Altar i del Trono. Los independientes aspiraban á la absoluta separacion de la Metrópoli; pero no tuvieron bastante fuerza para espresar sus ideas en el acto de estenderse el primer plan de operaciones, que fue entregado á Iturbide bajo la sola base de abolir dicho sistema constitucional.

Para acabar de deslumbrar á los fieles realistas, pasó Iturbide á hacer unos ejemplares ejercicios en el dicho convento de la Profesa, durante cuyo tiempo recibió de todos los asociados los mas útiles consejos i enérgicas amonestaciones; mas si bien aparentaba este pérfido confidente un aire esterior edificante i una dócil conformidad con las instrucciones de sus maestros, tenia ya premeditado burlar á unos i á otros, i valerse de tan favorables elementos en su propio provecho. La primera persona á la que confió Iturbide el sigiloso plan de la Profesa fue á una de las señoras principales de Méjico, en la que la naturaleza habia prodigado de tal modo sus favores, que parecia se habia empeñado en formar un modelo de perfecciones. Su talle elegante, su rubicundo color, sus ojos rasgados, la frescura de su tez, sus bien delineadas formas, i el mas interesante conjunto de gracias com-

petian con la amabilidad de su carácter, con la dulzura de su voz, con la sutileza de sus conceptos, sagaz prevision, agudeza de talento, rara penetracion i práctica de mundo. No es estraño, pues, que un ser adornado de tan seductores atractivos hubiera merecido toda la confianza de quien tenia bien acreditada su aficion á quemar incienso ante los profanos altares del amor (1).

Esta nueva *Ninette L'Enclos* trató desde aquel momento de adquirir una celebridad en el templo revolucionario fomentando la ambicion en quien estaba mui inclinado á seguir sus impulsos, i fortificando en él la idea de proclamar la independencia para vincular en sus manos el mando supremo. Quedó, pues, convenido entre ambos que se cometiera al licenciado Zozaya el encargo de reformar el plan de la Profesa en el sentido de la independencia; i como este letrado no supiese pedir prestadas á su dominante pasion por el juego las horas necesarias para este trabajo, se encargó de él el licenciado don Juan José Espinosa de los Monteros, quien formó el que luego fue conocido con el nombre de *Plan de Iguala*.

Los asociados de la Profesa que ignoraban estos pérfidos amaños i artificiosos manejos, trabajaban incautamente por proporcionar á Iturbide para destruir la constitucion los medios que luego sirvieron para asegurar el triunfo de la rebeldia. Habia salido don Antonio Terán de Méjico para Guadalajara á ponerse de acuerdo con los generales Cruz i Negrete á fin de que los planes del héroe americano no sufrieran por este lado el menor tropiezo. Como era necesario investir en dicho Iturbide estraordinarias facultades, se le confirió la comandancia general de las provincias del Sur por enferme-

---

(1) Tenia ya dicha señora mas de 50 años i conservaba tan fresca su belleza que nadie que la haya conocido en aquel tiempo dirá que hai exajeracion en el cuadro que acabamos de trazar: bastará éste por sí solo para no equivocarse en su designacion, aunque por decencia se suprima su nombre.

dad de su propietario Armijo; i le fue asimismo encargada la conduccion á Acapulco de 700$ pesos pertenecientes á los manilos, con el objeto encubierto de que echára mano de ellos para sus primeros movimientos.

Los realistas de la Profesa querian que Iturbide derrotára á Guerrero, i que se proclamára en seguida cabeza del partido antiliberal, formando un centro de union para todos los que profesasen aquellas ideas, i proceder, despues de haber adquirido fuerzas respetables, contra la capital, en el caso que ésta se negase á reconocer la legitimidad de aquella reaccion. Los anti-españoles por el contrario deseaban que su campeon se uniera con Guerrero i con todas las partidas insurjentes para dar el grito de independencia: en esto último convenia aquel ingrato, si bien le parecia conducente á sus fines principiar por la derrota del citado caudillo á fin de cautivar mejor su voluntad, i ejercer sobre él libremente aquel predominio que temia pudiera serle disputado por quien contaba mayores timbres i blasones en la carrera que él iba á abrazar. Empero no habiéndole surtido buen efecto sus maniobras hostiles, i convencido de lo dificil que habia de ser domar aquel esforzado insurjente varió de conducta, i se dirigió á conquistarlo con la dulzura i con la invocacion del nombre de libertad é independencia, entablando con él las relaciones de amistad i union, de las que se tratará en la historia del año 1821 á la que pertenecen.



CAPITULO VIII.

PERÚ 1821.

Preparativos de los realistas para dar una accion general á San Martin. Choques parciales con los cuerpos avanzados. Salida de una parte del ejercito para Chancai á las órdenes del general Canterac. Retirada al campo de Aznapuquio. Disgusto de los gefes. Intimacion firmada por 19 de éstos para que el virei Pezuela abdique el mando en favor del general Laserna. Aquiescencia á esta violenta medida con el fin de evitar la escision en las filas de los leales. Salida del espresado Pezuela para la península. Su carácter i sus virtudes. Dificultades para evacuar la capital. Espedicion del entonces coronel Valdés al valle de Jauja. Brillante accion de Ataura. Union de éste con el brigadier Ricafort i su regreso á Lima. El brigadier Carratalá en el Cerro de Pasco. Llegada del comisionado constitucional Abreu para tratar con los insurjentes. Su carácter é inutilidad de su mision. Salida de Arenales desde Huaura á Jauja con una fuerte division que obliga á Carratalá á retirarse despues de haber prestado los mas recomendables servicios. Conspiracion de Lavin en el Cuzco. Otra en Sicasica. Salida de Canterac para los valles de Jauja. Total evacuacion de la capital. Lamar gobernador de los fuertes del Callao. Campaña del aventurero Miller por la parte del Sur. Bajada de Canterac al socorro de la plaza del Callao. Mérito de sus movimientos. Proyecto de contrata para abastecer aquellos fuertes. Desercion de una parte de las tropas realistas. Rendicion de la citada plaza. Varias

acciones sostenidas con gloria por dicha division de Canterac. Operaciones de los independientes en Lima. Ambicion de San Martin. Fanatismo de Lord Cochrane i serios debates entre ambos. Detalles curiosos relativos á los revolucionarios. Brillantes operaciones de Valdés, nombrado gefe del estado mayor del ejército del Sur. Espedicion de Marcilla i Loriga al cerro de Pasco. Actividad de los realistas situados en los valles de Jauja para hacer sus preparativos guerreros. Salida del virei para el Cuzco.

La agitacion de los ánimos era estrema á principios de este año; de todas partes se levantaban negras nubes que amenazaban una próxima tempestad; el estravio de la opinion iba en aumento, i si bien estaban ya á las puertas de la capital algunos refuerzos del Alto Perú, mas bien debian servir éstos para cubrir las grandes bajas producidas por la desercion, que para dar al ejército de Lima una superioridad marcada, capaz por si sola de aterrar al enemigo sino se desplegaban nuevos medios de vigor i entusiasmo. Era preciso sin embargo arriesgar una accion general, con cuya mira se habia formado un campo respetable en Aznapuquio, distante una legua de la capital. El general insurjente San Martin se habia adelantado hasta Retes, cuya posicion debia favorecer la empresa de los realistas, i se creia por lo tanto improrrogable el momento de empeñarse ambos ejércitos.

Las avanzadas de los insurjentes estendieron su reconocimiento hasta cerca del Tambo (1) de Copacabana i travaron algun tiroteo con la gran guardia que habia salido de dicho Tambo, la que se retiró al campamento por ignorar la calidad i el número de dichas tropas, á las que no pudo descubrir á causa de la espesura de la niebla, dando aviso al mismo tiempo de aquel suceso á los puestos realistas situados en ambas orillas del rio Chillon, para que aumentasen su

(1) Tambo en el Perú es el nombre que se da á los mesones ó posadas.

vigilancia. Alarmado el ejército de Aznapuquîo con aquella noticia, se presentó el coronel Ceballos al general Canterac, para que se le destinára al reconocimiento del campo enemigo; i mereciendo dicho gefe la mayor confianza por su bizarria i decision, se le entregaron 50 caballos, con los que vadeó el citado rio Chillon, i siguió el mismo rumbo por el que se habian presentado los enemigos.

Disipada á este tiempo la densa niebla que ocultaba los objetos, divisó unos 60 caballos que se retiraban á media legua de distancia; i habiendo continuado su marcha hasta la pampa de Ancon, cerca del Tambo, hubo de hacer alto á la vista de los buques fondeados en dicho puerto, i de los nuevos refuerzos que recibieron los rebeldes. Mientras que las tropas del Rei sostenian un corto tiroteo, se dedicó Ceballos á reconocer prolijamente aquellos puntos, i cuando ya se creyó suficientemente informado de cuanto pudiera interesar para las ulteriores operaciones del ejército, se retiró con el mayor órden, estableciendo una gran guardia en las inmediaciones del bosque de Copacabana. Se hallaba ya mui cerca del campamento, cuando encontró al general Canterac, que con una gruesa columna de caballería se dirigia en su ausilio creyéndolo empeñado en algun arriesgado combate.

En vista de los informes que dió el referido Ceballos sobre el número de velas fondeadas en Ancon, se prestó mas asenso á las voces que corrian vagamente de la aproximacion de San Martin á probar la suerte de las armas. Eran varias las opiniones de los gefes españoles con respecto á los designios de aquel caudillo. Si habia reembarcado su ejército, decian algunos, i segun apariencias, queria saltar á tierra en el arenoso desierto de Ancon, debia presumirse que su intento no podia ser otro sino el de situarlo en el mas fértil suelo, defendido por los realistas La suerte de Lima dependia del éxito de esta empresa La posicion de dichos realistas era bastante apurada: si perdian una accion general, serian tal vez irreparables sus efectos á pesar de su heroísmo; si la ganaban, mejoraba verdaderamente el estado de su opinion; pero no des-

truian la causa de sus males, ni era posible destruirla mientras que dominando los rebeldes el pacífico, tuviesen la facilidad de hacer sus desembarcos en los desguarnecidos puntos de aquellas inmensas costas. Los leales no podian calmar sus temores hasta que no viesen surcar aquellos mares una escuadra española con todo el aparato capaz de imponer á los contrarios.

En tanto que se entregaban á estas melancólicas ideas, se supo el descalabro sufrido el dia 7 de enero por nuestra descubierta, situada cerca del bosque de Copacabana, la que atacada por fuerzas mui superiores, tuvo la pérdida de 8 húsares llamados del Perú, que formaban una parte de ella. Este inesperado ataque confirmó la creencia de la aproximacion del grueso del ejército insurjente; i mientras que el general La Serna i el gefe de Estado mayor Canterac se hallaban conferenciando sobre las medidas que debian tomarse en aquellos críticos momentos, se ofreció el citado coronel Ceballos á presentarse en el mismo puerto de Ancon, burlando la vigilancia de los puestos avanzados, i averiguar con certeza las intenciones del enemigo, si se le entregaba un pliego de correspondencia que le sirviera de pretesto para llevar á efecto aquella comision.

Serian las cuatro de la tarde del mismo dia 7 cuando salió Ceballos del campamento con un trompeta i cuatro húsares escogidos. Despues de haber hecho un pequeño descanso en el Tambo de Copacabana, montó en el caballo que llevaba de refresco, i emprendió de nuevo su marcha con tanta inteligencia i acierto, que no fue visto por el primer puesto enemigo hasta que ya se hallaba á su retaguardia. Tomando entonces la carrera, para no ser alcanzado por otro puesto que se hallaba en un flanco á la falda de la cuesta, llamada tambien de Ancon, se halló en breves instantes sobre los grandes médanos de arena, contiguos al citado puerto; i ordenando entonces al trompeta que hiciese los acostumbrados toques de parlamento, se metió en el campo enemigo por sorpresa.



Se hallaban á aquella sazon soldados i marineros celebrando groseramente el triunfo conseguido en aquella misma mañana, i arrastrando los morriones de los pocos prisioneros que habian hecho. Mandaba aquella fuerza el aventurero frances Roulet, oficial tan distinguido por sus talentos i por la práctica que habia tenido de la guerra al servicio de Napoleon, como por su espíritu revolucionario i por su adhesion á la libertad é independencia. Fue estrema la irritacion de este revolucionario al ver con tan arrojado golpe de parte de Ceballos, revelados los planes que era de su interés mantener ocultos, i dispuso por lo tanto de acuerdo con sus oficiales i capitanes de buques enviar dicho emisario á Chancai para ser presentado á San Martin en la chacra de Retes, en donde tenia entonces su cuartel general; pero Ceballos pudo revocar este fatal decreto sosteniendo con firmeza i arrogancia, que léjos de violar los derechos de la guerra, ó atropellar los puestos avanzados, habia hecho los toques de ordenanza al pasar cerca de ellos, que sin duda estaban descuidados ó dormidos, de cuya poca vigilancia no podia ser responsable quien no habia faltado á lo que prescriben las leyes militares.

Despues de esta acalorada cuestion, que se resolvió á favor del citado Ceballos, regresó éste al referido campamento de Aznapuquio con noticias exactas é individuales de la fuerza insurjente, que no bajaba de 120 caballos, asi como de su marina que se componia de dos bergantines de guerra i ocho trasportes sin gente alguna de desembarco. Como Ceballos en su retirada hubiera manifestado al oficial que lo escoltaba los deseos que tenia nuestra soberbia caballería, mandada por el bizarro general Canterac, de travar un ordenado combate con la contraria, dando por seguro el triunfo de aquella arma invencible, recibió al dia siguiente un pliego de desafio parcial del capitan Roulet, con solos 70 hombres por cada parte. Era esta poca gloria sin embargo para unas tropas que cifraban todas las esperanzas de mejorar de posicion en una operacion en grande, i se desechó por lo tanto aquella insulsa

bravata que no podia producir mas resultado que el de entorpecer las activas operaciones, de que era preciso ocuparse en aquel momento.

Aunque estos acontecimientos no se presentan á primera vista como de la mayor importancia, lo fueron sin embargo si se considera que con este importante servicio quedaron descubiertos los ardides de San Martin, reducidos á aparentar en Ancón fuerzas imponentes mientras que él se disponia á operar cón el grueso de su ejército sobre la derecha de los realistas. Se trató al mismo tiempo de sorprender al citado puerto de Ancón, de cuya empresa quiso encargarse el general Canterac poniéndose en marcha en la noche del 10 con una columna de caballería, cuya vanguardia era mandada por el fiel i decidido americano realista marques de Valle-umbroso; pero habiendo el tránsito de un gran cerro de arena retardado la marcha mas tiempo que el calculado para la sorpresa, quedó esta frustrada por el anticipado aviso que tuvo el enemigo, quien retirado á sus buques i abrigado por los fuegos de la artillería, dejó sin objeto la citada operacion.

Pensó entonces el virei seriamente en dar una accion general, que conocia era ya indispensable en el estado en que se hallaban los negocios: mandó con este objeto se aprestasen las bestias necesarias para mover la gruesa artillería i todo el material del ejército; se dispuso que el general Canterac se avanzase con la caballería i con algunos batallones sobre Chancai, en donde deberia reunírsele el resto del ejército con el general La Serna; pero se malogró tan acertado movimiento á causa de los alarmantes avisos que recibió el virei del plan que tenia acordado San Martin para caer sobre la capital luego que se hubiera ausentado el ejército.

Estas maniobras, si bien ventajosas en su su totalidad, privaron á los realistas de la ocasion de dar la apetecida batalla general al enemigo, ya que no era tan fácil irle á buscar á los puntos de Huacho i Huaura, á los que habia hecho su retirada luego que supo la entrada de Canterac en Chancai. Crecian en el entretanto los apuros de la capital i

el descontento de los que habian visto perdidos los mas preciosos momentos para dar algun vigor al abatido espíritu público. Subió de punto la animosidad de algunos gefes contra el virei Pezuela por la terquedad con que suponian estaba resuelto á sacrificarlo todo por no perder la capital del reino. Ya esta especie de lucha habia principiado desde fines del año anterior, i no atreviéndose á proceder todavía violentamente contra su autoridad habian tratado de atraerlo á sus planes por medios indirectos.

Suponian que la formacion de una junta, con el título de *Directiva de la guerra*, habia de dar mayor actividad á las operaciones militares, i lograron su pronta aquiescencia, hasta que observando que su autoridad sufria un notable desaire sujetando el giro de los negocios á la deliberacion de aquel cuerpo, i dándole una parte mas importante que la consultiva, privó á los vocales de las estensas facultades de que deseaban estar revestidos, i repuso dicha junta en el mismo estado que prescribe la ordenanza.

Otra de las razones á que atribuian muchos la falta de resolucion de dicho virei para evacuar la capital i dirigir todas sus fuerzas contra el enemigo, si bien la posicion que este habia tomado en Huaura no se presentaba ya tan ventajosa como la que ocupaba anteriormente en Retes, era la numerosa familia de que se veia rodeado, i los graves cuidados que debian ofrecerse á su imaginacion si se decidia á cruzar los Andes con ella, á conservarla en incómodos acampamentos, i á sufrir las privaciones consiguientes á aquel trabajoso género de vida.

Para salvar este inconveniente, se le propuso con todo el respeto que era debido á su alto rango i por medio de personas que merecian toda su confianza la conveniencia i aun necesidad de enviar á España dicha familia, para quedar mas desembarazado en el manejo de los negocios durante aquella época calamitosa. El benemérito Pezuela, á cuya grande alma no repugnaban los mas dolorosos sacrificios, si conducian al principal objeto de sus ansias, que era la con-

servacion de la autoridad real en aquellos dominios, accedió gustoso á esta dura proposicion; i se habian principiado ya á hacer los preparativos de dicho viage, i aun se habian comprado maderas para formar cómo las habitaciones en el buque que se habia escogido al intento cuando se recibió la correspondencia de la península, i la particular de su apoderado en Cádiz. Contestando éste á los avisos que dicho virei le habia dado sobre aquel proyecto, que no se habia ocultado á su sagaz prevision mucho antes que le fuera sugerido por personas estrañas, marcaba abiertamente su desaprobacion, fundada en los malos efectos que habia de producir la llegada de su familia á la península, la que sería considerada como una señal indudable de la desesperada situacion de los negocios en el Perú, escitaria una intempestiva alarma en el público i una fatal desconfianza en el gobierno, cuyos resultados habian de ser el verse privado de los ausilios que tal vez se estaban disponiendo en aquel momento, segun tenia pedidos por varios conductos, en repetidas instancias i con urgente encarecimiento.

Al ver esta inesperada variacion creció el descontento de algunos gefes que creian de buena fé, que quedando solo el virei habia de ser el primer soldado del ejército, el primero en los peligros, en las fatigas, en los padecimientos i privaciones, repitiendo los magnificos ejemplos que habia dado en el alto Perú de celo, firmeza, sobriedad i templanza. La exasperacion de los mas celosos i exaltados por sostener el honor de las armas españolas llegó á su colmo cuando las tropas avanzadas sobre Chancai, al mando de Canterac, tuvieron órden de retroceder en vez de ser reforzadas por el resto del ejército, segun habia sido mandado anteriormente.

Figurándose dichos gefes que si no se desplegaba un grado estraordinario de energía iba á perderse el ejército, que contaba todavia con brazos esforzados para no recibir la lei de un enemigo jactancioso, concibiéron el plan de deponer á dicho virei Pezuela, persuadidos, segun manifestaron, de que solo con esta providencia podian salvarse de la

inevitable ruina que les amenazaba, i de rescatar al mismo virei del precipicio que habia abierto el pretendido empeño de no moverse de la capital por temor de que el enemigo se apoderase de ella durante su ausencia.

Llega Canterac al campamento de Aznapuquio: una gran parte de los gefes i oficiales que habian quedado en él abundaban en las mismas ideas que se habian generalizado en la division de vanguardia; se agita la cuestion, suscriben todos los presentes al atrevido proyecto: se comprometen á sostenerlo bajo su responsabilidad; se estiende la minuta de la intimacion, se discute i se firma en nombre de todos los gefes del ejército; i se le dirige al secretario de la junta de guerra, que lo era entonces el coronel don Juan Loriga. Presenta éste dicha intimacion al pundonoroso Pezuela; se irrita al leerla, se detiene sin embargo pausadamente á considerar las causas alegadas por los referidos gefes para obligarle á entregar el mando al general Laserna, designado por su sucesor segun el pliego de providencia (1); no pierde su serenidad i firmeza en un momento tan crítico, en que no solo vé el decretado despojo de su autoridad, sino el zaherimiento menos disimulado é indecoroso de su conducta i operaciones; pide la opinion de los generales que componian la espresada junta de guerra i todos enmudecen; envia órden á Laserna para que monte á caballo i salga inmediatamente para el campo de Aznapuquio á sofocar aquel movimiento; se escusa éste, apoyado en la designacion que se habia hecho de su persona para suceder en el mando del vireinato, temeroso de que malográndose el objeto de su mision, como era de esperarse de los gefes de un ejército que tan abiertamente habian manifestado su empeño en llevar adelante aquella medida, pudiera ser atribuido á flojedad ó connivencia de

---

(1) Pliego de providencia ó de mortaja es el que se espedia cerrado, designando el sucesor de los vireyes ó capitanes generales en caso de fallecimiento ó de otra causa que impidiese el ejercicio de sus funciones.

su parte lo que se presentaba como efecto irresistible de las circunstancias.

Lo inminente del peligro no abatió de modo alguno el ánimo sereno del general Pezuela; se agolpaban á su imaginacion los medios de que aun podia valerse para hacer respetar su ultrajada autoridad. Presentarse en el mismo ejército, en el que no era posible que se hubiera perdido en tan breves instantes el prestigio de su nombre, habria sido el medio mas ejecutivo para desbaratar los planes de sus contrarios: asegurarse la devocion de las pocas tropas que se hallaban en la capital i aun del mismo vecindario con vigorosas proclamas, en las que apelando á su apoyo contra la indicada tropelía podia esperar comprometerlas á su favor i sostener su autoridad en medio de tan terrible violencia; hé aqui el segundo espediente que parecia de mas facil i segura ejecucion.

Estos eran verdaderos recursos de fuerza i poder, de los que se habria valido quien no hubiera antepuesto los intereses públicos á los privados; mas previendo Pezuela que su insistencia en conservar el mando habia de producir una anarquía militar ó que introduciría á lo menos el mayor desorden i desunion entre las filas de las valientes tropas, i que rota esta armonía habia de ser seguro el triunfo de los enemigos, principió por vencerse á sí mismo para que aquellos no vencieran.

Prevaleciendo estas nobles ideas á toda otra consideracion privada i aun á los vivos estímulos de algunos de sus adictos partidarios que le provocaban á tomar una hostil iniciativa, cedió al peligroso torrente de aquella conmocion; i para que la accion del gobierno no se debilitase de modo alguno, presentó al público la cesacion de su mando como fruto espontáneo de su voluntad, apoyada en la estenuacion de su salud i en la necesidad de descansar de los duras fatigas que habian marcado todas las épocas de su larga carrera, venciendo con su generosa conducta la repugnancia que el citado Laserna habia mostrado desde el principio de encargarse



del vireinato, llevado de sus vehementes deseos de regresar á la península.

Luego que el general Pezuela hubo resignado el mando, se retiró á la casa de campo llamada *la Magdalena*, distante una legua de la capital, en donde aguardó una ocasion oportuna para dar la vela para España, como lo verificaron en 8 de abril su esposa i familia con todo el equipaje en la fragata de guerra inglesa la *Andromaca*, i en 29 de junio el mismo general, á bordo de la goleta anglo-americana la *Washington*. Aun en la salida del Perú tuvo Pezuela nuevos motivos de ejercitar su paciencia i sufrimiento: vió con el mayor dolor separarse su tierna familia sin haberle permitido el capitan inglés la entrada en aquel buque por no infringir las leyes de la neutralidad pactadas con los insurjentes; i aun para alcanzar la goleta que se hallaba á cinco leguas de distancia hubo de embarcarse á la ligera en una mala lancha de indios con la que cruzó por el medio de la escuadra enemiga que bloqueaba entonces al Callao, sin mas compañía que la del coronel Ceballos, el marques de Casares i el alferez de navío Llerena, ni mas vestidos que los simplemente puestos. De este modo llegó al Janeiro en donde se embarcó en un paquebot inglés para Falmouth en Inglaterra, desde cuyo puerto pasó á España por la via de Portugal.

Asi terminó su carrera en el Perú el vencedor de Vilcapugio, Ayohuma i Viluma, cuyas primeras campañas en el Perú han dado una justa celebridad á su nombre, i cuyos importantes servicios le han asegurado un grado distinguido de consideracion. No es nuestro ánimo hacer un ciego panegírico de este general, si bien es tan digno de él por sus virtudes como por los repetidos rasgos de firmeza, inteligencia i acierto que tiene consignados en su noble profesion. Sería pues tanta injusticia negarle los elogios que merece por este lado como temeraria prevencion el creer que no hubiera sido capaz de cometer defecto alguno durante su larga administracion; pero los que se ofrecen aun al mas severo observador no nacieron de falta de celo sino de inocente equivocacion, demasiado es-

cusable en hombres públicos sobre cuyos hombros pesa un cúmulo de negocios i compromisos, superiores á veces á las fuerzas aun de los mas decididos, mas previsivos, mas laboriosos i mas rectos. De esta clase pretenden que fueron las de haber emprendido la espedicion contra Chile en 1818 sin aguardar el arribo de otra de 2000 hombres que habia salido de Cádiz con alguna antelacion; la evacuacion i desmantelamiento del puerto de Talcahuano, á cuya consecuencia se perdieron la fragata María Isabel i la espedicion española que acaba de indicarse, i tomó la marina chilena una irresistible preponderancia en el pacifico; la lentitud en enviar fuerzas respetables contra San Martin cuando hizo su primer desembarco en Pisco en 1820, é igual tardanza en atacar al referido caudillo cuando se situó en Retes.

Despues de haber pasado en revista á este ilustre personaje, daremos una ojeada aunque rápida de los gefes del ejército que promovieron su separacion. Si fue á toda prueba el celo de aquel, su decision, fidelidad i entereza por sostener los reales derechos, no lo fue menos el de los que forman el objeto de esta descripcion: estos guerreros ocuparan así mismo un lugar distinguido en los anales del Perú por sus padecimientos, por sus sacrificios, por los rasgos de su valor, i por los dias de gloria que dieron á la Monarquía española. Fueron los últimos en tremolar el pendon de Castilla en el continente peruano á pesar de haberse hallado rodeados de enemigos por todas partes, i privados absolutamente de ausilios del gobierno español, quien no pudo suministrárselos á causa de la agitacion i desorden en que estaban sus dominios europeos, por efecto del ominoso sistema constitucional, que regía entonces, de cuyos devastadores efectos se resintió por mucho tiempo la afligida España, aun despues de la gloriosa restauracion de nuestro amado Monarca.

Repetidas veces hemos combatido este odioso principio de insubordinacion militar, que tantos estragos ha hecho en nuestro siglo: no podemos ser por lo tanto apologistas de la deposicion del citado virei Pezuela. Si se pudiera fijar el

caso estremado de ser imposible sostener mas tiempo aquellos dominios sin variar la primera autoridad, quedaria disculpada esta accion que se presenta con todos los caractéres de ilegal i reprensible.

Es innegable que el Perú se hallaba mui apurado cuando ocurrió la mencionada deposicion; es tambien cierto que evacuada la capital por el nuevo virei i refugiados los realistas á las provincias internas de la Sierra reorganizaron rápidamente sus ejércitos i sostuvieron con brillo la autoridad Real por espacio de cuatro años. No es fácil por lo tanto ni nos atreveremos á fijar una libre i decisiva opinion en esta parte (1). El general Pezuela goza de toda la consideracion que es debida á sus virtudes é ilustre carrera; los generales que tuvieron parte en aquel suceso han recibido asimismo irrefragables pruebas de gratitud i aprecio; no es estraño, pues, que prestemos el debido respeto á unos i á otros, absteniéndonos de calificar la parte de mérito ó demérito que se halle en tan desagradable ocurrencia.

Es cierto que imperiosas circunstancias, la dura lei de la necesidad, los momentos críticos de evitar una próxima ruina justifican á veces la adopcion de medidas estraordinarias, asi como conviene cortar una parte del cuerpo humano para salvar el todo; pero siempre es de lamentar que se ofrezcan casos de esta naturaleza, porque remedios violentos, aunque sanen por de pronto, suelen dejar fatales consecuencias, que tarde ó temprano destruyen el beneficio que hicieron al principio. Quisiéramos por lo tanto borrar de nuestra obra tan

(1) Sentimos sin embargo que unos ejemplos de trascendencia tan funesta hayan barrenado el brillante concepto de una porcion de guerreros españoles que han asombrado la América con el peso de sus armas en los diferentes puntos de sus respectivos gobiernos. La mayor parte de estas irregularidades han sido reconocidas i aprobadas por S. M. (en cuyo caso se halla la presente) bien sea por lo imperioso de las circunstancias locales i del momento, ó bien por haber reconocido motivos poderosos que las justificasen. Esta es una cuestion que ya llevamos dicho no nos atreveremos nunca á resolver.

funestos sucesos que forman la parte mas espinosa de todo juicioso historiador que desea desempeñar dignamente su tarea sin hacer duras acriminaciones, las que siendo infundadas deben producir su descrédito i la animadversion pública, i aun siendo ciertas le hacen delinquir contra el decoro que se debe á las personas constituidas en alta gerarquía, i que gozan del aprecio general. Terminada esta larga digresion, en la que ha sido preciso internarse para no lastimar la brillante reputacion militar de que disfrutan los ilustres individuos que son el objeto de esta indeterminada controversia, volveremos á recorrer los sucesos históricos del Perú bajo el nuevo virei el general Laserna.

Uno de los primeros cuidados de este general despues de haber tomado las riendas del gobierno fue el de enviar á la península comisionados que diesen cuenta de aquellos sucesos : uno de ellos fue el marques de Valle-umbroso, ese benemérito americano que tantos servicios habia prestado á la causa del Rei con sus fondos i con su espada. Habia desempeñado dicho marques con aceptacion general los varios cargos que se le habian confiado en todas épocas, habiéndose distinguido en particular en el segundo ataque que dió lord Cochrane á la plaza del Callao en setiembre de 1819, i por último habiendo mandado con lustre á fines del año siguiente i principios del 21 las tropas avanzadas contra las espedicionarias de San Martin. Se creyó, pues, que un sugeto tan decidido por la conservacion de la autoridad real en aquellos dominios, en quien brillaban todavía mas los rasgos de su fidelidad que los timbres de su cuna, habia de ser el mas á propósito para llevar á cabo esta importante comision, reducida esencialmente á pedir refuerzos navales i terrestres á la madre patria, á informar del verdadero estado de los negocios del Perú, á pedir un nuevo gefe que reemplazase á Laserna, quien estaba empeñado en demitir el mando, i á dar aclaraciones sobre los motivos en que habian apoyado la deposicion del virei Pezuela.

Embarcados los comisionados en 29 de marzo á bordo del

bergantin de guerra llamado *Maipu*, se dirijieron á Rio Janeiro para proveerse de víveres de los que empezaban á escasear; i cuando ya se hallaban á la vista de dicho puerto fueron apresados por la corbeta corsaria de Buenos-Aires la *Heroina*. Despues de haber sido despojados dichos comisionados de todo su dinero i efectos obtuvieron finalmente la libertad, i con algunos ausilios recibídos en la referida ciudad de Rio Janeiro se hicieron á la vela para la península á dar cuenta verbal de su comision, pues que la oficial habia sido arrojada al agua.

No dejó de ser apreciado este importante servicio, en particular el del espresado marques, quien por el afan de desempeñarlo dignamente abandonó á su esposa, ocho hijos, todos sus intereses, sus mas caras relaciones i las comodidades que eran propias de su rango i riquezas.

Se dedicaron en el entretanto los nuevos gobernantes del Perú con el mas ardiente entusiasmo á consolidar el dominio del Rei sin perdonar género alguno de sacrificios, esperando lavar con nuevos é ilustres hechos la mancha de haber atentado contra la legítima autoridad. Era, pues, su empeño acreditar que el Perú se habria perdido sino se hubiera adoptado aquella medida, i que su salvacion se habia debido esclusivamente á sus esfuerzos.

Empero como todo el empeño de los nuevos gobernantes habia sido la evacuacion de la capital, sin cuya atrevida providencia opinaban que no era posible salvar el reino del Perú de su amenazada ruina, no dejó de parecer estraño que tardasen ellos á adoptarla mas de cinco meses. Es verdad que ocurrieron nuevos incidentes no calculados ni previstos anteriormente, que parece contribuyeron á entorpecer el nuevo plan de campaña que se habian propuesto. Como se hubiera pasado todo el mes de febrero en formar los arreglos de la nueva administracion i en tomar las necesarias medidas para que su retirada á la Sierra causara la menor ruina posible en los intereses de los muchos realistas habitantes de Lima comprometidos por la buena causa, entró el mes de marzo sin que

obstáculos en sus marchas á causa de las numerosas guerrillas que se habian formado con la seduccion, i con los fusiles que á manos llenas habia suministrado San Martin á aquellos habitantes.

Seguia revolucionada la provincia de Trujillo, de cuyos efectos habia participado asimismo la de Mainas, mandada militarmente á esta sazon por el teniente coronel don Manuel Fernandez i Alvarez; porque si bien éste, del mismo modo que su R. obispo don Fr. Hipólito Antonio Sanchez Rangel se habian rehusado á jurar la independencia, el intendente de Trujillo Torre Tagle les habia negado el situado, sin el cual aquella provincia no podia subsistir, i la amenazaba asimismo con la fuerza de las armas, por cuyas razones i para evitar todo desacato contra el sagrado carácter episcopal habia debido fugarse aquel benemérito prelado para el centro de su diócesis, á donde se habia retirado tambien á fines de diciembre del año 1820 el mismo gobernador.

Habia quedado regentando aquel obispado el presbítero don José María Padilla i Aguila, secretario de aquella diócesis; pero habia tenido que abandonar igualmente su destino por que viendo el enemigo lo infructoso de sus esfuerzos para atraer este eclesiástico á su partido con halagos i amenazas, puso en movimiento sus tropas á las que hubieron de ceder el campo las realistas. Se celebró á su consecuencia en la Laguna en 23 de febrero una junta compuesta del mismo Illmo. obispo, del citado secretario, del gobernador Fernandez, del coronel don Cárlos Tolrá que se habia refugiado en Mainas con algunos de los soldados de Numancia fugados de Trujillo, á cuya junta asistieron asimismo los principales empleados civiles; pero algunas desavenencias entre los referidos Tolrá i Fernandez frustraron las ventajas que la causa pública pudiera haber derivado de su celo. Se habia determinado que las pocas tropas que tenian á sus órdenes volvieran á Moyobamba, que era la capital de aquella provincia; mas no llegó á verificarse tan acertada disposicion, i en su vez se espidieron pasaportes para España al R. obispo,

mandante don Dionisio Marcilla que salió herido de aquella refriega.

Fue increible el valor desplegado por gefes i oficiales en esta ocasion: entre estos últimos se distinguió don Tomas Liniers, quien sin embargo de no tener mas que 18 años de edad hizo ver la noble sangre que corria por sus venas, i dió muestras de querer rivalizar en gloria militar con su digno padre, el héroe de Buenos-Aires, i el vencedor de Beresford i de Whitelocke. Los soldados se cebaron de tal modo en la sangre de las hordas desleales, acordándose de la mofa é insultos que les habian hecho en los dias anteriores, que se vió precisado el generoso i noble Valdés á usar de toda su autoridad para calmar su furor, i para contener su irresistible brazo. Despues de una accion tan brillante por sus resultados, continuaron los mencionados gefes Ricafort i Valdés limpiando de enemigos el pais hasta el cerro de Pasco, desde cuyo punto retrocedieron á Lima por orden superior, habiendo tenido el valiente Ricafort i el capitan Garin la desgracia de ser heridos de bala á su tránsito por la villa de Canta.

No dejó de censurarse en este tiempo la llamada de aquellos gefes á la capital, cuando su permanencia en el cerro de Pasco parecia marcada por la mayor conveniencia, á fin de cortar la comunicacion de las tropas insurjentes de Huaura con los enemigos de la Sierra; pero el general Laserna determinó que quedase en dicho cerro el general Carratalá con cuatro compañias del primer batallon del Imperial Alejandro i dos escuadrones incompletos; fuerza que parecia suficiente para sostener aquel punto, por que no se habia previsto la marcha de una division tan respetable como fue la que dirigió Arenales desde dicho punto de Huaura sobre Jauja.

Al mismo tiempo que Ricafort i Valdés operaban por los citados puntos, habian salido otras columnas en busca de víveres para suplir la escasez de la capital: las que operaron sobre Ica, Yauyos i quebrada de Macas i Santa Rosa á las órdenes del general Canterac, hubieron de superar grandes

se hubiera hecho todavía la menor variacion en los movimientos militares.

La primitiva opinion del general Laserna i de otros varios gefes sobre que se evacuase dicha capital sufrió alguna variacion desde que puesto aquel al frente de los negocios pudo graduar mas de cerca los grandes inconvenientes que se ofrecian para llevarla á efecto con prontitud. Una porcion numerosa de empleados civiles, cuya suerte dependia de la conservacion de aquel punto importante; otra no menos considerable de negociantes i propietarios que iban á quedar reducidos á la miseria, la falta que habia de hacer la pérdida de aquel centro de los recursos; la urgente necesidad de buscar víveres para abastecer los fuertes del Callao, i finalmente el penetrante clamor de tantos comprometidos por la buena causa, no llamando menos la atencion del gobierno los muchos soldados enfermos i heridos que habia en los hospitales; todas estas consideraciones reunidas hicieron que el general Laserna retardase dicha salida hasta el último apuro.

Envió en el entretanto sobre el valle de Jauja al entonces coronel don *Gerónimo* Valdés con un batallon, parte de otro i dos escuadrones, para que reunido con el brigadier Ricafort, que se hallaba situado en la banda occidental del valle destruyese á los indios sublevados i restableciese la calma en el pais. Como las aguas estuviesen á aquella sazon en su mayor altura, i los indios hubiesen cortado los puentes del rio grande, tuvieron que superar aquellos gefes los mayores obstáculos para vadearlo; pero logrado ya este primer objeto se dirigió el citado Valdés sobre Jauja con la caballería, i se halló en Ataura con una fuerte reunion de sublevados que no bajaban de 4Ꝏ, á los que batió completamente desalojándolos de sus posiciones, i causándoles un horroroso estrago de mas de 400 muertos i 300 prisioneros, no habiendo sido menor su pérdida en fusiles, lanzas i en la única pieza de artillería que tenian sin mas quebranto por parte de los realistas que el de algunos soldados muertos i el del co-

al presbítero Padilla, i á otros respetables sugetos, quienes emprendieron su viage para Tabatinga, frontera del Brasil sobre el rio Marañon, en donde determinaron esperar el resultado final de los sucesos de dicha provincia.

Los rebeldes chachapoyanos cargaron sobre Moyobamba con una espedicion, en la que iba el teniente don José Martos, cuyo fiel i valiente oficial se declaró contra los rebeldes apenas entró en Mainas, los derrotó é hizo prisioneros, i fusiló al comandante á peticion del pueblo amotinado, quedando en poder de los realistas las armas i municiones de los espedicionarios. Sabedor Fernandez de estos sucesos que habian ocurrido en los dias 10 i 11 de abril regresó á Moyobamba, reasumió el mando, puso en libertad á los prisioneros é intimó la rendicion á los habitantes de Chachapoyas, contra los que aprestó una espedicion que fue completamente rechazada, perdiendo todo el armamento i pertrechos que el denodado Martos habia ganado.

Los viageros detenidos en Tabatinga se pusieron en marcha para Mainas asi que supieron las primeras victorias conseguidas por los realistas; pero llegaron desgraciadamente en el momento en que acababan éstos de ser derrotados por los chachapoyanos. Se trató de levantar nuevos planes en favor de la buena causa; hubo algunas reacciones parciales; pero quedaron finalmente dueños los facciosos de aquellos vastos paises, sobre los que se trataba en 1825 de hacer una espedicion político-religiosa desde Europa, internándose por el rio Marañon bajo el influjo del celoso Padilla, tan conocedor de aquel terreno como amado por sus habitantes, cuando se supo la pérdida de la batalla de Ayacucho.

Otra de las razones que influyeron en la permanencia del gobierno realista en Lima fue la llegada de don Manuel Abreu, comisionado por el gobierno constitucional de España para entablar un acomodamiento pacífico con los insurjentes. Como dicho Abreu se hubiera embarcado en Panamá para Paita, i hubiera continuado desde este punto su viage por tierra hasta Lima, tuvo ocasion de tratar en su

tránsito con el generalísimo San Martin, quien habiendo conocido desde el principio la facilidad de dominar sobre el ánimo de dicho comisionado, empleó con él aquel falso cariño i fingidas demostraciones de virtud i desprendimiento que con tanta destreza han sabido manejar los independientes; i para comprometerlo mas en sus miras le asignó una guardia de honor mientras que permaneció en aquel punto. Falto Abreu de práctica para conocer los ardides enemigos, se presentó en Lima haciendo desmedidos elogios del citado San Martin, atribuyendo mas bien á terquedad ó torpe manejo de los realistas la falta de armonía que existia entre americanos i europeos.

Se calificó mui pronto de mal agüero la mediacion del comisionado constitucional; i aunque el general Laserna i las demas autoridades se convencieron de que no era aquel el hombre que se requeria para el desempeño de tan delicado encargo, no dejaron de reconocer su mision á fin de evitar los graves cargos que un dia podian hacerse contra los que hubieran atravesado los planes del gobierno entonces vigente en la península, que era el único responsable por haber confiado esta importante comision á un individuo, que carecia de todos los medios morales i aun de los físicos, pues que su presencia inspiraba é inspiró en efecto á los independientes una idea mui pobre del negociador i del gobierno que le habia nombrado.

Apesar, pues, de la desconfianza que se tenia del agente español se formó una junta con el título de pacificadora, presidida por el virei, i se propuso á San Martin un convenio amistoso nombrando por socios de Abreu, al subinspector de artillería, don Manuel de Llano i Nájera i al alcalde de segundo voto don Mariano Galdiano i Mendoza. Aceptó San Martin la proposicion, i envió sus comisionados á Punchauca, cinco leguas distante de la capital, á cuyo punto concurrieron los designados por Laserna para dar cumplimiento á las prevenciones del gobierno.

El resultado de mas de veinte dias de conferencias fue

la estipulacion de un armisticio ó suspension de armas por otros veinte, que luego se prolongó por doce mas, si bien los enemigos fueron poco fieles en su cumplimiento, pues que antes de espirar aquel término salió una de sus divisiones compuesta de 2500 hombres desde Huaura á Jauja, segun se dirá mas adelante.

A fines del mes anterior de marzo estalló en el Cuzco una horrible conspiracion con síntomas los mas alarmantes. El coronel Lavin, que habia sido remitido en el año anterior desde Arequipa á este punto para ser juzgado de sus proyectos subversivos descubiertos en el mes de octubre en aquella ciudad, logró ponerse en comunicacion con el caudillo San Martin i con otros partidarios de la independencia. Con su elocuente persuasion i destreza para seducir el ánimo del soldado, introdujo con efecto su venenoso influjo en una parte de la guarnicion; pero el teniente Vidal, tan honrado i fiel á las reales banderas como fue desgraciado i perseguido posteriormente por los independientes con violacion de los mas solemnes pactos estipulados en la capitulacion de Ayacucho, descubrió aquellos devastadores proyectos á las autoridades superiores.

Estas sin embargo necesitaban de pruebas positivas para proceder de un modo ejemplar contra los autores i cómplices de aquel atentado, i determinaron por lo tanto no tomar providencia alguna ostensible para frustrarla, i sí las necesarias medidas de precaucion para cortar sus progresos. Bien instruido Vidal de los deseos de sus legítimos gefes, se prestó fingidamente á cuanto quisieron exigir de él los conjurados; i habiéndose designado la noche del 21 al 22 de marzo para dar el golpe, el referido Vidal, que mandaba en aquel dia la guardia de prevencion, apesar de hallarse acechado por los sediciosos supo hallar los medios de comunicar tan importante aviso al segundo en el mando don Antonio María Alvarez, entonces brigadier, i en la actualidad mariscal de campo de los reales ejércitos.

Tomadas por el citado general Alvarez las oportunas dis-

posiciones en lo interior del cuartel de las tropas que estaban bajo su mando inmediato, dió los avisos convenientes al presidente Tristán para que estuviese prevenido á sostenerlo en caso de que sus esfuerzos no fueran suficientes para destruir los criminales intentos de los revoltosos. A la una de aquella noche fueron abiertos los calabozos de acuerdo con el mencionado Vidal, se dió soltura á todos los presos i á cuantos militares se hallaban en el cepo ó en clase de arresto; el capitan Villalonga se puso á la cabeza de los 40 hombres de que se componia la guardia de prevencion; el capitan Zamora salió en busca del coronel Lavin, que gozaba entonces de una absoluta libertad dentro de las murallas de la ciudad; i como ya estuviera éste prevenido de aquella maniobra, no fue difícil hallarle á los primeros pasos.

Incorporado con los facciosos les arengó con energía i entusiasmo, les hizo pomposas ofertas, i mandando cargar las armas se disponia á adelantarse ácia las primeras tropas del cuartel, esperando reunirlas á su partido con la dulzura i persuasion, cuando receloso Alvarez de que los conjurados tomasen demasiada preponderancia, avisó al presidente Tristán, que se hallaba ya en el cuartel de caballería con el piquete montado de dicho arma i con una corta partida de infantería, la necesidad de obrar contra los rebeldes: asi pues colocado aquel gefe á la cabeza de una compañía, se dirigió á atacar á la bayoneta la referida guardia de prevencion. Aunque los sublevados ocupaban un lado del claustro por donde habian de desfilar los realistas, no pudieron resistir al empuje de estos, i aunque se empeñó un vivo fuego por ambas partes lograron cerrar el porton principal dando treguas por este medio á sus moribundas esperanzas.

Deseoso el benéfico general Alvarez de ahorrar la efusion de sangre tanto de sus tropas como de los infelices que habian oido la voz de la seduccion i de la perfidia, les intimó la rendicion ofreciendo perdonar á todos menos á los autores de aquella rebeldía: sus generosas espresiones fueron interrumpidas con insolente gritería. Conociendo entonces la

necesidad de hacer uso de la fuerza, mandó subir algunos soldados para que hicieran fuego desde una ventana alta, i aunque los tiros eran inciertos por su oblicuidad i por la total oscuridad en que habia quedado el pórtico de la prevencion, uno de ellos sin embargo hirió al coronel Lavin, quien poseido de la mas desesperada rabia i furor no se ocupó de restañar la sangre que corria copiosamente de su herida, por cuyo descuido se halló yerto cadáver á las pocas horas.

Luego que el presidente Tristán oyó las primeras descargas, salió rápidamente con la caballería, i formó al frente de la puerta principal que daba á la plaza, mandando al mismo tiempo que su partida de infantería hiciera un vivo fuego para impedir la comunicacion de los sublevados con los muchos iniciados en dichos planes que se hallaban en la ciudad. Viéndose ya perdidos los rebeldes, solo trataron de salir á la plaza i sustraerse con la fuga á su bien merecido castigo; i al tiempo de abrir la puerta para verificar su fuga, se metió dentro de ella el citado Tristán é hizo rendir las armas al capitan Villalonga i á los demas sublevados.

Asi terminó esta terrible conspiracion, la que si hubiera tenido un feliz desenlace habria estendido su maléfico influjo por todas las provincias internas de la Sierra i aun por las del Sur; i se habria agravado considerablemente la demasiado crítica posicion de los negocios. Asi pereció ese malogrado guerrero que tantos servicios habia prestado á la causa del Rei habiendo principiado su carrera desde las primeras conmociones de Buenos-Aires en que fue enviado por el virei Cisneros á comunicarlas al general Liniers. Un fin tan desastrado cupo á quien olvidándose de sus principio de honor i lealtad, i no teniendo en consideracion los grandes beneficios que habia recibido del gobierno español que le habia elevado hasta la clase de coronel, abandonó la ilustre carrera que por tantos años habia recorrido, se dejó contaminar por el fuego de la sedicion, i selló su perfidia en Arequipa i en este último punto.

Habiéndose procedido á juzgar á los causantes de aquel desorden, fueron sentenciados á ser fusilados por la espalda como traidores el capitan Villalonga, un soldado que le servia de asistente i un cabo de la guardia de prevencion; la tropa de que ésta se componia fue quintada para sufrir un ilimitado servicio en los cuerpos del ejército; el capitan Guillen, que era tenido por uno de los iniciados en el proyecto, fue absuelto sin embargo por falta de pruebas; el capitan Zamora, que era el segundo gefe de los sublevados, se halló espirante cuando estos rindieron sus armas, i murió poco tiempo despues. La pérdida de los realistas consistió en un soldado muerto i 9 heridos; pérdida bien insignificante si se considera el gran servicio que prestaron á la buena causa destruyendo un mal tan terrible que amenazaba la ruina total de una gran parte del vireinato del Perú. Fue por lo tanto altamente recomendable el mérito contraido por los generales Tristán i Alvarez, á cuyo celo, entereza i decision se debió este ilustre triunfo.

Otra conspiracion igualmente séria se habia fraguado ácia este mismo tiempo por el batallon de infantería del Cuzco que se hallaba en Sicasica; pero su coronel el brigadier don Manuel Ramirez evitó con su oportuno descubrimiento los desastres que hubieran sido consiguientes á aquel atentado: arrestados los principales motores i formada la correspondiente sumaria sufrieron su condigno castigo por providencia del general en gefe del Alto Perú don Juan Ramirez.

Otra conspiracion, pero de distinto género, estalló ácia este mismo tiempo entre los prisioneros realistas que se hallaban detenidos en Huarmei, i que se componian en gran parte del regimiento de Victoria que habia sido derrotado en Pasco. Cansados de sufrir tantas vejaciones é insultos por el espacio de cinco meses, sin comer mas que un mal rancho cacada veinte i cuatro horas, compuesto de menestras de pésima calidad i algunas veces de carne podrida, alojados en los sitios mas inmundos, i tratados con tanta tiranía que llegó á fijarse la orden de que por cada hombre que se fugase sería

pasado por las armas uno de los que quedasen, se resolvieron á intentar la fuga á pesar de los graves riesgos que ofrecia esta empresa, cuyo resultado mas probable parecia debia ser el sacrificio de sus dias.

Don Manuel Sanchez, coronel de dicho regimiento de Victoria, fue puesto por unanimidad á la cabeza de este temerario movimiento. La desesperacion con que lo principiaron á las once de la noche del 23 de abril acobardó á los soldados encargados de su custodia quienes sucumbieron á aquel arrojado golpe. Armados con los fusiles de esta misma tropa salieron en direccion de la cordillera con la idea de reunirse á la division del general Ricafort; pero á los cinco dias de marcha se hallaron con la sublevacion general de aquellos pueblos, cuyos habitantes, estrechándolos en los desfiladeros i otros pasos, retirándoles los recursos, i haciendo un fuego contínuo sobre ellos, les obligaron á rendirse.

Conducidos á Cotaparaco habrian sido asesinados en aquella misma noche por sujestion del comandante del depósito de Huarmei, si uno de los curas que acaudillaba parte de los alzados no se hubiera opuesto á este bárbaro proyecto. Tal vez habrian sido mas felices si aquel se hubiera llevado á efecto, porque á lo menos habria cesado el martirio que les estaba reservado. No hubo género de escarnio, dureza i padecimientos que no sufrieran estas desgraciadas víctimas. El citado coronel Sanchez, los capitanes don Vicente Añeses i don José Espejo, i el alférez de fragata don Juan Agustin Ibarra fueron separados de sus compañeros para sufrir la pena de muerte á la que habian sido condenados por San Martin: ya habian sido puestos en capilla, ya estaban todos esperando con la mas serena calma i conformidad el momento del suplicio, cuando á las ocho de la mañana, en la que debia ejecutarse, se abrieron las puertas de su prision para comunicarles la gracia que el comodoro inglés Spencer habia obtenido del generalisimo insurjente.

Por este medio salvaron sus vidas aquellos cuatro animosos realistas, que fueron sin embargo condenados á un des-

tierro perpétuo en las islas de Juan Fernandez; pero desde el reino de Chile á donde habian sido trasladados volvieron á recobrar su libertad á principios de febrero de 1824 en cange de otros prisioneros.

Aunque el general Laserna conocia la urgente necesidad de evacuar la capital de Lima, persuadido de que habia de ser infructuosa toda clase de negociacion que se quisiera entablar con el enemigo, no se atrevió sin embargo á dejar de probar todos los medios de una decorosa transacion, i con esta idea accedió á la entrevista personal propuesta por San Martin en el mismo punto de Punchauca.

Congregados, pues, este caudillo, su segundo las Heras, los miembros de la comision pacificadora de una i otra parte, el virei Laserna, los generales Canterac i Monet, el brigadier Camba i el subinspector La Mar, propuso San Martin «que se declarase la independencia del Perú, i que se formase una regencia presidida por el virei hasta la venida de un príncipe de la familia real de España, con cuya peticion se ofrecia él mismo á embarcarse para la península dejando las tropas de su mando á las órdenes de aquella.»

Aunque el comisionado Abreu se mostró complacido con esta proposicion, no la consideraron bajo un aspecto tan lisonjero el general Laserna i otros gefes, quienes viendo por el contrario en ella un lazo de perfidia mas bien que de union i armonía, se escusaron á emitir abiertamente su contraria opinion sobre un asunto tan grave, presentando como pretesto la necesidad de consultar la diputacion provincial i ayuntamiento de Lima, con lo que salian de la emboscada que les habian tendido los independientes que parecian resueltos á detener su persona i las de los negociadores si no mostraban una predisposicion favorable á sus planes.

Asi, pues, envió Laserna al dia siguiente otra proposicion que dejó sorprendidos á los gefes independientes que habian llegado ya á persuadirse de conseguir su triunfo desde que habian oido que aquella consulta habia de pasar por los conductos citados por el virei. «Que se suspendiesen las hosti-

lidades por el tiempo que se considerase necesario para el viage de ida i vuelta á la península; que desde el rio Chancai al N. gobernasen los enemigos; que el resto del Perú fuera regido por el gobierno español; que el virei despues de haber nombrado una junta de gobierno á este intento se embarcase para Europa á instruir de estas transaciones al gobierno de la metrópoli, pudiendo el general San Martin hacer el mismo viage en su compañía si lo tenia por conveniente:» hé aqui las bases que propuso Laserna, trasmitidas por el general Valdés i por el brigadier García Camba, con instrucciones de hacer verbalmente las reflexiones oportunas sobre su utilidad i conveniencia. El primero de estos gefes i el oidor marques de Valle hermoso, acreditados ambos por su fidelidad, i este último por el recto i acertado desempeño de muchas i árduas comisiones que habian sido confiadas á su celo, fueron incorporados sucesivamente á dicha comision pacificadora con la esperanza de que sus talentos, firmeza i decision produjesen resultados favorables á la buena causa.

Desechadas las mencionadas proposiciones por los burlados independientes, i noticioso el virei de la violacion del armisticio por parte de éstos, quienes hicieron prisioneros un capitan i algunos soldados sobre Huancavelica, i tomaron en las inmediaciones de Lima una parte de los caballos de husares de Fernando VII que estaban pastando sin que se consiguiese su devolucion por mas reclamaciones que se hicieron sobre tamaña tropelía; considerando que el interior estaba ostruido por la sublevacion de los partidos de Huarochiri, Yauyos i Jauja; que en Lima iban de dia en dia escaseando los víveres por el bloqueo de mar i tierra; que el espíritu de innovacion habia hecho tan rápidos progresos que atribuian sus habitantes el cúmulo de males que los afligia á la permanencia del ejército encargado de su defensa, segun lo acreditó aquel ayuntamiento en sus despachos oficiales al mismo virei; i observando finalmente que el ejército sufria una baja estraordinaria por el estrago que en el hacian las enfermedades, i con especialidad la disentéria, determinó llevar á

efecto su primera idea de evacuar la capital á pesar de la resistencia que oponian algunos individuos, ya fuera por un celo escesivo que les hacia desconocer el peligro, ó ya por no perder sus intereses i dejar comprometidas sus familias.

Resuelta ya esta forzada medida, que necesariamente debia envolver costosos sacrificios, por cuya consideracion se habia ido difiriendo el momento de realizarla, pero que parecia ya justificada por lo crítico de las circunstancias, dispuso el virei La Serna que en 27 de junio saliese el general Canterac con los soldados que se hallaban en mejor estado de salud para Lunaguaná á caer sobre Huancavelica i Jauja con la idea de batir la division de Arenales que se hallaba en aquel valle; mas éste se retiró luego que supo la aproximacion del gefe realista, quien llegó el 22 de julio al dicho valle con solos 500 infantes disponibles i alguna caballería, en donde se le reunieron los dos escuadrones que estaban á las órdenes de don José Carratalá.

Nos parece ser este el lugar mas oportuno para hablar de la brillante campaña sostenida por este digno gefe contra Arenales. Despues de haber restablecido el órden en la provincia de Huancavelica, á principios de año, i de haber reorganizado en ella todos los ramos públicos que habian sido enteramente trastornados por los disidentes que la habian invadido poco ántes, se habia unido con un batallon i un escuadron á los generales Ricafort i Valdés en el valle de Jauja para operar sobre el flanco izquierdo del enemigo que ocupaba entonces los pueblos de la costa i parte de la sierra al N. de Lima. Mas habiéndose retirado por órden del virei dichos dos generales, quedó Carratalá encargado de cubrir i defender el importante mineral del cerro de Pasco, i todo el pais de retaguardia que forma el centro del Perú, i se compone de una parte de la provincia de Tarma al S. del espresado cerro i de las de Huancavelica i Huamanga.

Para tan delicada operacion tenia tan solo 300 caballos algunos de ellos inútiles, i 400 infantes distribuidos en varios destacamentos, señaladamente sobre el territorio de Can-

gallo, cuyos indios llamados *morochucos*, habian permanecido en perpétuo estado de lucha desde el año 14, i que tan solo se sometieron sínceramente á la autoridad real en el 22 al favor de las enérgicas medidas tomadas por dicho Carratalá, encargado de su pacificacion.

La suerte de esta columna parecía mui comprometida sí como era de temer, se presentaban contra ella imponentes fuerzas de las que podian disponer los enemigos. Bien informados éstos de su estado de debilidad, destacaron al coronel Arenales con una division de 2500 hombres, segun ha sido indicado anteriormente, con la que daban por segura la destruccion de los realistas, el libre dominio del mencionado mineral, i el goce de sus productos metálicos. Ni se limitaba á esto solo el plan de Arenales, sino que se estendia á sublevar aquellos hermosos paises, de cuya adhesion á sus ideas no dudaba, i á posesionarse de las avenidas de Lima á la sierra para hostilizar desde las cimas de los Andes los tristes restos del ejército español, que presumia habian de verse precisados á evacuar la capital.

La posicion de las débiles fuerzas del coronel Carratalá era sumamente critica i aventurada; todas las probabilidades de la guerra estaban en su contra: batirse contra una division tan numerosa parecia temerario arrojo; su retirada se presentaba tan difícil como su defensa; mas nada arredró á este bizarro gefe en la carrera de la gloria. Aunque el virei le habia ordenado se replegase sobre el Cuzco si no podia hacer frente á sus contrarios, tomó sin embargo bajo su responsabilidad sostener el campo hasta el último estremo, para que los designios de los rebeldes no tuviesen el feliz cumplimiento que se habian propuesto. Como éstos se reconocian mui superiores en fuerza i opinion se llenaron de gozo cuando vieron la obstinacion de Carratalá en no sustraerse con una pronta retirada á su activa persecucion.

La prudencia aconsejaba que se hubiera adoptado este partido; en el cálculo mas atrevido no cabia la esperanza de la victoria; pero considerando el gefe realista que de abandonar

aquellas provincias podia dimanar la pérdida del Perú, se ofreció en holocausto para evitar tan terrible crísis. Animado, pues, de un grado de resolucion que le hizo altamente recomendable, confió todavía en que la fortuna no corresponderia con desden á la nobleza de sus sentimientos, i que la movilidad i esfuerzo de sus soldados le sacarian con honor de aquel apurado lance. Fue con efecto estraordinaria su actividad; sus movimientos estratéjicos surtieron prodigiosos efectos; las sorpresas que dió al enemigo fueron desempeñadas con acierto i felicidad; i con su constancia i esmerado celo logró contener sus impulsos, i asimismo los de los pueblos, entreteniendo á unos i á otros por el espacio de ochenta i cinco dias, hasta que habiendo emprendido la primera division al mando del general Canterac su marcha sobre el valle de Jauja, logró apoyarla tan oportunamente, que Arenales hubo de retirarse despues de haber sufrido considerables quebrantos.

Fue tan brillante el mérito contraido por esta esforzada columna que los insurgentes aseguraron en sus escritos, i aun el mismo Miller en sus memorias publicadas en Lóndres, que su fuerza no bajaba de 4000 hombres, porque no de otro modo les parecia posible una resistencia tan heróica contra 4300, de que se componia últimamente la del citado Arenales. Tal vez de la mengua que refluyó sobre las armas rebeldes en haber sido completamente paralizadas por un puñado de valientes, dimanó la animosidad i empeño con que trataron sucesivamente de empañar el lustre de la carrera militar del indicado Carratalá atribuyéndole actos de crueldad, que estuvieron siempre bien distantes de su noble corazon.

El dia 4 de julio anunció el virei su salida de Lima por medio de una celosa i filantrópica proclama que consolidó la buena opinion de que ya gozaba en el pais, i escitó la admiracion de los mismos enemigos; al siguiente dia ofició al general San Martin haciéndole saber que el mariscal de campo, marqués de Montemira, vecino é hijo de la misma ciudad, quedaba encargado de conservar la tranquilidad, hasta

que entrando él con sus tropas diese las órdenes necesarias para que aquella no se alterase, i recomendándole la observancia de las leyes generosas de la guerra en cuanto comprendian á 1000 soldados enfermos que quedaban en los hospitales i una porcion de familas, sobre las que de ningun modo debia recaer el ódio i persecucion de los independientes por haber sido fieles al gobierno legítimo.

El dia 6 fue evacuada dicha ciudad por el virei dejando 2000 hombres (una gran parte de ellos enfermos) para guarnecer los fuertes del Callao á las órdenes del mariscal de campo don José Lamar, quien por su calidad de subinspector de infantería i caballería era gobernador nato de aquella plaza; i aunque sus abastos eran escasos, se creia que pudieran ser aumentados con algunas partidas de comestibles saeadas de los barcos estrangeros surtos en aquella bahía, cuya venta sería asequible siempre que con su alto precio se halagase el primer móvil de los negociantes, que es la utilidad i la ganancia.

Puesto el virei á la cabeza de su débil ejército, compuesto en gran parte de convalecientes, se dirigió por el partido de Yauyos al valle de Jauja, á donde llegó el 4 de agosto, habiendo esperimentado tan considerables bajas en el difícil i penoso paso de los Andes, que reunido con las tropas de Canterac, se contaban escasamente 4000 hombres inclusos los enfermos (1).

(1) Al cruzar la cordillera de los Andes del Perú se suelen padecer dos males, que son el pasmo i el marco: este último es mas comun, especialmente a los que vienen de los terrenos bajos i cálidos de la costa. La sutileza del aire en esta atmósfera comprime la respiracion i la pone sumamente trabajosa, redobla la palpitacion, acelera la circulacion, hace que se sufran intensos dolores de cabeza, que rebosen pronto los vasos, i que algunos pacientes rebienten arrojando sangre por boca, ojos i narices. Esta es una verdadera sofocacion, que ataca asimismo á los animales por poco que se les quiera forzar en sus cargas ó en sus marchas. Las bajas del corto ejército de La Serna fueron mayores á causa de hallarse una gran parte de sus soldados todavia en estado de convalecencia.

Parece que las venas de preciosos metales i de antimonios que cruzán por todo el territorio del Perú, son las que forman esta combinacion at-

En 15 de este mismo mes de agosto fueron sorprendidos los sublevados de Cangallo en la hacienda de Quircamachai por el bizarro capitan del Imperial Alejandro don Juan James, sin que hubiera podido salvarse un solo individuo de tan bien combinado golpe: esta brillante empresa fue de la mayor importancia en aquellas circunstancias; se desalentaron las partidas rebeldes; se habilitó con los despojos de éstas el escuadron de San Cárlos, que se hallaba desmontado i sin armas; los prisioneros de dicho punto reeemplazaron las bajas de la infantería realista, i de este modo quedó la guarnicion de Huamanga, mandada entonces por el coronel de milicias don Gabriel Herboso, en estado de desafiar todo el poder de los osados cuadrilleros.

San Martin ocupó á Lima en la noche del 9 de julio, noche señalada por el autor de la naturaleza con un temblor de tierra de los mas fuertes i de mas duracion que se hayan sentido en aquellos paises donde son tan frecuentes: aciága noche en la que marcó el Criador supremo con indelébles caractéres de luto i horror su desagrado divino contra los impíos é infieles vasallos del Monarca español; noche terrible que aguijoneó las criminales conciencias, aun de los menos crédulos, é hizo titubear á los mas arrogantes republicanos, al paso que dió aliento i consuelo á los que no se habian separado de la senda trazada por la lealtad i por la virtud al ver esta tácita aprobacion del cielo sobre la nobleza de su causa. Mas bien pronto olvidaron los independientes esta estrepitosa leccion, i se les vió caminar bajo el pie de la mas segura confianza en el triunfo recientemente conseguido.

Antes de referir las operaciones del virei desde sus nuevos cantones i las de los defensores del Callao, daremos una vis-

---

mosférica, tan contraria á la salud, i lo prueba la circunstancia, de ser mucho menos sensibles sus efectos en los puntos de mayor elevacion de la cordillera del Chile i aun en la Sierra de Pichincha i demas montañas de Quito. Dicho mareo es conocido en el pais con el nombre de *zoroche*, i se llega á esperimentar hasta en algunas poblaciones bajas situadas sobre terrenos metaliferos.

ta aunque rápida de las emprendidas por los llamados patriotas en las provincias del Sur. El 13 de marzo se habia hecho á la vela desde Huacho lord Cochrane, llevando á bordo del San Martin 500 infantes i 80 soldados de caballería desmontados, mandados unos i otros por el teniente coronel Miller. En la noche del 21 del mismo mes desembarcó en Pisco esta columna reforzada por los soldados de marina de la escuadra, i ya el dia 26 fue atacado el capitan Videla, que se hallaba en Chincha con una compañía i algunos caballos, por un destacamento realista que se habia aproximado á su reconocimiento.

Informado el virei del desembarco de estas tropas, mandó salir de Lima al coronel García Camba para rechazar sus ataques. Se situó este gefe en Chincha alta, ocho leguas al Norte de Pisco, en cuyo último punto se habian establecido los independientes. Reforzado asimismo Miller con algunos esclavos negros que halló todavía en las haciendas, estuvo maniobrando varios dias sin atreverse á venir á las manos con los realistas, i se pasaron algunos mas en simples escaramuzas por haber caido enfermos simultáneamente los gefes de ambas divisiones. Si bien los patriotas evitaron el combate, no dejaron por eso de ejercer con fruto su espíritu de rapacidad: cien esclavos, 69 duros, 500 botijas de aguardiente, 19 cargas de azucar, gran cantidad de tabaco i otros varios géneros robados de las haciendas, perteneciesen ó no á españoles ó naturales del pais, fueron el primer fruto de aquella correría.

Agravándose la enfermedad de Miller, i hallándose la tercera parte de su columna atacada del mismo mal endémico de aquel pais, se resolvió su reembarque, que se verificó el 22 de abril con la esperanza de que un paseo marítimo les volveria la salud de la que les habia privado aquel insalutífero clima. Se hallaba este convoi en 6 de mayo á 25 ó 30 millas de Arica, cuando habiendo sobrevenido una gran calma, i hallándose el citado Miller aliviado de sus dolencias del mismo modo que sus tropas, determinó hacer algunas

tentativas de desembarco en aquellas costas. Sus dos primeros ensayos estuvieron para costar la vida á este gefe i á una porcion de sus soldados, que favorecidos por la oscuridad de la noche: lograron desembarcar entre las rocas. Todo el afan de los patriotas se dirijía á apoderarse de una porcion de recuas que habian visto pasar en direccion de la citada ciudad de Arica, i que suponian iban cargadas de plata ó de objetos preciosos; mas la desmedida codicia casi siempre se estrella en la insensatez de los que dejan dominarse por ella; i asi sucedió en esta ocasion en que no solo vieron los independientes malogrados sus ignobles proyectos, sino que estuvieron sus principales gefes al borde del precipicio.

Figurándose que la fortuna les sería mas propicia en el Morro de Sama se dirijieron á este punto, en el que desembarcaron sin dificultad i se prepararon á hacer sus acostumbradas correrías i depredaciones sin embargo de la gran debilidad de sus soldados, como un resultado de las calenturas intermitentes que acababan de padecer. Despues de haber recorrido aquella montaña con indecible trabajo, llegaron á Tacna que se hallaba en un estado completo de desprevencion. El mayor Soler, que se habia dirijido á Arica por la costa, alarmó la guarnicion en términos de haber evacuado aquella ciudad apenas se supo la aproximacion del gefe insurjente; pero componiéndose ésta en gran parte de milicianos i tropas débiles, halló Soler una plausible ocasion de engrandecer su mérito guerrero con la agregacion á sus filas de 4 oficiales i unos 50 soldados, asi como con la apropiacion de 1209 duros que halló cerca de Locumba, de otros 49 que sacó de la aduana, i de 3009 mas en crespones i géneros de la India, vinos i aguardientes franceses, cerveza inglesa, i otras ricas mercancías, que por el tiránico tribunal insurjente fueron declaradas de propiedad española para apoderarse de ellas sin escrúpulo i hacer este nuevo obsequio de rapacidad i devastacion al gran almirante de las fuerzas chilenas.

Habiéndose unido á esta sazon á Miller el teniente coro-

nel Landa, que habia sido hasta entonces uno de los americanos mas decididos por la causa del Rei, pudo estender con acierto sus operaciones á beneficio del conocimiento práctieo que tenia dicho Landa de aquellos paises. Ansioso el general Ramirez por arrojar de la costa á estos revolucionarios, dió las órdenes mas premurosas para que el coronel Lahera saliese de Arequipa con todas las fuerzas disponibles, ofreciéndole que se le reunirian en el camino algunos refuerzos de Oruro, segun le habia prevenido al coronel del centro don Baldomero Espartero. Aunque Lahera escasamente pudo reunir unos 350 hombres tan atrasados en instruccion i disciplina como en la práctica de la guerra, no titubeó un momento en dar ejecucion á las órdenes superiores; pero como no tuviese la mayor confianza en estas tropas colecticias, i si en las de Oruro, con cuyo comandante le unian los vínculos mas estrechos de amistad, le escribió en particular pidiéndole lo mas escogido de su cuerpo, ya que estaba autorizado para ello por el general en gefe, porque de otro modo temia que el aventurero Miller se burlase de sus esfuerzos.

Salió al momento de Oruro una columna de 150 valientes granaderos i de 50 cazadores, capaz por sí sola de fijar la victoria aunque hubiera debido combatir con dupla fuerza: su comandante se habia adelantado á Mirábe, en donde se habia situado Lahera, á anunciarle la proximidad de aquel refuerzo, prefijándole la hora indudable de su llegada. Ya á esta sazon se iban aproximando los enemigos con fuerzas mui superiores; pero como la posicion de los realistas era bastante favorable para sostener el fuego hasta la incorporacion del citado refuerzo, no rehusó Lahera el combate, seguro de que las tropas de Oruro habian de completar el triunfo.

Se travó el choque con el mayor empeño; llegó la hora designada por el comandante i no se descubrian las tropas de refuerzo: conociendo Miller la debilidad de los defensores, forzó el ataque i se arrojó con el mayor denuedo sobre ellos, los que si bien hicieron prodigios de valor, acreditados con la

muerte de 96 individuos i 156 heridos, no pudieron disputar largo tiempo la victoria i los cortos restos de aquella fuerza que fueron mui pocos infantes i 80 caballos se salvaron con la fuga. El tan deseado refuerzo, que habia retardado su llegada por haber equivocado el camino aquella noche, pareció á la vista del campo de batalla en el último periodo de su derrota; i aunque aquellos valientes ansiaban por salvar el lustre de las armas españolas, como conocian sus oficiales lo arriesgado que podia ser la provocacion de un enemigo ensoberbecido con la superioridad numérica de sus armas i con la victoria recientemente obtenida, resolvieron su repliegue á sus cuerpos respectivos.

Irritado el pundonoroso Lahera por el inesperado malogro de unos planes que habian sido combinados con todo el cálculo de un buen militar, corrió rápidamente por Moquehua ácia Puno á reunir una columna respetable para arrancar con ella de las manos del orgulloso enemigo los triunfos que el azar i la fatalidad le habian proporcionado. Aunque el gobernador de Moquehua, Portocarrero, se pasó á esta sazon á los disidentes, nada arredró al ofendido Lahera para volver como un rayo por el honor de sus armas. Ya se habia avanzado con unos 600 hombres á cuatro leguas de Tacna, donde se hallaba Miller, cuya ruina habia sido irrevocablemente decretada por la decision del gefe realista i por el esfuerzo de su bizarra division, cuando hubo de regresar á Santiago de Machaca, por haberle sido comunicada la noticia del armisticio de Punchauca en el momento mas crítico en el que iba á alcanzar una segura victoria.

Las tropas de Miller ascendian en este momento á 900 hombres, no incluyendo en este número varias partidas de guerrilleros, por medio de las cuales tenia abierta la comunicacion con el famoso Lanza del Alto Perú. Sus puestos avanzados llegaban á 44 leguas de Arequipa, 12 de Santiago de Machaca i á pocas millas de Iquique. Habiendo anunciado el coronel Lahera oficialmente en 15 de julio la renovacion de las hostilidades, temió Miller no poder resistir á este for-

midable enemigo i resolvió por lo tanto su retirada.

Reunidos los destacamentos que tenia en diversos puntos, enviando á Arica sus enfermos i pertrechos, i dando orden para que tomasen aquel rumbo los tres únicos bergantines que habian quedado en Ilo despues de la salida de Cochrane á tener una entrevista con San Martin en Lima, movió su campo en la noche del 19 con direccion al citado punto de Arica.

Al llegar La Hera á Tacna, se vió precisado á dar un corto descanso á sus tropas, tanto por la necesidad que debian tener de él despues de haber hecho dos marchas sumamente penosas, como por lo conveniente que era tomasen nuevo aliento para cruzar el inmenso arenal que divide este pueblo del de Arica: á esta inevitable demora debió Miller su salvacion, porque pudo llegar oportunamente al citado puerto, pasar inmediatamente á bordo de una goleta anglo-americana de 300 toneladas, apoderarse de ella á disgusto de su capitan, asi como de otros tres buques mercantes, i verificar en ellos el embarco en todo el dia i noche del 21 con tanta felicidad, que al salir de tierra la última lancha parecieron ya los realistas sobre la costa.

Puesto en salvo Miller con sus tropas, formó el plan de desembarcar en Quilca i de marchar rápidamente sobre Arequipa, cuya guarnicion habia sido enviada por el general Ramirez á Arica; pero reinando un viento impetuoso que impedia dar ejecucion á la maniobra sobre el citado puerto de Quilca, i no pudiendo demorarse á bordo de sus buques porque sus provisiones i agua escasamente alcanzarian á tres dias, resolvió volver á Pisco. Al anochecer del 1° de agosto entró en aquella bahía, i ya al dia siguiente antes de rayar el alba se hallaba dueño de la villa por abandono que hicieron de ella 50 realistas de caballería, única fuerza que la guarnecia. Careciendo Miller de trasportes, no pudo emprender su marcha hasta que la fortuna le deparó una recua de 50 mulas que habia salido de la capital en busca de aguardiente.

El teniente coronel don Juan Santalla mandaba á aquella sazon el distrito de Ica; pero como sus fuerzas eran mui inferiores á las de los patriotas, hubo de levantar el campo apenas se aproximaron estos á dicho punto. Descubriendo el referido Santalla que los enemigos con sus marchas forzadas le habian cortado la retirada por el camino de Palpa á Arequipa, se retiró precipitadamente ácia las montañas; mas como los indios morochucos, seducidos de antemano por Miller, se hubieran apoderado en completa sublevacion de las cimas i gargantas de aquellas sierras, se vió en el apuro de volverse por el camino de la costa, perdiendo alguna gente en Copari á manos de los disidentes.

Habiendo salido en persecucion de aquella columna los capitanes Plaza i Carreño, sorprendieron á la media noche en Cahuachi, distante 3 leguas de Nasca, á los restos del citado Santalla, quien pudo salvarse de aquel funesto golpe con unos cuantos de los mas diligentes i prevenidos, quedando los demas muertos, heridos ó prisioneros.

Como ya á este tiempo se hubiera divulgado la noticia del movimiento del general Canterac desde su nueva posicion de Jauja, de que va á tratarse, dejó Miller al mayor Videla por comandante interino de sus tropas situadas en Ica, i se dirigió á la capital figurándose que su presencia podia ser útil á los patriotas para rechazar cualquiera ataque que los realistas pudieran intentar contra aquella ciudad.

Siendo para el virei Laserna un objeto de preferente atencion el sosten de la plaza del Callao, en la que no se habian podido encerrar todos los víveres que se necesitaban para un largo sitio, determinó apenas llegó á los valles de Jauja enviar una espedicion respetable para introducir en ella cuantos socorros fuera posible al gefe que la conducia. Era del mayor interes esta operacion, tanto por el número de tropas que habian quedado para guarnecerla, como por las muchas familias realistas que allí habian buscado un abrigo contra las desapiadadas falanges de los independientes,

i asimismo por las muchas armas i municiones que estaban depositadas en aquel recinto.

Era tal el empeño del virei por salvar de las manos de los enemigos este formidable baluarte del Perú, que quedando solo con unos 1000 hombres en sus nuevas posiciones, la mayor parte inhábiles por sus enfermedades, entregó todo el resto de su ejército al general Canterac para que llevase á cabo aquella importante empresa. Con 2000 infantes, 850 caballos i 7 piezas de á cuatro se puso en marcha el referido Canterac en 25 de agosto, llevando por gefe de estado mayor al entonces coronel don Gerónimo Valdés. Se reprodujeron las inevitables penalidades propias del paso de los Andes; si bien fueron ahora menores, porque la variacion de los terrenos altos á los bajos es menos sensible, i porque la permanencia, aunque corta, de las tropas en aquellos saludables paises les habia habia dado una robustez que no tenian á su salida de Lima. Siguiendo su marcha aquella bizarra division sin que la arredrase clase alguna de obstáculo se hallaba el 23 de setiembre en el pueblo de Santiago de Tuna, distante 16 leguas de Lima. Desde este punto se separó el coronel Loriga con toda la caballería i 250 infantes en direccion de la quebrada del Espíritu Santo, i al mismo tiempo marchó la infantería por los altos de la de San Mateo, siendo el objeto de estos movimientos el de ocultar al enemigo el verdadero punto por donde pensaban los realistas desembocar en la costa.

El general Canterac varió su rumbo al anochecer ácia la izquierda, i forzando el paso de sus tropas llegó á reunirse el dia 5 en la Cieneguilla con la columna de Loriga que le habia precedido despues de haber batido cuatro compañías de los disidentes, que habian intentado ostruirle el paso. Siguiendo esta division su movimiento tomó posicion en el *Late* en la mañana del 7: el ejército contrario estaba acampado á media legua de distancia; su número no bajaba de 7000 hombres de tropa de línea, reforzados por una

multitud de guerrilleros ó cuerpos francos, que se graduaba de mas de 3000: se estendian desde la chacra de Mendoza hasta quedar completamente interpuestos al Callao; á cuyo punto no podia penetrar Canterac sin forzar aquellas terribles masas. Este general i el coronel Valdés se adelantaron el dia 8 sobre el campo enemigo, apoderándose de las alturas qué se hallan entre la hacienda de la Molina i la llanura del Cascajal: se creyó que aquel movimiento causaria otro de parte de los independientes; mas se vió por el contrario que quedaron firmes en sus fuertes posiciones, teniendo su flanco izquierdo i frente cubierto por el canal llamado rio Surco, su derecha, que se estendia por el camino real de Lima á San Borja, resguardada por varias órdenes de tapias, i su caballería, situada detras de su derecha i de las alturas llamadas del Pino.

Era necesario cruzar el rápido é invadeable rio Surco; pero sus dos únicos puentes estaban á retaguardia de la casa de Monterico ocupada por los enemigos; i aunque era grande la confianza de los que defendian este punto respetable, cedieron sin embargo á las brillantes cargas de los realistas, quienes camparon apoyando su derecha á las alturas que dominan la llanura del Cascajal por donde habian desembocado. El gefe de estado mayor Valdés hizo por la noche un reconocimiento sobre los enemigos empeñando un vivo tiroteo para conocer sus verdaderas posiciones i movimientos. Habiendo arengado al dia siguiente por la mañana el general en gefe á sus tropas manifestándoles la necesidad de mostrarse dignos soldados de la causa que defendian, mandó en seguida que marchasen por líneas por la izquierda en tres columnas paralelas, la primera de caballería, la segunda de infantería i artillería, i la tercera de una pequeña reserva con el bagage, i al llegar á la cabeza del Tambo variaron rapidamente á la derecha marchando por el camino real á apoderarse del puente sobre el citado rio Surco, distante dos tiros de cañon de la posicion enemiga.

Ejecutado este movimiento con toda la maestría capaz

por sí sola de dar opinion á los gefes que lo dirigieron, quedaron sobrecogidos los rebeldes, quienes en vez de proceder al ataque efectuaron un cambio de frente, conservando siempre su posicion cubierta por varias órdenes de tapias; i al ver la impavidéz con que los realistas despreciaban toda clase de obstáculos, se corrieron por la tarde sobre su derecha hasta apoyarla á la muralla de Lima, i estendiendo su izquierda hasta la chacra del Pino. Como el general Canterac observase que desde la nueva posicion del enemigo conducian varios caminos á retaguardia de los españoles mandó hacer otro cambio de frente, con cuya oportuna maniobra quedaron burlados cuantos proyectos hubieran podido concebirse en favor de la causa rebelde.

Persuadido el referido Canterac de que no entraba en los planes de San Martin salir de sus fuertes posiciones para atacarle, determinó dirigirse al Callao por uno de los mas finos movimientos de estrategia: aparentando él en persona con toda la caballería i dos piezas arrojarse por San Borja sobre el campo enemigo en tanto que el gefe de estado mayor Valdés i los comandantes de division Monet i Carratalá se corrian rápidamente con el resto de las tropas entre el mar i la Magdalena ácia Bellavista, creyó el enemigo que el general realista iba á cometer la imprudencia de atacarle en sus líneas; mas cuando estaba saboreándose con el placer de un seguro triunfo, se alejó la caballería, i llegó por San Isidro á reunirse á dicho punto de Bellavista con la infantería, que al mando de los citados gefes habia llegado con antelacion despues de haber arrollado un batallon de los patriotas, que halló á su tránsito. Superado este último tropiezo, pasó aquella valiente division á acampar bajo los fuegos del Real Felipe, i á descansar de sus penosas fatigas.

El sitio de esta plaza habia sido estrechado desde el dia 6 de julio por mar i por tierra de modo que estaban ya consumidas casi todas las provisiones que se habian podido proporcionar á fuerza de teson i sacrificios: la marina española ya no existia desde que la corbeta Sebastiana i bergantin Pe-

suela habian sido desmantelados, i desde que el dia 24 del mes de julio habia tratado Lord Cochrane de compensar la pérdida de su navío el San Martin que se habia ido á pique en Chorrillos con toda la artillería, trenes, parque i cargamento de trigo, con haber quemado á las once de la noche las fragatas mercantes *Mercedes i Piedad*, surtas en el mismo puerto, i llevádose á remolque á las *Milagro*, *San Fernando* i *Grampos del comercio de Lima*, en cuya operacion parece fue ausiliado del mismo modo que lo habia sido para el apresamiento anterior de la Esmeralda, por las embarcaciones menores estranjeras que se hallaban fondeadas en la línea.

Tanto Lord Cochrane como San Martin habian intimado repetidas veces la rendicion á dicha plaza del Callao, i siempre se les habia contestado con el tono de firmeza i dignidad que es propio de esforzados i pundonorosos militares. Las tropas bloqueadoras habian establecido en buena posicion algunos obuses por medio de los cuales habian principiado á introducir bombas i granadas dentro de las fortificaciones. En el dia 9 de agosto se habian presentado en dicha plaza los diputados de la junta de pacificacion á celebrar nuevas conferencia que no produjeron el menor resultado favorable á los sitiados.

Viendo los insurjentes el indomable teson i constancia del gobernador Lamar i de sus decididas tropas, concibieron el proyecto de apoderarse de la plaza por un golpe de mano: aprovechándose del momento en que la guarnicion iba por agua al muelle, que era á las diez i tres cuartos de la mañana del 14 de agosto, salieron de Bellavista á escape violento contra la puerta principal del Real Felipe unos 300 caballos, á los que seguian á paso de trote sobre 1500 infantes en tres columnas.

Por rápida que fuera esta maniobra, se habia logrado levantar el rastrillo dos minutos antes de la llegada del enemigo: la avanzada del Ovalo que mandaba el teniente de husares don Pedro Gonzalez pudo salvarse á la carrera i en dispersion arrojándose al foso; la de zapadores se replegó al cas-



tillo de San Miguel; la mayor parte de dicha guarnicion, que habia salido de sus recintos en busca de agua, leña i forrages, se salvó asimismo tirándose tambien al foso. La caballería enemiga sufrió poco quebranto por la velocidad con que supo colocarse bajo los fuegos de los castillos i meterse dentro del pueblo (1): una parte de los que lo habitaban se arrojaron al mar para salvarse sobre sus botes; el brigadier don Mariano Ricafort, que habia salido á hacer algun ejercicio con el ausilio de sus muletas, fue acuchillado hasta que dándose á conocer á los rebeldes se contuvo su furor, i fue puesto en ancas para ser conducido al campamento de San Martin. Una bala salida de las filas realistas atravesó el pecho del soldado encargado de la persona de Ricafort, quien aprovechándose de tan favorable incidente se dejó caer en el suelo, de donde fue recogido por el comandante del fuerte de San Miguel, García del Barrio, el cual libertó de su fatal destino con una oportuna salida á este benemérito general, asi como á otros varios sugetos que habian sufrido igual desgracia. Esta atrevida tentativa costó á los independientes la pérdida de mas de 60 muertos i de un número mucho mayor de heridos, sin que los realistas esperimentaran otro quebranto sino el de 40 hombres entre muertos, heridos, prisioneros i contusos.

En el curso de este sitio se empeñaron varias escaramuzas; mas ninguna tan séria como la del 14: de quinientas cabezas de ganado vacuno que se habian encerrado en dicha plaza del Callao habia sido preciso matar en los primeros dias las 380 por falta de forrages, i dejar vivas tan solas 120 para los enfermos del hospital. Faltando la sal para conservar dicha carne se recurrió á ponerla en barriles con aguardiente i agua, creyendo seria este un precioso equivalente para evitar su putrefaccion; pero á los pocos dias se halló en estado inservible, i faltó por lo tanto este interesante renglon. Doscien-

(1) Dicho pueblo del Callao se halla fuera de las fortificaciones.

tos quintales de arroz, que habian sido comprados de un buque de Calcúta, fondeado en aquel puerto, habian sido colocados dentro de sacos impregnados en salitre, i tomaron asimismo un gusto tan ingrato, que dificilmente se podia sustentar al soldado con este artículo, que era de los mas importantes.

De este modo fueron escaseando los recursos i en igual proporcion se aumentaba el número de los enfermos en el hospital. Para no distraer á las tropas sanas de sus ocupaciones militares se ofrecieron á cuidarlos las señoras emigradas, especialmente la digna esposa del general en gefe del Alto Perú don Juan Ramirez, i doña Isabel Cavero, las que dieron continuas pruebas de beneficencia i de heroismo, al paso que los paisanos tambien emigrados se distinguieron por su bizarría, por su lealtad i decision, en particular don Francisco Antonio Solorzano, que habia entregado voluntariamente desde el principio por via de empréstito valor de 89 duros en víveres, encerrándose ademas con sus esclavos en la plaza para defenderla.

El enemigo iba de dia en dia estrechando á estos valientes defensores haciendo sus últimas intimaciones, acompañadas de terminantes amenazas; el desaliento habia crecido á causa de los rápidos progresos que habian hecho las enfermedades, i en consideracion á la escasez de víveres para sostenerse mucho tiempo. Tal era el estado de los negocios cuando se presentó en 10 de setiembre la division del general Canterac.

La vista de aquellas bizarras tropas llenó del mas puro gozo á los sitiados; daban por concluidas sus penalidades i miserias; entonaban ya el himno de la victoria i de la confianza, cuando cayeron de nuevo en un estado de mayor inquietud i alarma. El general Canterac se habia cubierto de gloria en su científica marcha burlando á un enemigo mui superior en fuerzas i en recursos de toda especie: esta habia sido una hazaña militar de imponderable mérito; pero no satisfacía á la guarnicion del Callao, la que no vió acompañada aquella feliz operacion de los ausilios de que tanto necesita-

ba, si bien se consoló con la idea de que mui pronto iba á darse una accion general al enemigo, cuya victoria habia de rescatar la plaza de su estado de penuria i abatimiento.

Empero no era este el ánimo del referido Canterac, ni eran de esta clase las órdenes que habia recibido del virei: sus primeras instrucciones se dirigian á ausiliar la citada plaza, i en caso de no poderlo verificar, arrasar dichos fuertes i recoger su guarnicion para regresar con ella á los valles de Jauja; mas como observase la inevitable ruina de una porcion de familias beneméritas, como consecuencia inmediata de la ejecucion de estos últimos planes, fueron abandonados, i en su vez se dedicó el general ausiliador con doble empeño á buscar los medios de que su llegada produjese los felices resultados que se habia propuesto. Mas como hubiera perdido la esperanza de realizar tan benéficas ideas, determinó salir de aquellos fuertes en donde su larga permanencia debia contribuir al mas pronto consumo de los pocos víveres que habia en ellos; i cargando sobre sus mismos soldados de 3 á 4@ fusiles sobrantes, que era de lo que mas se escaseaba en los valles de Jauja; reforzado asimismo por algunas tropas de la misma plaza que voluntariamente se ofrecieron á seguir la suerte de los que trataban de dar nuevos dias de gloria á las armas del Rei desde las posiciones de la sierra, emprendió su movimiento de retirada en la noche del 12 al 13; pero al llegar al estrecho de Boca negra halló ostruido aquel paso por las lanchas cañoneras de la escuadra enemiga, i hubo de regresar á los citados fuertes.

Dedicado segunda vez con infatigable celo i constancia al apronto de víveres, se presentó el español don Fernando del Mazo, que se hallaba embarcado á bordo de la fragata inglesa mercante *Lord Lindock*, prometiendo hacer una contrata con los mismos ingleses para abastecer abundantemente aquella plaza si se proporcionaban 100@ duros de contado, i hasta 400@ en las cajas de Arequipa que deberian desembolsarse á medida que se hicieran las entregas. Apenas oyó el general Canterac tan favorables proposiciones, desplegó la ma-

yor actividad para reunir aquella suma. Sus escitaciones fueron correspondidas con nobleza: todos á porfia hicieron generosos desprendimientos: las mismas tropas, que el dia antes habian recibido una paga, la devolvieron íntegra en obsequio de tan interesante servicio; los gefes i oficiales entregaron ademas el poco dinero que habian sacado de sus nuevos cantones; los emigrados en el Callao se picaron de desinterés, i concurrieron con la mas fina voluntad á llenar este primer cupo: la ya citada generala Ramirez señaló del modo mas recomendable su amor á la causa del Rei, entregando 18 onzas de oro en su propio nombre, i otras 1600 por conducto i á nombre de uno de los españoles refugiados en el Callao.

Asegurado dicho Canterac de que aprontado ya el dinero pedido no dejaria de llevarse á efecto el empeño contraido para el acopio de víveres, determinó hacer una salida de la referida plaza con ánimo de volver á ella á los siete dias, dejando en testimonio de la sinceridad de su promesa los fusiles que antes habia determinado llevarse, i hasta sus mismos equipages. Como el objeto de este movimiento era reservado menos al general Lamar, porque asi convenia en aquellas circunstancias, llegaron á creer los sitiados que se dirigia contra la capital ¡tal era la ansiedad con que todos deseaban ver decidida su suerte en una accion campal!; pero dicho gefe realista, que como ya se ha observado, ni tenia las órdenes para empeñarla, ni su cordura i reflexion le permitian esponerse á tan arriesgado trance, del que, siendo desgraciado, habria resultado la inevitable pérdida del Perú, hizo en esta ocasion en obsequio del bien general i de sus deberes el mas costoso sacrificio, sofocando su mismo fuego guerrero, i conteniendo los inconsiderados arrebatos de sus tropas.

El objeto de su salida fue en su vez para proporcionarse víveres á lo menos para su division en tanto que se ajustaba la negociacion con los buques. A las cuatro de la tarde del 16 rompió la marcha para la *Legua*, adelantando unas partidas de caballería sobre el camino del tercer óvalo, donde

existía el campo enemigo: tomó posicion á la derecha el primer batallon del Imperial, quedando sobre el mismo camino los escuadrones de granaderos de la guardia mandados por el teniente coronel don Valentin Ferraz, i dos piezas á las órdenes del coronel Carratalá, mientras que el resto de las tropas verificaba el movimiento por la izquierda con direccion á San Agustin, pasando el rio Rimac por frente de la hacienda de Villegas. Siguiendo estas tropas en la misma noche la marcha por Oquendo, quedaron fuera del flanco enemigo, i éste por lo tanto no menos burlado con tan delicada maniobra, que á la ida para el Callao.

Habiendo salido el espresado Mazo con 809 duros para firmar la enunciada contrata, no halló en la línea de mar la persona encargada de la negociacion, i regresó por lo tanto con aquella suma á la plaza. Fuese porque Lamar hubiera ya principiado á entrar en las miras de los independientes, ó porque creyese irrealizable dicha contrata é impracticable el regreso del general Canterac, mandó devolver una parte de aquel dinero á los contribuyentes i repartir la restante á sus tropas, en vez de repetir con nuevo ardor sus gestiones con los citados buques, como lo aconsejaba el interés de salvar aquella plaza. Regido por los mismos principios se prestó á oir sin desagrado la sesta intimacion que le envió San Martin, ofreciéndole pactos ventajosos en premio de su pronta rendicion. Nombrados con plenos poderes para estender la capitulacion el brigadier don Manuel Arredondo, el capitan de navío don José Ignacio Colmenares, i el capitan de infantería don Ramon Martinez de Campos en la clase de secretario, la firmaron en Lima á las ocho i media de la noche del 19 de setiembre con todos los honores militares i con cuantas ventajas podia prometerse una plaza que habia perdido las esperanzas de ser socorrida.

Si bien se rindió Lamar antes del término que le habia fijado el general Canterac, i que bajo este aspecto aparece altamente reprensible la conducta de aquel gobernador, la que habria admitido mas disimulo si poco tiempo despues no hu-

biera tomado partido en las tropas rebeldes, parece sin embargo que no llegó á firmarse dicha entrega hasta que se supo la horrorosa desercion de mas de 800 hombres que sufrió la division de Canterac, i entre ellos 32 oficiales, algunos de los cuales fueron vistos en la capital por los mismos negociadores realistas, si bien mucho antes habían principiado sus tratados.

Este funesto desenlace estuvo mui distante de los cálculos del general de la division ausiliadora: era tal la confianza que tenia en la conservacion de aquella plaza, que en el mismo dia 16 en que verificó su salida, dejó en ella segun se ha dicho, hasta sus equipages i los de sus tropas. ¡Cuál seria, pues, su sorpresa al recibir por premio de su inteligencia i acierto en cruzar por las líneas enemigas, i de sus grandes padecimientos en el paso de los Andes, la pérdida de dichos fuertes, la desercion de una parte de sus tropas i la necesidad de emprender su retirada sobre la otra parte de dicha cordillera!

Los enemigos habian dirigido ya desde el dia 18 un grueso considerable de infantería i caballería á las alturas de San Lorenzo; pero el coronel Carratalá los desalojó de aquella posicion, i el teniente coronel Garcia Camba los acuchilló con sus dragones del Perú poniéndolos en desordenada fuga. Siguiendo Canterac su retirada para la Sierra campó el 20 en Porochuco, en cuyas inmediaciones dió el coronel Valdés nuevos rasgos de su bizarría batiendo una fuerte columna de infantería i caballería que habia llegado á atacar la retaguardia española. Las tropas reales descansaron en Huamantanga en los dias 22 i 23: á las once de este último se presentó sobre su frente otra columna de infantería enemiga á la que dieron un ataque tan impetuoso los coroneles Valdés i Carratalá con el primer regimiento mandado por el teniente coronel don Francisco Narvaez i algunas compañías del Imperial, que no pudo el enemigo resistirlo, i cedió el campo á aquellos valientes españoles.

Al mismo tiempo maniobraba el general en gefe con el

resto del Imperial i con un escuadron de dragones de la Union sobre el citada punto de Porochuco por el camino real, cuyas alturas habia ocupado la columna del comandante insurjente Miller, reforzado con las tropas batidas delante de Huamantanga. La posicion enemiga era mui respetable; mas de ningun modo capaz de arredrar á las decididas tropas realistas que la atacaron con empeño, i la tomaron á la bayoneta, habiéndose aparecido el incansable Valdés á la cabeza de la caballería á aumentar el destrozo de los rebeldes, de los que quedó cubierto el campo, asi como de prisioneros, fusiles, cajas de guerra, i otros pertrechos (1). Con esta brillante accion quedó de tal modo escarmentado el enemigo, que ya no se atrevió á disputar el terreno; i por lo tanto emprendieron las tropas del Rei tranquilamente su tercer paso de los nevados Andes sin tiendas, sin botiquines i sin ninguna clase de ausilio, en cuyo estado llegaron á acantonarse en el valle Jauja el dia 1º de octubre.

Este fue el término de la arriesgada espedicion del general Canterac, la que debió aumentar el lustre de su nombre aunque sus resultados no hubieran correspondido á las grandiosas miras con que se habia proyectado. Los bien combinados i felices movimientos que efectuó al frente de un ejército tan superior en todo sentido, menos en valor é instruccion, son el mejor testimonio de su génio guerrero, i merecerán siempre un lugar distinguido entre los hechos ilustres. La mayor parte de los gefes, oficiales i soldados que llevaba á sus órdenes desplegaron en este teatro la mas brillante disciplina, impavidéz, constancia i sufrimiento. El mismo Stevenson, aunque perteneciente al partido contrario, no pudo menos de tributar los debidos

(1) Entre los prisioneros se hallaron dos oficiales i cinco soldados, que pocos dias antes habian abandonado las banderas del Rei. El ejemplar i pronto castigo de muerte que se hizo sobre ellos cortó totalmente la desercion, i acreditó el acierto de los gefes Valdés i Loriga que influyeron en el consejo de guerra, celebrado con este objeto, para que no se dieran con una mal entendida condescendencia señales de temor, ó flaqueza, que tan fatales podian ser á la causa que defendian.

elogios al referido Canterac i á sus gefes principales cuando al describir el mérito de esta espedicion i de la estratégia de sus movimientos, esclama «que harian honor al mismo Napoleon".

Despues de haber referido las operaciones de las tropas realistas daremos una reseña de lo ocurrido entre los independientes apenas tomaron posesion de la capital del Perú. Aunque las tropas entraron en ella el dia 8 de julio se mantuvo sin embargo el general en gefe San Martin á bordo de su goleta en la bàhía del Callao hasta la tarde del 9 en que hizo su entrada públiea en aquella ciudad, marcada segun se ha dicho, por un horroroso terremoto, precursor de los graves males que habian de llover sobre aquellos infelices paises.

Ya desde el dia 14 se habia dirijido el citado San Martin al ayuntamiento de Lima pidiendo la convocacion de una asamblea general para regular la pública opinion; i deseosa dicha corporacion de corresponder á las miras del nuevo gefe supremo, reunió á los principales de todas las clases del estado, quienes decretaron como órganos de la voluntad general «que el Perú debia ser independiente de la España i de todo otro dominio estrangero.» El almirante Cochrane hizo asi mismo su entrada pública en Lima en el dia 17 enmedio de las aclamaciones de un inmenso vecindario, ansioso por conocer al héroe británico que habia sido el terror del mar pacífico. San Martin que habia establecido su cuartel general en la Legua, á mitad del camino entre Lima i el Callao, mandó en el 18 organizar una guardia cívica, de la que debia ser coronel el gran mariscal marques de Torre Tagle, en reemplazo del regimiento español de la Concordia.

El dia 28 era el destinado para la proclamacion de la decantada independeneia: se levantó un anfiteatro en la plaza mayor, sobre el cual dió aquel horrísono grito el general San Martin en el acto de desplegar el pabellon nacional. Un solemne Te Deum, que se cantó el domingo siguiente en la catedral con toda la pompa que es propia de tan augustas funciones, dió nueva sancion á aquel acto ilegítimo. Cuando despues de esta ceremonia se presentó el ayuntamiento al referi-

do San Martin á ofrecerle el mando supremo político i militar, recibió una descomedida contestacion, que puso en claro la ambicion de aquel individuo i la debilidad de la voz de ese pueblo, que se invoca siempre que se trata de dar un carácter noble al desacato i rebeldía. «Esta oferta es absolutamente inútil; yo he tomado el mando i lo conservaré en tanto que lo juzgue necesario; sin mi consentimiento no habrá juntas ni asambleas para la discusion de los negocios públicos:» he aqui la famosa respuesta del héroe de la libertad americana, que dejó atónitos á todos los que habian concebido neciamente las mas altas esperanzas de su filantropía i virtudes.

Para que nadie ignorase los despóticos procederes de este rebelde general, repitió aquellos mismos acentos por medio de una proclama que publicó en 3 de agosto, dorados tan solo con la protesta de la pureza de sus intenciones; se declaró protector del Perú i nombró por ministros de estado á don Juan García del Rio, don Bernardo Monteagudo i don Hipólito Unanue. Habiendo pasado al dia siguiente el almirante Cochrane á pedir al nuevo protector las pagas atrasadas de todos los marineros estrangeros, segun habia sido estipulado antes de salir la escuadra de Chile, fue recibida aquella solicitud de un modo tan brusco por San Martin, que irritado al mas alto grado el noble marino, tomó inmediatamente un caballo, i pasó á Bocanegra á embarcarse á bordo de su fragata con ánimo resuelto de vengar aquel insulto.

Conociendo San Martin que su imprudencia podria serle sumamente fatal, i que si Lord Cochrane se ausentaba con sus buques no podria realizarse la rendicion de los fuertes del Callao, cuya toma formaba todo el objeto de sus ansias, se apresuró á justificarse i á desarmar la cólera del citado Cochrane por medio de dulces espresiones i lisongeras promesas. En el entretanto se iban arreglando todos los ramos de la administracion: se instaló á principios de agosto una alta cámara de justicia, de la que fue nombrado presidente don

José de la Riva Agüero, ese genio astuto i sedicioso que tantos servicios habia prestado á la independencia, i que llegó á ocupar sucesivamente el primer puesto de la república peruana. Para dar los nuevos gobernantes una idea positiva de sus filantrópicos sentimientos, decretaron por libres á todos los hijos que naciesen de padres esclavos desde el dia 28 del mismo agosto. Esta medida, llena al parecer de humanidad i grandeza de alma, fue contrapesada por la violenta espulsion del reverendo arzobispo de Lima i del obispo de Huamanga, cuya apostólica presencia era un insoportable obstáculo para sus profanaciones.

Aunque la marina estaba mui descontenta al ver retrasado con especiosos pretestos el pago de sus haberes, se prestó sin embargo con la mas fina voluntad á concurrir decididamente (precedida por su noble comandante) á la accion general que se creia inevitable contra la division del general Canterac que pasó á principios de setiembre al socorro de los fuertes del Callao; pero la indecision, ó mas bien el temor de San Martin, dejó inutilizados los impulsos de mas de 10000 hombres, con que podia contar inclusive las guerrillas i cuerpos francos, i que habrian sido capaces de pulverizar la corta fuerza española que no llegaba á 3000 soldados de todas armas, si aquellos hubieran igualado á estos en firmeza, instruccion, disciplina i valentía.

Quedó pues el titulado protector dentro de sus posiciones dejando el campo libre á las esforzadas tropas realistas, segun he ido apuntado anteriormente; i como la aprehension de dicho gefe crecia en razon directa de la osadía de los leales espedicionarios, se dedicó á enviar al Ancón los tesoros del gobierno i aun de muchos particulares para ser embarcados á bordo de los buques mercantes que se hallaban allí surtos, á quienes dió la preferencia sobre la fragata chilena la Laútaro, que se hallaba fondeada en el mismo puerto.

La tripulacion de este buque de guerra se alarmó al ver el embarque de tanto dinero, deduciendo de aquella precipitada operacion los cálculos mas fatales á la causa de la in-

dependencia, i un fundado temor de que se perdiese con ella las esperanzas del cobro de sus atrasos. Noticioso Lord Cochrane de aquella sedicion, pasó en persona al citado puerto de Ancón, é hizo trasladar á bordo del navío almirante todos los fondos pertenecientes al gobierno, que ascendian á 2859 pesos, los que fueron invertidos en el pago de un año de sueldo atrasado á todos los que componian la flota, reservando una parte para los indispensables reparos i acopios.

Al regreso de Lord Cochrane al Callao se travó una seria correspondencia entre él i San Martin, en la que reclamaba este último con las mas vivas instancias el reintegro de los fondos que aquel se habia apropiado; mas todo fue inútil, i los marinos celebraron con alborozo la feliz ocurrencia de su gefe, á quien prestaron nuevas adoraciones hijas del entusiasmo. Como á este tiempo se hubiera alejado Canterac de dichos fuertes hizo el almirante á los sitiados ventajosas proposiciones para que se los entregasen: informado San Martin de estos manejos se apresuró por su parte á hacerlas igualmente favorables, á cuya competencia debieron los realistas una suerte mas feliz i condiciones mas honrosas de lo que podian prometerse. En virtud, pues, de la capitulacion ajustada en Lima en la noche del 19 tomaron los patriotas posesion de aquellos fuertes en el 25, dando al Real Felipe, al San Miguel i al San Rafael los nombres de castillo de la Independencia, del Sol, i de Santa Rosa.

Continuaban las desavenencias entre los generales de mar i tierra; i se veia claramente que este último estaba empeñado en abatir el orgullo del primero i en destruir su escuadra, á cuyo fin empleaba todos los medios de la intriga i seduccion con los individuos de sus tripulaciones. Llegó la indisposicion de ambos gefes hasta el estremo de ordenar San Martin al almirante la pronta salida de la bahía del Callao con todos sus buques, esperando que no podria verificarla por falta de marineros europeos; pero con su mayor sorpresa vió hacerse á la vela el 6 de octubre todos los buques de

guerra con la proa al N., hasta que llegando á Ancón dispuso Lord Cochrane que el Laútaro i el Galvarino volviesen á Valparaiso, i que la O'Higgins, la Independencia, la Valdivia, el Araucano i las dos presas *San Fernando i la Mercedes* siguiesen su rumbo para Guayaquil con la idea de carenarlos para cruzar en seguida sobre la costa de Méjico en busca de las dos fragatas españolas la Prueba i la Venganza.

Los últimos sucesos notables de los independientes en lo restante del año fueron la libertad de la imprenta proclamada en 13 de octubre, la institucion de la orden del Sol compuesta de 26 fundadores, bajo la presidencia de San Martin, de 138 beneméritos i 102 asociados, estendiendo igual dignidad á 120 mugeres de las reconocidas por mas ardientes patriotas; la conservacion de la antigua nobleza con la adicion de un sol á cada uno de sus blasones; i la conversion de los titulos de Castilla en títulos del Perú. La anomalía que se observó en la etiqueta, ceremonias, timbres i distinciones monárquicas, establecidas en el centro de una república, hizo ver que estaban mui distantes los primeros gefes de darle la debida solidez i consistencia; i esta creencia tomó mayor fuerza cuando se oyeron algunos vivas al emperador del Perú, i se vieron circular varias composiciones poéticas dedicadas con tan pomposa designacion al protector San Martin. Aunque el gobierno manifestó al principio algun desagrado por estas voces sediciosas, no se observó en él aquella decidida energía para castigar á sus autores, que habria sido empleada seguramente por quien hubiera tenido un pecho verdaderamente republicano. Todos pues llegaron á persuadirse de que San Martin aspiraba al imperio, i de que tardaria mui poco en descubrir sus ambiciosos designios.

Dejaremos por ahora los independientes entregarse al libre desahogo de sus ignobles pasiones contra las desgraciadas familias realistas, tanto europeas como del pais, que tenian el gran delito de poseer algunas riquezas, cuya adquisicion tenia ulcerados los codiciosos corazones de los titulados repu-

blicanos, i volveremos á recorrer las operaciones de las tropas españolas desde la retirada del general Canterac. Luego que los enemigos quedaron dueños del campo, destacaron varias partidas fuertes sobre los partidos de Lucanas i Parinacochas, estendiéndose hasta el pueblo de Caravelí i hasta las inmediaciones de Chuquibamba, con cuyo movimiento se pusieron en estado de flanquear las provincias de Huancavelica, Huamanga i el Cuzco, i de amenazar de frente á la misma ciudad de Arequipa, cuya provincia se hallaba ya insurreccionada en la parte septentrional del rio de Ocoña.

Como no se le ocultaba al virei Laserna la necesidad de alejar prontamente aquel peligro; i como por otra parte no pudiese el general Ramirez, situado en Arequipa, operar activamente á causa del mal estado de su salud, fue nombrado el coronel Valdés gefe de estado mayor de este ejército con encargo de dirigir en persona las operaciones de la costa. Dejando este activo gefe el ejército del Norte, llegó en posta á la citada ciudad de Arequipa, i marchó sobre Chuquibamba con una columna de infantería i caballería, batió á los insurjentes en Caravelí, inmediaciones de Huancahuanca i en otros puntos, les tomó varios prisioneros, 2 piezas de artillería, armas, municiones i otros pertrechos de guerra, i restableció la tranquilidad i confianza en aquellos partidos.

Pocos dias antes se habia cubierto de gloria la guarnicion de Huamanga rechazando al coronel insurjente Latapia que habia pasado á intimarle la rendicion en 7 de octubre. El capitan James, á cuyas acertadas maniobras i esforzado brazo se habian debido aquellos triunfos, regresó de su vigorosa salida con 350 prisioneros, 400 fusiles, un cañon, dos cargas de municiones, i gran número de indios, que seducidos por el caudillo insurjente le habian acompañado en aquella espedicion.

Las tropas salidas de Lima seguian en el entretanto en el valle de Jauja, dedicadas con inimitable celo á su arreglo i disciplina i á la formacion de nuevos cuerpos para tomar la ofensiva sobre el enemigo. Es superior á todo elogio el mé-

rito contraido por los dignos gefes españoles en esta nueva posicion: el pais abundaba en recursos; pero carecia totalmente de fábricas i de los medios de sacar algun partido de las primeras materias. Era preciso, pues, suplir aquella falta con atrevidas invenciones i con una perseverante industria. Otra clase de hombres que no hubiera tenido tanto teson i constancia se habria desanimado con este cúmulo de tropiezos i dificultades; mas nada retrajo á aquellas bizarras tropas de su firme propósito de poner en actividad todos los recursos de su ingenio para disputar á palmos el terreno.

Mientras que el ejército dirigia con maravillosa actividad sus trabajos tanto en las fraguas i maestranzas como en la formacion de nuevos cuerpos con los reclutas que venian de largas distancias segun las activas órdenes comunicadas por el virei, salió á fines de octubre una corta division sobre el cerro de Pasco á las ordenes del teniente coronel don Dionisio Marcilla con el objeto de proveerse de algunos artículos necesarios al ejército; pero como no se hubiera llenado completamente el objeto de esta operacion, salió para el mismo punto en 30 de noviembre otra division al mando del coronel Loriga con orden especial de hacer acopio de fierro, del que se carecía totalmente, i era de suma necesidad para la recomposicion del armamento.

Se hallaban ya dichas fuerzas en el cerro cuando atacadas el 7 de diciembre antes de amanecer por 400 soldados enemigos, apoyados por una inmensa chusma de mas de 5000 indios, sufrieron alguna pérdida causada por lo oscuridad i por la aspereza del terreno, lleno de bocas minas hasta el mismo Pasco; pero tomando Loriga la ofensiva apenas se disiparon las tinieblas, atacó con denuedo aquellas desordenadas masas, sobre las qne hizo tan terrible destrozo que á los pocos minutos mordian el polvo mas de 500 miserables, entre ellos algunos granaderos de á caballo i 3 oficiales. Esta accion importante cortó completamente los vuelos á los alzados, aseguro las posiciones de los realistas, hizo ver al caudillo San Martin, que no se habia estinguido el valor i la fuerza en las tro-

pas recien salidas de Lima, i proporcionó á las mismas interesantes ausilios.

Conociendo el virei Laserna que para dar actividad á sus providencias, especialmente para la pronta remision al ejército, de reclutas de las provincias del interior, era de suma utilidad fijar su residencia en el Cuzco, como punto céntrico del Perú, distante 150 leguas de Jauja, salió de aquellos valles en 1º de diciembre dejando el mando de las tropas al general Canterac, i llegó á la citada capital el penúltimo dia del año 1821.



CAPITULO IX.

CHILE: 1821.

Operaciones de Benavides sobre la provincia de Concepcion. Destruccion de una division insurjente en el Manzano por Pico. Accion de Tarpellanca, de cuyas resultas rindieron las armas 1000 *facciosos con su general Alcázar. Entrada de Benavides en Concepcion, i su marcha sobre Talcahuano en cuyo punto se habia encerrado el caudillo Freire. Sitio de tres meses; varias acciones favorables á las tropas del Rei, escepto la última en la que fueron completamente derrotadas. Retirada de la caballería sobre el Biobio. Nuevas correrías de los realistas, i como las mas importantes las de Pico. Muerte desastrosa del leal chileno Zapata. Graves cuidados de los realistas al considerar su crítica posicion. Apresamiento de un bergantin insurjente, con el cual fueron enviados comisionados á la isla de Chiloe en busca de ausilios. Pasan en esta época varios oficiales á servir en las fronteras de Arauco, i entre ellos el benemérito Senosiain, que fue el último sostenedor del partido español en Chile. Apresamiento de otro bergantin insurjente con* 150 *armas de chispa i corte. Desastres por la falta de metálico. Nueva espedicion sobre Chillán, que fue derrotada en sus inmediaciones. Bizarra conducta de Senosiain. Detencion de este gefe i de Pico en el canton del Biobio. Marcha de Benavides ácia el Arauco. Desgracias de este gefe. Su desconcepto, i desavenencias con Carrero. Su salida para el Perú; i su prision sobre el rio Maule.*

Habia quedado el reino de Chile desguarnecido de tropas desde la salida de la espedicion para el Perú, i asi pudo el



esforzado Benavides con 2000 hombres que habia logrado reunir, estender á principios de este año la línea de sus operaciones, i aproximarse á la provincia de Concepcion. Cuando ya se hallaban sus tropas á las inmediaciones de Yumbél fue atacada por los rebeldes su vanguardia, que al mando de don Juan Manuel Pico se habia adelantado con la idea de incorporar á sus filas la guarnicion de Santa Bárbara. Aunque Pico se puso en retirada luego que reconoció el campo enemigo; i observó que no bajaban de 1000 hombres los que se habian reunido á las órdenes de un inglés i del segundo comandante don Ambrosio Acosta, apoyados por dos piezas volantes de artillería, siguiendo en esta parte las instrucciones de Benavides que le habia encargado no comprometiese accion alguna por sí solo, se vió sin embargo estrechado tan de cerca, que no pudo menos de presentar la batalla en el punto del Manzano. Engreidos los insurjentes con la superioridad de su número se lanzaron al ataque con todo el vigor que es propio de sus primeros impulsos; pero despreciando el comandante español el peligro i la muerte, i no consultando sino la opinion i el honor de sus armas, recibió con la mayor impavidez aquel brusco ataque, del que salieron tan desairados los insurjentes, que se retiraron vergonzosamente despues de haber dejado tendidos en el campo mas de 500 hombres, entre ellos el inglés que los mandaba, i perdiendo las dos piezas volantes que pasaron á reforzar la division realista. Habiéndose presentado el referido Pico á Benavides al dia siguiente de tan brillante batalla, le fue dado el grado de coronel en premio de su bizarría i decision.

Aterrados los enemigos abandonaron la plaza de los Angeles i se pusieron en retirada para reunirse al grueso del ejército que se hallaba en Concepcion; mas como Benavides observase la ansiedad que manifestaba su tropa de adquirir nuevos laureles, forzó sus marchas para alcanzarlos. Al llegar á las orillas del rio de la Alhaja se guarecieron los rebeldes de la isla de Tarpellanca; i aunque esta ventajosa posicion podia imponer aun á los soldados mas atrevidos, no se de-

tuvo por tales tropiezos el bizarro Benavides, quien despues de treinta i dos horas de fuego vivísimo, sostenido con bravura por ambas partes, obligó al general Alcázar, que mandaba la fuerza enemiga, á pedir una honrosa capitulacion.

Ajustada esta en el acto, rindieron las armas juntamente con 4 piezas de campaña, 600 hombres del batallon de infantería de Coquimbo i 400 de caballería; pero habiendo pedido á una voz todos los soldados del Rei que se hicieran algunos sacrificios espiatorios en desagravio de los ultrajados manes de los prisioneros de la punta de San Luis, fue preciso acceder á este ruego que se presentaba con algun carácter de disculpa, si bien fue ilegal i reprensible en su esencia, i que lo exigia asimismo la necesidad de contentar á unas tropas que no siendo pagadas ni alimentadas generalmente por el Estado tenian mas derecho á ser atendidas, i aun á veces con detrimento de la misma disciplina. Fueron en su consecuencia pasados por las armas el general Alcázar i 23 oficiales; i todos los demas prisioneros fueron incorporados á las filas realistas á solicitud de ellos mismos, acompañada de los mas solemnes juramentos de amor i fidelidad al Soberano español.

Engrosada por este medio la orgullosa division de Benavides, se dirigió sin pérdida de tiempo sobre la ciudad de Concepcion, ocupada entonces por el general insurjente don Ramon Freire, comandante en gefe de aquella provincia, quien evacuó dicho punto, i se replegó al de Talcahuano luego que supo la catástrofe de sus columnas avanzadas i la aproximacion de las del Rei. Habiendo hallado Benavides abandonada dicha ciudad, se dirigió á poner sitio al referido puerto de Talcahuano, que sostuvo el general Freire con el mayor teson por el espacio de tres meses sin que las contínuas pérdidas que sufria en los repetidos encuentros que tenia con sus contrarios hubieran debilitado en lo mas mínimo el ardor de su resolucion de sepultarse en las ruinas de la plaza antes que rendir sus armas.

Si Benavides, en vez de obstinarse en esta conquista,

hubiera movido su campo ácia el interior del reino, acaso habria restablecido en él la autoridad real ¡tal era el terror que infundia su solo nombre, i tan escasos se hallaban los chilenos de fuerzas para resistirle! Empero perdido un tiempo tan precioso en aquel sitio, lo tuvieron estos para desplegar nuevamente su energía i para enviar refuerzos por mar al general Freire, que no habia cesado de pedirlos, pintando con los mas vivos colores la deplorable situacion de la república, sino se lograba batir la division realista que tenia al frente.

Escarmentados los sitiados en cuantas salidas habian hecho de la plaza, dispusieron otra con 1ϑ hombres de caballería que habian podido reunir con los llegados de la capital; i aunque salieron al campo con mayor aliento i confianza, fueron sin embargo rechazados completamente, puestos en la mas horrorosa dispersion, i acuchillados hasta tiro de pistola de sus mismas baterías. La pérdida de los rebeldes se graduó en 200 hombre incluso el desleal i feroz español Molina, que halló en esta ocasion el castigo debido á su sanguinario carácter, marcado horriblemente con el degüello de cuantos paisanos suyos habian caido en sus manos desde que habia adoptado la divisa rebelde; peró fué todavia mayor la de los realistas, causada por el fuego de metralla de dichas baterías, al quèrerse aproximar á ellas, llevados del ardor de la pelea.

Reducido Freire á la situacion mas desesperada, trató de hacer una terrible prueba del valor i constancia de los realistas. Despues de haber arengado á su tropa para despertar en ella los últimos restos de su entusiasmo, dispuso su salida, que verificó á los dos dias con 3ϑ hombres de todas armas en direccion del campamento de Benavides. Sin arredrarse éste por aquel imponente despliegue de osadía i despecho, aceptó el combate, aunque conocia que solo á fuerza de sangre i sacrificios podia triunfar de unos enemigos resueltos á apurar los últimos quilates de su ciego furor.

Ya la caballería contraria pisando centenares de cadáve-

res habia principiado á replegarse sobre su infantería, i ésta corria en dispersion arrollada por la realista, cuando aprovechándose Freire del desorden de dichas filas contrarias en el acto de seguir al alcance de los vencidos, i puesto al frente de su caballería reanimada con su sola presencia, atacó con tanta decision á la infantería de Benavides, que á las dos horas i media de reñido i sangriento choque quedaron enteramente deshechos los realistas á pesar de los heróicos esfuerzos que hizo la caballería, que fue la única arma que pudo salvarse de aquella mortífera batalla. Los 400 hombres que la componian hicieron con el mayor orden su retirada sobre el Biobio, desplegando en ella un valor sin igual los ilustres gefes Benavides i Pico.

No bien habian llegado estos restos de la fidelidad española al antiguo cuartel general de Arauco, cuando emprendieron nuevas correrías con cortas divisiones en union con los indios. Fue encargada la primera salida al coronel Pico con 500 hombres de caballería de línea i de milicias, con la idea de quemar los pueblos de los Angeles, Santa Bárbara, Colcura, Gualqui, Santa Juana, Nacimiento, San Pedro, Tucapél, San Cárlos, Talcamavida i Chillán. Asi lo verificó con todos ellos escepto con Chillán, cuya ciudad fue salvada esta vez por la resistencia que opuso el comandante Zapata, como natural de ella, á quien era justo i político complacer, tanto por los importantes servicios que habia prestado á la causa del Rei desde el principio de la revolucion en que se dedicó á contrariarla, no siendo entonces mas que capataz de una recua de la hacienda de Cuchacucha, perteneciente á los Urréjolas, como por el grande ascendiente que tenia en el pais i en las tropas, con el que podia ser mui peligroso si se le escitaba su irritacion.

Empero una accion tan recomendable para sus paisanos, si hubieran sabido apreciar debidamente su mérito, halló por premio una muerte horrorosa que le dieron ellos mismos en un choque que ocurrió á los pocos dias al frente de aquella ciudad, durante el cual tuvo la desgracia de ser lazado

por el pescuezo, i arrastrado por todas sus calles hasta que exhaló el postrer aliento.

A pesar de los esfuerzos de los que defendian la causa del Rei en estas fronteras, reinaba entre ellos bastante desaliento i desconfianza de poder sostener largo tiempo su arriesgado partido á causa de la falta de armamento, municiones i numerario, i de la total incomunicacion con el Perú, i aun con la isla de Chiloe. Entregados á tan melancólicas reflexiones les ofreció la Providencia un inesperado consuelo en tan críticas circunstancias. Habia fondeado en la ensenada de Arauco un bergantin insurjente; i como hubiese barado en tierra una lancha, le ocurrió á Benavides apoderarse de él por sorpresa: embarcado por su orden el teniente coronel don Antonio Carrero con 12 hombres, i protejido por la oscuridad de la noche, abordó silenciosamente al referido buque, é hizo prisionera su tripulacion, de cuya suerte participó un capitan de ingenieros, cuñado del director de Chile O'Higgins, que fue al momento pasado por las armas.

Quedando el piloto i el resto de los marineros al servicio del Rei por ardiente solicitud que hicieron á Benavides, se dispuso que dicho bergantin pasara á Chiloe con la dotacion competente de tropa á las órdenes del espresado Carrero, con encargo de pedir al gobernador Quintanilla oficiales, armamento i cuantos ausilios pudiera facilitarle. Como ya Quintanilla hubiera recibido anticipadas órdenes del virei del Perú relativas á este objeto, se dedicó con el mayor esmero á darles cumplida ejecucion escitando por medio de circulares el patriotismo de los oficiales para ir á continuar sus servicios en las fronteras de Arauco, i suministrando los socorros que estuvieron á su arbitrio á pesar de la escasez en que se hallaba por la falta de remesas de Lima, sin las cuales nunca habia creido posible sostener el dominio de aquella isla.

Entre los oficiales que se resolvieron á recorrer un campo tan sembrado de abrojos, privaciones, penalidades i riesgos, se halló don Miguel Senosiain, de quien debe hacerse hono-

rífica mencion desde este momento, porque á este valiente oficial estaba reservado ser el último sostenedor de la autoridad real en estos paises. Embarcado en una lancha cañonera, hubo de regresar á la isla por no haber podido resistir al embravecimiento de las olas. Embarcado nuevamente á bordo del bergantin apresado, llegó á las playas de Arauco en 17 de agosto á tiempo que ya aquellos leales presentaban un aspecto brillante, que distaba mucho del que habian manifestado los mismos comisionados, i de lo que podia creerse segun el curso de los sucesos.

La favorable variacion que halló dicho Senosiain, se debió á la feliz circunstancia de haberse apoderado por sorpresa en las inmediaciones de la isla de Santa María de otro bergantin insurjente, que desde la costa se habia visto fondear en una de sus ensenadas, cuyo buque, de pertenencia angloamericana, llevaba por cuenta del gobierno de Chile 159 armas entre fusiles, pistolas i sables, i fue declarado de buena presa conforme á las reales órdenes que entonces regian. Nombrado el citado Senosiain comandante de escuadron por Benávides, i facultado para elegir el armamento necesario, se dedicó con infatigable teson i constancia á organizar su cuerpo, i lo consiguió de tal modo que ya en sus primeros encuentros con el enemigo adquirió ilustres blasones que le grangearon la confianza del gefe superior i de sus oficiales i soldados.

El feliz hallazgo de tan abundante armamento habia infundido en el ánimo de los realistas algunas esperanzas de salir triunfantes de aquella penosa lucha; pero faltaba mucho para restablecer la moral de aquel ejército, tan relajada por la catástrofe sufrida nueve meses antes en Talcahuano, i era seguramente el mayor de los tropiezos la falta absoluta de metálico que obligaba á tomar los víveres en donde los hallaba, cometiendo por consiguiente todas las tropelías i violencias propias de aquella apurada situacion. Se veian por lo tanto precisados los gefes realistas á reunir en sus filas á los indios araucanos, i á tolerar sus escesos porque no de otro modo podian contar con su obediencia. De esta forzada posi-

cion; resultaba que el pais pisado por estos ausiliares quedaba convertido en un monton de ruinas: ¡tal era el espíritu de furor i devastacion que dominaba á dichos indios, tan firmes i esforzados en el ataque, como crueles é inhumanos en la victoria!

Organizado prontamente un cuerpo de 1200 caballos, invadió de nuevo la provincia de Concepcion en el mes de setiembre, se presentó al frente de Chillán despues de tres encuentros parciales, i dejando atrás aquella plaza guarnecida con bastantes fuerzas insurjentes, cruzó el rio Nuble con ánimo de internarse en el pais, cuando noticioso de que dos divisiones enemigas estaban próximas á reunirse con la referida guarnicion de Chillán, repasó el espresado rio en retirada para los Angeles, avistándose una de ellas en 7 de octubre en las casas de Arce, inmediatas á la villa nueva de San Cárlos, con la que hubo de sostener un pequeño tiroteo. Al llegar la citada columna en el dia 10 á las vegas de Saldía, fue atacada por toda la fuerza reunida de los disidentes en número de 2500 hombres de infantería i caballería, dos piezas de campaña i 400 indios ausiliares.

Habiéndose situado éstos en el paso de un desfiladero, que solo permitia el de dos caballos de frente para vadear el rio de Chillán, lograron envolver la division realista de un modo tan desastroso, que habria quedado toda destruida si el comandante Senosiain, que cubria la retaguardia con su escuadron, i que felizmente no habia entrado todavía en el desfiladero no se hubiera arrojado con el mayor denuedo sobre las desordenadas filas contrarias, mezcladas ya con los realistas. A los esfuerzos de este bizarro gefe se debió la salvacion de aquella columna sin que hubiera esperimentado mas pérdida que la de 300 hombres entre muertos i estraviados.

Habiendo Senosiain, del mismo modo que Pico, adquirido una ventajosa opinion en el ejército, fueron dejados ambos por Benavides en el canton del Biobio, frente á los Angeles, mientras que aquel se encaminaba con las demas tro-

pas á su cuartel general de Arauco, bien distante de prever los reveses de sus armas, i el fatal destino que le estaba preparado. Al llegar dicho Benavides á Arauco, lo halló ocupado por los insurjentes, quienes se mantuvieron firmes á pesar de los repetidos ataques de los realistas, á los que fue esquiva la fortuna cuantas veces quisieron apelar á su proteccion. Engreidos los rebeldes con sus continuados triunfos, manifestaron doble atrevimiento en sus consejos i un estraordinario esfuerzo en la ejecucion: desalentados los realistas en igual proporcion se introdujo en ellos la mas escandalosa desercion á las filas rebeldes, desde las que se presentaban á insultar á los fieles, haciéndoles ver la impotencia de su partido desde que depuesto el virei Pezuela habia sido evacuada la capital del Perú retirándose las tropas del Rei á la sierra. Trataban asimismo de completar la desmoralizacion de las de Benavides haciéndoles ver la ninguna esperanza de recoger el fruto de sus trabajos, pues que dueños los insurjentes del Pacífico, i posesionados asimismo de los puntos de la costa no podian recibir clase alguna de comunicacion i mucho menos de ausilios.

Estas alarmantes voces i envenenadas frases de amistad é interes, unidas á las desgraciadas acciones que habian tenido en aquellos dias los realistas, llegaron á pervertir su espíritu i aun el de los mismos indios, quienes por seguir el partido del Rei recibian daños incalculables de algunos de sus mismos paisanos, como lo eran los del partido de Malalehes, capitaneados por los caciques Venancio Coiquepan, Melipan i otros, adictos á los insurjentes; pero las arengas de los caciques amigos, don Felipe Güerchuguir i don Martin Checuquemilla del partido de Arauco, don Francisco Mariluan i don Juan Manquimbueno del de Moluches, frente de los Anjeles, don Martin Toreano i don Juan Necuhuan del de los Pegüenches, situados al E. de la cordillera de los Andes i Pampas de Buenos-Aires, los hacian continuar en la defensa de los Reales derechos.

Sin embargo de los brillantes rasgos de fidelidad i amor

al Soberano español que presentaron en esta ocasion algunas tribus de los indios bárbaros, seguia el terror i la desconfianza de las tropas que defendian esta noble causa; i como sino hubieran bastado las razones indicadas para pones en el mayor peligro á este desgraciado partido, se suscitaron todavia otras que le aproximaron á la orilla del precipicio. Fueron estas las desavenencias, tan comunes en la revolucion de América, entre los mismos gefes realistas, i señaladamente entre el comandante general Benavides i el teniente coronel Carrero. Aprovechándose este último del desconcepto público en que aquel habia caido á consecuencia de sus últimas desgracias, que las tropas i aun los mismos indios atribuian á su torpeza é impericia, llegó á hostigarle con tanto descaro é insolencia, que viéndose el malogrado Benavides sin apoyo, sin amigos i sin el menor prestigio, determinó abandonar unas gentes que premiaban con tanta ingratitud sus anteriores padecimientos i sacrificios, i se embarcó en una lancha en el rio Leviz en compañía de su esposa, del coronel Artigas, del capitan don Mateo Martelin i de tres soldados con direccion á las costas del Perú; pero la falta de hombres de mar que dirijiesen su frágil nave, i la escasez de víveres i de agua le obligaron á arribar al Maule cerca del pueblo de Bilbao con la mira de proveerse de los auxilios que necesitaba.

Habiendo enviado á la costa un soldado de su mayor confianza para que esplorase el terreno, concibió al instante aquel pérfido confidente el horrible plan de sacrificar á su gefe por asegurarse la indemnidad de su persona i tal vez un rico premio correspondiente á su traicion. Al llegar al citado pueblo se presentó al alcalde, i le ofreció entregarle la persona de Benavides si queria ayudarle en su proyecto. Oida con el mayor agrado una propuesta tan lisonjera, cual era la de poner en manos del gobierno de Santiago al enemigo mas terrible que hayan tenido los insurjentes de Chile, salió el citado alcalde á ocultarse detras de unas tapias con 50 hombres bien armados, en tanto que regresando el inícuo soldado, i persuadiendo á Benavides de la seguridad con que podia des-

embarcar por hallarse los vecinos de aquella poblacion ocupados en sus labores de campo, é informándole de la facilidad con que se proveeria de víveres i de agua, se resolvió á tocar aquel suelo fatal, en el que fue al momento cogido por los emboscados, asegurado con dos barras de grillos, i conducido á la capital para ser la befa i escarnio del pueblo, i para sufrir el mas horrible suplicio que le fuera impuesto al año siguiente.



CAPITULO X.

QUITO: 1821.

Llegada de tropas colombianas i del general Sucre á Guayaquil. Discordias entre los realistas. Ventajas de las tropas de Pasto. Accion de Genoi. Llegada á Quito de Moles i Morales comisionados para comunicar el armisticio de Santa Ana. Suspension momentánea de hostilidades, que fueron rotas mui pronto por el caudillo Pedro Leon Torres. Salida de Calzada del reino de Quito i su peligrosísimo viaje. Presentacion de Lopez i Salgado al presidente Aimerich con un batallon que habian formado entre los mismos enemigos. Malogrado el plan de estos gefes con los comandantes de las lanchas cañoneras para dar un golpe sobre Guayaquil. Brillante cuerpo formado en Cuenca por Gonzalez. Su total destrozo en Yaguachi por haber obrado aisladamente i sin combinacion. Crítica posicion de Aimerich. Illingrot sobre Quito. Segunda batalla de Guachi. Nuevos esfuerzos de los insurjentes por todas las avenidas de este reino. Armisticio de los de Guayaquil con Tolrá. Llegada de Cruz Mourgeon.

Aunque los insurjentes de Guayaquil habian visto completamente desconcertados sus grandiosos proyectos desde la derrota de Guachi sufrida en el año anterior, se reanimaron sin embargo á principios del presente con la llegada de algunos refuerzos de la titulada república de Colombia i con la confianza que les inspiró la presencia del general Sucre. Desde luego trataron de hacer nuevas espediciones contra los realistas de Quito, entre los que se habia introducido algu-

na discordia sobre opiniones políticas, producida desde la llegada de las noticias de haberse jurado en la península la aciaga constitucion de las córtes de Cádiz.

La repugnancia de Aimerich en proclamar aquella forma de gobierno, i el empeño de otros gefes en que se imitase el ejemplo de la Madre patria eran elementos poco favorables para abrir la presente campaña.

Pasto se vió amenazado á principios de este año por numerosos cuerpos de rebeldes que se estrellaron repetidas veces en los pechos de aquellos habitantes, i en el del no menos esforzado comandante general don Basilio Garcia, que habia reemplazado á Calzada. El territorio de Popayán i de la costa era ocupado alternativamente por tropas de ambos partidos. La bravura de los realistas se señaló particularmente en el dia 2 de febrero sobre la quebrada de Genoi, en que atacados por 1200 hombres, pertenecientes en su mayor parte á los batallones de Rifles i Albion, capitaneados por el titulado general Valdes, fueron batidos completamente por 250 soldados de línea i por 500 paisanos pastusos, á que ascendia toda la fuerza de los realistas, sin que el caudillo insurjente hubiera salvado sino 400 hombres, habiendo quedado muertos i prisioneros los demas en el campo de batalla con todo el armamento, pertrechos i equipages i hasta las oficinas de los cuerpos i su correspondencia.

Habria sido todavia mas completa esta victoria, i tal vez ni el mismo Valdés se habria salvado del irresistible brazo de los vencedores, si en el momento de la persecucion i cuando ya se hallaba cortado por algunas guerrillas no se hubieran presentado los comisionados Moles i Morales, enviado el primero por Morillo i el segundo por Bolivar con el armisticio de Trujillo, del que se ha hecho mencion en el capítulo de Caracas del año anterior.

Dicho Morales estaba de acuerdo con Valdés para entretener al comisionado español con vanos pretestos hasta que se hubiera visto el resultado de aquellas operaciones hostiles, movidas por el mismo gefe supremo republicano que acaba-

ba de jurar en Santa Ana la santidad de sus contritos. Como el resultado fue tan funesto á las armas rebeldes, se apresuraron á comunicar el objeto de su mision quedando por este medio dueños de Popayán i de un inmenso territorio que pertenecia de derecho á los vencedores de esta última batalla.

Se sometieron sin embargo los realistas á las disposiciones del general en gefe espedicionario, quedando los insurjentes en sus posiciones. Cuando Pedro Leon Torres que habia reemplazado á Valdés en el mando de aquellas tropas llegó á reunir unos 2000 hombres, trató de dar un golpe á la ciudad de Pasto despreciando los convenios pacíficos que se habian ajustado; pero al llegar al valle de Patía se vió hostigado del modo mas vigoroso por los esforzados pastusos, que García habia situado de avanzada en aquel punto; i como á estos terribles enemigos se agregase el del insalubre clima, hubo de retirarse á Popayán con la baja de 700 hombres, cediendo vergonzosamente el campo á las guerrillas realistas.

Por estas fue perseguido hasta la citada ciudad de Popayán, de la cual salieron 80 caballos mandados por el coronel negro, Infante, por un teniente coronel i cinco oficiales en persecucion de las mismas, á cuyo esfuerzo sucumbieron todos en su vez en Quilcasé á una jornada de Popayán, habiendo sido conducidos prisioneros á Pasto los pocos que salieron con vida de aquel combate.

Engreido Garcia con estos ilustres triunfos, envió tropas sobre la costa del Sur para libertar á Barbacoas i todo el pais que se halla desde Izcuandé á Atacames ó cabo de san Francisco, que fue el punto en que desembarcó á fines de este año el general Mourgeon en su viage para tomar las riendas del gobierno de Quito. Dejando, pues, al coronel don Basilio Garcia en pacífica posesion de los pueblos del Norte, que habia sabido sujetar con sus victorias, volveremos á describir las operaciones de los realistas en la parte del Sur, dando una rápida reseña de la suerte final que cupo al coronel Galzada en este pais.

Despues que este gefe habia contribuido como simple oficial i consejero del teniente coronel Vizcarra, que fue el primero que tomó posicion en Genoi, i á cuyos esfuerzos se debió en parte la citada victoria, recibió por el conducto del comandante general don Basilio García la órden del presidente para regresar á Quito. Estando en la villa de Ibarra de tránsito para su destino, al que era conducido en clase de arresto por un escuadron de caballería al mando del teniente coronel don Manuel Rodriguez, fue visitado por los comisionados Moles i Morales, quienes le prometieron influir en el ánimo de Aimerich, para que cesase de una vez aquella horrible persecucion.

Cumplieron éstos con tanta prontitud i eficácia su promesa que ya al dia siguiente le remitieron el pasaporte para reunirse al cuartel general de Morillo. Lleno de gozo Calzada por este importante servicio, mediante el cual podia abandonar aquel ingrato pais, en el que por premio de sus ilustres hazañas i de los infinitos sacrificios prèstados en defensa de los reales derechos, habia hallado un inflexible rigor de parte del gefe superior, una abierta pugna de algunas autoridades, i los mas irritantes desaires de varios de sus subalternos, se entregó desesperadamente á los graves peligros que debian acompañarle en el viage que emprendió por las montañas de Sebendoi, á fin de no pisar territorio enemigo; i como al llegar al Orinoco tuviese noticia de la salida de Morillo para Europa, se dirigió ácia el Marañon ó rio de las Amazonas, sufriendo las mas duras penalidades que le hicieron creer repetidas veces irremediable su ruina; i embarcándose para Portugal llegó felizmente á la península.

Despues de haber hecho esta prolija digresion en obsequio de uno de los militares que mas han trabajado en América, pasaremos á dar cuenta de las operaciones de las tropas de Quito contra los insurjentes de Guayaquil.

Hallándose el general Aimerich en Riobamba, tuvo del modo mas inesperado una de las mayores satisfacciones de su vida, que fue tal vez el orígen, ó á lo menos el preludio de

una nueva carrera de triunfos. El teniente coronel don Nicolás Lopez habia sido hecho prisionero cuando á fines de octubre del año anterior, fue enviado por Calzada para dar aviso á Aimerich de la aproximacion de los enemigos á la capital: la fama de este bizarro oficial fijó mui pronto la atencion de los rebeldes; i creyendo que la circunstancia de ser un hijo del mismo suelo americano fuera suficiente garantía para merecer su confianza, la depositaron en él de un modo tan absoluto, que le permitieron formase un cuerpo á toda su satisfaccion, de los mismos prisioneros realistas i de cuantos quisieran incorporarse á sus filas.

Fingiéndose Lopez un ardiente promovedor de los intereses revolucionarios, llamó astuta i mañosamente á su servicio á todos los que habian dado mayores pruebas de adhesion al partido realista, entre los que adquirió particular recomendacion el capitan Valdés, habiendo sido mayor todavía su empeño en la eleccion de sus oficiales, de los que tan solo tres ó cuatro dejaban de estar adheridos á sus ideas i proyectos. Luego que hubo organizado dicho cuerpo, fue enviado por los guayaquileños á las bodegas de Babahoyo unidamente con las tropas que mandaba el coronel don Bartolomé Salgado, aparentando operar en combinacion con las demas fuerzas de los rebeldes; pero cuando se creyó en estado de poder descubrir abiertamente el objeto de sus maniobras, formó su tropa, i despues de haberla arengado con toda la elocuencia que cabe en un pecho inflamado, victoreó con el mayor entusiasmo al Monarca español; i aquel acto tan laudable como atrevido, fue imitado por la mayor parte de su gente sin que se hubiera hecho la menor violencia á los pocos oficiales i soldados que se mantuvieron obstinados en el partido de la insurreccion.

El plan de Lopez habia sido combinado con los comandantes de las lanchas cañoneras, los que debian simultáneamente atacar al puerto de Guayaquil i entretener á los rebeldes por aquella parte en tanto que las tropas del Rei se aproximaban por tierra á conseguir un completo triunfo so-

bre aquella rebelde ciudad; pero como dicha fuerza marítima hubiera capitulado apénas hubo tomado una hostíl iniciativa sin que sea fácil averiguar la verdadera causa de su flojedad ó torpeza, se frustró el golpe por este lado; mas no por los esforzados Lopez i Salgado, quienes puestos á la cabeza de los que con la mas fina voluntad segundaban sus nobles impulsos siguieron su marcha arrostrando todos los peligros de la mas viva persecucion, que emprendieron los rebeldes tan pronto como tuvieron conocimiento de su defeccion; i llegaron al cuartel general de Aimerich, quien quedó tan satisfecho como sorprendido de hallar generosos amigos en vez de terribles contrarios, i dedicada á su servicio una fuerza que creia lo fuese de los disidentes. Agradecido el citado general á este rasgo de acendrada lealtad concedió á Lopez el grado de coronel, que aquel benemérito gefe rehusó hasta que no lo hubiera ganado con nuevas empresas guerreras.

El coronel don Francisco Gonzalez habia formado en Cuenca un cuerpo brillante de 1000 plazas, con el que se contaba esencialmente para rechazar los nuevos esfuerzos que hicieran los guayaquileños. La primera operacion de éstos se dirigió á ocupar á Yaguachi i á Babahoyo, que forman dos de las tres salidas que hai desde el citado punto de Guayaquil para el de Cuenca; i estacionados en aquellas posiciones se dedicaron á introducir en el reino el pestífero cebo de la seduccion, sin que la rigurosa observancia de los realistas fuera bastante para impedirlo, i menos para cortar sus progresos.

Habia sin embargo en la misma ciudad de Guayaquil algunos sujetos recomendables por su lealtad, que se pusieron en comunicacion con Aimerich, ofreciéndole su activa cooperacion é influjo en caso de dirigirse con sus tropas á dicho punto, como le aconsejaban debia practicarse para acabar de un golpe con el génio de la rebeldía. Alentado Aimerich con este apoyo se determinó á dirigirse en el mes de julio sobre Guaranda á fin de obrar en combinacion con la columna del citado Gonzalez i dar un golpe decisivo á los independientes.

Antes de emprender este movimiento previno á don Basilio García, que mandaba las tropas de Pasto, desplegase toda la posible actividad i energía para sostenerse con honor en aquellas provincias en tanto que él se alejaba con el citado objeto.

El plan del referido Aimerich no podia ser mas acertado: dirigirse á Babahoyo en donde debia reunírsele Gonzalez en 28 de agosto, segun órdenes urgentísimas que á este fin le habia comunicado para caer con rapidez sobre la ciudad de Guayaquil, era una maniobra escelente, que debiera haber sido coronada con el mas feliz resultado; pero aunque prescribió al espresado Gonzalez la necesidad de que anticipára su marcha desde Cuenca cruzando la línea de Yaguachi, á cuatro jornadas de distancia, tuvo este gefe la mal calculada presuncion de creerse bastante fuerte con su solo batallon para renovar los triunfos del año anterior; i llevado de la ambicion de que se debieran éstos esclusivamente á su direccion i valentía, se arrojó sobre ellos recibiendo en la completa destruccion de sus 1000 hombres el escarmiento de su temeridad, i una dura leccion de los males que produce la desobediencia militar.

El infatigable celo de este gefe i sus ardientes impulsos de decision por la causa del Rei dejaron de ser cualidades recomendables en aquella ocasion en la que la falta de subordinacion al general que dirigia aqellas operacionues, fue causa del malogro de todos sus planes, i de que una campaña, que prometia seguras ventajas, fuera acompañada de los mayores desastres.

Aimerich ignoraba la inconsiderada resolucion de Gonzalez, i por consiguiente la inutilizacion de aquella respetable columna, tan necesaria para el desarrollo de sus planes. Habiéndola esperado en vano dos dias mas del prefijado para su reunion, se resolvió á emprender su movimiento en la noche del 30 con 800 infantes i 150 caballos que el teniente coronel Moles habia organizado en Quito á su llegada en comision desde el cuartel general de Morillo, i cuyo gefe servia

de segundo en esta campaña. Atravesando el caudaloso i navegable rio de las Bodegas, sobre unas balsas de guáduas ó cañas bravas, i la caballería á nado, i continuando su marcha por aquellos ásperos terrenos cubiertos de maleza i arbolado, llegó el 1º de setiembre á las inmediaciones del indicado punto de Yaguachi, en donde fue informado de la desgraciada action de Gonzalez por un parlamentario que le dirigió el mismo caudillo Sucre.

Conociendo lo crítico de su posicion determina instantaneamente su retirada, i la lleva á efecto con la mayor celeridad; los enemigos se ponen á sus alcances; unos i otros llegan á un tiempo al mencionado rio de Babahoyo; pero verificando su paso con mayor destreza i prontitud las tropas realistas, quedan las de Sucre á su retaguardia estendiéndose unas i otras sobre la llanura llamada de la *Sabaneta*.

Habiéndose reunido los dispersos que pudieron salvarse de la derrota de Yaguachi, se mantuvieron algunos dias estacionados para dar á todas sus tropas el necesario descanso, que se veia sin embargo interrumpido por el contínuo tiroteo de las guerrillas enemigas. Viendo ya Aimerich completamente frustrados sus primitivos planes, resolvió retirarse á la capital de Quito que le quedaba 80 leguas á retaguardia: emprende una noche este movimiento retrógrado, los enemigos le estrechan en un monte real, sufre allí una gran pérdida en municiones, hombres i caballos, sigue en desórden i dispersion ácia Guaranda, i llega por fin á la villa de Riobamba, en donde trata de estacionarse i de rehacerse de sus quebrantos; pero los enemigos, que habian salido en su persecucion, i que iban ocupando con un solo dia de atraso las posiciones que aquel abandonaba, llegaron á colocarse paralelamente al citado punto de Riobamba al otro lado de la cordillera de Chimborazo ó pueblo de Mocha.

En tanto que Aimerich sufria toda la amargura de su posicion se veia amenazada la capital por el aventurero ingles Illingrot, que habia salido de Guayaquil por Santo Domin-

go de los Colorados; pero aquella benemérita guarnicion, aunque compuesta de solos 80 hombres á las órdenes del coronel don Damian Alba, supo defenderse de este arrojado caudillo. La Tacunga habia sido invadida al mismo tiempo por otra columna que habia salido de dicho punto de Guayaquil i penetrado por Angamarca; mas tambien fue ésta rechazada por el coronel Tolrá, que habia llegado recientemente de Mainas despues de mil encontradas vicisitudes que habia sufrido en aquella provincia del mismo modo que en la de Trujillo con la mayor constancia i decision, si bien de ambas habia sido arrojado por las victoriosas armas de los rebeldes.

Temiendo que sin embargo de estos triunfos parciales pudiese dirigir Sucre todos sus planes sobre la capital, resolvió ponerse en marcha para defenderla de todo golpe de mano; i asimismo para proveerse de víveres, de que ya empezaban sus tropas á escasear á causa del aislamiento de su posicion. Habiendo emprendido con efecto su retirada, levantaron igualmente el campo los enemigos, é iban en su seguimiento con solo la cordillera de por medio. Era el 12 de setiembre cuando ácia el mismo punto de Guachi, en donde habia dado Gonzalez su primera accion en el año anterior, se avistó un pequeño cuerpo enemigo como de descubierta, sobre las colinas de la derecha que daban frente al camino.

Alarmado el general, i sabiendo que Sucre, aunque era mui superior en infantería, tenia mucha desventaja en el arma de caballería, se lisongeó de que le seria propicia la suerte de las armas si lograba empeñar un lance en la llanura. Descendiendo á ella con este objeto, se situó á mas de tiro de cañon del enemigo, aguardando impavidamente el ataque, del que no dudaba, i de cuyo resultado estaba pendiente la suerte de todo el reino.

Habiendo roto la marcha los rebeldes, pasaron los realistas á situarse al apoyo de una pequeña ensenada, en la que remata dicho estenso llano: fórmanse aquellos en batalla i

los realistas en columnas sencillas; nuestra caballería da dos cargas furiosas sin obtener las ventajas que se habia propuesto; se rehace de nuevo á la izquierda de la línea enemiga, que habia formado su cuadro con todas las reglas del arte; mas volviendo aquella con nuevo ardor á la pelea, es ésta arrollada i deshecha, i cede todo al impulso de los realistas.

El campo quedó cubierto de cadáveres, i en poder del vencedor los equipages, pertrechos, municiones i todo el material del ejército. La viva persecucion que se dió á los prófugos agregó las últimas tintas á aquel cuadro de desolacion i espanto. El español Mires (1), general al servicio de Colombia, 40 oficiales, entre ellos algunos estrangeros i 800 soldados quedaron uncidos al victorioso carro realista; el resto de la fuerza insurjente, que ascendia á 1600 al principio de la batalla, quedó mordiendo el polvo. Solo el general Sucre, herido levemente, i unos pocos oficiales pudieron evitar con la celeridad de sus caballos la infausta suerte que cupo á sus compañeros.

Todo, pues, lo perdieron los rebeldes en esta memorable jornada, en la que todas las clases del ejército español se cubrieron de gloria, especialmente la caballería i su digno comandante el coronel Moles, á cuyo esforzado brazo é incomparable arrojo personal se debió principalmente el honor de tan brillante victoria, que costó sin embargo la sensible pérdida de una tercera parte de su fuerza, i del bizarro coronel Payol. Recogidos en aquella misma tarde los heridos de una i otra parte para derramar sobre ellos todos los ausilios del arte, i recorrido el campo de batalla al dia siguiente por el coronel don Miguel de la Piedra, emprendieron los realistas su marcha para Quito, cargados con tantos i tan ilustres trofeos, i llegaron á los pocos dias á recibir los aplausos debidos á su constancia i valentía.

(1) Este fue uno de los delatores de la contrarevolucion de Caracas en 1810, conocida con el nombre de los Linares.

Lejos de desanimarse los disidentes guayaquileños con tan duros i terribles contrastes, redoblaron su ardor i energía para levantar nuevas tropas, i para volver á adquirir una actitud igualmente respetable. Los insurjentes de Santa Fé habian reunido fuerzas imponentes por la parte de Popayán i amenazaban dar un golpe á las tropas que guarnecian aquellos puntos. Los del Perú amagaban una invasion por la parte de Piura. La atencion de los realistas estaba, pues, dividida sobre una estension de terreno de mas de 220 leguas de N. á S. i de 120 de E. á O: su fuerza para cubrir este inmenso espacio no pasaba de 2700 hombres, de los cuales se hallaban 10 en Quito, 200 en Cuenca i 1500 en Pasto, 600 de los cuales eran del ejército espedicionario i el resto se componia de paisanos que suplian con su decision, fidelidad i arrojo su falta de instruccion i disciplina.

Deseosos los guayaquileños de ganar tiempo para terminar sus preparativos guerreros, entraron en negociaciones con el coronel Tolrá, que se hallaba situado en el campo de Sabaneta, i despues de varios debates se ajustó á fines de noviembre un insignificante armisticio, en virtud del cual se retiraron los realistas á Riobamba, i quedaron suspensas las hostilidades, mas bien por haber ocurrido á este tiempo la inundacion general de las montañas de Guayaquil, que por voluntad de los disidentes en observarlo, i menos por la de Aimerich en ratificarlo.

Habiéndose tenido noticia ácia esta misma época de la llegada del general don Juan Cruz Mourgeon con el carácter de virei de Nueva Granada, se dirigieron ausilios para habilitarle el penoso camino que habia tomado desde la costa de Atacames, en la que habia desembarcado con procedencia de Panamá, segun se dirá mas por estenso en la parte destinada á describir los sucesos del istmo. Eran ya los últimos dias de 1821 cuando Mourgeon tomó el mando de la presidencia de Quito; quedará por lo tanto suspensa la relacion histórica de este pais hasta el año siguiente.

CAPITULO XI.

SANTA FÉ. 1821.

Salida de Cádiz del general Cruz Mourgeon para tomar el mando del reino de Quito. Contrariedades en sus planes á causa de la batalla de Carabobo. Su llegada á Panamá. Discusiones suspendidas en el capítulo del año anterior acerca de reconocer la autoridad de Sámano. Detalles generales sobre el istmo. Apresto en él de una espedicion sobre Quito. Enérgicas disposiciones de Cruz. Su salida. Sublevacion de dicho istmo de Panamá. Llegada de la espedicion á la costa de Atacames. Situacion penosa de estas tropas. Descripcion del terreno recorrido por ellas en su tránsito para la capital. Su feliz arribo. Mala fé de los sitiadores de la plaza de Cartafena en sus comunicaciones con el comisionado Landa i con el gobernador Torres. Abierto rompimiento del armisticio. Progresos del insurjente Padilla por mar. Decision de Torres. Su desaliento al saber las desgracias de Venezuela i al verse privado de los ausilios de la Habana. Promesa de entregar la plaza por todo setiembre sinó recibia víveres. Honrosa capitulacion.

El gobierno constitucional de la península, que creia poder arreglar los negocios de Méjico i calmar la furiosa insurreccion suscitada por Iturbide enviando á aquel reino un general de prestigio que supiera al mismo tiempo conservar las instituciones liberales que formaban el principal objeto de sus desvelos, i cuya desacertada consideracion fue indudable-

mente la causa de la ruina de aquellos paises, habia nombrado al general don Juan O'Donojú para el desempeño de esta comision, i dispuso igualmente que se embarcase en el mismo navío, que lo era el *Asia*, el general don Juan de la Cruz Mourgeon con destino á Panamá i con el título de virei de Santa Fé, que deberia tomar luego que hubiera reconquistado las dos terceras partes de aquél reino, yendo hasta entonces revestido con el carácter de capitan general i presidente de Quito.

Salieron ambos comisionados del puerto de Cádiz en 30 de mayo, i llegaron á Puerto Cabello en 4 de julio á tiempo de hallarse alli reunidas las únicas tropas realistas que pisaban el territorio venezolano como un efecto de la desastrosa batalla de Carabobo, por la que se perdieron todas aquellas provincias. Viéndose Mourgeon privado por tan inesperado acontecimiento, de los ausilios que segun órdenes del gobierno debia prestarle el capitan general Latorre, hubo de apelar á los estremados recursos á que le obligaba su apurada situacion á fin de no dejar ilusoria su salida de la península.

Reunida previamente una junta de generales á la que asistieron O'Donojou, Mourgeon i Latorre, i los brigadieres Correa, Sartorio i Morales, se acordó que dicho Mourgeon, se trasladara á Puerto Rico hasta que el gobierno de la península, mejor instruido de los últimos sucesos de Venezuela, tomase las medidas que no habian estado antes en su prevision; mas era tan grande la fortaleza de ánimo de este guerrero que se empeñó en llevar á cabo la empresa confiada á su celo. Sin haber recibido de Latorre mas que unos pocos oficiales, sargentos i soldados de su derrotado ejército, i la compañía de cazadores de Leon que pertenecia al reino, se resolvió á pasar á la isla de Curazao á pedir á aquel gobernador un buque de guerra que lo convoyase á Chagres, con cuyo objeto le habia precedido su ayudante de campo don Pascual Moles.

Hallándose á aquella sazon el citado gobernador totalmente desprovisto de buques de guerra, se frustró por esta causa el principal fundamento de su espedicion, si bien re-

cibió en dicha isla las mayores atenciones indicantes la gratitud holandesa por el reconocimiento que las tituladas córtes acababan de hacer de su deuda. Sin desanimarse Mourgeon por esta contrariedad, i sin que le arredrasen los peligros de aquella navegacion, resolvió hacerse á la vela para Chagres, obligando al comandante del quéche *Hiena*, cuyo buque le habia sido concedido por Latorre para que le acompañase á Curazao, á que le siguiese escoltándolo hasta el citado punto de Chagres.

Habiendo arribado á él en 12 de agosto despues de haber sufrido los mayores quebrantos por efecto de la fiebre amarilla que se habia declarado en todos los buques del convoi, se dirigió ácia Panamá, en donde hizo su entrada en 16 del mismo mes, no bien libres todavia sus soldados de aquel contagio, al que sucumbieron muchos europeos.

En el capítulo del año anterior quedó suspensa la discusion sobre si don Juan Sámano debia ser reconocido por capitan general i virei. Como este se hubiera empeñado en pasar desde Chagres á Panamá contra lo resuelto en las actas del ayuntamiento, se pretestó que no podia dársele el mando por que no habia jurado la constitucion segun prevenian las órdenes que regian en aquella época. A pesar de haberse allanado aquel respetable anciano á celebrar en 21 de enero este acto que tanto le repugnaba, halló todavia una tenaz oposicion de parte de dicho ayuntamiento: vuelto entonces á los gefes i oficiales de la guarnicion que habian asistido á aquella junta les preguntó si reconocian su carácter; algunos manifestaron adherirse al partido de oposicion; pero los mas se inclinaban al de la legitimidad.

Temiéndose entonces que la diversidad de pareceres de un cuerpo tan numeroso pudiese producir alguna asonada militar se dispuso á propuesta del coronel don Isidro de Diego, que se retirasen los oficiales i quedasen solos los gefes en junta de guerra para decidir aquella cuestion. Dirigiéndose entonces Sámano al menos condecorado que lo era el comandante de pardos don Francisco Mercadillo, i por su or-

den hasta llegar á dicho de Diego como de mayor i mas antigua graduacion, todos convinieron en que se le confiasen las riendas del gobierno á pesar de la repugnancia del general Porras i de la abierta oposicion del citado ayuntamiento.

Siguió, pues, el istmo bajo la autoridad de Sámano hasta quince dias antes de la llegada de Cruz Mourgeon, en que por su repentino fallecimiento fue devuelto el mando al espresado Porras. El coronel de Diego habia sido el alma de las operaciones políticas i militares durante todos los gobiernos. El influjo que egercia en el pais debido á su larga residencia en él, á su carácter de primer comandante del batallon europeo de Cataluña, i finalmente á su enlace con una de las familias mas ricas de la ciudad, le daban un peso decisivo en todos los negocios.

El istmo habia sido fiel al Monarca español mientras que la mar del S. habia estado dominada por sus buques. Panamá es una poblacion esencialmente comercial, i debe estar por necesidad sujeta i aun adicta á quien le preste mayores facilidades para seguir su giro mercantil. No es, pues, de estrañar, que desde el momento en que le faltó el apoyo de los realistas, desde que sus puertos se vieron bloqueados por los insurjentes, i desde que cesaron sus utilidades i ganancias, desease la terminacion del gobierno español. Mucho antes habria sido éste derribado sin el respeto que imponia el batallon de Cataluña, i sin los estraordinarios esfuerzos de su coronel para destruir las maquinaciones de los descontentos.

Poco antes de llegar Mourgeon á dicha plaza se hallaba en tales escaseces i apuros que se habria visto precisada á capitular si de Diego no hubiese sabido hallar recursos para sostenerla. Convencido aquel general de la necesidad de salir pronto para Quito, tanto por ser este el punto de su destino como por aliviar las pesadas cargas que era preciso imponer á los panameños para proveer á los gastos de una guarnicion tan numerosa, desplegó aquella energía que le era tan natu-

ral para la organizacion de nuevos cuerpos i para el apresto de una espedicion. Uno de sus primeros cuidados fue la eleccion de un gefe á quien pudiese confiar el mando del istmo, puesto que Porras iba á salir con destino para la isla de Cuba.

De Diego era el mas á propósito para este encargo; pero estaba empeñado en regresar á la península i no fue posible disuadirlo de aquella idea. El teniente coronel don José Fábregas, gobernador de Santiago de Veraguas, fue presentado como sugeto de los mas fieles i acreditados en el servicio del Rei: en este, pues, recayó la eleccion de Mourgeon, i para comprometerle mas en defender la justa causa de la Metrópoli le confirió el grado de coronel, i le ofreció su amistad i el mas decidido patrocinio si sabia hacer respetar la autoridad real, en tanto que operando él sobre el reino mejoraba el estado de los negocios, i aun el de la marina, que era de lo que mas necesitaban los panameños.

A beneficio de su actividad formó Cruz en breve tiempo el batallon de Tiradores de Cádiz sobre la base de los oficiales i tropa que habia llevado de España i Costafirme, otro batallon de pardos, i dos escuadrones de caballería sin montar; puso en estado de salir á la mar á la mui deteriorada corbeta *Alejandra*, que poco antes habia arrebatado de los enemigos de Guayaquil i conducido á este puerto el piloto don Ramon Oyagüe; logró que el comandante del queche *Hiena* don Benito Larraigada se quedase para dirigirla; i finalmente iban tomando los negocios un asombroso impulso cuando quedó todo paralizado por una aguda enfermedad que hizo desesperar de su vida. Mas luego que se hubo restablecido se dedicó con nuevo ardor al apresto de la citada espedicion.

Esta se componia de 700 á 800 hombres, que fueron embarcados en la indicada corbeta la Alejandra, en tres pequeñas goletas del pais que se armaron con un cañon de colisa cada una, i en otros barcos costeros, formando un visible contraste la estrechez de los recursos con lo grandioso i arries-

gado de la empresa. Pasma en efecto como Cruz se hubiera atrevido á concebirla careciendo de todo para llevarla á cabo, i especialmente de numerario. Todo su celo sin embargo no habria bastado si en tan críticas circunstancias no hubiera aparecido en aquel puerto el negociante don Francisco Luciano Murrieta, enviado desde Arequipa á comprar fusiles, medicinas i otros pertrechos para el ejército Real del Perú.

Con mas de 20.000 pesos que dejó Murrieta en pago de los citados objetos, con 7.000 que aprontó Cruz de su propiedad i con el préstamo de algunos celosos realistas, se pudo dar un rápido movimiento á estas operaciones, i zarpar el ancla en 26 de octubre.

Sin embargo de haber dejado Mourgeon en este punto un gobernador que parecia lo fuera de toda su confianza, asi como un batallon de pardos, dos compañías del 1º de Cataluña, i otras dos del de tiradores de Cádiz, que se sortearon para este servicio, se sublevó á los pocos dias de su salida, por influjo del corrompido ayuntamiento, i con el ausilio de las mismas tropas del pais, á cuyo pronunciamiento hubieron de sucumbir los pocos españoles que habian quedado, i entre ellos el mismo coronel de Diego, cuya resistencia fue infructuosa en esta ocasion.

Habiéndose dirigido primeramente los buques á hacer aguada en la isla de Taboga, zarparon nuevamente el ancla á los cuatro dias desde este último punto con la aparente direccion sobre *Monte Cristi* en cuyas inmediaciones se decia los esperaba Lord Cochrane con su escuadra para batirlos; pero aunque el general Mourgeon trató de hacer público i notorio á todos, que se dirigian sus miras á desembarcar en dicho punto; se traslucía sin embargo que estos eran ardides para deslumbrar á los agentes encubiertos, i para salvarse mejor de las asechanzas que pudieran armarle sus contrarios. Asi pues apenas se halló en alta mar, envió á su ya mencionado ayudante de campo el capitan Moles en una de las goletas armadas á reconocer la rada i pueblo de Atacames, i facilitar algunos víveres para la citada espedicion, que llegó

felizmente en el dia 23 de noviembre, aunque dispersa de un recio temporal.

El mismo ayudante Moles fue enviado sin pérdida de tiempo á hacer el reconocimiento del rio Esmeraldas i del desierto que se halla hasta Quito, con el objeto de averiguar el estado de aquel reino, i si la capital se sostenia todavía por la España: ¡tal era la incomunicacion en que se estaba desde mucho tiempo con aquel pais! La situacion de los 700 á 800 hombres que llevaba Mourgeon á sus órdenes, era sumamente crítica: habia debido este general despedir los buques qne le habian conducido á dichas playas; se hallaba en un pais árido é inculto, enteramente aislado, i sin que pudiera adquirir la menor noticia de los limítrofes que habian sido el teatro de la guerra.

Se sostenía felizmente el reino de Quito á favor del Rei bajo la direccion del mariscal de campo don Melchor Aimerich: uno de sus oficiales don Francisco Carcaño, que pasaba de observacion á Esmeraldas, se halló en medio del desierto con el espresado Moles que precedia la marcha de Mourgeon para allanar el camino i sus dificultades. Tan sorprendidos uno i otro, como llenos de placer por este feliz encuentro que anunciaba á ambos un porvenir dichoso, siguió cada uno de ellos para su destino; i el enviado de Mourgeon llegó á la capital despues de nueve dias de marcha que empleó en cruzar dicho asperísimo desierto, aunque de solas 30 leguas de estension.

Poseidos los realistas del mas puro gozo al saber el próximo é inesperado arribo de la espedicion europea en momentos en que eran tan necesarios aquellos refuerzos, dispuso el general Aimerich que salieran inmediatamente algunos centenares de indios para abrir dicho camino, i llevar al capitan general i á su tropa cuantos víveres i ausilios pudiera necesitar. El mérito adquirido por este cuerpo de tropas en haber sido el primero que haya cruzado por este dificilísimo i casi intransitable terreno, nos obliga á destinar algunas líneas á su descripcion.

El pueblo de Atacames es habitado por indios que viven de frutas silvestres, i se presenta por lo tanto bajo el aspecto mas miserable. La villa de Esmeraldas, poblada tambien de indios casi en su totalidad, tiene algo mas de importancia; pero carece así mismo de recursos i aun del pan que es mui poco conocido en ella. Era, pues, indispensable que las tropas espedicionarias salieran pronto de aquellos tristes lugares. Su viage mas rápido i mas practicable se hace por el rio sobre canoas pequeñas hasta el punto llamado *puerto de Quito*. Este fue el primer movimiento que hicieron los espedicionarios, no sin las mayores dificultades á causa de la escasez de dichas canoas, por lo que debieron las mismas repetir sus viages hasta que hubieron trasportado á todos los individuos i efectos.

Desde una casa de madera bastante grande i cómoda, que fue construida en otro tiempo por el gobierno español, i que en estas circunstancias sirvió de punto de reunion para todas las tropas, iban estas saliendo en pequeñas partidas ó pelotones para internarse en el desierto sin mas víveres que plátanos fritos, de los que se habia hecho bastante provision en el mencionado puerto de Quito. Un gran número de indios armados de machetes é instrumentos cortantes, rompian la marcha para despejar el camino de la espesa maleza que lo ostruia, puesto que Moles que les habia precedido en la misma direccion, no habia hecho mas que trazar las veredas para cruzar rápidamente i á la ligera en desempeño de su comision.

Este horrible i solitario desierto ahuyenta los rayos del Sol con las copudas i elevadas cimas de sus árboles: de estos parece que son señores únicos i absolutos los monos que se hallan con una abundancia prodigiosa; el dominio del terreno lo pretenden de un modo esclusivo las venenosas culebras que no permiten que nadie vaya á disputárselo sin que pruebe los efectos de su mortal mordedura, i los tigrillos que se arrojan así mismo de noche sobre todo ser viviente. Otra de las particularidades de este desierto, es la lluvia que cae

periodicamente todas las tardes, en cuyo tiempo se hace preciso suspender la marcha i formarse un abrigo con ciertas hoas grandes parecidas á las del plátano, con las que se levanta una especie de techado sostenido por algunos puntales. Las dificultades para cruzar por estos asperísimos bosques, se aumentan con los barrancos i torrentes que se hallan á cada paso.

Puesto el general Cruz á la cabeza de esta carabana del desierto, caminando á pie para dar egemplo de constancia i sufrimiento, resbaló al cruzar uno de dichos riachuelos, i dió una caida funesta que fue tal vez la primera causa de su muerte ocurrida á los pocos meses. Al ver los soldados que su general era el primero en las privaciones i padecimientos, creció su entusiasmo i el deseo de prestarse á cuantos sacrificios se exigiesen de ellos. El viage sin embargo se hacia mas largo de lo que se habia previsto, i empezaban á escasear las provisiones; pero su justa aprehension se vió desvanecida con la pronta aparicion de los ausilios que habian sido remitidos de la capital: ya desde entonces se hizo mas rápida la marcha, si bien fue de cerca de un mes, lo que prueba las grandes dificultades que se esperimentaron en ella.

Era, pues, el dia 24 de diciembre cuando el general Mourgeon hizo su entrada en Quito, habiendo tomado á su consecuencia las riendas de aquel gobierno, de cuyas operaciones hablaremos en el capítulo del año inmediato, pasando en el entretanto á recorrer los sucesos de Cartagena.

La plaza de Cartagena se sostenia con el mayor empeño á pesar del estrecho bloqueo que le habian puesto los rebeldes. El capitan don Manuel Landa, que en compañía del disidente coronel Briceño Mendez habia pasado desde Santa Marta á comunicar el armisticio de parte de Morillo al gobernador don Gabriel Torres, i á demarcar los límites de las posiciones respectivas, se vió sumamente contrariado en el noble objeto de su comision por las arterías é intrigas de los enemigos. La formalidad i franqueza que eran caracterís-

ticas al capitan castellano formaban un contraste demasiado fuerte con las sutilezas é ignobles manejos de los insurjentes. Aburrido dicho Landa al ver la mala correspondencia á su celo i justificacion, se embarcó para la Habana dejando el citado encargo al gobernador.

Asi, pues, puede decirse que las ventajas del armisticio se hicieron ilusorias en Cartagena; por que si bien los sitiadores suspendieron aparentemente las hostilidades, no dejaron por eso de estender sus trabajos, asi como su dominio sobre puntos que no les correspondian, cuales fueron las Sabánas del Corozal i Tolú, abundantemente provistas de víveres, cuyos habitantes que habian dado inequívocas pruebas de su adhesion á los reales derechos, quedaron sujetos á todas las tropelias que debian prometerse de sus irritados contrarios.

En medio de estas discordias se observaba entre ambas partes una aparente armonía, que fue interrumpida á los primeros avisos de haberse roto el armisticio en las provincias de Venezuela. El brigadier Torres desplegó desde este momento nuevo vigor i energía para prolongar la defensa hasta donde fuera posible i permitido por las leyes de la guerra. Mientras que pedia urjentes socorros á la isla de Cuba (que nunca le fueron enviados) hacía varias salidas para destruir las obras de los sitiadores i para proporcionarse algunos víveres; pero aunque fueron felices, especialmente la que hizo el regimiento de Leon sobre Turbaco, cuartel general de los rebeldes, no mejoraba de modo alguno su posicion.

Mientras que dichos sitiadores se fortificaban en el cerro de la Popa, adquiria el dominio del puerto el gefe de marina, Padilla, introduciendo sus bongos de guerra por el dique. Sublevada á esta sazon la guarnacion de Bocachica contra su comandante, fue entregado aquel castillo á los rebeldes habiéndose agravado por este funesto incidente la situacion de la plaza. Los mismos bongos que Padilla habia introducido en el puerto sacaron de su muelle ó arsenal las lanchas cañoneras que allí se habian situado para su mejor defensa. De

cuantos golpes sufrieron los realistas en este desgraciado sitio ninguno se hizo mas doloroso i menos creible que este último, considerando que no podia llevarse á efecto sin cruzar por debajo de los fuegos de las baterías i sin entrar i salir por estrechos que podrían defenderse con sola la fusilería.

Se veia, pues, que una mano oculta iba desmoronando aquel edificio á pesar de los esfuerzos de los leales españoles. El brigadier Torres manifestaba estar resuelto á pesar de estos contrastes á sepultarse en sus ruinas antes que permitir fuera desairado el pabellon de Castilla, i selló estos nobles sentimientos con la firme i aun altanera respuesta que dió á los gefes sediciosos, los que desde los primeros dias de julio habian principiado á intimarle la rendicion.

Los víveres i recursos guerreros no correspondian sin embargo á la arrogancia que manifestaban los realistas en sus comunicaciones: aquellos en particular escaseaban de tal modo que muchas personas se vieron precisadas á evacuar la plaza esponiéndose á todos los insultos de una furiosa soldadesca i á ser rechazados en su mayor parte con la idea de que no disminuyéndose el número de consumidores se verificase mas pronto la rendicion. Todo, pues, parece que conspiraba contra los fieles defensores de Cartagena sin que se hubiera abatido su ánimo hasta que hubieron recibido noticias de la derrota de Carabobo, de la capitulacion de Pereira i demas sucesos desgraciados correspondientes á la historia de Caracas.

Fue entonces cuando conocieron la necesidad de oir con menos sobervia las intimaciones de los rebeldes. Los víveres de que podia disponer Torres alcanzarían escasamente para todo el mes de setiembre: acordó por lo tanto con los enemigos que entregaría la plaza si en todo el curso de dicho mes no recibia refuerzos ó ausilios. Se preparó en el entretanto la capitulacion que fue firmada por ambas partes en 22, por la que obtenian los realistas cuantas condiciones ventajosas podian prometerse en su crítica posicion.

La mas sólida garantía de personas é intereses, la libre

salida de uno i otro en el término de seis meses á cuantos lo deseasen, el embarque por cuenta del gobierno disidente de todas las tropas de la guarnicion conservando sus armas i efectos sin ser considerados como prisioneros de guerra, su segura traslacion á la isla de Cuba, i otras varias concesiones á cual mas brillante i honrosa á las armas que habian manejado aquellos leales, fueron las bases principales de esta capitulacion, mediante las cuales fue entregada á los independientes la llave del reino de Santa Fé i la mejor fortaleza de la América del Sur, cuya toma habia sido tan costosa al general Morillo en 1815.

Parece que si esta plaza hubiera recibido algunos ausilios de la Habana habria podido sostenerse mas tiempo, en cuyo caso variaba enteramente la escena política. El general Morales al operar sobre Coro i Maracaibo tenía puestas sus miras sobre este punto, i no era improbable que hubiera podido combinar con su gobernador algunos planes que tal vez habrian tenido un influjo decisivo. Se perdió, pues, dicha plaza, i con ella las esperanzas de volver por entonces á dominar el reino, del cual ya no quedó á los realistas mas que la parte de Quito.



CAPITULO XII.

CARACAS.

Noticias sobre los comisionados enviados á América para entrar en negociaciones. Maquiavélica conducta de Bolivar i de sus mandatarios. Sus preparativos para abrir la campaña. Infracciones del armisticio en Barinas i por la parte de Popayán i Cartagena. Forzada sublevacion de Maracaibo, que puso en claro la perfidia de los insurjentes. Abierto rompimiento de dicho armisticio por declaracion de Bolivar. Posicion apurada de los realistas. Disposiciones enérgicas del general Latorre Derrota del batallon de Hostalrich por Bermudez. Idem del de blancos de Valencia en el Rodeo. *Emigracion de Caracas. Entrada de dicho Bermudez en esta ciudad. Retirada de Correa. Su dispersion en el* Consejo. *Acciones de Morales en las* Cocuisas, *i en el* Limoncito *Destruccion de Bermudez. Entrada de Morales en Caracas Su salida para el cuartel general. Reveses de Pereira en Santa Lucía. Sus gloriosos triunfos en Caracas. Batalla funesta de* Carabobo. *Esfuerzos de Pereira, sus padecimientos i su honrosa capitulacion con Bolivar para ser trasladado á Puerto Cabello con sus tropas á bordo de una escuadra francesa. Retirada de la guarnicion de Cumaná á Puerto Rico. Salida de Bolivar para Santa Fé. Preparativos de defensa por Latorre. Salida de algunos cuerpos contra los sitiadores. Sublevacion de Coro á favor del Rei. Tello en su ausilio. Morales so-*

bre la Guaira. El disidente Gomez sobre Coro. Espedicion de Latorre sobre esta provincia. Su brillante victoria. Regreso á la plaza.

Habia concluido el año veinte sin mas novedades que la llegada á fines de diciembre de varios comisionados españoles para intervenir en la pacificacion de aquellos dominios. El brigadier de la real armada don José Sartorio i el capitan de fragata don Francisco Espelius habian sido nombrados para Venezuela; el capitan de navio don Tomas Urrecha i el de fragata don Juan Barri lo habian sido para Cartagena; i otros dos habian llegado con igual carácter para el Perú, i lo eran el brigadier de marina Arias, i el capitan de fragata don Manuel Abreu. Todos ellos habian ido con la escuadra destinada á relevar la que ya se hallaba en aquellas aguas, i se componia de las fragatas *Viva* i *Ligera*, de la corbeta *Aretusa*, de los bergantines *Hiena* i *Hércules*, i de cuatro trasportes, cargados de municiones de boca i guerra, pero sin ningun soldado.

Como á la llegada de dichos comisionados estuviera ya firmado el armisticio, i dispuesta la salida de otros para la península, limitaron aquellos sus comisiones con Bolivar á aprobar cuanto habia sido practicado por Morillo, i á pedir con urgencia la pronta remision de sus agentes á la córte de Madrid para terminar de una vez aquellas contiendas, como lo verificaron Echevarría i Revenga aunque sin fruto.

Seguian en el entretanto los negocios públicos en una aparente calma; i Bolivar se habia resignado á la abierta oposicion del general Latorre contra la propuesta que aquel le habia hecho de situar en Barinas, en vez de un destacamento como habia sido estipulado, uno de sus batallones, con el objeto de proveer á su subsistencia, de la que escaseaba en las posiciones que le habian sido demarcadas; pero aunque habia retirado dicho batallon de aquella ciudad lo habia situado en sus inmediaciones, sobreponiéndose con este acto arbitrario á una de las condiciones del citado armisticio.

Se notaba sin embargo una rígida observancia en las demas operaciones terrestres; pero no era asi por desgracia en las marítimas. Aunque parece que Bolivar habia comunicado al comandante de la isla de la Margarita, en la que se abrigaban todos los corsarios, la órden de que les fueran recogidas las patentes i de que se desarmasen los que se hallasen en todos los puertos de sus dependencias, hicieron estos mui poco caso de tales intimaciones si verdaderamente existieron, pues que como estaban asimismo provistos de patentes de Buenos-Aires, enarbolaban la bandera de esta república, i robaban á mansalva cuantos buques españoles surcaban por aquellos mares, fiados en la santidad de los contratos que acababan de celebrarse.

Las artificiosas miras de los disidentes se dirigian esencialmente á ganar terreno sobre la opinion, á levantar fuerzas i á fortalecerse con nuevos ausiliares, respetando ostensiblemente los empeños contraidos con los gefes realistas, pero minando sordamente para destruirlos. Empezaron á descubrirse sus pérfidos designios con las órdenes que comunicó Bolivar al caudillo Valdés, que mandaba las tropas de Popayan, para que diese un golpe decisivo á las de Pasto, segun va indicado en el capítulo de Quito. Vació igualmente toda la ponzoña de sus maniobras por la parte de Cartagena, donde puede decirse que fueron ilusorias las ventajas de dicho armisticio; i acreditó finalmente la falacia de sus promesas en sus ilícitos manejos sobre la ciudad de Barinas i de Maracaibo.

Habia esta última sufrido varias vicisitudes desde que hubo sido depuesto á fines de 1819 su fiel gobernador don Manuel Junquito por el desleal comportamiento del coronel don Feliciano Montenegro, quien detenido en aquel punto á consecuencia de la derrota de Boyacá logró quitar el mando al citado Junquito i encargarse de él interinamente. Las justas reclamaciones del propietario fueron oidas por el general en gefe, i el interino hubo de sufrir todos los trámites de un juicio que supo eludir sin embargo á fuerza de

intrigas i de una mal entendida proteccion que halló de parte de los gefes superiores.

Por ausencia de Montenegro habia sido encargado del mando de aquella plaza el teniente coronel don Francisco Delgado con gran sorpresa de los buenos realistas, por los que aquel era designado como adicto á la independencia, del mismo modo que toda su familia. Los clamores de varios respetables individuos i aun del capitan don Manuel Landa, quien en su viage para comunicar el armisticio á las provincias de Rio Hacha, Santa Marta i Cartagena habia observado la sospechosa conducta de dicho Delgado, no produjeron efecto alguno, i éste continuó á la cabeza de aquella provincia.

En el dia 20 de enero habian salido de la citada ciudad con pretestos especiosos á conferenciar con el general insurjente don Rafael Urdaneta, que se hallaba al otro lado de la Laguna, don José María Delgado, hermano del gobernador, i don Domingo Briceño, ambos conocidos por enemigos de la España. A consecuencia de esta entrevista embargó Urdaneta todas las embarcaciones del tráfico de dicha laguna que existian en las orillas i en la línea de la demarcacion, privando de este modo á aquel pueblo de su subsistencia con el objeto de exaltar los ánimos i de prepararlos á la revolucion. Embarcándose en dichos buques en 26 del mismo mes el batallon *Heras* que habia bajado precipitadamente de la ciudad de Trujillo, se hizo á la vela para la punta de Camacho, que dista 3 ó 4 leguas de dicha ciudad, en donde permaneció oculto hasta el 28, que era el dia destinado para la sublevacion.

Dióse con efecto en aquella mañana el grito sedicioso con el apoyo del mismo gobernador, á cuyo pronunciamiento hubieron de sofocar los dictados de la fidelidad varios españoles establecidos en aquel punto, i la generalidad del pueblo, que no estaba de modo alguno predispuesta á favor de la independencia. Apenas tuvo el comandante del citado batallon noticia de este movimiento, se dirigió á aquella ciudad

con el pretesto de salvarla de la anarquía, i de concederle la proteccion que falsamente suponia habia sido reclamada por sus habitantes.

Como los disidentes en medio de sus tropelías deseaban dar una aparente satisfaccion á los gobernantes españoles, comunicó Urdaneta aquel acontecimiento al general en gefe don Miguel de Latorre con esplicaciones capciosas i vanos sofismas, que de ningun modo produjeron el efecto que se habia propuesto, que era el de alucinar á dicho gefe. Habiéndose reunido con este motivo la comision pacificadora, opinaron algunos de sus individuos, i aun el mismo Latorre, «que se debia salir inmediatamente á tomar venganza de aquella descarada infraccion con las armas en la mano;» pero hubo otros individuos, que menos conocedores del carácter de los disidentes, i mas escrupulosos observadores de la noble i caballerosa conducta castellana afearon aquella proposicion, creyendo que sería posible zanjar todavía amistosamente tamañas tropelias, i ahorrar por este medio la efusion de sangre.

Asi, pues, quedó en poder de los enemigos la espresada ciudad de Maracaibo, la que por haber sido la menos vejada durante la guerra i por tener dicha ciudad por sí sola una poblacion de 169 almas podia ofrecer al ejército español considerables recursos, i los medios de formar en ella fácilmente uno ó dos batallones.

Poco ingenio se necesitaba para conocer que estos actos de refinada malicia eran los preliminares del rompimiento del armisticio. Bolivar con efecto declaró en sus despachos á Latorre con fecha de 10 de marzo, «que se abririan de nuevo las hostilidades á los cuarenta dias de haberse recibido esta notificacion, alegando para tan inesperada medida la miseria en que yacía su ejército, i la necesidad de darle movilidad á fin de impedir su disolucion.»

El general en gefe contestó con toda la entereza i dignidad que era propia de su alta representacion, «que si bien habia estado dispuesto á hacer toda clase de sacrificios por

conseguir la paz, no temia la guerra, á la que se daria principio en 28 de abril, haciendo sin embargo responsable al mismo Bolivar de toda la sangre que iba á derramarse en aquellas provincias por su desmedida ambicion.»

Fue entonces cuando los gefes españoles conocieron los perjuicios que les habia ocasionado su escesiva delicadeza i el carácter de formalidad i franqueza de que hacian alarde. En tanto que ellos descansaban sobre las garantías del citado armisticio, cuyo término se llegaron á figurar habia de ser la pacificacion general, se habian descuidado en el arreglo de su ejército, i se habian dejado tomar la importante provincia de Maracaibo, al paso que los insurjentes habian levantado nuevas tropas, habian dado órdenes anticipadas á todos sus comandantes, i estaban preparados á emprender la campaña con nuevo teson i empeño.

La situacion, pues, de los realistas no era tan favorable como podia serlo. La provincia de Cumaná estaba perdida escepto la capital, á la cual fue puesto al momento un estrecho sitio. Estaban asimismo en poder de los enemigos las de Barcelona, Coro, Maracaibo, Barinas, Guayana, isla de la Margarita, i aun una parte de la de Caracas. Las fuerzas con que podia contar Latorre para abrir esta campaña ascendian á 128 hombres, inclusas las guarniciones. La segunda division i la de vanguardia se hallaban en Calabozo; la primera en Barquisimeto escepto el batallon de Hostalrich que habia sido enviado á los valles de barlovento de Caracas; la quinta en las fronteras de la provincia de Barinas, i la cuarta guarnecia la plaza de Cumaná.

El general Latorre desplegó la posible energía para formar nuevos cuerpos, mandó replegar á San Cárlos la 1ª 2ª i 5ª division, i se puso en movimiento sobre Barinas; la vanguardia quedó en Calabozo. El capitan general de Caracas, brigadier don Ramon Correa, tenia fuerzas suficientes para impedir la penetracion de Bermudes en su provincia; el hermoso batallon de Hostalrich, que se hallaba en los valles de barlovento desde fines del año anterior, lejos de dirigirse con

todas sus fuerzas á la laguna de Tacarigua, que era la única entrada de dicho Bermudez, procedente del llano de Barcelona, permaneció diseminado en varios pueblos como lo estaba antes de romperse el armisticio, cuyos destacamentos aislados fueron deshechos con mui poco trabajo de parte del enemigo.

Avisado el capitan general de la derrota de este batallon envió en su ausilio al de blancos de Valencia que estaba en Caracas; i como hubiera sido conducido contra dicho Bermudez i colocado torpemente en una hondonada llamada el *Rodeo*, á tres leguas de Guatire, fue igualmente destrozado.

Serian las cinco de la tarde del 13 de mayo cuando se tuvieron avisos positivos de que se hallaban los rebeldes en Petare, distante tres leguas de la ciudad de Caracas. No habian quedado en ella fuerzas para defenderla; los dispersos i heridos llegaban en el estado mas miserable; todo, pues, estaba perdido, i ya se hizo necesario ceder el campo al orgulloso Bermudez, que entró en dicha capital con poco mas de 700 hombres, constituidos en el mayor desorden i desarreglo, i compuestos en gran parte de zambos i negros que habian sido arrebatados de las haciendas del tránsito, é incorporados á las filas rebeldes sin ninguna clase de instruccion i con el mismo trage que usaban para sus faenas agrícolas.

Habiendo reunido Correa algunos dispersos, i entre ellos varios oficiales de graduacion como los brigadieres don Tomas Cires i don Francisco Illas, el coronel don Antonio Tobar, el comandante de artillería don Joaquin Gascüe i otros varios, se dirigió ácia la Victoria, acompañado por una parte de la emigracion de Caracas, pues la otra, que era la mayor, habia tomado el camino de la Guaira. Al llegar al pueblo del Consejo hizo alto con el objeto de esperar á los soldados de Hostalrich que habian podido salvarse de su derrota, i que debian llegar por el rio del Tui, cuyo camino no habian tenido los insurjentes la precaucion de interceptar.

Reforzado Bermudez en Caracas por algunos de sus habitantes pertenecientes á la hez del pueblo, se dirigió contra

el capitan general que ya habia reunido hasta 700 hombres en el citado pueblo del Consejo, en el que le halló sumido en la mas ciega confianza i absoluta desprevencion. Era tal el desconcierto i asombro de los dispersos realistas, que se entregaron á la mas desordenada fuga desde los primeros tiros. Engreidos los rebeldes con aquel segundo triunfo, pasaron rápidamente á la Victoria, de la que se apoderaron del mismo modo.

Apenas se recibieron las noticias de estos desastres, se puso Morales en marcha con el tercer batallon del Rei, el de Burgos i algunos escuadrones que formaban parte de la vanguardia, i el general en gefe, que habia llegado ya á Araure en busca de Bolivar, retrocedió á Valencia i dió orden al segundo de Valencei de salir á marchas forzadas á incorporarse con dicho Morales en los valles de Aragua i atacar á Bermudez. Se presentó aquel beneméiito gefe con la celeridad del rayo delante de la Victoria, de cuyo punto se retiraron los rebeldes á las ventajosas posiciones de las *Cocuisas*, que son las faldas de la encumbrada montaña por la que cruza el camino de Caracas.

Reforzado Morales con dicho batallon segundo de Valencei, compuesto de mulatos de Valencia i de los valles de Aragua, mandados por el esforzado Pereira, se creyó seguro del triunfo, i sin reparar en lo fuerte de las posiciones que ocupaban los enemigos, condujo á sus valientes á apoderarse de ellas en 24 de mayo. No bien escarmentados aquellos con los primeros efectos del ardiente impulso de los realistas, se hicieron fuertes á mitad de la cuesta en el sitio llamado el *Limoncito*, en el que fueron atacados con igual firmeza. Aunque su resistencia fue la mas obstinada, i aunque todavía se conservaban 1200 hombres apoyados por dos piezas de artillería i defendidos por la aspereza del terreno, fueron sin embargo arrollados i perseguidos hasta el pueblo de Petare, al cual llegaron escasamente 150 hombres reunidos con su gefe; todos los demas habian muerto ó se hallaban en la mas horrorosa dispersion.

Habiendo regresado á la citada ciudad de Caracas el victorioso Morales se dedicó á restablecer el orden i la tranquilidad i á poner en accion todos los ramos de la administracion publica; pero como Bolivar hubiera hecho algun movimiento sobre el cuartel general de Latorre, recibió órdenes para que emprendiera sin dilacion su marcha sobre Carabobo, dejando al brigadier Pereira el mando de aquella capital con alguna caballería i los batallones segundo de Valencei i tercero del Rei, que formaban un total de poco mas de 1000 hombres.

Bermudez se habia retirado á los atrincheramientos que habian formado sus partidarios en las alturas de Santa Lucia. Aunque Pereira le habia perseguido hasta este punto, no quiso darle el asalto hasta que se hubiera reforzado con la columna que estaba situada en la sabána de Ocumare con el objeto de impedir que los contrarios recibiesen carnes del Llano; pero habiendo sido reforzado á este tiempo Bermudez con sus mismos dispersos i con nuevas tropas, con las que llegó á completar una division de 1500 hombres, empeñó un combate feliz con los cuerpos realistas, á cuya consecuencia retrocedió Pereira á Caracas.

Tardó mui poco en presentarse delante de aquella ciudad el altanero Bermudez confiando en la buena suerte de sus armas; pero el nunca bien ponderado Pereira, aunque solo tenia 900 infantes i 64 caballos, no se arredró de modo alguno por el imponente aparato de aquel formidable enemigo. Situado en el cerro del Calvario al Oeste de la ciudad, aguardó á pie firme el ataque: 500 facciosos se corrieron por la calle de San Juan para flanquear por la derecha aquella posicion mientras que los demas atacaban la izquierda por la calle de la Faldriquera. Dos solas compañías de Valencei, mandadas por los valientes caraqueños don Francisco i don Juan Nepomuceno Bolet, bastaron para destrozar al primer cuerpo de los rebeldes; la calle de San Juan hasta el puente de San Pablo quedó sembrada de cadáveres enemigos, los

demas fueron hechos prisioneros, i mui pocos lograron salvarse de aquel sangriento combate.

Igual suerte tuvo el otro cuerpo que habia atacado por la izquierda. En un momento coronó la victoria las sienes del gefe realista: 600 prisioneros i unos 300 muertos fueron los trofeos principales de aquella memorable jornada. Los demas facciosos huyeron en el mayor desorden i confusion. Pocas acciones nos presenta la historia de tan felices resultados; i pocas en que los vencedores hayan dado tan luminosas pruebas de serenidad, decision i valentía. Mas se perdió mui pronto el fruto de tantos esfuerzos, i se marchitaron á los pocos dias por una fatalidad no merecida los ilustres laureles de dicho Pereira, quien ocupará sin embargo un lugar de los mas distinguidos en el catálogo de los beneméritos guerreros i sostenedores de la autoridad real en América.

El ejército de Latorre se hallaba acampado en la llanura de Carabobo desde principios de junio con el objeto de esperar alli á los enemigos, i de fiar al éxito de una batalla la suerte del ejército i de las provincias de Venezuela. Bolivar tenia tan solo en la villa de San Cárlos 29 hombres escasos, i vivia en el mayor sobresalto, temiendo que las 14 leguas, que lo separaban del campo realista, fuesen un pequeño obstáculo para que estos se arrojasen rápidamente sobre él, i le destruyesen sus quiméricos proyectos. Este movimiento de parte de los realistas parecia sobradamente indicado; pero á beneficio de su inaccion lograron reunirse las tropas del Apure al mando de Paez con el citado Bolivar, i completar una fuerza de 69 hombres, con la que se puso en movimiento en 20 de junio.

El ejército realista acampado en Carabobo era próximamente igual al insurjente. Habiendo recibido el general Latorre avisos del coronel don Manuel Lorenzo, que se hallaba situado en San Felipe, de que algunas partidas enemigas se habian aproximado por aquel punto, dispuso la salida, que se verificó el 22 en la misma direccion, del primer batallon

de Navarra, del de Barinas i de un escuadron de caballería, al mando del brigadier Tello.

El enemigo manifestaba con sus movimientos su resolucion de travar un empeño formal; el espíritu osado i emprendedor de Bolivar era bien conocido; no lo era menos el prestigio de su nombre; parecia, pues, que solo con grandes esfuerzos i con estraordinarias medidas de precaucion i vigilancia podian frustrarse sus planes; pero tal vez la demasiada confianza del general en gefe fue causa de su ruina.

No se vió en aquel campo aquella actividad tan necesaria en los momentos de venir á las manos con un formidable enemigo; parecia asimismo de mal agüero esperarle en un punto en el que se habia estrellado por dos veces consecutivas el heroismo español; su posicion por otra parte no era de las mas ventajosas; la de las Palomeras, que son unas montañas contiguas á aquella sabána, ofrecian mayores esperanzas de la victoria. Latorre, sin embargo, se empeñó en conservarla, tal vez con el noble objeto de salvar en ella la mengua de las dos anteriores derrotas.

El enemigo se presentó el 24 al amanecer frente á las alturas del campo realista: con la no bien calculada separacion de las fuerzas de Tello habian quedado éstos inferiores en número. Viendo ya el general Latorre mas próxima la batalla de lo que se habia figurado, tomó con la brevedad que exigian las circunstancias las medidas mas oportunas para recibir al ejército contrario: fueron estas las de ocupar el frente de dicha sabána á las inmediaciones de la quebrada del *Loro*, situando al primero de Valencei i dos piezas de campaña sobre el camino real de Valencia á *San* Cárlos, colocando á Hostalrich á la derecha, i á Barbastro en el centro. A la izquierda de esta línea i un poco á su retaguardia sobre el camino del Pao i altura por donde cruza, se habia situado el batallon del Infante. El de Burgos se hallaba de reserva en el camino real; la mayor parte de la caballería se habia formado en el término de la citada sabána.

Los insurjentes principiaron á bajar la gran cuesta que



concluye en la quebrada; mas luego que llegaron á sus inmediaciones, variaron de direccion i se dirigieron por un claro que formaba el bosque á la derecha i á tiro de cañon de la línea realista corriéndose ácia la *pica de la Mona*, que sale al centro del llano. El general en gefe que observó este movimiento se dirigió al encuentro de los insurgentes con el batallon de Burgos: la primera columna de éstos fue rechazada al primer ímpetu, i se vió en la precision de volver á cruzar la quebrada; pero reforzada mui pronto con las demas, que seguian igual direccion, se empeñó un vivo i sangriento combate.

Mientras que el referido batallon defendia aquel puesto con teson i constancia, i que Barbastro i Hostalrich se habian aproximado á sostenerlo, un pequeño cuerpo de caballería enemiga se corrió por el flanco derecho; i penetrando por el bosque se presentó en la Sabána; los escuadrones de húsares de Fernando VII i carabineros se movieron contra él; pero al llegar á la inmediacion de dicho bosque, i al observar que por el mismo punto habian penetrado otros cuerpos contrarios de igual arma, volvieron caras i fueron cargados con vigor.

Se arremolina dicha caballería realista, pierde su formacion i desaparece del campo: la línea realista se pone á su consecuencia en la mayor confusion; la infantería que se batia á las inmediaciones de la pica de la Mona se retira sin formacion á causa de la maleza del bosque que lo impedia, i se desordena á pesar de los esfuerzos del general en gefe quien dió en esta fatal jornada nuevas pruebas de su arrojo personal, i firme decision. El batallon de Valencei, que permanecia en la posicion que se le habia asignado, al ver el resultado de la batalla, i que todo el llano que tenia á su retaguardia estaba cubierto de caballería enemiga i de dispersos, emprende su retirada con las dos piezas, que tan solo habian podido dirigir sus tiros con acierto cuando los rebeldes se dirigian á la citada pica de la Mona.

Habiendo encontrado dicho cuerpo unos 250 caballos

que todavía se conservaban formados, se dispuso que cargase á otro de caballería enemiga que se hallaba á su frente; pero aquella arma no desplegó en este dia la firmeza que tenia tan acreditada, i se dispersó, quedando abandonado á su suerte el citado batallon de Valencei. Su coronel don Tomás García vió en esta ocasion los felices resultados de sus afanes en disciplinarlo i de su singular prestigio en elevar el ánimo del soldado: sin desórdenarse i sin dar la menor señal de desaliento ó desconfianza continuaba su marcha abriéndose paso entre las filas rebeldes, i rechazando todos sus esfuerzos para rendirlo ó dispersarlo.

La caballería enemiga le habia dado dos cargas, i en ambas habia sido rechazada. Valencei, pues, se conservaba impávido, cual terrible fiera en medio del desierto acosada por los cazadores; pero imponiendo desconfianza i espanto al solo fijar sobre ellos sus 'centelleantes ojos. Antes de llegar á la salida de la sabána dió la tercera carga la caballería insurjente por un flanco i retaguardia; mas su resultado le fue tan funesto como en las primeras, si bien las mayores fuerzas que presentaron en ésta, aumentaban las probabilidades de la victoria.

En la quebrada, que se halla al fin de dicha sabána, perdió Valencei su formacion al trepar por una pequeña cuesta pendiente i mui resbaladiza, que dificultaba considerablemente la subida, i en particular la de los cañones; mas ya en la cima logró rectificar el órden de las compañías. Poseido Bolivar de la mas viva irritacion al ver los estragos que este solo cuerpo invencible habia hecho en sus tropas, especialmente en la caballería, arengó á todos sus gefes i oficiales haciéndoles ver la necesidad de reparar la mengua de aquellos contrastes humillando con un pronto i decisivo golpe de mano la altanería de los realistas. Formando con este objeto una columna titulada de honor, se arrojó sobre aquellos con el mas ciego furor; mas fue recibida con tanta firmeza, que á la primera descarga, hecha á tiro de pistola por la compañía de granaderos, cayeron muertos de sus caballos varios oficia-

les, i entre ellos el famoso general Cedeño, comandante de dicha columna, llamado por antonomásia el *bravo de los bravos*, i el coronel Ambrosio Plaza.

Rechazado este primer ataque, fue preciso prepararse nuevamente contra otros destacamentos tambien de caballería que se presentaron por el frente i por el flanco derecho. El que se hallaba en esta última direccion, se corrió á un costado cuando vió aproximarse á los vencedores de tantos combates. No bien escarmentados todavía los insurjentes, persiguieron á aquellos valientes hasta el Tocuyito repitiendo sus cargas, haciendo uso de todos sus esfüerzos para desbaratarlos, i aprovechándose de los momentos en que caian fuertes aguaceros, ó de los pasos difíciles en que era preciso perder la formacion; mas siempre con un completo malogro.

Exaltada la ira de Bolivar al último grado contra esta columna de bronce, trató de alcanzarla con las dos armas, haciendo que montasen infantes á la grupa de los caballos: consiguió efectivamente su intento á legua i media de Valencia; pero retirándose Garcia sobre esta ciudad con el mayor órden i superando todos los tropiezos que le opuso el enemigo en su tránsito, no rehusó el combate en las tapias de dicho pueblo, en donde ciñó de nuevo aquel bizarrísimo gefe sus sienes de ilustres laureles.

Continuando su repliegue con el mayor órden i denodado espíritu, hizo alto en Naguanagua, sin que sus contrarios se hubieran atrevido á pasar de Valencia; i sin haber sufrido mas pérdida que la de la artillería que hubo de abandonar en dicha ciudad de Valencia, llegó finalmente á Puerto Cabello, á donde concurrió mui pronto la division del mando de Tello, con toda su fuerza i vigor; i asimismo la mayor parte de los dispersos. Así se vieron reunidos mui pronto en aquel formidable recinto de cuatro á cinco mil veteranos, superiores en disciplina i valor á los que Bolivar podia presentar á su frente. La decision i heroismo de Valencei indica bastantemente que habia elementos poderosos para que el resultado de la batalla de Carabobo hubiera

sido honroso á las armas de Castilla si se la hubiese dado mejor direccion, i si la caballería hubiera desplegado en ella todos los recursos de valor é ingénio de que era capaz, i que tenia tan acreditados. Se perdió pues, i con ella espiró el dominio del Rei en aquellas regiones, porque si bien se hicieron posteriormente vigorosos esfuerzos para ganar el terreno perdido, fueron todos ellos parciales é incompletos. La gloria de los independientes en haber derrotado tan bizarras tropas fue eclipsada sin embargo por el citado primer batallon de Valencei, el cual salvó con su estraordinario valor i heroismo la mengua que recae siempre sobre los vencidos.

La fortuna, que tantas i tan repetidas veces habia halagado el amor propio del gefe que mandó la batalla, le miró con torbo ceño en esta ocasion, como si estuviera arrepentida de haberle dispensado tanta generosidad, ó tal vez por temor de que su mismo engreimiento le hiciese olvidar la gratitud que la debia. Ese ser veleidoso acreditó el acierto de su vulgar calificacion. Sensible é irreparable fue por cierto la pérdida de esta batalla, i mas sensible todavía cuando concurrian á favor de los realistas todas las probabilidades de la victoria. Este funesto acontecimiento será un nuevo comprobante de la instabilidad de las cosas humanas, i de que aun los guerreros mas afortunados estan espuestos á mil desaires en lo mas brillante de su carrera. La Providencia se complace á veces en deshacer con mui débiles medios, ó por los menos esperados los proyectos creados por la vanidad i confianza, como si pretendiese darnos una dura leccion de lo efímera que es nuestra gloria i de lo infundado de nuestra presuncion.

Atribúyase á la causa que se quiera el fatal desenlace de nuestras armas en las llanuras de Carabobo, en éstas se firmó la emancipacion de hecho de las provincias de Venezuela, como se verá por el mismo curso de los sucesos.

Cunde con rapidez la noticia de estos desastres; la recibe Pereira en el momento en que estaba celebrando el triunfo de su contemporánea victoria en Caracas; conoce lo crítico de su posicion; vé con dolor é irritacion que no puede embarcarse

en la Guaira, porque celebrada en aquel puerto una junta de guerra á consecuencia de las ventajas conseguidas por Bermudez en las posiciones de Santa Lucía, se habia resuelto evacuar aquel punto, en el que habia surtos una fragata de guerra i 72 buques mercantes, los que se habian hecho á la vela para Puerto Cabello sin contar con dicho gefe superior.

Este bizarro comandante no se desmaya en medio de tantos peligros; resuelve pasar á los Llanos donde el prestigio de su nombre ofrecia todas las garantías de ligar á su voluntad los corazones de aquellos habitantes, i en donde esperaba incorporar á sus filas la caballería realista que habia tomado aquella direccion al abandonar el campo de batalla de Carabobo, con cuyos elementos esperaba sostener la guerra con vigor i con ventaja. Evácua con efecto dicha capital para dar ejecucion á su bien concebido proyecto; pero estando ya en el pueblo del Valle, que dista media legua de dicha ciudad, cuando ya tenia reunida su division de 800 hombres, muchas personas respetables, i mas de 600 prisioneros que con sumo gusto se habian incorporado á sus filas, i cuando ya iba á romper la marcha llega un oficial del ejército con órden del general en gefe para que se dirija á Puerto Cabello por la costa, en la que hallaria los necesarios buques para trasportarla.

Bien conocia Pereira las fatales consecuencias que habia de producir su obediencia; mas se acordó en aquel momento, que ésta formaba el primer deber del militar, i no titubeó en darle cumplimiento sacrificando en honor de este principio toda otra consideracion. Volvió en su consecuencia á la capital, se dirigió á la Guaira, i siguió por la costa de sotavento atravesando caminos fragosos i montes casi intransitables; pero no divisando los barcos que se le habian ofrecido, intenta abrirse paso por aquellas escabrosas montañas que no habian sido holladas todavía por la planta humana. No habiendo sido posible penetrarlas á pesar de sus estraordinarios esfuerzos, hubo de regresar á la Guaira, de cuyo puerto se habian ya apoderado las tropas de Bolivar.

Pereira se resuelve entonçes á hacer una obstinada defensa dando tiempo para que regresasen dos oficiales que habia enviado pidiendo con encarecimiento al general Latorre le proporcionase trasportes en los que pudiera salvar á sus fieles compañeros, dignos por cierto de que se hubiera hecho en obsequio de su distinguido mérito toda clase de sacrificios; pero como al poco tiempo de estar situado cerca del citado punto de la Guaira careciese de toda clase de víveres i aun de municiones; i como por otra parte no pareciesen los ausilios de Puerto Cabello, aunque en este puerto habia sobre 100 buques mercantes, i de 5 á 6 de guerra perfectamente equipados, se vió en la dura precision de implorar el apoyo del almirante francés Juríeu que habia fondeado á aquella sazon en la misma rada de la Guaira con su escuadra compuesta de 1 navío, 1 fragata i 1 bergantin.

Habiéndose rehusado á admitir las tropas realistas á su bordo, alegando la estricta neutralidad que se veía precisado á observar, interpuso sin embargo su mediacion para que entre dicho Pereira i Bolivar se estipulase un convenio, por el cual se concedia á aquellos soldados la libertad de quedarse al servicio de la república ó de embarcarse para Puerto Cabello. De los 700 negros, mulatos i zambos de que se componia la infantería, tan solo 6 abrazaron el primer partido, formando un estraño contraste con la caballería que se componia en su mayor parte de europeos, i de la que se vieron mas individuos abandonar las banderas del Rei, aunque su fuerza total no llegaba á 70.

Embarcada en su consecuencia la citada division á bordo de los buques franceses, arribó á Puerto Cabello en donde pocos dias despues murió el pundonoroso Pereira de una fiebre que le causaron sus fatigas i el sentimiento por el término fatal de la campaña. Este bizarrisimo gallego unia la bondad i la moderacion á una actividad i valor, que en estas últimas dotes le hacian comparable al inmortal Bóves, i las que le constituyeron en objeto de adoracion de los feroces llaneros.

La guarnicion de Cumaná, compuesta en su principio de 1400 veteranos que habian permanecido en estado pasivo durante la campaña, i los que habrian podido prestar servicios importantes si se les hubiera retirado con tiempo de aquel punto, que al parecer no era de los mas necesarios, sufrió con la mayor constancia un estrecho sitio hasta que agotados todos sus víveres, i llegando ya tarde los que con vivas ansias tenia pedidos al general en gefe su comandante Caturla, hubo de capitular con Bermudez en el mes de octubre aunque sus fuerzas eran superiores á las de los insurgentes, por los que fue trasladado á Puerto Rico con todas sus armas i equipeges, por cuenta de los mismos.

La residencia de Bolivar en la Guaira i en Caracas, á donde habia concurrido á recibir los aplausos por sus brillante victoria de Carabobo, fue de mui corta duracion: mui pronto regresó á Valencia, estableció el sitio de Puerto Cabello, corrió á Santa Fé, i emprendió la conquista de Popayan con el objeto de apoderarse de Quito i llevar sus armas triunfantes al Perú, como se verá por los capitulos sucesivos de la historia de estos paises.

El general Latorre desplegaba en el entretanto la mayor actividad para poner la citada plaza de Puerto Cabello en un respetable estado de defensa, con cuya idea habia mandado estender la línea de fortificaciones construyendo otra á alguna distancia de la antigua, obteniendo por este medio la ventaja de dar mayor anchura al alojamiento de sus tropas i vecindario, i de encerrar en su recinto la desembocadura del rio para no sufrir en este sitio los estragos que se habian esperimentado en el anterior por falta de agua.

La larga permanencia de tan numerosas tropas en este corto é insalubre terreno debia ser sumamente fatal á su conservacion; se llegó con efecto á observar las grandes bajas producidas por las enfermedades, i se convenció Latorre de la necesidad de hacer alguna salida para evitar su disolucion. El coronel don Tomas García fue destinado con el primer batallon de Valencei á ocupar la cumbre de Puerto Cabello

con órden de bajar hasta la Guardia; el primer batallon de Navarra fue enviado sobre Burburata para que tomando un antiguo camino por el bosque, cayese á retaguardia de la citada cumbre en el momento en que fuese atacada por Garcia con quien debia reunirse; el gefe de estado mayor de la primera division, don Juan San Just, fue encargado del mando de la columna que debia atacar la posicion de Vigirima, i se componia del batallon de Hostalrich, i de los cantones de Patanemo i Burburata.

Esta columna, que debia hacer una marcha mas larga, salió de la plaza treinta horas antes que la de Garcia. El dia 20 de agosto era el destinado para atacar dicha posicion de Vigirima, en la que se hallaba acantonado el batallon de Boyacá i un escuadron de caballería. San Just dispuso que antes de amanecer se corriese el capitan de Hostalrich don José Mujica por la falda del cerro al abrigo de la arboleda hasta ponerse si era posible á retaguardia de los parapetos enemigos, con instrucciones de cargar con su compañía por aquella parte, apenas viese principiado al ataque de la trinchera.

No se divisaban todavía con claridad los objetos cuando puesto San Just á la cabeza de su columna atacó decididamente dicha posicion; i habiendo sido segundado aquel movimiento con el mayor acierto por el espresado Mujica, fueron completamente deshechos los enemigos á pesar de su obstinada resistencia, i huyeron desordenadamente dejando en el campo de batalla muchos muertos i prisioneros, mas de 300 fusiles, bastantes cargas de municiones, algun ganado vacuno i varios caballos. Saliendo dicha columna en persecucion de los dispersos llegó hasta las inmediaciones del pueblo de San Diego, desde donde pudo descubrir las casas de la Guardia, i observó que las tropas de Garcia no habian franqueado todavia la cumbre de Puerto Cabello, ni tampoco se veian las que habian salido para Burburata; i como se hallase sola dicha columna de San Just á la vista de Naguanagua, en donde tenian los rebeldes forma-

das todas sus fuerzas, se retiró á las alturas de Vigirima.

Aunque dicha columna de García habia forzado las trincheras de la cumbre, permanecia en ella sin embargo esperando la reunion de Navarra, cuyo cuerpo no llegó á verificarla por no haber podido penetrar por un monte escabroso, en cuya maleza desapareció el camino que habia tomado. Habiendo movido los enemigos á esta sazon fuerzas superiores desde su campo se vieron precisadas estas columnas á retirarse á la plaza.

Acia este mismo tiempo se habia sublevado la provincia de Coro á favor del Rei bajo la direccion de los leales americanos Enchaucpe i Carreras. Enterado el general en gefe de este favorable acontecimiento envió algunas tropas al mando del brigadier Telló en ausilio de dicha provincia, desde la cual regresó á Puerto Cabello despues de haber organizado en ella algunas partidas, i conferido el mando al segundo de dichos campeones de la reaccion.

El general Morales salió el 10 de noviembre á sorprenla Guaira con 800 hombres; i aunque no logró el objeto principal de su mision, batió i dispersó 200 insurjentes que guarnecian el pueblo de Ocumare, i se proveyó de víveres frescos con los que volvió á entrar en la plaza.

El coronel disidente Gomez se habia dirigido sobre la provincia de Coro, i se habia apoderado de su mayor parte, obligando á las débiles tropas realistas á retirarse á la parte mas escabrosa de ella, desde donde sostenian la guerra de partidas. Conociendo el general en gefe la importancia i necesidad de salir con respetables fuerzas á batir los 1500 hombres que mandaba el citado Gomez, tomó 1200 soldados escogidos, con los que se embarcó en 1r de diciembre, i se presentó en el punto llamado la *Vela de Coro*. Ejecutado el desembarco á alguna distancia á sotavento del puerto en aquellos penosísimos arenales, se dirigió rápidamente sobre el pueblo, atacó su fuerte i lo rindió en el corto espacio de dos dias. Toda la division enemiga, que era superior en número á los vencedores, quedó en poder de éstos con todo su

armamento, municiones i efectos, inclusive su mismo caudillo.

Terminada con tanto lustre esta feliz espedicion se retiró Latorre dejando en dicha ciudad de Coro i en el pueblo de San Miguel del Tocuyo á los batallones de Barinas i Hostalrich para su defensa, i hasta 3000 hombres inclusive las tropas colecticias que habia formado en aquel corto tiempo de los fieles corianos. A su llegada á Puerto Cabello volvieron á poner el sitio los rebeldes que lo habian tenido levantado hasta que se cercioraron de que el objeto de aquella salida habia sido sobre un punto determinado, i no para emprender operaciones combinadas contra los sitiadores. En este estado concluyó el año de 1821; i quedará por lo tanto suspensa la relacion de los hechos posteriores hasta el siguiente.



CAPITULO XIII.

MÉJICO: 1821.

Primeras artificiosas operaciones de Iturbide por el rumbo del Sur. Su correspondencia con Guerrero. Ventajas conseguidas por el teniente coronel Verdejo. Reconciliacion de los dichos Guerrero é Iturbide. Perfidia de este último, i proclamacion del plan de Iguala. Formacion de un ejército á las órdenes del general Liñan. Salida de la vanguardia realista mandada por el coronel Marquez Donallo ácia la hacienda de San Gabriel, i retirada de los iturbidistas. Razones porque no avanzó la division de Liñan contra el enemigo. Movimientos en la capital contra la autoridad del virei. Fuerzas de Iturbide cuando dió el grito de rebelion. Maniobras de éste para apoderarse de la plaza de Acapulco. Llegada á este puerto de las fragatas Prueba i Venganza. Arresto del disidente Cavaleri i su evasion. Crítica posicion de Iturbide en el principio de su sedicion. Acciones favorables á los realistas. Bizarría del coronel Hevia. Progresos de los independientes. Bravo, Herrera, Osorno, Santana, Victoria i otros caudillos. Bustamante, Cortazar i Filisola desertan con sus tropas á las filas rebeldes. Destreza de Iturbide para hacer su revolucion. Causas que embotaron el valor i decision de los realistas. Choques parciales gloriosos á las armas del Rei. Novoa, Hevia. Muerte de este último. Defeccion de Quintanar. Debilidad de Horbegoso. Accion de Tetecala. Espedicion de Marquez Donallo á Acapulco. Desgracias de los realistas en San Luis de la Paz, Querétaro i San Juan del Rio. Sus triunfos en Veracruz,

Arroyo hondo, i Hacienda de la Huerta. Nuevos reveses de los realistas por todas partes. Brillante defensa de la guarnicion de Durango. Cruz, Negrete, Zamora, Ruiz. Rasgos particulares de heroismo. Apurada situacion de los negocios. Violenta deposicion del conde del Venadito. Reflexiones políticas. Nombramiento del general Novella en reemplazo del legítimo virei. Infructuosos esfuerzos de aquel. Llegada del general O Donojú. Tratado de Córdoba. Batalla de Etzcapuzalco. O Donojú reconocido gefe principal de las tropas realistas, i vocal de la junta insurjente. Entrada de los independientes en la capital de Méjico. Entereza del general Dávila. Honrosa capitulacion de todas las tropas europeas. Su acantonamiento i medidas para embarcarse.

Se hallaba Iturbide maniobrando á principios de este año por el rumbo del Sur, mas bien con la intriga i con la falsedad, que con la nobleza de sus armas. Ya desde fines del anterior habia emprendido sus operaciones contra Guerrero; pero lejos de darle el golpe que queria precediese á su reconciliacion, habian sufrido sus tropas algunos reveses parciales; i como llegase á conocer que este enemigo era mas terrible de lo que se habia figurado, trató de hacer sus primeras aberturas pacíficas que allanasen el camino á su traicion. Para llegar á este fin era preciso valerse de mil fingidos rodeos, i se necesitaba una estraordinaria travesura para no estrellarse en alguno de sus escollos.

Es innegable que su plan fue desde el principio la independencia á su modo; pero no podia desenvolverlo francamente hasta que hubiera conciliado el partido de los insurgentes antiguos, i tranquilizado el ánimo de las autoridades realistas i aun de las mismas tropas que tenia á sus órdenes inmediatas. Principió en 10 de enero su correspondencia con Guerrero desde Cualotitlan exhortándole á unirse á su partido con la seguridad de que los diputados mejicanos que ya habian salido para el congreso de la Península habian de traba-

jar por la felicidad de aquel pais, estableciendo una perfecta igualdad entre los hijos de ambos continentes, i aun le indicaba que tal vez pasaria á Nueva España nuestro amado Soberano, ó alguno de sus augustos hermanos.

A fin de inspirarle mayor confianza le hacia saber que ya los principales caudillos de la insurreccion que se hallaban presos, don Ignacio Rayon, don Sixto Verdusco, don Nicolás Bravo i otros habian sido puestos en libertad en prueba de la liberalidad de sentimientos de que abundaban todas las autoridades realistas. Le invitaba asimismo á que le enviase un comisionado de toda su confianza para declararle libremente sus ideas, que daba á entender eran conformes á las de dicho Guerrero, si bien se notaba todavia alguna diferencia en los medios de la ejecucion.

Lo que no dejará de parecer estraño en este primer despacho fue la amenaza que le hizo de tener tropas suficientes para imponer á los insurgentes, i la facilidad de recibir de la capital cuantas pidiese i pudiese necesitar, anunciándole al mismo tiempo la marcha por Tlacotepec de una fuerte seccion al mando del teniente coronel don Francisco Antonio Verdejo, i su salida con otra por el camino de Teloloapan, si bien añadia que el citado Verdejo estaba prevenido de suspender las hostilidades hasta que se hubiera recibido su resolucion.

Se pierde la imaginacion en hacer cálculos sobre el giro que dió Iturbide á estas primeras comunicaciones: quien hubiera de formar un juicio sobre las ideas de este revolucionario por el citado oficio, creería que estaba aquel bien distante de abrigar ideas de independencia; i no se sabria como descifrar este misterio, sino considerándole empeñado en humillar á los antiguos insurjentes para que bajo ningun aspecto pudiera serle disputado el mando sobre ellos. Queria, pues, que dichas partidas se acogiesen bajo su proteccion despues de haberlas reducido á un estado de impotencia, ó convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para resistirle. Esta es la causa por que asumió aquel ambicioso caudillo un tono de arrogancia i sólida fuerza, i el carácter de un generoso bien-

hechor que iba á rescatarlos de la esclavitud, de la miseria, de la ruina i de la desesperacion.

No fue feliz Iturbide en esta primera travesura de su ingenio. Guerrero respondió con fecha de 20 del mismo mes desde el Rincon de Santo Domingo con tanta entereza i dignidad que le habria hecho altamente recomendable si hubiera sostenido una causa mas noble: desechó con indignacion toda propuesta que no llevase por base la independencia absoluta del pais; despreció todo el aparato imponente de sus fuerzas, i se valió de argumentos tan convincentes i persuasivos en su viciosa clase, que ya no le quedó mas arbitrio á Iturbide que el de descubrir sus ocultos proyectos sin conseguir su preliminar intento que era el abatimiento de los que temia pudieran ser un dia sus mas furiosos rivales.

El teniente coronel don Francisco Antonio Verdejo, que estaba bien ageno de pensar en la perfidia que ya á este tiempo estaba fraguando su gefe, seguia su marcha para Chilpancingo, cuando supo que estaba interceptado por los insurjentes el camino de la hacienda de Chichihualco. Como todo el afan de este bizarro oficial se dirigía á la destruccion de las gavillas, trató de venir á las manos con ellas sin esperar las órdenes de su superior, proponiéndose asimismo el objeto de salvar la guarnicion que se hallaba en el referido punto de Chichihualco. Cuando llegó á él la citada columna, que fue á las doce de la noche del 26 de enero, se habian fugado ya los rebeldes con direccion á Jaliaca, llevándose una porcion considerable de ganado, maiz i otros efectos robados: despues de haber dado Verdejo un corto descanso á su tropa, salió en persecucion de dichas gavillas con las que empezó ya á tirotearse á un cuarto de legua, i continuó su marcha hasta el sitio de la Cueva del Diablo, en donde encontró al grueso de ellas.

Era esta posicion ventajosísima por su elevacion, por sus formidables trincheras i por la escabrosidad de los caminos que conducian á ella; mas nada era capaz de retraer al es-

forzado comandante realista de su decidida resolucion de dar un dia de gloria á las armas españolas. Conociendo que un ataque brusco dado de frente, aunque produgese felices resultados, habia de ser comprado con la preciosa sangre de aquellos valientes, trató de suplir con los ardides de la guerra los recursos de la fuerza.

Emprendiendo una falsa retirada con la idea de que se arrojasen sobre él aquellas orgullosas masas que no bajaban de 700 hombres capitaneados por el mismo Guerrero, vió enteramente cumplidos sus deseos de un modo que superó todavia sus esperanzas, pues que saliendo de dicha posicion los insurgentes con increible ardor i ferocidad, hubo de recurrir á la bayoneta para contener sus furiosas cargas. El choque fue sangriento por ambas partes; cuatro veces fueron atacados los realistas al arma blanca; duró el vivo fuego desde las siete de la mañana hasta la misma hora de la noche, las tropas de Verdejo consumieron todas sus municiones i sufrieron la pérdida de 15 muertos i 36 heridos; pero la de los facciosos fue incomparablemente mayor habiéndose contado 40 de los primeros en el campo de batalla i un número proporcionado de los segundos que algunos hicieron subir hasta 100. El campo, sin embargo, quedó por los realistas sin que de su inmenso botin hubieran podido salvar los rebeldes sino sus caballos.

Estos esfuerzos, sin embargo, no podian producir efecto alguno cuando ya estaba tan próximo el momento en que su gefe principal diese el grito de la rebelion. Tal vez ni aun esta gloria habrian tenido las armas españolas si Iturbide hubiera recibido oportunamente la carta de Guerrero, de que se ha hecho mencion; pero como hubiera sufrido algun tropiezo i mayor tardanza de la necesaria para llegar á sus manos, no tuvo tiempo para evitar aquel golpe. Asi se lo manifestó este desleal en los nuevos despachos que dirigió al espresado Guerrero con fecha de 4 de febrero, en los que desenvolvia con mas claridad sus planes de avenirse con las ideas de aquel insurgente, á quien invitaba para una entrevista

á fin de ponerse de acuerdo i establecer el modo de asegurar la independencia del pais. Continuando Iturbide en su carrera de falsedad i engaño, participó á dicho Guerrero los planes, que luego fueron conocidos con el nombre de Iguala, i llegó á convencerle de la necesidad de que sirvieran de base para sus operaciones, pues que no de otro modo podia contarse con la adhesion de los varios partidos en que estaba entonces dividido el reino.

No ocultándose al citado Guerrero la necesidad de contemporizar con el partido europeo, que era numeroso, reconoció la fuerza de las razones del nuevo campeon rebelde sobre llamar un individuo de la casa reinante de España para gobernar independientemente aquel Estado con las formas constitucionales, si bien ni uno ni otro creian que aquella idea se llegase á verificar, ni pensaban de modo alguno en apoyarla sino el tiempo necesario para conseguir su objeto favorito de la emancipacion.

Vencidas ya por Iturbide todas las dificultades para su reconciliacion con Guerrero trató de asegurarse de la aprobacion i obediencia de las tropas realistas que tenia á sus órdenes, i lo consiguió en gran parte con su acostumbrada astucia i refinada hipocresía. Al darles conocimiento de los planes que iba á proclamar, se esmeró en probarles que nadie le aventajaba en verdadero amor al Rei i á la nacion española, i pretendia demostrar que de cuantos servicios habia prestado hasta entonces á la monarquía, ninguno tenia un mérito tan relevante como el que iba á contraer con el mencionado motivo.

Sus planes, daba á entender, realizarían una perfecta fusion de partidos i unirian sólidamente europeos i americanos; harian desaparecer para siempre el espíritu de sedicion; i dejarian vinculada la corona de Méjico en la familia reinante de España. Los hijos de uno i otro hemisferio serian considerados bajo el mas riguroso pie de igualdad; ambos Estados estrechamente unidos presentarian una fuerza que impondria á todas las naciones del Globo; con la total cesacion



de la guerra se levantaria mui pronto Méjico de su estado de abatimiento i miseria, i con el apoyo de nuevas leyes, adecuadas á las necesidades de los tiempos, volveria á su antigua opulencia i á formar un brillante imperio que escitaria la admiracion universal.

Estos capciosos discursos no dejaron de hacer impresion en el ánimo de sus tropas, si bien una parte de ellas al ver la franca comunicacion que tenia con los insurjentes de Guerrero, desconfió de las halagüeñas promesas de su gefe, i se entregó á la desercion. Iturbide tenia en el entretanto adormecido al virei con la falsedad de sus despachos. Seis dias antes de dar el grito de insurreccion en Iguala le habia escrito que ya Guerrero se habia puesto á sus órdenes con 1200 hombres bajo las bases de una perfecta sumision sin mas diferencia que la de haber solicitado no se le considerase como indultado i sí como adherido á la causa que defendia dicho gefe.

Añadia Iturbide que recibiría mui pronto igual sumision de parte de las gavillas de Asensio, Montes de Oca, Guzman i demas que se hallaban situadas desde Mazatlan á Colima bajo la direccion de dicho Guerrero, cuya fuerza se regulaba en 3500 hombres; i pedia para estos gefes una ocupacion honrosa que les asegurase cómodamente su subsistencia; pero bien se dejó de ver por el mismo curso de los sucesos que estas comunicaciones al virei no eran mas que artificiosos amaños forjados con la idea de ganar el tiempo que todavia necesitaba para quitarse totalmente la máscara.

Cuando ya creyó hallarse suficientemente apoyado por sus mismas fuerzas i por las de Guerrero, i que la opinion estaba dispuesta á recibir la nueva forma de gobierno, dió el grito en Iguala en 24 del mismo mes de febrero, de cuyo pueblo tomó su nombre el plan, que se juró en el acto i que formó la base de aquella revolucion (1). Apenas tuvo noticia

(1) Las bases de dicho plan eran la emancipacion de la metrópoli, el establecimiento de una monarquia moderada que deberia principiar en

el citado virei de tamaña traicion, dió una enérgica proclama pará embotar los tiros de la seduccion de aquel pérfido confidente; i el ayuntamiento de la capital dirigió con igual presteza una elocuente i animada representacion consignando en ella los sentimientos de la mas acendrada lealtad. La primera i la mas importante providencia dictada por dicho virei fué la formacion de un ejército denominado del Sur para salir contra aquel nuevo insurjente. El honor de este mando fué conferido al general don Pascual Liñan, que tantas pruebas tenia dadas de fidelidad i decision. Mientras que se ocupaba con infatigable celo en el arreglo del ejército, trataba con dicho Iturbide haciendo los posibles esfuerzos para distraerle de su desleal carrera por todos los medios de la dulzura, de la persuasion i del halago.

Este hombre ambicioso trabajaba por su parte con igual ardor en dar vigor á su ilegítimo empeño: por todos los caminos se cruzaban los correos que conducian su sediciosa correspondencia; no hubo cuerpo al que no tratase de seducir con el sutil veneno de los citados planes; todas las partidas insurjentes se pusieron en movimiento para segundarlos. Los

---

nuestro augusto Soberano ó en su defecto en los Sermos. Señores Infantes por el órden de su nacimiento; la creacion de una junta gubernativa hasta la reunion de públicos representantes; el respeto de la propiedad; la conservacion de todos los empleos civiles, militares i eclesiásticos; la formacion de un ejército con la denominacion de Trigarante, ó de las tres garantias, cuales eran *la conservacion de la religion católica, apostólica romana, la independencia bajo las bases enunciadas, i la intima union entre americanos i europeos*. Los demas artículos de dicho plan comprendian la parte de arreglo i de ejecucion como emanaciones de aquellos principios. La junta gubernativa designada por dicho Iturbide no fue del agrado de los independientes, i lo habria sido mucho menos de una porcion de beneméritos realistas á quienes la sola proposicion les hubiera escitado toda la irritabilidad de su carácter, i por lo tanto no llegó á plantearse: debia componerse segun la lista de Iturbido, del conde del Venadito como presidente, del regente Batallor como vicepresidente, i de los vocales Alcocér, conde de la Cortina, Lobo, Monteagudo, Yañez, don José María Fagoaga, Espinosa, Ázcárate i Pereda; i como suplentes Sanchez de Tagle, Oses, Morales i Aguirrevengoa.

enemigos de la metrópoli que habian permanecido ocultos hasta entonces asomaron la cabeza i se convirtieron en tantos falsos apóstoles de aquellas perversas doctrinas. El fuego corria violentamente i amenazaba un incendio general. Abundaban en la capital los comisionados, confidentes i partidarios de Iturbide; i los habia tambien cerca del mismo gobierno, los que al favor de su hipocresía i refinado disimulo contribuian á estremecer el edificio realista, i tenian una parte no pequeña en la paralizacion de las sabias medidas proyectadas por el virei.

La situacion de este digno general era la mas apurada; no podia tener confianza ni aun en aquellas personas que mas le habian merecido hasta entonces: unos por ódio á la constitucion, i otros por amor á gobernarse por sí mismos i vincular en sus manos los principales destinos, estaban mas ó menos complicados en aquellos peligrosos movimientos. La prueba de que habia al lado del virei enemigos encubiertos, la suministraron los mismos insurjentes con las anticipadas noticias que recibian de muchas de las órdenes que emanaban del gobierno superior; i no lo indicaba menos la facilidad con que eran atravesadas las benéficas miras i las disposiciones de dicho virei. No se ocultaban tales maniobras á la penetracion de este noble español; i por lo tanto despachaba por sí mismo los negocios mas delicados é importantes; pero como estaba viciada una parte de los órganos por los que le eran trasmitidas las noticias del estado del pais, no era estraño que hubiesen llegado en algunos momentos á ofuscarle, ó á lo menos á hacerle dudar de la verdad de los hechos.

Desde los primeros momentos de haber declarado Iturbide su traicion, hizo avanzar una seccion de sus tropas sobre la hacienda de San Gabriel, distante nueve leguas de Cuernavaca á observar los movimientos que hicieran las tropas de la capital, i á ponerse de acuerdo con el subdelegado de aquel pueblo el español don Miguel Cavaleri, á cuya travesura i espíritu revolucionario se debieron en gran parte los progresos de los trigarantes.

Parecia que la medida mas oportuna en tan críticas circuntancias habria sido la de presentar prontamente respetables fuerzas al frente de Iturbide antes que éste hubiera tenido lugar de engrosarse: asi lo creia el previsivo virei, i aunque solamente habian podido reunirse 2600 hombres disponibles, tuvo Liñan la orden de salir con ellos en los primeros dias de marzo ácia el rumbo del Sur. Obedeciendo fielmente este general las órdenes superiores, se situó en la hacienda de San Antonio, distante tres leguas de la capital, i envió su vanguardia al mando del coronel Marques Donallo á la villa de Cuernavaca, de la que tomó posesion el dia 8; i recibida á los pocos dias la noticia de haberse retirado el enemigo de dicha hacienda de San Gabriel, que distaba otras nueve leguas, se adelantaron á aquel punto las tropas realistas estendiéndose hasta el Real de Tasco, desde cuyo punto hubieron de retroceder por órdenes procedentes de la capital.

Fue sentida generalmente esta retirada en unos momentos en que con menores esfuerzos era mas fácil conseguir un triunfo absoluto: de aqui se tomaron varios motivos para censurar las operaciones del virei, unos por esceso de celo, i los mas porque conocian de cuánta utilidad habia de ser el desconcepto del primer gefe del reino para que prosperase el partido de la independencia. Este digno general tenia al parecer razones mui poderosas para haber mandado la retirada de dichas tropas. La capital ardia en el fuego de la sedicion; las tropas que la guarnecian no eran suficientes para haber contenido su esplosion; si las tropas de vanguardia sufrian algun revés, podia éste precipitar la ruina del Estado. No se atrevió por esta misma razon á mandar al general Liñan la continuacion de su marcha con toda la division, porque en tal caso habria quedado todavía mas desguarnecida dicha capital, i doblemente espuesta á ser envuelta por algun golpe de mano de los rebeldes.

El ánimo de dicho virei estaba devorado por las mas terribles angustias: conocia mas que nadie la necesidad de mover sus tropas contra Iturbide; pero no se atrevia á alejarlas

de su lado por los espresados motivos. Todo su afan se dirigió entonces á hacer venir á marchas dobles nuevos cuerpos europeos á la capital, como lo verificaron entre otros el batallon de Castilla en 16 de marzo desde las villas de Córdoba i Orizaba, i el del Infante don Cárlos al dia siguiente desde el Saltillo.

Cuando ya dicho virei hubo reunido mayor número de tropas para guarnecer la capital sin necesidad de la division que mandaba Liñan, habia adquirido Iturbide mayor preponderancia i orgullo con algunos batallones que se le habian agregado, i no era prudente esponer dicha division á los hazares de la guerra, porque su derrota, si la suerte le hubiera preparado aquella fatalidad, habria producido el pronunciamiento de todos los que se retraian de declarar su adhesion á los trigarantes, por no hallar todavía bastante estables los fundamentos de aquella causa.

Hé aquí otra de las razones porque no llegó á verificarse la activa persecucion de Iturbide por las tropas de Liñan. Perdidos ya los primeros momentos, era preciso arriesgar una batalla general, i tales eran los planes del virei Apodaca, resuelto á hacer los últimos esfuerzos de su valor i entereza antes que dejarse arrebatar de la mano aquellos dominios, cuando ocurrió uno de los lances mas terribles, cuyo odioso principio, solo imperiosas circunstancias, los apuros del Estado, la desconfianza i el desaliento de los buenos, la altanería de los contrarios, i en fin, la inminente ruina del gobierno, ó faltas mui graves han pedido hacer disimulable alguna vez, si bien ha sido reprobado constantemente por las leyes, i afeado por nosotros, siempre que hemos tenido que tratar de esta clase de sucesos: hablamos de la insubordinacion i rebeldía contra la primera autoridad, de la que hemos visto por desgracia repetidos ejemplos en la moderna revolucion de América; pero antes de dar cuenta de este ruidoso suceso, pasaremos á recorrer las operaciones de las varias columnas realistas que se hallaban de guarnicion en las provincias.

Cuando Iturbide dió el grito de independencia en Iguala

contaba con el apoyo de 6 compañías del regimiento de Murcia, i 400 hombres del de Fernando VII, ambos espedicionarios, con el de la Corona, i el batallon de Santo Domingo infantería de línea, con la compañía fija de la costa de Acapulco, con los regimientos provinciales de Celaya, Tresvillas i batallon del Sur, con 2 compañías de dragones del Rei, otra de los titulados de España, 2 escuadrones del Sur, i otro de Epitacio Sanchez, con varias compañías sueltas de realistas urbanos, i finalmente con las dos gruesas divisiones de los rebeldes Pedro Asensio i Guerrero, que componian en todo una fuerza de 6000 hombres. *Para* inspirar á este último la debida confianza, i á fin de comprometerlo mas fuertemente en su partido, le confió los caudales tomados á los manilos, con órden de que los condujese al cerro de Barrabás, en donde deberia formar respetables fortificaciones que lo pusieran al abrigo de toda sorpresa.

Uno de los primeros cuidados del citado Iturbide, habia sido el de apoderarse de la plaza de Acapulco, á fin de tener abiertas por mar sus comunicaciones con otros puntos rebeldes de la costa. Habia hecho salir con esta mira ya desde el dia 20 de febrero la escasa guarnicion con su gobernador don Nicolas Basilio de la Gándara, i la habia reemplazado con 174 hombres del regimiento de la Corona, mandados por el capitan don Vicente Endérica, en quien depositaba aquel revolucionario toda su confianza. Correspondió este con efecto á las esperanzas que de él se habia concebido, influyendo en el ayuntamiento para que fuera reconocido el sistema proclamado por Iturbide, aunque fue comunicado á dicho pueblo en el dia [illegible]

No habia muchas horas que tremolaba el pabellon trigarante cuando fondearon en aquel puerto las dos fragatas de guerra Prueba i Venganza, al mando de los capitanes Villegas i Soroa. Los buenos realistas que habian sido sobrecogidos en el mismo dia por los despachos de Iturbide, i por la temible influencia de su nuevo gobernador, respiraron al ver por un incidente tan inesperado el necesario auxilio para soste-

ner la autoridad real. El teniente coronel don Francisco Rionda que se hallaba con alguna fuerza en el punto de Ayutla, fue informado por su hermano don Ramon, contador de las cajas del referido pueblo de Acapulco de la variacion que se acababa de hacer en el gobierno, i trató de acudir á derrocar la faccion rebelde.

Acapulco se sostenia en el entretanto en la mayor incertidumbre i vacilacion; volvió el antiguo gobernador Gándara seducido por Iturbide, para asegurar el nuevo dominio; el ayuntamiento no se adhirió á sus planes; los rebeldes no se atrevian á hacer uso de la fuerza ni de la violencia por hallarse con mui pocas tropas para resistir la temida espedicion de Rionda desde Ayutla, de acuerdo con los marinos. Llevada ésta finalmente á efecto en la tarde del 15 de marzo fue restablecido en todo su esplendor el gobierno del Rei.

No tenia Iturbide conocimiento del estado de los negocios por esta parte, deseaba por lo tanto hacer los mayores esfuerzos para conservar sumisa á su voluntad aquella poblacion; pero como se hallase entónces en la incapacidad de dividir sus tropas por el temor de que se aumentase la desercion, comisionó á su amigo i confidente don Miguel Cavaleri, para que con letra abierta por 400 duros, ó por sumas mayores si las necesitaba, supliese la falta de la cooperacion armada. Cuando salió Cavaleri del cuartel general de Iturbide, se creia que Enderica estaria mandando dicha plaza á nombre de los trigarantes, i que por lo tanto llegaria sin obstáculo á aquel punto para ejercer libremente en él sus intrigantes manejos, que debian ser ostensivos á las mismas fragatas.

Cavaleri habia servido antiguamente en la marina española, tenia muchas relaciones con los individuos de aquel cuerpo, poseía un gran fondo de astucia i travesura, le asistia una afluente verbosidad, abundaba en destreza para grangearse la voluntad i confianza, i era finalmente el hombre mas á propósito para conducir planes revolucionarios. Caminaba mui desprevenido figurándose que hallaria el camino sembrado de rosas, cuando cayó en poder de las tropas rea-

listas, que en aquel corto intervalo que habia mediado desde que él emprendió la marcha, habian derribado la divisa trigarante. Era demasiado conocido este sugeto para que no se gozasen aquellas fieles autoridades con tan rica presa.

Despues de haber dado parte al virei de este feliz encuentro, se dispuso tener bien asegurado dicho individuo hasta que la autoridad superior determinase el destino que debia darsele. Se creyó que en el entretanto se hallaria mas bien custodiado á bordo de una de las fragatas, cuyos buques eran considerados como barreras inexpugnables del honor i de la fidelidad. Empero esta creencia lisongera fue funestal á la buena causa. Desde el momento en que Cavaleri puso el pie en dichos buques, se dedicó á corromper á los oficiales i tripulacion con sus venenosas máximas i doctrinas: se dirigió su principal empeño á convencer á sus capitanes Villegas i Soroa de lo irremediable de su ruina sino se amoldaban á las circunstancias; les hizo ofertas las mas lisongeras i pomposas, precedidas por la del pronto desembolso del valor de dichos buques; i no perdonó medio alguno para atraerlos á su partido.

Villegas sin embargo, ó creyó que era mui efímera la revolucion principiada por Iturbide, ó no estaba dispuesto todavía á hacer traicion á su honor i á su carrera; i rechazó por lo tanto las proposiciones de Cavaleri, si bien le facilitó la fuga en una lancha que lo condujo á un punto de la playa, libre de la influencia realista, desde donde volvió dicho Cavaleri á reunirse con su protector. La causa de éste no se presentaba al principio bajo el halagüeño aspecto que el se habia prometido: habia principiado á desertarse una parte de las tropas seducidas por la perfidia i por la intriga; el teniente coronel don Tomas Cagigal habia abandonado las banderas de aquel rebelde con 200 hombres, i se habia puesto á las órdenes del coronel Donallo, comandante de la vanguardia, en el dia 10 del mismo marzo.

El bizarro don Manuel de la Concha, comandante gene-

ral de los llanos de Apan, entró el 21 en el pueblo de Huauchinango despues de haber ahuyentado las partidas que ocupaban aquella posicion, en la que halló un obus, 5 cañones, i porcion considerable de armas que lo precipitado de su retirada no les habia permitido trasportar. A beneficio de un destacamento de dragones que salió en persecucion de los prófugos, se logró la presentacion de 40 de estos, i sucesivamente la de otros 100, inclusos 4 capitanes, 3 tenientes i 4 alféreces con otra porcion de armas; de modo que ya en el dia 24 contaba Concha con 4 obuses, 8 cañones, 180 fusiles, i 120 cajones de municiones, todo de pertenencia de los disidentes.

El ya mencionado coronel Donallo, á quien se le habia dado la comision de hacer una correría sobre Acapulco á fin de dar mayor solidez al dominio del Rei en aquel pais, se dirigió á sorprender al cabecilla Pedro Asensio que habia tomado posicion con su gavilla en el Real de Zacualpan. Habiendo llegado el 10 de abril á la hacienda Nueva, supo que dicho Asensio habia salido dos dias antes ácia Sultepec para avistarse con el padre Izquierdo dirigiendo una partida á la hacienda del Lavadero, cerca de Toluca, otra al rumbo de Teloloapan, i dejando la tercera en el pueblo de Sosocola inmediato á Zacualpan. Noticioso asimismo de la aproximacion de una avanzada salida de este último punto se dedicó á sorprenderla con los dragones del Rei, que tenia á su lado, i lo logró con tanta felicidad que á los pocos minutos se hallaban ya mordiendo el polvo 7 de aquellos facciosos, i en su poder otros 6 todos heridos, asi como 8 fusiles, 8 caballos i varios efectos de guerra.

El teniente coronel don Jorge Henriquez, encargado por el comandante general de Toluca, coronel don Nicolás Gutierrez de perseguir al sedicioso Inclán, logró sorprenderlo á las tres de la mañana del 16 de abril en la hacienda de la Gabia, habiendo sido el resultado de tan bien concertado movimiento i de la bizarría de sus tropas la aprehension de dicho caudillo, la del teniente Ballesteros i la del alferez He-

ras con 34 soldados, 36 carabinas, 17 machetes, 50 caballos i algunas provisiones de guerra i boca.

El valiente coronel don Francisco Hevia, á cuya salida de las villas de Orizaba i Córdoba para Méjico, por llamamiento del virei en los primeros momentos de alarma, se habian sublevado aquellos territorios, hubo de volver de nuevo á reponer la autoridad real en todo su esplendor, i lo consiguió en parte, cubriéndose primeramente de gloria en los dias 23 i 24 del mismo mes de abril en que rechazó á las gavillas de Herrera, Bravo, Osorno i otros cabecillas que se habian aproximado á Tepeaca, causándoles la pérdida de 50 muertos i 100 heridos; cuya accion fue altamente recomendable, i escitó doble entusiasmo á causa del espíritu de sedicion que habia empezado á propagarse por todas partes. Recorriendo este gefe una brillante carrera de triunfos, entró en Orizaba ahuyentando de aquel pueblo á los disidentes, i se preparó á atacarlos en la de Córdoba, en la que se habian fortificado con el ánimo de hacer una vigorosa defensa.

Iturbide habia tenido que sufrir los mayores contrastes i amarguras en los primeros dias de su revolucion; pero ya desde el mes de abril habia principiado á mirarle la fortuna con sonrisa, i á pagarle con una prodigalidad superior á sus cálculos la ciega confianza con que se habia arrojado á aquella temeraria empresa. Ademas de las partidas de Herrera, Bravo i Osorno, que habian comenzado á llamar la atencion de los realistas por la parte de las villas, se sublevó el entonces capitan del Fijo de Veracruz don Antonio Lopez Santa Ana, hoi en dia general de aquella república, i puso sobre las armas á los *jíbaros* ó gente de color de la costa, con los que i con una parte de la columna de granaderos provinciales i dragones de España salió á dar el grito de independencia al Rancho de las Vigas, situado en la montaña llamada Cofre de Perote, á seis leguas de Jalapa; desde cuyo punto intentó sorprender, pero infructuosamente, el castillo llamado tambien de Perote. Acia el mismo tiempo se unieron á Iturbide el coronel Bustamante i el teniente coronel Cortazar con

la respetable division que mandaban en el Bajío de Guanajuato, compuesta de 29 dragones provinciales los mas bizarros de Nueva España, i de alguna infantería, despues de haber hecho prisionero al comandante general de la provincia don Antonio Linares.

En la provincia de San Luis de Potosí se insurreccionaron varias compañías de caballería é infantería del valle del Maiz, San Francisco i Rioverde á las órdenes del teniente coronel Tobar i capitan don Cenon Fernandez. Un escuadron de dragones de Sierragorda abandonó asimismo el destacamento de San Luis de la Paz del distrito de la comandancia general de Queretaro, i se paso á los disidentes. Fue seguido este fatal ejemplo por otros varios piquetes i compañías enteras de infantería i caballería en la provincia de Valladolid á las órdenes de los tenientes coroneles Parres i Barragan.

El enemigo se habia reforzado asimismo con 1000 hombres que le entregó el capitan don José Herrera entre granaderos provinciales i otras partidas sueltas. Otro de sus grandes apoyos fue el teniente coronel Filisola, quien deponiendo á su coronel don Pio María Ruiz i colocándose á la cabeza de la division de Zitácuaro, compuesta de 2000 soldados, constituidos en el mejor estado de armamento i disciplina, pasó á ofrecer al nuevo revolucionario el homenage de su rebeldía i traicion.

Los efectos de la revolucion fraguada por Iturbide eran tan diferentes de los de la primera, como lo habian sido al parecer los planes i la divisa de ambos partidos. Los antiguos insurjentes habian hecho una guerra cruel á todos los europeos i aun á los americanos realistas, si poseian haciendas i riquezas, con las que pudiera cebarse el espíritu de rapacidad que los dirigia. Iturbide por el contrario respetaba la propiedad, enfrenaba la plebe, i protejia á los hombres acaudalados é influyentes, cualesquiera que fueran sus opiniones.

Conociendo que el partido europeo era el solo capaz de marchitar sus aciagos laureles, si con su imprudente conducta llegaba á irritarlo, empleó en su vez todos los recursos de

la falsedad é hipocresia para atraerlo á su partido, dándole una decidida preferencia en todos los destinos, i halagándolo con toda clase de lisonjeras promesas i venenosas frases de amistad, consideracion i respeto. Si bien este sistema era mirado con desagrado por los antiguos insurjentes no desistió de él Iturbide, por hallarse persuadido de que sin la cooperacion de los europeos no podia realizar sus planes.

Hubo mil incautos españoles que cayeron en la red que les tendió este astuto insurjente; hubo asimismo varios gefes i oficiales que olvidándose del honor militar i de sus deberes ácia el Soberano i ácia la Nacion que les habia dado el ser, se dedicaron con el mayor teson i actividad á levantar el gran edificio imperial, sin calcular que ellos eran unos estúpidos andamios que serian derribados tan pronto como su ídolo hubiera visto consolidada aquella fábrica. Recibian en el entretanto contínuas demostraciones de cordialidad i confianza de parte del gefe que necesitaba en estos momentos de sus servicios.

Las noticias de la filantropía i nobleza de sentimientos desplegada por Iturbide recorrieron rápidamente todos los ángulos del reino de Méjico, i ya no pensaron los realistas en comprometer como en el año de 1810 sus personas é intereses, porque llegaron á persuadirse de que aquel nuevo campeon no desmintiria con su conducta sucesiva el buen concepto que le habian grangeado sus primeras operaciones en la carrera de su revolucion.

Esta fatal creencia determinó á algunos á segundar activamente sus proyectos, enfrió el ardor de otros, i enervó aquella gloriosa decision con que por tantos años habia sido combatido el genio de la insurreccion. Los soldados del pais, de que se componia la mayor parte del ejército realista, se preparaban á abandonar sus banderas para engrosar las filas del decantado héroe americano, cuya fama habia llegado á conmover la entereza aun de aquellos que mas servicios habian prestado á la monarquía.

En medio de la desmoralizacion general del ejército i del

pronunciamiento de muchos pueblos por la independencia se contaron algunos choques gloriosos á las armas del Rei i rasgos particulares de bizarria i esfuerzo de parte de algunos individuos: tales fueron los del coronel don José María Novoa, natural de Méjico, quien derrotó en 23 de mayo en el campo del Tasquillo sobre el puerto de Ixmiquilpan i camino de Zimapan á las gavillas del doctor Magos causandoles la pérdida de 59 muertos, 39 presentados, 14 prisioneros, 63 fusiles i carabinas, 6 lanzas, 7 machetes, 4 cajones de municiones, 18 monturas i 28 caballos, habiendo sido el mayor mérito de este empeñado combate la ninguna baja que esperimentaron los realistas en medio de tan arrojada empresa.

Tambien el esforzado coronel don Francisco Hevia despues de haber hecho prodigios de valor se habia abierto ocho dias antes las puertas de la inmortalidad en el asalto que dió por la brecha de la casa *de la Torre* á la villa de Córdoba, ocupada por los facciosos, i si bien su digno sucesor en el mando el de igual clase don Blas del Castillo i Luna sostuvo con empeño el honor de las armas españolas, fue tan notable la ferocidad i despecho de los sitiados, que se vieron precisados los realistas á retirarse á la villa de Orizaba rechazando con impavidez los furiosos ataques que les dirigió el envalentonado enemigo en su retirada, sin que se hubiera interrumpido la viveza de la persecucion hasta las garitas de dicha villa. Aunque los insurgentes tuvieron la pérdida de 40 muertos i de mas de 200 heridos, que fue dos tercios mayor que la de los realistas, la de estos sin embargo se hizo doblemente sensible por la calidad de los sujetos que fueron víctimas de su fidelidad i honor, i especialmente por la falta que habia de hacer un gefe tan acreditado i de tan distinguidos talentos militares i políticos para apoyar la vacilante nave del Estado.

Aunque estos empeños guerreros dieron algun lustre al nombre español en aquella aciaga época, no eran suficientes sin embargo para hacer cambiar el curso á la adversa fortuna, á pesar de la sana intencion del virei Apodaca, quien no

omitió medio alguno de cuantos se ofrecieron á su alcanze para contener el furioso torrente de la rebelion. Creyendo que una junta parmanente de guerra hallaria mayores recursos para sostener la autoridad real en tan apurados momentos, la formó de los mariscales de campo don Pascual Liñan i don Francisco Novella, subinspector general el primero del reino, i el segundo de artillería, del brigadier Espinosa, del comandante de ingenieros don Juan Sociat i de don Antonio Moran secretario interino del vireinato para que actuase en ella con el mismo carácter. Se redoblaron desde entonces los preparativos de defensa de la capital, se activó la fortificacion de toda la línea, i se tomaron cuantas precauciones dicta el verdadero celo para hacer una resistencia vigorosa.

De dia en dia se presentaba mas crítica la posicion de los negocios. El coronel don Luis Quintanar, comandante de las tropas que guarnecian la provincia de Valladolid, se habia pasado á los enemigos, capitulando con ellos su segundo Cela en 31 de mayo sin hacer la menor resistencia, si bien aseguró la franca salida para la capital de 600 hombres que se mantuvieron fieles bajo la palabra de no tomar las armas en aquella guerra. La guarnicion de Jalapa á las órdenes del coronel don Juan de Horbegoso se habia entregado tambien á los trigarantes en 4 de junio, sin haber hecho la oposicion que estaba en la línea del deber: pero en medio de estos reveses tuvieron algunas ventajas las armas del Rei, las que si bien no pudieron contener el ímpetuoso torrente de la insurreccion son dignas sin embargo de particular mencion para que no queden privados de estos honoríficos recuerdos los que tuvieron parte en ellas.

Fue de esta clase la gloriosa accion que dió el capitan don Cristobal Huber i Franco en San Francisco Tetecala á las gavillas de Pedro Asensio que fueron completamente batidas en 3 de junio, habiendo quedado muerto en el campo de batalla el mismo indomable caudillo. La espedicion del coronel Marquez Donallo sobre Acapulco fue asimismo dirijida con inteligencia i acierto; i si bien debió regresar mui

pronto á la capital por orden que le comunicó el virei con fecha de 10 de junio por haberse agravado el estado de los negocios, dejó por todas partes señales inequívocas de la bizarria de su columna, aunque no se logró el objeto principal de aquel movimiento, que fue el de llevar víveres i fondos á aquella plaza, pues que los primeros se consumieron en el camino i los segundos nunca pudo llegar á reunirlos.

Otro de los triunfos gloriosos conseguidos por las armas del Rei aun en esta época de fatalidad i de desgracia se debió á la guarnicion de Querétaro: se hallaba esta incomunicada desde fines de mayo i amenazada por todas partes; i aunque se dudaba de la entereza del comandante general brigadier don Estanislao Loaces se conservaba sin embargo la mayor decision en una parte de sus oficiales i soldados, quienes acreditaron su bizarria i arrojo saliendo 200 infantes i 120 caballos á picar la retaguardia de la division de 3000 hombres que al mando de Iturbide cruzaba por los arrabales de dicha ciudad en direccion de la hacienda del *Colorado* sobre el camino real de Méjico. El comandante del segundo batallon de Zaragoza don Froilan Bocinos, á quien fue encargada la citada comision, la desempeñó con tanto brillo i felicidad que alcanzando á dicha retaguardia enemiga en Arroyohondo distante tres cuartos de legua de la ciudad, sostuvo una reñida accion á pesar de estar sus fuerzas en proporcion de uno á tres con respecto á las del enemigo, i aunque la pérdida de los realistas fue considerable, no fue menor la de los disidentes.

Los que hostilizaban la plaza de Vera Cruz lograron en la noche del 7 de junio escalar las murallas contiguas á los baluartes de San José i San Fernando, abandonados momentáneamente, á causa de un furioso chubasco, por la marinería mercante que los guarnecia, i apoderarse de la puerta de la Merced, por la que se introdujeron hasta la plaza del mercado; pero pasando del castillo de San Juan de Ulua 150 hombres á las órdenes del capitan Polledo, tomó nuevo aliento la guarnicion realista, la que procediendo al ataque

en armonía i perfecta combinacion, desalojó al enemigo de la ciudad despues de haberle causado una pérdida considerable que se graduó en 200 hombres entre muertos, heridos i prisioneros.

A consecuencia de la toma de Valladolid marchó Filisola con una seccion de 1500 insurjentes sobre Toluca, guarnecida entonces por los batallones del Infante i de Fernando VII, con cuyos cuerpos travaron los enemigos, reforzados ya en la hacienda de la Huerta con otras tropas hasta el número de 3000, una empeñada accion en la que brilló del mismo modo que en la de Arroyo hondo el valor i bizarría de las tropas reales mandadas por el coronel don Angel Diaz del Castillo. Aunque las fuerzas de éste eran mui inferiores á las de los disidentes, quedó sin embargo dueño del campo cubierto de cadáveres. Las provincias internas tanto de Oriente como de Occidente empezaban ya á manifestar los síntomas de la sedicion, i se esperaba de un dia á otro su definitivo pronunciamiento por la independencia. El fuerte que habian construido los realistas en Teutitlan del camino provincia de Oajaca, i que servia de depósito i de apoyo para las espediciones de la Misteca, cayó en poder del enemigo en 18 de junio por capitulacion con una compañía de la Reina que lo guarnecia.

Se agrababan ya los cuidados del virei en el mes de mayo, por lo que mandó que saliesen las tropas que guarnecian la ciudad de San Luis de Potosí en ausilio de Querétaro; i como se notase lentitud en dar egecucion á estas disposiciones repitió las órdenes mas urgentes á principios de junio para que á todo trance, i aun á costa de perder aquel punto se llevase á efecto sin la menor tardanza. Dicha guarnicion constaba entonces del segundo batallon espedicionario de Zaragoza i de 220 hombres entre cazadores i granaderos del regimiento de Zamora situado en Durango, que habia sido dirijido á San Luis con el indicado objeto. Se hallaba asimismo en esta capital el marques del Jaral, sugeto el mas influyente del reino de Méjico por lo ilustre de su casa, por

la opulencia de su casa, por su sólida opinion i por su acendrada lealtad al Soberano español. Aunque resentido por haber sido desatendida la oferta que habia hecho al principio de la insurreccion de Iturbide, de montar i armar de 4 á 500 individuos de sus haciendas para sostener la causa de la legitimidad, no por eso dejó de mostrar menos ardor para segundarla en este momento en que dicho virei apeló á sus esfuerzos.

El teniente coronel San Julian que mandaba aquellas fuerzas, asi como toda la provincia, se alarmó al recibir los citados premurosos despachos, i comunicó á toda la poblacion sus mismos temores, mandando impolíticamente que las bandas de tambores saliesen por las calles á tocar la generala. Temeroso el vecindario de que á la salida de aquellas tropas pudieran repetirse las trágicas i devastadoras escenas del año 1810, rogaron al benemérito marques del Jaral con el mas vivo encarecimiento no los abandonase en tan críticos momentos. Por influjo de este ilustre americano se suspendió la salida de las tropas hasta el dia siguiente, durante cuyo tiempo se tomaron las medidas mas oportunas para que aquellas no careciesen de los ausilios mas necesarios, i asimismo para hacer menos sensible la evacuacion. Consolados los habitantes con las generosas ofertas que les habia hecho de no abandonarlos, se creyeron seguros de todo desacato i tropelía con su sola presencia.

Se hallaba á aquella sazon el comercio en posesion de 5 á 6 millones de duros que habian llegado en pasta desde las provincias internas i que no habian podido ser trasmitidos á la capital á causa de la interceptacion de los caminos. La casa del referido marques era considerada como un sagrado depósito que ninguno de los partidos contendientes dejaria de respetar: todos, pues, trasladaron á ella sus caudales en el silencio de aquella noche, i sin que tuviera conocimiento de esta operacion sino un oficial de toda su confianza, juntamente con uno de los sirvientes mas esperimentados de la casa.

Entre la una i dos del dia siguiente emprendió la marcha dicha division, compuesta de los cuerpos ya citados, de un escuadron de dragones de San Luis i dos piezas de artillería, que ascendería á 700 infantes i 100 caballos disponibles. Dos eran los gefes que se hallaban al frente de estas tropas: el citado San Julian i el coronel don Rafael Bracho, que ya hemos dicho habia venido á aquella ciudad con las compañías de Zamora; i aunque el mando de todas correspondia á este último por ser de mayor graduacion, no quiso San Julian desprenderse de él hasta el pueblo de Santa María del Rio, que fue el punto de descanso en la segunda jornada. Los dragones de San Luis se entregaron á una completa desercion á consecuencia de haber sido desechada con desabrimiento su peticion acerca de ser pagados sus haberes sin embargo de haber en la division un fondo sobrante de 659 duros. Serian las dos de la tarde del quinto dia de marcha cuando llegaron estas tropas á la hacienda de la Sauceda; i al dia siguiente se dirigieron con la mayor confianza á San Luis de la Paz, destacando dos leguas antes de llegar á dicho pueblo á un teniente de Zamora para hacer el alojamiento sin mas escolta que la de 4 dragones, con la que el mismo comandante San Julian quiso adelantarse; pero no bien se habian alejado pocos pasos de la vista de la division cuando reconocieron las primeras avanzadas de los independientes.

Informado el coronel Bracho de este inesperado encuentro formó sus tropas é impartió las órdenes convenientes para el ataque. A poco tiempo se oyeron clarines de la caballería enemiga, i se dejaron ver entre la espesura del bosque algunos oficiales i soldados insurgentes. Rompióse el fuego en el acto; pero habiéndose adelantado un ayudante de Zaragoza á hablar con uno de los gefes enemigos, don Manuel Tobar, mandó suspender el ataque, i no sin la menor repugnancia cedieron aquellos valientes desconfiando justamente de la entrevista que proponian á los citados gefes Bracho i San Julian. Verificada ésta con un misterio, que estaba mui le-

jos de tranquilizar los ánimos, se presentó el desleal europeo brigadier Echávarri i se mandó á la division descansar sobre las armas.

Estos primeros emisarios trataron de ganar tiempo para asegurar su triunfo, haciendo ver á los gefes realistas que no teniendo mas objeto que el de pasar á Querétaro i á la ciudad de Méjico, era seguro que Iturbide no se opondria de modo alguno á su marcha, como podria verse enviando un oficial de cada parte á comunicarle aquellas ocurrencias al pueblo de Casas viejas, situado á 12 leguas de distancia, donde aquel se hallaba.

En el entretanto la division se puso en marcha para San Luis de la Paz, i al concluir el bosque se divisó toda la fuerza enemiga, que seria de unos 200 caballos i 400 infantes con 4 piezas de artillería, i era la misma que habia llegado la noche anterior á dicho punto de San Luis. Ambos partidos se alojaron en la referida poblacion separadamente unos de otros: al dia siguiente retrocedieron los realistas á la hacienda de San Isidro, que se halla á una legua de distancia; dos dias se pasaron sin recibir noticias de los enviados al campo de Iturbide; el descontento se iba propagando; todos estaban recelosos del resultado de aquellas negociaciones; creció la agitacion al ver la tenacidad con que se negaban los gefes á pagar á la tropa sus atrasos.

En este estado de murmullo i desorden amanecieron sitiados al tercer dia por una fuerte division de infantería i caballería que habian reunido los insurjentes aprovechándose de los momentos tan preciosos que habian perdido los realistas, quienes si hubieran usado de mayor actividad i energía habrian podido destrozar completamente las primeras fuerzas que se les opusieron, i sucesivamente cuantos refuerzos hubieran llegado. Se dejaron, pues, perder aquellos gefes tan favorable coyuntura, cuyos resultados podrian haber sido con toda probabilidad la derrota general de los rebeldes, la salvacion de Querétaro, la conservacion de la columna que se perdió sucesivamente en San Juan del Rio, i un triunfo

absoluto capaz de haber variado el aspecto de los negocios i de haber cubierto su nombre de gloria.

Por tal descuido sufrieron en su vez el bochorno de rendir las armas, que fue mas sensible todavia por el modo altanero con que les fue intimado por Iturbide este violento decreto, que si bien ponia en claro su alevosia i perfidia, no descubria menos la imprevision i falta de cautela de nuestros gefes.

Aunque la situacion de los soldados realistas era la mas apurada, se llenaron de corage sin embargo al ver el modo áspero i orgulloso con que eran tratados por los insurgentes, i resolvieron morir todos con las armas en la mano antes que rendirlas con tanto desdoro. Conociendo aquellos la imprudencia de sus primeros pasos, variaron prontamente de conducta, i se dedicaron á adularlos con las frases mas cordiales i espresivas á fin de borrar la primera impresion recibida. No fue, pues, el número de 39 desleales el que triunfó de aquel puñado de valientes, sino la elocuente persuasion del general Bustamante, que supo desarmarlos con sus dulces promesas i con la falsedad de sus alabanzas i caricias.

Se alucinaron los soldados con tan intrigantes manejos: algunos oficiales conocian el fatal desenlace que iban á tener aquellos sucesos; pero no hallaban medio para reparar su desgracia. Uno de ellos sin embargo, don Francisco Gonzalez, trató todavía de escitar su furor al tiempo que se dirigian á San Luis de la Paz á dejar sus armas: arrodillándose delante de ellos i vendándose los ojos, les dirigió la arenga siguiente: «yo no puedo sobrevivir á la mengua de »haber sido vencido sin combatir por esta chusma fementida; »asestad contra mí vuestros tiros; la muerte es el don mas »precioso que pueda yo recibir en este momento; sin honor »i sin patria es insoportable la vida; todo mi afan era de per»derla peleando á vuestro lado contra los enemigos del Rei; »el descuido é impericia por una parte, i el dolo i la perfidia »de que somos ahora víctimas por otra, son dos males que »no podrán borrarse jamás de mi memoria. Sea yo el blanco

»de vuestros fuegos; emplead los últimos instantes en que con»servais las armas en vuestras manos para librarme de esta »afrenta; bien pronto sereis reducidos á la clase de misera»bles esclavos, i llorareis amargamente la precipitacion con »que os despojais de esos distintivos, emblemas de tantas vic»torias." Enternecidos los soldados abrazaron á este digno oficial, i le hicieron las mas solemnes protestas de admiracion i cariño; pero ya era tarde para hacer resistencia, i por lo tanto se encaminaron á San Luis de la Paz, en cuya poblacion entraron con todos los honores militares i tambor batiente.

Esta malograda division conservó en medio de su desgracia los mas ardientes sentimientos de fidelidad i pundonor; mui pocos fueron los que se adhirieron al partido de la independencia; los demas fueron remitidos á San Luis de Potosí en la clase de prisioneros. Todo, pues, quedó en poder de los disidentes; armas, municiones i las cajas de aquellos cuerpos. Un inocente error es á veces causa de los mayores reveses. Con un poco mas de actividad en las marchas, i con menos indecision de parte de los gefes, habria podido tal vez aquella division ser la restauradora del órden i el sostén principal del edificio monárquico. Fue por lo tanto este golpe de los mas sensibles para los buenos realistas.

El tan esforzado como criminal Echávarri se dirigió desde aquel punto á San Luis de Potosí, amenazó al mismo tiempo á Zacatécas, i aproximó sobre el Saltillo una de sus columnas, la que en combinacion con la que mandaba el teniente coronel don Cenon Fernandez, impuso á las provincias internas de Oriente obligando á capitular en San Antonio de Tula, á los restos de una pequeña seccion, que á las órdenes del bizarro capitan de caballería don José de Castro habia salido de observacion desde Aguayo, colonia del Nuevo Santander.

Llegan á este tiempo al Saltillo desde Monterei un batallon del fijo de Vera-Cruz, i 150 caballos con el fin de estraer los caudales existentes en aquellas cajas reales; se in-

surreccionan dichas tropas i proclaman la independencia.

La pérdida de la division, que habia salido de San Luis activó el ataque de los rebeldes contra la ciudad de Querétaro, de cuyos arrabales se hallaban ya posesionados desde el dia 19 de junio. Reducida la guarnicion á solas cinco compañías del segundo batallon de Zaragoza, se defendió con obstinacion de los 1500 hombres con 2 piezas, de que se componia la fuerza sitiadora bajo la direccion del coronel Quintanar; pero despues de haber sufrido cuatro dias de un vivo fuego de artillería i fusilería, destruido el parapeto, nombrado de la Académia, i asaltado el del Cármen en la tarde del 27, hubo de retirarse la acosada guarnicion al convento de la Cruz, en donde desfalleció su ánimo al considerar su crítica posicion; i la ninguna esperanza de ser socorrida, i capituló por lo tanto con todos los honores de la guerra el dia 28 con el mismo Iturbide, que fue quien entró en la ciudad á la cabeza de sus tropas victoriosas. El brigadier Loaces, que al parecer se habia conducido con honor hasta aquel momento, varió de conducta i tomó partido con los disidentes con una parte de la misma tropa capitulada.

Este fue el golpe mas terrible para las autoridades superiores. Se estremeció la capital, temieron los buenos, se ensoberbecieron los descontentos, se exaltaron los oficiales mas fogosos, i se aceleró la erupcion del volcan político contra el íntegro i honrado virei; pero ántes de dar cuenta de este suceso, acabaremos de pasar la revista sobre todas las provincias, para que se vea sin interrupcion el fatal desenlace i la casi simultánea cesacion del dominio español en los diversos puntos de aquel vasto imperio.

El infatigable virei, que conocia la importancia de conservar la posesion de Querétaro, habia mandado salir asimismo de Toluca, en ausilio de aquella ciudad, al batallon de Murcia con la fuerza de 300 plazas; i como al llegar á San Juan del Rio se hallase con la columna del bizarro coronel Novoa, quien despues de su victoria contra el doctor Magos habia debido replegarse á aquel punto por temor de una

gruesa division enemiga, procedente de Valladolid, se disponian los comandantes respectivos á llenar el objeto de su mision cuando supieron la rendicion de la columna de Bracho, i la aproximacion de los vencedores contra ellos. Gefes i oficiales estaban dispuestos á sellar con su sangre la fidelidad que debian al Soberano español; mas siendo los enemigos mui superiores en fuerzas, habiéndoseles pasado la mayor parte de su caballería, i muchos soldados de infantería, i no llegando á tiempo los socorros prometidos, hubieron de rendir las armas mediante una honrosa capitulacion. Fue tanto mas sensible este fatal desenlace cuanto parece que si á dichas fuerzas se hubieran unido las de Bracho, usando de mayor celeridad en los movimientos, podian haber llegado á tiempo de salvar la referida ciudad de Querétaro, i de salvarse á sí mismas.

El brigadier Alvarez, coronel del regimiento de la Reina, que habia salido de Méjico con una columna de 1500 hombres en auxilio de las tropas situadas en San Juan del Rio, se replegó á la capital luego que supo su rendicion; i llevó á sus alcances, hasta las inmediaciones de la misma ciudad, la caballería enemiga sosteniendo algunos choques parciales.

Las tropas de la provincia de Guadalajara se pasaron igualmente á los enemigos con el brigadier Negrete, i el coronel Andrade; i el comandante general de esta provincia don José de la Cruz, se retiró á Durango, en cuya ciudad si bien se hizo una heróica defensa, no templó de modo alguno la agitacion de los buenos realistas al ver desmoronarse precipitadamente aquel grandioso edificio monárquico, cimentado con su sangre, con sus sudores i con costosos sacrificios de tres siglos.

La defensa que hicieron las tropas que guarnecian la citada ciudad de Durango fue mui recomendable por haber sido en la que mas se señaló el altivo carácter español dando un terrible ejemplo de lo que pueden los valientes cuando ven comprometido su pundonor militar. No habia esperanza alguna de que aquellos esfuerzos pudieran tener resultados

favorables. La mayor parte del reino habia sucumbido al irresistible impulso de la opinion estraviada; su guarnicion se componia de unos 700 hombres; los sitiadores, dirigidos por el tan activo i esforzado como desleal europeo don Celestino Negrete, contaban con una fuerza seis veces mayor; los dictados de la prudencia clamaban por la pronta rendicion i por el ahorro de la inútil sangre que iba á derramarse; pero la bizarría de algunos gefes i oficiales se hizo superior á toda otra consideracion que no llevase por base el esplendor de las armas españolas.

Entre estos se distinguieron los coroneles don José Ruiz i don Felipe Zamora i Bueso, quienes se encargaron del mando de las tropas por indisposicion del general Cruz i por desaliento i flogedad del mariscal de campo, Don Alejo Garcia Conde que mandaba aquella ciudad, quien abrumado con el peso de una numerosa familia, escaso de medios, é inhábil para abandonar el pais suscribió sucesivamente á las ideas de O-Donojú, i tomó partido con los insurjentes.

Para la mayor claridad de estos sucesos, los tomaremos desde su orígen. El referido coronel Zamora, tan acreditado por su valor como por su fidelidad i amor de gloria, habia estado mandando el regimiento provincial de Guadalajara situado en la villa de Tepatitlan, distante 20 leguas de la citada capital de Nueva Galicia, cuando á las cinco de la tarde del 12 de mayo se le sublevó la tropa, i le amenazó con la muerte si se empeñaba en contrariar su intento, que era el de reunirse con Iturbide. Zamora se dirigió entónces solo i por caminos estraviados ácia dicha ciudad de Guadalajara á tiempo que su comandante general salia á tener una entrevista con Iturbide con la mira ostensible de paralizar sus movimientos.

El general Cruz á su regreso de aquella infructuosá espedicion se habia dedicado á fortificar la plaza, i á hacer los mas vigorosos preparativos para la defensa: teniendo la mayor confianza en el sobresaliente mérito de Negrete, habia mandado que desde la Barca, en donde estaba situado

desde fines de junio, se trasladara al pueblo de San Pedro, distante una legua de dicha capital de Guadalajara; pero no bien habia llegado á este punto aquel pérfido europeo cuando dió el grito de independencia, se dirigió á sorprender á su general, quien noticioso de tan inesperado movimiento se retiró al punto fortificado llamado Jalostotitlan, que se hallaba á 19 leguas de distancia.

Apenas llegó á este sitio reunió la division que mandaba el teniente coronel Revuelta, i otras varias partidas sueltas con las que formó un total de 1000 caballos é igual número de infantes. Nombrado entonces el citado coronel Zamora para introducirse ocultamente en la referida ciudad de Guadalajara, á esplorar el ánimo de los fieles i averiguar si era posible intentar una reaccion, evacuó en mui pocos dias pero sin fruto, esta espinosa comision; i convencido Cruz de la inutilidad de sus esfuerzos, se dirigió ácia las provincias internas, recogiendo á su paso por la de Zacatecas dos compañías del batallon ligero espedicionario de Barcelona, mandadas por el benemérito coronel don José Ruiz, con cuya tropa i con 50 hombres, que fueron los únicos que dejaron de desertarse de la primera division reunida en Jalostotitlan, llegó á Durango despues de una marcha de mas de 100 leguas, en cuya ciudad halló seis compañías de Zamora que la guarnecian.

Estando reunidos en el ayuntamiento todos los individuos que componian este cuerpo, el gobernador Garcia Conde, i varios gefes militares i civiles para tratar de medidas de salud pública, se traslucieron por el pueblo en la noche del 25 de julio, noticias de la aproximacion de los rebeldes; i creyendo los partidarios que se hallaban en esta misma plaza, hacerse célebres en los anales de la revolucion, si con un anticipado pronunciamiento lograban derribar la autoridad real, se diseminaron por las calles en numerosos grupos proclamando la independencia, i profiriendo voces de ódio i execracion contra los españoles. El valiente Zamora, que se hallaba asimismo en el ayuntamiento, co-

gió 8 hombres de los 15 que habian sido colocados de guardia; i puesto á la cabeza de tan corto número de valientes se arrojó con furia sobre las desenfrenadas masas, las llenó de terror, las obligó á retirarse á sus casas, i quedó mui pronto restablecida la tranquilidad, habiendo podido entonces los congregados en el ayuntamiento discutir sosegadamente los planes de defensa.

Se decretó ésta con efecto, i se hicieron vigorosos preparativos para recibir al orgulloso enemigo, que mui pronto se presentó contra aquella ciudad. La poca tropa que la guarnecia hizo prodigiosos esfuerzos bajo la direccion de los dos citados coroneles Ruiz i Zamora. El enemigo conoció desde sus primeros ataques la necesidad de estrechar un sitio formal para triunfar de unos militares dotados de tan terco i desesperado valor. Habia ya colocado aquel su artillería en puntos ventajosos, desde donde causaba los mayores quebrantos á las tropas del Rei: la posicion de estas solo se podia mejorar apoderándose de un torreon que dominaba los citados puntos. El denodado Zamora se dirigió con algunos soldados taladrando casas, saltando patios i azoteas, i llegó á apoderarse por sorpresa de dicho torreon, desde donde dirigió un fuego tan acertado sobre los sitiadores, que desbarató por entonces todos sus planes; mas estos rasgos de valentía i arrojo no eran suficientes para asegurar el triunfo sobre enemigos tan poderosos, apoyados por todos los elementos guerreros i por la misma opinion.

Cansados ya estos de la tardanza que esperimentaban sus armas en rendir aquella ciudad, le dieron un ataque general en el dia 30 de agosto, que duró desde el amanecer hasta las ocho de la noche, habiendo obtenido por resultado de su temeridad un gran destrozo en muertos i heridos, i entre estos últimos el mismo general insurjente, i el vergonzoso malogro de sus tentativas, que se estrellaron todas en los pechos de bronce de los defensores, dignos por cierto de una suerte mas feliz que la que les estaba preparada. Cuando se entregaban estos esforzados militares á la satisfaccion que era pro-

pia por tan bizarra defensa, recibieron las comunicaciones i proclamas del general O'Donojú, que ya á este tiempo habia llegado á Nueva España, i habia suscrito á la venta de aquellos dominios. Ya desde este momento se introdujo el mayor desaliento, i en algunos la desesperacion bajo las mas tristes formas: entre estos últimos se contó el pundonoroso coronel Zamora, quien deseoso de sacrificarse en las aras de la monarquía española antes que presenciar un desacato tan horrible al nombre español, salió de los parapetos i presentó impávidamente su pecho á los tiros de la artillería que estaba situada á doscientos pasos de distancia; pero la fortuna se empeñó en salvar esta noble víctima para que en momentos menos aciagos pudiera su patria sacar brillantes ventajas de tanta decision i fidelidad. Fue vuelto dicho Zamora á sus trincheras, i se estipuló á su consecuencia una honrosa capitulacion, que abrió el paso á aquellos esforzados militares para retirarse á la capital del reino á incorporarse con las demas tropas que conservaban todavía las armas en la mano (1).

Ya á fines de junio ofrecia el vireinato de Méjico la mas triste perspectiva: todos los esfuerzos del virei i demas autoridades habian sido ineficaces para contener el estravío de la opinion; no se oía mas que defeccion de unos, rendicion de otros i levantamiento general de pueblos i provincias. En medio de aquel general desconcierto parece que debiera haberse conservado el camino desde Méjico á Vera Cruz; i reconcentradas las tropas realistas en este último punto, en Jalapa, Perote, Puebla i aun en las villas de Córdoba i Orizaba haberse sostenido algun tiempo hasta el arribo de nuevos refuerzos; pero la ninguna esperanza de que estos llegasen mientras que estuviese regida la España por la forma de

(1) Fue tan grande la complicacion de los sucesos en esta funesta época, que no es fácil seguir un orden riguroso en su narracion, porque de querer sujetar los conceptos á este invariable método, seria preciso truncar algunos puntos sin haberlos dilucidado suficientemente.

gobierno que habia sido planteada en marzo del año anterior, los reveses que ya habian sufrido nuestras armas en varios puntos de los designados, á impulso del desertor Santana, de los indultados Bravo, Herrera i Osorno, del indomable Guadalupe Victoria, que tambien habia salido de sus barrancas en las que habia estado metido por espacio de dos años, i otras causas que tal vez habrian podido remediarse en sus principios sino se hubiera llamado á Méjico al batallon de Castilla, que era tan necesario para conservar la tranquilidad en aquellos puntos, dieron ya un carácter de imposibilidad á este primitivo plan, é hicieron mas crítica la posicion del gobierno.

Como generalmente sucede que en momentos de desgracias se designa como causante de ellas á la primera autoridad empezó á ser el virei Apodaca el blanco de los tiros de la maledicencia, i se principiaron asi mismo á concebir planes para derribarle de su encumbrado puesto. Una porcion de oficiales de los mas bulliciosos formaron sus reuniones con el objeto de desacreditar dicho gefe; i como paso preliminar que allanase la ejecucion de sus proyectos, estaban recogiendo firmas para dirigirle una representacion á fin de que se instalase una junta de guerra, en la que tuviesen entrada los subalternos, quienes podrian ayudar con sus luces á sostener la decaida opinion, cuando el general Liñan dió los avisos oportunos de estos planes subversivos, los que se cortaron oportunamente con la prision del oficial que mas parte habia tenido en aquella reprensible maniobra.

Empero estaba ya la trama mui adelantada, i no fue posible sofocarla. Los mismos oficiales que habian principiado los espresados manejos, hicieron la esplosion entre 8 i 9 de la noche del 5 de julio. Puestos por ellos sobre las armas los regimientos de Ordenes i Castilla, i el escuadron de la Integridad, ocuparon todas las avenidas del palacio, de cuya puerta se apoderaron asimismo con el apoyo de la guardia de realistas, i de dos compañías de marina á las que estaba confiada la seguridad del digno virei. Los ge-

fes de dichos cuerpos, que fueron enviados para contener aquel alboroto, vieron desobedecida i atropellada su autoridad. El regimiento del Infante que se hallaba en Lerma, á 12 leguas de la capital, abandonó al coronel de Fernando VII don Angel Diaz del Castillo que mandaba aquel distrito, i se puso en marcha con su teniente coronel, apostándose en la garita de San Cosme en la misma noche, para sostener la deposicion, i si era necesario tomar la ciudadela á la fuerza.

En el momento de haber estallado esta aciaga sublevacion se hallaba congregada en palacio la junta de guerra de que se ha hecho mencion anteriormente; i habiéndose dispuesto que se preguntase á los amotinados cuál era el objeto de su rebeldía, manifestaron que el ejército, cuya voz habian usurpado, pedia la renuncia del virei en uno de los subinspectores en quienes tenia mas confianza para salvar la nave del Estado de tan tremenda borrasca. Contestóles el ultrajado virei con la mayor calma i compostura su ninguna repugnancia en demitir el mando en tan apuradas circunstancias si no se hallase comprometido su honor, i si no conociese que esta decision habia de acarrear la inevitable i pronta ruina de aquellos dominios que el Rei habia confiado á su celo. El general Liñan i los demas individuos de la junta se esforzaron en afear aquel atentado, i en llamar al órden á los conjurados; mas todo fue en vano, i sus últimas intimaciones encerraban alarmantes amenazas á la seguridad del virei si no entregaba el mando en el acto al general Novella..

Habiendo tenido el brigadier Espinosa la feliz ocurrencia de proponerles que sería nombrado para mandar las armas dicho Novella en quien habian manifestado tener mas confianza, conservando el conde del Venadito las demas atribuciones de virei i gefe político, por cuyo medio obtenian ellos su principal intento, i no se llegaba á efectuar el horrible desacato á la autoridad legítima, quedaron desconcertados los pretendidos órganos de las tropas, i pidieron salir á consultarlas sobre este nuevo incidente; pero volvieron á poco rato insistiendo en que sin demora abdicase el mando dicho

virei, firmando el documento que á este objeto llevaban escrito Los términos indecorosos en que estaba concebido aquel papel, irritaron de tal modo el ánimo del prudente i juicioso conde del Venadito, que lo hizo pedazos en su misma presencia, i escribió otro de su puño, por el que se hacia menos bochornosa aquella violenta tropelía, con la idea de evitar los males que pudiera producir en el público con menoscabo de su bien cimentada opinion.

Salieron los amotinados llenos de gozo por haber conseguido el fruto de sus maquinaciones, despues de haber firmado otro documento que ponia á cubierto la persona de dicho virei. Esta renuncia se presentó al público con todos los caractéres de espontánea en la gaceta de 7 de julio, á fin de que no quedase entorpecido el curso de los negocios, ni recibiese el menor contraste la autoridad, aunque ilegítima, que habia sido instalada en la persona del general Novella para representar al Soberano. Repetidas veces hemos visto esta clase de violencias contra los primeros gefes del Estado, i constantemente hemos manifestado nuestra oposicion á tamaños escesos, estendiéndonos mas ó menos en su acriminacion segun las circunstancias que los habian precedido. Sensible nos es declarar en esta ocasion que no hallamos motivo alguno que haga escusable esta violenta tropelía; i aunque se quisiera convenir en que sus autores fueron arrebatados por un ardiente celo ácia la conservacion de la autoridad real, siempre habría llevado aquel acto todos los caractéres de la ilegalidad é injusticia, i bajo este aspecto ha incurrido en el desagrado del Soberano español, al paso que el conde del Venadito ha recibido públicos testimonios del Real aprecio.

Si se perdieron, pues, los dominios de Nueva España en el año 1821, fue por el mismo irresistible curso de los sucesos, i por el general pronunciamiento de la opinion por la independencia, al que no parecia posible oponer un dique que lo contuviera. Tal vez se habria podido sostener mas tiempo el prestigio Real en aquellos paises si hubiera sido enviada prontamente contra Iturbide la division que se for-

mó á las órdenes del general Liñan, ó bien sobre el bajío de Guanajuato, donde habria podido contener la defeccion de Bustamante, i el desbordamiento de la rebeldía; pero la facilidad con que todas las provincias se unieron á este ominoso sistema, era el mejor comprobante de la predisposicion de los ánimos á separarse de la España. Ni era posible destruir aquel maléfico influjo mientras que subsistiese tan desairada la autoridad del Soberano en la península á causa de la ignoble revolucion, fraguada por las tropas que habian sido reunidas en la isla de Leon para pasar al Nuevo Mundo á restablecer en todo su lustre i esplendor los derechos de la monarquía española.

El grito que dió Iturbide en Iguala resonó por todas partes con el seductor aliciente de quebrantar las supuestas cadenas que les habian impuesto los españoles por el espacio de 300 años: no habiéndose parado los mejicanos á considerar si les sería dable sustituir un gobierno que los hiciera mas felices, se lanzaron gustosos á la empresa de la emancipacion. En sus primeros trasportes de arrebato i entusiasmo formaron causa comun, i se empeñaron en sofocar hasta las mas cordiales relaciones que los unian con sus hermanos los peninsulares si no estaban de acuerdo en su favorita causa. La anomalía mas estraña que se presenta con este motivo, fueron los aplausos tributados por muchos indignos hijos del suelo español á las proclamas incendiarias i groseros insultos proferidos generalmente contra los titulados opresores de 300 años, siendo precisamente de este número los mismos autores de tan infames libélos ó los propaladores de tan absurdas doctrinas.

Apenas cesó esta primera efervescencia, empezó el encono de los partidos entre los mismos mejicanos, los acalorados debates en sus cámaras, la persecucion de bandos, la guerra civil i la anarquía con todos sus horrores. Este suelo, el mas felíz i opulento del Nuevo, i aun del antiguo Mundo, ha quedado reducido á un monton de escombros i ruinas, habiendo desaparecido de él la riqueza de las minas, la agricul-

tura, el comercio, i la seguridad personal. Si los innovadores hubieran previsto un desenlace tan fatal, no habrian manifestado ciertamente tanto entusiasmo por segundar los pérfidos impulsos del campeon Iturbide.

Por la misma razon puede asegurarse que si el destino tiene decretados nuevos esfuerzos de los españoles para reponer la autoridad Real en aquellos dominios, no se repetirán escenas tan tristes i aflictivas. La esperiencia de los quebrantos sufridos será la mejor maestra para la conducta sucesiva de aquellos pueblos. La fragilidad humana llega á tal punto, que no se creen los males hasta que llegan á tocarse; la presuncion i el orgullo nos hacen ver generalmente que somos capaces de soprepujar en todas materias á nuestros mayores: el espíritu de innovacion ha hecho terribles progresos en este siglo, i se necesitan por lo tanto lecciones prácticas de los escóllos en que se estrellarán siempre el desvarío é inconsistencia de los entendimientos formados con las teorías de una vana é insustancial filosofía.

Doloroso es por cierto que los tronos hayan sido estremecidos por este genio destructor; pero tal vez habrán ganado mucho en solidez i permanencia con tan repetidos escarmientos i costosos desengaños de los que han tratado de separarse de la senda trazada por el honor, por la conveniencia, por la justicia, por la sabiduría i por la larga esperiencia. ¡Quiera Dios que sean estos los últimos ensayos de los insensatos, que imbuidos en las superficiales ideas modernas se han dejado arrebatar por la corriente de sus vicios; i que disfruten los Estados de la paz i felicidad que solo es dada obedeciendo sumisamente á los legítimos soberanos á quienes la Providencia ha confiado el dominio de los pueblos!

Empero volvamos á tomar el hilo de estos importantes sucesos. Apenas se encargó del mando el general Novella, dió las mas enérgicas proclamas para comprometer á todos los habitantes de la capital en la defensa de la autoridad Real: resucitó los bandos i medidas adoptadas ya por el gobierno del conde del Venadito, llamando de nuevo al servicio activo á

los militares retirados, promoviendo el alistamiento de todos los hombres útiles para las armas, influyendo para que el ayuntamiento ofreciese cuantiosos premios á los que abandonasen las filas del disidente Iturbide, interponiendo la mediacion apostólica del illmo. arzobispo para sostener la opinion, espidiendo reglamentos de policía adecuados á las circunstancias, conteniendo entre sus útiles disposiciones la de eximir de derechos de puertas á todos los comestibles que se introdujeran para el abasto de la ciudad; i valiéndose finalmente de cuantos recursos sugiere el mas ardiente deseo del acierto para distinguir si era posible el principio de su gobierno con resultados favorables á la causa del Rei, que borrasen la mancha de la eleccion ó el viciado orígen de su mando; más eran demasiado opuestos i contradictorios los elementos que se le ofrecian para tan árdua empresa, i se malograron por lo tanto todos los impulsos de su firmeza i decision.

La guarnicion de Puebla, que fue uno de los puntos mas firmes en la defensa, capituló en 27 de julio obligándose á entregar la ciudad en 1º de agosto. Aunque se habia agitado con calor en la capital la cuestion de socorrer este punto interesante, cuyo retardo fue una de las causas alegadas por los enemigos del conde del Venadito para arrojarle del mando, no fueron mas diligentes los nuevos gobernantes, pues que solo despues de un mes de haber conseguido el triunfo de su sublevacion, movieron una columna de 18 hombres á las órdenes del coronel Concha, la que llegó á San Martin de Temesluca, distante nueve leguas de Puebla, cuando ya habia capitulado su escasa guarnicion, reducida á unos 800 europeos, pues que todos los demas cuerpos del pais se habian desertado. Algunos censuraron la poca firmeza del comandante general brigadier don Ciriaco de Llano, de quien se esperaba que repitiese en esta ocasion los magníficos ejemplos que tenia dados de su bizarría i arrojo: otros quisieron manifestar que el disgusto recibido por la violenta deposicion del virei Apodaca, i la desconfianza de que los nuevos

gobernantes pudieran salvar la nave del Estado con tan débiles remos, habia embotado su anterior energía é irresistible valor; mas todos estos cargos no pasan de ser unas meras presunciones, que se desvanecen al examinar la crítica posicion de los negocios.

Tanto este gefe como el benemérito coronel don Benito Armiñan, que era la segunda autoridad, estendieron la defensa de la plaza aun mas allá de lo que prescribe el deber militar. Acosados por los sitiadores, sin recibir ni aun noticias de la capital, convinieron con estos en entregarles aquella ciudad si veian confirmadas por dos oficiales de la confianza de los realistas las tristes noticias comunicadas por los disidentes acerca de la rendicion de la mayor parte de las guarniciones del reino; i como hubieran vuelto con efecto dichos dos oficiales informando con certeza del desastroso estado de los negocios; no pareciendo por otra parte ausilio alguno de la capital, ni siendo posible sostenerse mas tiempo con tan poca fuerza contra una poblacion de 809 almas, en la que habian cundido considerablemente las ideas revolucionarias, i mucho menos emprender la retirada careciendo de caballería, en cuya arma eran mui fuertes los sitiadores, hubieron de cumplir su promesa quedando por este medio ilusorias las tardias medidas dictadas por el gobierno de la capital.

Mientras que Novella se ocupaba con infatigable celo en los medios de sostener su moribunda autoridad, tuvo noticia de la llegada á Veracruz de don Juan O'Donojú, nombrado capitan general i gefe político de aquellos reinos. Se le habia dado dicha investidura en España, apenas supo el gobierno constitucional, vigente en aquella época, esta nueva revolucion, que ya desde el principio se presentó con los caracteres mas alarmantes. Informado Iturbide del desembarco de dicho O'Donojú, salió á la ligera á ponerse en comunicacion con él, consiguió atraerlo á una entrevista en Córdoba, i celebraron ambos gefes con fecha de 27 de agos-

to un tratado que tomó el nombre de la misma villa (1). Fundado este nuevo gefe en la crítica posicion á que se veia reducido por hallarse todo el reino de Méjico en poder de los disidentes sin que pudiera contar con mas apoyo que con las cortas guarniciones del castillo de San Juan de Ulua, Veracruz, Perote, Acapulco i la capital, i aun ésta en poder de una autoridad intrusa; apoyado en los despachos que habia dirigido al gobierno apenas puso el pie en aquel continente, que fue en 31 de julio, remitió otros con fecha de 13 de setiembre por el conducto de dos comisionados, desenvolviendo los mismos principios reducidos á manifestar la imposibilidad de sostener la autoridad real contra el torrente de la opinion, que se empeñaba en probar se habia pronunciado simultaneamente á favor de la independencia.

Aunque trató de pintar sus operaciones en dichos despachos del modo mas ingenioso con particular esfuerzo de que llevasen la conviccion al ánimo de los gobernantes peninsulares, fueron altamente desaprobadas por el augusto Monarca español; i aun las mismas cortes, con las que tenia las mas estrechas relaciones de amistad i conformidad de ideas, estuvieron mui distantes de ver con agrado el descaro con que habia traspasado los límites de sus facultades. Toda la nacion oyó con horror tamaño esceso; i aunque salieron á la palestra algunos apologistas, nadie podrá negar los irre-

(1) Los principales artículos de dicho tratado fueron el reconocimiento de aquellos dominios como imperio soberano é independiente; la designacion de nuestro augusto Monarca ó de alguno de los Serenísimos Señores Infantes para ocupar aquel trono con el título de emperador constitucional; la formacion de una junta provisional gubernativa; la eleccion de una regencia de tres individuos para ejercer interinamente el poder ejecutivo; la convocacion de córtes para formar su constitucion; la inviolabilidad de las propiedades; la libertad para salir del pais cuantos lo solicitasen con todos sus intereses, sin mas traba que la de satisfacer los derechos de esportacion; i la promesa de O'Donojú de que las tropas españolas evacuasen la capital mediante una honrósa capitulacion.

parables males que produjo aquella malhadada transacion, por la que quedaron completamente paralizados los últimos medios de resistencia que todavia se ofrecia á los realistas, i fortalecida la causa de la independencia con la régia aunque usurpada sancion que le dió aquel indigno representante español.

Algunos dias antes de haberse firmado por O'Donojú el tratado de Córdoba, las tropas del Rei, al mando del coronel don Manuel de la Concha, habian dado inequívocas pruebas de su firmeza i decision por sostener el honor de sus armas. Se hallaba situada el 19 de agosto en Tacuba la vanguardia del ejército de operaciones, compuesta de los batallones del Infante Don Cárlos, Castilla, Ordenes, Murcia, Zaragoza, compañía de la Reina i de granaderos de Barcelona, i de los dragones del Rei, provincial de Méjico, de San Luis, Fieles de la misma ciudad, Príncipe i Sierra gorda, urbanos de Toluca, Pachuca é Ixtlahuaca, realistas de Malinalco, Coatepec i Salto, compañía de Integros i de Tanepantla, cuya division, aunque formada de cuerpos en esqueleto i de partidas sueltas, ascenderia á unos 3000 hombres.

Presentado el enemigo con fuerzas mui superiores, rompió un vivo fuego de artillería i fusilería contra el primer cuerpo avanzado á las órdenes del sargento mayor de Castilla don Francisco Buceli; el coronel Concha, que se hallaba con otros dos cuerpos en la villa de Tacubaya, acudió al ausilio del primero, i dirigió todos sus conatos á rechazar á los rebeldes por el rumbo de Etzcapuzalco, al cual debió replegarse con las dos piezas que habia presentado en el campo. Reforzado Concha con otros cuerpos se dirigió sobre dicho punto de Etzcapuzalco, que fue evacuado por los rebeldes tan pronto como vieron el continente marcial i la firmeza con que nuestras tropas caminaban contra ellos. Habiendo salido aquellas en su persecucion, llegaron hasta la hacienda de *Careaga*, en donde se hicieron firmes los contrarios favorecidos por su buena posicion; i aunque los rea-

listas se empeñaron en darles repetidas cargas con el mayor entusiasmo, hubieron de retirarse á Etzcapuzalco por habérseles inutilizado un cañon de á ocho sobre el que apoyaban sus operaciones.

Engreidos los insurjentes con este pequeño triunfo atacaron á su vez las posiciones de los españoles, quienes habiéndose provisto de otro cañon de igual calibre que el primero, i dirigiendo sus fuegos con el mayor acierto consiguieron rechazarlos; mas como hubiera recibido á este tiempo el coronel Concha noticias de la direccion de dos columnas de caballería enemiga sobre Tacuba, pasó á reforzar la corta guarnicion que habia en aquel punto, dejando á Buceli en Etzcapuzalco, quien terminó la accion á poco tiempo de haberse ausentado Concha, quedando nuestras tropas dueñas del campo.

Esta jornada, aunque brillante para los realistas por las ventajas conseguidas, asi como por haber causado al enemigo pérdidas de consideracion, i que hubieran podido ser todavia mayores con mejor órden i direccion de parte de los gefes, fue comprada sin embargo con el caro precio de 114 soldados de infantería entre muertos, heridos, estraviados i contusos, 7 de artillería i 42 de caballería; de cuyo descalabro se consolaron al considerar que aquella preciosa sangre, derramada con tanta gloria en el campo de batalla, podia fecundar todavia los agostados campos de la fidelidad i del honor; pero estaba ya decretada la ruina de aquel estado, i no produgeron por lo tanto el menor efecto los últimos esfuerzos de los leales en la batalla del 19.

Conociendo Novella que las transaciones de O'Donojú habian acabado de estraviar la opinion i de enfriar el ardor que todavia conservaban muchas realistas por segundar los impulsos de los que defendian la causa de la metrópoli; i convencido ya de que todo plan de ulterior resistencia no podia tener mas resultado que la inútil efusion de la sangre de hombres decididos i valientes, cuyos manes habian de clamar contra su mal calculada obstinacion i temerario em-

peño, se decidió á someterse á la autoridad de dicho O' Donojú, aunque estuviera mui distante de aprobar el reconocimiento que aquel gefe acababa de hacer de la independencia mejicana.

Cediendo dicho O' Donojú á los planes de Iturbide, admitió el puesto que le fue ofrecido en la junta provisional, se presentó con el referido gefe insurjente á las inmediaciones de la capital con la idea de ordenar la evacuacion á las tropas del Rei i de allanar todo obstáculo para la entrada de los trigarantes. La entrega del mando la hizo Novella en manos de O' Donojú en 13 de setiembre en la hacienda de la *Patera*, poco distante de dicha capital, desatendiendo los útiles consejos é instrucciones que se le habian dado en la junta directiva de la guerra, i haciendo una completa sumision sin haber asegurado antes todas las ventajas que podian esperarse.

Parece que el nombre de O' Donojú le hizo caer las armas de las manos, i desde que llegó á conferenciar con este burlado general no tuvo accion para separarse de la carrera que aquel quiso trazarle. ¡Tal es el prestigio de una autoridad que se presenta con todos los caractéres de legítima ante otra que reconoce su origen de una conmocion militar! En el acto de informar Novella al público de haber entregado su mando al citado O' Donojú, dió á reconocer por gefe de las armas al general don Pascual Liñan hasta que aquel hiciera su entrada en la capital; mas repugnando al pundonoroso Liñan el bochornoso trance de mandar la salida de Mejico á las valientes tropas, cargadas de cicatrices i heridas que habian recibido en once años de una lucha tan terca como constantemente gloriosa, hizo renuncia de su mando, del que se encargó el mismo O' Donojú aun antes de entrar en la referida ciudad.

Quisiéramos borrar de la memoria tan tristes i lamentables sucesos. Triunfó Iturbide aun que sin una degradante humillacion para las armas de Castilla. Hubo sin embargo algunos gefes i oficiales que se cubrieron de ignominia abandonando las bande-

ras á las que estaban ligados con solemnes juramentos i por su propio honor. Hubo asimismo algunos escesos de insubordinacion i falta de respeto á las autoridades constituidas; hubo tambien defectos de tibieza i desconfianza; i los hubo finalmente como emanaciones de las ponzoñosas ideas que regian en la península; pero la generalidad de los españoles se condujo con la delicadeza que es propia de sus elevados sentimientos. Un conjunto de inesperados accidentes conducidos por la fatalidad i por lo adverso del destino les obligó á ceder al furor irresistible de la revolucion; pero no llegaron á rendir las armas, pues que todos estipularon en sus capitulaciones respectivas la necesaria condicion de conservarlas, i salieron por lo tanto del territorio mejicano con todos los honores de la guerra, habiendo sido mayor todavia la gloria de las tropas de la capital, las que obedeciendo las órdenes de O' Donojú pasaron á tomar nuevos cantones sin haber recibido la menor intimacion de los trigarantes ni clase alguna de desdoro.

Verificada la solemne entrada de Iturbide en Méjico en 27 de setiembre, cesó la resistencia de Acapulco, Perote i Vera Cruz, si bien en este último punto fue donde se hicieron los últimos esfuerzos por el digno general don José Dávila, quien no pudiendo resistir mas tiempo una lucha tan desigual con los disidentes i con el mismo O' Donojú, cuya autoridad no quiso reconocer desde que la vió menoscabada con sus ilejitimos manejos, hubo de retirarse al castillo de San Juan de Ulua, en donde rechazó con heroismo i firmeza, las repetidas intimaciones que le dirigió el gefe de los imperiales valiendose de los acostumbrados medios de una falsa lógica i de su no menos hipócrita lenguage, al que habia debido sus rápidos triunfos en la nueva carrera.

Las tropas españolas habian sido acantonadas en los puntos de Toluca, San Joaquin, Tacuba i Cuautitlan mientras que se disponia su embarque para la península por los puntos de Campeche, Tampico, Túspan i Alvarado. Seguian en el entretanto los disidentes celebrando la entrada triunfante

de su héroe fantástico, i planteando el gobierno trigarante, cuando ocurrió la muerte de O' donojú en el dia 8 de octubre con síntomas demasiado alarmantes para que los enemigos de Iturbide no ejercitaran toda la fuerza de sus malignos tiros.

Tomó entonces el mando de aquellas tropas el general Liñan, quien solícito siempre por el honor i conveniencia del pabellon español, obtuvo de Iturbide que en vez de llevarse á efecto el embarque por puntos tan distantes en que debian carecer necesariamente de las principales ausilios, se formasen dos divisiones; la primera de las cuales debería salir por el puerto de Vera Cruz en 14 de enero de 1822, i la segunda dos dias despues.

Estaban ya tomadas las necesarias medidas para emprender las tropas aquel movimiento cuando ocurrió uno de los lances mas terribles que pueden ofrecerse para probar la entereza de un gefe militar idólatra de su honor i reputacion, cuya relacion quedará suspendida hasta la época de 1822 á la que pertenece.



CAPITULO XIV.

PERÚ 1822.

Conspiracion de Potosí. Primera salida de San Martin para Guayaquil. Delegacion del mando supremo en Torre Tagle. Regreso de aquel, i su retiro á la Magdalena. Carácter opresor de éste. Venta de las fragatas Prueba i Venganza. Espedicion de Tristán sobre Ica. Legion peruana. Carratalá en Cangallo. Movimiento de Canterac i Valdés contra dicha espedicion. Victoria conseguida por el primero. Bedoya. Marcilla. Loriga. Ventajas conseguidas por Valdés, Carratalá, Rodil i otros gefes. Pacificacion de la Paz. Derrota de Lanza. Ferocidad de Monte agudo. Descontento de la capital. Numancia. Bárbara proscripcion de españoles. Segunda salida de San Martin para Guayaquil. Desacuerdo con Bolivar. Revolucion de los limeños contra Monteagudo. Regreso de San Martin. Instalacion del Congreso. Renuncia de aquel caudillo. Creacion de una junta gubernativa. Esclarecido mérito de los realistas. Potosí. Proyecto de espedicion sobre Arica. Debates sobre la recaudacion de fondos. Su salida al mando de Alvarado. Preparativos de Valdés. Movimiento de Canterac en su ausilio. Viage de Ramirez para la península. Arrojo de Pinto. Valdés sobre Tacna.

Aunque los realistas habian dado las pruebas mas positivas de su noble é inflexible valor, no por eso era menor la confianza de los disidentes en el triunfo completo de su causa. Aquellos génios atrevidos no se habian desanimado en

forjar proyectos devastadores, aun en el centro del dominio de los realistas, sin que les hubieran hecho mella los repetidos escarmientos i ejemplares castigos que se habian impuesto en el acto de sofocar las horribles conjuraciones descubiertas en varios puntos. La que estalló en Potosí el dia 2 de enero, á tiempo de haber salido para su nuevo destino de la Paz su gobernador Huarte, tuvo momentáneamente un feliz resultado: seducidos i sublevados los 300 hombres que componian aquella guarnicion, con tanta rapidéz que no pudieron llegar oportunamente á cortarla las autoridades realistas, quedó la villa á su disposicion, fueron presos todos los europeos, i se proclamó la independencia.

El pueblo mas sensato i juicioso no tomó parte en este desesperado alboroto, temeroso de las irresistibles fuerzas que habian de cargar contra los amotinados, desde Tupiza, Chuquisaca i Oruro, donde estaban situadas. Fue con efecto increible la celeridad con que volaron de todas partes á destruir á los amotinados: el primero que se presentó al frente de los rebeldes fue el general Maroto, gefe político i militar del citado punto de Chuquisaca, quien puesto á la cabeza de 300 infantes i 100 caballos tuvo la gloria de reponer la autoridad real en aquella villa en el dia 12, despues de un pequeño tiroteo, en que fueron batidos los sublevados.

Al dia siguiente entraron las tropas de Tupiza i Oruro, i quedó completamente restablecida la calma, i consolidado mas que antes el dominio español. Los indígenas de aquellas inmediaciones, i aun los de la misma villa se hicieron altamente recomendables por los eficaces ausilios que prestaron á las tropas del Rei; i no fue menos laudable la conducta de la generalidad de aquel vecindario, que lejos de haber apoyado el espresado movimiento, fue el que mas empeño manifestó para descubrir los fondos de las cajas reales i demas objetos robados por los sediciosos. Don Antonio María Alvarez, que habia sido nombrado comandante general de este punto, llegó á él á los pocos dias de tan ruidoso suceso, i contribuyó asimismo con su celo i energía á restable-

cer la pública tranquilidad. La junta de guerra, que habian formado Olañeta i Maroto antes de retirarse á sus respectivas posiciones, impuso la pena de muerte á tres tenientes coroneles, entre ellos al principal motor de aquella conspiracion, Hoyos, i á diez individuos mas entre oficiales i soldados; hubo algunos condenados al destierro; otros perdieron sus empleos; se mandó que sobre otros se observase una rigurosa vigilancia, i la tropa desarmada fue agregada al ejército del Norte para alejarla de esta fragua de seduccion.

El coronel Salgado, uno de los mas culpables en aquel atentado, habia salido de Potosí dos dias antes de la entrada de Maroto, para el cerro de Pilima con el objeto de sublevar la indiada, i fortalecer por este medio su sacrílega causa; i aunque Maroto le ofreció el indulto, que luego le fue reiterado por Alvarez, desechó con altanería estos rasgos de generosidad de ambos gefes. Asi, pues, se vió precisado este último á dirigir contra él 100 hombres para que venciesen con la fuerza su indomitez. Viéndose Salgado estrechado por esta partida, depuso las armas, i fue destinado por el virei á la isla de los prisioneros en la laguna de Titicaca; pero como los génios díscolos jamas desisten de sus devastadores proyectos, fue víctima á principios de 1823 de otra desleal maniobra empleada para seducir la escolta que lo custodiaba en la provincia de Mojos, á donde habia sido remitido á la disposicion del comandante Velasco.

El virei Laserna desde el Cuzco, i el general Canterac desde los valles de Jauja desplegaban una estraordinaria actividad para levantar nuevas tropas i tomar la ofensiva. Este último dió nuevo vigor á los trabajos principiados en el año anterior. Los campos de Jauja se convirtieron mui pronto en fraguas, talleres, fábricas i oficinas artísticas, en las que todos trabajaban á porfia i con el mayor entusiasmo: unos fundian cañones, balas, i granadas con las campanas que de todos los pueblos venian á ofrecer gustosamente los fieles párrocos; otros curtian las pieles de las reses vacunas i lanares que se distribuian para mantener al soldado, formando de

ellas zaleas, morriones, cartucheras i fornituras; otros empleaban la misma lana, despues de hilada por las indias, en tejer paños de la tierra, de que se hacian uniformes; otros cuidaban del calzado; otros, cubiertos de sudor, golpeaban sin cesar en el duro yunque el hierro para sacar de él herraduras (conocidas entonces por mui pocos de aquellos habitantes) lanzas, estrivos, espuelas, bocados i demas útiles de guerra: se veia á otros elaborar la pólvora con el mayor trabajo moliendo sus materiales en las piedras de mano que tenian los indios para machacar el maiz; i todos finalmente se esmeraban en llenar las grandiosas miras de los gefes, ejercitándose en toda clase de fatiga i en el ejercicio de las artes mas precisas para abastecer al ejército de cuantos pertrechos pudiera necesitar para entrar en campaña.

Nunca podrá ser atribuido á una vil lisonja el que nos detengamos á enumerar estas preciosas particularidades, en las que resplandece el génio, la firmeza, la lealtad i la decision, tal vez de un modo mas recomendable que en el desempeño de empresas guerreras: llenar en estas su puesto es el deber de todo militar; la victoria no siempre se fija en el verdadero mérito, i mas de una vez se ha debido la proteccion de aquel ser veleidoso al mismo desacierto, i mui comunmente á la casualidad; pero las virtudes estraordinarias de un ejército, su constancia i sufrimiento en el oficioso ejercicio de operaciones que deben resistirse á los que no están animados de un ardiente entusiasmo; los industriosos arbitrios para suplir la privacion absoluta de elementos guerreros; esta sublime clase de servicios encierra esclusivamente un mérito solo é indisputable, i es por lo tanto lo que mas escita nuestra admiracion en esta campaña, i lo que mas debe refluir en honor i gloria de los que tuvieron la parte principal de la direccion, i segundariamente de los que se prestaron con fina voluntad á tan generosos i nobles impulsos.

Estos vigorosos esfuerzos, sin embargo, no surtian los buenos efectos que se habian prometido por la falta absoluta de armas para sus reclutas. Se habia perdido la esperanza de

que pudieran llegar de la península; i era preciso por lo tanto arrancarlas de las manos de los enemigos con golpes de arrojo i bizarría. La caprichosa fortuna, reconocida sin duda á la constancia con que aquellos habian sufrido sus mas duros golpes, quiso ser propicia á sus votos, i les proporcionó una brillante ocasion de dar cumplido desahogo á sus deseos; pero convendrá tomar las cosas desde su origen para que se conozcan las causas antes que sus efectos.

Lleno el protector San Martin de una loca confianza en la pretendida invencibilidad de sus batallones, habia anunciado desde el dia 19 de enero su proyecto de pasar á Guayaquil á tener una entrevista con el colombiano Bolivar, prometiendo como resultado de ella las mas brillantes ventajas para el Estado peruano; i conforme con esta idea delegó el dia 20 el poder ejecutivo en el gran mariscal marques de Torre Tagle. Se malogró sin embargo esta primera salida, porque al llegar á Trujillo recibió despachos de Bolivar en los que manifestaba no serle posible concurrir por entonces al punto indicado; i habiendo regresado á Lima en el dia 3 de marzo, conservó en el gobierno á su sustituto, i pasó á vivir con afectado retiro á la casa de campo del virei Pezuela, llamada la Magdalena, á la que dió el nombre de *Pueblo de los libres*.

Parece que la mano de hierro con que gobernaba Torre Tagle era su mejor recomendacion cerca del protector: su primer decreto luego que se hubo encargado del mando, probó que era digno ejecutor de las órdenes de aquel gefe. «Que todos los españoles solteros pudieran salir del Perú de»jando á favor del tesoro la mitad de sus propiedades, i »que en caso de fraude serian todas ellas confiscadas con »destierro personal:" hé aqui un sublime rasgo de la filantropia del citado marques.

La fragata española la Prueba, que habia capitulado en Guayaquil en 15 de febrero al mismo tiempo que la Venganza i la corbeta Alejandra, llegó al Callao en 31 de marzo i fue entregada inmediatamente al gobierno peruano, segun

habia sido pactado por los desleales capitanes Villegas i Soroa, seducidos al parecer por los generales, antes realistas, Lamar i Llano, que accidentalmente se hallaban en aquel puerto. Pasó inmediatamente á bordo el delegado supremo, hizo tremolar en ella el pabellon de aquella república, i le dió el nombre del Protector.

Conociendo San Martin que seria de la mayor importancia la posesion de los valles de Pisco é Ica, no solo por sus miras comerciales, sino por las ventajas que ofrecian como posicion militar, sin embargo del voluntario desprendimiento que habia hecho de la autoridad civil en favor de Torre Tagle, i de la militar en Alvarado, mandó que salieran ácia el referido punto de Ica 3Ø hombres de tropas mandadas por el general don Domingo Tristán; de ese génio voluble é inconstante, que tantas veces habia mudado de divisa, llevando por segundo al general Gamarra, tambien desertor de las filas realistas.

Ya se dijo en el artículo del año anterior que el coronel Valdés obraba activamente con las tropas del general Ramirez consolidando su opinion con nuevos i brillantes golpes de bizarría i esfuerzo. Tambien el coronel Carratalá, que operaba en el partido de Cangallo, provincia de Huamanga, contra los indios sublevados, conocidos con el nombre de *Morochucos*, habia destrozado en febrero una numerosa reunion de estos rebeldes, protegidos por algunas partidas de tropa de línea en los altos de Parinacocha; de cuyas resultas se presentaron á implorar el perdon los principales caudillos, quedando por este medio asegurada la tranquilidad del pais.

Desde que salió para Ica la indicada espedicion de Tristán habia empezado Arenales á amagar un movimiento sobre la sierra, i habia procurado dar á este ardid militar toda la posible publicidad, para que llegando á noticia de Canterac no se moviese de sus cantones, proponiéndose como segundo objeto la creacion de guerrillas para hostilizar á sus contrarios. Convencido el virei de que solo con un pronto despliegue de fuerzas i de actividad podia evitarse la terrible bor-

rasca que le amenazaba si los espedicionarios llegaban á fijar sólidamente el pie en el referido punto de Ica i á adelantarse hasta Parinacochas, en cuyo caso quedarian espuestas á ser interceptadas las comunicaciones del ejército con el resto del Perú, seria mui fácil la invasion de la provincia de Huamanga, i podria estenderse rápidamente el fuego sedicioso por todo el resto del vireinato, dispuso que el brigadier Valdés (1) se pusiera en marcha desde Caravelí, en donde se hallaba, para que tomando á sus órdenes una columna que debia salir de Huamanga al mando del coronel Rodil, i otra division del valle de Jauja, diese un golpe decisivo al confiado Tristán.

Aunque dicho virei solo habia ordenado la salida del brigadier Carratalá del citado valle de Jauja, creyó el general en gefe Canterac, que aquella empresa tan importante podria aumentar el catálogo de sus ilustres hechos; i ansioso por dar mayor estension á su gloria guerrera, se puso en marcha en 26 de marzo con 1200 infantes, 600 caballos i 3 piezas de artillería. Usando de una celeridad increible á fin de ocultar el objeto de su movimiento, i superando los terribles obstáculos de la frígida cordillera con la misma felicidad con que en otras muchas ocasiones habia verificado aquel escabroso i terrible paso, llegó el 6 de abril al pueblo del Cármen alto, distante dos leguas i media del espresado punto de Ica, sin que los enemigos hubieran podido adquirir la menor noticia de los elementos que constituian aquel cuerpo realista.

Despues de haber dado descanso á sus tropas sin embargo de la gran desigualdad que observaba en ellas, pasó al anochecer á interponerse en el camino de Ica á Lima para

(1) En honor de la verdad i de la justicia debe decirse que los gefes del Alto Perú no tuvieron ascenso alguno hasta trece meses despues de la deposicion del virei Pezuela, ni se hizo innovacion alguna esencial en la administracion hasta que se hubo recibido la aprobacion del gobierno de la peninsula sobre aquellos sucesos.

impedir que el enemigo eludiese el combate con una pronta fuga, ó bien para atacarlo al dia siguiente dentro del pueblo sino habia intentado algun movimiento. Al llegar á la una de la noche á la hacienda de la Macacona, situada en dicho camino, fue sorprendido el ganado de los insurjentes por el coronel Loriga, quien supo por los mismos conductores, que aquellos habian ya principiado su retirada. Saliendo Canterac al momento de los callejones, que forman el frente de dicha hacienda por medio de varios cercados de tapias, i reconociendo con la opaca luz de la luna un claro bastante espacioso en que podia maniobrar su caballería manteniendo oculta su infantería, sacó todo el partido posible del terreno colocando una parte de ésta detras de unos zarzales mui altos i otra en un médano de arena, en el que debia permanecer emboscada; colocó su caballería en los flancos i en los puntos mas ventajosos para envolver al enemigo en una completa ruina.

A la una i cuarto de la noche desembocan por el camino en la llanura tres compañias que formaban la vanguardia de los rebeldes, i hacen alto al divisar las tropas realistas; sale de su emboscada una parte del Imperial; fórmanse los dragones españoles en batalla, rompe el fuego dicha vanguardia insurjente; pero es arrollada al momento por los dragones; acude en ausilio de los enemigos el regimiento número 2 de Chile; i aunque lo estrecho del terreno por aquella parte no daba la libertad necesaria para que se desenvolviesen nuestros caballos, el comandante de ellos, sin embargo, don Ramon Gomez de Bedoya se arroja contra aquel regimiento con la mayor bizarria; sus valientes soldados siguen el noble ejemplo de su gefe, i arrollando completamente las filas contrarias siembran por todas partes el terror i la muerte. Concurren los demas cuerpos á tomar una parte activa en tan gloriosa accion; despues de las dos primeras cargas citadas intenta de nuevo i por distintas veces rehacerse el enemigo; mas atacado el flanco por los cazadores del Imperial, mandados por el teniente coronel don Juan James, i por al-

gunas compañías de Cantabria, i cargado siempre de frente por los irresistibles dragones, quedó finalmente asegurada la victoria mas completa.

Destruida dicha division de Tristán, de la que solo pudieron escapar 125 hombres entre gefes, oficiales, i soldados, inclusive el mismo general, se dió orden á las tres de la mañana á los granaderos de la guardia, mandados por don Valentin Ferraz, de marchar á Pisco, cuyo punto se creia con fundado motivo habia de ser el paso para los dispersos; mas antes de llevarla á efecto se dispuso que salieran en su vez los dragones del Perú á las órdenes de don Dionisio Marcilla para Villacurí i se adelantaran á dicho punto de Pisco si el gefe de aquella columna lo consideraba necesario. La pronta retirada de dicha caballería por no haber hallado forrage ni agua en Villacurí, fue causa de que no se completase el triunfo de aquella jornada con la aprehension de los principales gefes disidentes, que parece hubiera podido verificarse con facilidad. Si bien la caballería dejó de aprovecharse de esta feliz ocasion, quedaron compensados sus esfuerzos encontrándose casualmente al amanecer del dia 8 con los lanceros del Perú que habian venido de Chincha á reforzar la espedicion del referido Tristán, cargándolos con el mayor denuedo i derrotándolos tan completamente que sin haber sufrido la menor desgracia, quedaron tendidos en el campo 10 de aquellos i en poder de los realistas 90 prisioneros.

Despues que el general Canterac hubo recorrido con su caballería todos los alrededores de Ica para coger los últimos frutos de la victoria que acababa de coronar sus nobles esfuerzos, hizo su entrada triunfal en esta ciudad al amanecer del 7 en medio de las aclamaciones de un pueblo cansado de la opresion que sobre él habian ejercido los rebeldes. Igual acogida tuvo en Pisco el coronel Loriga, dedicándose á recoger el considerable armamento, municiones i pertrechos de guerra que el enemigo habia abandonado en su desordenada fuga (1).

(1) La prueba mas positiva de ser un necio alucinamiento la decision

Lleno el general Canterac del entusiasmo que debia inspirarle la victoria despues de haber recorrido aquellos campos empapados en sangre de los rebeldes; cargado de trofeos, acompañado por mas de 1Ꝯ prisioneros que fue incorporando gradualmente á sus filas, i provisto de 3Ꝯ fusiles, que era el artículo de que mas escaseaba para poner en actividad á sus nuevos reclutas, determinó regresar á la sierra, dejando de guarnicion en el espresado punto de Ica al brigadier Carratalá con una fuerza, que si bien no era numerosa, parecia suficiente para consolidar el orden en la costa, i mantener espedita la comunicacion con el cuartel general i con Arequipa.

La citada victoria de Ica conseguida con fuerzas mui inferiores, compuestas en gran parte de gente bisoña, elevó al mas alto grado el distinguido mérito del general en gefe i de sus valientes tropas. Es verdad que aun despues de ella quedaron los rebeldes de Lima en actitud imponente, por cuya razon afectaron mirar este revés con la mayor indiferencia; pero considerado con relacion á las circunstancias del momento, bien puede atribuirse á dicho contraste el resultado de sus desgracias sucesivas. Los realistas necesitaban adquirir algun prestigio para borrar de los pueblos las primeras impresiones recibidas acerca de lo irresistible que se presentaba el torrente de la independencia; dicha batalla se los proporcionó: carecian de armas para sus reclutas; las hallaron en los campos de Ica: convenia hacer ver al enemigo que el valor de los españoles no habia perdido el menor quilate por la mala suerte de sus armas en el año 1820 i en la mayor parte de 1821; Tristán recibió una leccion práctica de esta verdad: convenia asimismo que los peruanos incorporados á

que se notaba en los pueblos á favor de los insurjentes antes de conocer i de esperimentar los efectos de su administracion, se halló bien pronto en su aversion, declarada abiertamente á aquellos mismos, cuya presencia habia sido tan deseada, i en el empeño con que solicitaron el apoyo de los realistas. Asi es, que el partido de dichos insurjentes era mayor en los sitios á los que no habia alcanzado todavia su influjo personal.

las filas de los realistas tuvieran confianza en la causa que defendian; no dudaron de ello desde que vieron la facilidad con que habia sido destruida la referida espedicion. Bien puede, pues, asegurarse que esta victoria fue el primer eslabon de la gran cadena de laureles con que quedaron ceñidas por tanto tiempo las sienes de los fieles i esforzados guerreros que luchaban en aquellas regiones por los intereses del Soberano español.

Don Gerónimo Valdés llegó á Huaitará cuando habia emprendido su retirada ácia la sierra el citado Canterac: su marcha hasta este pueblo habia sido dirigida con el mayor acierto, contándose como resultados de sus bien combinados movimientos la destruccion en Querco de una fuerte guerrilla insurjente, la inquietud en que logró mantener á la enunciada division de Tristán, la retirada de Gamarra desde la Nasca, temeroso de caer en las manos de tan peligroso competidor, i el haber abierto al general Canterac la carrera gloriosa que recorrió en los campos de Ica, proporcionándole con dichas maniobras los medios de sorprender al enemigo.

Terminada esta brillante campaña, dispusieron Canterac i Valdés despues de haberse reunido en el referido punto de Huaitará, regresar á sus antiguas posiciones, el primero al valle de Jauja i el segundo á Arequipa, habiendo aun recogido en sus respectivas marchas nuevos frutos de la victoria.

La pérfida venta de las fragatas Prueba i Venganza en Guayaquil se hizo doblemente sensible en este momento, en el que se habria podido dar un estraordinario vigor á las operaciones de los realistas, si aquella fuerza marítima se hubiera presentado en las costas del Perú, totalmente desprovistas entonces de marina rebelde desde que el almirante Cochrane las habia abandonado por desavenencias con el protector San Martin.

Desde el mencionado dia 7 de abril se conservó Ica en poder de las armas realistas con mui pocas interrupciones. El teniente coronel Raulet, que habia sido comisionado para ocupar este pueblo con 200 caballos escogidos, fue atacado

en la plaza del mismo por el brigadier Carratalá i coronel Rodil i destrozado completamente con la pérdida de 80 hombres. Algunos dias antes habia sido batido por el mismo Carratalá la fuerte partida del caudillo Quirós què desde la costa se habia internado en el pais; i á su consecuencia fue aprehendido en el acto de su fuga i pasado por las armas. Iguales reveses sufrieron las guerrillas de Yauyos, i Yauli en Chupamarca, Tapacu i en los altos de Vizcamachai; la de Orrántia en Huallai con destrozo total de todos sus individuos incluso el cabecilla, i las de Sanchez i otros en la provincia de Tarija.

Se habia vuelto á encender durante la campaña de Ica la tea de la insurreccion en los valles de la provincia de la Paz; el caudillo Lanza habia interceptado el camino que conduce de las provincias interiores á Oruro, mantenia en la mas viva alarma á la de Cochabamba, i estendia su maléfico influjo hasta la misma ciudad de la Paz. Era de la mayor necesidad acabar con este indómito sedicioso, quien al paso que cortaba los recursos á los realistas, entretenía una parte de sus tropas, cuya falta se hacia sensible para el desempeño de otras operaciones de cálculo i combinacion. La audacia de este caudillo competía con su terquedad; su fanatismo revolucionario conmovía las poblaciones; su sola presencia imponia á los indios; repetidas veces había sido deshecho i otras tantas habia vuelto á la palestra con nuevas fuerzas i con doble ardor. Convenía, pues, no perdonar medio alguno para dar este golpe decisivo: se fijaron bien pronto las miras del virei en el esforzado Valdés, quien fue llamado al Cuzco para comunicarle verbalmente las instrucciones que debian guiarle en aquella espedicion.

Despues de haber recibido dichas instrucciones, salió Valdés en posta para la Paz, á cuya ciudad llegó tan oportunamente, que tal vez sin su pronta aparicion habria sucumbido al citado caudillo Lanza, que se hallaba á solas tres leguas de distancia. Empleando aquel gefe en esta ocasion su acostumbrada actividad, calmó la inquietud de sus habitantes, dió nuevo vi-

gor á las pocas tropas que guarnecian aquel pueblo, hizo que saliesen otras de Oruro i Cochabamba para llamar la atencion del enemigo por varios puntos, i se dedicó él mismo á perseguirle por los quebradísimos i escabrosos terrenos de los valles, en donde logró derrotar completamente aquellas gavillas, apoderándose de las únicas dos piezas de artillería que llevaban, de la mayor parte de sus armas i de todas sus municiones. Un gran número de muertos i prisioneros, é inmensas partidas de ganado coronaron el triunfo de aquella jornada; el despechado Lanza con 6 ú 8 de los mas adictos huyó á ocultar su vergüenza entre los indios infieles.

Seguia en el entretanto el atroz Monteagudo desempeñando su cruel ministerio, marcado con las mas horribles manchas, no solo contra los desgraciados que eran tenidos por partidarios de los realistas, sino aun contra los mismos pacíficos peruanos que no participaban de la exaltacion de sus ideas ó de la dureza de su temple. Su espíritu de persecucion se cebó esencialmente sobre los europeos, hasta el punto de haberse jactado con bárbaro placer en su mismo manifiesto, de que 10.. individuos que halló á su entrada en aquella capital habian quedado reducidos á 600: todos los demas habian sucumbido á su furor i venganza, sufriendo algunos una muerte violenta, pereciendo otros al rigor de agudas enfermedades producidas por la inquietud i el sobresalto, deportados otros, i fugados los restantes.

Por influjo de este mismo monstruo de la humanidad se publicó en 24 de abril un feroz decreto imponiendo pena de destierro i confiscacion á los españoles que se presentasen en la calle con capa, i á los que fuesen hallados en conversacion particular en mayor número que el de dos individuos; la de muerte contra los que se encontrasen fuera de sus casas despues de puesto el sol; i esta misma pena, junta con la de confiscacion, contra los que retuviesen cualquiera clase de armas, escepto cuchillos para el servicio de la mesa (1).

(1) Ni el bello sexo se vió libre de sus decretos de opresion i sin-

Tal era el estado de los negocios en el Perú á fines de abril en que regresó Lord Cochrane de su espedicion á las Californias. No se veian mas que decretos contradictorios, infracciones de derechos, violacion de justicia, i como consiguientes resultados el descontento, la desunion i la anarquia. Todo el empeño de los gobernantes se dirigia á ocultar los reveses sufridos en Ica, á cuyo efecto se habian encerrado en el Callao los débiles restos de su jactanciosa espedicion; pero esta misma misteriosa conducta hacia que se creyera el peligro mayor todavía de lo que era en sí. El pueblo murmuraba i temia una próxima catástrofe; las tropas maldecian de sus nuevos gobernantes por que no se les cumplia ninguna de las promesas que se les habian hecho; habia desaparecido el oro i la plata, cuya falta creyó el gobierno que podria ser reemplazada por la emision de un papel moneda i por la acuñacion de algunos millones en cobre; cuya última providencia enagenó completamente los ánimos, no solo por haberse dado á esta moneda un valor superior á su mérito, sino porque nunca se había visto en el pais aquel signo tan miserable i súcio de la riqueza mineral, que la gente acomodada, especialmente las señoras, tenian á menos recibirlo en sus manos delicadas, i lo miraban con asco i fastidio.

Las contribuciones iban de día en aumento, i su violenta exaccion agravaba el disgusto de los pueblos; aquel famoso regimiento de Numancia, que creyendo llegar al apogeo de

costumbre entre las señoras salir á la calle medio tapadas, recogiendo con gracia su manto ácia un lado de la cara i dejando el otro ligeramente descubierto, al parecer con el designio de dar pábulo á la ambicion femenil, dedicada siempre á llamar la atencion, i á valerse de todos los medios para acrecentar la ansiedad de sus amantes i de los curiosos petimetres. No dejaba de producir el efecto deseado esta moda caprichosa, que proporcionaba al mismo tiempo escenas mui divertidas en las que mas de una vez habia sido descubierta la infidelidad de los maridos; fue por lo tanto un golpe mui sensible, especialmente para las de mayor tono, el duro mandato de descubrir sus semblantes al pasar junto á los cuerpos de guardia; como si llevasen en ellos otras armas que las de sus ojos.

su felicidad i gloria, habia abandonado las banderas del Rei, se constituyó en completa insurreccion, protestando que no saldria á campaña sino se le pagaban todos sus atrasos i se le cumplian las promesas que se le habian hecho de volverlo á Colombia tan pronto como se hubiera rendido Lima: uno de sus capitanes, llamado Dorronsoro, entró en comunicaciones con Lord Cochrane, solicitando su admision en dichos buques para evacuar el territorio peruano; pero la escena mas horrible de desorden i desolacion estaba reservada para la noche del 4 de mayo.

Mientras que los fanáticos miembros de la orden del Sol celebraban en un gran baile su primera reunion; cuando hombres i mugeres estaban entregados á los mas acalorados trasportes de placer i alegria, fueron enviados destacamentos de tropa á las casas de los españoles para arrancarlos del seno de sus familias i trasladarlos violentamente al Callao (1). Respetables eclesiásticos, viejos octogenarios, beneméritos padres de familias, sugetos ricos i acostumbrados á todas las comodidades de la vida, oficiales civiles i militares, aun aquellos mismos que por flogedad ó por sus vicios habian desertado de las banderas realistas, todos sin la menor distincion de edad, ni rango hubieron de andar á pie las seis millas que hai desde Lima al Callao á la media noche, algunos á medio vestir, i otros sin ninguna clase de ausilios para ser embarcados á bordo de la fragata *Milagro*. Dos ancianos desgraciados fueron ya en la primera noche víctimas de la crueldad de sus verdugos; todos habrian perecido de hambre sino hubieran implorado la venal piedad de los gobernantes con costosos sacrificios pecuniarios. Fueron por lo tanto agraciados los que pudieron aprontar á lo menos 19 pesos para conseguir su pasaporte: el precio de esta licencia era arreglado segun los medios de fortuna que se atribuian á cada indi-

(1) Esta clase de bárbaros atentados ha sido perpetrada varias veces por los republicanos de Colombia i de otros puntos.

viduo: alguno de estos desgraciados hubo de desembolsar hasta 10$.

Los que no pudieron reunir la necesaria suma para comprar su libertad, que fueron los mas, sufrieron la pena de ser deportados á Chile, i como nunca se hubiera tenido noticia de la llegada de estos sugetos á aquel reino, ni á ningun otro punto, i como por otra parte hubiera hallado en el territorio de Huarochiri á la distancia de 10 á 12 leguas de la costa el entonces coronel don José Ramon Rodil los insepultos i desfigurados cadáveres de un gran número de individuos, se creyó que hubieran sido internados á aquel matadero; i aunque muchos tienen este hecho por inverosimil, ninguno hai á lo menos que sepa dar razon del destino verdadero de aquellos infelices.

Parecia que la suerte de los treinta i tantos que aprontaron las sumas de rescate, deberia haber sido menos desgraciada; pero fue todavia mas cruel. Trasladados á bordo de un buque inglés que se hallaba surto en el Callao, salieron para el Rio Janeiro con prohibicion absoluta de acercarse á las costas del Perú. Al pasar por la línea de Quilca se entusiasmaron estos ilustres deportados al considerar que allí estaban los defensores de los derechos del Soberano español; i precipitados por sus leales sentimientos, i por los deseos de morir todos por aquella noble causa, antes que vivir inertemente en paises estraños, se sublevaron contra el capitan del buque i le obligaron á virar ácia el citado punto.

Cruzando á esta sazon por aquellas aguas otro buque de la misma nacion, no tuvieron los sublevados la prevision de impedir que ambos capitanes se comunicasen en su idioma, cuyos resultados fueron tan funestos, que poniéndose en facha el buque ausiliador, amenazó con su batería echar á pique á dichos alzados si con una pronta obediencia no borraban la mancha de sus violentos procederes. Cediendo aquellos desgraciados á la furia de este inesperado enemigo, fueron colocados en dos malas lanchas i abandonados á la discrecion de las olas, sin mas víveres que dos sacos de ga-

lleta i dos barriles de agua; pero que el capitan inglés creyó bastarian hasta llegar á tierra, sin haber calculado que careciendo aquellos miserables de instrumentos náuticos i de conocimientos astronómicos habian de ser, como lo fueron, el juguete de las olas. Horroriza la relacion de los terribles padecimientos de estas víctimas del rencor personal: consumidos sus cortos víveres, i luchando contra todos los elementos sin esperanza de salvarse recurrieron á los mas asquerosos medios para sostener sus débiles fuerzas i apagar su insufrible sed: agotados ya todos los recursos que sugiere la estrema necesidad, empezaron á alimentarse de la carne de los que iban sucumbiendo al rigor de tantas desdichas. Cuando las dos lanchas, mas bien empujadas por las olas que por sus inhábiles esfuerzos, se hallaron cerca de la playa, solo tres individuos sobrevivian á tan terribles males; uno de ellos murió en el acto de desembarcar, i los otros dos se hallaron exánimes en manos de los insurjentes.

Hasta el corazon de los mas furiosos enemigos se enterneció con tan lamentable escena; los afectuosos cuidados que les fueron prodigados los volvieron á la vida; uno de ellos, llamado Heros, fue admitido por Riva-Agüero á su servicio; pero se pasó al de los realistas cuando por aquel caudillo fue enviado desde Trujillo en 1823 para entrar en negociaciones con los realistas; de cuya boca se han recogido estos apuntes, demasiado interesantes para dejar de ocupar un lugar de preferencia en la presente historia. Nos abstenemos de hacer reflexiones sobre ellos, pues sin necesidad de ser glosados no podran menos de interesar vivamente la sensibilidad aun de los corazones que menos se prestan á ella.

Teniendo San Martin avisos de que Bolivar estaba para llegar á Guayaquil se embarcó de nuevo en el Callao para conferenciar con aquel revolucionario, segun la opinion de algunos, sobre el modo de fundar para ambos dos monarquías en la América del Sur, cuya forma sostenia ser la mas propia para consolidar los respectivos gobiernos independientes en Colombia i en el Perú; pero fuese que Bolivar aspira-

se al mando general, ó que creyese no era tiempo todavia de descubrir sus planes de régia ambicion, aquella entrevista, tenida en 26 de julio, agrió los ánimos de los dos campeones, i produjo la retirada de San Martin á las cuarenta i ocho horas de haber llegado al referido puerto de Guayaquil.

Durante la ausencia del titulado protector del Perú se suscitó una seria conmocion en Lima que tomó por blanco el esterminio del ministro de Estado Monteagudo; de este tigre sediento de sangre, que no contento con derramar copiosamente la de los desgraciados españoles que gemian bajo su feroz cuchilla, se habia propasado á ejercer toda clase de tropelías i estorsiones contra los mismos peruanos, por los que fue arrojado del alto puesto que ocupaba con gran peligro de su vida, i obligado á embarcarse en el Callao para Guayaquil.

Parece que en la odiosa persecucion de este génio sanguinario tuvo asimismo una parte mui activa la vulgar creencia de que iba preparando los negocios públicos para allanar á su ídolo el camino del trono (1). Fue por lo tanto mui

(1) Se creyó en aquella época, i al parecer no sin fundamento, que los realistas habian armado esta asechanza al fantástico protector del Perú para levantar el edificio monárquico sobre la ruina i descrédito de tan formidable enemigo. Se atribuyó asimismo á la ingeniosa travesura de uno de los gefes mas ilustres de aquel ejército la invencion de tres cartas venenosas que dejaron empapados de su acrimonia todos los parajes por donde circularon. Como todas ellas respiraban el mismo espíritu que guiaba las acciones i miras de San Martin, no fue difícil conmover contra él toda la animosidad i encono de los peruanos. En ellas hablaba este caudillo con sus confidentes bajo la mas fingida reserva sobre los medios de regenerar el Perú, proscribiendo las formas representativas, i ensalzando las monárquicas como las únicas que podian convenir á aquellos pueblos, chocando con la religion i con sus ministros, deprimiendo las familias distinguidas i acomodadas, escitando celos i desconfianza entre las tropas de Chile i del mismo Perú, i atacando finalmente los flancos mas sensibles de todos. Si fue este un lazo tendido por los realistas, difícil es que le pueda igualar otro en la astucia del concepto, en la maestría del manejo, i en la felicidad de sus efectos.

grande el desagrado de éste cuando al regresar á Lima en 19 de agosto tuvo conocimiento de aquellos escesos populares. Todos temian que se entregase á sus violentos impulsos de venganza, i se confirmaron en esta opinion cuando se le vió reasumir el mando supremo á los dos dias de su llegada; mas pronto se tranquilizaron de estos temores cuando en el mismo dia 20 de setiembre en que fue instalado el congreso á virtud de una convocatoría anterior, se vió á dicho San Martin presentarse con toda la pompa propia de la soberanía en el salon de los diputados, i despojándose de la investidura suprema, renunciar su autoridad ante aquella corporacion. Habiéndose retirado en aquel mismo momento á su usurpada casa de campo de la Magdalena, pasó dos horas despues una diputacion del referido congreso á espresarle la gratitud del pueblo peruano, i á llevarle el nombramiento de generalísimo del ejército.

Este artificioso campeon revolucionario admitió el título, mas no el ejercicio del mando, i se embarcó en la misma noche en el Callao para Chile, dejando una elocuente proclama llena de nobleza i filantropía, con la que esperaba paralizar los efectos que habia principiado á producir en el público su desmesurada ambicion. Apenas se hubo retirado San Martin, fueron nombrados por el congreso para formar el poder ejecutivo, que se llamó junta gubernativa, el general Lamar, don Felipe Antonio Alvarado, i el conde de Vista Florida.

A pesar de la victoria importante conseguida por los realistas en los campos de Ica, eran todavia mui graves sus cuidados, i se requeria un grado no pequeño de heroismo para sostener aquella porfiada lucha. La pérdida de las fragatas Prueba i Venganza, i de la corbeta Alejandra, de que ya se ha hecho mencion, los habia afligido sobre manera; mas ningun contraste les fue tan sensible como la derrota de las tropas de Quito en la batalla de Pichincha, dada en 24 de mayo, á consecuencia de la cual habian quedado abiertas las puertas del Perú á los colombianos, i se temia que todos los esfuerzos de los que defendian en aquel reino la

causa de la metrópoli no fueran suficientes para rechazar los ataques combinados con aquellas tropas, con las de Chile i con las de Buenos-Aires, pues que de todas partes habian concurrido á destruir á los que consideraban como enemigos comunes.

Asi lo manifestaba el virei Laserna en sus despachos al gobierno de la península, que fueron interceptados sucesivamente por el coronel Miller durante su espedicion sobre Quilca. No es, pues, estraño que manifestemos un ardiente entusiasmo por unos gefes i tropas, que abandonados á sí mismos i sin mas elementos que su indomable valor, se burlaron de tantos i tan poderosos enemigos hasta fines de 1824, dando repetidas pruebas de su esforzado espíritu i de su amor á la monarquía española.

Si este ejército se hizo recomendable por su lealtad i firmeza, no lo fue menos por sus desprendimientos generosos, por la alegria i conformidad con que sufrieron las mas duras privaciones, i por las virtudes poco comunes que desplegaron en aquel teatro. Ya á poco tiempo de haber tomado Laserna las riendas del vireinato habia hecho cesion de la mitad de su sueldo: este generoso ejemplo fue imitado por los gefes que se hallaban en Lima, i sucesivamente se hizo estensivo á todos los individuos del ejército en proporcion de sus haberes; i creciendo de dia en dia las angustias del erario se redujo dicho virei á la percepcion de solos 129 duros anuales hasta la cesacion de su mando. Esta medida económica, no menos honrosa para los que la propusieron, que para los que gustosamente se sometieron á ella, fue la principal áncora de la conservacion del Perú bajo la obediencia del Soberano español. Cesaron de este modo los grandes apuros numerarios que ya habian principiado á sentirse fuertemente en tiempo del virei Pezuela, i que fueron todavia mayores en 1822 en que se habian ostruido las fuentes principales de la riqueza, i los ramos mas productivos.

Fue preciso por lo tanto redoblar el mas vivo celo para sacar algun partido de los veneros metálicos que se hallaban

bajo el influjo de los realistas. La casa de moneda de Potosí habia quedado mui deteriorada á impulso de la devastadora guerra de que aquella villa habia sido uno de los teatros mas activos. El brigadier Alvarez, que habia tomado el mando de aquel gobierno á principios de enero, se dedicó con inimitable empeño al fomento de este ramo, i logró habilitarlo en poco tiempo, habiendo rendido en los primeros nueve meses 5105 pesos de derechos de ensayo i quintos, i 33⁹ mas de ganancia para la referida casa de moneda. No fue menor su esmero en atender á todos los demas productos de la administracion, de modo que obtuvo mui pronto por resultado de sus afanes dichos 33⁹ pesos mensuales de renta líquida, 20⁹ de los cuales eran remitidos á la division de vanguardia que mandaba el brigadier Olañeta, i los restantes al ejército de Huancayo.

Fueron asimismo infatigables los demas gobernadores é intendentes en reunir fondos con el menor agobio posible para que las tropas del reino no echáran de menos la pérdida del grande almacen de Lima, de los 120⁹ duros mensuales que producian por lo menos aquella ciudad i el puerto del Callao, de los 50⁹ del cerro de Pasco, i de otros diversos ramos, pues que solo de este modo habria sido posible levantar nuevos ejércitos, proveer á su vestuario i armamento, i subvenir á todas las urgencias de una guerra tan activa i costosa.

Algun tiempo antes de la renuncia del protector San Martin se habia tratado de embarcar 1500 hombres á las órdenes del coronel Miller para que operando desde Iquique contra la division de Olañeta, diseminada por la provincia de Potosí, pudiera batirla en detalle con el ausilio de los pueblos, en cuya adhesion fundaban su principal esperanza. Cuando el general en gefe Alvarado supo por el protector, que se iba á ejecutar el citado plan, creyó que sus resultados habian de ser mui gloriosos para el encargado de él, i solicitó por lo tanto el honor del mando, asi como el que la espedicion se aumentase hasta 4⁹ hombres á fin de que el golpe fuera decisivo.

Las mayores dificultades que se esperimentaban para reunir esta numerosa espedicion con todos los requisitos que deberian acompañarla, retardaron su salida por algunos meses, en cuyo tiempo ocurrió el viage de San Martin á Guayaquil, la deposicion de Monteagudo i demas sucesos que ya van anotados. El poder legislativo ó sea la junta gubernativa, instalada á consecuencia de la renuncia de San Martin, trató de llevar á efecto la proyectada espedicion de Alvarado, figurándose que por este medio mejoraria la situacion de la capital, que se hallaba á este tiempo exhausta de todo recurso i sobrecargada de tropas.

Para subvenir á los cuantiosos gastos que erogaba aquel proyecto, impuso una contribucion de 400ϑ duros al comercio de Lima, cerca de una mitad de cuya suma gravitaba sobre los comerciantes ingleses. El modo injusto con que se hizo este reparto, produjo los mas sérios debates entre los contribuyentes: los ingleses se negaron á él alegando la exencion de que los estrangeros habian disfrutado siempre en los diferentes estados de la América del Sur: el gobierno republicano insistió en hacer efectivos sus contingentes; aquellos reclamaron la proteccion del capitan de la fragata de guerra la *Aurora*, á cuya armada mediacion se debió que los insurjentes desistieran de sus pretensiones. Entonces les fué ofrecido por los súbditos de esta nacion un empréstito sin interés con plazos determinados para su reembolso.

Habilitada por este medio la referida junta para dár impulso al movimiento de las tropas, se embarcaron éstas con efecto en número de 5 á 6ϑ hombres, á que ascendia la fuerza del primer batallon de la legion peruana (1), de los nú-

(1) Dicha legion se habia principiado á crear poco tiempo despues de la retirada del general Canterac de los fuertes del Callao en el año anterior, i constaba de un regimiento de húsares hasta el completo de 800 plazas, mandado por el aventurero francés Bransden, de un regimiento de infantería que ascendia á 1200 hombres á las órdenes del inglés Miller, i de una compañía de artillería á caballo con 5 piezas de á 4, un obus i 120 hombres, dirigida por el capitan Arenales.

meros 4, 5 i 8 i artillería de Chile, del número 11 de Buenos-Aires, del regimiento titulado del rio de la Plata i del de granaderos á caballo, cuyos cuerpos se hicieron á la vela en los dias 10, 15 i 17 del mes de octubre. Para que Alvarado estuviera mas espedito en sus operaciones sobre la costa, sin que las tropas de Canterac situadas en los valles de Jauja pudieran moverse contra él, se habia determinado que una gran parte de los 4ꝰ hombres, inclusos 1200 colombianos que poco tiempo antes habian llegado de refuerzo, para guarnecer á Lima á las órdenes del general Arenales, avanzase sobre dicho punto de Jauja i mantuviera en perpetua alarma aquellas tropas. Todo, pues, hacia ver la importancia del enemigo que los realistas iban á combatir, i la necesidad de hacer los mas denodados esfuerzos i costosos sacrificios para salir triunfantes de aquella campaña.

Valdés, que se hallaba ocupado en el arreglo i organizacion de la provincia de la Paz, recibió las órdenes mas premurosas para volver á Arequipa, cuya costa era la designada para el desembarco de Alvarado.

El general Ramirez, cuya salud se hallaba sumamente estenuada á causa de las duras fatigas é inmensos padecimientos durante trece años de una lucha porfiada i sangrienta, en la que repetidas veces habia ceñido su frente de los mas ilustres laureles, tenia pedido su pasaporte al virei para regresar á la península mucho antes que se tratase de la citada espedicion. Parece que este bizarro general, del mismo modo que Olañeta i varios de los gefes que mandaban en el Perú antes de la llegada de Laserna, Canterac, Valdés i demas guerreros que habian peleado en Europa contra las hues-

---

Aunque se dió el mando general de este cuerpo al marques de Torre Tagle, los dos aventureros citados sin embargo fueron los principales encargados de su organizacion i disciplina; pero todo el mérito contraido por aquellos turbulentos génios i la petulante confianza con que desafiaban el poder de los españoles, teniendo por invencible aquella nueva falange, se estrelló á los pocos meses en los pechos de los realistas guiados á la victoria por los generales Canterac i Valdés.

tes imperiales, jamas se reconciliaron de buena fé con ellos, ni depusieron su resentimiento contra la arrogancia con que se habian presentado en aquellos dominios, lastimando mas de una vez el amor propio de unos militares, que si bien eran inferiores en conocimientos cientificos de la táctica moderna, no asi en valor, en decision, i en la práctica de aquella clase de guerra: se creyó por lo tanto que estas no bien curadas llagas habian influido en la determinacion tomada por dicho Ramirez, tanto como la estenuacion de su salud. Sea como quiera el virei Laserna accedió á sus deseos, á cuya consecuencia salió para España dejando el mando al brigadier La Hera en el acto de embarcarse. Valdés, que habia sido nombrado comandante propietario de las tropas que ocupaban aquella provincia, desplegó toda la energía que es propia de su carácter para prepararse á recibir á los orgullosos espedicionarios.

Dando cumplimiento al mismo tiempo el general Canterac á las órdenes que le habia dirigido el virei de reforzar con algunas de sus tropas la division de Arequipa i teniendo por conveniente ponerse él mismo á la cabeza de ellas, á pesar del mal estado de su salud de resultas de una terrible enfermedad, por la que los insurjentes habian hecho regocijos públicos espresivos del terror que les infundia este bizarro gefe, salió de Huancayo á principios de noviembre con dos batallones i cuatro escuadrones, dejando el resto de las tropas en sus cantones de Jauja al mando del general Loriga. Las primeras providencias adoptadas por Valdés luego que hubo regresado á Arequipa, fueron las de destacar partidas por toda la costa desde Iquique hasta Camaná para que hiciesen internar hasta 30 leguas todos los ganados, acémilas, i demas recursos que pudieran ser de alguna utilidad al enemigo. Brilló asimismo su infatigable celo en organizar con increible presteza su corta division que no pasaba de 1? infantes i 400 caballos disponibles, cuyas armas, vestuario, pertrechos i cuanto pudiera darle una activa movilidad, fueron puestos en el estado mas sobresaliente. Cuando ya hubo completado sus

preparativos guerreros, i que tuvo noticias exactas de la direccion i punto de desembarco de los espedicionarios, situó en Torata al batallon de Gerona, en Omate al del Centro, i en el alto de la villa de Moquehua toda la caballería, escepto el tecer escuadron de dragones de la Union que ocupaba el valle de Sama i estendia sus observaciones hasta Arica.

Parte de la espedicion enemiga habia desembarcado en este puerto el dia 27 de noviembre, i el resto llegó sucesivamente á escepcion de un cuadro de 450 hombres que lo verificó en Iquique, i pasó á Tarapacá con el objeto de completarse, proporcionar recursos, i de acechar los movimientos de Olañeta en el Alto Perú. Es de notar el arrojo del oficial realista americano Pinto, quien saliendo en comision con solos tres soldados bien montados para hacer un reconocimiento sobre dicho punto de Arica, se introdujo en medio de la poblacion escitando la mas terrible alarma, i despues de haber logrado completamente el objeto propuesto se retiró á su campo con cinco prisioneros. El 9 de diciembre avanzaron la Legion peruana, el regimiento del Rio de la Plata, i los granaderos á caballo á tres leguas de Arica; i sin hacer ulteriores movimientos se mantuvieron en aquellas posiciones por el espacio de tres semanas, creciendo el aliento de la division de Valdés con tal inaccion i aun mas con los avisos de la aproximacion de Canterac. Varios gefes i entre ellos el aventurero Miller instaron á Alvarado para que atacase á la referida division de Valdés antes que pudiera ser reforzada por la de Canterac; pero la falta de acémilas, la demasiada circunspeccion del caudillo insurjente, i la creencia de que Valdés tuviera fuerzas mui superiores, dieron á sus operaciones un carácter de lentitud é irresolucion que aseguró el triunfo de los realistas.

Se resolvió por fin Alvarado á mover su ejército sobre Tacna, á cuyo punto llegaron el 29 el regimiento del Rio de la Plata i el de granaderos á caballo á las órdenes del coronel Correa. Deseoso Valdés de abrir aquella campaña con algun brillante golpe de mano que aumentase el catálogo de

sus ilustres hechos, salió desde Sama en la tarde del 31 con una division volante de 400 soldados de caballería, 400 de infantería montados en mulas, i dos piezas de campaña á sorprender en aquella noche á los independientes situados en el referido punto de Tacna. Aunque sus fuerzas eran mui inferiores á las de los enemigos que iba á provocar, tenia en ellas sin embargo la mayor confianza, i no dudaba de que el ardor i entusiasmo que habia sabido comunicarles le sacarian airoso de aquel comprometido lance. Se frustró sin embargo esta atrevida operacion como se verá en el capítulo destinado á la historia del año siguiente, quedando en el entretanto suspensa la relacion de unos sucesos que fueron tan gloriosos á las armas españolas.



CAPITULO XV.

CHILE. 1822.

Trágico fin de Benavides. Reflexiones sobre los funestos efectos de las desavenencias entre los gefes españoles. Presentacion de Carrero á Pico, i nombramiento de éste para mandar las armas del Rei en todo el reino de Chile. Su entereza i decision. Malogradas intrigas de Lantaño sobre Chiloe. Fidelidad de Quintanilla. Defeccion de Bocardo, i entrega vil de su gente i emigrados. Castigo de este traidor por mano de los mismos insurjentes. Sublime rasgo de fidelidad de los indios. Ventajas de Pico con la cooperacion de estos buenos vasallos del Soberano español. Traicion del mismo Carrero. Lealtad i firmeza de Farrabu. Crítica posicion de los realistas, i su brillante mérito en no haber cedido el campo al enemigo. Convulsiones de los independientes. Regreso de Lord Cochrane con su victoriosa escuadra. Su salida para mandar las fuerzas navales del Emperador del Brasil.

El malogrado Benavides, cuya desgraciada suerte quedó suspensa en el capítulo del año anterior, entró en la capital en el mes de enero con todo el oprobio i afrenta con que podiera ser tratado el facineroso mas desalmado: montado en un burro desorejado, con su casaca de uniforme para mayor escarnio de la real divisa, tres tiras de papel blanco en el brazo, otra cosida al sombrero con un gran rotulon que decia: «yo soi el traidor é infame Benavides desnaturalizado

americano:" este fue el modo de presentar aquel fiel realista á la mofa del público. Los parientes, amigos, i conocidos de los que habian muerto en la campaña del Sur, salieron á insultarle bárbaramente á las calles por donde transitaba aquella víctima desventurada.

Introducido en un lóbrego calabozo, se le formó una causa aparente para deslumbrar á los incautos con las formas legales de un juicio instruido por sus mas crueles verdugos, quienes desde que tuvieron la presa en sus manos, habian jurado inmolarla á su resentimiento i espíritu de venganza. Terminado dicho juicio, que era mui natural tuviera por resultado la sentencia de muerte, ya decretada de antemano, fue sacado Benavides al patíbulo, arrastrado sobre un cuero tirado por un asno, recibiendo los mas viles insultos de aquellos séres inhumanos que contaron por su dia el mas dichoso aquel en que vieron perecer en horribles tormentos al guerrero esforzado, al fiel realista, al valiente comandante de los indios araucanos que habia sido el terror de aquellas comarcas.

Este valiente americano exhaló el postrer aliento con la mayor serenidad i sin dar señal alguna de abatimiento ni temor. No contentos los rabiosos insurjentes con presenciar esta horrible catástrofe, quisieron llevar su ódio i crueldad hasta el estremo de colocar la cabeza de este mártir de la lealtad en la ciudad de Concepcion su patria, sus brazos en Arauco, i las piernas en Tarpellanca i Manzano, quemando el resto de su cuerpo en el llano de Portales, i arrojando al aire sus cenizas. Así concluyó la carrera de sus dias este fiel vasallo del Monarca español, dejando con su trágica escena pública indelébles recuerdos de la ferocidad de sus enemigos, i de su constancia i sufrimiento: su infeliz esposa, espectadora de aquel horrendo atentado, fue conservada en la misma cárcel hasta fines de este mismo año, en que fue trasladada al hospicio, i sucesivamente al convento de monjas de la Concepcion.

He aquí los resultados de esa fatal desavenencia entre los

gefes realistas, contra la que tantas veces hemos declamado. Carrero i Benavides eran fogosos militares i entusiastas de la causa que defendian; ambos prestaron importantes servicios á la monarquía española; pero no se vieron exentos en particular el primero del espíritu de ambicion i rivalidad que tantos daños ha causado á la destrozada América. Aunque incurramos en fastidiosas repeticiones, no nos cansaremos de exhortar á nuestros guerreros depongan sus privados resentimientos en obsequio del bien comun, porque no de otro modo puede la madre patria esperar felices resultados de los esfuerzos de sus valientes hijos.

El concierto i armonía que se observa en los ástros i en todas las leyes de la naturaleza; el órden invariable con que todos los objetos que se divisan en el firmamento concurren al ejercicio de sus respectivas funciones, nos hace ver de un modo bien claro i convincente, que si á las acciones humanas no preside igual espíritu de conformidad i union, sus efectos serán siempre encontrados, quedará el centro sin accion, se chocarán unos con otros, i todo quedará sumido en el cáos de la confusion.

Estos principios tan necesarios para la conservacion aun de los gobiernos mas sólidos i mejor constituidos, exigen una observancia incomparablemente mas escrupulosa en paises devorados por las facciones, arruinados por el furor de las pasiones, é influidos por genios indómitos i devastadores. Esplícita obediencia á las autoridades, verdadera fraternidad é íntima union entre todos los individuos que defienden la causa del Rei, sacrificios continuos del orgullo i del amor propio, séria contraccion á los negocios é intereses públicos, ante los cuales deben enmudecer totalmente los privados: hé aquí los principales medios de que pueda ser coronada de un feliz suceso toda espedicion que se haga por el generoso Monarca español para pacificar los desgraciados paises de América, ahuyentando para siempre al genio de la discordia.

Despues de esta digresion tan necesaria para pintar los irreparables perjuicios que han producido i pueden producir

todavía las desavenencias entre los gefes realistas, pasaremos á describir los sucesos de Arauco correspondientes á esta época. Apénas se supo la fuga del coronel Benavides por los motivos ya indicados, salió Carrero para el Biobio, i se presentó al coronel Pico en su canton, frente de los Angeles, á darle una cuenta exacta de cuanto habia ocurrido en los puntos de retaguardia. Reunida una junta de todos los gefes con presencia de tan desagradables antecedentes, fue nombrado dicho coronel Pico por comandante general de las fronteras como oficial de mayor graduacion, i dado á reconocer con las formalidades que prescribe la ordenanza.

Desde que este infatible i activo gefe se halló con el mando de las armas, se determinó á prolongar la guerra hasta donde alcanzasen sus heróicos esfuerzos, á pesar del aspecto nada lisongero que ofrecia la opinion con los varios reveses que habian sufrido los realistas en los últimos choques. Los enemigos que no perdonaban clase alguna de medios para destruir á este puñado de valientes que, haciendo resonar con entusiasmo el nombre del Rei en medio de aquellas selvas solitarias i por parages que desde la creacion no habian sido hollados todavia por planta alguna de séres racionales, intentaron domar tan inimitable constancia por medio del exhorto, de la persuasion i de la mas solapada intriga.

Fué comisionado con este objeto el coronel don Clemente Lantaño, natural de Chillán, i uno de los americanos que mas servicios habian prestado á la causa del Rei en los primeros años de la revolucion chilena, hasta que hecho prisionero en el pueblo de Huaura del reino del Perú por las tropas del ejército espedicionario de San Martin, solicitó la incorporacion á las filas rebeldes: él antes tan esforzado como luego débil i desleal Lantaño, que habia sido agasajado por los independientes del modo mas cordial i espresivo por las ventajas que se prometian de sus conocimientos é influjo en el citado reino de Chile; este útil agente, con cuyo envio á O'Higgins habia pretendido San Martin hacerle el mayor obsequio, fue destinado á Chiloe con el objeto de seducir á

su gobernador Quintanilla, recordándole sus antiguas relaciones, la intimidad con que habian vivido anteriormente i las glorias de sus primeras campañas, esperando que por este medio podria barrenar la fidelidad de aquel esforzado gefe.

Empero su entereza i decision debió desengañar al fementido emisario de la inutilidad de sus esfuerzos para hacer que su ejemplo de deslealtad i cobardia fuera imitado por quien no tenia mas ídolo que el honor, ni mas aspiraciones que las de servir á su Rei i patria hasta perder la vida por tan sagrados objetos. Regresando Lantaño al continente, se encargó en el mes de marzo del mando de una respetable division para rendir con las armas á los pechos que estuvieran parapetados contra la seduccion i el engaño. Mas no todos tenian la fortaleza de ánimo que el citado Quintanilla: no eran tan nobles los sentimientos del coronel don Vicente Bocardo, natural de la misma provincia, con quien unian á Lantaño antiguos vínculos de amistad i compadrazgo; i por lo tanto no le fue difícil hacer brecha en su flojo corazon, i decidirlo á abrazar el partido de la insurreccion con 400 individuos de tropa i mas de 3500 personas emigradas que habian seguido constantemente la suerte de la division realista.

Fueron envueltos asi mismo en esta vil entrega los ayudantes de caballería don Nicolas de Rute, don Antonio Ibarz, europeos, i varios firmes i dignos oficiales del pais: fieles aquellos á sus juramentos, pidieron pasaportes para trasladarse á los puntos dominados por los españoles, i estos para retirarse al seno de sus familias sin querer tomar parte de modo alguno en la sacrílega causa que defendian sus bulliciosos paisanos.

El mismo pérfido Bocardo, causante de aquellos desastres, se llenó de confusion al ver tanta entereza i constancia de parte de aquellos sus compañeros de armas; i para que se cumpliera lo que está escrito en los altos destinos acerca del desgraciado fin que tarde ó temprano tienen todos los traidores, fue sorprendido en la plaza de Santa Bárbara mientras que presenciaba los fuegos artificiales dedicados á celebrar la victoria debida á su villanía, por el comandante del

depósito de prisioneros don Domingo Arteaga, i conducido al que se hallaba situado en el basural.

Este fue el premio que recibió Bocardo de los insurjentes, quienes prolongaron todavía su martirio, cargándole de grillos como á un salteador de caminos, i encerrándole en un horrible calabozo, desde el cual quiso formarse algun partido con los fieles que estaban sepultados en las mismas prisiones, mientras que bajo de cuerda trataba de suavizar la ira de los gobernantes por medio de viles i bajas protestas dirigidas por el conducto de sus amigos i parientes; pero aborrecido i despreciado por todos los partidos, continuó todo el año 1822 i 23 sin el menor alivio hasta que á fines de este último en que fue depuesto O'Higgins del mando supremo, recibió la libertad del general Freire, aunque sin sueldo ni consideracion alguna, i con la circunstancia de no separarse de la ciudad.

Magnífico ejemplo para los que desconociendo lo sagrado de sus juramentos i los deberes que tienen contraidos con su legítimo gobierno abandonan vilmente la carrera del honor i de la virtud, i corren en pos de la vida licenciosa i del desahogo de sus vicios i criminales pasiones que forman la divisa de los revolucionarios del siglo presente ¡Cuántos otros casos podrian citarse de la suerte desgraciada que han hallado en las filas de los rebeldes los que han creido que con su traicion adquirian crédito i riquezas! El que es débil i cobarde en un partido, el que lo abandona por figurarse hallar mas ventajas en otro, el que es capaz de olvidarse una vez de su propio honor i reputacion, lo será ciento i no podrá jamas inspirar una justa confianza á ninguno. Este es el motivo por que muchos realistas americanos, i no pocos europeos han hallado el desprecio i la persecucion en vez del premio al que se creian acreedores por su defeccion.

Para graduar hasta que estremo llegaba la fidelidad de los indios araucanos que peleaban por el Rei don Fernando VII, es mui esencial insertar la respuesta que dieron los caciques del partido de Meluches don Francisco Marilvan, i

don Juan Manquin Bueno cuando fueron llamados por el citado Bocardo para entrar en la capitulacion: «mientras que »has sido buen vasallo del Monarca español, le dijeron aque»llos justificados varones, mientras que has sostenido con te»son i constancia sus soberanos derechos, nos hemos gloriado »de ser dóciles i sumisos á tus preceptos; ahora que has aban»donado tan inicuamente su causa, cuando te has olvidado de »tus deberes cubriéndote de ignominia ¿quieres que participe»mos de ella i que manchemos nuestras respetables canas imi»tando tan pérfido ejemplo? No, nunca los fieles indios que »obedecen ciegamente nuestras ordenes se separarán de la senda »que les traza el honor; i aunque rudos é incultos enseñare»mos á ser virtuosos á los que han gozado del beneficio de una »esmerada educacion, previniéndoles que si ésta ha de contri»buir á alterar los principios del respeto i la obediencia á las »autoridades legítimas, la detestamos, i preferimos vivir en »nuestras selvas. No descansaremos por lo tanto hasta que ven»guemos en tu sangre el ultrage que acabas de hacer al Sobe»rano que amamos.» Confúndanse los modernos pensadores, cúbranse de vergüenza los sabios presumidos, i queden humillados los génios soberbios que imbuidos en las erróneas máximas del siglo se creen con derecho de dictar leyes al género humano, con el pretesto de rescatarlos de las cadenas que arrastran bajo los respectivos gobiernos en que los ha colocado la providencia. Aprendan de los indios bárbaros el honor, la rectitud, la obediencia i la observancia de los deberes sociales; i se desengañen de que es tan limitado el ingenio humano que los que se empeñan en sublimar los principios de religion i de gobierno, vienen á caer en mayores errores que los seres aislados que no han recibido mas lei que la de la naturaleza.

Reunidos estos fieles indios á la division del coronel Pico, probaron nuevamente su bizarría i lealtad en la gloriosa accion del 5 de abril dada en Piles contra las tropas de Lantaño i Vulnes, que fueron rechazadas vigorosamente con su ausilio, i obligadas á repasar el Biobio con pérdidas de la ma-

yor consideracion. Habiéndose rehecho los insurjentes á los pocos meses, volvieron á ocupar sus primeras posiciones, desde donde hicieron varias correrias, todas ellas fatales á sus armas, como fueron la del 13 de setiembre en Bureo, la del 9 de noviembre en los campos de Púren, i la del 8 de diciembre en Lunaco. Esta última fue tan brillante para los realistas que á su consecuencia fueron arrojados los facciosos de sus atrincheramientos, dejando el campo cubierto de cadáveres.

Se repararon mui pronto sin embargo de tales quebrantos, poniendo en uso sus acostumbradas intrigas. El famoso Carrero rival de Benavides i autor de su desgracia, llegó á chupar el veneno de la seduccion; i desatendiendo lo que debia á su Rei, á su patria i á sus valientes compañeros de armas se pasó á los enemigos en 20 del mismo diciembre desde el punto de Arauco, que estaba confiado á su creida fidelidad, con 400 hombres de tropa i mas de 1000 emigrados, entregando con perfidia i violencia varios caciques que intentaron parar el curso á su traicion, pero que fueron víctimas de su celo. Tan solo pudo sustraerse á la saña de este vil europeo don Pedro Antonio Farrabú, cura párroco de la villa de Rere en la provincia de Concepcion, quien internado en el pais pudo reunir á su causa á todos aquellos indios que le prometieron observar rigurosamente sus órdenes siempre que se dirigiesen á defender los derechos del Rei don Fernando VII.

Para inspirarles mayor confianza de que jamas haria traicion á las reales banderas, nombró por comandante del punto de Tucapel el viejo al capitan de milicias don Melchor Mancilla, de cuya fidelidad se tenian las mas sólidas garantías, i se puso en comunicacion inmediata con el coronel Pico, de quien recibió una amplia aprobacion por sus importantes servicios á favor de la buena causa, i las mas enérgicas recomendaciones para que conservase el entusiasmo en dichos indios, hostilizando á los rebeldes por todos los medios posibles.

Tal era el estado de los negocios en Chile á fines del año 1821. Aunque se habian repetido por desgracia los ejemplos de infidencia de varios gefes realistas, no por eso se abatian los indios ni se debilitaba el vigor de Pico, Senosiain, i de otros varios oficiales que dejaron bien consignada su opinion militar i su decision por sostener los intereses de la monarquía española. Es corto todo elogio que se haga de ellos si se tiende la vista sobre las duras privaciones que sufrieron durante esta época desgraciada, en la que careciendo totalmente de numerario, fue preciso adoptar las costumbres, la comida i el traje de los indios errantes.

Esta sublime constancia, sin esperansa alguna de recibir socorros de afuera, en medio de enemigos crueles i sin poder confiar en las mismas tropas que tenian á sus ordenes, pues que si bien se condujeron en lo general con honor i bizarría, hubo otras sin embargo que consumaron el atróz atentado de pasarse á los rebeldes; este teson varonil, i los heróicos sacrificios, á fuerza de los cuales fueron prolongando honrosamente su defensa, son dignos por cierto de que una pluma mas feliz se dedique á presentarlos al mundo con todo el brillo i esplendor que les se debe de justicia. Pasaremos en el entretanto á dar una idea aunque ligera de las operaciones del gobierno de la capital, i de las discordias intestinas de los rebeldes.

Estos recibieron con los mayores trasportes de alegria al almirante Cochrane, quien por ser fiel á los contratos celebrados con los chilenos, habia reñido amargamente con San Martin, i habia abandonado las costas del Perú en el mes de mayo. El parte pomposo que dió dicho almirante de haber destruido completamente todas las fuerzas marítimas de los realistas, contando como gloriosos trofeos las fragatas la Prueba de 50 cañones, la Esmeralda de 44, la Venganza de 44, la Resolucion de 34, la Sebastiana de 34, los bergantines el Pezuela de 18, el Potrillo de 16, las goletas la Proserpina i el Aranzazu de 14, diez i siete lanchas cañoneras, los buques mercantes el Aguila i la Begoña, arma-

dos en Guayaquil, i otros barcos habilitados para la defensa del Callao: su orgullo por estas victorias, i su complacencia por haber prestado á aquel gobierno tan importantes servicios le hacian esperar que seria prontamente atendida su ardiente solicitud sobre el pago de los atrasos á todos los individuos que habian servido á sus órdenes.

No se engañó el almirante en el buen concepto que en esta parte habia formado de dichos chilenos, pues que fueron con efecto satisfechas todas las atenciones de la marina, á pesar de la vacilacion del primer gefe del Estado don Bernardo O'Higgins, que debió entregar el mando en 28 de enero de 1823 á una junta administrativa, compuesta de los ciudadanos don Agustin Eizaguirre, don José Miguel Infante i don Fernando Irrisarri, con acuerdo general de que esta junta deberia convocar la representacion nacional, i que si pasados los seis meses que se daban de término no habian cesado las desavenencias que afligian á las provincias, seria reemplazada del modo que el pueblo de Santiago considerase mas útil á sus intereses.

Parece que la causa principal del disgusto popular contra O'Higgins, consistió en el terco empeño con que quiso sostener á su ministro de hacienda Rodriguez, contra cuya arbitraria conducta se habian principiado á dar las mas terribles quejas desde principios de octubre. Repetidas veces se le habia pedido la deposicion de dicho ministro, á quien se acusaba de delitos atentatorios á la prosperidad del Estado, de una sorda venalidad, del monopolio de transaciones comerciales, i aun de haberse apropiado ilegalmente los fondos públicos; pero la resistencia de ámbos á los públicos clamores acarreó sucesivamente su ruina. Mientras que todo Chile se hallaba en el estado de mayor incertidumbre i perplegidad á causa de las amenazas alarmadoras que venian de diferentes puntos ocurrió la repentina llegada del general San Martin á Valparaiso, cuyo ruidoso acontecimiento distrajo por algun tiempo la agitacion pública de las discusiones gubernativas.

Este famoso caudillo salió mui pronto para Santiago, én donde permaneció hasta principios de enero; pero viendo que ni su presencia ni sus consejos influian en lo mas mínimo en el ánimo de su antiguo amigo O'Higgins para hacerle variar de opinion; i convencido de que las discordias del pais no podian calmarse sin que fuera satisfecho el deseo general pronunciado de un modo firme i positivo por la exoneracion de Rodríguez, cruzó la cordillera i volvió á su antigua residencia de Mendoza.

Durante estas convulsiones políticas permanecia Cochrane en su hacienda de Quintero, en donde recibió en el mes de diciembre una invitacion del emperador del Brasil para que aceptase el mando de aquella marina, i asegurase con su acreditada bizarría i con el prestigio de su nombre la paz i felicidad de que necesitaba aquel naciente imperio. Como las discordias de Chile continuaban sin apariencia de que pudiera moderarse su violencia, aprovechó Lord Cochrane tan feliz coyuntura para desembarazarse de aquellos compromisos políticos, i salió á principios del año siguiente para servir su nuevo destino i al nuevo Soberano.



CAPITULO XVI.

QUITO: 1822.

Disposiciones gubernativas de Cruz Mourgeon. Planes de los rebeldes para atacar á Quito por Pasto i Cuenca. Retirada de las tropas realistas situadas en este último punto. Demision de Tolrá i nombramiento de Lopez para mandarlas. Enfermedad del nuevo presidente. Infidencia de Villegas i Soroa, capitanes de las fragatas Prueba i Venganza. Muerte de dicho presidente Mourgeon. Aimerich de nuevo en el mando. Descuidos de los realistas. Refuerzos enviados á Pasto. Toma de Pichincha por los insurjentes. Su victoria sobre Lopez. Funesta retirada de la caballería realista i su derrota. Capitulacion de Aimerich, i pérdida del reino. Infracciones de los rebeldes. Victorias de Garcia en el territorio de Pasto. Comunicaciones con Bolivar, i su necesaria rendicion contra la voluntad de los pastusos. Reflexiones sobre estos desgraciados sucesos.

Apenas se hubo sentado el general Mourgeon en la silla de la presidencia de Quito, se vió llamada su atencion en todas direcciones i por diversos é interesantes objetos. Sus primeros cuidados se dirigieron al aumento de su ejército sobre el pie de 700 á 800 hombres que habia llevado en su espedicion, i sobre la fuerza todavia superior en número que halló en el pais. Con el objeto de evitar las quejas que debian resultar de un reclutamiento forzoso, llamó al servicio á todos los esclavos solteros, á los que concedió la libertad

mediante un papel de crédito á sus dueños, que deberia ser abonado por el erario luego que se hubieran reunido fondos para ello.

Ya desde principios de este año se tuvieron exactas noticias de los planes combinados por los insurjentes sobre el reino de Quito. Los de Guayaquil, al mando de Sucre, habian de operar sobre Cuenca en combinacion con las tropas peruanas mandadas por Santa Cruz, en tanto que Bolivar se presentaba sobre Popayán i atacaba las de Pasto. Bolivar fue el primero que corrió desde Venezuela á dar principio á estas operaciones presentándose sobre el rio Juanambú. Se mueven casi al mismo tiempo las tropas de Sucre sin que Mourgeon tratase de ir á buscarlas sino de reconcentrar las suyas, que estaban situadas en dicho punto de Cuenca al mando del coronel Tolrá, á fin de operar en grande i dar un golpe decisivo en las cercanías de la capital.

Los planes del nuevo presidente en retirar sus tropas situadas en el camino de Cuenca, no surtian los mejores efectos: al verse los pueblos libres de su influjo, i contando con la próxima llegada de los rebeldes guayaquileños i peruanos, se declaraban á favor de la independencia, yendo muchos de sus habitantes á ofrecerse á su servicio i á presentarles otros sus caballos, ganados, fondos i toda clase de ausilios. Varios individuos que residian en la capital adoptaron asimismo aquel partido, i fomentaron con su fuga la desconfianza de dicha ciudad i la causa de los invasores.

Cuando ya habia determinado Mourgeon que las mismas tropas que habian evacuado á Cuenca para trasladarse á Alausí, abandonasen este último punto i se replegasen á la capital, recibió de su comandante general, el ya mencionado coronel Tolrá, la renuncia de su mando apoyada en las dificultades de continuar en él á causa de habérsele enconado la herida que habia recibido en la batalla de Boyacá, pero que por algunos fue atribuida á sus desavenencias con dicho general. Nombrando éste en relevo de Tolrá al coronel don Nicolas Lopez, se llevó á efecto dicha retirada hasta

Ríobamba, en cuyo pueblo tuvo un pequeño encuentro con las tropas de Sucre.

El general Mourgeon, que habia caido enfermo al poco tiempo de haber llegado á Quito, se agravó considerablemente cuando supo la felonía de los capitanes Villegas i Soroa, comandantes de las fragatas Prueba i Venganza, con cuyos buques contaba para el apoyo de sus planes sobre Guayaquil. Como ya habia salido de España con esta idea i con las necesarias facultades para disponer de aquella fuerza marítima, luego que supo desde Panamá que se habian dirigido ácia San Blas ó Acapulco sobre la costa de Méjico, se valió de cuantos medios estuvieron á su alcance para comunicarles sus órdenes.

Aunque parece que dichos comandantes se habian dejado ya contaminar con el veneno de la insurreccion, regresaron sin embargo á Panamá cuando ya el general Mourgeon habia salido de aquel istmo que se habia declarado independiente á su consecuencia. Los preliminares de estos dos gefes ácia su traicion fueron los de ajustar un tratado con el gobierno insurjente del citado istmo para no hostilizarse.

Informado Mourgeon del alzamiento de este punto, así como de la llegada de las fragatas, por el comandante de la corbeta *Alejandra*, con quien Villegas i Soroa habian convenido pasar á la costa de Atacames á operar bajo su inmediata direccion, envió desde Quito á los coroneles don José Santa Cruz i don Francisco Gonzalez, para que puestos de acuerdo con el comandante de dicha corbeta, quitasen el mando de los buques á aquellos dos sospechosos gefes i los enviasen á la capital con la debida seguridad; pero éstos que temian el castigo debido á su infidencia encubierta, ó á lo menos á su bien probada inaccion i falta de rectitud i de celo, se dirigieron en su vez al puerto de Guayaquil, arrastrando asimismo á la corbeta Alejandra, haciendo ver á su comandante que su ánimo era el de blo-



quear dicho puerto para segundar las operaciones de los realistas sobre él.

Este fue el momento de descubrir aquellos desleales marinos la bajeza de sus sentimientos: apenas llegaron á la boca del rio ó sea la *Puna*, lejos de dar ejecucion á su ostensible proyecto, entraron en comunicaciones con aquel sedicioso gobierno, i vendieron sus buques envolviendo en este horrible contrato la cesion de la referida corbeta. Este fue un golpe de los mas sensibles para los realistas del Perú i Quito: si los primeros hubieran sido ausiliados por esta fuerza ácia aquel mismo tiempo, habrian sido decisivos los brillantes resultados de la batalla de Ica: si los de Quito hubieran podido contar con estos poderosos ausiliares, se habrian determinado á dar un golpe atrevido á las tropas de Sucre, i llevar sus armas triunfantes hasta la ciudad de Guayaquil.

Se desbarataron, pues, los proyectos de unos i otros; i este tan funesto como vergonzoso suceso hizo una impresion tan terrible en el ánimo del general Mourgeon, que se debió á ella indudablemente la gravedad de su mal, i contribuyó no poco á su prematura muerte, ocurrida en el dia 28 de abril.

Puesto nuevamente Aimerich á la cabeza del gobierno no hizo alteracion alguna en los planes de su antecesor. Lopez se iba retirando ácia la capital, i Sucre ocupando las posiciones que aquel dejaba: los enemigos llegaron en 2 de mayo á Tacunga, en cuyo dia se hallaban ya los españoles situados en el pueblo de Machachi, cubriendo los inaccesibles pasos de *Talupana* i la *Viudita*. Despues de algunos dias de detencion levantaron aquellos el campo, i llegaron el 16 á los valles de Chillo, distante cuatro leguas de la capital, á la que se replegaron todas las tropas realistas en aquella misma noche.

Aunque la colina de Puengasi que dividia ambos partidos contendientes es de dificil acceso, lograron franquearla los in-

surjentes en el dia 20 sin la menor resistencia; i ya al siguiente se hallaron en el llano de Turubamba. Todos creian que en esta posicion iban á fijarse los destinos de Quito. Los coroneles don Francisco i don Vicente Gonzalez, i don Andrés Santa Cruz estaban agregados á dicha division de Lopez, pero sin mando alguno: todos deseaban ardientemente venir á las manos con los rebeldes: todos tres hicieron al general Aimerich proposiciones relativas á este objeto; el segundo en particular pidió con el mayor encarecimiento le fuera concedido el mando de dichas tropas por el tiempo preciso para dar la batalla, pues que su noble ambicion se limitaba á cortar los rápidos vuelos que indebidamente habian tomado los contrarios.

Sus reclamaciones sin embargo no fueron atendidas, i Lopez continuó á la cabeza de aquella fuerza escusando el combate. En el entretanto se iban aproximando las dos divisiones; ambas caminaban paralelamente sin mas distancia que la de una legua ni mas obstáculos que los de la cordillera que se hallaba intermedia. Sucre entra en negociaciones con Aimerich para entretener el tiempo i asegurar mejor el golpe. Mientras que las tropas realistas permanecian en la inaccion, atraviesa el gefe disidente el 22 el llano de Turubamba por retaguardia de Lopez, i se sitúa á su izquierda entre los pueblos de la Magdalena i Chillogallo, apoyado en las alturas dominantes que forman la cuchilla del volcan de Pichincha.

Esta fue tal vez la mejor ocasion para haber acabado con los enemigos: al cruzar éstos un barranco i cuando sus fuerzas estaban divididas en ambas orillas, se presenta Lopez con sus valientes soldados, se dá principio á un vivo tiroteo; pero como ya se iba aproximando la noche, tuvo por mas prudente el comandante realista suspender el fuego i retirarse á sus posiciones.

Parece que la misma confianza de los españoles fue causa de su ruina: hacian tanto alarde de la calidad de sus tropas, aunque su número por una i otra parte sería próximamente de 29 hombres, que al dia siguiente destacaron pa-

en Pasto 200 soldados del batallon de Cataluña con su comandante Salgado i 50 de caballería á las órdenes del coronel German, creyendo que sobre aquel punto iban á dirijirse las tropas de Sucre en vez de atacar á la capital.

Tal vez á esta fatal creencia se debió su falta de actividad i vigilancia, de la que se aprovecharon los insurjentes para levantar el campo en la noche del 23 sin ser advertidos por las grandes guardias que lo acechaban, i para tomar posicion de la citada altura de Pichincha, en la que aparecieron á las ocho de la mañana del 24. La distancia que mediaba desde el citado campo á la nueva posicion á causa del gran rodeo que se debia hacer para llegar á ella, sería de tres á cuatro leguas de asperísimo camino, por cuya razon i por haberse practicado aquella marcha de noche, debe presumirse que se emplearon mas de seis horas: los realistas tenian dicha altura á mui poca distancia; de cuyos datos resulta que á pesar de haberse dejado burlar en aquel movimiento nocturno, si á los primeros avisos que tuvo de él el comandante Lopez se hubiera adelantado rápidamente sin haber hecho alto á la entrada de la capital i sin haberse entretenido en mandar desfilar sus tropas frente al palacio del general; si se hubiera, pues, ahorrado el tiempo, aunque corto, perdido en una i otra operacion, habria podido llegar á la citada cresta del Pichincha antes que los rebeldes, en cuyo caso era indudable la victoria por su parte.

Sensible es, pues, el primer descuido de que se ha hecho mencion, i todavía mas el que no se hubiera reparado, como parece se habria podido sin dificultad, pues que no obstante los momentos tan preciosos que dejaron de aprovecharse, cuando Lopez determinó atacar aquella formidable posicion tan solo dos ó tres compañías de la division de Sucre habian llegado á ocuparla, i las demas se hallaban todavía en marcha.

Una inesplicable fatalidad parece que presidió á los consejos de los gobernantes en este dia. El ataque de frente no podia ofrecer esperanza alguna de la victoria, los soldados de Lopez se arrojaron al enemigo como los mas aguerridos del

mando; pero al llegar al término de aquella empinada cuesta se hallaban ya sin aliento, i los enemigos pudieron con mui poco trabajo rechazarlos poniéndoles 500 hombres fuera de combate, aunque perdiendo ellos mismos unos 400 entre muertos i heridos, que sucumbieron al estraordinario arrojo de aquellas valientes tropas á pesar de su falsa posicion.

Siendo los realistas dueños de la fortaleza del Panecillo, que domina la ciudad i la misma altura de Pichincha, no se concibe cómo se cometió la imprudencia de atacar de frente esta posicion cuando por la espalda podia contarse con mayores ventajas. Tal vez se apresuraron á dar este paso Aimerich i Lopez en la confianza de que no habiendo llegado todavía sino una pequeña parte de las fuerzas rebeldes podrian apoderarse de dicho punto sin embargo de lo desfavorable del terreno.

Este fue el funesto error que acarreó la ruina de aquellos paises. Viendo Aimerich retirarse en dispersion á la ciudad las tropas empleadas en la batalla, mandó al coronel Tolrá se situase en el Egido con toda la caballería que pasaba de 300 hombres con el objeto de cubrir la retirada á Pasto, que aquel gefe pensaba hacer con todas las fuerzas que pudiera reunir despues de dicha derrota; pero fuese que Tolrá creyese irremediable la ruina de Quito i consiguientemente la de dicha caballería sino la ponia inmediatamente en marcha, ó bien movido por alguna falsa é intempestiva alarma, desapareció del punto indicado sin recibir órdenes ulteriores del presidente.

Vista por los insurjentes la fuga de esta columna se dirigió sobre ella el comandante Cestari, que se hallaba situado entre Quito i Pasto con su malísimamente montada caballería la que precedida sin embargo por el prestigio de la victoria bastó para poner en la mas completa dispersion á dichos soldados de Tolrá, de los que mui pocos llegaron á Pasto con su comandante principal. Los coroneles Santa Cruz i Vizcarra, i algunos subalternos lograron penetrar al Marañon por las Misiones de indios, superando los

terribles obstáculos que ofrece el terreno; i atravesando los dominios del Brasil se embarcaron para España.

Completamente desanimados los realistas de Quito con la retirada de la caballería, i estrechados al mismo tiempo para que rindieran las armas, ajustaron una honrosa capitulacion, por la que cayeron en poder de los insurjentes el fuerte del Panecillo que se hallaba bien defendido i con bastantes provisiones, 1100 prisioneros de tropa, 160 oficiales, 14 piezas de artillería, 1700 fusiles i porcion considerable de fornituras, cornetas, banderas, cajas de guerra i cuanto poseía el ejército español. Fue, pues, el dia 25 de mayo el en que se sepultó el dominio del Rei sobre el reino de Quito, i precisamente á los 280 años cabales en que el pabellon de Castilla fue tremolado en él por la primera vez.

En aquel mismo dia empezaron ya los vencedores á quebrantar uno de los artículos mas importantes de la capitulacion: era éste el de conceder la salida para los dominios españoles á todos los oficiales i soldados que lo deseasen sin que pudiera exigirse de ellos mas que el juramento de no tomar las armas contra el Perú i Colombia hasta que no hubieran sido cangeados. A pesar pues de esta solemne garantía se les obligó á tomar partido con terribles amenazas; unos 200 que se resistieron á ellas fueron encerrados en un depósito de hambre i miseria; i los oficiales tuvieron por alojamiento austerísimos encierros.

La posicion de las tropas de Pasto á las órdenes de don Basilio García era sumamente favorable. Aunque Bolivar habia logrado cruzar á vivo fuego el Juanambú por el Tablon de Gomez, mas arriba de las avenidas fortificadas por el ingeniero Atero en 1815 i rectificadas por el Estado mayor de Mourgeon, en el que sobresalía el teniente coronel don Francisco Alameda, habian sido contenidos victoriosamente sus impulsos revolucionarios en la accion de *Cariaco*, sostenida en 7 de abril. Las fuerzas de los insurjentes se componian en su totalidad de 28 hombres; i aunque su caballería no tomó parte en esta refriega por no permitirlo el terreno,

ni tampoco un cuerpo de su infantería por hallarse algo separado, eran sin embargo superiores en número á los realistas, de los que tan solo habia 450 hombres disponibles de los batallones de Aragon i Cataluña mezclados con algunas compañías de Pasto.

Habiendo salido el enemigo de la hacienda de Bomboná se formó en el llano que hace frente á sus corrales, i emprendió el ataque á las dos de la tarde. Una de sus columnas con la fuerza de 600 hombres se dirigió por la loma de la izquierda, en cuya cima estaba situado el teniente coronel don Ramon Castilla con cuatro compañías; la otra se dirigió contra las fuerzas principales que mandaba don Basilio Garcia, por quien fue recibida con tanto denuedo que se vió precisada á retroceder dejando el campo cubierto de cadáveres. La primera columna de que se ha hecho mencion rompió un vivo fuego que fue contestado con la mayor viveza, habiéndose disputado por ambas partes el dominio del terreno con el mayor encarnizamiento. La oscuridad sin embargo separó á los combatientes despues de haber sufrido un horroroso descalabro, especialmente los rebeldes, cuya pérdida no bajó de 600 hombres entre muertos, heridos i prisioneros.

Estos funestos desastres pusieron á Bolivar en la necesidad de verificar su retirada hasta el *Peñol*, perseguido por dos compañias de Aragon i tres de Pasto que habian salido desde Veracruz. Bolivar se habia posesionado el dia 20 de la loma del Granadillo; i como ya á este tiempo hubiera llegado el coronel Garcia con la idea de probar de nuevo la suerte de las armas, tomó las disposiciones mas oportunas para asegurar su buen resultado. Enviadas algunas guerrillas para provocar el combate salieron los rebeldes en persecucion de ellas, dirigiéndose por la izquierda de Garcia, cuyo gefe determinó hacer un movimiento retrógrado á fin de llegar á la union del camino para Genoi antes que el enemigo lo hubiera ocupado. Al ver Bolivar este movimiento detuvo el suyo, i volvió á ocupar los puntos anteriores, desde los cuales

pasó el dia siguiente á la otra parte de la quebrada de Molinoyaco.

Ya desde la accion de Cariaco, se habia entablado una correspondencia activa entre Bolivar i Garcia: ambos gefes se temian; pero ambos hacian alarde de sus fuerzas i recursos. Esta estudiada política fue mui favorable al segundo, el cual habiendo quedado sumamente débil despues de la victoria deseaba que el primero se retirase i le concediese alguna tregua para reorganizar su desbaratada division i para reponerse de sus fatigas.

Despues de haber permanecido algunos dias el citado Bolivar en la indicada posicion se retiró al pueblo del Trapiche en 11 de mayo; i como á los pocos dias hubiera sido reforzado con tropas del reino escribió á Garcia en 23 del mismo mes, intimándole la rendicion si queria evitar los horribles estragos de la guerra, en cuyo caso derramaría sobre él toda su generosidad, concediéndole cuantas condiciones honoríficas fueran conciliables con el objeto de su empresa.

Se hallaba, pues, García en la mas dura perplegidad sin saber el partido que podria adoptar en tan críticas circunstancias, cuando le fueron comunicadas las noticias desastrosas de la batalla de Pichincha i de la capitulacion del presidente. Los indomables pastusos no variaron de opinion por tan duros contrastes, i se hallaban todos resueltos á morir con las armas en la mano antes que rendirlas á su implacable enemigo: la posicion de éste en medio de sus bravatas era bastante crítica i penosa; le faltaban los víveres i no podia enviar partidas en busca de ellos porque dichos valientes pastusos tenian ocupadas todas las avenidas, i con su acertada punteria destruian á cuantos se atrevian á salir de su recinto.

Aunque todo estaba perdido para las armas del Rei, esperaba todavia aquel puñado de valientes variar el curso á la adversa fortuna luego que hubiera completado el esterminio de Bolivar que parecia mui probable; mas su comandante general don Basilio Garcia consideró las cosas bajo un

punto de vista mui diferente; i se resolvió por lo tanto á rendir su espada á Bolivar, de quien esperaba i con efecto obtuvo una capitulacion mucho mas ventajosa que la que Sucre le ofrecia, i que habia sido concedida al general Aimerich.

Todas las personas é intereses aun de los mas indómitos pastusos fueron garantidas por la mas solemne promesa del titulado libertador de Colombia, quien engreido hasta el último grado con este nuevo timbre agregado á su brillante carrera revolucionaria, pasó rápidamente á Quito, i en seguida á Guayaquil, en cuya ciudad tuvo una entrevista con San Martin, de la que se ha hablado en el capítulo del Perú, é incorporó á su república dicha ciudad, que estaba dividida en opiniones, deseando unos establecer en ella un gobierno independiente de todo influjo, otros formar parte del Perú, i los menos depender de Colombia. La columna de Salgado i German, que habia salido en auxilio de Garcia dos dias antes de rendirse Quito, recibió tan infausta noticia cuando se hallaba en la mitad del camino para Pasto, con cuyo motivo hizo alto i se acogió á la capitulacion de la capital, en la que habia sido comprendida.

Así, pues, cesó la autoridad real en todo el reino de Quito, al parecer en el momento en que habia menos motivos para esperar este terrible desenlace. Aunque este pais habia sido atacado desde principios del presente año por las dos estremidades de Norte i Sur, tenia sin embargo todos los elementos necesarios para defenderse. Bolivar, que era el enemigo mas formidable, habia sido batido por los pastusos, i su influencia era poco temible; las tropas reunidas de Sucre i Santa Cruz por la parte de Guayaquil i Piura eran colecticias en su mayor parte, carecian de instruccion i disciplina, i de ningun modo podian competir con las realistas, tan amaestradas en la guerra.

Fue al parecer un error del general Mourgeon el haberlas reconcentrado abandonando paises que podian ser defendidos; fue una fatalidad que el coronel Tolrá no las hubie-

ra mandado; fue una falta la de no haber empeñado el coronel Lopes una accion formal en el llano de Turubamba ó sobre el pueblo de Chillogallo en los dias 21, 22 i 23 de mayo; fue un inescusable descuido el haberse dejado tomar por sorpresa la altura de Pichincha; fue una temeridad la de haber atacado al enemigo con tanta desventaja en el terreno: fue reprensible la precipitada fuga de la caballería; fue finalmente dolorosa hasta el último estremo esta inesperada capitulacion.

Estamos mui distantes de atribuir á los gefes, oficiales i soldados falta alguna que proceda de deslealtad, cobardia ó mala intencion: sus errores nacieron de equivocacion de cálculo i de otra porcion de circunstancias á cual de ellas mas desgraciada que produgeron igual resultado, que fue la pérdida del reino, cuando parece que ni los destinos la habian decretado, ni la fuerza de la opinion ni de los sucesos la habian preparado.

No deberá estrañarse que nos hayamos detenido en hacer estas reflexiones críticas con mas estension que en otros puntos. No es, pues, con el objeto de acriminar á los interesados en estas transacciones á los que prestamos una respetuosa deferencia en medio de sus reveses, i sí el hacer ver la funesta trascendencia que tuvieron estos contrastes. Si el reino de Quito no se hubiera perdido, tal vez tremolaría aun al presente el pendon de Castilla sobre todo el vireinato del Perú. Supo éste resistir á los embates de todos los revolucionarios del mismo Perú, Chile i Buenos-Aires; pero sucumbió á las fuerzas que Bolivar sacó en gran parte de este reino, incorporando voluntaria ó forzadamente las mismas de los realistas i reclutando otras con igual violencia.

Fue Quito finalmente el paso de los vencedores de Boyacá para destruir en Ayacucho los fieros leones de Castilla.

CAPITULO XVII.

CARACAS. 1822.

Desgracias de la provincia de Coro. Nombramiento de Morales para mandarla. Progresos de este gefe. Batalla de Dabajuro. Espedicion sobre Maracaibo al mando del teniente coronel Morillo. Su malogro. Retirada de Morales á Puerto Cabello á recibir el mando superior de las manos de Latorre. Espedicion del mismo sobre Valencia. Su pronto regreso á la plaza. Espedicion sobre Maracaibo. Desembarco en Cojoro. *Ataque de la línea de Garabuya. Combate de* Sinamaica. *Otros dos en las orillas del rio Sucui. Muerte de Garcia. Batalla de* Salina Rica. *Entrada de Morales en Maracaibo. Sucesivo apresamiento de varios corsarios. Sumision gustosa del pais á las tropas del Rei. Derrota de los insurjentes cerca de la línea de Garabuya. Muerte del coronel Iturbe. Acciones importantes de* Sabána Redonda, *i de* Sabána Larga. *Movimientos de Urdaneta en ausilio de Clemente. Entrada de Morales en Trujillo. Brillante estado de los negocios á fines de este año. Estraordinaria opinion adquirida por dicho Morales en este teatro. Reflexiones críticas.*

En medio de los reveses que acompañaron en las provincias de Venezuela á las armas del Rei en el año anterior se concibieron ácia su conclusion algunas esperanzas de hacer pagar caro á los insurjentes el orgullo de sus victorias.

Habia quedado completamente destruida la columna de Gomez de 1600 hombres; toda la provincia de Coro se habia pronunciado á favor de la causa española; de todas partes concurrian sus fieles habitantes á alistarse bajo las banderas del Rei, i parecia que este punto habia de formar la base de una gloriosa i decisiva campaña, por la que volviesen los soldados de Castilla á recobrar el terreno perdido.

Mas la pronta retirada del general Latorre, para la plaza de Puerto Cabello, sin haber dado antes la mas acertada direccion é impulso á aquellos elementos, obró rápidamente un cambio funesto. Enterado dicho Latorre, al poco tiempo de haber llegado á Puerto Cabello, del mal aspecto que presentaban los negocios por aquella parte, dió la orden al general Morales de pasar á tomar el mando de dichas tropas, i de desplegar su acostumbrado vigor i firmeza. Aunque este acreditado gefe se puso inmediatamente en marcha en desempeño de su encargo, no pudo remediar sino en parte las desgracias ocurridas á aquellas tropas, pues que señaladamente el cuerpo estacionado en San Miguel del Tocuyo se hallaba ya en el último estado de miseria i abatimiento.

Desplegando Morales sin embargo todos los recursos de su ingenio i energía, organizó mui pronto nuevas tropas sobre la base de las que ya existian, batió al general insurjente Piñango, penetró hasta los puertos de Alta-Gracia en las orillas de la laguna de Maracaibo; i estaba ya tomando las mas activas disposiciones para apoderarse de la ciudad del mismo nombre cuando supo que el nuevo director de la guerra Cárlos Soublette marchaba desde Caracas para la citada provincia de Coro con mas de 2000 hombres. Esta inesperada ocurrencia le hizo variar sus planes; i conociendo la necesidad de salirle prontamente al encuentro para suplir con la rapidez de sus maniobras la diferencia numérica de sus fuerzas, así como para impedir el acrecentamiento de las de su antagonista, se dirigió contra él con 1500 hombres i 2 cañones.

Por esforzado que fuese Morales, no se reconocia inferior dicho Soublette bajo ningun aspecto, ni escusó el combate.

Travóse éste el 7 de junio en el pueblo de Dabajuro : ambas partes pelearon con la mayor obstinacion i furor; pero vencieron las armas españolas ; los rebeldes fueron completamente derrotados, i su orgulloso caudillo sufrió en esta sangrienta batalla una de las mayores humillaciones de su carrera revolucionaria. El campo se vió mui pronto sembrado de cadáveres ; algunos centenares de prisioneros, i entre ellos el general Piñango, quedaron atados al carro del vencedor; 300 fusiles, 10 cajas de guerra, 3 cornetas i una gran porcion de equipages concurrieron á ilustrar aquel triunfo.

Fijo siempre en su idea de reconquistar la provincia de Maracaibo, destinó para esta operacion 900 hombres á las órdenes del teniente coronel don Lorenzo Morillo, quien debería hacer el desembarco con 700 á sotavento de la plaza, mientras que un valiente capitan, natural del mismo Maracaibo, verificaba el suyo á barlovento. Ambas columnas desempeñaron con felicidad el principio de su comision, pero aflojando la primera, fue cargada la segunda por todas las fuerzas de la plaza. Aunque solos i abandonados á su suerte estos 200 valientes se defendieron con el mas heróico empeño: el batallon insurjente, titulado de Tiradores, sufrió horribles quebrantos; su comandante el habanero Heras, recien llegado de España, en donde habia servido con bastante aceptacion, fue contado en el número de los muertos. Este triunfo sin embargo costó mui caro á los realistas por la irreparable pérdida del esforzado capitan que mandaba aquella fuerza. Si Morillo hubiera concurrido á ausiliarle con la suya, habria sido decisiva la victoria, i la plaza habria caido en su poder; mas dirigiéndose en su vez ácia *Perijá*, rindió las armas mediante una honrosa capitulacion, por la que debian los enemigos trasladar por su cuenta aquellas tropas á Santiago de Cuba.

Verificado prontamente el embarque, i principiada su navegacion, cayó Morillo en el agua la noche antes de salir de la laguna sin que haya podido averiguarse si fue casual esta desgracia, ó producida por la villanía de sus contrarios.

Fue ácia este tiempo cuando el general Latorre recibió el nombramiento de capitan general de la isla de Puerto-Rico i la órden de trasladarse á ella delegando el mando del ejército de Venezuela al general Morales. Era de suma importancia pasar á Puerto Cabello á recibir dicho mando de las manos del general Latorre; i aunque sabia Morales que se dirigian sobre la misma provincia de Coro nuevos cuerpos enemigos mandados por Soublette, i por Lino Clemente, oficial que habia sido de la marina real, determinó sin embargo llevar á efecto su viage, dejando algunas guerrillas para que hostilizasen á los invasores hasta que despues de haber arreglado el gobierno á su satisfaccion, volviera rápidamente con mayores fuerzas á dar golpes brillantes i decisivos, ó para combinar movimientos estratégicos que distinguiesen el principio de su nueva carrera, i aumentasen el prestigio de su autoridad.

De esta última clase fue la espedicion que hizo á principios de agosto con toda la fuerza disponible sobre la ciudad de Valencia, en cuya llanura estaban reunidas las tropas de Paez. Situado Morales á la falda de las montañas que acababa de cruzar, limitó sus operaciones á algunas escaramuzas de sus guerrillas burlando los ardides del citado Paez, quien confiado en su numerosa i brillante caballería trataba de provocarle para que dejase sus posiciones i descendiese á la referida llanura.

Como desde el momento en que apareció Morales por este punto creyesen los rebeldes que aquel habia de ser el teatro de la campaña presente se hizo venir á Soublette con tanta precipitacion, que perdió en su forzada marcha una parte de su columna. Reunidos ya ambos caudillos, el 18 se disponian á principiar sus operaciones cuando el general Morales, que no habia tratado sino de amagar el ataque por aquella parte para dar el golpe por otra, se retiró en la misma noche ácia Puerto Cabello, en cuya plaza entró al dia siguiente.

Tenia preparados con la mayor reserva los buques necesarios para embarcar sus tropas, i aunque solo pudo llevar víveres para seis dias, se hizo á la vela el 24 con 1200 hom-

bres, sin que nadie supiese el objeto de su espedicion. Era éste el de dirigirse á Maracaibo; i para tener mas oculto su movimiento desembarcó en los arenales de *Cojoro* en medio de los indios *Guajiros* que habitan el pais situado entre la citada provincia de Maracaibo i la del rio Hacha. Despidiendo sus buques i trasportes con órdenes de que cruzasen sobre la boca de la Laguna, i de que aparentasen algun desembarco, emprendió la marcha despues de haber distribuido á cada soldado tres puñados de maiz i una galleta, que eran las únicas provisiones que le habian quedado.

Despues de haber empleado tres dias en atravesar aquellos abrasados arenales sufriendo todos los rigores del hambre, i especialmente de la sed, por no hallarse en todo el tránsito mas que dos pozos de mala agua, se descubrió la línea fortificada de *Garabuya*, que principia á la orilla del mar i termina en un bosque. Se hallaba ésta defendida por siete casas fuertes, situadas de trecho en trecho con sus correspondientes estacadas: éste fue el primer obstáculo que hubieron de superar los valientes realistas para dar principio á aquella penosa campaña.

Conociendo Morales la necesidad de no perder tan preciosos momentos dió la señal de ataque, i arrojándose sus soldados sobre dichas fortificaciones con incomparable denuedo, se apoderaron de ellas poniendo en fuga á sus defensores, i apoderándose de 21 piezas de dos á cuatro que aquellos dejaron clavadas, así como de algunos fusiles i de una gran porcion de ganado.

Era preciso seguir la marcha sin dilacion para que al favor de la sorpresa fuera menor la resistencia del enemigo; se emprendió con efecto en la misma tarde; i despues de haber descansado una parte de la noche en medio del campo se rompió de nuevo al amanecer en direccion de la villa de Sinamaica, primera poblacion de la provincia de Maracaibo por aquella parte. El enemigo se empeñó en disputar su dominio, pero infructuosamente. Recibiendo en este segundo combate un duro escarmiento de su obstinacion, quedó res-



tablecido el gobierno de S. M., i acatado sumisamente por todos los vecinos que regresaron á sus casas, confiados en la proteccion i en el dulce trato de las tropas realistas.

Habiendo levantado el campo al dia siguiente el general Morales llegó á las tres horas de marcha al caudaloso rio *Sucuí*, que hubieron de cruzar aquellas tropas con el agua á los pechos en la estension de un cuarto de legua. Aunque solos 500 hombres habian podido acampar á la otra parte del rio, fueron sin embargo suficientes para defenderse de dos empeñados choques que travaron con ellos los insurjentes á las doce de aquella noche i á las dos de la madrugada, así como para adqnirir en ambos un triunfo glorioso, especialmente en el segundo, que fue sumamente funesto al enemigo por el número de muertos i heridos que dejaron en el campo de batalla, así como por el de fusiles, municiones, cajas de guerra i otros pertrechos que se encontraron. Aunque la pérdida de los realistas fue insignificante por su número, no así por la del benemérito coronel don Tomás García, segundo comandante de las tropas, que fue víctima de su decision i bizarría.

Reunido en la misma mañana todo el ejército realista, se adelantó ácia *Salina Rica*, i acampó á tres leguas de este punto, en el que se hallaban situadas las fuerzas rebeldes de la provincia en número de 1200 infantes i 60 caballos al mando de Lino Clemente. Puesto de nuevo en marcha en la madrugada del dia siguiente se halló á las diez de la misma mañana frente á dicha division enemiga. El éxito de esta batalla no fue dudoso: atacado Clemente por cuatro columnas en que se dividieron las tropas realistas fue completamente destrozado. Seiscientos cincuenta i tres prisioneros, entre ellos trece oficiales, 762 fusiles, 17 cajas de guerra, 9 cornetas, muchas fornituras i cajas de municiones, algunos caballos, i el campo cubierto de rebeldes muertos fueron los trofeos de tan brillante jornada.

Ya desde este momento quedaron superados todos los obstáculos, i pudieron en su consecuencia entrar las tropas de Mo-

ráles sin tropiezo en la capital de Maracaibo en 8 de setiembre entre las mas ardientes aclamaciones i testimonios de público regocijo. Para que fuera completa la pacificacion era preciso limpiar la laguna de los corsarios que la infestaban: el mismo Morales quiso salir en persona á dar las últimas tintas á su cuadro victorioso. Embarcado con dos batallones en los buques de guerra que habian concurrido al mismo tiempo á dicha laguna, apresó en pocos dias 16 embarcaciones mayores, ocupó la ciudad de Gibraltar i arrastró tras sí todos los pueblos de aquellas orillas, i aun muchos del interior, habiendo sido uno de ellos la villa de San Cárlos de Sulia, en la que perecieron á manos de sus habitantes el gobernador don Francisco Delgado, i otros principales corifeos revolucionarios que se habian refugiado en ella.

Pocas campañas se han visto en América tan penosas en su ejecucion, i de resultados tan rápidos i brillantes. La facilidad con que fue restablecida la autoridad real en dicha provincia de Maracaibo manifiesta claramente la predisposicion del pais á ser regido por el gobierno de la metrópoli, porque no de otro modo era posible que un puñado de valientes, por grandes que fueran sus esfuerzos, hubiese podido adquirir un triunfo tan decisivo. Temieron los insurjentes el encumbrado vuelo que habian tomado las armas del Rei, i conocieron que era llegado el tiempo de desplegar los últimos recursos de su ingenio i energía para cortar los progresos que el influjo español hacia en los pueblos.

Formando con asombrosa prontitud una division de 1200 infantes i 160 caballos á las órdenes del desleal coronel español don Jose Sardá i del frances Garsen de igual graduacion se adelantaron desde Rio Hacha hasta Sinamaica en la direccion de Maracaibo i mui cerca de las líneas de Garabuya, en donde hallaron un cuerpo de realistas resuelto á defenderlo á toda costa. Garsen reconoció desde el principio lo árduo de aquella empresa i se empeñó en contrariarla; mas el fogoso Sardá, que aspiraba á adquirir un nombre glorioso en los anales revolucionarios, desechó aquel consejo, i se an-

rejó sobre los realistas con el mas ciego furor. Aunque al primer impulso de su impetuoso choque sucumbieron varios de estos no perdieron sin embargo su formacion; i, mientras que sostenian con el mas decidido empeño los repetidos ataques del pérfido Sardá se vió éste cercado de repente con todos sus soldados por otra columna que él no habia visto i que dirigió en persona el mismo Morales. Viéndose cortados i sin esperanza de salvarse, se rindieron á discrecion en número de 700 hombres, los que entraron en Maracaibo ilustrando el triunfo del general en gefe, escepto Sardá que logró fugarse, i Garsen que por haber sido herido á los primeros tiros se halló algo distante del campo en el que se dió la accion decisiva, i de que murió á poco tiempo en Santa Marta.

Formados dichos prisioneros por Morales, i arengándoles con una insinuante i popular elocuencia, se incorporaron á sus filas casi todos, i los pocos que dejaron de adherirse á su partido, que en su mayor parte eran oficiales, fueron remitidos generosamente i sin cange á Rio Hacha, para donde fueron saliendo con igual seguridad i franqueza.

Esta brillante victoria no dejó de ser costosa á las armas del Rei: 238 individuos fueron puestos fuera de combate i entre ellos el gefe de estado mayor coronel don Leon Iturbe, uno de los jóvenes mas esforzados i apreciables de Venezuela su patria, i que tantos servicios habia prestado con su ingenio i con su espada á la Monarquía española. La muerte de este digno gefe escitó un sentimiento general en el ejército, i amargó el estraordinario placer de que estaba disfrutando al considerar el resultado tan feliz de la campaña.

Ya no habia, pues, enemigos que combatiren la provincia de Maracaibo; mas no era asi en la de Coro confinante con la misma laguna. El presbítero don Manuel Torreyes, que tanto se habia distinguido en la defensa de los reales derechos en el primer periodo de la revolucion, cuya causa habia abandonado por resentimiento de que no hubieran sido premiados sus servicios, habia penetrado con una division por la citada

provincia de Coro; i aunque su principal residencia era una fuerte posicion militar, llamada *Sábana redonda*, varias partidas sin embargo, que dependian de la misma, cruzaban en todas direcciones, i causaban considerables quebrantos.

Conociendo el general Morales la necesidad de destruir este foco de la rebelion, se hizo á la vela desde Maracaibo en 24 de noviembre, i desembarcó al dia siguiente en el *Ancón*, desde donde con una rápida marcha i batiendo algunas partidas que encontró en su tránsito llegó á atacar el dia 6 de diciembre la citada posicion. Aunque el enemigo se hallaba resuelto á defenderla con denodado espíritu, cedió sin embargo al indomable esfuerzo de los realistas, quienes despues de haber puesto fuera de combate 49 insurjentes, cogido 193 prisioneros, i apoderadose de 4 cañones, de 200 fusiles, de la bandera del batallon de Orinoco, de 42 cajones de municiones i de otros artículos, regresaron á Maracaibo el 17, llenos de orgullo i confianza por esta nueva victoria.

Habiendo el ya mencionado Clemente reunido á este tiempo en *Betijoque* 800 hombres, inclusas las reliquias de su derrotada columna, ofreció al general en gefe realista otra favorable ocasion de desplegar sus recursos guerreros: embarcado con la mayor parte de sus fuerzas, llegó el 26 á *Cheregüere* i persiguiendo vivamente á los enemigos hasta *Sabana larga*, acabó de derrotarlos en este punto, tomándoles una gran cantidad de armas, municiones i otros efectos.

No bien supo dicho Morales, en el acto de ocupar la ciudad de Trujillo, que el general insurjente Rafael Urdaneta iba caminando á marchas forzadas desde Cúcuta con 800 hombres en ausilio de Clemente, se resolvió á salirle al encuentro; pero noticioso este caudillo de la derrota de su colega hizo alto en la ciudad de la *Grita*. Como este movimiento pertenece ya al año 1823 reservaremos su relacion para el capítulo al que corresponde.

No podia ser mas brillante i halagüeño el aspecto de los negocios á fines del presente. Los enemigos habian sido batidos por las bizarras tropas de Morales cuantas veces habian



tenido la osadía de presentarse al frente. La opinion habia hecho rápidos progresos á favor de la causa real. Los mismos disidentes estaban llenos de asombro i de confusion al ver empeñada la fortuna en contrariar sus atrevidos impulsos. Se llegó á creer generalmente que Morales por sí solo era capaz de derrocar el gobierno ilegitimo en todas las provincias de Venezuela. Los buenos realistas se entregaban á las mas dulces esperanzas; el nombre del citado general era pronunciado con admiracion i respeto; de todas partes llovian las congratulaciones i elogios á este génio estraordinario.

Se hace por lo tanto incomprensible como á los pocos meses hubiera cambiado de tal modo la escena política que los españoles se viesen en la necesidad de evacuar hasta su último recinto, que lo era la plaza de Puerto Cabello. Se pierde la imaginacion en hacer cálculos sobre la fatalidad que ha guiado á nuestros gefes de América en ciertos momentos; ¡i á quien no ha de causar admiracion el ver que aquellos dominios se han perdido precisamente en los instantes en que habia mas fundadas esperanzas de poderlos conservar!

La América, segun nuestra opinion, no debió sucumbir al furor revolucionario si en el partido realista hubiera habido pulso i firmeza, buena direccion, perfecta armonia i general concierto entre sus individuos. Nos reservamos dar mayores esplicaciones sobre esta interesante cuestion en los capítulos sucesivos.



CAPITULO XVIII.

MÉJICO: 1822,

I TERMINACION DE SU HISTORIA.

Planes de Iturbide para coronarse emperador. Empeñados debates para desarmar á las tropas españolas capituladas. Decretada la salida de éstas para embarcarse en Veracruz. Marcha de la primera division ácia aquel destino con el general Liñan. Reaccion intentada por la segunda al mando del coronel Buceli i otros gefes. Su rendicion, desarme, i embarco. Proclamacion de Iturbide. Primeros movimientos de los republicanos contra el quimérico emperador. Triunfo de estos. Abdicacion de Iturbide i su espatriacion. Proyecto de sus partidarios para reponerlo en el trono. Sublevacion de la provincia de Guadalajara. Malogro de las primeras tropas enviadas por los centralistas para sujetarla. Su triunfo en la segunda espedicion. Llegada de Iturbide á Liorna. Su salida para Londres. Su espedicion para Méjico, i su muerte. Momentánea consolidacion de la república. Rendicion del castillo de San Juan de Ulua. Horribles disensiones. Alborotos del mes de diciembre de 1828. Espedicion del brigadier Barradas en 1829. Reflexiones políticas.

El ambicioso Iturbide, que segun algunos habia ya empezado á lisonjearse con la idea de ceñir la corona imperial desde Etzcapuzalco, i segun otros desde Puebla, en donde los inciensos i adoraciones de aquellos habitantes le habian endio-

sado, necesitaba de algun golpe de intriga que hiciera ver al pueblo mejicano la necesidad de tener vinculada en su mano la autoridad suprema para la seguridad del Estado. Discurrió, pues, que el espediente mas plausible, i que habia de ganarle mas partidarios de sus desaforados proyectos, habia de ser la insurreccion de las tropas europeas situadas en los puntos de que se ha hecho mencion en el capítulo del año anterior; pero como aun en medio de la desgracia obedecian aquellas á unos gefes prudentes i juiciosos que tenian el mayor empeño en mantenerlas bajo el mas riguroso orden de disciplina, no habia el menor asomo de que se las pudiera sublevar, á menos que no se las hiciera la tropelía de privarlas de aquellas armas que habian sabido conservar con honor al favor de sus solemnes capitulaciones.

Este fue, pues, el ardid al que recurrió Iturbide para introducir en aquel campo los elementos del sobresalto, del alarma i de la subversion. Se dirigió sin rodeos al general Liñan con fecha de 10 de enero, dándole parte de las disposiciones que tenia dadas para que salieran de Méjico sus tropas imperiales á desarmar las europeas con orden de pasarlas á cuchillo si hacian la menor resistencia, alegando que no de otro modo podia cortarse la supuesta conspiracion, de cuyos progresos daba á entender estaba positivamente informado.

Indignado Liñan por este rasgo de malignidad i perfidia, i bien persuadido de que las intenciones de Iturbide no eran otras sino las de subir al trono imperial por encima de las palpitantes entrañas i humeantes cadáveres de unos soldados que formaban todo el objeto de su cuidado i predileccion, pasó á avistarse con el citado Iturbide, i logró con su entereza i persuasion revocar aquel decreto horrible de proscripcion i deshonra; mas no bien habia llegado á Toluca, cuando recibió segunda intimacion insistiendo Iturbide en la necesidad de desarmar dichas tropas de grado ó por fuerza; i para darle una prueba de que no eran ilusorias sus amenazas, hizo caminar para Lerma, dos leguas de Toluca, una de sus

divisiones con el objeto de dar ejecucion á tamaña violencia.

La exaltacion de los realistas subió al último grado con la noticia de tan bárbaro ultrage; varias fueron las opiniones de los gefes i oficiales para evitar tan furioso golpe. El coronel don Manuel Martinez, comandante del Canton de Toluca, reunió junta de oficiales, en la que manifestó Buceli la necesidad i conveniencia de emprender la marcha en aquella misma noche para Veracruz; i aunque su dictámen fue aplaudido por algunos, los mas se opusieron á él manifestando razonadamente la imposibilidad de recorrer 100 leguas de camino sin ninguna clase de ausilios, llevando en su persecucion un enemigo tan osado i tan superior en número i en recursos de toda especie. Despues de una acalorada discusion prevaleció el dictámen de que pasára el coronel Rafols á verse en Lerma con los gefes mejicanos, i á asegurarles de su resolucion de perecer todos con las armas en la mano antes que sufrir la humillacion de rendirlas.

Viendo el general Liñan que se aproximaban el dia 12 los trigarantes sobre Toluca, convocó otra junta de gefes para tratar de la defensa; todos estuvieron acordes al principio, en que se llevase á efecto tan honrosa disposicion; pero al volver Liñan á dicha junta despues de una corta ausencia, necesaria para dar órdenes á los comandantes de los cuerpos que estaban al rededor de Méjico, notó ya alguna frialdad de parte de los mismos que habian emitido con mas ardor su opinion de no sufrir la mengua de que estaban amenazados La afliccion i el desconsuelo rebosaron todas las medidas de su grande alma al recibir una representacion verbal del cuerpo de sargentos del regimiento de Ordenes, en la que manifestaba la abierta oposicion de la tropa á corresponder á las duras pruebas que iban á exigirse de su constancia i decision.

Viéndose dicho Liñan en tan apuradas circunstancias, no le quedó mas recurso que el de salir precipitadamente para Méjico, á donde llegó en aquella noche; i encerrándose



con Iturbide en su mismo despacho, supo pintarle con tanta energía la desesperada resolucion de sus tropas á no pasar de modo alguno por la decretada afrenta; le hizo ver con tanta viveza los horribles efectos de aquella orden injusta; le presentó el cuadro de la desolacion que ofrecerian bien pronto aquellos campos empapados en sangre de tan esforzados campeones, cuyos manes clamarian contra un atentado tan inhumano; le sobrecogió de tal modo con la exaltacion de su celo llevado hasta el punto de hacer aquella cuestion personal; i fueron finalmente tan fuertes los impulsos de la elocuencia dictada por la santidad de la causa que defendía, que se revocó sinceramente aquel fatal decreto, i se restableció la calma i la confianza en el campo realista.

Iturbide sin embargo no perdia de vista el objeto predilecto de sus complacencias, que era su elevacion al trono imperial. Insistia en la necesidad de diseminar dichos cuerpos europeos manifestando temores de movimientos subversivos si se mantenian reunidos: todos conocian que estos eran estudiados pretestos para realizar por último lo que desde tanto tiempo tenia proyectado; i para evitar la reproduccion de tan tristes escenas propuso i obtuvo el general *Liñan* del mismo gobierno de Méjico, al que recurrió con este objeto, la salida para Jalapa de una de las dos divisiones destinadas para el embarco, la que emprendió su marcha en 4 de febrero, compuesta de 186 gefes i oficiales, i de 1163 soldados.

La segunda division, compuesta de 1400 hombres, debia emprender su marcha tan pronto como el general Liñan avisase el embarco de la primera, i situarse en el entretanto en Cuautitlan, Tezcuco, Cuernavaca, Guadalupe i Nopalucan. Habiendo llegado dicha primera division á Veracruz, escribió el general Liñan en 14 de marzo á Iturbide dándole parte de que en 21 del mismo mes se verificaria dicho embarco, i pidiendo los ausilios necesarios para que se dirigiesen ácia aquel punto los cuerpos que formaban la segunda. Para dar mayor actividad á esta operacion envió de comisionado á Méjico al coronel Rafols con el encargo especial de allanar to-

dos los obstáculos que se opusieran á la pronta realizacion de aquel proyecto. Contestó Iturbide á los pocos dias ofreciendo cumplir cuanto tenia prometido apenas tuviese noticia de la salida de las primeras tropas; pero cuando ya se creia tocar el momento de que las demas evacuasen aquel territorio sin que se las hiciera género alguno de tropelía, se suscitaron nuevas intrigas, fomentadas al parecer por los disidentes, aunque se presentaron con el carácter de haber sido producidas por la imprudente conducta de los mismos realistas.

Ya desde fines del año anterior habian principiado á formar en Toluca misteriosas reuniones algunos gefes i oficiales, entre los cuales se notaron aquellos mismos que mas parte habian tenido en la violenta deposicion del virei Apodaca. Se repitieron dichas juntas en el mes de marzo en una celda del convento de San Francisco de Tezcuco, i se celebraron otras asimismo en un caserío situado á la mitad del camino de Nopalucan. Habiéndose esparcido á fines de este mes con malicia ó por impolítico celo noticias alarmantes de que Iturbide habia decretado de nuevo el desarme de dichas tropas, se resolvió que el teniente coronel don José de la Peña, que mandaba el regimiento de Ordenes, saliera para Mejico, como lo verificó en el dia 2 de abril, á fin de parar tan terrible golpe con su mediacion é influjo. Puesto á la cabeza de aquel cuerpo su segundo gefe don Francisco Bucelli, temeroso tal vez de que Peña no pudiera salvarlos de la mengua i afrenta á que habian sido condenados; i esperando que la fortuna no miraria con desagrado á los que iban á hacer un voluntario sacrificio arrojándose ciegamente en sus brazos, determinó salir para Cuernavaca con la idea de proclamar el gobierno del Rei de acuerdo con el regimiento de Castilla, al que pensaba encontrar en el camino, i en combinacion con el de Zamora que deberia seguir la misma direccion.

Formado al medio dia el citado regimiento de Ordenes con la fuerza de 560 plazas, emprendió la marcha entre una

i dos de la tarde, i despues de algunos descansos llegó á la mañana siguiente al pueblo de Juchi, en donde se alojó tranquilamente i sin el menor recelo. Serian las dos de la tarde cuando se tuvo la primera noticia de la proximidad de los enemigos; i aunque se tocó generala al momento, i desplegó Buceli la posible energía i firmeza para sostener el precipitado empeño que habia contraido, no pudo evitar el desorden que se introdujo en sus tropas, del que se aprovecharon los gefes imperiales, i entre ellos el mismo Bustamante que mandaba aquella fuerza, para adelantarse á arengar á los soldados españoles escitándoles á desistir de su temeraria empresa en la que iban á ser víctimas de la imprudente conducta de sus oficiales. Se convirtió en estupor é irritacion la antigua bizarria de dichos soldados, quienes arrepentidos de haber tomado parte en tan insensata insurreccion, prorrumpieron en amargas quejas contra los que tan torpemente los habian comprometido. Rendidos á discrecion i desarmados en el acto, fueron encerrados en la parroquia del citado pueblo de Juchi, i conducidos el dia 4 á Chalco, en donde permanecieron hasta la mañana del 6 en que se les trasladó á la capital enmedio de un inmenso gentio que los esperaba para llenarlos de baldones é improperios, desfogando sobre aquellos desgraciados la ira de que estaba entonces poseido su ánimo contra el nombre español.

Habiendo ocurrido la violenta proclamacion imperial de Iturbide en 18 de mayo, disfrutaron de la libertad que fue concedida á todos los prisioneros con tan ruidoso motivo, i pasaron á embarcarse en Vera-Cruz para la Habana, como lo verificaron en 20 de julio. Las cuatro compañías de Zaragoza, que al mando del teniente coronel don Juan Antonio Galindo habian salido de su acantonamiento de Nopalucan con el mismo designio de Buceli, fueron atacadas al dia siguiente por los habitantes de Zacapocutla, rendidas al quinto dia de su movimiento por la milicia urbana, i desarmadas en la hacienda de la Concepcion, habiendo seguido sucesivamente la misma suerte que el regimiento de Ordenes. El

de Castilla, aunque iniciado en los planes de sublevacion no llegó á moverse de su canton, i por lo tanto no sufrió mas pena que la del desarme. El de Zamora, que nunca suscribió formalmente á separarse de los empeños contraidos con los enemigos, conservó sus armas, i pasó á embarcarse con ellas en los primeros dias de junio.

Este fue el fin desgraciado de las últimas tropas peninsulares que pisaron el territorio mejicano. Por mas pureza que se quiera dar al carácter de la tentativa para sublevar este puñado de valientes contra el gobierno de Iturbide, estamos mui lejos de aprobar una resolucion tan desesperada, que habia de envolver necesariamente la ruina de aquellos restos de la fidelidad española, i la mengua i desdoro de las reales banderas. Es tan culpable imprudencia atacar de frente á un gobierno, aunque intruso, en los primeros momentos de la efervescencia popular, como seria laudable todo esfuerzo que se hiciera con tan noble objeto siempre que pudiera contarse con medios de probabilidad para el buen resultado.

No era este el caso en que se hallaban los gefes i oficiales autores de los referidos movimientos. Carecian de artillería, de municiones, de fondos, i de opinion: es verdad que abundaban en valor; mas este debe estar sujeto á ciertas reglas para que no degenere en reprensible temeridad. Algunos han querido imitar la arrojada empresa de Carlos XII de Suecia en Bender; pero se han espuesto asimismo á que se les califique de locos frenéticos como á aquel ilustre guerrero.

Sea como quiera, las consecuencias de este proyecto fueron mui fatales á la seguridad i al honor de aquellas tropas, al paso que allanaron á Iturbide el camino á su apetecido Trono. Desde el momento en que cesó el dominio español tomaron su asiento todas las furias del averno en este desgraciado pais. No es nuestro ánimo describir la historia de los independientes si no en cuanto ha tenido relacion con nuestro gobierno ó con las operaciones de nuestros ejércitos; ha dado fin por lo tanto nuestro encargo por lo que respecta al reino de Nueva España; tan solo añadiremos una ligera reto-



ña de las fases de sus guerras civiles para confusion de los que creian que emancipándose de la generosa i benéfica Madre patria iban á vincular en su pais todas las felicidades que el Criador ha dispensado á los mortales.

En el dia 18 mayo fue proclamado Iturbide emperador de Méjico por los sargentos del regimiento número 1º, por el regimiento de Celaya, i por algunos leperos ó chusma del barrio del Salto del agua, dirigidos por un puñado de ambiciosos que deseaban medrar á la sombra de aquel génio revolucionario. No dejaron de tener parte en tan atrevido proyecto algunos eclesiásticos regulares i seculares, quienes debiendo optar entre la república ó el imperio, se decidieron por éste con la esperanza de poder un dia desbaratar con facilidad el ídolo, al que forzadamente quemaban un profano incienso. Con igual desórden i violencia fue aprobada por el ya instalado congreso nacional la citada proclamacion, cuyo eco resonó por las provincias, al parecer con agrado i satisfaccion en lo general de la poblacion; pero un gobierno que no tiene bases firmes i permanentes, será siempre el juguete de los hombres.

A los pocos dias principió ya dicho congreso á maquinar contra el soñado Monarca; i si bien supo éste cortar los vuelos oportunamente á los primeros movimientos formando causa á los diputados delincuentes, i suprimiendo aquella asamblea, que tomó nueva forma bajo la direccion de una parte de los vocales que habian mostrado su adhesion al imperio, quedó sin embargo estremecida aquella naciente fábrica, levantada precipitadamente por la vanidad, por el desvarío i por la ambicion. Habia tratado Iturbide de asegurarse en su trono comprometiendo en su causa á las tropas i á las primeras familias: á aquellas con grados, distinciones i con fingidas frases de amistad, consideracion i confianza; i á éstas con brillantes empleos, pomposas decoraciones i lujosas placas de la orden de nuestra Señora de Guadalupe, que habia creado con aquel designio. Mas todos sus ardides i grandes miras de política i de bien general no

le libertaron de ser el blanco de los tiros de los republicanos, quienes triunfaron reuniéndose en Veracruz el general imperial Echávarri con el caudillo Santa Ana, que habia sido el primero en dar el grito contra el emperador.

Aunque estos movimientos revolucionarios no tendian abiertamente á la abolicion del imperio, i si al restablecimiento de la representacion nacional, facil era prever que la ejecucion de aquel intento no estaba separada de éste sino el tiempo necesario para declararlo con seguridad. Bien lo conoció Iturbide; i creyendo que una espontánea abdicacion calmaria los ánimos al paso que le grangearia mayor opinion, la llevó á efecto conteniendo el impulso de sus mas ardientes secuaces, que querian á todo trance sostener la autoridad imperial, seguros del triunfo contra los republicanos.

Resignado el mando supremo en los individuos del mismo congreso que habia sido el objeto del ódio i persecucion de Iturbide, se embarcó éste para Liorna en Italia, á cuyo puerto arribó en agosto de 1823. Desde la llegada de este bullicioso personage á Europa, se traslució en él una estremada agitacion de ánimo, un vivo resentimiento que por mas que tratase de disimularlo no dejaba de asomarse á su semblante si entrando á discutir aquellos sucesos, llegaba á rozarse diestramente la conversacion con su mal encubierta herida; i se notaba finalmente un engreimiento de su mérito, i una fatal persuasion de que no podian los mejicanos ser felices sin su apoyo, i de que no habia de trascurrir mucho tiempo sin que fuese solicitada su presencia para fijar la suerte i tranquilidad de aquellos pueblos, en cuyo caso creia asegurar su dominacion con bases indestructibles.

Sus partidarios en el entretanto movian todos los resortes de la intriga para abrirle las puertas de aquel reino. Se tramaron varias conspiraciones que llevaban por objeto su reposicion en el trono; mas todas se estrellaron en la vigilancia de los republicanos. Conociendo los iturbidistas que era mas dificil su empresa de lo que se habian figurado al prin-

cipio, tiraron oblicuamente sus líneas, pero con tanta destreza que á los pocos meses se hallaban en estado de dictar la lei á sus antagonistas. Como se habia sustituido al gobierno imperial el republicano central, ejerciendo el poder ejecutivo por turno tres individuos sacados del mismo seno del congreso, principiaron las provincias á murmurar de aquella forma i á pedir la federal.

La de Guadalajara, titulada Estado de Jalisco, se hallaba dirigida por Quintanar como gobernador de dicho Estado, i por Bustamante comandante de la provincia, ambos acérrimos iturbidistas. Los de este partido se fueron reuniendo á la sombra de dichos dos gefes, quienes bajo el pretesto de sostener la opinion general que suponian haberse pronunciado á favor del republicanismo federal, se constituyeron en estado de guerra abierta contra el gobierno de la capital, ó lo que es lo mismo contra los enemigos de su ídolo. Penetrando éstos las solapadas miras de los iturbidistas, dirigieron sus tropas á fines de año á las órdenes de Bravo i bajo la direccion inmediata del desleal europeo Negrete contra dicha provincia de Guadalajara; pero apenas llegaron á avistarse, cuando se pasaron todas á las filas de Bustamante, quedando solos en el campo los gefes republicanos, los que se vieron precisados á huir precipitadamente para dicha capital llenos de deshonor, i corridos de vergüenza.

Este terrible é inesperado contraste alarmó de tal modo á los centralistas, que se resolvieron á hacer una nueva espedicion concertada con todos los medios de seduccion é intriga, necesarios para asegurar la felicidad del resultado. Como á este tiempo hubieran recibido las primeras remesas metálicas del empréstito que habia ajustado en Lóndres el agente Migoni, determinaron dedicarlas esclusivamente á corromper la fidelidad de las tropas de dicho Bustamante, i la de los principales baluartes de aquel peligroso partido. Precedidos, pues, por este poderoso ausiliar, á cuyo encantador aliciente se rindió la voluntad del comandante de artillería, i de una porcion considerable de gefes, oficiales i soldados, se

presentaron los centralistas al frente de los federalistas.

Quintanar i Bustamante, con el apoyo de otros comandantes que habian sido insensibles á la penetrante voz del cohecho, trataron de desplegar toda la energía de que era susceptible su firme carácter; pero tan atrevidos impulsos fueron paralizados por la frialdad con que la tropa contaminada oyó las animadas arengas de aquellos campeones. Recurrieron éstos entonces á los halagos, á las promesas i á las amenazas; mas todo fue en vano: i viendo la imposibilidad de poner en actividad su enervado valor hubieron de capitular con dichos centralistas, quienes entraron triunfantes en el mes de junio de 1824 en la referida capital de Guadalajara, restableciendo en ella en todo su vigor el gobierno absoluto republicano, i destruyendo hasta el último elemento con que se contaba para entronizar al decaido emperador.

Cansado éste de la vida oscura á que habia quedado reducido en la ya mencionada ciudad de Liorna, i aun amenazado por el gobierno toscano, que no veia con gusto en sus estados la permanencia de un revolucionario odiado por la España, i perseguido por sus mismos paisanos, se dirigió á Lóndres, esperando que le sería mas fácil fomentar desde allí su partido, i tal vez hallar los medios necesarios para hacer una espedicion á imitacion de la del jóven Mina en 1817, ó mas bien entablar negociaciones con el gobierno español para coronar emperador de Méjico á uno de nuestros augustos Infantes, en conformidad con su primitivo plan de Iguala i tratados de Córdoba, por los que se manifestaba sinceramente decidido (1).

---

(1) Puedo asegurar, que si á nuestro amado Soberano hubiera podido convenir este último proyecto, se habria llevado á efecto con perfecta seguridad, i con mui pocos sacrificios. A este fin se encaminaban las relaciones que contraje en aquella època con el citado Iturbide, esperando que este servicio pudiera ser grato á S. M. Hai ciertos momentos de efervescencia en que oponer fuerzas al enemigo es aumentar las que ya tiene: guiado por este axioma político, creí que aquel era el único medio decoroso de rescatar á Nueva-España de su esterminio, i de salvar los intereses

Es de inferir, que ninguno de sus proyectos fuera segundado como se habia prometido, cuando se observó que pasaba á fijar su residencia en Bath, ciudad distante 33 leguas de Lóndres, con toda la apariencia de solidez i duracion. Mas no bien habia llegado á este punto, que fue á fines de marzo, cuando empezó á recibir la correspondencia de sus amigos de Méjico, quienes contando por seguro su triunfo desde que vieron disuelta la primera espedicion republicana que habia salido contra las tropas de Guadalajara, le escitaban con el mas vivo encarecimiento á volver á su apetecido imperio.

Predispuesto como ya se hallaba este iluso sedicioso á escuchar tan lisongeros avisos, tardó poco en resolverse á acometer aquella arrojada empresa. Sin dinero, sin armas, sin mas acompañamiento que parte de su familia, un coronel

---

de la Monarquia española. Los seis años que han trascurrido han abierto un campo mas vasto á las esperanzas de reponer en aquel pais la autoridad Real en todo su esplendor, i han acreditado la sagaz prevision del gobierno en haber desechado unas ideas, que llevaban á lo menos el sello de la buena fé i lealtad del oficioso negociador.

Algunos enemigos encubiertos, que lo son mas bien de la presente obra que de mi persona, pues que tengo la orgullosa confianza de que nadie pueda presentarse á decir con verdad que haya recibido de mí el menor daño, á pesar de las pasadas épocas de calamidad, desórden i encono personal; no atreviéndose á atacar de frente esta importante empresa, que debe escitar i ha escitado la mas furiosa irritacion en los enemigos del Rei N. S. i de la España, se han valido de engañosas apariencias para deprimirla. Es siempre una vileza herir con esta clase de armas.

Conozco á algunas de las personas á las que comprende esta nota: sé lo que han valido, i lo que valen; i desearia que diesen sus nombres para poder yo publicar sus ocultas proezas. Sepan en el entretanto, que no solo he tenido relaciones íntimas con Iturbide, sino tambien con Riva Agüero, con el que fue su ministro de la Guerra, con el que lo fue de Estado de San Martin, i con otros varios gefes de la insurreccion de América, á quienes he tratado en Lóndres i en París; pero sepan asimismo, que el noble embajador, bajo cuya direccion seguia yo estas politicas comunicaciones tiene bien informado al Gobierno de S. M. de la pureza de mis fines i de lo interesante de mis servicios, i que existen ademas otras pruebas bien positivas para acreditar que he sido siempre un fiel vasallo de S. M. i un buen español. (*Nota del Autor*).

polaco i dos eclesiásticos se hizo á la vela en Southampton á bordo de un buque inglés mercante el dia 11 de mayo, entregado á la ciega fortuna, la que no siempre protege á los incautos i desprevenidos. Así sucedió en esta ocasion: habiendo tenido Iturbide la imprudencia de desembarcar en Soto la marina en 11 de julio sin ningun apresto guerrero, figurándose que con sus tiernas amonestaciones i patrióticas protestas habia de amansar cual otro Orfeo aquellas fieras, tragó mui pronto el anzuelo de la perfidia revolucionaria; i depositando una ilimitada confianza en don Felipe Lagarza, comandante militar de aquella provincia, se le hizo saber el horrible decreto de proscripcion, espedido por el congreso mejicano, con fecha de 29 de abril del mismo año á consecuencia de un pliego que le dirigió aquel miserable desde Lóndres, ofreciéndole su espada para defender la independencia que consideraba amenazada por la Santa Alianza.

Sus primeras conferencias con dicho Lagarza suspendieron la ejecucion de la sentencia hasta que resolviese el mismo congreso si podia tener vigor i fuerza dicha proscripcion, cuando estaba demostrada la imposibilidad moral de que hubiera tenido conocimiento de ella. En el entretanto le usó Lagarza las mayores consideraciones, i le hizo ver la necesidad de dirigirse á las Tamaulipas, que era la cabeza de aquel estado, en donde se hallaba reunido el congreso provincial. Cayó Iturbide nuevamente en la red: hallándose ya mui cerca de dicho punto, supo que se habian fugado los congresistas; i aunque debia desconfiar de algunos de ellos, reconocidos por enemigos suyos personales desde la primera insurreccion, tuvo con todo la desacertada política de convocarlos, anunciándose como un ángel tutelar de aquellos dominios que venia á rescatarlos de la anarquía i de su ruina.

Apénas se reunieron dichos vocales con tan necia salvaguardia decretaron la muerte de su pretendido protector; i por mas protestas, ruegos i lamentos que empleó este desgraciado para hacer revocar aquel bárbaro decreto, tuvo sin

embargo su debido cumplimiento á las tres horas de haberle sido notificado, espiando por las manos de sus mismos paisanos el negro crímen de traicion i perfidia que habia cometido contra el mas generoso de los Monarcas, á quien habia debido toda su importancia i distinguido rango que ocupaba en las filas realistas.

A la muerte de este fantástico revolucionario adquirió nuevo vigor la república mejicana; se adoptó el plan de federacion en torno al cual se reunieron todos los Iturbidistas i demas partidos en que estaba dividido el reino; se creó un presidente á imitacion del sistema observado en los Estados-Unidos; Guadalupe Victoria fue el primero que recibió aquella investidura; i Nicolás Bravo fue nombrado vice-presidente. Se propusieron grandes planes para mejorar la hacienda pública; se estendieron las relaciones diplomáticas; se levantaron nuevos empréstitos para comprometer en la conservacion de aquel gobierno á las naciones europeas; se formaron compañías para la esplotacion de minas, i se trató de dar al pais una precipitada actividad i pujanza de la que no era todavía susceptible.

Empero mui pronto principiaron á chocar varios partidos que jamas podrá estinguir la decantada república; la tropa adquirió una altanería intolerable, los hacendistas henchian sus bolsillos, i las cajas estaban por lo tanto exháustas de fondos; una parte del producto de los préstamos quedaba en podèr de los agiotistas i manipulantes, i el resto se invertia en buques, armamento, vestuario i otros objetos menos útiles, de los que no sacaba aquel vacilante gobierno sino efímeras é insignificantes ventajas.

A pesar de varios golpes de fortuna que tuvieron los revolucionarios, i el principal de todos la rendicion en 1826, del castillo de San Juan de Ulua, que sostuvo con honor por algunos años la autoridad real hasta que agotados sus recursos i enferma casi toda la guarnicion por no haberla relevado á tiempo, hubo de aceptar la honrosa capitulacion que le fue propuesta; i aunque habian armado los mejicanos una es-

cuadra respetable mandada por el acreditado marino anglo-americano *Porter*, sus desórdenes iban creciendo de dia en dia, i se repetian con frecuencia las sublevaciones parciales movidas por los amantes del Soberano español.

En medio de estas oscilaciones políticas se conservó sin embargo el gobierno de Victoria hasta el mes de diciembre de 1828, en que irritados los partidarios del mulato Guerrero al ver privado á este furioso insurjente de la presidencia á que aspiraba, se pronunciaron contra Gomez Pedraza que le habia sido preferido; i conmoviendo las desordenadas masas del feroz populacho entraron en la capital por la fuerza de las armas, i la condenaron á un horroroso saqueo, en el que quedaron mas de 600 familias reducidas á la mendicidad sin haber respetado las casas estrangeras, que fueron las que mas sufrieron los horrorosos efectos de aquel vandalismo. Esta furiosa anarquía i la sucesiva promulgacion de la violenta lei de espulsion, por la que hubieron de abandonar aquel suelo todos los españoles que lo habitaban pacíficamente, dedicados al cultivo de sus propiedades i al fomento de su comercio é industria, acabó de formar el mas negro cuadro de horror i desolacion.

Deseando el benéfico Soberano español dar algun alivio á tan graves males, dispuso que una corta pero valiente division de 3Ϡ hombres saliera en el mes de julio de 1829 de la Habana á ofrecer un centro de union á sus amados hijos de América que gemian bajo el yugo de los demagogos. La mala eleccion del punto de desembarco, que fue la desierta costa de Tampico, lo poco favorable de la estacion, la escasez de víveres, i las enfermedades consiguientes á las enunciadas causas, debilitaron considerablemente dicha fuerza antes que pudiera internarse á recibir el homenage de los afectos á la Monarquía, i antes que estos pudiesen franquear la Sierra Madre para reunirse con sus libertadores. Se vieron por lo tanto precisados estos valientes á capitular con los republicanos, no sin haber ceñido antes sus sienes de laureles en varios encuentros que tuvieron con ellos, en los que con-

firmaron el arrojo, sufrimiento i firmeza que son las características de los españoles.

Algunos creen que pueda deducirse de este ligerísimo contraste la abierta oposicion de los mejicanos á reconocer la autoridad del gobierno legítimo. Seria este un error tan grande como el pretender que la España hubiera sido adicta al ominoso sistema constitucional sin mas razon que la de haberse sostenido este orden de desbaratada administracion por el espacio de tres años.

En una i en otra parte se halla bien demostrado que el pueblo estaba oprimido por los revolucionarios; pero como tenian á su favor la accion del gobierno, i como habia algunos cientos de despechados en estado de no poder capitular con la virtud i con el orden á causa de sus anteriores crímenes ó compromisos políticos, fue preciso que una fuerza ausiliar bastante respetable viniera á la Península á despedazar las cadenas de la tiranía liberal. Si 15 ó 20$ hombres se hubieran presentado en las playas de Méjico en vez de la corta division titulada de vanguardia, su paseo por aquel inmenso territorio habria sido tan glorioso como el de las tropas francesas en España en 1823, i aun se habrian esperimentado menos tropiezos. Esta es la opinion general de los que acaban de recorrer dichos dominios cubiertos de luto i horror, de los que conocen á fondo el vacilante estado de los negocios, de los que están bien informados del cansancio de los ánimos, de la irritacion de los partidos i de la nulidad é impotencia á que han quedado reducidos los facciosos.



CAPITULO XIX.

PERÚ 1823.

Operaciones preliminares de Valdés i Ameller. Batallas de Torata i Moquehua. Accion de Iquique. Canterac. Loriga. Arenales. Desaliento de los rebeldes. Riva-Agüero presidente de la República. Su energía i sus relaciones con los demas Estados. Los colombianos en el Callao. Espedicion de Santa Cruz al Sur. Grandiosos planes de los insurjentes. Entrada de Canterac en Lima. Retirada de los rebeldes al Callao. Sus disensiones con Riva-Agüero. Sucre nombrado gefe supremo militar. Riva-Agüero depuesto. Salida de Valdés en ausilio del virei. Retirada de Canterac. Espedicion de Sucre sobre Quilca. Sorpresa de los dragones de Arequipa en las cercanias de Arica. Progresos de los espedicionarios. Accion de Zepita. Campaña del Desaguadero sumamente feliz á las armas españolas. Bizarros movimientos de La Hera i Ameller. Victoria de Ferraz en Arequipa sobre la caballería enemiga. Accion de Alzuri ganada por Olañeta. Desembarco infructuoso de otra espedicion chilena en Arica. Llegada de Bolivar al Perú. Sus desavenencias con Riva-Agüero. Prision de éste i su espulsion. Varias acciones parciales. Posicion de los negocios públicos á fines de este año. Reflexiones políticas. Comisionados constitucionales enviados cerca de los republicanos de Buenos-Aires. Convencion preliminar. Conferencias del general insurjente Las Heras con el brigadier realista Espartero. Teson del virei Laserna.

Aunque no tuvo efecto la sorpresa que el general Val-

dés habia intentado dar al punto de Tacna, segun va indicado en el capítulo del año anterior, á causa de la suma prevencion i vigilancia de los rebeldes, introdujo sin embargo en su campo la mayor alarma, i los obligó á ponerse en movimiento en el dia 1º de enero. Al observar la poca fuerza con que el general realista se habia atrevido á dirigirse contra ellos, se llenaron de irritacion i se lanzaron vigorosamente al ataque con la idea de hacerle pagar cara tamaña osadia; i aunque debieron convencerse prácticamente de que no era fácil tomar una ignoble venganza de tropas tan valientes i aguerridas, cedió sin embargo Valdés á la inmensa superioridad del enemigo, si bien compró éste con su sangre todo paso que adelantó sobre los escalones formados por nuestros soldados: asi, pues, 800 hombres decididos i entusiasmados contuvieron á todo el ejército contrario, que en la misma mañana i en el dia anterior se habian reunido á la vanguardia, empleando toda la tarde en andar de retirada las dos leguas que mediaban entre el punto donde empezó la accion, i el de Pachía en que camparon las tropas del Rei envanecidas con haber dado esta nueva prueba de su serenidad i firmeza.

Se distinguió particularmente en esta jornada el capitan Blanco sosteniendo los ataques de los rebeldes, á la cabeza de 35 cazadores montados, atravesando con su misma espada á un oficial enemigo, i apeándose para recoger el sable i sombrero de su competidor enmedio del horrible fuego de artillería i fusilería: fue por esta accion tan bizarra obsequiado por su general con ceñirle en presencia de toda la division otro hermoso sable tomado al caudillo La Madrid, i que dicho gefe conservaba para premiar el primer rasgo de estraordinario valor. Sensible es por cierto que un oficial tan recomendable hubiera sido sacrificado sucesivamente al furor de los mismos independientes, á cuyas filas se habia pasado desconfiando tal vez de los esfuerzos de los realistas para sostener su causa.

Continuando el general Valdés el plan combinado de

operaciones para desempeñar con lustre aquella campaña, dirigió el 13 de enero sobre *Locumba* al coronel Ameller del regimiento de Gerona con tres compañías de su cuerpo i 120 caballos con la idea de reconocer al enemigo i atraerlo sobre Moquehua, que era el punto por donde debian venir las tropas que al mando del general Canterac habian salido de Puno forzando sus marchas á pesar de las nieves que cubrian los Andes. Informado dicho Ameller de que un cuerpo de 600 hombres pernoctaba sobre Locumba, formó el atrevido proyecto de atacarlo por retaguardia, colocándose entre el mismo i el grueso del ejército contrario; pero sabedor Alvarado de este movimiento i de las pocas fuerzas del gefe realista, empleó todas las suyas para cortarle las avenidas del valle de Locumba, que era el único punto por donde podia retirarse. Viendo Ameller en la mañana del 14 todo el ejército en movimiento, trató de remontar dicho valle, superando los graves obstáculos que le opusieron las emboscadas, i forzando con el mayor denuedo la misma vanguardia de los independientes: fueron estos en su seguimiento por el espacio de cinco horas; pero quedaron completamente burlados sus esfuerzos, i aquellos valientes verificaron su retirada con el mayor órden.

El movimiento de Ameller fue tan glorioso por la maestria con que lo ejecutó como por haber producido la direccion de todas las fuerzas rebeldes sobre Moquehua, que era el objeto principal de aquel arrojado golpe. El dia 16 camparon los enemigos en la Rinconada, i Valdés al E. de Moquehua, aparentando el mayor interés en defender á palmos el terreno. Al dia siguiente se movieron aquellos sobre el citado punto de Moquehua, i uno de sus escuadrones atacó nuestra gran guardia que se replegó sin la menor pérdida; otro de sus batallones que tuvo el atrevimiento de penetrar hasta la plaza de aquella villa fue desalojado por dos compañías de cazadores que fueron dirigidas contra él por el citado Valdés, quien trasladó en aquella misma noche su campo á corta distancia de Yacango, en cuyo punto dejó al dia

inmediato su infantería i pasó á cubrir el camino de Puno situando la caballería i artillería entre los altos de Valdivia i Sabaya.

Al amanecer del dia 19 movieron los enemigos todas sus tropas; i á las nueve se rompió un fuego vivísimo por ambas partes. Se presentaba la suerte risueña á los realistas en aquel dia, i en el acto se habria decidido la batalla si alarmantes voces i avisos de que los altos de retaguardia habian sido ocupados por los independientes no hubieran obligado al general Valdés á emprender su repliegue; pero descubierta su falsedad fue defendido el terreno con tan estraordinario empeño, que mui poco habia progresado el enemigo hasta las tres de la tarde en que se presentó en el campo de batalla el general en gefe don José Canterac, quien sin mas acompañamiento que el de dos ayudantes se habia adelantado á la division que conducia, i cuya sola presencia indicante la proximidad de sus compañeros de armas, subió al último grado el entusiasmo i ardor de los soldados de Valdés.

El batallon del Centro ocupaba en aquel momento la izquierda; seguia parte del de Gerona, con 50 cazadores montados, i en la derecha tres compañías del mismo Gerona; el resto de la caballería estaba á retaguardia. La Legion peruana formaba la derecha del ejército enemigo delante del pueblo de Torata; su centro situado en una altura accesible por el frente, aunque defendida en sus flancos por barrancos de paso mui dificil, estaba ocupado por los dos batallones del Rio de la Plata; la izquierda la formaba el número 4º sostenido por el 11º; á retaguardia el 5º i el 8º, i sobre la derecha en última línea la caballería. El enemigo hizo un nuevo esfuerzo subiendo los batallones 4º i 11º á la altura de la derecha contraria que se mandó reforzar sucesivamente por tres compañías de Gerona. Resolvieron entonces los generales Canterac i Valdés atacar por todo su frente; los escuadrones de cazadores montados fueron dirigidos contra la Legion peruana; Valdés con parte de Gerona se arrojó denodadamente sobre el Rio de la Plata; Ameller, con el

resto de su regimiento, salió á forzar la nueva posicion de los batallones de la Guardia, lo que verificó con la mayor decision i valentía, habiendo perdido tres caballos en aquella refriega. El coronel don Baldomero Espartero, con el batallon del Centro, cargó á la bayoneta á la misma Legion peruana: el ataque de este digno gefe fue tan decidido é impetuoso que puso en fuga al referido cuerpo, i aunque brotaba copiosamente la sangre por dos heridas que en él habia recibido continuó á la cabeza de su regimiento hasta la terminacion de la batalla, en cuyo feliz éxito tuvo una parte mui activa.

Fue igualmente sangriento el choque de Valdés con las columnas enemigas, que quedaron destrozadas por sus arrogantes soldados, inflamados por su valor i entusiasmo sin que una herida que recibió en lo fuerte de la accion, ni la muerte de los dos caballos que montó durante ella le retrageseu de ser el primero en el peligro. Todos los demas gefes, oficiales i soldados se picaron de emulacion é hicieron prodigios de valor; hasta el capellan mayor P. Alvino Odena participó de las glorias de esta batalla, siéndole muerto el caballo que montaba en el acto de prestar sus servicios espirituales i aun corporales á los heridos; el teniente coronel don Feliciano Azin i Gamarra, comandante de los cazadores montados, recibio una cruel herida que robó al dia siguiente al ejército este bizarro i benemérito oficial. El enemigo, aunque mui superior en número se retiró ácia Moquehua dejando el campo cubierto de muertos, heridos i despojos de toda especie. Este fue el resultado de la batalla de Torata que puso mas de 19 insurjentes fuera de combate.

Habiendo las tropas que conducia Canterac caminado á marchas sumamente forzadas, llegaron el 20 á reunirse con los vencedores de Torata. Al dia siguiente se pusieron todos en movimiento llevando Valdés la vanguardia con los batallones de Gerona i Centro, i tercer escuadron de dragones de la Union; el 1.º i 3.º de granaderos de la Guardia, con los casadores montados i dragones de Arequipa, seguian á las ór-

denes del coronel Bedoya; i formaban la retaguardia los batallones de Cantabria i Burgos, mandados por el brigadier don Juan Antonio Monet.

Al llegar á legua i media de distancia de Moquehua se adelantaron Canterac i Valdés á reconocer la posicion del enemigo: era esta estraordinariamente fuerte; su derecha se estendia en direccion de unas alturas escarpadas; su centro estaba cubierto por un profundo barranco, cuya anchura i bordes lo hacian casi inaccesible; i su izquierda se apoyaba á otras alturas que á modo de anfiteatro cubrian el pueblo de Moquehua, i que habian guarnecido con artillería. A pesar del aspecto inespugnable que presentaba esta posicion, dispuso el general en gefe que Valdés, favorecido por una colina que ocultaba su movimiento se dirigiera sobre las alturas que cubrian la derecha enemiga, mientras que la caballería en dos columnas paralelas, i en otras dos los batallones de Cantabria i Burgos marchaban sobre su frente.

En tanto que los independientes dedicaban toda su atencion á las tropas que tenian á la vista llegó Valdés á cruzar el barranco i á apoderarse de las alturas indicadas, habiendo sido arrollados por el cuerpo de Espartero (cuyo gefe á pesar de sus heridas quiso tener parte en esta refriega) una compañía de cazadores i un batallon que intentaron oponerse á aquel movimiento. Luego que Valdés hubo formado impávidamente su division sobre la derecha del enemigo, en cuya operacion le fue muerto el tercer caballo, mandó Canterac á las compañías de cazadores de Cantabria i Burgos que cruzasen en guerrillas el citado barranco, i atacasen al enemigo por su frente; dispuso asimismo que el primer escuadron de la Guardia al mando del bizarro comandante don Manuel Fernandez lo verificase por el camino real, protegiendo á los cazadores i dirigiéndose sobre la artillería; que este movimiento fuera sostenido por los dragones de la Union i por el regimiento de Cantabria; i que por su izquierda avanzase el de Burgos para que fuera simultáneo el ataque del Centro al de Valdés: el resto de la caballería seguia en re-

serva detrás de los citados cuerpos de Cantabria i Burgos.

En un instante fue acometida toda la línea enemiga: Valdés arrolló la derecha; Burgos superó toda clase de obstáculos; Cantabría forzó el centro en que los enemigos habian reunido sus mayores fuerzas: la caballería i especialmente el primer escuadron de la Guardia logró acuchillar la infantería enemiga, si bien compró este glorioso triunfo con la preciosa sangre de 50 individuos i entre ellos el benemérito Fernandez ya citado; su artillería, que con tanta actividad i acierto habia dirigido sus tiros al principio de la batalla, quedó enteramente apagada, i cayó toda en poder de los victoriosos realistas, asi como sus banderas, mas de 3Ø fusiles, sus municiones i pertrechos de todas clases, i cuanto poseía aquel numeroso ejército rebelde que segun su general Alvarado se componia de *guerreros agoviados con el peso de sus laureles.*

El brigadier Monet, que en el ataque del centro habia dado tantas pruebas de estraordinario valor i pericia militar, quedó sobre Moquehua con Burgos i Cantabria para hacer prisioneros i reunir los despojos del enemigo. El brigadier Valdés siguió por el camino de la Rinconada con los batallones de Gerona i Centro i los escuadrones 3º de dragones de la Union i 1º de la Guardia; i habiéndose encontrado con el general Canterac que iba en seguimiento de la caballería enemiga que habia salido casi ilesa de aquella refriega, se determinó que avanzasen los cazadores montados á las órdenes del comandante Solé; i como los enemigos hubieran vuelto caras al pasar por un desfiladero, los pocos realistas que sufrieron aquella carga se condujeron con tanto honor i bizarría que dieron tiempo á la llegada del resto de la caballería realista, desde cuyo momento quedó asegurado el total destrozo de la contraria. De los 500 hombres de que ésta se componia tan solo 180 que se hallaban mejor montados pudieron sustraerse á la muerte con la velocidad de la fuga, todos los demas fueron acuchillados ó hechos prisioneros. Aqui dejó de existir el famoso re-

gimiento de los Andes que formaba el principal nérvio de la caballería enemiga, i que tanto se habia hecho respetar en Chile, en el Perú i en Quito por su buena disciplina i por su estraordinario valor.

Todo, pues, lo perdieron los revolucionarios en estas sangrientas batallas: de los 5 á 6000 hombres que habian desembarcado en aquellas costas tan solo 8co lograron salvarse de la afortunada espada de los realistas, refugiándose en Ilo donde tenian sus trasportes: algunos mas se dirigieron por la costa á Iquique á incorporarse con el regimiento número 2 que maniobraba por esta parte; pero los destrozó completamente en 13 de febrero el general Olañeta, causándoles una horrorosa mortandad, tomándoles 100 prisioneros con 10 oficiales i gefes, i apoderándose de todos sus caballos i provisiones de guerra i boca, en cuya penosa espedicion brillaron la actividad, valor i conocimientos del coronel don Gaspar Claver, qne hacia las funciones de gefe de estado mayor de ella.

Este fue el fin de aquella orgullosa espedicion, con la que daban los enemigos por tan segura la conquista del reino, que habia sido decretada por el congreso la construccion de un obelisco en Arica para perpetuar un acontecimiento tan importante. Las tropas realistas adquirieron en esta jornada los mas justos títulos á la gloria militar: gefes, oficiales i soldados compitieron en bizarría i decision.

El general Carratalá, que habia sido dirigido desde Puno con 120 caballos al mando del coronel Ferraz i con 400 infantes á las órdenes inmediatas del coronel Somocurcio contra el activo i emprendedor coronel Miller, que desde Arica se habia destacado á llamar la atencion de los realistas al N. de Arequipa, se hizo acreedor del mismo modo que los citados gefes á los públicos elogios por la rapidez de su marcha, por el acierto de sus maniobras, á las que se debió la salvacion de la citada ciudad de Arequipa, i por su celo desplegado para neutralizar los efectos de la seduccion, que el atrevido aventurero habia derramado por el pais.

Despues de estas ilustres victorias ganadas con la sensible pérdida de 150 valientes muertos i 250 heridos, á cuya consecuencia quedaron libres de enemigos las costas del Sur, emprendió Canterac su regreso á Huancayo con los cuerpos que habia traido, i se retiró asimismo la division del general Valdés. Algunas partidas enemigas que quedaron diseminadas por las provincias del N. i que se estendieron hasta la de Huancavelica, fueron batidas en todas direcciones, i especialmente por el intendente de esta última, coronel don Gabriel Perez en los puntos de Huayanto, Chupamarca, Moya, Iscuchaca, Huamatambo i otros, habiéndose hecho asimismo acreedor á los mayores elogios por su celo i actividad en el apronto de reclutas i ausilios para el ejército, del mismo modo que los demas intendentes, pues que todos concurrieron con la mas fina voluntad i empeño al sosten de la autoridad real.

El brigadier Loriga habia conservado en el entretanto el interesante valle de Jauja á pesar de los esfuerzos que hicieron los enemigos para desalojarle, ya por medio de numerosas guerrillas i ya con movimientos por la costa que indicaban flanquear aquella posicion sin que hubieran llegado á conseguir la menor ventaja. Arenales, que mandaba la fuerza que debia operar contra las tropas del citado Loriga, se quejaba de la junta gubernativa de Lima, á cuya apatía é indecision en proveer á las necesidades de la tropa atribuia la falta de movilidad que se habia notado en ella, careciendo especialmente de zapatos i capotes tan necesarios para cruzar la frígida i escabrosa cordillera de los Andes.

Estaban por lo tanto tan disgustados los ánimos contra dicha junta, que fue depuesta apenas se recibieron las noticias de los desastres esperimentados por el ejército de Alvarado. Lima se hallaba á esta sazon en tal estado de abatimiento i terror, que 3000 españoles hubieran bastado para restablecer el gobierno del Rei. Habia llegado al último grado el desaliento de todos; ya no se ocupaban los patriotas sino del modo de verificar su emigracion con menos que-

branto: se consideraba pues como irremediable la ocupacion de todas las provincias sujetas á los independientes asi que se aproximasen á ellas las tropas realistas que se habian ido reuniendo en el valle de Jauja. La república no tenia á esta sazon mas ejército que 3000 hombres del Perú, unos 600 de Chile i 800 de los prófugos de Torata, pertenecientes á Buenos-Aires, totalmente destruidos i sin bases para su organizacion: faltaban los fondos, faltaba el crédito i el espíritu de libertad estaba casi estinguido.

Los moribundos patriotas creyeron que poniendo á la cabeza del poder ejecutivo un individuo de su confianza i que abundase en energía, en teson, i en conocimientos políticos i de hacienda, se podria todavia disipar la borrasca que les amenazaba; i con este fin presentaron al congreso en 26 de febrero una fuerte i animada esposicion los gefes i oficiales i á su cabeza el general Santa Cruz, pidiendo que nombrase para presidente de la república al coronel don José de la Riva Agüero. Vaciló el congreso; mostró desagrado en desprenderse de aquellas facultades que se habia arrogado; pero formado al dia siguiente el ejército en el Balconcillo fuera de las murallas de Lima, se pidió con un tono decisivo la aquiescencia de los legisladores á dicha propuesta.

A consecuencia de estos sucesos salió Arenales para Chile dejando el mando en gefe del ejército peruano, del que fue investido el general Santa Cruz; el coronel Gamarra fue nombrado gefe del Estado mayor; i el coronel don Ramon Herrera ministro de la guerra. Los independientes exaltados murmuraron al ver el gobierno del pais en mano de cuatro personas que no habian pasado del servicio del Rei á las filas rebeldes hasta algun tiempo despues de haber desembarcado San Martin en el Perú; pero lo general de la poblacion vió con agrado aquella variacion gubernativa.

Riva Agüero i Santa Cruz desplegaron una increible energía, capaz de haber dado consistencia á su gobierno si hubiera tenido bases fijas, i si las triunfantes armas españolas por

una parte, i las discordias de los mismos independientes por otra no lo hubieran precipitado á los pocos meses. Riva Agüero se ocupó con infatigable celo en proporcionar fondos para remediar las necesidades públicas, i Santa Cruz en disciplinar sus tropas i en levantar nuevos cuerpos para rechazar la temida invasion de los realistas: aquel se dedicó con el mayor empeño á pedir á la república de Colombia el ausilio de gente que habia sido estipulado de antemano, habiendo salido con esta comision el general Portocarrero para Guayaquil en donde se hallaba entonces el presidente Bolivar.

Para ganar tiempo el astuto Riva Agüero, entabló relaciones con el virei Laserna que se hallaba en el Cuzco solicitando un armisticio i la abertura de negociaciones para dirimir aquellas contiendas; pero la absoluta negativa del general realista fue causa de que se dedicase su atencion al desarrollo de otro plan que era ciertamente el mejor que podia adoptarse en las apuradas circunstancias en que se hallaba aquella vacilante república. Fue este el de enviar una espedicion á la costa del Sur á fin de amenazar á la tranquilidad de aquellas provincias i evitar á la capital el golpe que le estaban preparando las valientes i orgullosas tropas del general Canterac.

Habian ya desembarcado en el Callao 3000 colombianos enviados por Bolivar aun antes que llegase Portocarrero con la misma solicitud, cuyo celo fue atribuido por entonces al interes qne tomaba aquel revolucionario por la emancipacion del Perú; pero que luego despues se conoció no ser tan generosos sus sentimientos, i sí los de estender su influjo i predominio sobre este reino. A principios de mayo estaba ya pronta para dar la vela en direccion de Arica dicha espedicion compuesta de 5500 hombres, la que zarpó del Callao en 23 del mismo mes, compuesta en su totalidad de tropas peruanas, porque los gefes de las de Colombia se negaron á formar parte de ella, desdeñándose al parecer de operar á las órdenes de otro gobierno, pero prometiendo al mismo tiempo

emplear todos sus esfuerzos para asegurar el resultado de la campaña.

El activo Riva Agüero, que se habia valido de cuantos resortes se ofrecen á un hombre osado i emprendedor, habia entablado asimismo negociaciones con la república de Chile, de la que esperaba un refuerzo de 3000 hombres que deberia reunirse con la citada espedicion. El coronel Urdininea habia de penetrar contemporáneamente desde el Tucuman hasta Oruro con igual fuerza; i el cuadrillero Lanza, que se habia reforzado considerablemente en los altos de la ciudad de la Paz debia cooperar al movimiento general. Dichas tropas de Colombia debian formar un cuerpo de 4000 hombres con los restos de Buenos-Aires i Chile que estaban en el Callao, é imponer á los realistas por el centro. Se contaba finalmente con el aumento de 2500 hombres que componian las partidas de guerrilla, dedicadas á hostilizar al ejército español.

Todas estas fuerzas debian caer á la vez sobre los realistas i envolverlos en una completa destruccion: ¡tan fantásticos eran los vaticinios de los republicanos, los que sino correspondieron á las grandiosas miras del gefe que los habia proyectado, pusieron en claro á lo menos su estraordinaria actividad, tanto mas admirable, cuanto que nadie creia realizable aquella empresa! Es verdad que necesitó de pocos esfuerzos para interesar en su causa á los demas estados de América, demasiado preparados á segundarla por hallarse convencidos de la necesidad de acabar de una vez con un enemigo tan peligroso que amagaba la ruina política de todos ellos mientras que tuviese las armas en la mano.

El ejército real del Perú era el único que tremolase el pendon de Castilla en el continente de América, i era interés de todos los revolucionarios hacer cuantos sacrificios sugiere el mas furioso entusiasmo por constituir al Perú bajo el mismo pie en que se hallaban ellos. Varias naciones estrangeras por una equivocada política aumentaban los recursos de los independientes con cuantiosos empréstitos de nu-

merario i con facilitarles buques, armas, gefes, oficiales, pertrechos i cuanto pudieran necesitar para dar robustez á su ilegítimo empeño.

La España ocupada en la restauracion de su Monarca á la plenitud de sus derechos, i en desterrar de su suelo la revolucion i la anarquía, ningun ausilio podia prestar á los valientes hijos que peleaban á cuatro mil leguas de distancia. El ejército real del Perú abandonado asimismo, sin un solo buque de guerra, sin poder reemplazar los españoles que morian ó se inutilizaban, careciendo de todo recurso, i de todo elemento guerrero menos de valor i constancia, tenia contra sí todas las probabilidades de la victoria.

Empero despreciando los esforzados españoles toda consideracion que no condugera al templo de la gloria, se preparaban á invadir la capital del Perú, con cuyo motivo habia pasado el general Valdés á reforzar el ejército del Norte con los batallones de Gerona i Centro, i con los escuadrones de la Guardia. Las voces que habian circulado de que ufanos los peruanos con el ausilio de las tropas de Bolivar, deseaban la aproximacion de los realistas para decidir de una vez aquella contienda, apresuraron la marcha de éstos, en quienes obraba todavia con mayor fuerza el deseo de desconcertar para siempre las esperanzas de los ilusos. Aunque sospechaban que pudiera salir alguna espedicion para las costas del Sur, no alteraron por eso sus planes por que esperaban que aun en tal caso lo largo de la navegacion i la dificultad de proveerse de caballos i bagages despues de haber desembarcado, les habia de dar tiempo suficiente para dirigir desde Lima á aquellos puntos las tropas que se creyesen necesarias. Asi pues, llegó á ocupar la capital en 18 de junio el ejército real, compuesto de 8 á 9⊘ hombres, mandado por los generales Canterac i Valdés; este último en la clase de gefe de estado mayor, despues de haber batido durante su marcha las partidas de Huavique, Ninavilca, i Vivas en Chincha i Durasmayo.

Luego que los independientes supieron con certeza la

aproximacion de los realistas, desistieron de sus bravatas, i se retiraron á la plaza del Callao con todos cuantos efectos de algun uso ó valor pudieron trasportar para que no cayeran en manos de sus contrarios. Antes de verificar dicha retirada habian principiado las desavenencias de Riva-Agüero con el congreso, en las que habia tomado parte el general colombiano Sucre con menoscabo del primero: una parte de dicho congreso se habia encerrado en el Callao; el presidente de él se habia quedado con otra en Lima; i los demas se habian encaminado por tierra ácia la costa del Norte.

Apenas se formó la reunion de los diputados refugiados en el Callao, se descubrió el empeño de destituir al citado Riva-Agüero, con el apoyo activo del mismo Sucre, quien para llegar á sus fines dió las mas fuertes quejas contra él, atribuyéndole defectos que eran propios de las apuradas circunstancias del momento. De aqui resultó que esta fraccion del poder legislativo invistiese con el mando supremo del Perú al referido general Sucre, el cual deseando obrar con mas libertad en su alto puesto, sacudió la dependencia de unos i otros, é hiso que todos ellos pasasen á Trujillo á arreglar en aquel punto sus diferencias.

El ejército real se habia situado en la hacienda de Concha, distante una legua del Callao; pero bien informado Canterac de los movimientos de los enemigos sobre las provincias del Sur, dispuso que salieran sin pérdida de tiempo para el interior tres batallones, dos escuadrones i dos piezas con el general Valdés, quedando todavia con fuerzas suficientes para guarnecer la capital i amenazar los fuertes del Callao, á los que reconoció prolijamente en 26 del mismo mes, haciendo nuestros cuerpos ostentacion i alarde de su valor.

El nuevo gefe militar supremo se figuró que el modo mas seguro de alejar de aquella parte las tropas realistas seria el de embarcar algunas de las suyas para reforzar las del Sur, i asi lo verificó enviando 2500 hombres, i saliendo sucesivamente él mismo con otros 500 en direccion de Quilca, tocando antes en Chala. No se equivocó el general colombia-

no en su concepto, pues que las noticias de esta nueva espedicion, la falta de provisiones i la internacion de Santa Cruz á las provincias de la Sierra, obligaron al general Canterac á retirarse sobre sus antiguas posiciones, levantando el bloqueo del Callao al amanecer del 16 de julio, despues de estraer de Lima las máquinas de la casa de moneda, i de ofrecer convoi i raciones á las familias que quisieran trasladarse á los pueblos tranquilos del Perú. Mas de 59 personas de todos sexos i edades abandonaron la capital en medio de las mayores necesidades i privaciones, prefiriendo la muerte entre los realistas á la vida entre los disidentes. Mucho mayor habria sido el número de los emigrados si se les hubiera podido proporcionar los bagages necesarios.

El general Canterac se dirigió á Huancavelica enviando sobre Córdoba al general Monet con una division, i al general Loriga con otra al valle de Jauja. Estas tres columnas siguieron tranquilamente su marcha sin que hubieran recibido el menor quebranto. Cuatro dias antes de la evacuacion de la capital se habian cubierto de gloria los esforzados tarmeños derrotando por sí solos i sin el apoyo de ninguna tropa á la division insurjente de Huánuco en las inmediaciones de su misma ciudad.

La espedicion de Santa Cruz se habia reunido al frente de Iquique en 15 de junio; i habiéndose destacado una columna de 400 hombres sobre Arica para sorprender al escuadron de dragones de Arequipa, situado en el valle de Asapa, el coronel Elespuru, encargado de dar este golpe, lo verificó con tanta felicidad, que ya al dia siguiente se hallaba en su poder dicho escuadron, 139 caballos i mas de 200 mulas. Este fue un golpe mui sensible para el virei, quien vió contrariada una parte de sus planes por tan inesperado contraste, que proporcionaba á los rebeldes los medios de recorrer la costa, buscar recursos, i emprender sus operaciones un mes antes de lo que podia esperarse.

El 17 llegó Santa Cruz á Arica, i al dia siguiente saltaron en tierra todas las tropas. Parte de la caballería se apo-

deró de Tacna; el coronel Pardo de Cela salió para Quilca con dos compañías, i Santa Cruz avanzó ácia Moquehua. Habiendo dividido su ejército en dos cuerpos, reservándose el mando del primero, i confiando el del segundo á Gamarra, emprendió la marcha desde Torata el 16 de julio con direccion al Desaguadero; i el activo Gamarra se movió en el mismo dia desde Tacna sobre Oruro por el camino de Tacora i San Andres de Machaca. Procediendo Santa Cruz sin esperimentar el menor tropiezo en el tránsito, tomó en 29 de julio posesion del puente del *Inca*, i el 7 de agosto ocupó la ciudad de la Paz. Gamarra llegó el 10 del mismo mes de agosto á Calamarca, desde donde hizo retroceder al general Olañeta, que con 1500 hombres marchaba sobre Puno en conformidad con las órdenes que le habia dirigido el virei. Siguiendo el referido Gamarra su movimiento sobre Oruro, se le reunió poco antes de entrar en esta ciudad el guerrillero Lanza con 600 hombres.

La fortuna habia mirado hasta aquí con sonrisa al caudillo insurjente: parece que todo obraba á su favor de un modo que superaba todavia sus locas esperanzas: el coronel Urdininea se habia movido de Jujui con 1ϑ hombres para llamar por aquel lado la atencion de las tropas de Potosí; Arenales estaba levantando un cuerpo de gauchos para coadyubar al buen éxito de aquellas operaciones: algunos destacamentos de caballería realista habian sido derrotados en Pisco por otro de granaderos á caballo ausiliado por las guerrillas.

La espedicion de Sucre, compuesta, segun se ha dicho, de 3ϑ hombres, i dirigida por él mismo, i por los generales Lara, Alvarado, Pinto i Miller, desembarcó parte de ella en Chala á las órdenes del último en 21 de julio, i la restante se dirigió á Quilca.

El general Valdés, que con los cuerpos ya citados se habia separado del general Canterac á fines de junio, llegó el dia 5 de julio á Cañete, campó el 11 en las inmediaciones de Ica, i el 14 en Córdoba, desde donde resolvió tomar el

camino de la Sierra. El dia 25 supo sobre la marcha que parte de la última espedicion salida del Callao habia hecho su desembarco en las inmediaciones de Chala; i aunque podia lisonjearse de dar á estas tropas un golpe decisivo, juzgó sin embargo mas útil á los intereses generales no perder en estas atenciones un tiempo que podia ser tan precioso para destruir los planes de Santa Cruz. El dia 28 llegó á Andahuailas dicha division de Valdés en el mas brillante estado de salud á pesar de las fatigas consiguientes á un viage tan largo, i de los obstáculos que ofrecia el terreno.

Brilló sobre manera en esta rápida marcha el celo, actividad é inteligencia del teniente coronel don Juan Tena, capitan de ingenieros, que tanto se habia distinguido en las campañas anteriores, i que supo conservar su buen nombre hasta la batalla de Ayacucho, en la que desempeñó iguales funciones en la division de vanguardia. El 1º de agosto estaban todos aquellos cuerpos en marcha, que emprendieron por separado para que fueran menores sus privaciones, habiendo tomado la posta el dia 19 el general Valdés para Sicuani, en donde se hallaba el virei.

Este celoso gefe se habia situado en aquel punto i en sus inmediaciones con un batallon i un escuadron que se estaban organizando en el Cuzco, i con dos piezas de montaña, bajo la inmediata direccion del brigadier don Alejandro Gonzalez Villalobos, únicas tropas de que podia disponer por entonces. Desde que supo por la llegada de Valdés al cuartel general el 2 de agosto que sus tropas habian ya pasado de Andahuailas, dispuso el movimiento de las de Arequipa á Sicuani, ordenando que el brigadier Carratalá marchase sobre Puno con un batallon i dos escuadrones, i que el resto de su division quedase en Arequipa el mando del coronel don Manuel Ramirez con el objeto de defender aquella ciudad contra pequeñas fuerzas, ó de obligar á Sucre á marcar decididamente su movimiento.

Habiendo salido al mismo tiempo Valdés en direccion de Puno con el batallon i escuadron que estaban en Sicuani,

con cuyas maniobras se proponia el virei llamar la atencion de Santa Cruz sobre el Desaguadero, i evitar su reunion con Gamarra, de la que podia resultar la ruina de Olañeta, llegó el 16 á Puno, i sin aguardar las tropas de Carratalá, se dirigió contra una columna que tenian los enemigos en Pomata, la que se retiró sin hacer la menor defensa. Habiendo llegado el referido Carratalá al mismo punto el 22, salieron ambas divisiones al dia siguiente ácia el rio, cuyo puente hallaron cortado i defendido por 4 piezas. Reconocida aquella posicion i la fuerza enemiga, se retiró á Zepita, desde donde hizo el 24 nuevos reconocimientos sobre el Desaguadero habiendo debido prepararse el 25 al ataque que era de esperar, luego que supo que aquellos habian cruzado dicho rio. Entusiasmado Valdés con la idea de que no siendo esquiva la suerte al ardor de su ánimo i al esfuerzo de sus tropas, podia cubrirse de gloria en aquella ocasion, i fijar asimismo la suerte incierta del Perú, aguardó al enemigo con la mayor ansiedad.

Como el pueblo de Zepita no presenta posicion alguna ventajosa, se retiró á un tiro de cañon á la gran llanura que se estiende á retaguardia; i fue continuando su movimiento retrógrado á medida que se aproximaban los insurjentes hasta llegar á una loma pendiente, pero de fácil acceso que se encuentra á legua i cuarto de dicho pueblo de Zepita, i sobre el mismo camino. Siendo la estension de su frente mui proporcionada al número de sus tropas, se posesionó de ella con tanta oportunidad i tan feliz suceso, que á los pocos minutos habia logrado dispersar la infantería de Santa Cruz, i poner fuera de accion su artillería; pero cargando con denuedo los húsares contrarios al mando del mayor Soulange i del comandante Aramburu, paralizaron los triunfos de la division realista, que habrian sido decisivos si la caballería hubiera desplegado igual bizarría que la infantería. El campo sin embargo quedó por Valdés; su pérdida fue menos considerable que la de los insurjentes, quienes se retiraron sucesivamente al Desaguadero avergonza-

dos de no haber obtenido las ventajas que se prometian de la superioridad numérica de sus fuerzas. Valdés se replegó asímismo en aquella noche sobre Pomata, para evitar nuevos ataques del enemigo, envalentonado con los triunfos de su caballería.

Se hallaba sumamente inquieto dicho general Valdés en el momento de su retirada, pensando en la desgraciada suerte que iba á correr una compañía de infantería que habia mandado situar desde Zepita en el estrecho de Tiquina á fin de observar el paso del Desaguadero por aquella parte: para comunicar sus órdenes á dicho destacamento, era preciso pasar por algunos pueblos i rancherías de indios sublevados, i chocar con el ejército enemigo, que tal vez se hallaba interpuesto; la comision era difícil i arriesgada, pero don Francisco Martinez de Hoz no trepidó un momento en admitirla, i la llevó á cabo con tanta felicidad i acierto que no perdió un solo hombre. Este benemérito realista, que desempeñaba entonces el empleo de comisario de guerra i de pagador del ejército, se hizo acreedor á nuevos ascensos i distinciones, no solo por este importante servicio sino por sus anteriores méritos i honrosa carrera que habia recorrido por la senda de la fidelidad desde el año 1806 en que entró al Real servicio en la capital de Buenos-Aires.

Salió el virei de Sicuani el 18 á la cabeza de la division que habia traido de Lima el referido Valdés; i apénas supo la accion de Zepita, forzó sus marchas, i se presentó el 28 en Pomata, en donde se reunieron ambas fuerzas. Formando dos divisiones de la infantería, una al mando de Carratalá i otra al de Villalobos, poniendo la caballería á las órdenes del coronel Ferraz, i dando á reconocer á Valdés por gefe del Estado mayor general, se dirigió á cruzar el citado rio del Desaguadero. Informado de que 40 leguas mas abajo sería fácil vadearlo, ó construir en él un puente, emprendió aquel movimiento que producia al mismo tiempo la ventaja de tomar en flanco hasta cerca de Sicasica todas las posiciones que podian ocupar los enemigos, de impedir la reunion

de Gamarra con Santa Cruz, i de cortarles la comunicacion con Sucre i con su gobierno.

Calacoto era el punto que se habia indicado, en el que se halló todo el ejército el dia 2 de setiembre i quinto de su marcha, de lo que puede colegirse la celeridad con que ésta se verificó. Era ya demasiado tarde para que se tratase en aquel dia de superar los obstáculos ofrecidos por la caudalosa corriente i por los 60 guerrilleros que se hallaban á la parte opuesta decididos á defender el paso; lo cruzó sin embargo la bizarra compañía de la guardia del virei poniendo en precipitada fuga á sus defensores: en aquella noche se fabricaron dos balsas para pasar los enfermos, municiones i bagages.

Al amanecer del dia 3 se puso todo el ejército en movimiento. Agarrados los infantes de las colas de los caballos, i conducidos otros sobre las balsas de que se ha hecho mencion, se hallaban todos á las dos de la tarde á la otra parte sin mas desgracia que la de 5 caballos i algunas mulas: el paso difícil de este rio hará siempre honor á aquellos militares, que no consultando sino los consejos de su valor, se arrojaron ciegamente á los peligros que se presentaban á su vista. Siguiendo su marcha sin interrupcion, llegaron al dia siguiente á la hacienda del Marqués, en donde se presentó un parlamentario de Santa Cruz, con la idea de informarse de la situacion i número de aquellas tropas. No pudo éste disimular su sorpresa al verse recibido por un oficial de Gerona, que formaba parte de la division que Valdés habia sacado de Lima, la que parecia imposible que en tan poco tiempo hubiera podido recorrer las 360 leguas que mediaban entre uno i otro punto.

Desatendiendo por lo tanto el virei La Serna las comunicaciones de aquel caudillo, movió su ejército para las pampas de Viacha, recogiendo ya en este tránsito algunos dispersos; i continuando su marcha por Calamarca, los Molinos, Sicasica i Panduro, supo el dia 9, en este último punto, la reunion de Gamarra con Santa Cruz; i creyó por

lo tanto que los insurjentes tratarian de sostener una batalla campal i decisiva.

Empero los enemigos habian principiado á desalentarse con la llegada de las tropas del general Valdés, i con las acertadas maniobras del virei, i solo pensaban en retirarse á pesar de lo brillante i numeroso de su ejército, que no bajaba de 7000 hombres á aquella sazon. Al amanecer del 11 salió el ejército de Querarani en direccion de Oruro, en donde se hallaba ya el enemigo; mas á poco tiempo de haber roto la marcha, varió de direccion ácia Sepulturas por un movimiento de flanco, ejecutado con la mayor maestría i precision, i campó aquella noche á las inmediaciones de dicho pueblo, habiendo logrado tener al enemigo todo el dia sobre las armas i abrir la comunicacion con la division de Olañeta, que se iba aproximando desde Potosí.

Conoció Santa Cruz, aunque tarde, su error en no haberse opuesto al citado movimiento de los realistas; i deseoso de enmendar aquella falta que le privaba de la superioridad que hasta entonces habia tenido, emprendió su marcha en la misma noche del 11 con toda su fuerza por el camino de Sorasora, de modo que al amanecer del 12 se halló sobre el flanco izquierdo de los realistas, quienes poniéndose asímismo en marcha, le hicieron suspender la suya i tomar posicion, la que abandonó tan pronto como conoció el marcado empeño de los realistas en atacarla, i corrió á salvar sus tropas bajo los fuegos de dicho fuerte de Oruro.

Frustrada en este dia la batalla, que los realistas deseaban dar á los patriotas, se dirigieron aquellos por la tarde á Sorasora, con la doble idea de buscar forrage i de proteger la reunion de la division de Olañeta, que se verificó al dia siguiente en el citado punto de Sorasora, en la que venia de segundo el brigadier don José Santos de la Hera, gefe político i militar de la provincia de Potosí, á cuyo celo i actividad se debió primeramente el que la misma division que habia entrado en Potosí, con solos 1500 hombres huyendo de Gamarra volviera á salir á campaña con 1000 de aumento, i se

debió en gran parte el acierto sucesivo en las operaciones que le fueron confiadas.

El 15 al amanecer se puso el ejército en marcha para Oruro, en cuyo punto se hallaron 60 enfermos i mas de 100 hombres estraviados i desertores. El 17 se hallaba cerca de Sicasica á consecuencia de una marcha activa i penosa de 31 leguas, verificada en dos dias, de la que la historia militar ofrece raros ejemplos, cuando se presentó la caballería enemiga en actitud de disputar el paso; mas luego se vió que este imponente aparato no tenia mas objeto que el de dar tiempo á que su infantería se alejase de aquel pueblo, como lo verificó, pero con tanta precipitacion, que se dejó muchas cargas de equipages i armas.

Ya desde este momento principió el desórden i la confusion: hombres cansados, cargas, armas, cartucheras, caballos, mulas, i cuanto marca el terror de un ejército batido por su misma torpeza i aprehension, cubrian el camino por espacio de cinco leguas. Poco antes de llegar á Ayoayo se reunió la caballería enemiga con su infantería; i mui pronto se halló toda la caballería realista en disposicion i con deseos de dar una carga impetuosa, que agregando nuevos títulos á la gloria del coronel Ferraz que la mandaba, asegurase el destrozo final de aquellos prófugos. La solicitud del valiente Ferraz sin embargo fue desatendida á pesar de los nobles sentimientos que la dictaban, porque no era prudente empeñar aquella arma cuando la infantería se hallaba tres leguas á retaguardia.

Al romper la marcha el ejército español el 18 en Ayoayo, salió la mayor parte de la caballería con 800 infantes al mando de Valdés en persecucion del despavorido enemigo. No bien habia andado aquel bizarro gefe una legua, cuando ya encontró pelotones de soldados rezagados, que pudieron evadirse de las filas apenas habia entrado la noche: siguiendo rapidamente en persecucion de unas tropas ya desmoralizadas i destruidas por sí mismas, se las hizo perder el poco órden que las restaba; i arrojando por todas partes

fusiles, municiones, pertrechos de guerra, la imprenta, que habia sido el vehículo principal de sus embustes i patrañas, i cuanto podia embarazarles la fuga, iban los rea listas aprovechándose de aquellos despojos, i recogiendo los infinitos desertores i dispersos que se hallaban en to das direcciones.

Conservaban los rebeldes todavia su artillería i parque á retaguardia, i era de la mayor importancia apoderarse de ella: confió Valdés esta comision al capitan don Juan Martin con 75 caballos, quien derrotó completamente en las cercanías de Viacha 200 lanceros enemigos sin que hubieran podido salvarse de la muerte sino el teniente coronel Navajas que los mandaba i unos cuantos soldados, habiéndose debido en gran parte este feliz golpe de mano á la buena direccion que supo dar á los realistas el comisario de guerra don Francisco Martinez de Hoz, á beneficio de sus grandes conocimientos locales i de su celo. Aunque Martin no logró el principal objeto de su comision, no fue menos importante el resultado de su valor, por haber destruido la citada columna de caballería, con cuyos despojos regresó al ejército á recibir como premio de sus fatigas i de su lealtad la gratitud i admiracion de sus dignos compañeros de armas.

Al ver el vergonzoso desconcierto de las tropas de Santa Cruz, creyó el virei que todas habian de rendir las armas á discrecion sobre el Desaguadero, esperando que serian ejecutadas fielmente las instrucciones que habia dado mui de antemano al comandante militar de Puno, de apoderarse del puente tan pronto como Santa Cruz lo hubiera abandonado, i de cortarlo cuando llegase el caso de ser útil aquella medida. La falta de cumplimiento de esta órden tan importante salvó al enemigo de su ruina total.

Olañeta fue enviado á este tiempo á la Paz con el armamento, prisioneros i demas despojos del ejército enemigo; el virei trasladó el 20 su cuartel general á Tiahuanaco; La Hera pasó á situarse sobre el Desaguadero con 200 infantes i 60 caballos; i Ameller se dirigió por la derecha con 400 hombres ácia el estrecho de Tiquina. El primero halló en la



Paz un número considerable de enfermos i dispersos; La Hera hizo rendir las armas el 21 á las tropas que defendian los parapetos del rio en la orilla opuesta, con cuyo brillante suceso acabaron de desordenarse los rebeldes. Ameller se apoderó en el mismo dia del estrecho de Tiquina, de sus balsas i guarnicion, quedando asi dueños los realistas de los dos pasos mas importantes.

Lo que todavia sostenia en parte el abatido espíritu de algunos independientes era la esperanza de que la division de Sucre se hubiera aproximado al Desaguadero; mas quedaron todos abismados en el mayor desconsuelo i desesperacion al ver completamente fallido su cálculo tambien por esta parte.

Apenas el virei, que se hallaba en Tiahuanaco con Valdés i con el cuartel general, recibió aviso del importante triunfo de la Hera, mandó suspender la construccion de balsas flotantes, que habia creido necesarias para cruzar dicho rio, pues no entraba en su cálculo que el referido general La Hera pudiera haber destruido con tanta felicidad á un enemigo defendido por buenos parapetos i por aquella caudalosa corriente que se hallaba intermedia.

Dicho virei llegó el dia 22 á Zepita, en cuyo punto se habia situado La Hera desde el dia anterior á consecuencia de haberlo abandonado Santa Cruz, poseido del último grado de confusion i desórden. Carratalá fue enviado con una pequeña columna sobre las huellas de estos prófugos, á los que dió alcance en las inmediaciones de Santa Rósa, les tomó mas de 200 prisioneros con 3 piezas de artillería, i les dispersó los demas en distintas direcciones, i especialmente sobre Moquehua, á cuyo punto llegaron 800 hombres, únicos restos de aquel orgulloso ejército de 7000, con que Santa Cruz habia desembarcado en Arica tres meses antes.

Como la division de Sucre habia llegado á conmover los partidos de Lucanas i Parinacochas, i á dar algun cuidado por la facilidad i propension de muchos de aquello

pueblos á agitarse luego que se alejaban las tropas realistas, marchó el general Canterac sobre el citado partido de Lucanas con cuatro batallones i tres escuadrones, dejando el resto de sus fuerzas en Jauja al mando de Loriga; mas no bien tuvo Sucre noticia de este movimiento cuando abandonó su primera línea, i reuniendo todas sus tropas sobre Quilca i Cumaná, se dirigió á Arequipa, de cuya ciudad se retiró el coronel Ramirez cuando vió aproximarse en fuerzas superiores á los enemigos, á los que habia reconocido anteriormente en Quilca á espensas de una ligera herida.

Informado Canterac del repliegue de estos tomó el camino del Cuzco á fin de librar sus tropas de las quebradas mal sanas de la costa i de las fragosas subidas i bajadas del camino medio, logrando asimismo el objeto de asegurar la tranquilidad de aquel pais, verificar su reunion con las fuerzas del citado Ramirez, i prepararse á bajar sobre Arequipa en caso de que el virei no necesitase de su ausilio. A los primeros avisos que tuvo Sucre de la reunion del virei con las tropas de Potosí i de la retirada de Santa Cruz sobre el Desaguadero, salió de Arequipa en 24 de setiembre en direccion de la Sierra con la idea de ponerse en comunicacion con su desgraciado compañero, i de prestarle los ausilios de que pudiera necesitar. Redobló entonces Canterac su activa marcha desde el Cuzco para situarse entre estos dos caudillos i batirlos en detalle. Aunque este plan parecia de difícil ejecucion por ser doble la distancia que tenia que recorrer Canterac, se conseguia á lo menos el segundo objeto que era el de aproximarse al virei para segundar sus bien concertados movimientos.

La noticia de la destruccion del ejército de Santa Cruz i de la marcha del virei sobre Puno, dió lugar á nuevos planes por parte de Canterac i Sucre: el primero marchó sobre Apo por el camino del Despoblado al mismo tiempo que el virei tomaba aquella direccion por el de Lampa; i Sucre regresó á Arequipa ejecutando igual movimiento las partidas que habia adelantado hasta las inmediaciones de Puno.

Acobardada la infantería colombiana, abandonó aquella ciudad i tomó la direccion del puerto de Quilca para refugiarse en sus buques. Aunque el virei forzó entonces la marcha con sus fatigadas tropas, no pudo á pesar de su afan i energía llegar á Apo hasta el 7 de octubre, en donde supo que ya no era posible dar alcance á la infantería enemiga, pues que sola la caballería habia quedado en Arequipa, con el mismo Sucre, que intentaba reunirse con Santa Cruz, ó mas bien salvar los restos del ejército derrotado.

Fue entonces cuando dispuso la salida del brigadier Ferraz con 150 caballos en union con 250 cazadores de Cantabria al mando del coronel de este cuerpo, don Antonio Tur, contra dicha caballería, que constaba de tres escuadrones, i contaba por sus gefes al mismo Sucre, á los generales Pinto i Miller i al coronel Raulet. Era la intencion del benemérito Ferraz tomar la direccion del *Botadero* á fin de evitar el encuentro de las avanzadas que los enemigos tenian situadas en Cangallo, que era otro de los caminos que conducian á Arequipa; pero habiéndose estraviado el guia en aquella noche en que debia verificarse la sorpresa, se hizo por lo tanto mui arriesgada esta empresa, de la que se habria retraido cualquiera otro gefe que no tuviera un temple tan firme como Ferraz, i unas tropas tan entusiasmadas i decididas.

Tomadas las medidas mas oportunas para dar el ataque en las mismas calles de Arequipa, destacó dicho gefe una columna por la izquierda en direccion del puente, en tanto que él marchaba contra la mayor fuerza enemiga que se retiraba por el frente. Aunque la espresada columna de la izquierda fue arrollada por haber principiado con demasiada precipitacion su movimiento, no por eso se desconcertó Ferraz, si bien necesitó de mayores esfuerzos para enmendar aquel primer defecto. Fueron con efecto batidos los rebeldes en la calle del Sauce, i perseguidos furiosamente hasta el puente, en donde rehechos con las tropas que no habian entrado en accion, volvieron á dar el frente, i á ofrecer á las nuestras nuevos triunfos.

Puestos los insurjentes en retirada fueron alcanzados segunda vez á dos leguas de la ciudad en direccion de Huchumayo, i cargados con igual vigor i decision; pero reconociéndose mui superiores en fuerza á los realistas que se habian atrevido á perseguirlos, presentaron una actitud tan respetable, que indicaba su resolucion de comprar con su sangre el honor que habian perdido en los primeros choques. En medio del fuego guerrero que respiraba el gefe realista conoció lo crítico de su posicion i la necesidad de desplegar heróicos esfuerzos para que la victoria no abandonase su constancia i empeño: destacado el comandante Echezarraga con 50 caballos por el frente, se dirigió Ferraz precipitadamente por el flanco derecho á tomar la izquierda de los 200 que todavía quedaban á los insurjentes; pero como este segundo movimiento era mucho mas largo á causa de un barranco de difícil acceso, hubo Echezarraga de hacer alto para dar lugar á que su gefe ejecutase aquel movimiento.

La indecision i poco tino del general Miller en no haber atacado á la primera columna, salvó en este dia á los realistas de su ruina. Respiró Ferraz cuando vió que los enemigos no habian avanzado de su posicion, i aun mas cuando le dejaron aproximar sin haberle presentado mas ofensa que una descarga de sus carabinas; se arrojó entonces con tanto denuedo i vigoroso impulso que quedó enteramente deshecha aquella formidable columna cerrada que habia formado Miller.

En esta última i decisiva carga que siguió por el espacio de legua i media, acabaron de perder los rebeldes todos sus soldados i oficiales, pues apenas se salvaron 25 ó 30 de los primeros i 4 de los segundos, que no pudieron ser perseguidos por hallarse rendidos de la fatiga los caballos de Ferraz. Fueron los trofeos de esta ilustre jornada la rendicion de un comandante, un capitan, 4 subalternos i 160 independientes, la muerte de 5 oficiales i 47 soldados, i la toma de 142 caballos ensillados, 98 carabinas, 120 cartucheras, 100 i tantos sables, 60 lanzas, i 3 clarines, ademas de los despojos que pudieron recoger los vecinos de Arequipa, i los ofi-

ciales i tropa de infantería que marchaban á retaguardia.

Pocas acciones hai comparables con la presente, ya se considere por la parte de arrojo ó por la de inteligencia: 320 caballos enemigos fueron completamente destrozados por menos de la mitad de la fuerza de aquella arma; porque si bien la infantería tuvo una parte gloriosa en el principio de la refriega, las cargas sucesivas fueron dadas esclusivamente por la caballería: se hicieron por lo tanto altamente recomendables gefes, oficiales i tropa, i especialmente su digno coronel Ferraz, cuya pericia, decision i valentía desplegadas en esta ilustre jornada, habrian sido suficientes para darle opinion militar, si ya su anterior carrera llena de lucimiento no le hubiera grangeado el afecto de sus gefes i el respeto de sus subalternos.

Entró el virei en 10 de octubre con toda la caballería en Arequipa enmedio de los vivas i aclamaciones con que aquellos habitantes espresaron el amor al Monarca español, cuyo retrato habia aparecido ya en uno de los balcones de la plaza, i las campanas se estaban repicando en el mismo momento en que Ferraz batia en ella la caballería de Sucre el dia 8. La infantería de Canterac pasó por Arequipa el dia 12 siguiendo su marcha hasta Huchumayo, á donde se dirigió tambien su caballería, asi como tres batallones i un escuadron de las tropas que habia traido el virei.

Llegó este ejército el 14 á Siguas, en cuyo punto se separaron ambos cuerpos para llenar dos distintos objetos: el general Canterac marchó el 15 en direccion de Mages para caer sobre Huamanga; el general Valdés retrocedió á Vitor para observar la division de Sucre que poco tiempo despues marcó su movimiento al N. desde Camaná. En el mismo dia 12 en que salian las tropas de Arequipa en direccion del N., lo ejecutó ácia el Sur un batallon i un escuadron á las órdenes del general Carratalá para situarse en Moquehua i forzar el reembarco de las reliquias de Santa Cruz en Ilo, i de las que se hallaban en Arica con Portocarrero. Aquel pudo llevarse á efecto; mas no este, porque instruido Portocarrero de la poca fuer-

za con que se habia adelantado, i seguro de salvarse en sus buques aun á su misma vista por tener el puerto de Arica atrincherado i protejido por los fuegos de la fragata Prueba, ocupó el valle de Asapa i paralizó el movimiento de los realistas.

Al mismo tiempo que las tropas de Valdés acababan de espeler de las costas del Sur á los espedicionarios de Santa Cruz i Sucre, se cubria de gloria el brigadier Olañeta en los campos de Cochabamba. Habiendo recorrido victoriosamente los Yungas i valles de Sicasica, llegó el 15 al punto de Alzuri, en donde con solos 800 hombres destruyó completamente una columna de 1600, acaudillada por Lanza, Velasco i Blanco, tomándoles 500 prisioneros, inclusos 31 oficiales, i apoderándose del campo cubierto de cadáveres, del que se recogieron asimismo 600 fusiles, 600 correages, 30 lanzas i toda la artillería i pertrechos, sin mas pérdida por su parte que la de 20 muertos i 25 heridos. Lanza pudo fugarse por los altos de Colomi, Blanco por Viluma, i Velasco por Sacaba: éstos i los pocos soldados que pudieron sustraerse á los mortíferos golpes de aquella refriega lo debieron al cansancio de los caballos de los realistas que les impidió salir en su persecucion.

Terminada felizmente esta dificil i desigual campaña que elevando el honor de los españoles al mayor punto de esplendor i grandeza podrá hacer época en los anales americanos, se retiró el virei al Cuzco para volver á sus antiguas tareas administrativas, i Valdés, nombrado ya general en gefe del ejército del Sur quedó encargado de las operaciones de la guerra por esta parte. Habiendo salido el 1º de noviembre para Moquehua el batallon de Gerona, i al dia siguiente el mismo Valdés, recibió en aquel punto avisos positivos de la direccion de Sucre sobre Pisco, i de la de Santa Cruz con sus miserables restos al Norte. Si bien estos movimientos ofrecian las mas seguras garantías á la pública tranquilidad, se presentaron nuevos motivos de alarma con el arribo á Arica de otra espedicion de 2500 hombres procedentes de Chile, que debia haber cooperado con las que habian salido del Callao.

Habiéndose mandado pasar al citado punto de Moquehua á los escuadrones de granaderos, salió Valdés para Tacna con los batallones de Gerona i cazadores para observar de cerca las maniobras de los chilenos; pero al llegar á Sama el dia 12 supo que ya estos estaban reembarcados, si bien no se hicieron á la vela hasta el 17 en direccion del Norte. Se repitió sin embargo aquella alarma el dia 25 en que recibió nuevos partes de diferentes puntos, anunciando que dicha espedicion regresaba otra vez á Arica, como lo verificaron algunos de los buques en el mismo dia i sucesivamente los demas; mas se averiguó mui pronto que su ocupacion era la de hacer aguada, sin duda con la idea de regresar á su pais, ya que habia sido frustrado completamente el gran plan de la coalicion americana, i cuando supieron la caida de Riva Agüero, por cuyo impulso esclusivo se habia movido aquella fuerza.

Temiendo sin embargo el general Valdés que el objeto de estos espedicionarios fuese el de llamar las tropas realistas al Sur para hacer su desembarco en Quilca si eran reforzados por alguna division de Lima, mandó pasar á Arequipa dos escuadrones que se hallaban en Puno á fin de paralizar sus progresos, en tanto que espedia los ausilios que podian necesitarse.

Asi terminó esa famosa liga que con tanta razon habia estremecido el edificio monárquico, i conmovido la entereza de los que peleaban por el mas digno de los soberanos. De los 7000 espedicionarios tan solo 1300 llegaron á embarcarse incluyendo en este número las partidas de Portocarrero; pero uno de los trasportes que conducia 300 húsares de la legion peruana fue apresado por un corsario español titulado *el general Valdés*, i enviado á Chiloe: cerca de 30 oficiales de diferentes cuerpos, entre ellos el aventurero Soulange, Correa, Hill i el marques de San Miguel fueron trasbordados al citado corsario con la idea de que estuvieran mas aseguradas sus personas; pero habiendo tenido este buque la desgracia de naufragar perecieron dichos oficiales i cuantos se hallaban

á su bordo. Asi, pues, escasamente regresó al Callao la séptima parte de dicho ejército. Los 39 de Sucre abandonaron asimismo con bajas mui considerables i pérdida de toda su caballería aquel pais que les habia sido tan fatal: los 2500 chilenos hicieron un paseo tan inútil como costoso, arrojando al mar todos sus caballos; la numerosa columna de Lanza fue derrotada completamente; los refuerzos de Jujuí no pudieron dar un paso adelante; todo el Alto Perú i la mayor parte del bajo quedaron libres de enemigos; las tropas del Rei adquirieron el renombre de invencibles, i cautivaron con el prestigio de la victoria la voluntad de muchos pueblos que habian mostrado una decidida adhesion por la independencia.

Esta brillante campaña consolidó la opinion del virei Laserna, que la habia dirigido en persona. Sus bien combinados planes, la asombrosa movilidad que supo dar á sus tropas, la precision i acierto de sus maniobras, i su teson i constancia hicieron que triunfase completamente del orgulloso Santa Cruz i de sus ausiliares, quienes desde este momento no pudieron menos de respetar un gefe tan recomendable por la actividad de sus operaciones guerreras i esfuerzo de su brazo, como por lo distinguido de sus talentos políticos i por la sagacidad de su entendimiento.

Estos funestos reveses i contrastes para los insurjentes influyeron considerablemente en el descrédito de los mandones de Lima i en el desaliento de las tropas con que pensaban todavía continuar la opresion de aquellas provincias. Viendo Bolivar los apuros de los independientes peruanos i las dificultades de ganar terreno sobre el brillante ejército realista, pidió i obtuvo del congreso de Bogotá el permiso de acudir con su espada al sostén de tan impia causa; i embarcándose sin dilacion en Guayaquil, con direccion al Callao, hizo su entrada pública en Lima el 1º de setiembre en medio de las mayores aclamaciones de los abatidos sediciosos que se figuraban ver en aquel caudillo al salvador de su ilegítimo partido. El marques de Torre Tagle retuvo el título de presiden-

te, pero enteramente subordinado á la voluntad del gefe colombiano.

En el entretanto Riva Agüero, que habia reunido en Trujillo los miembros del congreso fugados del Callao, dispuso que se abriesen nuevamente las sesiones bajo sus auspicios. Sus primeras disposiciones se dirigieron á levantar tropas que lo sostuvieran en el mando, habiendo sido tan eficaz su empeño en esta parte que al poco tiempo tenia armados i equipados mas de 3⁹ reclutas, sacados de las provincias del Norte. Tenia proyectado Bolivar entronizarse en el Perú alejando del poder á cuantos sugetos de influjo i de prestigio pudieran hacerle sombra: Riva Agüero fue por lo tanto mui pronto el blanco de su persecucion: las desavenencias suscitadas entre aquel, Torre Tagle, Sucre i una parte del congreso, habian enconado los ánimos hasta un punto dificil de describirse: la irritacion contra dicho Riva Agüero creció con haber adoptado algunas medidas antipopulares, cuales fueron la supresion del mismo congreso de Trujillo i las negociaciones entabladas con el virei Laserna para zanjar amistosamente los negocios de aquel reino.

Fortalecido Bolivar con tales armas, intervino en esta cuestion que podia llamarse puramente nacional; i poniendo en práctica primeramente todos los medios del exhorto, de la dulzura, i de una aparente conciliacion, descubrió por fin sus planes verdaderos de destruir aquel peligroso enemigo; lo que consiguió sobornando algunos de sus gefes de mas confianza, i en particular al coronel Lafuente, por quien fue arrestado ingrata i pérfidamente, puesto á la disposicion de su inexorable rival, i conducido á Guayaquil sufriendo toda clase de tropelías i vejaciones, de las que fue libertado finalmente por la poderosa mediacion del almirante peruano don Martin Jorge Guise, i facultado á embarcarse para Europa en compañia de su fiel amigo i compañero de infortunios el general Herrera.

Este revolucionario i el general San Martin se hallaron casualmente al año siguiente disfrutando de un mis-

mo asilo, que fue la ciudad de Bruselas, en donde se sepultaron las locas aspiraciones i gigantescos proyectos de aquellos dos génios emprendedores, que habian estremecido la América del Sur con el ruido de sus armas i con el fuego de su seduccion é intriga. ¡Nuevo ejemplo del fin que deben prometerse los traidores á sus gobiernos respectivos!

Aunque el orgulloso Bolivar se habia puesto á la cabeza de la revolucion peruana, estaba mui lejos de tener la menor confianza en el buen resultado de su empresa: el aspecto de los negocios públicos era sumamente lisonjero para los realistas á fines de este año. Desde la jornada feliz de Ica habian recorrido una carrera de triunfos i glorias; los enemigos habian sido batidos cuantas veces habian tenido serenidad para ponérseles al frente; el dominio de estos se ceñia por lo tanto á la sola capital de Lima i á los paises situados al Norte de esta ciudad; el resto de aquel reino desde Tarma hasta veinte leguas mas adelante de Tupiza, que es una estension de cerca de 600, estaba sujeto á las armas de S. M. i disfrutaba de la mayor tranquilidad, asegurada por la decision de sus habitantes que pedian á porfia armas i ausilios guerreros para defenderse contra las desordenadas falanges rebeldes, cuyo espíritu opresor i violento habia borrado las primeras impresiones de independencia, i dejado en su vez con sus estorsiones i tropelías las semillas de desagrado i aversion.

Los pueblos que mas se distinguieron en la efusion de sus leales sentimientos i que con mas empeño pidieron ser armados en defensa de los Reales derechos fueron los de Cangallo, Castrovireina, Huancavelica, Iscuchaca, Vilca, Moya, Cuenca, Chongos, Chupaca, Sicaya, Tarma, Acobamba, Palcamayo, Huasahuasi, i otros muchos que se hicieron acreedores al aprecio i gratitud de las legítimas autoridades. Eran por lo tanto batidas las gavillas en todas direcciones, ofreciendo los medios de distinguirse á varios gefes realistas que dieron nuevas pruebas de su vigilancia i decision.

Fue uno de ellos el teniente coronel don Cayetano Avalle, quien derrotó en el dia 1º de diciembre en las inmedia-

ciones de Cahuachi á los caudillos Castañeda i Abarca, matándoles 13 hombres, haciéndoles 16 prisioneros, entre ellos al mismo Abarca, i apoderándose de varias armas de chispa i corte, monturas i caballos. Otro fue el teniente coronel don Francisco Narvaez, quien batió asímismo al amanecer del dia 13 en el vado del Trapiche á la gavilla del Negro Pola, poniéndola en completa dispersion. No fue menos honroso el empeño con que el comandante del batallon de Guías del general don Joaquin Bolivar resistió al anochecer del mismo dia 13 en la hacienda de Huanca á un furioso ataque de mas de 500 insurjentes de infantería i 130 de caballería, á pesar de que la fuerza realista era mui inferior numéricamente, pues que se componia tan solo de tres compañías del citado cuerpo i de 30 húsares de Fernando VII.

El brigadier don José Ramon Rodil, que habia sido destacado por el general en gefe sobre la costa de Ica, batió completamente el 18 de diciembre á los caudillos Pardo Cela, Huavique i otros, causándoles bastante pérdida de muertos i prisioneros, en cuyo favorable resultado tuvo una parte activa el comandante de caballería don Manuel de la Canal. El general Monet, acompañado por el coronel Tur salió al encuentro de algunos partidarios que se habian adelantado sobre Llockllapampa con objeto de robar los ganados de la provision del ejército, i los puso en fuga dejando castigada su osadía.

Empero á pesar de tan ilustres victorias, debidas esclusivamente al genio guerrero de los comandantes españoles i á los heróicos esfuerzos de sus bizarras tropas, i sin embargo de haber sabido rectificar con su prestigio la opinion estraviada de aquellos pueblos, no dejaban de llenarse de aprehension al tender la vista sobre el aislamiento en que estaban constituidos sin ninguna clase de comunicacion con la península i entregados á los solos recursos de su valor é ingenio.

Tenian por otra parte en el mismo territorio un formidable enemigo cual era Bolivar, armado con todos los rayos

del poder de Colombia i con la mágica fuerza de su nombre: su república estaba resuelta á vaciar todos los medios de la fuerza i de la intriga en obsequio de la independencia peruana: igual era la decision de los demas estados de la América española, emancipados ya de hecho de la madre patria, i que no podian contar con la seguridad de sus triunfos revolucionarios en tanto que mantuviesen las armas en la mano las entusiasmadas tropas del virei Laserna.

Se habia visto por esperiencia que los pueblos de este vireinato variaban facilmente de opinion siguiendo siempre el partido victorioso. Como la guerra tiene tantas vicisitudes, i que el mas afortunado i esperto general no siempre puede contar con los dones de la fortuna, era de temer que si las armas realistas sufrian algun contraste se perdiese con igual rapidez la gran preponderancia que habian adquirido á fuerza de sudores i de costosos sacrificios; i se hacia preciso por lo tanto obrar con mucho pulso i circunspeccion para no presentar flanco alguno que malograse unos servicios tan distinguidos. El génio de la discordia sin embargo encendió en el año siguiente sus abrasadoras teas, á las que no pudo menos de sucumbir la lealtad i la constancia.

Es mui sensible confesar que las desavenencias entre los mismos gefes realistas fueron la causa de su destruccion. Dificilmente se combinan las sublimes virtudes con la moderacion i templanza: la ambicion de gloria, que ha sido característica á los españoles en todos tiempos i edades, ha tenido las mas veces por falsas compañeras la negra envidia i el ignoble resentimiento: estos defectos, demasiado comunes en nuestros guerreros, han producido daños incalculables á los intereses del Soberano, i han puesto varias veces su autoridad, especialmente en América á la orilla del precipicio. Infinitos ejemplos nos ofrece la historia de esta amarga verdad desde los primeros tiempos de la conquista; no es, pues, estraño que los hayamos visto repetidos en los tiempos modernos, si bien parece que debiéramos haber aprendido con tan costosos desengaños á deponer esos fogosos impulsos que

lejos de conducir al templo de la fama, rebajan los méritos contraidos para lograr un dia su entrada en él.

Quisiéramos por lo tanto borrar la sentencia pronunciada por un antiguo guerrero, mui conocedor de las virtudes i defectos de nuestra nacion, «*de que los españoles son demasiado fieros para estar mucho tiempo unidos.*» Ganarian mucho la monarquía i los pueblos si pudieran conciliarse ambos estremos: quedaria entonces elevado nuestro carácter al mayor punto de gloria, i nada tendríamos que envidiar á las demas naciones del globo. Somos por lo tanto mui contrarios á los principios adoptados por el legislador de Lacedemonia, quien segun nos dice Plutarco en la vida de Agesilao, sembró en el gobierno la ambicion i los celos como semillas de virtud. Tal vez estas teorías serian útiles en aquellos tiempos; pero en los presentes son siempre semillas de desórden i de ruina para los mismos gobiernos.

Antes de concluir este capítulo daremos una idea de las negociaciones abiertas por el gobierno constitucional con los revolucionarios de América, principiando por sus primeras operaciones practicadas en la capital de Buenos Aires.

Parecerá estraño que se hable en este lugar de sucesos correspondientes á las provincias del Rio de la Plata; pero no lo es en realidad, si se considera que aquellos estuvieron intimamente enlazados con los del Perú. La historia de Buenos-Aires por otra parte ofrece tan poco interes desde el año 1821, que damos por concluida ya nuestra tarea con respecto á aquel punto en el capítulo del año 1820, en el que hemos redactado cuanto puede empeñar la atencion pública: desde aquella época no se ha visto mas que la porfiada guerra con el Brasil terminada en 1828, acalorados debates entre los gobernantes, interminables discordias, disgusto general i anarquía. Se ven repetidas en este desgraciado pais casi todos los meses las tiránicas escenas de las antiguas legiones pretorianas, dando el imperio ó el mando al mayor postor ó al que sabe grangearse mejor la gracia de la desordenada soldadesca.

Desde que se restableció en España la malhadada constitucion de Cádiz, se observó en los principales directores de este sistema un empeño indirecto por la emancipacion de aquellos dominios, ó á lo menos una indiferencia absoluta sobre su suerte. Al ver algunos una conducta tan estraña llegaron á pensar que tal vez el vacilante estado del nuevo sistema les impelia á mendigar la amistad de los americanos con menoscabo i detrimento de los intereses de la madre Patria, á fin de proporcionarse un ventajoso asilo si la mal calculada aplicacion de sus nuevas instituciones ó su impopularidad los derribaban de su encumbrado puesto.

No bien escarmentados todavia con los malos efectos producidos por la intempestiva alocucion del congreso de regencia del mes de febrero de 1810, la que lejos de cautivar el ánimo i voluntad de los revoltosos criollos, en desagravio de cuyas infundadas quejas se deprimió injustamente la autoridad de los vireyes i gefes realistas, les prestó todos los medios de alzarse con los esterminadores rayos de la rebeldía i ambicion, encubiertos bajo la sancion real; no bien desengañados los corifeos liberales de aquel yerro político tan trascendental i funesto (1), ó tal vez olvidados de aquella amarga leccion, resolvieron entrar en negociaciones con todos los estados revolucionados de América.

Despues de varios debates en las córtes, en las que se notó que preponderaba el partido americano, al que nuestros diputados peninsulares prestaban una ciega deferencia con el bien conocido designio de asegurarse de sus votos para que fueran aprobadas las proposiciones que lisonjeaban mas sus intereses, su ambicion ó sus caprichos, se dieron varios

---

(1) Estamos bien distantes de creer que los individuos que formaban el consejo de regencia de aquella época hubieran sido capaces de causar á ciencia cierta el menor perjuicio á los verdaderos intereses de la Monarquia española: no fue, pues, su error efecto de malicia ó de falta de probidad i de virtudes, i sí de equivocacion de cálculo en atribuir á los disidentes americanos sublimes virtudes, i elevacion de sentimientos que han estado bien distantes de su conducta.

decretos en 13 de febrero i en 28 de junio de 1822 sobre el nombramiento de comisionados para dichos dominios de Ultramar. Don Juan Ramon Osés, magistrado honorario del supremo tribunal de justicia, i don Santiago de Irrisarri, brigadier de marina, fueron nombrados para Nueva España; el brigadier don Francisco del Pino lo fue para Guatemala; el brigadier de marina don José Sartorio, i el capitan de fragata don Juan Barri lo fueron para Costafirme; i salieron para Buenos-Aires el magistrado de la audiencia de Chile don Antonio Luis Pereira i el teniente coronel don Luis de la Robla.

Apenas llegaron estos dos últimos á Buenos-Aires, que fue á principios de 1823, empezaron á tratar con los insurjentes sobre los preliminares que debian producir el reconocimiento sucesivo de su independencia; i firmaron en 4 de julio una especie de convenio ó armisticio que debia durar por el espacio de diez i ocho meses, durante cuyo tiempo se resolveria la gran cuestion americana, i en el entretanto reconocian dichos comisionados la independencia en la parte comercial, puesto que se habia estipulado una perfecta armonía en aquella clase de relaciones, i la admision en los puertos de España de la bandera insurjente de dicho punto de Buenos-Aires.

Dificil es atinar si verdaderamente llevaron aquellos negociadores facultades tan estensas del gobierno constitucional, i tan repugnantes al sentido comun i al honor español, ó si se dejaron alucinar por las pomposas i quiméricas promesas que les hicieron los republicanos de Buenos-Aires, de ausiliar á la España para sostener su efímera libertad con la misma suma de veinte millones de duros, que habia sido decretada por las cámaras de Francia para reponer á S. M. C. en la plenitud de sus derechos. Si fue grande el desvarío de parte de los unos en ofrecer lo que ni en sueños podian jamas realizar, lo fue todavia mayor de parte de los que creyeron en su posibilidad. No contentos dichos comisionados con el resultado de sus insulsas negociaciones en Buenos-

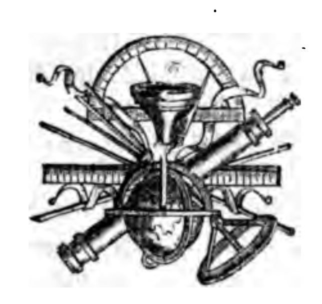
Aires se dirigieron al respetable virei Laserna para que se conformase con la titulada convencion preliminar en lo concerniente á su vireinato; i los republicanos en este punto quisieron hacerla estensiva á todo el continente de América, con cuyo motivo fue nombrado el general Las Heras como plenipotenciario cerca de dicho virei.

Empero este ilustre general, que acababa de ceñir sus sienes de los mas ilustres laureles, no solo en las batallas de Ica, Toraca i Moquehua, sino tambien en la reciente campaña contra Santa Cruz que habia mandado en persona, no quiso acceder al armisticio ó suspension de armas con el gobierno rebelde de Buenos-Aires, sino se establecia como base principal el reconocimiento de la autoridad real en el Perú, i la retirada de la division titulada de los Andes, que habia sido enviada en ausilio de los disidentes de aquel vireinato.

El brigadier don Baldomero Espartero fue encargado por el referido virei para oir las proposiciones de Las Heras, con cuyo gefe tuvo sus sesiones en la ciudad de Salta, sin que hubieran podido avenirse en sus respectivas pretensiones. Espartero manejó su comision con todo el pulso i acierto que la misma requeria, i adquirió por lo tanto nuevos grados al aprecio i consideracion de la suprema autoridad que se la habia confiado. Las Heras se empeñó, pero infructuosamente, en presentarse á conferenciar en el Cuzco con el mismo virei, i hubo de regresar por lo tanto á Buenos-Aires á aumentar con tal malogro el desaire de los enviados constitucionales, reducidos al mayor abatimiento i miseria, no solo por la nulidad de sus poderes, sino por falta de los medios mas precisos para su subsistencia, como resultado de la protesta de letras libradas sobre el banquero de Londres.

Asi, pues, terminaron aquellas necias negociaciones, inventadas por la mala fé, dirigidas por la ceguedad de los partidos, i sancionadas por la estúpida credulidad i torpe compromiso. Tal debe ser siempre el éxito de toda operacion que no esté fundada en razon i justicia, en leyes funda-

mentales de los estados i en la opinion de los pueblos. Las bayonetas podrán hacer que enmudezca por un momento el derecho i la legitimidad; pero el mismo silencio, producido por la sorpresa, es el signo mas positivo de la fuerza con que se prepara el huracan político á destruir las obras que no tienen sólidos cimientos.



CAPITULO XX.

CHILE: 1823.

Perversa conducta de Carrero. Accion del Carrizal contra Senosiain. Reunion de éste con Pico. Muerte desgraciada del cura Farrabu. Desmoralizacion de las tropas realistas. Crítica posicion de sus dos gefes. Abandono de algunos indios fieles. Muerte del esforzado Pico. Retirada de Senosiain á las montañas. Su desesperada situacion. Discordias de los independientes. Estado de los negocios á fines de este año.

El desleal européo don Antonio Carrero, que se habia pasado á los insurjentes á fines del año anterior, segun va indicado en aquel capítulo, les supo inspirar tan ciega confianza, que le encargaron del mando de una division de 500 hombres, con la que tuvo el atrevimiento de volver á pasar el Biobio, yendo precedido en su marcha por proclamas las mas artificiosas i seductoras á fin de atraer al partido de la independencia á aquellos esforzados realistas que habian jurado sepultarse en sus ruinas antes de reconocer tan sacrílega causa. Habiendo sido Senosiain ascendido en este tiempo á teniente coronel mayor de dragones de la Frontera, i ocupado la vacante que habia dejado el citado Carrero, tuvo la gloria de ser el primero en medir las armas con este traidor el 16 de febrero en el punto del Carrizal, partido de Santa Juana.

Aunque el comandante realista no tenia mas que 80 caballos, cargó sin embargo á su competidor con tanta decision i arrojo, que le obligó á volver caras en busca de su infantería, cuyos fuegos hirieron al valiente Senosiain i le mataron asímismo el caballo que montaba: se vió por lo tanto precisado á retirarse, cediendo el campo á su contrario, no sin haber quedado sorprendido de ver lo enervado que se hallaba el espíritu de este malvado, cuya causa atribuyó fundadamente al envilecimiento producido por su mismo delito, pues que no era posible que tan pronto se volviese cobarde quien tenia tan acreditada su valentía i esfuerzo.

Incorporado Senosian al coronel Pico, que era el comandante principal de todas las fuerzas realistas, logró tener una parte activa en dos acciones importantes que sostuvieron las armas del Rei en 30 de marzo i 7 de abril, la primera en Collico contra el coronel insurjente Vulnes, quien debió retirarse á Nacimiento con pérdida de 300 caballos; i la segunda en Duqueso contra el teniente coronel Urquizo, el cual debió asímismo retirarse con no pocos descalabros.

Mientras que el coronel Pico burlaba las tentativas de los insurjentes, por la parte de los Angeles, el cura Farrabu estendia sus correrías por el partido de Arauco con éxito tan favorable, que llenó de aprehension i alarma las guarniciones insurjentes del mismo Arauco, Colcura, San Pedro i Santa Juana, causándoles pérdidas de consideracion, i apoderándose de dos cañones i de cuatro cargas de municiones; pero cuando este fiel realista estaba fraguando los planes de adquirir mayores triunfos en aquella noble carrera, tramaban sus enemigos los medios de destruirle. Seducidos algunos indios pertenecientes á su columna, introdujeron sigilosamente en la montaña una gruesa partida de tropa en el mes de julio i sorprendieron á aquel decidido eclesiástico en el rancho, al que se habia retirado una noche á descansar de sus fatigas.

Conducido á la plaza de Colcura, fue pasado por las armas por órden del intendente de Concepcion Juan de Dios Rivera, cuyo gefe léjos de ofrecer con esta sentencia á los

sostenedores del imperio español un correctivo de su laudable tenacidad, les proporcionó un magnífico ejemplo de lealtad que debió arraigarlos mas i mas en sus nobles sentimientos. Estando ya sentado en el banquillo de muerte el citado sacerdote sin que la vista del horroroso suplicio que iba á sufrir, abatiese en lo mas mínimo su elevado espíritu, quiso dar la última prueba de su fidelidad al Soberano español esclamando con un tono de voz firme i asegurado, «que »perderia mil vidas que tuviera en obsequio de tan venerado »objeto, i que no era digno de entrar en el templo de la »gloria quien no imitára su heróico ejemplo antes que sucumbir á las sacrílegas miras de los profanadores del altar »i del trono.»

Sin embargo de éste i otros rasgos de firmeza i decision que desplegaban de cuando en cuando los realistas, habian sido sumamente funestos los resultados de la defeccion de Bocardo i Carrero; i se habia desmoralizado de tal modo el ejército, que reinaba entre todos sus individuos una horrible desconfianza, enemigo el mas peligroso que se ofrecia para que pudiese prosperar tan noble causa. Los comandantes Pico i Senosiain habian llegado á recelar aun de los que tenian dadas las mas relevantes pruebas de adhesion á los Reales derechos: sus temores se acrecentaron hasta el estremo de hacerse recíprocamente la guardia mientras que dormian; pero á pesar de tantos contrastes i tropiezos; i sin embargo de ser su situacion la mas apurada, era tan firme el temple de alma de Pico (que se hallaba adornado asímismo de la imaginacion mas fecunda en recursos i ardides), que léjos de desmayarse en su noble empeño de sostener con su espada la autoridad Real en aquellos dominios, afectó mirar con indiferencia la suspension de armas que algunos indios habian estipulado con los insurjentes de Chile, i miró con igual desprecio á unos i á otros, aunque con este apoyo adquirian mayores fuerzas los segundos.

Los pueblos del Este de la cordillera de los Andes, conocidos con el nombre de Pegüenches, i el cacique don Juan

Manquin Bueno, que jamás quiso entrar en negociaciones con los enemigos, se valieron de la citada suspension de sus vecinos para mover una fuerte division á las órdenes del coronel Barnachea sobre el territorio de Arauco, que invadieron por casi todos los puntos de la frontera. El coronel Pico en el entretanto, aunque reducido á la corta fuerza de 300 hombres mal armados i peor municionados, buscaba con la mas ansiosa solicitud una ocasion favorable de adquirir alguna victoria, con cuyo prestigio esperaba que habia de mejorar el aspecto de su desgraciada posicion; pero la inconstante fortuna habia decretado su ruina, la que no pudo evitar á pesar de su denodado espíritu é infatigable celo.

Estrechado por los rebeldes en todas direcciones, se vió precisado en 29 de octubre á sostener en *Buréo* un temerario choque contra cuadruplicadas fuerzas, en el cual rindió su grande alma al irresistible impulso de dos estocadas que recibió en el pecho en el momento que estaba dando las pruebas mas decididas de arrojo é impavidez. Los rebeldes se entregaron á los mas frenéticos trasportes de alegria con la presa de aquel indomable guerrero: despues de haber recreado todos inhumanamente su vista sobre los venerables restos de tan bizarro español, le cortaron la cabeza i la llevaron dentro de una jaula para colocarla sobre un palo en la plaza de Yumbel, en donde estuvo por espacio de tres meses espuesta á la vista pública. Aunque los estragos que producen las revoluciones lleguen á hacer que desaparezcan los parages que fueron el teatro de las hazañas mas distinguidas; i aunque perezcan los muchos testigos presenciales de ellas, nunca podrá borrarse la memoria de Pico de los anales de Chile, ni su nombre dejará de ser recordado con aprecio i admiracion por el pais que tuvo la gloria de haberle dado el ser.

Despues de la citada derrota de Buréo, habia quedado á la cabeza de solos 100 hombres, que sobrevieron á ella, el teniente coronel Senosiain, como oficial de mayor graduacion. No cabiéndole mas arbitrio que la retirada para salvar aque-

llos débiles restos de la fidelidad i del honor, la emprendió con la mayor precipitacion por lo interior de la montaña, rodeado de peligros i calamidades, sin saber á donde dirigir sus pasos, sin la menor esperanza de consuelo, i sin que nada en este mundo pudiera tranquilizar su agoviado espíritu.

La isla de Chiloe, que era el punto mas inmediato, escasamente bastaba para sí misma, i tan solo podia sostenerse á fuerza de padecimientos, privaciones i continuados sacrificios. Aunque las armas realistas habian conseguido las mas brillantes ventajas en el Perú, los independientes sin embargo dominaban completamente la mar, i era imposible que pudiesen llegar ausilios de aquella parte; la Madre patria se hallaba envuelta en sus discordias domésticas, luchando la inmensa mayoría de los españoles por sacudir el insufrible yugo de los pseudos liberales, i no se hallaba por lo tanto en estado de enviar fuerzas navales sobre el Pacífico. Todas las puertas estaban, pues, cerradas para los defensores de Arauco; no se presentaba al imperturbable Senosiain esperanza alguna de salir de su apurada situacion; nada se ocultaba á este entusiasmado militar, i con todo tomó su irrevocable partido de sostener la autoridad Real hasta donde alcanzasen sus fuerzas, i morir finalmente con las armas en la mano.



CAPITULO XXI.

CARACAS: 1823.

Salida de Morales contra Urdaneta. Retirada de éste á Cúcuta, i de aquel á Maracaibo, á donde concurre tambien Calzada. Reaccion de Santa Marta, sofocada por las superiores fuerzas rebeldes. Movimiento de las tropas de Morales sobre este punto. Algunos choques parciales. Su repliegue luego que supieron la sumision de los samarios. Preparativos de los insurjentes para atacar la ciudad de Maracaibo. Su penetracion en esta laguna. Demasiada confianza de los realistas. Combate naval travado por Echevarría. Derrota de la escuadra insurjente por Laborde en las aguas de Puerto Cabello. Falta de armonia entre los gefes españoles. Fidelidad de los corianos. Salida del ejército para el Mojan. Pérdida de los enfermos salidos de Maracaibo, i sucesivamente de esta misma plaza. Escaseces de los realistas. Separacion de Calzada. Llegada de Laborde al castillo de la Barra. Empeño de Morales en dar un combate decisivo contra el voto de Laborde. Pequeño choque en Punta de Palma. Otro general i desgraciado en Capitan Chico. *Escision i disgusto entre los gefes i oficiales. Sus violentas representaciones para frustrar el movimiento proyectado por Morales sobre Barinas. Capitulacion de este ejército. Calzada en Puerto Cabello. Su bizarra defensa. Perdida de la Vigía. Apurada situacion de esta plaza. Entrada de los rebeldes en la ciudad con el apoyo de un desleal español. Calzada prisionero. Arrojo*

de Calderon. Honrosa capitulacion de Carrera. Rápida reseña de las principales fases revolucionarias hasta el presente. Reflexiones críticas.

Habia salido el victorioso Morales en los últimos dias del año anterior desde Trujillo contra Urdaneta, que se habia situado en la Grita con 800 hombres. Para caer rápidamente sobre dicho cuerpo, formó al llegar el dia 2 de enero á Mendoza, una columna escogida de 600 infantes i 50 caballos; mas luego que Urdaneta tuvo noticias de su aproximacion se retiró á los valles de Cúcuta; i Morales que no tuvo por conveniente estender sus operaciones por aquella parte i si tan solo rectificar la pública opinion, retrocedió ácia San Cárlos de Súlia con la idea de embarcarse en aquel punto para Maracaibo.

Su segundo en el mando, don Sebastian de la Calzada, que habia quedado con los batallones de Valencei i cazadores del General sobre los pueblos de Burusai i Betijoque con orden de regresar á los cuatro ó cinco dias al citado punto de Maracaibo por el de Gibraltar, llegó á aquella ciudad el 19 del mismo mes i algunos dias antes que el citado Morales. Aunque esta retirada se hizo con el mayor orden i sin que los enemigos hubieran opuesto el menor obstáculo, llegaron las tropas realistas con 400 hombres de baja, debida á la propension de los soldados venezolanos á desertarse cuando ceden el terreno al enemigo, siendo en este caso tan grande su desaliento como denodado es su espíritu cuando avanzan con la esperanza de la victoria. Un corto destacamento que dichos realistas habian dejado en Trujillo cayó en poder de los enemigos, quienes volvieron al momento á ocupar todo el pais.

Ocurrió ácia este mismo tiempo uno de los sucesos mas sérios é importantes, el cual podia haber producido los mas felices resultados á las armas del Rei, si hubiera recibido un impulso combinado i una acertada direccion: hablamos de la reaccion de Santa Marta, de ese modelo de la fidelidad i

decision. Desde algun tiempo se estaba tramando el modo de derrocar el gobierno insurjente: el europeo don Vicente Puyals, de quien hemos tenido ocasion de hablar honrosamente en varios lugares de la presente historia, don Juan Texidó, tambien español, don Francisco Labarcés vecino de la Ciénega, don Francisco Lezama natural i regidor de Maracaibo, don Francisco Antonio Linero i otros leales americanos eran los directores de este atrevido plan, para cuyo cumplimiento faltaban tan solo algunos fusiles que tenian pedidos al general Morales i al gobernador de Santiago de Cuba.

El citado Labarcés, como natural que era del valle de Upar i de bastante influjo entre sus habitantes, podia contar con 300 hombres dispuestos á segundar su movimiento i á apoderarse de la ciudad de los Reyes. Se contaba asimismo con los *Colorados* de Ocaña, cuya mayor parte se hallaba dispersa, aunque algunos vivian astutamente vendidos á los insurjentes. Se habian abierto asimismo estrechas relaciones con los pueblos de las Sabánas del Corozal i Tolú de la provincia de Cartagena, que en todas épocas habian dado inequívocas pruebas de su adhesion á la Madre patria. Mas el foco principal de esta revolucion existía esencialmente entre los fieles indios i zambos de la provincia de Santa Marta: todos los que sobrevivieron á las desgraciadas acciones de noviembre de 1820 se habian retirado á los montes sin que se hubiera aflojado en lo mas mínimo su indomable valor i sin que fueran menos ardientes sus deseos i esperanzas de ver restablecida en todo su lustre la autoridad real.

Todo, pues, se iba disponiendo del modo mas lisonjero para dar un golpe seguro: los directores de esta empresa aguardaban los ausilios de que se ha hecho mencion para ponerse en movimiento. Se habia manejado con tanto tino i acierto la reaccion que mui pocos de los convocados sabian los nombres de sus compañeros, ni debian saberlos hasta que estallase el rompimiento. Todo el empeño de dichos realistas se dirigía á ponerse en comunicacion con Morales; pero como el gefe insurjente Montilla se habia situado entre Santa Mar-

ta i Maracaibo, quedó totalmente ostruido el paso entre ambos puntos.

Por mui reservado que tuviesen los realistas los proyectos de dicha reaccion, llegó á traslucirse en el valle de Upar, en donde fueron aprisionados 5 ó 6 individuos; i como de sus declaraciones no se pudiese inferir que hubiera ramificaciones en otros puntos, vivian los insurjentes en la mayor confianza, cuando divulgada la voz de que los citados presos que habian sido ya trasladados á Santa Marta iban á sufrir el último suplicio en Cartajena, se exaltó la ira de los indios de aquella provincia, i avanzándose sobre San Juan de la Ciénega, batieron las pocas fuerzas de los rebeldes que la guarnecian, i se apoderaron de ella.

Habiéndose escitado pocos dias antes algunas sospechas contra el antiguo capitan realista don Francisco Labarcés, dió el gobernador de Santa Marta, coronel Luis Francisco de Rieux, las órdenes convenientes para su arresto; mas éste eludió aquella providencia con su pronta fuga, i llegó á tiempo de entrar con los indios en el citado punto de la Ciénega á la media noche del 31 de diciembre de 1822.

Apenas tuvo Rieux noticia de este suceso, que fue al amanecer del 1º de enero, envió un buque con pliegos á Montilla pidiendo urgentes ausilios, i mandó avanzar alguna tropa sobre los sublevados para observar sus movimientos. Informado asimismo de que los planes de aquellos se dirigian contra la ciudad, mandó fortificar i cercar con estacada el punto del *Dulcino*, que se halla en el camino de la Ciénega al pie de un pequeño cerro de la costa á unas dos leguas de la capital, abastecer de víveres el Morro, embarcar los papeles importantes i prepararse para la emigracion.

Conmovidos los fieles habitantes de aquella ciudad con tan lisongeras noticias, instaron eficazmente al gefe del partido, don Vicente Puyals, para que con el apoyo de una parte de la artillería i de las milicias que estaban decididas por la buena causa, estallase el movimiento premeditado; pero Puyals, que no veia la necesaria estabilidad en los ne-



gocios, no se atrevió á dar un paso tan arriesgado por no comprometer neciamente una porcion de familias dignas por esta misma nobleza de sentimientos de salvarlas del furor de los enemigos si lograban salir triunfantes de aquella lucha. Los indios de la Ciénega, que deseaban resolver aquella cuestion con un pronto i brusco ataque, se pusieron en marcha en 2 de enero en número de 3 á 400 hombres entre infantería i caballería, mandada aquella arma por Jacinto Bustamante, i ésta por el citado Labarcés i por su hijo don Agapito.

Habiendo adoptado por divisa realista su desnudez hasta la cintura con la idea de manifestar que los leales saben presentar el pecho libre á las balas, llegaron á la posicion del *Dulcino*, en la que hallaron una vigorosa resistencia de parte de los rebeldes. Deseoso Labarcés de ahorrar la sangre de sus soldados, que debia correr copiosamente si se empeñaba en tomarla por el frente, se corrió con su caballería ácia la espalda; cuyo movimiento, apenas fue visto por los enemigos, introdujo en ellos el mayor desaliento, i los puso en la mas precipitada fuga, creyéndose cortados. Don Joaquin de Mier, teniente coronel i comandante de milicias, á quien Rieux habia confiado la defensa de aquel punto, fue el primero que lo abandonó vergonzosamente. Estaban sus oficiales afeando su cobardia, cuando viendo que muchos de sus soldados iban á quitarse la camisa en testimonio de adherirse al partido realista, hubieron de buscar su salvacion en los montes.

Si bien el gobernador de Santa Marta aparentaba una inflexible resolucion de sostener aquella ciudad, surtiendo de nuevos abastos las fortalezas de Santa Bárbara, Betin i el Morro, se fue ya el dia 3 al segundo de estos puntos i empezaron á embarcarse al amanecer del mismo todos los empleados i personas comprometidas; el coronel Carmona se situó en la plaza de la catedral con un piquete de caballería; tan solo 50 milicianos habian quedado en la ciudad, los demas habian pasado á reunirse con los realistas en Gaira. Se-

rian las diez del dia cuando entraron estos con el mayor orden, i Carmona se puso en retirada ácia la Salina con intencion de empeñar un combate en aquella despejada posicion.

Mui pronto i sin la menor resistencia se apoderaron los realistas de la plaza de armas, del cuartel i del parque de artillería; la poca gente que guarnecia estos puntos reconoció sumisamente la autoridad real. Faltaba que rendir la fuerza que mandaba el ya citado Carmona, i se temia que el terco valor de este caudillo hiciera pagar caro aquel triunfo; las primeras tropas que se dirigieron contra él fueron algunos indios armados de fusil pero sin orden ni disciplina. Rechazados éstos, fue enviado don Agapito Labarcés con la caballería i travó un choque sangriento que se hizo asimismo personal: ¡tal era el furor con que se perseguian los dos gefes contendientes! De sus resultas se metieron los insurjentes en Santa Bárbara, desde cuyo fuerte empezaron á cañonear la ciudad.

Era tan grande la impaciencia de los indios por rendir aquel recinto que trataron de darle el asalto; mas habiendo hallado en el parque de artillería una culebrina de á 18, fue presentada al instante contra los rebeldes, quienes á los primeros tiros clavaron la artillería i se embarcaron para Betin. No creyéndose seguro Carmona en este asilo, salió aquella misma noche por la cima del cerro para el pueblo de Taganga, en el que se rindió á los indios armados, con promesa de salvarle la vida.

El Morro, que era la última defensa de los insurjentes, se rindió asimismo á los realistas, habiendo enarbolado la misma guarnicion la bandera de la fidelidad despues de haber aprisionado á su comandante capitan de milicias Ramon Martinez Guerra. El negociante español, don Juan Texidó, que antiguamente habia sido oficial de artillería, prestó en esta ocasion importantes servicios desclavando los cañones de Santa Bárbara, i dirigiendo en gran parte la maniobra.

Sucedió en Santa Marta lo que es propio de toda revo-

lucion en la que no se conoce una cabeza, que dé un concertado impulso á las operaciones. Los negros i zambos se entregaron al saqueo i á la persecucion; los indios que se habian mantenido en el mayor orden i sobriedad para acreditar que su alzamiento no habia tenido miras ignobles i privadas i sí las de dar esta nueva muestra de su acendrada fidelidad, empezaron á alborotarse al ver que otros recibian el premio de sus sudores i sacrificios. Jacinto Bustamante, su comandante, no respiraba mas que odio i venganza, especialmente contra Rieux i Carmona: el primero se hallaba vagando por los montes reducido al último estado de desesperacion; pero perseveraba en su empeño de defenderse si Labarcés no iba en persona á garantizarle la vida.

El génio, pues, i las inclinaciones de los dos comandantes realistas Bustamante i Labarcés, eran abiertamente contrarias: en aquel rebosaban los sentimientos de dureza i rigor, en este los de generosidad i moderacion. De este contraste, sin embargo, resultaba una horrible confusion i anarquia que hacia temer las mas sangrientas escenas. Todos deseaban que una persona de prestigio i sólido juicio se pusiera al frente del gobierno para contener la desenfrenada muchedumbre; los ojos de todos los samarios estaban vueltos al europeo Puyals, quien á su bien acreditada opinion mercantil i á su pulso en los negocios reunia una fidelidad á toda prueba, i una popularidad escesiva. Estaba retirado en su casa sin haber querido tomar parte en aquellos alborotos, hasta que viendo que ya el desorden llegaba á su colmo, se decidió á admitir el gobierno superior con el que se le habia brindado varias veces.

Todos oyeron con placer tan fausta noticia: los ardientes vivas, las músicas i congratulaciones públicas, fueron el mejor testimonio de la aceptacion general. Solo los génios díscolos i sediciosos tuvieron motivo de quejarse de tal eleccion. Sus primeros cuidados se dirigieron á restablecer la tranquilidad i á contener el brazo de los malvados; fue asimismo vigorosísimo su empeño en que se respetasen las vidas

de Rieux i Carmona, segun les habia sido prometido. Bustamante i sus mas exaltados secuaces enmudecieron ante la serenidad i firmeza con que dicho Puyals les afeó su conducta, persuadiéndoles de que no podia merecer el título de verdadero realista quien no estuviese dotado de nobles sentimientos i quien no supiera observar la fe de los contratos.

Despues de haber nombrado sujetos aptos para los diversos ramos de la administracion, mandó salir á los indios para poner en defensa el punto de la Ciénega, i se dedicó con los vecinos de Santa Marta á resistir cualquiera ataque de parte de los enemigos en tanto que llegaban los urgentes refuerzos que habian pedido al general Morales. Fue infatigable el celo de este benemérito realista, ausiliado por su hijo don Vicente Pio, para sostener aquella atrevida empresa, la que conocia sin embargo que habia de estrellarse sino venian fuerzas esteriores á protegerla.

El gobernador de Santiago de Cuba don Gabriel de Torres, á quien se dirigió tambien con igual solicitud, iba preparando una goleta á escitacion de los samarios que habian sido desterrados á aquel punto á consecuencia de una mal meditada conspiracion que fraguaron á los pocos dias de haberse rendido Santa Marta en 1820; pero como se hubiera sabido la ocupacion de esta ciudad por los insurjentes, que se verificó con la misma rapidez con que la habian evacuado, quedaron paralizados aquellos esfuerzos del mismo modo que los de Morales.

Apenas habia recibido Montilla los primeros avisos de Rieux sobre el principio de esta revolucion se embarcó para la citada plaza de Santa Marta, bien distante de creer que con tanta prontitud i facilidad hubieran los alzados asegurado su triunfo; mas al ver tremolar la bandera española sobre la fortaleza de Santa Bárbara pudo evitar el peligro de su persona con una pronta retirada á Rio Hacha. Haciendo salir de este punto algunos corsarios á cruzar á la vista de aquel puerto, i enviando el batallon de Cartagena por tierra sobre la Ciénega se embarcó con el de Antióquia para Sabanilla, á

donde mandó que concurriesen todos los emigrados de Santa Marta. Formando alli un cuerpo de caballería con el nombre de la *Muerte* se preparó á atacar el referido punto de la Ciénega luego que hubiese llegado el batallon de Cartagena.

Despues de algunos choques parciales, sostenidos con vigor por los realistas, hubieron de retirarse para hacer una defensa obstinada: empeñada la accion con la mayor viveza no pudieron los indios resistir á las superiores fuerzas de sus contrarios. Ocurrió esta desgraciada accion en el dia 19 de enero, i como ya al siguiente se hubiera tenido noticia de ella en Santa Marta se introdujo en todos el desaliento que era propio de aquella crítica situacion. Aunque habia algunos decididos á la defensa, eran mui débiles sus esfuerzos para contener la amenazada ruina. Asomaron la cabeza algunos insurjentes que se habian mantenido ocultos, los que unidos con los prisioneros i con algunos oficiales i soldados de Rieux sin embargo de haber jurado ser fieles al Monarca legítimo, se aprovecharon de la confusion de los realistas para saquear algunas casas que habian sido abandonadas.

Puyals i Texidó no tuvieron mas arbitrio para salvarse de aquella borrasca que el de pasar á la prision de Carmona é implorar su proteccion. Puesto éste inmediatamente en libertad, se dedicó á contener los escesos que cometian los referidos insurjentes; i como ya al dia siguiente se hubieran presentado las tropas de Montilla, i por la noche este mismo gefe, se dió una forma estable á su nuevo dominio. Dichos dos españoles habian sido el objeto principal de la ira de Montilla, i fue preciso todo el influjo i firmeza de Rieux i Carmona para que pudieran libertarse de la pena de muerte que habia sido decretada contra ellos; cuya gracia tan solo pudo conseguirse cuando ya habian sufrido todas las angustias de aquel acto tremendo, habiendo llegado al estremo de vendarles los ojos para recibir las descargas del piquete destinado á fusilarlos.

En el mismo dia 22 entraron las fuerzas navales i se desembarcó el batallon de Antioquia con 700 plazas. Toda-

via quisieron los indios de Mamatoco hacer nuevos esfuerzos de bizarría i lealtad; pero sabiendo que se dirigia contra ellos una respetable fuerza de caballería al mando de Carmona, se refugiaron á los montes, irritados mas que nunca contra los colombianos, i resueltos á no reconocer al rebelde gobierno. Batidos por todas partes los fieles realistas, aprehendidos 200 de ellos, i los sujetos que mas habian figurado en aquella reaccion, se formó un consejo de guerra para juzgarlos; i por acuerdo de 2 de febrero fueron sentenciados á la pena de muerte Tomas Avellaneda i Francisco Gonzalez; el primero por haber sido uno de los alborotadores mas desaforados, i el segundo por haber capitaneado la sublevacion del Morro contra su comandante; i los demas sufrieron la confiscacion de todos sus bienes escepto los que tuviesen familia, para cuya manutencion se les dejaron las dos terceras partes, siendo la última parte de su sentencia la deportacion al presidio de Panamá.

No fue este juicio tan sangriento como se habia temido del espíritu vengativo de los disidentes, ni se llevó á efecto con tanto rigor que no hubiera recibido benignas modificaciones hasta el punto de haber ido adquiriendo gradualmente su libertad los diferentes presos. Libre ya Montilla de los cuidados que le habia dado la provincia de Santa Marta, dejó las fuerzas que creyó suficientes para asegurar la tranquilidad que no dejaba de ser turbada por el indomable Bustamante, i por sus obstinados indios de Mamatoco i Bonda, i se dirigió sobre Rio Hacha para rechazar la invasion que el coronel don Narciso Lopez habia hecho en el valle de Upar, i para operar á su consecuencia en combinacion con la escuadrilla insurjente mandada por Padilla i por el francés Veluche, que habia logrado penetrar en la laguna. Es demasiado importante esta campaña para que dejemos de dar apuntes circunstanciados sobre ella.

Apenas tuvo el general Morales noticia de la reaccion de Santa Marta dispuso que se aproximasen dos cuerpos de tropas en su ausilio. El coronel don Narciso Lopez salió en 10

don Jaime Moreno i por el capitan Lameson, sujetos mui prácticos i conocedores de aquella laguna. Ni se enviaron con la debida prontitud los buques disponibles contra dicha escuadra, la que al dirigirse sobre Punta de Palma, se vió embarazada por el espacio de cuarenta horas á causa de haberse varado sus bergantines i dos de sus mayores goletas. Así es, que cuando se presentaron los buques realistas se hallaban ya salvas de aquel tropiezo las dos goletas i uno de los bergantines, i contribuyeron á sostener el combate, cuyo resultado fue la retirada de los realistas.

Ya desde este momento conoció Morales las faltas que habia cometido por su demasiada confianza; i como si tratase de suplirlas con nuevos esfuerzos de vigor i actividad, mandó aprestar con la mayor urgencia toda la escuadrilla, i en 14 del mismo mes de mayo se disponia á salir segunda vez sobre Punta de Palma, i aun algunos de sus buques estaban ya á la vela cuando avisó la vigía que la escuadra enemiga habia levantado ánclas i venia á todo trapo contra Maracaibo. Replegadas en su consecuencia todas nuestras fuerzas sobre la línea de la bahía fondearon los rebeldes cerca de la isla del *Burro*.

La aproximacion de éstos no hizo la mayor impresion en el ejército, que se creia mui superior á todo ataque: debió hacerla mas bien en el general, quien parece se habia complacido al principio en la temeraria empresa de sus contrarios dando por imposible su salida de aquella laguna; á cuya idea debe atribuirse mas bien que á un culpable descuido la falta de precaucion i celo para obstruirles la entrada.

Permanecieron por algunos dias los combatientes marítimos unos enfrente de otros, sin que se empeñasen mas choques parciales, que el del valiente i pundonoroso capitan de fragata don Francisco Sales Echavarría, quien no pudiendo sobrellevar la ofensa que en un momento de acaloramiento habia hecho el general á su opinion militar, buscó la muerte metiéndose con fuerzas desiguales entre los enemigos, sobre

los que estuvo mui á pique de conseguir un triunfo decisivo en medio de su desesperacion.

El dia 24 lo fue de la mas pura alegria i placer. El comisionado Mata llegó de Puerto Cabello con pliegos del capitan de navío don Ángel Laborde, con noticias sumamente lisonjeras: habia sabido humillar la soberbia de los independientes que se creian invencibles desde que habian recibido buques de guerra de Europa, entre ellos un navío de 64 cañones llamado la *Esperanza*, procedente de Holanda con 2009 armas i 1009 uniformes completos, i el bergantin *Cárlos* con 18 cañones, comprado en Inglaterra por cuenta del gobierno colombiano. Mas el placer de haber reforzado su marina se acibaró con la destruccion de la flota que se hallaba al mismo tiempo en las aguas de Puerto Cabello.

Se componia ésta de la *Carabobo*, con 24 cañones i 150 hombres de tripulacion, del *Mosquito*, con 18 de los primeros i 120 de los segundos, del *Záfiro* de igual porte i tripulacion, i de la *María Francisca* con 22 cañones i 98 hombres, formando un total de 82 de aquellos, i 488 de éstos Estando, pues, bloqueando la citada plaza de Puerto Cabello, divisaron á lo largo la escuadra española compuesta del *Diamante* de 24 cañones, de la *Casilda* de 44, de la *Hiena* de 18, de la *Céres* de 32, de la *Constitucion* de 14, i de la *Jacinta* de 16.

Avanzando estas embarcaciones con pabellon inglés, tuvieron los colombianos la imprecaucion de creer verdadera aquella aparente i engañosa divisa. Cuando estuvieron á tiro de cañon se enarboló la bandera española, i se principió el combate; los insurgentes hicieron los mayores esfuerzos para evitar su ruina; mas no pudieron resistir á fuerzas tan superiores, i se rindieron al comandante general Laborde la María Francisca i la Carabobo. Hacía pocos meses que aquella habia sido apresada por los insurgentes á la boca del puerto de Curazao, llevando á su bordo, con procedencia de la Habana, caudales i otros ausilios importantes para Maracaibo. Su comandante habia sido acusado de haber faltado vergon-



zosamente á lo que exigia el honor militar; pero aunque estuvo algun tiempo suspenso de su empleo, parece que logró sucesivamente subsanar su mancillada opinion.

El citado comisionado Mata en el acto de dar parte de este combate naval, llevaba órden del espresado Laborde, de decir que mui pronto vendria en ausilio de Morales. Fueron tanto mas apreciables estos avisos cuanto que ya los realistas se habian convencido de la indisputable superioridad que tenia el enemigo en su marina; mas esta satisfaccion fue amargada al dia siguiente cuando se supo que los valientes i acreditados capitanes Lameson i Cárdenas habian sido separados del mando de la escuadrilla, i que éste se habia conferido á don Tomás Lizardo capitan de la Estrella, quien parece no reunia los conocimientos i el mérito de los depuestos.

Se agravaron los cuidados de los realistas desde que vieron la salida de los buques insurjentes al medio dia del 27 ácia la costa de Gibraltar i Súlia, para tomar á su bordo al general Manrique con 1200 hombres que debian operar en combinacion con Montilla, el cual venia por la Guajira con otros 2500.

El estado de los negocios se presentaba del modo mas triste para los realistas; los enemigos iban á ser tan superiores en fuerzas terrestres como lo eran innegablemente en las navales; la laguna estaba casi enteramente ocupada por ellos; la plaza de Maracaibo empezaba á sufrir la escasez de víveres: todo anunciaba un funesto porvenir en aquellas posiciones. Muchos aconsejaron al general en gefe su salida con todas sus fuerzas (que ascenderian á esta sazon á mas de 4000 hombres), sobre las provincias de Santa Marta, Cartagena ó las interiores del reino que se hallaban totalmente desguarnecidas, pues las únicas tropas que habian quedado en ellas desde que Bolivar habia emprendido su espedicion sobre Quito i el Perú habian pasado á Maracaibo. Existian, pues, fundados motivos para creer que dicho brillante ejército de Morales se reforzase considerablemente con el pronunciamiento de los realistas que no escaseaban por dichas pro-

vincias, en lás que hallaria á lo menos abundancia de provisiones para sostener la campaña, i aun tal vez para adquirir triunfos decisivos.

Empero estaba decretado que el hijo predilecto de la victoria sufriese alguna vez los desdenes de la inconstante fortuna. Morales llegó á desconfiar (al parecer con algun fundamento) de la adhesion de los gefes i oficiales á su persona; juzgó que se iba levantando un fuerte partido para separarle del mando i confiarlo al brigadier Calzada; temió la reunion de todas sus fuerzas en un mismo punto, por cuya causa separó algunas de ellas con pretestos plausibles, aunque con resultados pocos felices.

Los fieles habitantes de la provincia de Coro seguian sosteniendo la autoridad real en medio de los mas duros padecimientos, i de tan fiera miseria que se habian visto precisados á alimentarse con carne de burro, i á falta de ésta con vainilla de Cugies, la que despues de metida en un hoyo de tierra gredosa la machacaban mezclada con aquella tierra formando una masa con la que sostenian sus débiles fuerzas. Sus semblantes sin embargo habian tomado un color amarillento i sus vientres una descomunal hinchazon.

Este fue, pues, el punto á donde Morales dirigió á fines de mayo al coronel don Manuel Lorenzo con el brillante batallon de Valencei, á fin de incorporar á sus filas una columna de 500 corianos, que á pesar de los males descritos conservaba todavía las armas en las manos. Salió al mismo tiempo el teniente coronel don Antonio Gomez con otro cuerpo de tropas á la orilla opuesta del Súlia, á distancia de mas de 70 leguas del coronel Lorenzo.

Ambas divisiones necesitaban de los contínuos ausilios de Maracaibo para sostenerse: en esta plaza empezaban á escasear de tal modo los víveres, que ya no se daba mas racion á cada oficial i soldado que la de media libra de carne de cabra sin pan ni menestra. Las murmuraciones del ejército subieron de punto cuando se dijo que Morales habia desechado las urjentes escitaciones que le habia dirigido el comandante

general de la marina don Angel Laborde, que á este tiempo habia llegado á la entrada de la laguna con su escuadra, para que se replegase á ella con todas sus fuerzas á fin de ser trasladado á donde mejor conviniese á sus planes.

Seguian sin embargo las tropas realistas obedeciendo, aunque de mala gana, las disposiciones de su general á causa del poco acierto con que les parecia eran éstas dirigidas. El empeño que tomaron todos los gefes, i aun el mismo Calzada que tenia mayor influjo sobre su ánimo, para inducirle á su retirada, aumentaron su desconfianza i recelos, i le hicieron tomar providencias precautorias contra muchos individuos del ejército. Empeñado, pues, én dar un combate naval i decisivo desatendió todo otro consejo que no condujera á este fin. Habiendo salido de Maracaibo á principios de junio con todo el ejército i escuadrilla llegó á situarse á la márgen de la embocadura del Mojan.

Las reclamaciones del gobernador de Maracaibo coronel don Jaime Moreno, para que se dejase en aquella plaza una respetable guarnicion, no fueron atendidas. El brigadier Calzada habia quedado en la misma con el objeto de hacer salir los enfermos que pudiesen emprender la marcha i con el de comunicar algunas órdenes á los cuerpos destacados en Coro i Súlia. Conociendo Morales lo espuesta que habia quedado dicha plaza á ser invadida por la escuadra enemiga que tenia á la vista, mandó que el 16 de junio, antes de amanecer, saliesen todos los hospitales con sus enseres, quedando tan solo unos cien hombres de los convalecientes á las inmediatas órdenes del teniente coronel Narváez. Apenas fue avistado este convoi por los insurgentes se arrojaron sobre él, i lo apresaron sin que hubieran podido sustraerse á su persecucion sino mui pocos individuos arrojándose al agua.

Si se hubiera obedecido la órden de Morales con la puntualidad que habia prescrito, se habria podido evitar esta desgracia; pero como una operacion que debia practicarse de noche, se llevó á efecto de dia, no es estraño que tuviera tan fatal resultado.

Informados los rebeldes por los mismos prisioneros del abandono de aquella ciudad, desembarcaron á las cuatro de la tarde por varios puntos de la ensenada que forma el puerto; i á pesar de la empeñada resistencia de los citados convalecientes de Narváez, reforzados con 150 paisanos dirigidos por los comandantes Rojas i don José de Jesus Mata, hubieron de ceder el campo á las mui superiores fuerzas de los enemigos despues de haber sostenido un sangriento combate de mas de tres horas.

No bien tuvo noticia Morales del vivo fuego que se oia por la parte de Maracaibo cuando envió algunas tropas en su ausilio; pero como ya esta plaza hubiera caido en poder de los insurjentes, hubieron de hacer alto hasta que se disponia un ataque combinado por todo el ejército. Habia llegado á este tiempo á incorporarse felizmente con las demas tropas la division de Coro, mandada por el coronel Lorenzo, cuyo gefe, aprovechándose de la distraccion de los enemigos, atravesó por uno de sus flancos la laguna sobre unas piraguas que encontró cerca del puerto de Alta Gracia.

Como al llegar el general Montilla á Garabuya con 2400 hombres no hubiera podido adquirir la menor noticia de la escuadra ni de las tropas de Manrique, que debian facilitarle el paso del Mojan, se vió precisado á retirarse el 16 del mismo mes por falta de víveres ácia la Guajira. Disipados por esta parte los cuidados del general Morales, pasó con todo su ejército á ocupar á Maracaibo, de cuya plaza se retiraron los rebeldes con anticipacion escusando el combate á la sola vista de una compañía, que llevaba de vanguardia el comandante don Jaime Prieto.

Esta ventaja sin embargo mejoraba mui poco la posicion de los realistas; sus privaciones se habian aumentado hasta el estremo de haber habido algun dia en que no se pudo dar racion á las tropas: estas sin embargo sufrian con la mayor alegria i constancia todos sus padecimientos; i creyendo que se pondria un término á ellos atacando decididamente al

enemigo, ansiaban porque llegase tan afortunado momento. Sin embargo de las grandes bajas que habian sufrido á causa de sus penosas marchas i de la insalubridad de los parages que habian recorrido, se conservaban todavia 4000 hombres en el mejor estado moral i físico.

Parece que el general Morales estuvo resuelto desde el principio á fiar la suerte de aquella campaña á un combate naval, i se observó que todas sus disposiciones se dirigian á este objeto. El brigadier Calzada habia sido enviado por Morales al castillo de la Barra para alejarlo de su persona, temiendo que el estado de pugna en que se hallaban ambos pudiera entorpecer las operaciones de la guerra, i alegando asimismo varias quejas contra el citado Calzada. El capitan de navío don Angel Laborde pasó el 18 de julio con 90 hombres á este punto, dejando en crucero sobre los *Taques* la fragata *Sabina*, la corbeta *Ceres* i el bergantin *Hércules*, que por su mucha cala no pudieron ser introducidos en la laguna. Aunque Laborde se esmeró en hacer ver á Morales las funestas consecuencias del choque que trataba de empeñar, se obstinó éste en que se efectuase á todo trance, esperando que el mayor número de sus goletas, i la buena calidad de las tropas que pondria á su bordo harian ilusoria la ventaja que le llevaba el enemigo en la mayor altura i capacidad de sus bergantines i en su mejor artillería.

Viendo Laborde que era inútil toda objecion i reparo, i temeroso de que pudiera ser atribuido á cobardía su negativa de salir con dicha escuadrilla á buscar al enemigo segun le habia ordenado el citado general por el coronel don Narciso Lopez, por cuyo conducto le significaba la grave responsabilidad que le resultaria de la falta de cumplimiento á sus irrevocables disposiciones, se arrojó sobre el enemigo, poseido su ánimo de la mayor tristeza i del mas funesto presentimiento.

Le esperaba aquel á la otra parte del Tablazo en punta de Palma; se empeñó un vivo cañoneo en este primer reconocimiento, sin mas resultado que el de haber tenido algu-

nos muertos i heridos por ambas partes, si bien segun algunos testigos presenciales habria podido el gefe realista conseguir en este dia un triunfo glorioso si hubiera empeñado un combate formal, que parece se presentaba del modo mas favorable.

Situado Laborde en las inmediaciones de *Capitan Chico* se estaba disponiendo á dar el ataque general en el dia 24, i ya no esperaba mas que la entrada del viento para mover sus buques, cuando los enemigos que lo tuvieron favorable, i tal vez deseosos de anticiparse á los planes de los realistas, se dirigieron sobre estos, quienes por hallarse fondeados fueron inferiores en sus maniobras á los contrarios, los que recorrian libremente la línea i causaban considerables quebrantos.

Ambas partes pelearon sin embargo con la mayor obstinacion i furor; pero venció quien tenia mas elementos para asegurar la victoria: la escuadrilla realista fue completamente destrozada; tres de sus buques se volaron espantosamente; la mayor parte de los demas cayó en poder de los contrarios; cerca de 900 hombres fueron puestos fuera de combate. Ni fue esta la sola ventaja obtenida por los rebeldes, sino que representando con reprensible energía una parte de la oficialidad europea contra la marcha del ejército en busca de nuevos riesgos, se vió el general Morales en la precision de capitular el dia 25 mediante pactos sumamente honrosos en medio de aquella menguada desgracia, habiendo sido uno de ellos su traslacion á la isla de Cuba por cuenta de los insurjentes.

Aunque los realistas podian contar todavia con unos 3000 combatientes, llegaron poco mas de mil á Santiago de Cuba; los demas se quedaron en el pais, i entre ellos no pocos europeos.

El brigadier Calzada que habia pasado á Puerto Cabello por orden del general Morales, al parecer con la idea de separar de su lado un gefe cuyas ideas no convenian con las suyas, tomó el mando de dicha plaza apenas llegó á

ella. Sus primeras disposiciones fueron las de enviar su escuadrilla á la Habana en busca de víveres, de los que tan solo tenia para mes i medio. Desembarazados los enemigos de toda atencion interior i esterior pusieron en movimiento sus fuerzas navales i terrestres contra el único punto en que tremolaba todavia el pabellon español.

Ya con fecha de 17 de setiembre escribió el general Paez á Calzada escitándole á deponer las armas por medio de una conciliacion amistosa á fin de evitar los horrores de una guerra, de la que suponia no debia resultarle lustre alguno, atendido el estado de los negocios, que no ofrecia á los realistas el menor asomo de rehacerse de sus anteriores i decisivos quebrantos. Despreciado altivamente por el comandante general español este capcioso lenguage, le fue intimada solemnemente la rendicion de dicha plaza en 23 del mismo mes; i como la contestacion á este segundo oficio fuese no menos noble i decidida que la del primero, principiaron los independientes á desembarcar sus trenes i á establecer baterías.

Desengañados de la poca mella que hacían sus intimaciones á la plaza, que repitieron en estos mismos dias otras dos veces, se dedicaron con el mayor afan á la construccion de sus obras de defensa; i ya el 7 de octubre presentaron una batería artillada con piezas de á 24 sobre la orilla del Mangle en el sitio llamado del trincheron, establecida con el objeto de protejer sus trabajos contra las fuerzas sutiles.

Empeñado Calzada en destruir aquella batería, fió tan importante comision al teniente de infantería don Pedro Calderon, por hallarse adornado asimismo de suficientes conocimientos náuticos para su buen desempeño. Tomando este oficial una flechera con dos cañones de á 12, fondeó á medio tiro de fusil de la citada batería sufriendo al descubierto el vivo fuego que partía de ella, del mismo modo que el de la fusileria, sin que diese la menor señal de temor ó desconfianza; mas habiendo recibido dicho buque cinco tiros á flor de agua hubo de renunciar á su atrevida empresa, si bien logró con

su bizarría i esfuerzo conducirlo, aunque medio anegado, al castillo, despues de haber sufrido la pérdida de 6 muertos i 11 heridos; pérdida mui corta si se considera el mucho tiempo que estuvo esta intrépida tripulacion espuesta á los mortales fuegos de sus contrarios.

Otra batería, llamada de Santa Lucía, amaneció el dia 9 á tiro de la citada plaza, i en la siguiente se vió otra en la vijía baja. Desde la alta, que se hallaba guarnecida por los realistas se avisó que los enemigos hacian igual clase de trabajos en el sitio llamado de los Cocos, i que se dirigía al pueblo esterior una de sus columnas; pero los acertados fuegos de las baterías del Príncipe i del Castillo, destruyeron todos sus proyectos por aquella parte. Sin embargo de este primer tropiezo no desistieron de su empeño, i ya el 14 se hallaba plantada dicha batería á medio tiro de fusil de la primera línea dominando la boca del rio é impidiendo á los realistas de sacar el agua que pudieran necesitar sino eran protejidos activamente por los fuegos de la plaza i de dicho castillo.

A fuerza de teson i de constancia lograron los enemigos aproximarse de tal modo, que ya el 16 habian llegado á abrir una brecha en la casa fuerte, situada á la derecha de la línea esterior; mas su primer asalto fue rechazado con bizarría i felicidad. Continuaban pues estrechando sus fuegos i batiendo en brecha dicha línea en todas direcciones, habiendo crecido el aliento de los sitiadores con la llegada del general insurjente Bermudez i de un batallon de granaderos. Otra intimacion que dirigió dicho Bermudez á la vijía fue desechada con la mayor altivez.

Es inconcebible la obstinacion i furor con que dichas tropas adelantaban sus obras contra los sitiados: aunque les habia sido desmontada la batería que habian construido el dia 15 en la calle real, no fue menor su empeño en arrojarse sobre la puerta de la línea esterior que llegaron á derribar, si bien al dia siguiente fue ya compuesta, i tapada asimismo otra brecha que habian abierto en la muralla.

La pérdida que sufrieron el dia 28 los sitiados con la rendicion de la vijía, defendida por un capitan i 25 hombres, fue sumamente sensible al comandante general Calzada, quien se vió desde entonces privado de los avisos telegráficos, á los que habia debido en gran parte el acierto de sus tiros. La ventaja de dominar todas las posiciones de ambos partidos pasó desde este momento al enemigo, por cuya razon se hizo mas crítica la situacion de los realistas. Ya desde entonces pudieron aquellos adelantar sus atrincheramientos, i la plaza comenzó á sentir mayores quebrantos por el bien dirigido impulso de sus balas, bombas i granadas.

La guarnicion estaba reducida á la cuarta parte de la que se necesitaba para una arreglada defensa; no podian por lo tanto ser relevadas las guardias ni tener el debido descanso; la mayor parte del vecindario habia emigrado á las islas; la que habia quedado en la plaza estaba reducida á la mayor miseria. Sabido por Paez el horrible estado de estos habitantes, pidió la salida de doña Juana Conde, de cuya circunstancia se valió Calzada para que evacuasen la ciudad con dicha señora cuantas personas quisieran seguirla. Despues de haber rechazado los independientes un vigoroso reconocimiento intentado por el gefe de estado mayor realista en el dia 31, i despues de haber dirigido con acierto el bombardeo, intimaron la rendicion en el término de veinte i cuatro horas, espirado el cual serian pasados á cuchillo todos los sitiados.

Sin embargo de estas horribles amenazas, i aunque Calzada desconfiaba de recibir ausilios de parte alguna, creyó sin embargo que se comprometia su honor militar sino estendia la defensa hasta el último grado. Del estado que se formó en 1º de noviembre acerca de la existencia de provisiones de boca i guerra, resultó que las primeras alcanzarian á media racion hasta el 20, i las segundas hasta el 15, si se usaban con economía. Los fuegos contrarios seguian de dia i de noche con mui poca interrupcion sin que los realistas hubieran tenido en todo este tiempo mas ventaja que la de volar un repuesto de pólvora en la batería de los Cocos con

una granada que dirigió el subteniente de artillería i capitan de infantería Miñano, bien conocido en aquella plaza desde el año 1813 por el estraordinario acierto de su puntería; de cuyas resultas fueron desmontadas dos piezas i destruidos cuantos soldados se hallaban en dicho punto.

El fuego de los sitiadores seguia con la misma viveza reduciendo á los sitiados al último estado de penuria i de desesperacion; ya los hombres útiles para las armas llegaban escasamente á 300; la escuadrilla se componia de tres pequeños buques tripulados por 50 marineros; el asalto general estaba indicado para el dia 6 de noviembre; todo se presentaba del modo mas funesto para los bravos defensores sin que ninguno de ellos diese la menor muestra de desaliento; todos, pues, estaban dispuestos á sostener con el sacrificio de sus vidas el honor español.

Uno tan solo hubo que faltó á estos severos principios, con asombro de cuantos sabian los relevantes servicios que habia prestado anteriormente á la causa de la monarquía. El peso de las desgracias llegó á acobardar el ánimo del europeo don Jacinto Iztueta, hasta el estremo de buscar su salvacion por medio de un crímen. Era mui práctico de aquella plaza, merecia la mayor confianza de todos los gefes; todos le respetaban por sus bien conocidos servicios; era, pues, el mas á propósito para consumar una traicion sin despertar el menor recelo en el ánimo de sus compañeros.

Puesto en comunicacion con el general Paez, é introducido este por el bajo fondo del Mangle, único punto que se hallaba sin baterías, procedió al asalto en la noche del 7; i aunque la defensa fue cual debia esperarse de tropas tan esforzadas, no correspondió el éxito á tan noble empeño porque no estaba guarnecido el citado flanco tenido por impenetrable. Paez, Bermudez, i el gefe de estado mayor, coronel inglés Grohobern fueron los primeros en dirigir aquel impetuoso ataque, i los que tuvieron mas motivo de admirar la constancia i decision de los sitiados: una gran parte de es-

tos pereció en aquella infausta refriega, otros fueron hechos prisioneros, i esta suerte cupo al comandante general Calzada.

Todo fue en esta noche horror i confusion; los enemigos quedaron dueños del pueblo i de las baterías. Viendo Calderon la imposibilidad de salvar la corbeta de guerra *Bailén*, se arrojó sobre ella sin embargo de estar ya dominada por los fuegos de la batería *Constitucion*, i logró incendiarla para que no cayera en poder de los enemigos.

Solo el castillo habia quedado libre de la furia insurjente; pero habria sido una reprensible temeridad prolongar su infructuosa defensa: asi, pues, entró su comandante el coronel don Manuel Carrera i Colina, en comunicaciones con el general Paez, i aseguró una capitulacion honrosa, siendo la primera de sus condiciones la libre i decorosa traslacion de todos aquellos individuos á la isla de Cuba por cuenta del gobierno disidente, como se verificó con la mas religiosa escrupulosidad.

De este modo sucumbió el último recinto de Venezuela, en que se abrigaba todavía la autoridad real; tan solo quedaron en pie algunas partidas sueltas que al principio se miraron con desprecio; pero que sucesivamente fueron tomando un aumento peligroso. Hablaremos de ellas despues que hayamos descrito la cesacion momentánea del dominio del Rei en todas sus posesiones americanas.

A consecuencia de la rendicion de Puerto Cabello descansó por algun tiempo de sus fatigas guerreras la titulada república de Colombia; la atencion pública estaba vuelta á las operaciones que Bolivar habia emprendido por la parte del Perú. Esta aparente tranquilidad cesó ya en el año 1826, en el que se sublevaron las provincias de Venezuela bajo la direccion del general Paez contra los centralistas de Santa Fe; pero la oportuna llegada del citado Bolivar á principios de 1827, i sus conferencias con el referido Paez calmaron por entonces la efervescencia popular, i dieron alguna tregua á la ruina de dicha república.

Empero principiaron mui pronto nuevas discordias por la parte de Nueva Granada; se traslucieron los planes del héroe presunto de la libertad para adquirir la presidencia vitalicia de la república de Colombia, Perú i Bolivia, con la facultad de nombrar su sucesor: i como se viese claramente que estos eran pasos preliminares para arrogarse el imperio, se suscitaron nuevos i acalorados debates entre dos poderosos partidos, acaudillado el uno por el mismo Bolivar i el otro por el vice-presidente del estado, Santander.

Venció el primero; mas no se atrevió á dar el golpe proyectado porque no creyó hallar bastante estabilidad en los negocios públicos. Se dedicó sin embargo á ganarse nuevos afectos entre los sugetos mas influyentes que con mayor facilidad podian atravesar sus miras; el pais en el entretanto corria ácia su destruccion; el tesoro estaba exhausto de medios; no podian cubrirse las atenciones mas precisas; no podian pagarse los intereses de los empréstitos levantados en Inglaterra; la miseria era estrema, i todo anunciaba un próximo huracan político.

Estalló éste con efecto en 25 de setiembre de 1828, al parecer por influjo de Santander i del general Padilla, apoyados por una parte del paisanage, i por el batallon de artillería que se hallaba guarneciendo la ciudad de Santa Fé. Bolivar, atacado en su mismo palacio, pudo escapar descolgándose de un balcon de la parte opuesta, i su vida corrió mucho riesgo hasta que se reunió con el batallon de Vargas que habia tomado abiertamente su defensa. Puesto á la cabeza de este cuerpo desbarató los planes de sus enemigos, i volvió á entronizar con mayor dureza su despotismo republicano.

Si bien este ruidoso personage pudo evitar por entonces el terrible golpe que se habia asestado contra su cabeza, difícil es que no sucumba al grito de proscripcion pronunciado por las provincias de Venezuela en 26 de noviembre de 1829, en cuyo dia se separaron del gobierno central de Santa Fé, alegando por pretesto las miras mal disimuladas

del citado Bolivar para plantear su apetecido imperio colombiano.

Sigue esta escision con igual furor por parte de los venezolanos, i si puede darse fe á las noticias insertas en la gaceta de Caracas de 5 de abril de este mismo año, i que hemos visto repetidas en cartas particulares, se habia formado otra conspiracion en Santa Fé dirigida por el general Urdaneta para negar la obediencia al candidato al imperio, quien parece se habia dirigido ácia el reino de Quito con la idea de reunir las tropas de estas provincias, las de Guayaquil, Panamá i otros puntos, en las que él tenia su mayor confianza. Otros sin embargo dan por mas probable su salida para Jamáica i Londres despojado de todo mando é influencia. Sean ó no ciertas estas noticias, la ruina de Bolivar se ha hecho ya inevitable.

Como el público debe estar cansado de oir tantos desastres producidos por las guerras civiles, tantas catástrofes i tanta desolacion i horror, del que están llenas todas las páginas de la historia moderna de la pretendida independencia americana, terminaremos el presente capítulo con sentar como principio fijo de verdad, i que no podrá ser rebatido por los mas ardientes partidarios de tan ominoso sistema «que todas »las nuevas repúblicas, i ésta la primera (asi como pretende »haberlo sido en el orden de su creacion i consistencia) han »ido caminando á pasos agigantados ácia su ruina en vez »de haber consolidado con el curso de los tiempos su go»bierno naciente; que toda Colombia, arrepentida de haber da»do el horrible grito de rebeldía contra el Monarca legítimo se »lamenta estérilmente de su desvarío i de haber forjado por sí »misma las cadenas de su miseria i de su perdicion; que los »hombres sensatos están ya bien convencidos de no poder ha»llar remedio á sus males sino bajo el influjo del gobierno »español; que la plebe suspira por los tiempos antiguos en »que nadaba en la opulencia; i que solo algunas docenas »de despechados que no pueden transigir con la legitimidad »i con el orden son los que apoderados de las riendas del va-

» cilante gobierno revolucionario lo van conduciendo irreme-» diablemente al borde del precipicio, en el que se sepulta-» rán de un golpe su audacia, su ambicion, i sus horribles » atentados. »

Este es el término de la decantada regeneracion política de los americanos. ¡Pueblos del universo! ¡Ved los tristes efectos de una injusta rebelion!





PERÚ 1824.

Brillante situacion de los realistas á principios de este año. Manejos para la entrega del Callao. Sublevacion de Moyano á favor del Rei. Monet i Rodil en estos fuertes. Elementos de discordia entre Laserna i Olañeta. Principio de su escision. Rompimiento con La Hera i Maroto. Grito de Olañeta contra la constitucion. Proscripcion de la misma por Valdés. Conferencias de ambos en Tarapaya. Nuevos motivos de disgusto; i nuevos pasos dados ácia la reconciliacion. Principio de las operaciones de Valdés contra su rival. Evacuacion de Potosí por este último. Valdés en Tarabuquillo exhortando á los soldados del bando opuesto. Rompimiento de las hostilidades. Contrastes de Carratalá. Ventajas de Valdés sobre una de las columnas de Olañeta mandada por Marquiegui. Retirada de Valdés. Su victoria en la Lava. Su generosidad con los vencidos. Operaciones de Bolivar por el Norte. Distribucion de su ejército. Situacion del de Canterac. Desgraciada accion de Junin. Pronta retirada de los realistas. Ocupacion de los valles de Jauja por Bolivar. Llamamiento de Valdés en su ausilio, á cuya consecuencia quedó Olañeta en pacífica posesion del Alto Perú. Permanencia del ejército independiente en Huamanga. Viage de Bolivar á Lima. Sucre, general en gefe. Llegada de Valdés al Cuzco. Principio de la campaña á las órdenes de Laserna. Arreglo i número de sus fuerzas. Movimientos preliminares de una batalla decisiva. Planes para haber derrotado al enemigo en el rio Pampas i en Matará. Brillante accion

en este último punto. Batalla desgraciada de Ayacucho. Reflexiones críticas. Capitulacion de los realistas. Preparativos del Cuzco para contener los progresos de los insurjentes. Nombramiento de Tristán por virei interino. Estravio general de la opinion. Sublevacion general de los pueblos. Malogro de toda medida de defensa. Entrada de los enemigos en el Cuzco, i sucesivamente en Arequipa, quedando dueños de todo el vireinato del Perú, menos del Callao, i sin mas enemigos que Olañeta en las provincias mas allá del Desaguadero. Salida de Laserna i demas gefes para Europa.

Se hallaba á principios de este año situado el ejército del Norte en el valle de Jauja con el cuartel general en Huancayo; parte de la caballería i un batallon á las órdenes del general Loriga ocupaban la provincia de Tarma; el regimiento de dragones de la Union á las órdenes del brigadier Bedoya estaba acantonado en el distrito de Pampas; i el de igual clase Rodil, se hallaba situado en la costa cubriendo con una columna de infantería i caballería de 300 hombres el valle de Ica, i dominando el pais hasta mas allá de Cañete.

Los asuntos públicos se presentaban á los realistas del modo mas halagüeño: el prestigio de dos años de victorias habia variado considerablemente la opinion á su favor; i su generoso i noble comportamiento, especialmente durante su mansion en la capital en el mes de julio anterior, i en cuantas ocasiones habian podido hacer alarde de su filantropía i grandeza de alma, formaban un visible contraste con los modales ásperos i desabridos de los colombianos i con las tropelías i estorsiones causadas por los mismos gefes peruanos.

No es, pues, de estrañar que el partido del Rei se fortaleciese de dia en dia con nuevos adictos i conversos: el mismo Torre Tagle, primer gefe de la república, i Berindoaga, ministro de la guerra, abrieron negociaciones con el general Canterac para reponer en Lima la autoridad real en todo su esplendor; i deseoso el primero de borrar completamente la

mancha de su desleal conducta, ofrecia entregar las fortalezas del Callao i prestar á la causa del Rei cuantos servicios estuvieran á su alcance, arrostrando con tan noble objeto toda clase de peligros i sacrificios.

Mientras que dicho Torre Tagle trabajaba por realizar sus promesas, se vió tremolar el pabellon español en las murallas de dichos fuertes del Callao del modo mas raro é inesperado: sublevada la guarnicion por el sargento Moyano, dando por pretesto de su primer pronunciamiento, su disgusto por el atraso de sus pagas, i por qué no se les facilitaban los medios de trasporte para Chile i Buenos-Aires, á cuyos paises pertenecia la mayor parte de aquellos soldados, fueron arrestados en 5 de febrero su gobernador el general Alvarado i los oficiales de la guarnicion, i puestos en libertad los prisioneros realistas i entre ellos el coronel Casariego, quien asociado en el mando con dicho Moyano, participó sin pérdida de tiempo tan importante suceso al general en gefe.

Desde el dia 15 en que llegó esta favorable noticia al cuartel general, se dieron órdenes al brigadier Rodil para que avanzase sobre el Callao, en combinacion con otra division que salió al mismo tiempo del valle de Jauja, mandada por el general Monet; cuyas fuerzas reunidas entraron el 29 en la citada plaza, en la que recibió este último su mando de manos del citado don Damaso Moyano, que fue nombrado coronel por el virei en premio de tan distinguido servicio.

El honor de este triunfo se debió en gran parte al infatigable celo que desplegó el teniente coronel don Isidro Alaix en el desempeño de la espinosa comision que le fue confiada préviamente por el brigadier Rodil para alimentar el fuego de los sublevados en los citados fuertes. Embarcado Alaix en una mala lancha, i superando toda clase de obstáculos i peligros llegó á ellos con el carácter de gefe de estado mayor.

Como el alzamiento de los negros no habia tenido por objeto la reposicion de la autoridad Real, i sí el saqueo i el libertinage, i como habia sido preparado aquel feliz suceso

tan solo por la buena disposicion de su gefe Moyano i por la firme elocuencia de Casariego, por medio de la cual supo persuadirles de que iban á ser todos sacrificados por el gobierno disidente si no se acogian bajo la proteccion de los españoles, se hallaba mui vacilante el nuevo dominio establecido por dichos Casariego i Moyano, cuando se presentó Alaix.

Los insurjentes de Lima, aunque mui descuidados en sus principios, se dedicaron finalmente á poner en uso todos los recursos del halago, de las promesas i del oro para volver los sublevados á sus banderas. Alaix debia hacer frente con solos 10$ pesos (que habia llevado) á las intrigas de sus contrarios, que podian disponer de inmensas sumas. Se veia precisado por lo tanto á condescender con los caprichos i aun escesos de aquella soldadesca desenfrenada hasta que llegasen las tropas del Rei. Las mugeres i deudos de los oficiales presos agotaban todos los medios del cohecho i seduccion para hacerse un partido que contrarestase las miras de los españoles.

Influyó no poco en el malogro de las intrigas revolucionarias la acertada providencia de haber sido enviado Alvarado á Ica por disposicion de Alaix en el mismo dia de su llegada á los fuertes, asi como su precaucion en haber separado de los demas presos á los dos sugetos mas influyentes, que lo eran el desleal marino español Vivero, i el bullicioso abogado Lopez Aldana, i aun mas particularmente la feliz ocurrencia de dicho Alaix en haber intimado la rendicion á la ciudad de Lima á tiempo que los congresistas se hallaban discutiendo los planes de defensa; cuyos débiles individuos se llenaron de asombro i se entregaron á una precipitada fuga, luego que supieron que un gefe español estaba ya mandando en el Callao.

Los alborotos i alarmas se repetian sin embargo á cada instante; solo la presencia de Moyano serenaba aquellas borrascas, i templaba aunque momentáneamente el calor de las continuadas escenas de anarquía militar; mas no siempre

ni en todas partes podia hallarse este hombre tan necesario en aquellas circunstancias. Casariego i Alaix vivieron en una zozobra no interrumpida hasta 14 dias despues de la llegada del segundo, que fue cuando se presentaron delante de dichos fuertes las tropas de Monet i Rodil. Mucho antes habria podido este último hacer su entrada en la plaza; mas no se hallaba competentemente autorizado para tomar sobre sí aquella grave responsabilidad.

Llegaron sin embargo á tiempo de afirmar el dominio del Rei; pero ya cuando se habian perpetrado las mas horribles tropelías, cuando ya los feroces negros habian saqueado todas las riquezas i preciosidades depositadas en aquel recinto, i cuando su vandálico espíritu de devastacion habia inutilizado cuanto estuvo al alcance de su furor sin que Moyano, Casariego i Alaix se atreviesen á corregirlos, por que seguramente les habria sido harto funesta toda providencia que hubieran querido adoptar para remediar aquel horrible desórden.

El intrépido vice-almirante Guise desfogó su saña i despecho contra los buques que se hallaban bajo la proteccion de dichos castillos; mas estos impotentes esfuerzos no alteraron de modo alguno la pacífica i segura posesion que el citado Monet habia establecido en ellos.

La república peruana iba caminando á pasos agigantados ácia su ruina total: lo conoció el congreso, i bien penetrado de que en aquella grave crisis se necesitaban remedios violentos, concedió á Bolivar la dictadura absoluta para que sostuviera su moribunda causa. El ejército realista se componia á esta sazon de 18000 hombres, constituidos bajo el pie mas brillante de arreglo i disciplina, i poseidos de todo el orgullo propio de sus repetidos i gloriosos triunfos. De dicho numero correspondian 4000 á la division de Olañeta con las guarniciones de Santa Cruz de la Sierra i Charcas, 3000 al ejército del Sur, situado en Puno i Arequipa, 8000 al del Norte, 1000 á la guarnicion del Cuzco i 2000 se hallaban empleados en cubrir otras atenciones. Asi pues espe-

raba el virei abrir con 12000 hombres la campaña contra Bolivar, refugiado á aquella sazon en Trujillo, dejando los 6000 restantes para cubrir el frente de Salta, mantener la tranquilidad en el alto Perú i en otros puntos de la costa del Sur.

Todo concurria á llenar de alegria i confianza á los buenos realistas que daban por seguro su completo triunfo, por indudable el total aniquilamiento de la insurreccion en el alto i bajo Perú, i por mui probable la reposicion de la autoridad Real en los demas puntos confinantes, llegando sus buenos deseos hasta el punto de pensar en la estirpacion del génio del mal en toda la América del Sur, i aun tal vez de estender su influjo hasta la del Norte.

Estos grandiosos planes harán siempre honor á la valentía i decision de los gefes que los habian proyectado, aunque inesperados reveses los hayan malogrado. Si se considera la posicion de los negocios á principios de este año, no podrán ser censurados de estravagantes, en particular los de restablecer tranquilamente la autoridad Real en toda la vasta estension desde Guayaquil á Jujui, á pesar de los embates de los confederados insurjentes, pues que todos habian sucumbido á las armas de Castilla, i el único que sobrevivia á tanta catástrofe era el obstinado Bolivar, i aun éste aislado en un pequeño punto de aquel vireinato, que si bien conservaba todavia de 4 á 6 mil colombianos i 4000 peruanos, estaban mui desalentados i desprovistos de recursos.

Si desde el principio se hubieran puesto en movimiento los 12000 hombres de que se ha hecho mencion, habria sido segura la ruina del citado Bolivar, en quien estaban apoyadas las lánguidas esperanzas de los mas despechados revoltosos; i con ella habria quedado enteramente concluida la guerra en estos paises; mas una imprevista borrasca, que se formó en las provincias del alto Perú, malogró el fruto de tantos sacrificios, i fue causa de que este reino se emancipase en el momento mismo en que iba á quedar ase-

gurada su obediencia á la metrópoli sobre bases mas firmes é indestructibles que en tiempo de la conquista. La guerra civil que se encendió por aquella parte i que tuvo una trascendencia tan funesta en la suerte de aquel vireinato, nos obliga á detenernos á referirla prolijamente.

La armonía que se habia notado entre Olañeta i los gefes que reemplazaron la administracion del virei Pezuela, habia sido aparente, mas nunca franca i cordial: acostumbrados éstos, segun se ha dicho en otro lugar, á la táctica europea i á hacer la guerra con todos los elementos científicos que constituyen la fuerza de los ejércitos en Europa, parece que no pudieron ocultar aquella siniestra prevencion que llevaron al Nuevo Mundo contra los gefes i oficiales guerrilleros, en cuyo número se hallaba el citado Olañeta; i aunque los ilustres hechos é importantes servicios que prestó á la causa del Rei le hubieran reconciliado con los citados gobernantes, habia quedado siempre resentido de la falta de aprecio i consideracion con que pretendia haber sido tratado, i dispuesto por lo tanto á aprovecharse de la primera coyuntura favorable que se le presentase para desfogar su refrenado despecho.

Habia conservado asimismo Olañeta todo el tráfico i giro mercantil, cuya profesion egercia cuando sonó la trompa guerrera en el Alto Perú en 1810: todos los que habian mandado en aquellas provincias habian condescendido con esta inclinacion, tan agena de la carrera militar, con la esperanza de que por medio de los muchos agentes comerciales del referido Olañeta se tendrian, como en efecto se tuvieron, comunicaciones i avisos mui útiles á la causa que defendian. El virei Laserna la toleró asimismo, si bien mostró mayor desagrado que sus antecesores, i trató de ponerle algunas travas que agriaron considerablemente el ánimo de dicho gefe.

Conocia sin embargo la necesidad de sus servicios, i procuró suavizar lo amargo de alguna de sus medidas con particulares rasgos de generosidad i consideracion, con cuyo mo-

tivo le habia conferido el empleo de mariscal de campo en setiembre de 1823, i le habia confiado el encargo de pacificar las provincias de La Paz i Cochabamba.

Hasta el mes de diciembre de dicho año no habia marcado Olañeta con ningun acto positivo su desobediencia é insubordinacion; pero desde este momento parece se lanzó á obrar por sí solo, i tal vez ignorando él mismo el piélago de males en que iba á sumirse. Sin consultar al virei que se hallaba en el Cuzco, i sin ponerse de acuerdo con el general en gefe del ejército llamado del Sur, situado en Arequipa, de quien dependia, salió de Cochabamba para Oruro, i continuó su marcha ácia Potosí, en cuya ciudad hizo su entrada en 4 de enero de 1824.

Aunque despues de haber verificado este movimiento lo comunicó á la primera autoridad del reino, pintándolo con todos los colores de urgentemente necesario para salvar dicho punto de Potosí de respetables fuerzas disidentes que lo amenazaban, estuvo mui lejos el virei de creer semejantes asertos, cuando tenia por imposible la existencia de enemigos por aquella parte en un momento en que los comisionados La Robla i Pereira habian firmado la convencion preliminar con los disidentes de Buenos-Aires, i cuando el brigadier Espartero estaba conferenciando en Salta con el general argentino Las Heras sobre la accesion del Perú á aquellos tratados.

Se hizo asimismo sospechosa la conducta de Olañeta cuando se supo que se habia llevado del fuerte de Oruro cuanto habia hallado útil en armas i provisiones, dejando escasísimas guarniciones en La Paz i Cochabamba, é interceptando la correspondencia, los ausilios metálicos i los reclutas que iban destinados al Cuzco.

Dando el virei por segura la defeccion de dicho general Olañeta ordenó directamente con fecha de 10 de enero á los gefes de los cuerpos de aquella division se pusieran en marcha para ciertos puntos designados, i al mismo Olañeta que saliera para Chichas con el batallon de este nombre i 200

dragones. Conoció entonces lo crítico de su posicion, i ya no titubeó en tomar una hostil iniciativa: viendo á la mayor parte de los gefes de dicha su division, dispuestos á obedecer las órdenes superiores, temió ser víctima del ódio que atribuia á sus émulos, i que iba á perder el mando que él deseaba conservar con tanto empeño como suponia que sus contrarios lo tuviesen para despojarle de él.

Para salir con honor de un lance tan apurado, le suministraron los acontecimientos políticos los medios mas oportunos, con los que esperaba quedar relevado de todo cargo. Se habia publicado en todos los dominios de América en el año 20 el ominoso sistema constitucional, á virtud de órdenes terminantes enviadas por el gobierno de la península: seguia en esta época dicho sistema, i se obedecian sus fórmulas en cuanto no podian perjudicar á la pública tranquilidad. Asi fue, que ni se llevó á efecto la supresion de monacales, ni se permitió á las diputaciones provinciales el libre ejercicio que marcaba dicha constitucion, sin que sus providencias recibiesen la sancion del representante del Soberano.

Se notaron otras muchas relajaciones, i entre ellas la mas descarada, la de haber conservado en su destino de intendente de la provincia de Puno al mui digno americano don Tadeo Gárate que tantos servicios habia prestado á la causa de la Monarquía. Habia sido este benemérito realista uno de los 69 diputados que firmaron en 4 de mayo de 1814 la representacion contra el gobierno constitucional, por cuya razon, i por principiar dicho escrito con la palabra *persas*, les fue dada esta calificacion á todos ellos por los corifeos liberales.

Eran terminantes las órdenes en aquella época para que dichos individuos fueran perseguidos con el mayor rigor: lejos, pues, de proceder contra el referito Gárate, fue conservado en su empleo, i tratado con la misma consideracion i aprecio que bajo el gobierno legítimo, formando este individuo i el obispo de la Puebla de los Angeles en Méjico las

dos únicas escepciones á la terrible lei de proscripcion, en la que se hallaban comprendidos.

No es nuestro ánimo entrar en pormenores minuciosos sobre las opiniones políticas de los que defendian la autoridad real en América; i si nos detenemos en dar algunas aclaraciones concernientes á los gefes del Perú, es con el objeto de arrojar mayor claridad sobre las discordias suscitadas entre Laserna i Olañeta.

Estamos, pues, mui distantes de dar una calificacion absoluta á los referidos gefes, si bien la conducta observada por los mismos, los informes que hemos podido recoger por varios conductos, i aun el mero hecho de haberse presentado todos con ciega confianza á los pies del Trono, son otros tantos comprobantes de que sus acciones han sido irreprensibles. No podemos por lo tanto disimular que nuestra opinion les es favorable, i aun nos atreveremos á sentar como principio fijo de verdad, que el liberal mas exaltado, trasladado á cualquiera de los puntos de América, dejaria de serlo, si tenia un regular entendimiento i deseos de sostener el dominio español.

Si los mismos que dictaban las leyes constitucionales, i que se mostraban los mas ardientes sostenedores de lo que consideraban como fruto de su estraordinaria sabiduría, hubieran podido examinar por sí mismos el estado de los negocios en América i enterarse bien de los intereses locales, es bien cierto que habrian dado un giro mui diverso á su espíritu de innovacion, i habrian detestado la precipitacion con que promulgaron sus primeros decretos que fueron los rayos abrasadores de la paz i prosperidad americana. Nos abstendremos, pues, de estender nuestras reflexiones en este capítulo, por que ya hemos tenido ocasion de manifestar en otros las mismas ideas.

Sea como quiera, el general Olañeta se figuró que los gefes del Perú, especialmente los que habian llegado á América despues de la guerra de la independencia eran adictos á la constitucion; i aun llegó á figurarse que no reconocerian al

Monarca legítimo restituido á la plenitud de sus derechos. Arrebatado, pues, de un celo inconsiderado; bien informado asimismo por algunos de sus agentes que residian en las provincias del Rio de la Plata de la próxima ruina de los revolucionarios de la península, i halagado al parecer con las noticias publicadas por los periodistas de Buenos-Aires, de que la Regencia española le habia conferido el título de virei de Buenos-Aires, confirmadas por una falsa correspondencia que introdujo furtivamente en la costa el aventurero Miller en su viage desde Valparaiso á reunirse en Trujillo con Bolivar; i finalmente seducido el ánimo del referido general Olañeta por algunos individuos de su misma familia i por falsos amigos, cuya adhesion al sistema de la independencia se vió acreditada con haber recibido sucesivamente toda clase de honores i distinciones de aquel gobierno ilegítimo, se atrevió á dar el golpe fatal de entrar en abierta escision, i de romper las hostilidades contra sus mismos compañeros de armas.

Aunque hemos sido unos constantes panegiristas del distinguido mérito de Olañeta i justos apreciadores de los importantes servicios que prestó á la Monarquía desde el año de 1810, nos vemos sin embargo precisados por el espinoso deber que nos hemos impuesto de ser justos é imparciales, sin mas consideracion que á nuestro íntimo i leal convencimiento, formado por el profundo estudio sobre esta controversia tan agitada i sostenida por robustos campeones de una i otra parte, nos vemos, pues, precisados á desaprobar esta escision, las causas que fueron alegadas para empezarla, i los medios de que se valieron ambos partidos para sostenerla.

Repetimos lo que ya tenemos dicho en otro lugar, de que la opinion del historiador no pasa de ser la de un particular, quien por mas laudables que sean sus fines, i por grande que sea su esmero en inquirir la verdad, jamas podrá aspirar á establecer un grado de creencia esclusiva: esta idea i la de que nuestros asertos no puedan irrogar perjuicio aun á las personas mas quisquillosas que reciban como ofen-

sas las señales de nuestra desaprobacion en el desarrollo de este complicado caos, nos animan á esplicarnos con mayor claridad i franqueza.

Si bien hemos indicado nuestra oposicion á los primeros movimientos de Olañeta, debemos manifestar asimismo que tal vez una conducta mas circunspecta de parte de los nuevos gefes del Perú habria podido evitarlos. Es innegable que estos desde que arribaron á las playas de aquel vireinato empezaron á chocar con los oficiales i soldados del pais, que estaban cubiertos de cicatrices adquiridas en el campo del honor. La arrogancia con que se presentaron á ejercer las funciones á que habian sido destinados desde la península; el desprecio con que miraron á dichas tropas, que suplian con una inimitable bizarria la falta de aire marcial i la escasez de conocimientos científicos; las reformas i variaciones que hicieron en todos los ramos de la administracion i régimen militar, aunque fueran en sí arregladas al arte de la guerra, crearon sin embargo una acedia en los ánimos, que se perpetuó hasta que unos i otros fueron víctimas de su recíproco resentimiento.

Mas de una vez hemos indicado estas tristes verdades. La salida del general Ramirez del Perú, debe ser atribuida mas bien á estas causas que á la debilidad de su salud. No dejaron de influir las mismas en la deposicion del virei Pezuela, porque tal vez con mayor armonia i con menos elementos de oposicion i discordia no habria progresado tanto el espíritu de insurreccion, i los negocios del Perú no habrian presentado un aspecto tan triste á fines de 1820.

Empero concretándonos á la cuestion de Olañeta, no podemos aprobar su arbitrariedad en emanciparse de la autoridad suprema, reconocida por el gobierno que entonces regia en la península, i respetada por él mismo i por todas las corporaciones i por todos los pueblos que no habian sido contaminados por el pestífero aliento de los *sediciosos*. Un crimen, un vicio, un defecto, aunque tenga todos los caractéres de odioso i reprensible, nunca podrá servir de pretesto

para que se cometa otro á su nombre, ni le presta género alguno de autorizacion.

Aunque Olañeta reconociese al virei Laserna por un intruso, nunca tenia derecho para rebelarse contra él, desde el momento en que aquel fue reconocido por todas las corporaciones, á menos que no estuviera escudado con órdenes superiores. El simple recelo de que el Soberano español no fuera proclamado en el Perú con todos los atributos de su alto poder, no era suficiente motivo para haber suscitado una guerra civil, cuyos efectos lejos de ser útiles al designado objeto de su admiracion i respeto, habian de ser indudablemente los de desprender de su corona una de sus perlas mas preciosas.

Si el general Olañeta no se hubiera ofuscado por sus ardientes sentimientos de entusiasmo i de vehemente adhesion á nuestro augusto Monarca, habria podido convencerse de la imposibilidad de que los gobernantes del Perú dejasen de reconocer con la mas sumisa voluntad sus reales mandatos, aun en el caso de suponer en dichos individuos un espíritu de contrariedad, que estamos mui distantes de conceder, i cuya idea han desvanecido ellos mismos completamente con su arreglada conducta. ¿Podia haber alguno de ellos tan insensato que creyese de posible ejecucion crear un gobierno independiente de la peninsula, i estar al mismo tiempo en lucha con todos los disidentes americanos? ¿Podia ocultarse aun al hombre de raciocinio mas oscuro que un poder de esta especie habia de ser destruido á los pocos dias por las mismas tropas i pueblos, para los que el único estímulo que los habia conducido por la carrera de la fidelidad era el prestigio de un brillante trono? Creemos por lo tanto totalmente desprovistos de fundamento los temores que aparentó el general Olañeta, i no menos inconsistentes i descabelladas las acriminaciones que se hicieron sucesivamente al virei Laserna sobre erigir un imperio desde Tumbez á Tupiza, copiando los mal meditados planes que tan injustamente se habian atribuido á los beneméritos generales Abascal i Goyeneche.

Olañeta, sin ambargo, se obcecó en su opinion respecto

á los ambiciosos fines de sus rivales, i determinó romper abiertamente con ellos. Los primeros con quienes llegó á las manos fueron los generales La Hera, gobernador de Potosí, i don Rafael Maroto, comandante general de la provincia de Charcas. La escision con La Hera fue tanto mas sensible cuanto que hasta aquella época habian vivido ambos en la mayor armonía, i aun en la reciente campaña habia servido este de segundo del referido Olañeta con la mayor aceptacion del mismo. Paréce que llegó á persuadirse de que dicho La Hera i el general Maroto se habian combinado para derribarle del mando, cuya aprehension adquirió nuevos grados de fuerza cuando se recibieron las órdenes del virei para desmembrarle sus tropas.

En cumplimiento de las mismas habia formado La Hera en 22 de enero las dos únicas compañías que tenia de guarnicion en Potosí para emprender su marcha en direccion de Oruro cuando se pusieron sobre las armas los dos cuerpos de Olañeta, titulados de la Union i Chichas, que tenian situados sus cuarteles en aquellos alrededores se suscitaron algunas contestaciones que llegaron á tomar un carácter serio á causa de la viveza i fogosidad de ambos contendientes. La Hera se encerró con su tropa en la casa de moneda, cuyo recinto fue asaltado por las de Olañeta i rendido á las mui superiores fuerzas que éste conducia, mediante una capitulacion ajustada en el mismo dia, por la que se permitia al primero su salida para Oruro con las armas i municiones correspondientes á sus soldados, con 109 pesos en metálico i con 100 mulas para conducir sus efectos.

Este primer rompimiento, que causando una baja mui considerable en las tropas de La Hera i tan solo la de un hombre herido en las de su competidor, probó que habia sido mas decidido i furioso el ataque que la resistencia, fue el anuncio fatal de la guerra civil que iba á devorar aquellas provincias.

A consecuencia de este funesto triunfo conseguido por Olañeta se dirigió contra el general Maroto, quien recono-



ciéndose mui inferior para sostener el combate, juzgó mas prudente retirarse i ceder aquella provincia sin efusion de sangre. Entre Olañeta i Maroto existia un inveterado encono i animosidad, cuyos elementos habrian producido escenas mui sangrientas si el segundo se hubiera obstinado en defender la ciudad de la Plata: fue por lo tanto en esta parte mui laudable aquella resolucion, i asi pudo su contrario colocar sin oposicion alguna á la cabeza de la provincia á su cuñado el coronel retirado don Guillermo Marquiegui. Su hermano don Gaspar habia sido nombrado poco antes gobernador de Tarifa; su sobrino don Casimiro, que era agente fiscal de aquella Audiencia, obtuvo el empleo de secretario privado; el doctor Usin fue elegido para auditor; el doctor Orcullu fue colocado en dicha Audiencia, i fueron concedidos los destinos de mayor importancia á otros sujetos, que del mismo modo que los tres últimos no gozaban de la mayor confianza en la carrera de la lealtad.

A pesar de estas apariencias tan poco favorables al general Olañeta estamos distantes de creer que tales alteraciones fueran dirigidas por otro espíritu que por el de asegurar su triunfo sobre los que suponia que fuesen enemigos del Rei sin calcular que huyendo de *Scila* iba á estrellarse en *Caribdis*. Comprometido ya este general i sus tropas, era preciso llevar adelante su arrojada empresa, valiéndose de toda clase de arbitrios para constituirse en un pie respetable i burlar todos los esfuerzos que temia de parte del virei.

El depósito de oficiales prisioneros que halló en la referida ciudad de la Plata le ofreció considerables refuerzos incorporando á sus filas una porcion de ellos i dando libertad á los demas. La adhesion á los nuevos planes de Olañeta de parte del gobernador de Santa Cruz de la Sierra, don Francisco Aguilera, era un objeto de suma importancia para que dejase éste de solicitarlo con todo el empeño que era propio de las circunstancias en que se hallaba; i no fue por lo tanto menor la satisfaccion i alegria cuando lo hubo conseguido. Una vez lanzado en esta poco honrosa palestra era preciso

desplegar todo su genio i actividad para sostenerla: fue en su consecuencia uno de sus preferentes cuidados colocar á la cabeza de los cuerpos sugetos de toda su confianza, i grangearse nuevos amigos i partidarios con la prodigacion de grados i distinciones.

Habiendo recibido á este tiempo por la via de Buenos-Aires noticias positivas sobre la restauracion de nuestro augusto Monarca á la plenitud de sus derechos, i el decreto de 1º de octubre firmado por S. M. en el Puerto de Santa María, resolvió desenvolver libremente sus planes de oposicion contra las tropas del virei, i publicar tan plausibles sucesos proscribiendo en el acto la aciaga contitucion i jurando sostener los imprescriptibles derechos de tan augusto Soberano. Se celebró en la ciudad de Charcas en 21 de febrero este acto solemne, que justificaba aparentemente aquella escision, si bien habia principiado mucho antes que hubiera podido tener conocimiento de la importante variacion gubernativa que se habia hecho en la península.

El general Valdés, que habia sido encargado por el virei de sofocar aquella insurreccion, i que habia ya emprendido su marcha contra Olañeta, supo en Caracollo la abolicion que acababa de hacer dicho gefe del sistema constitucional en Charcas; i no siéndole de modo alguno repugnantes estas disposiciones escribió al citado Olañeta manifestando que si su amor al gobierno absoluto de S. M. le habia inducido á tomar una hostil iniciativa contra los gefes del Perú, i no sus discordias con La Hera i Maroto como el se habia figurado, esperaba que mui pronto quedaria dirimida aquella contienda, pues que tanto las tropas que conducia dicho Valdés como todas las que defendian los Reales derechos en todo aquel vasto vireinato estaban prontas á proscribir la constitucion, ofreciéndose el primero á ejecutar aquel acto tan conforme á sus ideas en el término de nueve dias que eran necesarios para someterlo á la aprobacion del virei.

Pero como los momentos fuesen preciosos i mas ardiente todavía el anhelo de Valdés en estrechar cordialmente en sus bra-

zos á sus antiguos compañeros de armas, arrebatados por el inconsiderado celo de unos, i por la malignidad é intriga de otros, abrevió los términos del plazo fijado, i se resolvió á proclamar por sí mismo la autoridad ilimitada de nuestro amado Soberano, en el dia 29 del mismo febrero, i á los ocho de haberlo ejecutado Olañeta.

Aprobada esta disposicion por el citado virei, i habiéndola hecho estensiva á todas las tropas de su mando, se figuró ya que iba á quedar despejado de nubes el horizonte político, i á verificarse una perfecta reconciliacion entre todos los amantes del Rei para dar nuevos dias de gloria á sus armas; pero el fuego que habia encendido el génio de la discordia, habia tomado demasiado incremento para que pudieran cortarse sus estragos por los medios de la dulzura i de la política.

Valdés propuso una entrevista á Olañeta, á la que éste accedió fijando el punto de Tarapaya para celebrarla; mas cuando se hallaba á una jornada del punto citado recibió comunicaciones relativas á manifestar su desconfianza de que pudiera producir resultado alguno la conferencia proyectada puesto que él estaba resuelto á no ceder al virei el mando de las provincias i tropas que se hallaban al Sur del Desaguadero. No se desanimó sin embargo Valdés por este inesperado contraste, ni desistió de su intento de hacer efectiva la deseada entrevista, la que obtuvo finalmente á fuerza de instancias i por mediacion del coronel Pacheco, que se hallaba al lado del citado Olañeta.

Apoyado este gefe en el ya mencionado decreto de 1º de octubre, sostenia que quedando abolido todo cuanto se habia hecho en tiempo del gobierno constitucional, cesaba de ser virei el general La Serna, i generales de los ejércitos del Norte i Sur Canterac i el mismo Valdés, pues que todos habian recibido tal investidura en aquella época; que por lo tanto se erigia dicho Olañeta en gefe principal de todas las provincias del Alto Perú, ofreciendo sin embargo reconocer provisionalmente la autoridad de La Serna en el vireinato de Lima,

siempre que éste reconociese la suya en el territorio designado.

Hé aquí una de las muchas discordias en que repetidas veces han estado envueltos los gefes realistas con visible detrimento de los intereses del Soberano, en cuyo obsequio debieran haber sacrificado todos sus resentimientos i privadas pasiones. Mas noble aparece á nuestro entender la primera parte de esta desunion que la segunda: aquella pudo tener orígen en los vehementes sentimientos de destruir un sistema de gobierno tan odioso, que atropellando los sagrados derechos del Soberano sumia la Nacion en un abismo de males i desgracias; en ésta se traslucen algunos impulsos de ambicion, al favor de los cuales se reconocia un poder que, sin ellos, se consideraba como nulo é ilegal.

Si aun el primer pronunciamiento fue impolítico i mal calculado; así como lo hubiera sido si los verdaderos realistas peninsulares de los años 1812 i 1813 hubieran vuelto contra los constitucionales las armas destinadas á asegurar su independencia contra el ambicioso dominador de Europa, todavía presenta un flanco mas descubierto la continuacion de aquel empeño bajo bases tan poco sólidas, en las que se consultaba mas la seguridad personal que el verdadero pundonor é interés por la buena causa.

Aunque no debieron ocultarse estas mismas reflexiones á los gefes del Perú, eran sin embargo tan ardientes sus deseos de cortar la guerra civil que accedieron á dicha transacion, esperando recibir mui pronto órdenes é instrucciones del gobierno legítimo, que disipasen completamente las negras i densas nubes que ofuscaban el firmamento político.

Manifestó en el entretanto el general La Serna sus deseos de despojarse del mando luego que supo el referido decreto del Puerto de Santa María; mas como fuese el general mas antiguo, el designado por el pliego de providencia para ocupar aquel puesto, á falta de su antecesor, i el único que reunia la opinion general, recibió de todas las corporaciones eclesiásticas, civiles, militares i políticas, representaciones las mas enérgicas i espresivas del voto general pronunciado por

la conveniencia i necesidad de que continuase al frente del gobierno hasta que llegasen las órdenes de la córte de España. En virtud, pues, de este espontáneo pronunciamiento adquirió toda la legitimidad que era dable en tales circunstancias.

Reposando Valdés sobre las garantías del referido tratado de Tarapaya hizo retrodecer las tropas que marchaban sobre Potosí, i mandó que su caballería regresára á Arequipa, dirigiéndose él en persona ácia los valles de la Paz, para restablecer en ellos la tranquilidad turbada por algunos caudillos; en cuya espedicion contrajo una aguda enfermedad que puso en el mayor riesgo su vida.

Cuando ya se creía que Valdés i Olañeta hubieran depuesto todos sus resentimientos en obsequio de la causa realista que requeria la mas cordial i activa cooperacion para destruir al osado emprendedor colombiano, que fortalecido con nuevos ausilios recibidos de su pais i con tropas levantadas en la provincia de Trujillo, amenazaba al ejército de Canterac, situado en los valles de Jauja, se vieron de nuevo en agitacion i desórden las furias infernales sobre la antigua frontera de ambos vireinatos.

Algunas arbitrariedades de Olañeta, poco conformes con el ya citado convenio; los preparativos que hacia para abrir una nueva campaña, aumentados tal vez por hombres mal avenidos con el sosiego que hacen del chisme i de las delaciones la materia de su mérito, crearon la mayor alarma en el ánimo del todavía convaleciente Valdés, i por consiguiente en el del virei á quien fueron trasmitidas.

Instó de nuevo este celoso gefe para desarmar con la dulzura i el exhorto el brazo de Olañeta; comisionó en 4 de junio al intendente Garate para que empleando cerca del mismo su antiguo influjo i ascendiente le hiciera ceder á la intimacion de que debia ser portador, dividida en cinco artículos, cuyo sentido principal se reducia á mandarle comparecer en el Cuzco, del mismo modo que á los generales Maroto i La Hera, para ser juzgados por sus disensiones, ó pasar á la península á dar cuenta de su persona con todos los

individuos que quisieran seguirle ó que no gustasen continuar en el servicio, entregando el mando de aquellas provincias i ejército al general en gefe don Gerónimo Valdés, ó á quien éste delegáre; prometiendo asímismo, que nadie sería molestado por sus opiniones i conducta anterior, i amenazándole con la fuerza que dicho Valdés tenia á su mando si se obstinaba en una criminal resistencia á estas órdenes terminantes.

Parece que el circunspecto La Serna trató de quedar relevado de todo cargo si la fuerza de los sucesos le obligaba á desenvainar la espada contra sus propios hijos; i á este fin consultó al fiscal i al asesor del vireinato sobre si marcaban las leyes de Indias los casos en que podia adoptarse aquella violenta medida, i si en el presente podia hacerse justificable para someter la voluntad de Olañeta; i como ambos letrados hubieron contestado afirmativamente con citacion de las leyes en que se apoyaban, dió al espresado Valdés las instrucciones para que no fueran ilusorias sus intimaciones, apenas supo que el intendente Gárate se habia escusado á admitir tan espinosa comision, ya fuese por verdadera falta de salud é inhabilidad para hacer aquella marcha, ó porque creyese no sacar fruto alguno de su oficiosidad i celo. Exaltada al último grado la irritacion del citado Olañeta con estos despachos, escribió al espresado Valdés con fecha de 20 del mismo mes de junio en los términos mas picantes é injuriosos, que indicaban su invariable resolucion de rechazar la fuerza con la fuerza.

Ya desde este momento se hizo inevitable la guerra civil: las tropas de Valdés trataban á las contrarias de sediciosas i rebeldes; las de Olañeta designaban á sus competidores con otros dictados igualmente afrentosos. Ambos ejércitos sin embargo proclamaban á nuestro augusto Soberano; ambos estaban resueltos á derramar su sangre en su servicio; pero la obcecacion i el error les habian hecho equivocar el camino, i conducian la nave del Estado al precipicio.

Habiéndose, pues, agotado todos los recursos del ingenio i de la política para que Olañeta desistiera de su furioso

empeño, salió Valdés de Oruro con dos batallones de Gerona, el segundo del Imperial, i el primero del primer regimiento, tres escuadrones de granaderos de la Guardia, el de granaderos de Cochabamba, i dos piezas de montaña. Al llegar á las inmediaciones de Vilcapugio, sobre el camino de Potosí, supo que Olañeta se hallaba con una parte de sus tropas en esta villa, el coronel Marquiegui con otra en la ciudad de la Plata, teniendo á su lado, en clase de segundo, al comandante don Francisco Valdés (alias el Barbarucho), i que las demas, hasta el completo de 4000 hombres, se habian adelantado desde Santa Cruz de la Sierra hasta las fronteras de Cochabamba al mando del brigadier Aguilera, i ocupaban parte de aquella provincia.

Dejando Valdés el camino de Potosí á un lado, se dirigió sobre el partido de Chayanta, cuya operacion le ofrecia la doble ventaja de batir separadas las tropas de Chuquisaca, i de cortar por su centro la línea de Olañeta, con cuya maniobra no podia éste permanecer en Potosí. Los resultados hicieron ver el acierto con que fue concebida i ejecutada la indicada combinacion. Esta campaña, que fue una de de las mas activas, penosas, i sangrientas hace por la parte militar el mayor elógio del general que la dirigió, si bien la circunstancia de haber sido desempeñada contra soldados que tenian la misma divisa, hizo que se considerase mas bien como una calamidad, i de ningun modo como un título de gloria para los que vertieron en ella tanta sangre i emplearon tantas penalidades i sacrificios.

Viendo el general Olañeta amenazado su flanco derecho i retaguardia por el indicado movimiento de Valdés, abandonó la villa de Potosí llevándose los fondos del banco de rescate, é inutilizando las máquinas de la casa de moneda para que sus enemigos no pudieran sacar ningun fruto de estos establecimientos. El general Carratalá, que habia sido destacado sobre dicha villa, tomó posesion de ella al mismo tiempo que Valdés ocupaba la ciudad de Chuquisaca, que habia sido abandonada cuarenta i ocho horas antes. Dejando este

general por presidente de la audiencia al brigadier Vigil con unos 100 hombres emprendió de nuevo su movimiento sobre una de las columnas de Olañeta que se retiraba en direccion del partido de la Laguna al mando del Barbarucho, i logró alcanzarla á los cuatro dias; Marquiegui corrió mucho riesgo de caer en poder de las tropas de Valdés por haberse pasado á ellas el escuadron denominado dragones de la Laguna al mando del teniente coronel Rivas, al que trataba de incorporarse.

Continuando Valdés su movimiento alcanzó en Tarabuquillo á la retaguardia de la columna del citado comandante Barbarucho: deseoso de evitar la efusion de sangre se adelantó con un ayudante i dos ordenanzas á arengar á los soldados del bando opuesto esperando arrancarles de las manos con su militar elocuencia el cuchillo fratricida. La impresion que empezaba á hacer esta arrojada resolucion en el ánimo de aquellas tropas, de las que una compañía de infantería i 25 caballos se habian rendido ya al exhorto de Valdés, llenó de alarma i furor á su antagonista el Barbarucho, quien puesto á la cabeza de una compañía de granaderos se dirigió contra dicho general, sobre el que mandó hacer una descarga de la que debieron haber muerto los citados cuatro individuos si los soldados no hubieran dirigido mui bajos sus fuegos con todo estudio; cuyas inevitables resultas fueron las de quedar muertos en el acto los caballos de Valdés i de su ayudante, i heridos los de las ordenanzas i una de éstas.

Al ver la ingrata recompensa que recibia dicho Valdés de sus esfuerzos por cortar la guerra civil, voló en su ausilio una de sus compañias de caballería que se hallaba la mas inmediata, á cuya consecuencia se retiraron los contrarios á la cima de un cerro que tenian á la espalda. En tanto que llegaba el resto de las tropas de Valdés se dedicó este general á escaramucear con algunas de sus partidas; i apenas se vió reforzado por las compañias de granaderos i cazadores de los batallones de Gerona, travó una accion de las mas sangrientas que duró desde medio dia hasta la noche, i que costó la



sensible pérdida de 500 á 600 hombres de uno i otro partido; i si bien fue menor la de Valdés, no dejó de ser sensible en estremo por haber perdido en ella una porcion de valientes europeos que formaban el nérvio de sus cuerpos.

Viendo el Barbarucho el descalabro de sus soldados, se aprovechó de la oscuridad de la noche para retirarse en busca de Olañeta con el que se reunió en el rio de San Juan. El resultado de esta refriega fue quedar cortada la comunicacion entre estas tropas i las de Aguilera; ambos gefes temian sucumbir al esforzado brazo de Valdés, i estaban por lo tanto en la mas ansiosa espectativa. Conociendo este general la apurada situacion de dichas divisiones, esperó sacar mas partido de sus negociaciones que de sus movimientos hostiles; á este objeto comisionó al campo del citado Aguilera á su ayudante don Diego Pacheco, i al canónigo de Chuquisaca don Julian Urreta. La política de estos dos sugetos habia principiado á conmover el ánimo del referido gefe, cuando noticioso de que las tropas de Valdés se dirigian contra Olañeta, i que solo dejaba á su frente un batallon i un escuadron, fuerza mui inferior á la de que él podia disponer, rompió la negociacion i despidió á los comisionados.

Marchaba en el entretanto Valdés por Pomabamba, Culpina i Tarija, cruzando los caudalosos rios de Pilcomayo i Pilaya, i por todas partes recibia pruebas nada equívocas de la adhesion de aquellos habitantes á la autoridad del virei. Las tropas que guarnecian la provincia de Tarija, del mismo modo que sus habitantes, se declararon por el referido Valdés; igual partido abrazó un destacamento de caballería al mando del capitan Rivera, á cuyo cargo se hallaba el general Carratalá que habia sido hecho prisionero en Potosí por un escuadron de caballería destacado por Olañeta contra dicha villa, mientras que Valdés estaba empeñado en el partido de la Laguna con las tropas del Barbarucho.

Luego que dicho Olañeta supo la ocupacion de Tarija temió no poder contener el furioso torrente de su victorioso rival, i trató de replegarse haciendo marchar por delante to-

das sus cargas, intereses i efectos, que podian embarazar su retirada, situándose en el entretanto en el pueblo de Livilivi en observacion de Valdés, i apenas tuvo aviso de la aproximacion de este general, emprendió de nuevo su movimiento sobre los valles de Santa Victoria.

Al llegar Valdés al citado punto de Livilivi formó el proyecto de destruir completamente á su contrario con la actividad i energía de sus movimientos. Confiando con esta mira todos sus repuestos i equipages al general Carratalá para que con cerca de 600 hombres, inclusos los enfermos, pasara á encargarse del mando de Potosí, continuó la persecucion de Olañeta, al que dió alcance al anochecer del dia siguiente en las inmediaciones del *Abra de Queta*; pero suspendiendo el ataque hasta el dia siguiente á fin de dar en aquella noche el descanso de que tanto necesitaba su division, se aprovechó Olañeta de esta dilacion para dividir su tropa en tres columnas, la primera de las cuales dirigida por él mismo tomó el camino de la provincia de Tarija, la segunda, compuesta de la mayor parte de la infantería, marchó al mando del Barbarucho en seguimiento de Carratalá, i la tercera continuó su retirada sobre las montañas de Jujuí á las órdenes de Marquiegui con todas las cargas i efectos pesados.

Este inesperado plan sumió en la mayor perplegidad al general Valdés; pero observando la huella mas trillada en direccion de Santa Victoria ó montañas de Jujuí, creyó que aquel era el camino que llevaba la fuerza principal en cuyo error persistió hasta el segundo dia de su precipitada marcha. Conociendo entonces que Marquiegui era el único gefe á quien iba á combatir, activó la persecucion, i á los tres dias estaban en su poder aquel inmenso convoi, don Gaspar Olañeta hermano del general, el mismo Marquiegui, su hermano i otra porcion de gefes i oficiales, que fueron tratados con el mayor decoro i consideracion.

En el entretanto habia alcanzado el Barbarucho al general Carratalá en la posta de *Salo*, apoderándose de su persona, de toda su columna i de cuantos efectos conducia.



Aguilera habia batido parte de las tropas que habian quedado á su frente; i divulgada la noticia de que hubiera sido mayor el descalabro de las tropas del virei, se creia que despues de haber ocupado á Chuquisaca caeria sobre Oruro ó Potosí.

Asi, pues, el triunfo que Valdés habia conseguido sobre Marquiegui fue acibarado por estos dos contrastes, los què cambiaron totalmente el aspecto de los negocios. En el momento mismo en que creia haber desconcertado completamente las tropas de Olañeta se vió envuelto en tan graves peligros, de que solo su serenidad i firmeza pudo libertarle. Situadas las fuerzas del Barbarucho á su retaguardia; fálto de artillería, municiones, i demas pertrechos, aconsejaba la prudencia un pronto repliegue para no ser víctima de tantas contrariedades; pero su ánimo emprendedor i resuelto, i la mengua que temia pudiera recaer sobre su carrera militar, le hicieron acometer nuevas i arriesgadas empresas, aunque tenia en su contra todas las probabilidades del triunfo.

Ufano el Barbarucho con la victoria conseguida sobre el general Carratalá, se habia situado sobre la fuerte posicion de Santiago de Cotagaita: habria sido un temerario arrojo atacar á su enemigo en aquel punto, i resolvió por lo tanto flanquearlo con un rápido movimiento sobre la derecha en direccion de Cotagaitilla.

El general La Hera fue encargado de cubrir este movimiento con 25 caballos de los granaderos de la guardia i dos compañias de cazadores de Gerona i del Imperial, i desempeñó su comision con el mayor lucimiento, si bien en el reñido combate que hubo de sostener sufrió la pérdida del capitan Herrera, de varios soldados muertos i muchos heridos, i entre estos últimos se contó el mismo La Hera de bastante gravedad.

Necesitaba ahora mas que nunca el general Valdés suplir con su sagacidad i pericia militar la ventaja que le llevaban los contrarios, i á estos sus recursos guerreros debió la felicidad de sus resultados. Habiendo emprendido su marcha sobre el Despoblado para ocultar su verdadero movimiento,

volvió mui pronto á caer sobre el camino real de Potosí por el que ocultó su retirada, esperando que seria evacuada por Aguilera dicha ciudad, i que podria proveerse en ella de artillería i municiones de que escaseaba. Al llegar el dia 6 de agosto á la Lava, distante nueve leguas de la indicada capital supo con certeza que las ventajas del citado Aguilera se habian limitado á destruir un escuadron de caballería que habia quedado á su frente, pero que la infantería se mantenia ilesa ocupando la ciudad de Chuquisaca á las órdenes del brigadier Vigil.

Con tan lisongeras noticias varió notablemente la posicion de Valdés: creyéndose ya bastante fuerte para sostener el campo contra sus adversarios, suspendió su retirada i se estacionó en la Lava, desde cuya fuerte posicion podia cubrir las provincias de Charcas i de Potosí, i disponer operaciones concertadas con ambos puntos. La persecucion del Barbarucho habia sufrido la demora consiguiente al error en que habia sido inducido por la figurada marcha de Valdés sobre el Despoblado de que se ha hecho mencion; mas sin embargo de este tropiezo se hallaba ya al dia siguiente á las cercanias de dicho punto de la Lava, i se travó una escaramuza entre las patrullas de uno i otro partido. Este pequeño encuentro frustró los planes del Barbarucho dirigidos á sorprender á su rival: alarmados los realistas se pusieron en defensa, i su activo gefe adoptó las mas enérgicas medidas para sacar el partido que le ofrecia su posicion.

Se figuraba el Barbarucho que las tropas de Valdés habrian sido alojadas, para libertarse del frio, en un ingenio de plata que se hallaba en la parte mas baja del terreno perteneciente á los herederos del benemérito conde de Casa real de moneda, i esperaba que arrojándose sobre ellas antes del amanecer obtendria un triunfo decisivo. Animado con esta halagüeña creencia, rompió el ataque al rayar el alba amagando la derecha del campamento, pero dirigiendo el nervio de sus fuerzas, á sus inmediatas órdenes, por el centro, que se hallaba defendido por el mismo general Valdés. Fue este

combate de los mas reñidos i sangrientos que se hubieran visto en aquellos paises; ambos gefes pelearon con la mayor obstinacion i furor; ambos acreditaron en este dia su bien merecida fama de valientes; ambos buscaban la muerte con ciego entusiasmo, sin que la identidad de sus nombres, de su patria i de divisa aflojasen su terrible empeño en asegurar la victoria con su recíproca destruccion.

Si el ataque del Barbarucho se hubiera dirigido real i no fingidamente sobre la derecha, tal vez no habria salido desairado en su atrevida empresa; en aquel caso no le habria cargado tan oportunamente la caballería, que al mando del brigadier Ferraz ocupaba la izquierda, á cuyo esfuerzo sucumbió toda aquella division, menos 40 á 50 individuos bien montados, que fueron los únicos que pudieron salvarse de tan mortífera refriega. El general Valdés obtuvo, pues, la victoria mas completa aunque con la pérdida de muchos valientes, i entre ellos la del brigadier Ameller, coronel del batallon de Gerona, del capitan del mismo cuerpo don Francisco Casanova, i de otros varios oficiales de los mas brillantes del ejército.

Entre el gran número de prisioneros que fue presentado al citado general Valdés, se hallaba el humillado i herido Barbarucho, quien no dudaba de que las primeras palabras que saliesen de la boca de su competidor habian de ser la fatal sentencia de su muerte; ¡mas cuál fue su sorpresa i la de todos los circunstantes cuando oyeron en su vez de este gefe, tan fiero en los combates como clemente i generoso con los vencidos, las mas cariñosas espresiones para que fuera curado inmediatamente, escitándole á deponer todo recelo, protestándole que sus principios eran mui diferentes de los que profesaba el general Olañeta, i ofreciéndole cuanto dinero pudiera necesitar!

Creció la admiracion de todos cuando vieron correr dos raudales de lágrimas de los ojos del citado Valdés, producidos por el tropel de ideas que en aquel momento se agolparon á su imaginacion: el apellido, la patria, la estima-

cion que antes habia dispensado á este furioso enemigo, la idea que tenia de su valor, su conducta en Tarabuquillo, en donde salvó prodigiosamente la vida de sus terribles órdenes para que hicieran fuego sus soldados sobre él á quema ropa mientras que les estaba arengando; el gozo de tener en su poder al gefe mas atrevido i temible, á quien Olañeta habia debido la funesta ventaja de sostener con variedad de éxitos aquella campaña; la lisongera idea de creer terminada la guerra civil con tan brillante golpe i de ver rendidos á sus pies á los que pocas horas antes se figuraban ya árbitros de esta misma division; todo este conjunto de ideas, en el que las dulces emociones de la victoria contrastaban con los punzantes estímulos del dolor, causado por la muerte de tanto valiente i con especialidad del brigadier Ameller, íntimo amigo é inseparable compañero de Valdés, que tanta gloria habia adquirido en los combates i que por sus ilustres hechos era reputado por uno de los mas distinguidos gefes del Perú; la lucha en que el referido Valdés se vió envuelto consigo mismo para resolver sobre el uso que debia hacer de su ilustre triunfo; todo concurrió á formar una de las escenas mas tiernas i contrastadas de su carrera.

Resuelto finalmente á sofocar los sentimientos del rigor i de la venganza con el objeto de que trasmitido á la posteridad este rasgo de sublime generosidad adquiriese su memoria un nuevo título de gratitud i aprecio, mandó que fueran curados los heridos i enfermos del bando opuesto con el mismo esmero como si fueran sus propios soldados, á pesar de que las órdenes que le habian sido comunicadas prescribian la pronta imposicion de la pena capital sobre cuantos rebeldes cayesen en sus manos. Aunque lo brillante de estos hechos desaparece en la funesta clase de guerra que dió lugar á ellos, no deben sin embargo pasarse por alto para que pueda juzgarse con acierto del carácter de los sugetos que tuvieron parte en ellos.

Habiendo enviado Valdés los heridos i prisioneros á Potosí, dejando sus tropas en Puno á las órdenes del brigadier

Ferraz, marchó sobre Chuquisaca con solos 300 infantes i un escuadron de caballería, cuya fuerza reunida con la que mandaba Vigil en aquel punto, la creia suficiente para hacer entrar en el órden al brigadier Aguilera. Los gefes que se hallaban con Olañeta en el rio Cinti, á donde habia regresado despues de haberse hecho dueño de la provincia de Tarija, ofrecieron la entrega de su general luego que supieron los desastres de la Lava; pero como el brigadier Ferraz, que fue quien recibió estas comunicaciones, no se creyese autorizado para acercar sus tropas segun indicaban los citados gefes, sin que antes lo hubiera consultado con su general, se perdió un tiempo mui precioso, i se malogró aquel proyecto que habria puesto término á estas porfiadas desavenencias, que fueron tan fatales á la causa del Rei.

Mientras que Valdés se hallaba ocupado en esta sangrienta campaña se abrió la mui importante de Bolivar contra el general Canterac por la parte del Norte, segun se dirá con alguna estension mas adelante. La derrota que sufrieron las tropas realistas en Junin hicieron sumamente crítica la situacion del virei, quien ordenando á Valdés que volara inmediatamente en su ausilio con cuantas fuerzas tuviera á su disposicion, abandonando las provincias del alto Perú á discrecion de Olañeta, dejó sin fruto todos los sudores empleados i la sangre derramada por la division de dicho Valdés para enfrenar la osadía i asegurar la obediencia de aquellas tropas al gefe legítimo.

El desenlace que tuvo esta furiosa lucha nos confirma en nuestra opinion de que no debió jamas emprenderse. Se dirá que Olañeta fue un insubordinado, un rebelde; se dirá que el mismo decoro del gobierno exigia que no fuera hollada su autoridad; se dirá que no convenia separar al llamado ejército del Sur, dejando en poder de un partido contrario las ricas provincias del alto Perú, de las que se estraian los principales recursos para sostener la guerra; se dirá tambien que creyéndose de facil ejecucion el proyecto de destruir la influencia de Olañeta convenia quitar este tro-

piezo antes de emprender operaciones en grande contra el enemigo comun; se dirá que no habiendo surtido efecto alguno los exhortos i cuantos medios de conciliacion se adoptaron para evitar este rompimiento se vió ya justificado por las mismas circunstancias; i se dirá por último que era sumamente arriesgado reconcentrar todas las fuerzas sobre el N. del Perú, porque de dejar abandonadas las costas de Arequipa, podian tocarse los mismos inconvenientes que por un movimiento igual sobre la capital en el año anterior, pusieron aquellos paises al borde del precipio. Sin embargo de estas objeciones, i aun reconocida la insubordinacion de dicho Olañeta con todo el carácter de reprensible, debieron en nuestro concepto las tropas del virei Laserna, mas bien que entretenerse en esta funesta pugna, haberse dirigido á reforzar el ejército de Canterac para que este hubiera podido avanzar por el Norte sobre el de Bolivar antes que hubiera concluido su organizacion i aumento.

Si asi lo hubieran practicado habrian agregado sus gefes nuevos títulos á su gloria. El desagravio de sus insultos podrian haberlo recibido con mas seguridad i conveniencia despues que hubieran arrojado del Perú á los colombianos. La razon alegada por aquellos de que dichas provincias del alto Perú debian estar sujetas al virei, porque sin sus ausilios no podia sostener su ejército, pierde en gran modo su fuerza si se considera que quedaron las mismas en el libre poder de su competidor, cuando las empleadas en su persecucion habian sufrido los mas terribles quebrantos en medio de sus pomposos triunfos.

Si calificamos, pues, de criminal la conducta de Olañeta, no podemos tampoco abonar la de las tropas del referido virei Laserna: aquel obró ilegal é injustamente; éstas con derecho i razon, pero con poca política. No cesaremos por lo tanto de lamentarnos de ese espíritu de discordia entre los gefes realistas que tantos estragos ha hecho en sus filas; los enemigos han ganado mas terreno con su seduccion é intriga que con el esfuerzo de su brazo. Daremos mayores

aclaraciones sobre lo fundado de estos asertos por lo que respecta al general Olañeta cuando háyamos descrito los importantes sucesos del ejército de Bolivar.

Como las tropas realistas del Norte no se movieron de sus cantones de Jauja, pudo dicho Bolivar organizar su ejército, completándolo hasta el número de 11000 hombres, entre ellos 6000 colombianos, i darle una asombrosa movilidad. Los montoneros ó guerrillas de la laguna de Lauricocha ó de Reyes, cuyos habitantes han sido de los mas obstinados i animosos contra los realistas, llamaban la atencion de estos por varias partes formando una especie de cuerpo de vanguardia, desde que el ingles Miller pasó del cuartel general á ponerse á su cabeza.

Reconcentrado el espresado ejército de Bolivar en el valle de Huarás, emprendió su marcha sobre Pasco en el mes de julio; los generales Lara i Córdova mandaban la primera i segunda division de infanteria; La Mar la tercera; la caballería del Perú fue puesta á las órdenes de Miller, la de Colombia á las del coronel Carbajal, los granaderos de á caballo de Buenos-Aires eran dirigidos por su coronel Ruiz, el general Necochea fue designado por gefe principal de dicha arma. El general Sucre era el gefe de Estado mayor de todo el ejército; el doctor Sanchez Carrion iba al lado del dictador como ministro general para los negocios del Perú. Inconcebible parece como en tan poco tiempo hubieran logrado los insurjentes poner en campaña una fuerza tan numerosa i bajo un pie tan respetable de arreglo i buena direccion. Abundaban las provisiones de guerra i boca, el armamento, vestuarío, medios de trasporte i cuantos elementos guerreros se necesitan para abrir una importante campaña.

El ejército del general Canterac, aunque compuesto á principios de este año de 9⁹ hombres, no tenia á esta sazon sino 6500 para llevar al frente de Bolivar; la guarnicion del Callao le habia distraido 1500, los 1⁹ restantes estaban dados de baja por enfermedades i otros objetos. Sin embargo

pues de la inferioridad de su número, trató Canterac de ostruir la marcha del enemigo i aun de arriesgar alguna batalla si podia contar con todas las probabilidades de la victoria.

Las tropas de Bolivar cruzaron los horribles desfiladeros de las cordilleras de los Andes con tanta constancia i sufrimiento que sería un acto de injusticia negarles el gran mérito contraido en esta campaña; pero la gloria que refluye sobre ellas en haber ejecutado con tanta felicidad esta penosísima marcha habria podido ser disputada por los realistas si su situacion les hubiera permitido salirles al encuentro con antelacion, ó mas bien si hubieran tenido tanta confianza i ventaja en el arma de infantería como pretendian tenerla en la de caballería, por cuya razon buscaban mas bien terrenos llanos para hacer un bizarro despliegue de ella. Al llegar Bolivar al llano que se encuentra entre Rancas i Pasco dió una enérgica proclama á su ejército para animarle á combatir contra las brillantes tropas del citado Canterac, cuyos puestos avanzados se hallaban en *Casas*, distante tres leguas de Reyes. No dejó de influir en el mayor aliento de los independientes el recuerdo de haber obtenido cuatro años antes en aquel mismo sitio una importante victoria sobre el brigadier O'Reilli.

Habia asimismo entre ellos otros varios elementos de emulacion i competencia, capaces de producir rasgos de estremada valentía. Se hallaban alli reunidos los soldados que mas renombre habian adquirido en los varios teatros de la guerra de América. Al lado de los granaderos de los Andes, con los que San Martin habia conseguido sus altivos triunfos en el reino de Chile, se veian los llaneros que habian destruido al ejército real de Venezuela en Carabobo. Los vencedores de Pichincha conservaban todavía mas fresca la memoria de sus recientes hazañas. Varios aventureros, discípulos del gran guerrero del siglo, i que habian peleado á sus órdenes en las batallas de Rusia i Waterloo, fomentaban los varoniles esfuerzos del soldado. La mayor parte de este ejército se hallaba á 500 i aun á 19 leguas de su pais; to-

do parece que concurria á darle una fuerza respetable.

Los realistas conocian bien los recursos i el vigor del enemigo que tenian al frente; mas acostumbrados á encadenar la victoria, creyeron que todo aquel gran aparato desapareceria ante el mayor ingenio del general en gefe para las maniobras, i ante el incomparable estado de arreglo, instruccion i disciplina de sus soldados, especialmente de los de caballería, por los que tanto se habia desvivido.

Deseaba con efecto el general Canterac dar una muestra positiva de su poder: figurándose invencible con dichos cuerpos de caballería, que podian competir en todos sentidos con los mejores de Europa, estuvo acechando el modo de empeñar esta so'a arma, si bien caminaba con todas sus fuerzas sobre el camino real que conduce á Reyes. Ya habia llegado á Carhuamayo i Pasco el 5 de agosto, cuando noticioso de que el enemigo se avanzaba por la orilla derecha de la laguna retrocedió para que no se le colocase á retaguardia.

Ambos ejércitos se buscaban, i ambos se hallaron el dia 6 en Junin ó Pampas de Reyes á las dos de la tarde. Habiendo observado Canterac que la caballería insurjente era la que únicamente se habia adelantado dejando su infantería á unas dos leguas de distancia, se llenó de gozo por ser esto lo que tanto deseaba. Dando, pues, la orden de que la suya continuase su retirada por temor de que si empleaba esta arma le arrebatase el enemigo con su pronta fuga el triunfo que daba por seguro, formó su plan de atacar simultaneamente su derecha, izquierda i centro.

Tenian los disidentes formados 900 caballos en las Pampas ó llanuras del ya mencionado punto de Junin, apoyando su derecha á un cerro i su izquierda á un pantano. Las tropas de Canterac dirigidas sobre el centro llegaron á romperlo i aun á colocarse á retaguardia; las que habian salido dirigidas á flanquear la izquierda se hallaron con el citado pantano, cuyo obstáculo no habian previsto, i quedaron paradas sin tomar parte en la accion; la columna dirigida sobre la derecha habia desempeñado asimismo con lucimiento

su respectivo encargo. Ya los independientes habian sido arrollados; á pesar de su arrojo i decision no habian podido resistir al terrible impulso de la caballería de los realistas; ya estos empezaban á entonar el himno de la victoria cuando dos escuadrones enemigos que estaban á retaguardia al mando del teniente coronel Suarez, se lanzaron sobre los vencedores que se hallaban asimismo en el mayor desorden i confusion mezclados con los vencidos.

Reunidos estos con aquella masa de bronce que guardaba una perfecta formacion, cayeron de nuevo sobre los diseminados realistas, los acuchillaron horrorosamente, los obligaron á ponerse en pronta retirada, i les arrebataron el campo de batalla. Todavía conservaba el comandante don Dionisio Marcilla algunos trozos de caballería ordenadamente formados, i esperaba con ellos arrebatar de los rebeldes su inesperado triunfo; pero el general en gefe, que deseaba conservar aquella fuerza como centro de reunion de los dispersos, no juzgó por conveniente permitir este rasgo de valentía i firmeza; i tomando en su vez las mas activas disposiciones para evitar los malos efectos de aquel contraste, emprendió su retirada, esperando que mui pronto podria rehacerse de él, i borrar este primer desaire de sus armas.

La derrota de Junin tuvo la mayor influencia en la suerte del Perú; la caballería, que era tenida por invencible, perdió aquel prestigio con el que estaban embelesados los pueblos, i se desmoralizó en términos que ya no pudieron sacarse de ella ventajas de consideracion. Son responsables por cierto de estas desgracias los que por falta de celo é inteligencia dejaron de cumplir con lo que exigía el deber. Si el comandante Eguía, que fue encargado de flanquear al enemigo por su izquierda i de servir de reserva, se hubiera dirigido por el centro cuando vió malogrado su primer movimiento i que la reserva contraria se introducia en el campo, habria sido irremediable la destruccion de los independientes.

El choque sin embargo fue de los mas reñidos i furiosos sin que se hubieran empleado en él otras armas que la lan-

za i el sable, i tan sangriento, que sin embargo de su cortísima duracion quedaron en el campo de batalla mas de 600 hombres, entre ellos 19 oficiales españoles i 11 de los insurjentes con su general Necochéa. No fue, pues, la pérdida de 400 caballos sufrida por los realistas la parte mas sensible para el celoso general que los mandaba, sino la desconfianza que se introdujo en ellos desde que vieron tanta serenidad i firmeza en sus contrarios. Si esta accion se hubiera ganado habria formado el primer eslabon de la cadena de triunfos; se perdió, i lo formó de contrastes i reveses.

Bolivar, que apenas vió la primera dispersion de su caballería en dichos llanos de Junin, se puso, segun costumbre, en precipitada fuga ácia su infantería, creyéndolo todo perdido, recibió á poco tiempo la tan plausible como inesperada noticia de la victoria. Habiendo dado treinta i seis horas de descanso al ejército, se puso nuevamente en marcha, ocupó el 9 á Tarma, el 11 á Jauja, el 14 á Huancayo, el 22 á Huanta, i el 24 á Huamanga, cuyos puntos eran abandonados por los realistas en su retirada, verificada con tanta precipitacion que al llegar al Cuzco se hallaron menos de 59 hombres; cerca de 29 habian desaparecido, en su mayor parte por la desercion.

Apenas supo el virei la accion desgraciada de Junin, dió las órdenes mas premurosas al general Valdés para que renunciando todo proyecto sobre Olañeta le abandonase las provincias del Alto Perú, i volase sin pérdida de tiempo en su ausilio para contener al orgulloso enemigo. Valdés obedeció esta orden superior i se puso en marcha con su acostumbrada celeridad.

El ejército titulado libertador permaneció cerca de un mes en el citado punto de Huamanga, desde el cual se dirigió ácia la orilla del Apurimac. Figurándose Bolivar que los realistas no emprenderian sus operaciones hasta que hubiera pasado la estacion de las lluvias que iba á principiar, ó bien porque creyese que reunidas las fuerzas realistas del Sur con las del Norte iba á ser irresistible su impulso, se separó del

ejército para ir á Lima, segun algunos con la idea de organizar el gobierno i acelerar los refuerzos que esperaba de Colombia, i segun otros para que no recayese sobre sí la mengua de una derrota que recelaba.

Puesto entonces á la cabeza de aquellas tropas el general Sucre, reunió un consejo de guerra en Challuanca para tratar sobre los planes de la campaña. Aunque Bolivar le habia dejado instrucciones de no moverse de sus cantones, temió que si los realistas avanzaban con todas sus fuerzas reunidas pudiera ser menos favorable su posicion. De acuerdo en esta parte con los generales La Mar, Lara i Miller, i no menos temeroso de que sus contrarios pudieran reforzarse considerablemente si se les dejaba en la pacífica posesion del Cuzco, se dirigió sobre Mámara con un batallon, un regimiento de caballería i un escuadron para reconocer la orilla derecha del Apurimac que ocupaban los realistas.

En los dias 10 i 11 de octubre llegó la division del activo Valdés al Cuzco á consecuencia de una de aquellas rápidas marchas que le dieron tanta celebridad en el Perú. Para conciliar mas estrechamente los ánimos, para asegurar mejor una esplícita obediencia cual se requeria de todos los gefes, i para redoblar el entusiasmo con el prestigio de la autoridad superior, dispuso el virei ponerse al frente de aquella campaña como lo habia hecho en la mui importante i gloriosa del año anterior.

El ejército realista se formó en tres divisiones de infantería i una de caballería, mandadas aquellas por los generales Valdés, Monet i Villalobos, i ésta por el brigadier Ferraz. La de Valdés se componia del primer batallon del Imperial, del de Cantabria, Centro, i Castro; la de Monet tenia otros cuatro cuerpos, que lo eran el primer batallon de Burgos, el segundo del primer Regimiento, el de Guias i el de Victoria; i la de Villalobos tenia una fuerza próximamente igual aunque se componia de cinco batallones, que lo eran el primero i segundo de Gerona, el primero del

primer Regimiento, el segundo del Imperial, i el batallon de Fernando VII.

Los granaderos de la Guardia, los húsares de Fernando VII, los dragones de la Union i de Lima, el escuadron de San Cárlos i la compañía de la Guardia del virei formaban la division de caballería, que ascendia á 1400 ó 1500 caballos. Los cuerpos de infantería estaban mui bajos i ascenderian á lo sumo á 9500 hombres. El brigadier Cacho fue puesto á la cabeza de la artillería que se componia de 16 piezas. El general Canterac fue nombrado gefe del estado mayor i segundo del virei. El general Carratalá fue empleado como primer ayudante general. Este era, pues, el estado del ejército español reunido para abrir la campaña.

Desde el Cuzco á Huamanga, que era el teatro probable de las operaciones, hai 85 leguas en la direccion mas corta de Lima: el terreno es de los mas escabrosos i dificiles del Perú; los caminos, aun el de posta, que se llama *real*, no son mas que unas veredas tan ásperas i penosas, que es necesario echar pie á tierra en muchos parages á pesar de ser mui prácticas las bestias empleadas en este objeto. El pais se ve atravesado por una multitud de torrentes i por tres rios considerables que corren paralelamente de Este á Oeste por barrancas sumamente profundas, i son el Apurimac, el Abancai i el Pampas. La poblacion se compone en su totalidad de indios, escepto las villas de Abancai i de Andahuailas, en las que se encuentran muchos *criollos*.

Los pocos recursos que ofrece esta faja de terreno estaban apurados por la reciente retirada del ejército del general Canterac i por la actual ocupacion del de Bolivar. En medio de estas dificultades, á las que tenian que subordinarse las miras i las maniobras del virei, hubo de emprender la campaña con el doble objeto de conducir al enemigo por la fuerza de los movimientos á un terreno en el que tuviera mayor facilidad para derrotarlo en una batalla, ó para deshacerlo como en la campaña anterior, ó finalmente para obligarle á

abandonar el pais. Resuelto, pues, á marchar sobre su flanco derecho, pasó el ya citado rio de Apurimac cerca de su nacimiento mediante un rodeo de 12 á 14 leguas.

Al favor de este movimiento se hallaron las tropas del Rei el 29 de octubre en Jaquira, dueñas del único camino traversal que conducia á Huamanga. La línea de operaciones de Sucre se vió amenazada desde este momento; i el virei se halló en disposicion de poderlo doblar, como lo efectuó proporcionándose al mismo tiempo algunas subsistencias de que habria carecido si hubiera tomado el camino real ocupado por aquel caudillo. Como este era el secreto de la campaña i el principio fundamental que iba á dirigirla, habian de resultar por necesidad situaciones mui estrañas i complicadas para ambos ejércitos.

El de los realistas continuó su marcha por los altos de Mámara i de Chuquibamba cubriendo su derecha la vanguardia. Habiendo sabido el general Valdés en 1º de noviembre que una partida fuerte enemiga se hallaba en Chuquibambilla, hizo marchar al anochecer al teniente coronel don Julian Olivares con dos compañías de cazadores para reconocer la poblacion i atacarla al amanecer; pero avisados los enemigos de este movimiento se retiraron precipitadamente entre diez i once de la noche sin mas pérdida que la del coronel aleman Altaus, que fue hecho prisionero al dia siguiente por una partida de indios acaudillada por el Cura. Se averiguó entonces que estas fuerzas en número de 180 hombres se habian avanzado al mando de Miller con el objeto de observar de cerca los movimientos del ejército español.

El ministro de Real hacienda, don Francisco Martinez de Hoz, que habia salido en busca de víveres con una corta partida, se apoderó en este mismo dia del equipage de Sucre, cuyo uniforme de gala se mandó entregar al tambor mayor con la idea, al parecer, de manifestar el desprecio que se hacia de las insignias rebeldes. Esta mal calculada altanería de los realistas ofendió vivamente al afortunado caudillo, á cuyos pies vió rendidos á los pocos meses á los autores de aquel escarnio.

El hombre en todas las situaciones debe tener siempre á la vista la insignificancia de las cosas terrestres i la volubilidad de la fortuna: quien obra por estos principios, quien al hallarse en un puesto encumbrado considera á los demas como activos instrumentos que pueden derribarle de él para ocuparlo ellos á su vez, quien en medio de sus prosperidades no adquiere otro engreimiento sino el que resulta de las buenas acciones si á estas ha debido su suerte feliz, quien adquiere mayores grados de modestia, de afabilidad i dulzura á medida que se ve mas adulado por la misma fortuna, nunca tendrá motivos de arrepentirse de haber chocado con personas que pueden llegar por un curso natural de los sucesos á ser árbitras de su suerte.

Habiéndose concluido la construccion de un puente sobre el Abancai, en 4 del citado mes de noviembre, pasó en este dia todo el ejército á la orilla izquierda por el frente de Challuanca; campó el 8 en los pueblos de Pampachiri i Larcai; i al dia siguiente continuó su marcha en la indicada direccion figurándose que los enemigos habian pasado ya mas allá de su paralelo; pero como hubieran hecho alto en las inmediaciones de Andahuailas, quedó completamente cortada su línea de operaciones. El 16 ocupó ya la vanguardia la ciudad de Huamanga haciendo algunos prisioneros, entre ellos un sargento mayor, i apoderándose de varios repuestos i de una gran porcion de pertrechos guerreros.

Dueño por este medio el virei de las comunicaciones de los insurjentes, se halló en estado de introducir la alarma en las provincias del Norte, de distraer las fuerzas que bloqueaban el Callao, i de alentar al partido realista. Procediendo desde entonces con mayor confianza en sus movimientos, reunió su ejército el 18 en los altos de Matará, i retrocedió sobre el Pampas ya por el camino real de Lima.

Era su plan volver á cruzar este rio, ocupar los altos de Unipa, i obligar á Sucre á batirse en aquel punto que ofrecia á los españoles las mayores ventajas: empezóse á dar la debida ejecucion posesionándose los cazadores de la vanguardia de

las alturas de Bombon en la tarde del 19; pero como advirtiesen que todo el ejército enemigo estaba ya situado en Unipa, se frustró el objeto de su movimiento, i la vanguardia hubo de volver á la orilla izquierda del rio, en la que se hallaba todavía dos leguas á retaguardia el ejército español. Una escaramuza poco considerable con los cuerpos de Sucre fue el único resultado de esta maniobra que habia tenido por objeto empeñar una accion general i decisiva.

Habiendo campado el ejército realista el 21 en las inmediaciones de Concepcion, i conociendo las dificultades de venir á las manos con sus contrarios á causa de los insuperables obstáculos que presentaba el terreno por las dos orillas del Pampas concibió el virei el proyecto de hacer que Sucre emprendiese el paso de este rio, aparentando su intencion de abandonar aquel punto, i de hacer un movimiento retrógrado sobre el Cuzco para restablecer su base natural de operaciones. Pendia el feliz resultado de este sábio i acertado plan del modo de ejecutarlo, i de la astucia en saber deslumbrar al gefe insurjente. Para conseguir este objeto se dispuso que el ejército se retirase de la vista de los enemigos, i que la vanguardia pasase á la orilla derecha usando de todos los ardides para figurar que este movimiento habia sido ejecutado por toda la fuerza de dicho virei.

Fue en esta ocasion en la que el general de la vanguardia dió mayores pruebas de actividad é inteligencia: cuatro marchas rápidas emprendidas con la idea de mantener la ilusion que tanto convenia; la completa destruccion de las partidas disidentes que ocupaban á Talaverilla al mando de los coroneles Carreño i Plasencia; la subdivision de sus fuerzas i el acierto de sus maniobras persuadieron con efecto al general Sucre de que allí se hallaba todo el ejército español; cuya idea llegó á ofuscarle de tal modo, que aun en el parte de la batalla de Ayacucho seguia repitiendo éste su error.

Engañado, pues, Sucre completamente por el general Valdés, i creyendo seguro i espedíto el paso del rio, se arrojó á pasarlo en la noche del 30: al llegar la vanguardia

española á la mañana siguiente á la vista de Bombon, no encontró mas que una partida de 50 caballos enemigos, la que se puso al instante en precipitada fuga. El virei, que para ocultar su permanencia en aquel frente, i para que Sucre se atreviese á cruzar dicho rio, se habia alejado cinco leguas de él, no pudo ser instruido oportunamente de este movimiento, que nunca se figuró lo hubieran verificado los enemigos de noche i con tanta prontitud; i aunque hizo avanzar sus tropas al momento que recibió los primeros avisos, no pudo llegar á tiempo de impedirles la continuacion de su retirada.

Este pequeño descuido de los realistas hizo que se frustrase la combinacion mas interesante de la campaña: cinco horas que se dejó ganar al enemigo en la citada noche le salvaron de su completa ruina: todo el ejército rebelde debió rendir las armas en este dia; el plan habia sido sabiamente combinado, i su ejecucion fue maravillosa escepto en la parte, al parecer tan insignificante, que acabamos de indicar. Sensible es por cierto que la fatalidad del destino hubiese arrebatado en esta ocasion de las manos de los realistas una decisiva victoria, la que daban ya por segura. Se salvó, pues, el ejército rebelde por tan imprevisto incidente, i fue preciso por lo tanto concebir nuevos planes i dar otro giro á la campaña.

Todo el ejército real campó el dia 2 de diciembre en Materá á la vista de los enemigos, ménos la vanguardia, la que despues de haber caminado en el mismo dia 11 leguas, quedó todavía á 5 de distancia de los altos de Concepcion; i aunque esta division estaba rendida por la citada penosísima marcha hubo de emprender en la misma noche el movimiento que le prescribió el virei, i llegó á las 11 de la mañana siguiente á las inmediaciones del campo ocupado por los demas cuerpos.

En aquel mismo momento se disponia dicho virei á atacar á Sucre; pero observando que éste amagaba abandonar el campo i empeñarse en la formidable barranca de Corpa-

huaico, mandó al general Valdés que cayese sobre su flanco izquierdo mientras que tomaba el resto del ejército igual direccion. Aunque la vanguardia estaba postrada de la fatiga de su no interrumpida marcha desde el dia anterior, verificó esta operacion con tanta felicidad i presteza que cortó casi la mitad del ejército enemigo, batió completamente la division Lara, dispersó la caballería, se apoderó de un cañon, de todo el parque de reserva, de la caja militar, equipages i de otros pertrechos, causándoles la pérdida de mas de 500 hombres entre muertos, heridos i prisioneros.

En esta brillante accion tuvieron mas ocasion de distinguirse el brigadier don Antonio Tur, que mandaba el batallon de Cantabria i que se hallaba el mas avanzado, los coroneles don Diego Pacheco, don Manuel Sanchez, i el comandante don Antonio Aspiroz, no habiendo sido menor la bizarría i decision de cuantos gefes i oficiales tuvieron parte en ella. Si hubieran podido llegar oportunamente los demas cuerpos realistas, habria sido completa la derrota, i en este dia se habrian sepultado los gigantescos proyectos de los rebeldes. Dos batallones de la división Villalobos fueron los únicos que pudieron disparar algunos tiros, i los que tal vez habrian podido añadir mayor lustre á dicha refriega si hubiera sido mas rápido su movimiento.

Estaba ya para anochecer cuando se aproximaron las demas divisiones; mas el temor de la desercion, que era tan comun entre aquellas tropas, hizo que los realistas renunciasen á recoger los frutos de esta primera victoria. Si dichas tropas hubieran inspirado la debida confianza, no se habria suspendido el ataque, i la misma oscuridad de la noche hubiera acabado de desconcertar al humillado ejército de Sucre. Con esta forzada inaccion se perdieron las ventajas de aquella jornada, porque ya al dia siguiente estaban los enemigos perfectamente reorganizados i en disposicion de combatir de nuevo, ocupando la fuerte posicion de Corpahuaico.

Ansioso siempre el virei por ahorrar en lo posible la efu-

sion de sangre no se atrevió á atacarla de frente, i dispuso en su vez, que la division Monet saliese á las ocho de la mañana á doblarla por las alturas de la izquierda. Luego que Sucre vió amenazado su flanco, emprendió su retirada para Tambo Cangallo, libertándose del premeditado ataque de los realistas por ser ya mui tarde cuando el general Monet hubo concluido su movimiento i cuando el ejército acabó de pasar las anchas i profundas barrancas que tenia á su frente[1], no habiendo dejado de influir en la suspension de dicho combate la estremada fatiga de la vanguardia, que se halla casi inhábil para entrar en accion.

Para apurar el sufrimiento de dichas tropas i aburrir el ánimo del soldado concurrió la escasez de víveres, que en este mismo dia llegó al estremo de no tener mas provisiones para racionarlo que la carne de burro: no es, pues, estraño que se aumentase el espíritu de desercion entre los descontentos, i que aun entre los leales hubiera un sordo murmullo criticando á los gefes por su lentitud en dar una batalla campal. Habiendo cambiado Sucre de frente en la misma noche del 4 abandonando el camino real de Huamanga, se situó en el pueblo de Acosvinchos, i el ejército español tomó posesion de Tambillo al dia siguiente.

Se proponia el virei ocupar el 6 el pueblo de Quínua i el campo de Ayacucho, á cuyo efecto mandó que la vanguardia tomase rápidamente aquella direccion; pero como al llegar á media legua de distancia observase el general Valdés que ya se hallaba ocupado por todo el ejército enemigo, suspendió su marcha dando aviso de aquel caso imprevisto al virei La Serna, quien subiendo con el general Canterac á la altura que habia tomado dicha vanguardia se convenció de que era inatacable la posicion de Quínua por el frente del Oeste que miraba ácia Huamanga. Creyendo sin embargo que Sucre seguiria al dia siguiente su retirada sobre Huanta, dispuso que el ejército se dirigiese ácia las alturas de Pacaicasa, dejando situada la referida vanguardia de modo que pudiese cubrirlo comodamente.

Eran las tres de la tarde cuando los enemigos percibieron este movimiento á tiempo que ya las columnas españolas se hallaban cerca de la posicion que iban á ocupar; quisieron enmendar, aunque tarde, su primera falta i compensar los favorables momentos que habian perdido por su descuido; pero su impetuoso ataque de la vanguardia fue tan insignificante que solo alcanzó á unas compañias de cazadores, con las que se travó un pequeño tiroteo; las demas tropas habian logrado retirarse sin comprometerse.

El dia 5 envió Sucre una de sus columnas contra la fiel i decidida villa de Huanta, la que agoviada por las vejaciones que la habian hecho sufrir los enemigos desde que la ocuparon en el mes de agosto, se habia pronunciado á favor del ejército real tan pronto como tuvo noticia de su aproximacion. Al regresar dicha columna en la tarde del 6 de castigar cruelmente los nobles sentimientos de aquellos habitantes fue perseguida con viveza por unas compañias de cazadores, i por algunos caballos al mando del coronel James. Pasó el ejército realista á acampar el dia 7 entre Quínua i Huamanguilla sin mas novedad que algunos tiros disparados entre los puestos avanzados.

Habiendo examinado el virei en compañía de su Estado mayor el terreno que ocupaban los independientes, i reconocido las dificultades de dar el ataque por aquel frente á causa del gran barranco que separaba ambos ejércitos, hizo marchar el dia 8 á todas sus tropas á posesionarse de la parte del Este ó altura de Condorcanqui, que era el punto mas accesible para dar egecucion á sus planes militares. Al acercarse los realistas á esta posicion cayeron inadvertidamente en poder de sus partidas avanzadas los coroneles Carreño i Plasencia, ambos pasados á los insurjentes en los años anteriores, i que habiendo sido casi los únicos que escaparon de la sorpresa de Talaverilla, hacia nueve dias que andaban dispersos por las montañas; i tomando unas tropas por otras, halló el primero su muerte, i el segundo su inesperada prision.

Los insurjentes sostuvieron toda aquella noche un fuego continuado de guerrillas sobre los realistas; pero sin mas quebranto para éstos que el de un teniente coronel i dos soldados que recibieron una muerte casual. Las músicas de los cuerpos fueron aproximadas á este mismo campo i siguieron repitiendo alegremente sus marciales ecos, ya fuese por aparentar un ataque general, ya para que no dudasen los realistas de su vigilancia, ó mas bien para hacer alarde de la confianza que tenian en su poder i fuerza.

El campo de Ayacucho es una llanura de 600 toesas de largo i de algo mas de 500 de ancho, situada al Este de Quínua, pueblo pequeño á tres leguas al Oriente de Huamanga. El terreno está cortado en ambas estremidades por dos grandes barrancos. Los enemigos se habian situado ventajosamente desde el dia 6 de diciembre al Oeste de dicho pueblo en el concepto de que las tropas realistas iban á maniobrar por este lado; pero habiendo advertido el virei que aquellos no continuaban su retirada, i que parecian mas bien inclinados á batirse en esta posicion, se dirigió ácia su retaguardia, i se colocó el dia 8 en la altura de Condorcanqui. Cambiando entonces Sucre su frente se estableció al Este de la citada poblacion de Quínua en el estremo de la pequeña llanura que lo separaba de la posicion de los españoles.

Los flancos de unos i otros estaban apoyados á los barrancas; pero los realistas reunian á aquella ventaja la de estar situados en una altura de dificil acceso que dominaba el campo en que debia combatirse, que les aseguraba su retirada en caso de desgracia, i que los hacia dueños de los movimientos preparatorios del ataque. La llanura que habia de servir de campo de batalla estaba oblicuamente atravesada por una barranca practicable para la infantería; por la izquierda realista quedaba una salida como de 150 toesas, que parecia suficiente para desenvolver la caballería.

El ejército insurjente se componia de diez batallones, doce escuadrones i una pieza de artillería, con la fuerza disponible de 5780 hombres, confesada por los enemigos, pero

que segun los mejores datos no bajaba de 7ϑ, lo que es mas presumible atendida la costumbre que generalmente se nota en los guerreros de disminuir el número de sus fuerzas para aumentar el mérito del vencimiento.

Aunque los realistas contaban con 9500 hombres de todas armas á mediados de octubre, habian sufrido bajas considerables en los cuarenta i siete dias de continuos movimientos por los parages mas fragosos i difíciles, en el paso de una multitud de torrentes i rios, i á causa de las privaciones de todo género que habian sufrido, i de la desercion propia de aquellas tropas, como tambien por los muertos i heridos de las acciones de Andahuailas, Matará i otras escaramuzas. Su fuerza efectiva era, pues, próximamente igual á la de los enemigos, es decir de 7 á 8ϑ hombres, sin que se observase mas superioridad que en la artillería, de la que conservaban en aquel momento 11 piezas.

Los colombianos iban á pelear á largas distancias de sus hogares, i se hacia por lo tanto doblemente necesaria su íntima union; las tropas de los realistas eran todas del pais escepto 500 europeos; i cansadas de una guerra tan larga i penosa, habia crecido en ellas de tal modo su propension á desertarse que lo verificaban cuantos individuos podian separarse de sus columnas; cuyo mal no podia corregirse de otro modo que llevándolos encerrados en cuadros formados por los europeos, especialmente de noche. Es, pues, evidente que la calidad de las tropas independientes era superior á la de los realistas, si bien estos tenian á su favor el prestigio de sus anteriores victorias i los mayores talentos i pericia de los gefes, como lo confesó el mismo Sucre, manifestando que la ventaja de sus enemigos estaba en los pies, es decir, en el acierto de sus maniobras.

Sin embargo de los poderosos elementos que constituian el ejército independiente, nunca creyeron los realistas que la fortuna habia de corresponder tan ingratamente á sus esfuerzos; los mismos insurjentes estaban poco seguros de la suerte de sus armas, i la victoria parecia quererse fijar mas bien á

las filas de los leales. Si estos se veian precisados á arriesgar una batalla porque ya la guerra de movimientos habia llegado á aburrir al soldado i á aumentar las dificultades de sostenerla, no era menos apurada la situacion de los enemigos, i acaso esta circunstancia era la mas peligrosa porque debia esperarse de ellos la resistencia que cabe en hombres despechados.

Si bien los realistas veian con placer la determinacion de sus contrarios, no dejaban de estar agitados al considerar que esta era la ocasion mas crítica de su carrera. Fiados sin embargo en la superioridad de sus talentos mas bien que en las de sus fuerzas trataron de lanzarse á la pelea con la mayor impavidez i confianza. El ejército de Sucre se distribuyó en la mañana del 9 en tres divisiones de infantería i una de caballería, cubriendo la derecha el general Córdova con cuatro batallones i dos escuadrones, situado La Mar á la izquierda con otros tres de los primeros i dos de los segundos, i defendiendo Lara el centro con tres batallones, dejando en reserva el grueso de la caballería á las órdenes de Miller.

Algunas compañías de la division de La Mar habian ocupado desde la noche anterior una casa situada á la orilla del barranco que se pierde en la citada llanura. La infantería realista se hallaba tambien distribuida en tres columnas casi paralelas; la vanguardia al mando del general Valdés ocupaba la derecha con cuatro batallones, dos escuadrones i cuatro piezas; la primera division al mando del general Monet con cinco batallones ocupaba el centro; i la segunda con otros cinco á las órdenes del general Villalobos cubria la izquierda. La caballería mandada por el brigadier Ferraz se hallaba á retaguardia de esta última division en campamentos de comodidad.

A las nueve de la mañana reunió el virei en un punto que dominaba perfectamente todo el campo de batalla á los generales de division i de brigada, i á los comandantes generales de artillería é ingenieros. Tenia por objeto esta junta deliberar acerca de la conveniencia i del modo de dar la

batalla: se resolvió el primer punto por unanimidad i con satisfaccion general. Prescindiendo de que era esta la primera ocasion en que los enemigos hubieran tomado una posicion accesible con el designio de pelear, urgian por otra parte las circunstancias, porque al mismo tiempo que Olañeta avanzaba por el Sur sobre el Desaguadero hacia marchar Bolivar por el Norte dos divisiones de tropas frescas, una de las cuales se hallaba ya segun los últimos avisos mui cerca del cerro de Pasco.

Si Sucre llegaba á verificar su reunion con dichas tropas, cruzando el rio Huarpa que tenia á la distancia de 5 leguas adquiria una superioridad decidida i un influjo irresistible. El cansancio de los soldados i de los caballos realistas por otra parte, la carencia de medios para sostener mas tiempo la guerra de movimientos segun ha sido indicado, i la ansiedad de todo el ejército manifestada en los pasquines que dias anteriores habian aparecido en las tiendas de los generales; todo hacia ver la necesidad de provocar el combate mas bien que de escusarlo. Todo, pues, justificaba la acertada resolucion de fiar la suerte de las armas á una batalla que se presentaba con caractéres los mas favorables.

De acuerdo con los mismos gefes se formó el plan de ataque. La vanguardia debia desalojar á los enemigos que ocupaban la casa de que se hecho mencion, mientras que la division Monet aproximaba las cabezas de sus columnas sobre el barranco de frente, i dos batallones de la division de Villalobos siguiendo la cresta de la barranca de la izquierda se situaban en escalones á la altura de la línea de cazadores, cubriendo al mismo tiempo su flanco. Los dos batallones de Gerona i el de Fernando VII fueron colocados en segunda línea para servir de reserva, dispuestos de modo que pudiesen operar con oportunidad sobre el parage en que se requiriese su apoyo, ó de formar un punto de reunion en caso de algun imprevisto contraste. La caballería debia descender al Llano, formar la izquierda del ejército, i sostener la artillería.

Serian las diez de la mañana cuando estas diversas columnas emprendieron sus respectivos movimientos en busca del enemigo. El general Valdés ocupó la casa fuerte, arrollando los tres batallones del Perú que se habian adelantado sobre el barranco para sostener las compañías que defendian dicha casa; i se hallaba asimismo empeñado con toda la reserva del ejército enemigo, que Sucre comprometió con la mayor torpeza, cuando por las otras alas tomaba la batalla un carácter mui diferente. El primer batallon del primer regimiento mandado por el coronel Rubin de Celis, que segun las instrucciones que se le habian comunicado, debia tan solo llamar la atencion de la derecha enemiga, se lanzó imprudentemente al llano, i habiendo caido sobre él la division de Córdova, fue batido, deshecho i puesto en total dispersion con la pérdida del mismo Rubin i de su comandante.

El segundo batallon del Imperial destinado á sostenerle participó cobardemente de la derrota de Rubin sin haber apenas disparado un tiro. El general Monet que se hallaba en este momento al borde del barranco de su frente, arrebatado por un escesivo ardor, en vez de esperar en tan buena posicion á que la vanguardia completase su movimiento, la caballería acabase de bajar i formar en el llano, i la artillería se descargase de las mulas i se situase en los puntos convenidos, creyó sin duda que podia reparar el descalabro de la izquierda; con cuyo objeto i con el de sostener el batallon de guias que habia sido diseminado en guerrillas, avanzó de frente antes del tiempo que le habia sido prescrito.

Así, pues, sin considerar que tenia sobre sí la division victoriosa de Córdova, apoyada por ocho escuadrones de caballería, emprendió el paso del barranco con una intrepidez prematura: dos de sus batallones habian logrado formar en columna felizmente al otro lado de dicho barranco, i el resto de la division continuaba pasándolo cuando Córdova sin dejarle tiempo para desplegarse i habiéndole ya arrollado su batallon de cazadores, lo envolvió con toda su fuerza.

Un choque tan desigual no podia dejar de producir el

resultado que efectivamente produjo: al cruzar estos cuerpos sus bayonetas con los batallones enemigos tuvieron tres gefes muertos, herido su general i una pérdida proporcionada á esta clase de horribles i sangrientos choques; fue preciso ceder finalmente el terreno cubierto de muertos i heridos de ambas partes. Los dos batallones, que no habian entrado en línea, retrocedieron rápidamente al borde opuesto del barranco; pero alcanzados por los fugitivos, i desarreglada su formacion de la manera que sucede siempre en semejantes ocasiones, no pudieron desplegar convenientemente ni hacer la defensa que debia esperarse de la buena posicion que ocupaban. Asi, pues, esta division, que era la mas importante por su número i por el punto que ocupaba en la línea de batalla, fue completamente batida i dispersada sin que bastasen á reunirla las ventajas que le ofrecia el terreno de la espalda, ni la actividad i energia empleada por el general Monet, aunque herido, i por los demas gefes.

En este crítico momento estaba descendiendo la caballería desde la altura; el escuadron de San Cárlos i la compañía de flanqueadores de la Guardia que sostenian las guerrillas, habian sido batidos; i conocida la necesidad de contener por aquella parte la caballería enemiga para que no acabase de doblar la izquierda de la division Monet, recibió órden Ferraz de cargar á toda costa á los ocho escuadrones de los independientes que tenia á su frente con dos de dragones de la Union i dos de granaderos de la Guardia, únicos que habian formado hasta entonces en el llano. El combate fue vivo i sangriento; el primer escuadron de la Guardia, á cuya cabeza se hallaba el teniente coronel del mismo don Domingo Vidart, acreditó en esta ocasion su bien conocida bizarría; pero verificado el choque contra fuerzas tan desiguales i bajo el tiro de la infantería de Córdova que causó mucho daño á dichos escuadrones se vieron todos ellos precisados á retirarse precipitadamente, dejando el primero, en particular tendida la mayor parte de su fuerza en aquel campo de muerte. Al mismo tiempo perdia la division Monet su posi-

cion, i se hizo por lo tanto general la derrota por toda la izquierda i centro del ejército.

El general Canterac, que por órden del virei habia sido puesto á la cabeza de la reserva, se arrojó con ella á la llanura con el objeto de restablecer el órden en las filas i de favorecer la reunion de los cuerpos dispersos, en cuya operacion se hallaban al mismo tiempo empeñados los generales Carratalá, Villalobos i el virei en persona; pero los batallones de Gerona que debian protegerla no eran ya los que habian vencido en Torata i Moquehua. Aquellos soldados habian desaparecido en la sangrienta campaña contra Olañeta; su coronel Ameller no existia; los cuatro capitanes de las compañías de preferencia habian sido tambien puestos fuera de combate; el lugar de tantos veteranos aguerridos estaba ocupado por reclutas tomados á la fuerza dos meses antes i por prisioneros de los últimos combates, de quienes no podia esperarse razonablemente ninguno de aquellos esfuerzos que exigia la situacion de los negocios. Gerona abandonó por primera vez en el Perú al general que lo conducia, i por primera vez tambien fue deshecho sin haberse batido. Ciento noventa i seis hombres del batallon de Fernando VII, resto de los 700 con que este cuerpo habia salido del Cuzco, hicieron desde la última línea de reserva una mui débil é insignificante resistencia.

Frustrados todos los esfuerzos de los generales i gefes realistas, herido el virei i hecho prisionero al tiempo de retirarse á la posicion que ocupaba el citado batallon de Fernando VII, eran ya los enemigos dueños del campo á la una del dia, escepto de su izquierda, en la que seguia batiéndose gloriosamente la division Valdés ignorando la suerte de las demas tropas, cuando se vió envuelto por la mayor parte de las contrarias, libres ya de otras atenciones, i obligado á formar martillo para contener el furioso empuje. Fue entonces cuando conoció que la batalla se habia terminado de un modo funesto: su situacion no le permitia retirarse porque tenia comprometida casi en cuadro toda su tropa,

ni podia proponerse otro óbjeto en tan desesperada crísis sino el de entretener al ejército enemigo el tiempo posible para dar lugar á que se reuniesen los dispersos.

Llegó finalmente la hora de la desgracia: fue enteramente arrollada esta bizarra division; Valdés se entregó á todos los escesos del dolor i de la desesperacion; se le vió buscar con ansia la muerte por todas partes, considerando la vida como un peso insoportable despues de aquella derrota; algunos de sus gefes i oficiales se la salvaron sin embargo, arrancándole de aquel teatro de sangre al favor de la confusion que reinaba en él, i asi llegó á reunirse en las alturas de la retaguardia con unos 200 hombres de caballería que acompañaban al general Canterac i con cuantos dispersos de la izquierda i centro habian podido ser recogidos por el estraordinario arrojo de algunos gefes i oficiales.

Los esfuerzos de estos sin embargo fueron generalmente ineficaces: el capitan Salas fue muerto por los mismos soldados que habia tratado de reunir; el brigadier Somocurcio i otros estuvieron espuestos á sufrir igual suerte. No deberá parecer estraño esta conducta de parte de aquellas tropas: formadas de los prisioneros de las anteriores batallas ó de indios i cholos arrancados de sus hogares, trataban los primeros de volver á sus filas, i los segundos de regresar al seno de sus familias. Solo el prestigio de la victoria i el mágico ascendiente del nombre español pudieron conservarlos en la obediencia de los realistas en medio de su mayor predisposicion á segundar la causa de la independencia. Si se hubiera ganado la batalla de Ayacucho habrian sido los mas ardientes sostenedores del partido español; se perdió, i todos ellos abandonaron á sus respetables gefes.

Esta importante batalla, en la que se selló la emancipacion del Perú, ha sido un objeto de la mas viva controversia, i ha empeñado por algun tiempo la atencion de la Europa entera. Se ha pretendido dar un caracter de criminalidad á los gefes españoles que la mandaron por la sola razon de que la opinion pública no estaba preparada para recibir de

un golpe tan terrible suceso. Un ejército tan brillante como el que habian sabido formar los generales españoles, tan orgulloso i temible por sus repetidas victorias; unos gefes tan inteligentes i esforzados que habian destruido todas las fuerzas combinadas del Perú, Chile, Buenos-Aires, i aun las primeras espediciones de Colombia, ¿podia creerse que en un solo aciago dia perdieran el fruto de tantos sacrificios i el lustre de tantas hazañas?

¿Podia esperarse que el Perú fuese arrebatado de sus manos en el momento en que parecia estar asegurado sobre bases las mas firmes é indestructibles? Nadie por cierto creyó este fatal i brusco desenlace; pero nosotros, que acabamos de recorrer las fases revolucionarias de los demas estados de América, no nos admiramos de que asi haya sucedido.

La plaza de Montevideo se rindió en 1814 á los independientes cuando los 4 ó 5000 veteranos que la defendian, i cuando una brillante escuadra, superior á la enemiga, daban sino la esperanza de la victoria, á lo menos la de salvar aquellas fuerzas, i la de emprender importantes operaciones en combinacion con los ejércitos del alto Perú.

El reino de Chile se perdió en 1818 cuando mas esperanzas habia de que la derrota de los enemigos en Cancharayada habia de restablecer sólidamente la autoridad Real, en cuyo ausilio estaba caminando una respetable espedicion salida de la península, con la que se habria acabado de dar el último golpe de esterminio al genio de la rebelion.

El reino de Santa Fé se perdió asimismo en el momento en que habia menos elementos para producir este funesto resultado.

El reino de Méjico pasó al poder de los rebeldes precisamente cuando habia llegado á adquirir el dominio del Rei tal pujanza que las conductas de plata caminaban sin escolta en todas direcciones, menos por la parte de Tierra caliente.

Bolivar adquirió el dominio de las provincias de Venezuela en la batalla de Carabobo, que fue seguramente la que empeñó con menos probabilidades de la victoria.

El reino de Quito vió desaparecer como por encanto en la batalla de Pichincha el gobierno español, cuando se creia por el contrario que los agresores maniobraban para hallar su salvacion en los brazos de Bolivar sobre Pasto, mas bien que para esponerse á los hazares de un combate que se presentaba con todos los caractéres de serles funesto.

Se perdió el ejército de Morales en Maracaibo en el momento en que mas esperanzas se habian concebido de que este digno gefe pudiese triunfar de todos los esfuerzos de los republicanos.

¿Cómo es pues que la opinion se ha pronunciado de un modo tan violento, cuando lo que se ha visto en la batalla de Ayacucho es una repeticion de lo que se ha practicado anteriormente en otros puntos con mui poca diferencia en las causas i en los efectos? El terrible cargo que pesa sobre todo escritor le obliga á ser justo é imparcial. Nuestra pluma no sigue el impulso de partidos que no conocemos, ni rinde vasallage al temor que está bien distante de nuestro ánimo, ni es tributaria al favor, al parentesco, á la amistad ni á otra clase de relaciones que ligan á veces la voluntad del hombre mas recto i justificado, pues que ni las hemos tenido ni las tenemos sino de mera cortesanía con los sugetos interesados en estos sucesos. Nuestra opinion es, pues, hija de nuestro convencimiento, formada por el profundo estudio que hemos hecho de estas materias, i sostenida por los dictados del honor i de la virtud.

Tal vez esta parte de nuestra historia hallaria mas panegiristas si estuviera acompañada de severas acriminaciones. Vemos por desgracia, i oimos á cada momento los temerarios juicios que se están haciendo sobre esta fatal terminacion de la guerra del Perú. Quién la atribuye á una vergonzosa traicion, quién á refinada malicia, quién á la cobardía i quién al torpe manejo i aturdimiento de sus gefes; nosotros consideramos las cosas bajo otro punto de vista; conocemos que ha habido defectos, mas no de la clase que se indican; conocemos que ha sido mui sensible dicho desenlace por la misma

razon que estaba el público bien distante de esperarlo; conocemos que una completa derrota arroja siempre alguna mengua sobre los vencidos; pero no creemos de modo alguno que esta terrible desgracia pueda convertir en criminales á unos hombres que tantos sacrificios han hecho por la monarquía española, i que tantas i tan repetidas veces han cubierto sus sienes de gloriosos laureles.

El Dios de los ejércitos dispensa ó retira su patrocinio segun acomoda á sus altos juicios: los infinitos sucesos de la historia sagrada i profana nos recuerdan la facilidad con que el Autor supremo deshace los planes inventados por la soberbia, valiéndose á veces de medios, al parecer mui mezquinos, con el designio de dar una muestra mas positiva de su omnipotencia.

La batalla de Ayacucho se perdió contra las esperanzas aun de los vencedores i contra la creencia general de los pueblos de América i de Europa. Sus causas naturales, prescindiendo de la escision de Olañeta que fue el principal orígen, é independientemente de la accion de Junin, sin cuya desgracia habria sido mui diferente la suerte de los realistas, fueron en nuestro concepto las siguientes: 1ª El temerario arrojo del coronel Rubin de Celis, el cual comprometió los movimientos de la division Monet hasta el punto de hallar este valiente gefe su destruccion á la otra parte del barranco que tenia á su frente en vez de los honores del triunfo con los que la fortuna debiera haber pagado tan ardiente celo i atrevido impulso. 2ª El abandono que hizo la reserva de la ventajosa posicion en que estaba situada, con cuyo no bien calculado movimiento quedó el ejército sin un punto de apoyo para reunirse. 3ª El precipitado ataque de la caballería realista por los motivos espresados, sin haberse podido formar mas que cuatro escuadrones contra duplicadas fuerzas de los contrarios. 4ª La desacertada i tardía aproximacion de la artillería á un campo que ya estaba teñido con las manchas de la desgracia, por cuya razon fue tomada en su mayor parte antes de haberse descargado de las mulas. 5ª La mala calidad de

las tropas, por lo que no fue posible corregir aquellos errores, ni reunirlas de nuevo despues de haber sido batidas.

Hé aquí las verdaderas causas de la pérdida de la batalla de Ayacucho: no se perdió, pues, por falta de decision i de celo por la causa que se defendia, i sí por esceso de ardor, de confianza i de arrojo. Rubin de Celis murió como un temerario á la cabeza de su batallon; el general Monet fue herido al frente de su division haciendo prodigios de valor; el general Canterac se comprometió personalmente con la reserva llevado de su estraordinario ardor para remediar el desórden introducido en la division del centro: á Carratalá i Villalobos se les vió constantemente en los parages de mayor riesgo: los brigadieres Ferraz, Bedoya, i García-Camba á la cabeza de la caballería hicieron terribles, pero infructuosos esfuerzos contra fuerzas duplicadas: los de igual clase Pardo, Atero, i Cacho se condujeron con el honor que les era propio, aunque no pudieron desplegar todos los recursos de su ingenio: el general i los gefes de la vanguardia se batieron desesperadamente i con tanto acierto, que si no ocurren las faltas indicadas por el centro, habria sido decisivo su triunfo, habiéndose distinguido mui particularmente el comandante don Antonio Azpiroz, que supo en esta ocasion conservar el pomposo título de primer soldado de la division, que habia obtenido en la guerra de la independencia de la península: el virei finalmente cargado de años i de servicios, i entusiasmado al ver el peligro de su ejército se metió como un granadero en medio de las tropas contrarias, por las que fue hecho prisionero despues de haber recibido seis heridas.

De la anterior relacion, para la que hemos consultado, la obra del general Miller que se halló en la batalla, i los partes del general Sucre i del Estado mayor, así como otras memorias redactadas bajo el influjo de los insurjentes, resulta que los generales i gefes españoles desplegaron en esta desgraciada batalla cuanta energía, actividad i valor caben en militares esforzados i pundonorosos; les persiguió la dura

suerte del destino i fueron completamente derrotados.

Mil cuatrocientos muertos, entre ellos seis gefes i un escesivo número de oficiales, 700 heridos, inclusive 2 generales i 3 gefes, un inmenso número de prisioneros, 2500 fusiles, toda la artilleria que consistia en 11 piezas, pues que las 5 restantes habian quedado rezagadas por cansancio de las mulas, i cuantos pertrechos guerreros pertenecian á aquel brillante ejército fueron los gloriosos trofeos conseguidos por los insurjentes en esta reñida i sangrienta batalla, que puso á los mismos 1000 hombres fuera de combate, segun sus mismos partes, sobre cuya fe descansan estos detalles.

Dicha batalla fue completa i decisiva para las armas de la república: todo lo perdieron en ella los españoles; por mas esfuerzos que hicieron para contener los dispersos, tan solo habian podido reunir de 200 á 300 caballos; todos los demas habian huido perseguidos vivamente en todas direcciones por los vencedores orgullosos. En esta crítica situacion i replegados los generales i gefes con bastante número de oficiales á la posicion que habia escogido el general en gefe Canterac llegó un ayudante de La Mar ofreciéndoles una generosa capitulacion.

Este fue el momento terrible i mas doloroso para aquellos generales i gefes: rendir las armas que con tanto lustre habian manejado hasta entonces, i verse precisados á implorar del vencedor honrosas condiciones que hicieran menos sensible su desaire, son verdaderamente sacrificios los mas costosos que pudieran imponerse á militares engreidos con la fortuna. Su posicion era sin embargo tan triste i deplorable que podia considerarse como una gracia cuanto les fuera otorgado por el orgulloso enemigo. Persuadidos, pues, de que todo esfuerzo que se hiciese en tan desastrosa crísis habia de empeorar notablemente su posicion individual sin que resultase provecho alguno á las demas tropas ni á los pueblos, se acordó en junta de gefes que se procediese á la capitulacion.

Habiendo pasado con este motivo al campo insurjente,

los generales Canterac i Carratalá estendieron de acuerdo con el general Sucre, las condiciones de ella, que fueron trasmitidas á la una de la mañana á los gefes realistas. Despues de haberlas éstos examinado detenidamente i de haber hecho las observaciones que juzgaron mas necesarias las devolvieron á las seis de la misma mañana, i á las dos de la tarde se firmó definitivamente dicha capitalucion que tantas cuestiones ha suscitado en el mundo político.

La garantía de propiedades i personas; la obligacion por parte de los independientes de costear el pasage á todo individuo del ejército español que quisiera regresar á la península; la de permitir que todo buque de guerra ó mercante pudiera proveerse de víveres en cualquiera de los puntos de la costa i regresar libremente á Europa; la conservacion de honores i distinciones segun el rango de los rendidos; la aquiescencia á considerar como peruanos á todos los que habian seguido el partido del Rei i de admitirlos en sus filas con sus mismos grados si querian incorporarse á ellas; la tolerancia absoluta de opiniones i hechos anteriores; el suministro de algunas sumas para pagar los atrasos i para sostener á los capitulados hasta que se verificase su salida del territorio, fueron las ventajas obtenidas por los realistas en medio de su forzada posicion.

Quedó sin embargo rebajado el mérito de estos tratados con la cesion que se hizo en ellos de todos los paises que todavía estaban dominados por las armas del Rei i con incluir en esta capitulacion á los individuos que los guarnecian. Los gefes realistas tendrian tal vez poca repugnancia en firmar tan dura condicion al considerar que no sería obedecida, porque carecia este documento de la sancion del virei, i porque aun en el caso de ser obedecida, ningun perjuicio se originaba á la causa del Rei, pues que toda resistencia que se intentase por las débiles fuerzas que se hallaban aun fuera del influjo de los insurjentes habia de ser infructuosa, i de ningun modo podia contener la marcha del ejército victorioso. En virtud, pues, de esta capitulacion

quedaron prisioneros de guerra los generales Canterac, Valdés, Carratalá, Monet i Villalobos, los brigadieres Ferraz, Bedoya, Somocurcio, Cacho, Atero, Landazuri, García Camba, Pardo, Vigil i Tur, i cuantos gefes, oficiales i soldados se hallaban con las armas en la mano, aunque la mayor parte en estado de dispersion.

Así terminó esta desgraciada batalla sin que se hubieran salvado de ella sino mui pocos individuos que por haber tomado una fuga anticipada, ó por ir mejor montados pudieron llegar al Cuzco con bastante trabajo. Increible parece que la pérdida de una accion, aunque reñida i sangrienta, haya tenido resultados tan decisivos: otras veces hemos visto ser batido un ejército ó una division i replegarse una parte de sus tropas á algun punto designado de reunion. Por mas que algunos se esfuercen en probar que no era practicable dicha retirada sobre el Cuzco, nunca podrán convencer nuestro ánimo en esta parte, aunque se quiera pintar como desesperada la posicion de los negocios, i á pesar de la general sublevacion de los pueblos de retaguardia. La causa principal de no haber intentado dicha retirada unos gefes que habian dado tantas pruebas de intrepidez i arrojo, fue en nuestro concepto porque ningun resultado favorable podian prometerse hallándose en pugna con el general Olañeta que habia quedado mandando el Alto Perú.

Los gefes i oficiales del virei Laserna se hallaron en la dura alternativa ó de caer en manos de Sucre ó en las de Olañeta; prefirieron lo primero, seguros de hallar entre los enemigos la seguridad que temian les fuera negada por su terrible antagonista. He aqui el término fatal de aquella malhadada escision. Es mui probable que si hubiera habido armonía entre unos i otros habrian podido los vencidos en Ayacucho rehacerse mas allá del Desaguadero replegando sus dispersos, i las guarniciones del Cuzco, Arequipa, Puno i demas puntos, asi como el cuerpo que mandaba el teniente coronel Miranda en las orillas del Apurimac i otros. Reunidas estas fuerzas con los 4Ⓢ hombres de Olañeta habrian podido sos-

tener el campo con honor hasta la llegada de nuevos ausilios de la península, i tal vez volver á tomar su antigua preponderancia sin mas recursos que los del pais.

Repetimos, pues, que las discordias entre las tropas del virei i las de Olañeta fueron la causa primordial de la pérdida de la batalla de Ayacucho i de la cesacion de la autoridad real en el Perú. Creemos haber dicho lo bastante sobre los funestos efectos de esta lucha de opiniones i desacuerdo de pareceres para que todo militar que desee servir con celo á su Rei i á su patria huya de tan terribles escollos.

El general Alvarez, que convalecido ya de una grave enfermedad habia vuelto á tomar el mando del Cuzco en 14 de diciembre, no tuvo conocimiento de la batalla de Ayacucho hasta el 16 en que llegó el primero de los dispersos del ejército, comandante García. Reunida en el acto una junta de gefes militares i civiles de acuerdo con la Real audiencia, se determinó nombrar virei del Perú al mariscal de campo don Pio Tristán, que se hallaba en Arequipa como el mas antiguo de aquella clase, rogándole con el mayor encarecimiento se encargara del mando i tomara las medidas de actividad i energía que se requerian en tan críticos momentos.

Se dispuso asimismo oficiar á los generales Olañeta i Maroto, comandante general el primero de las provincias del Alto Perú, i el segundo de la de Puno, para que dejando á un lado toda clase de discordia privada trabajasen con la mejor armonía por remediar en lo posible los males que debia producir la citada derrota de Ayacucho. Iguales avisos se dieron á los respectivos intendentes i al comandante general de las fuerzas navales de S. M. en el Pacífico; i finalmente adoptó dicha junta, bajo la direccion del fiel i celoso presidente Alvarez, cuantas medidas de precaucion i vigilancia estuvieron á su alcance.

Escribió por separado este general á Tristán aconsejándole la evacuacion de Arequipa i su repliegue á Lampa, á donde habria él concurrido con todas las fuerzas de su provincia si se le reunian los 10 dispersos que suponia el coman-



dante García estaban caminando en direccion de dicha ciudad del Cuzco. Aconsejaba asimismo á Olañeta se adelantara con la mayor parte de sus fuerzas ácia el Desaguadero; i encargaba á Maroto se aproximara al citado punto de Lampa para sostener su retirada. El coronel San Juanena, que habia sido nombrado para tomar el mando del batallon de Miranda, no quiso admitir este encargo por ser juramentado de tiempo anterior, i se escusaron alegando otras causas tres individuos de igual graduacion que venian huyendo del campo de batalla.

A pesar del empeño de las autoridades en tener encubiertos los tristes sucesos de Ayacucho, fueron traslucidos mui pronto, i con igual rapidez cundió por el pueblo la agitacion i el desorden. Cuando se trató de retirarse á Lampa con todo el parque, efectos públicos, i equipages creció la inquietud de los habitantes i el desaliento general, aumentado por las noticias de la sublevacion de los pueblos inmediatos, en cuyas manos se temia que habian de caer aquellos convoyes. Pocos eran los soldados que inspirasen la debida confianza, i estos pocos era preciso que sucumbiesen al pronunciamiento general á favor de los rebeldes.

Se hallaba en el pueblo de Sicuani el depósito de los granaderos de la Guardia, compuesto en su mayor parte de reclutas; i aunque el comandante Martin salió por encargo del general Alvarez á formar en dicho partido un escuadron á fin de volver á reforzar su guarnicion, lejos de realizarse este proyecto tuvo el desconsuelo, del mismo modo que el comandante Sanchez, de ver dispersada toda su gente que habia perdido ya su respeto á los españoles. Sublevada á su consecuencia la capital del partido de Tinta, se propagó este mal por todos los inmediatos.

No se descuidó Alvarez en dar las disposiciones necesarias para que la guarnicion del Callao estuviera oportunamente informada de los heróicos esfuerzos á que era preciso apelar para sostener la autoridad real tan inesperadamente atropellada. Se adoptaron otras muchas i eficaces providencias relativas á sacar el mejor partido de la crítica posicion de los

negocios; mas todo era en vano: faltaba la opinion en los pueblos; faltaban elementos de defensa; faltaba asimismo la activa cooperacion entre los diversos gefes; i sobraba la desconfianza de resistir al victorioso enemigo, prevaleciendo la creencia general de que iban á ser infructuosos i aun reprensibles cuantos sacrificios se hicieran para contrariar la predominante causa de la independencia.

Las fuerzas con que se podia contar en estas provincias cuando ocurrió la batalla de Ayacucho, eran las siguientes: un piquete de artilleros i dos compañías de inválidos: un escuadron del Rei ó de Cochabamba incompleto en su número, armamento i vestuario, provisto de malos caballos, i de espíritu poco favorable á la causa del Rei: un piquete de dragones reforzado con los enfermos del ejército i con algunos reclutas que formaban un total de 130 hombres, subdivididos en varios puntos: el batallon de Huamanga, que si bien constaba el dia 20 de diciembre de 1016 plazas, escasamente habia entre ellos de 6 á 700 hombres útiles para el servicio con poco mas de 400 fusiles en estado hábil: el batallon que mandaba Miranda, compuesto de pequeños cuadros del ejército, en su mayor parte de reclutas, de modo que de 700 hombres que formaria toda su fuerza ácia este tiempo, escasamente podia contarse con 200 individuos útiles i de confianza.

No eran estos los elementos que se necesitaban para detener el curso de la adversa fortuna: todos estos cuerpos i destacamentos habrian podido prestar importantes servicios si las armas españolas hubieran continuado en su anterior preponderancia; pero de ningun modo podia esperarse hallar en ellos puntos de apoyo i de salvacion. Asi pues, todo el celo, el empeño i los denodados esfuerzos del general Alvarez i de otros gefes españoles no produjeron mas resultado que el de dejar bien cimentada su opinion política i militar, i el de acreditar que la cesion ó entrega pactada en la capitulacion de Ayacucho de las tropas i pueblos que reconocian la autoridad real no tuvo mas objeto que el de pre-

sentar al enemigo como un acto de generosidad lo que nadie podia disputar á su irresistible impulso.

Los enemigos habian puesto ya en marcha desde el dia 12 una columna desde Huamanga al mando de Gamarra sobre el Cuzco, como vanguardia del ejército que al mando de Sucre iba á tomar igual direccion. El ya citado Miranda, que se habia replegado á Mollepata, rechazó con entereza la primera intimacion que le fue remitida para que se sometiera á la capitulacion; pero cuando vió que tan solo habian llegado á reunirse á sus filas 75 soldados de los dispersos de Ayacucho, perdida ya la esperanza de formar un centro al que se abrigasen todos los que se hubieran salvado de dicha batalla, cedió al torrente de los sucesos i rindió las armas.

Habiendo llegado al mismo tiempo al Cuzco la mencionada capitulacion, dirigida por el general Canterac, se convocó otra junta, de la cual resultó el que se vieran precisados á reconocerla, atendida la ostruccion de todos los medios para hacer una obstinada defensa, careciendo de noticias del nuevo virei Tristán i de los ausilios que podia suministrar el general Olañeta, que era el único que tuviera los medios de dar alguna vida al moribundo partido realista.

El general Alvarez hubo asimismo de renunciar á su idea de retirarse en busca de dichos gefes cuando sobre las razones ya enunciadas le significaron los comandantes de artillería i del batallon de Huamanga que ellos no respondian de sus tropas si se las ponia en marcha. Contribuyó asimismo á tomar esta resolucion la noticia de haber salido el general Maroto de la ciudad de Puno, i de la sublevacion efectuada á su consecuencia por las mismas tropas realistas, las que poniendo en libertad á los prisioneros i á su cabeza al general insurjente Alvarado que se hallaba entre ellos, dieron nuevas garantías á la solidez del partido independiente.

El general Tristán, que habia recibido el 21 el nombramiento de virei que le habia sido remitido por las autoridades del Cuzco desplegó en los primeros dias la mayor energía á favor de los reales derechos, prestó é hizo prestar nue-

vó juramento de fidelidad al Monarca español haciendo solemnes protestas de sacrificarse en su defensa; mas cuando vió el lamentable estado que presentaban los negocios i la ninguna apariencia de que sus esfuerzos pudiesen mejorarlo, determinó entrar en comunicaciones con Sucre i Bolivar esperando que por este medio podria ser mas util á los desgraciados españoles, como lo fue en efecto en el acto de embarcarse éstos para la península. Aunque estuvo en su arbitrio seguir esta misma suerte, prefirió la de quedarse en el pais por no abandonar sus cuantiosos bienes, cuya consideracion le obligó á prestar juramento de fidelidad á los independientes.

Gamarra entró en el dia 24 en el Cuzco con las tropas de vanguardia, i lo verificó á su continuacion el general Sucre con todo el resto del ejército. Esta capital dió aun en esta terrible crisis inequívocas pruebas de sensatez i de respeto ácia los gobernantes españoles i demas individuos comprometidos por el partido vencido: las tropelías i persecuciones, tan comunes en tales casos, quedaron reservadas para las tropas orgullosas. Aunque los gefes realistas habian exigido inmensos sacrificios de esta provincia, pues no bajaron de 12000 hombres los que tomaron para el servicio de las armas en los últimos cuatro años; i aunque en esta misma proporcion se hicieron las demas requisiciones de metálico, víveres, acémilas i otros ausilios, se habia procurado establecer bases justas en su repartimiento, se habia dado un carácter de moderacion i de dulzura á estas exacciones, i se habia hecho lo posible para separar la parte odiosa é irritante, de modo que sus habitantes no guardaban el menor rencor contra unos gefes que aun en el acto de dar ejecucion á las órdenes mas duras i costosas habian usado de medios suaves i contemplativos para hacerlas menos sensibles.

El virei Laserna i varios generales, gefes i oficiales capitulados se dirigieron inmediatamente á la costa i principiaron á embarcarse para la península en los primeros dias del mes de enero de 1825, i sucesivamente lo practicaron los demas.

Al tercer dia del en que se hizo á la vela la fragata francesa la *Ernestina*, á cuyo bordo se hallaban dicho virei, los generales Valdés, Maroto i Villalobos, los brigadieres Ferraz i Landazuri, i otros varios gefes i oficiales, fue detenida por el bergantin insurjente de Chile el *Galvarino*, cuyo comandante quiso obligar á Laserna á espedir las órdenes para que el gobernador de Chiloe rindiera aquellas islas á los enemigos La entereza de dicho general i su firme oposicion á tamañas proposiciones habria podido serle mui funesta sin la intervencion del capitan francés i sin sus vigorosas protestas contra el desacato que se pretendia hacer al pabellon de su nacion. Asi terminó Laserna su carrera de virei, siendo de notar que este fue el único de su clase que haya sellado con su sangre su fidelidad en el campo de batalla, i el único que dejase su puesto con un atraso de cerca de 200∂ pesos procedente de sus sueldos.

A fines, pues, del año 1824 no tenian los independientes mas obstáculos en su nueva carrera de triunfos que los defensores del Callao i las tropas de Olañeta: de éstas i de aquellos se tratará en el próximo capítulo.



CAPITULO XXIII.

PERÚ: 1825 i 1826,

I TERMINACION DE SU HISTORIA.

Breves apuntes sobre la conducta de Olañeta. Perfidia de sus confidentes. Su desgraciada campaña i su asesinato. Muerte de Echevarría. Violaciones de la capitulacion de Ayacucho por parte de los disidentes. Descripcion del sitio del Callao. Formacion de una pequeña escuadra por Rodil. Llegada del navio Asia i bergantin Aquiles. Sus operaciones. Su precipitada salida apenas supo la derrota de Ayacucho i su pérdida. Males producidos por la falta de esta escuadra. Esfuerzos de Rodil para ponerse en comunicacion con Olañeta. Apresamiento de Bernedo encargado de esta correspondencia. Gloriosas salidas de los sitiados. Apuros de estos. Sus inmensos padecimientos, i horribles estragos. Rendicion de dicha plaza con todos los honores de la guerra i con ventajas superiores á lo que podia esperarse en su lamentable situacion. Estraordinario mérito de los defensores de ella. Mision estraordinaria del obispo electo de Charcas doctor don Mariano de Latorre i Vera. Reseña de los últimos sucesos principales del Perú.

A principios de este año, segun va anotado en el capítulo anterior, habian quedado tan solo las tropas del general Olañeta i los defensores del Callao, sosteniendo la real

divisa. La conducta del primero, sobradamente censurable por sus discordias con las tropas de Laserna, se presenta desde este momento bajo otro carácter todavia mas reprensible. Repetidas veces habiamos oido hablar de inteligencia secreta de parte de este gefe con los independientes; mas nunca nos habiamos atrevido á dar asenso á estas voces por que las hemos visto prodigadas con demasiada facilidad segun el grado de irritacion i encono de los partidos que por desgracia han destrozado los reales intereses en América.

Sin embargo, pues, de haber visto la correspondencia de dicho Olañeta con los caudillos insurjentes Bolivar, Sucre, i Arenales; aunque los originales existen en poder del general don José Ramon Rodil; aunque la misma se vió publicada en los periódicos de Lima, i aunque el general insurjente Alvarado aseguró en Arequipa en mayo de este mismo año al mariscal de campo don Antonio Alvarez, de haber tenido una secreta conferencia con el citado Olañeta en el puerto de Iquique á principios de 1823, en la que manifestó su resolucion de separarse de la obediencia al virei i de constituirse en mando independiente á la primera ocasion favorable que se le presentase; á pesar, pues, de tantos datos que menoscaban la opinion del espresado general, es tan brillante la que tenemos formada de su ilustre i larga carrera anterior, en la que ha hecho tantos i tan importantes sacrificios á favor del Soberano legítimo, que no nos atrevemos á calificarlo de infiel, ni nos parece posible que jamas hubiera merecido tal dictado; i en esta creencia nos confirma la trágica muerte recibida en el campo del honor defendiendo los Reales derechos.

Mas bien que condenar la memoria de un guerrero tan esforzado que ha dado las mas seguras i repetidas pruebas de fidelidad i decision, nos inclinamos á crer que los insurjentes por una parte con la idea de deshacerse de este terrible enemigo, i sus mismos confidentes i amigos con el de ensalzarse sobre la ruina de este malogrado general han tratado de deprimirlo, i de denigrarlo.

El solo argumento que da algun valor á las acriminaciones de sus contrarios son las citadas cartas que llevan su misma firma. ¿Pero es acaso tan dificil suplantar ésta ú ofuscar á un gefe poco cursado en la intriga para que á ciencia cierta la ponga en documentos que se presentan como desleales si se le ha sabido persuadir qne ha de progresar la causa que sostiene, i triunfar de las arterías contrarias por medio de un engaño abonado por la conveniencia política?

Este i no otro nos parece que fue el caso con respecto á Olañeta: él jamas pudo faltar á sus deberes; ni estaba en sus principios, ni en su carácter, ni en su misma utilidad. Fueron sí desleales muchos de los que por desgracia tuvo á su lado en la última campaña: lo fue su sobrino i secretario don Casimiro Olañeta; lo fue su auditor de guerra el doctor Usin; lo fue su capellan doctor Rodriguez; i lo fueron otros varios que abusaron de su candor i de sus virtudes.

Fueron ellos los que le indugeron á emanciparse de la autoridad del virei; fueron ellos los que le escitaron á sostener con furor la guerra civil que ya hemos descrito; i fueron ellos finalmente los que entablaron una vergonzosa i criminal correspondencia con Bolivar i Sucre en 1824 i principios de 1825, sorprendiéndole ó haciéndole ver con sus intrigantes manejos, dorados con la idea del mejor servicio del Rei, la conveniencia de firmar los despachos de que se ha hecho mencion.

La inocencia de Olañeta fue puesta en claro con su trágico fin; la maldad de sus confidentes está bien consignada en la alta representacion que ejercen en el dia entre los insurjentes, i en la deferencia i consideracion que merecieron de los mismos desde el momento en que fue sacrificada la víctima que debia servir de andamio para su elevacion.

Parece indudable que tan pronto como Olañeta vió empeñado al virei con las tropas de Bolivar le escribió ofreciéndole su cooperacion, ya fuese pasando á reunirse con él, ó llamando la atencion del enemigo por la provincia de Are-



quipa: estas comunicaciones sin embargo nunca llegaron á manos de dicho virei aunque si á las del comandante Miranda, quien no pudo trasmitirlas á causa de la interceptacion de los caminos: asi, pues, la sospechosa correspondencia de que se ha hecho mencion, entablada á consecuencia de la batalla de Ayacucho pudo tener por objeto el entretenimiento del enemigo i la ventaja de ganar algun tiempo para desplegar mayores fuerzas i recursos á fin de parar los funestos efectos de dicha derrota.

Despues de haber dado estas aclaraciones, tan necesarias en las circunstancias actuales, en las que se está agitando con el mayor empeño esta delicada cuestion; despues de haber emitido nuestra opinion con aquel candor i rectitud á que está obligado todo juicioso historiador sin que sea nuestro ánimo acriminar á los gefes i oficiales de este mismo partido que se hallan en la península, pues que con el mero hecho de haber venido á ponerse á la disposicion del Soberano, demuestran claramente que no les arguye la conciencia de haber faltado á ninguno de los deberes políticos i militares que les están impuestos, porque aun la parte que tomaron en la guerra civil queda disculpada con la pasiva obediencia que debe el subalterno al gefe principal; finalmente despues de haber entrado en unos pormenores, que creemos de suma utilidad para formar un juicio exacto sobre la terminacion de la guerra en el Perú, volveremos á tomar el hilo de los sucesos.

Las primeras comunicaciones que recibió en Cochabamba el espresado general Olañeta sobre los desastres del Perú, procedieron del presidente del Cuzco don Antonio María Alvarez, i sucesivamente del virei nuevamente nombrado don Pio Tristan: ambos generales le prometian reunírsele con todas las tropas que tenian á sus órdenes, avisándole en particular este último hallarse almacenados en Arequipa una gran cantidad de fusiles, muchos sables i pistolas, i en tesorería algunos fondos; noticias sumamente lisongeras para Olañeta, especialmente la del armamento, del que esca-

seaba al paso que le sobraba gente á quien confiarlo.

Despues de haber mandado á su primer ayudante de campo el teniente coronel mayor don Angel Hevia, que se adelantase ácia el Desaguadero con todas las fuerzas que se hallaban en Potosí i Chichas, i de que siguiesen igual direccion las demas tropas de Cochabamba con particular encargo al coronel don José María Valdés, que se hallaba mas avanzado, de penetrar con un batallon i un escuadron hasta la ciudad de Puno á ponerse en comunicacion con Tristán, pasó en persona á la ciudad de la Paz á levantar nuevos cuerpos para sostener esta campaña.

Cuando el citado Valdés llegó á las cercanias de Puno se hallaba aquella ciudad en poder de los facciosos á consecuencia de la sublevacion que ya hemos indicado; mas reconociéndose éstos con fuerzas mui inferiores dejaron el paso libre á dicha columna de Olañeta. Las primeras disposiciones que tomó Valdés en Puno fueron las de enviar á Arequipa á su capellan el P. Fr. Arehondo para combinar los planes de mútua defensa con el nuevo virei Tristán; pero como en aquellos mismos dias hubiera ocurrido la sumision de este i de las demas tropas que estaban libres de la influencia enemiga, quedó desconcertada toda operacion por aquella parte.

Reducido ya Olañeta al triste estado de no poder contar sino con los recursos del Alto Perú, i sabedor á este tiempo de que las tropas que habia mandado salir de Cochabamba en direccion del Desaguadero se habian sublevado por la seduccion de Arraya, comandante de los dragones americanos, i que en ves de obedecer sus órdenes se preparaban á atacarle en el camino de Oruro, llamó con urgencia en su ausilio al leal i esforzado Valdés. Apenas llegó este gefe á reunirse con Olañeta, emprendieron ambos su marcha ácia Potosí por haber tenido noticia de que el general insurjente Arenales se habia movido desde Salta en direccion de Chichas i que Sucre habia entrado con su ejército en Oruro.

Cuando Olañeta llegó á dicha ciudad de Potosí supo que

el comandante Lopez se habia sublevado en la Paz con el escuadron de su mando, i se le dió á entender asimismo que el brigadier Aguilera se habia dejado llevar del espíritu de insurreccion en Vallegrande. Ansioso por desbaratar los proyectos de estos nuevos é inesperados enemigos, destacó contra ellos al bizarro Valdés con parte de su division, que ya á este tiempo llegaba escasamente á 2500 hombres, i se quedó él con el resto guarneciendo la espresada ciudad de Potosí.

Penetrado de la crítica posicion de los negocios, reunió los gefes i les hizo presente la falta de medios para sostener la guerra, i la imposibilidad de resistir al orgulloso enemigo diariamente reforzado con sus mismos soldados. Sin embargo de tan apurada situacion se resolvió á pluralidad de votos retirarse á la provincia de Chichas, i sepultarse con las reliquias antes que capitular con los disidentes; mas pronto se vió la perfidia de algunos que en dicha junta se habian pronunciado de un modo tan contrario á sus ideas i operaciones ulteriores.

Como al dia siguiente hubiera tenido el desgraciado Olañeta noticia de la entrada en Tupiza del caudillo Urdininea con un escuadron de la division de Arenales, envió un batallon i otro escuadron con su primer ayudante Hevia, en cuya combinacion si hubiera obrado el coronel Medinaceli que mandaba un batallon i dos escuadrones en Cotagaita, podian haber sido destruidos fácilmente dicho Urdininea i el mismo Arenales; mas al llegar Hevia á las inmediaciones de dicho punto de Cotagaita, supo la defeccion de Medinaceli, cuyo inesperado acontecimiento le decidió á permanecer en Tumusla, observando los movimientos del enemigo hasta que llegasen nuevas órdenes del general. Este valiente guerrero se reunió con Hevia en Vitiche, á donde le habia mandado replegar, i se dirigió apresuradamente contra Medinaceli que venia sobre él.

Resuelto ya á no sobrevivir al dolor de que estaba poseido su corazon al ver irremediablemente perdida la noble

causa que tantos afanes le habia costado, por traicion de los mismos gefes americanos i de sus mayores confidentes, á quienes habia tenido la funesta política de colmar de beneficios confiándoles los mandos mas importantes sin embargo de constarle la propension de muchos de ellos á la independencia, empeñó una viva accion en dicho punto de Tumusla, en la que la desercion de otra parte de sus soldados i un tiro de fusil asestado por ellos mismos cortó en 1º de abril de 1825 los preciosos dias de este malogrado español, quedando el enemigo dueño de todas aquellas provincias, pues que Valdés se vió asimismo precisado á capitular.

En medio de los defectos atribuidos al general Olañeta resplandecen virtudes poco comunes i relevantes servicios que le han hecho acreedor á que su memoria sea respetada. Uno de sus mas grandes errores fue en nuestro concepto la poco acertada direccion que dió á esta última campaña. Si desde Cochabamba i aun desde Potosí se hubiera dirigido á Chuquisaca para replegarse sucesivamente sobre Vallegrande i Santa Cruz de la Sierra habria podido sostener la guerra mucho tiempo, i haber dado lugar á que de la península hubieran llegado nuevos refuerzos, i aun en último apuro habria podido salvar las reliquias de su ejército en las provincias de Matogroso; pero encerrado entre los fuegos de Sucre i de las provincias de Buenos-Aires, i vendido alevosamente por sus mismos soldados fue víctima de su confianza i de su falta de cálculo.

Asi, pues, concluyó la guerra del Perú: asi se eclipsaron los brillantes triunfos conseguidos por la lealtad de tanto benemérito guerrero: el génio de la discordia fue la causa principal de este fatal desenlace. ¡Plégue al cielo que estos recuerdos sirvan de permanente leccion para que los bravos españoles no pierdan en lo sucesivo por falta de armonía entre sí el mérito de sus hazañas! La pérdida del Perú fue tanto mas sensible cuanto que sucedió cuando menos se esperaba, cuando ya sus defensores habian destruido casi todos sus enemigos, cuando ya habian corrido todos los ries-

gos de penosas campañas, i cuando ya habian adquirido el renombre de invencibles. No nos admiramos por lo tanto de ver á algunos de los gefes de dicho ejército realista derramar lágrimas de dolor siempre que se habla en su presencia de tan funestos acontecimientos.

Orgullosos los enemigos con sus brillantes triunfos se propasaron á mancharlos violando repetidas veces la capitulacion de Ayacucho. El brigadier Echavarría, que habia quedado mandando la guarnicion de Puno á la salida del general Maroto, i que amparado de la citada capitulacion habia tomado pasaporte para España por la via de Buenos-Aires á fin de recoger su familia en Potosí se habia visto preciado á obedecer las órdenes de Olañeta, dirigidas á pasar en comision á la isla de Chiloe. Embarcado en un buque sueco en Iquique, fue entregado por su capitan en Arica, i sentenciado á ser pasado por las armas, como se ejecutó en 19 de abril sin forma alguna de proceso, i sin que produgesen el menor efecto las vigorosas protestas i reclamaciones de personas condecoradas, i aun del mismo general Alvarez que se hallaba en aquel punto, quien se esforzó en vano para que se le juzgase á lo menos segun las leyes del pais, á cuya proteccion tenia derecho en virtud de las condiciones pactadas por el general Canterac.

Igual decreto habia sido fulminado contra el general Carratalá por haber dirigido algunas comunicaciones al castillo del Callao; mas tuvo la fortuna de que las requisitorias llegasen cuando ya se habia hecho á la vela para Europa. Violaron asimismo los insurjentes la espresada capitulacion con las tropelias i escesivo rigor que egercieron contra el capitan Vidal que se hallaba garantido por ella, aunque el resultado de la conspiracion de Lavin en el Cuzco en 1821 le hubiera hecho odioso á sus enemigos. Dejaron tambien de cumplir uno de sus artículos que prevenia el suministro de medias pagas mensuales hasta el embarque de los que tuviesen opcion á ser trasladados fuera del pais; i asimismo en haber puesto travas á la estraccion de las propiedades de los capitu-

lados, en no haber permitido la salida á las familias americanas, i á los criados esclavos, i en no haber dado trasportes para los enfermos i heridos que habian quedado en los hospitales, i finalmente en otros puntos que fueron barrenados en su mayor parte por la mala fé de los independientes.

SITIO DEL CALLAO.

El brigadier don José Ramon Rodil habia quedado de gobernador de la plaza del Callao i comandante general de la division i provincia de Lima desde la salida del general Monet para el valle de Jauja, ocurrida á mediados de marzo. El brigadier Ramirez coronel del regimiento de Arequipa mandaba una columna formada de las compañias de preferencia de su cuerpo, de otra del Infante i de la caballería, con la que ocupaba á *Lima*, i llegó á estender sus operaciones hasta Chancai con parte de su fuerza al mando del coronel Villagra.

La guarnicion del Callao se componia á este tiempo del batallon del Infante con mas de 800 plazas, mandado por el teniente coronel mayor don Pedro Aznar, del de Arequipa con 18 bajo la direccion del de igual clase don Luis Labraque, siendo comandante del mismo don Pascual Bernedo, i de una brigada de artillería compuesta de 300 hombres á las órdenes del comandante don Francisco Duro. El capitan don Bernardo Villazon desempeñaba interinamente el destino de gefe de Estado mayor por hallarse con la columna de Villagra, el que lo era efectivo teniente coronel don Isidro Alaix.

Dicha plaza del Callao habia sido hallada por los realistas con inmensos repuestos de víveres, armas, municiones

pertrechos i efectos públicos i privados, como que habia sido escogida para el depósito general de todo el material del ejército i aun de muchos objetos de la capital. Rodil se dedicó desde el principio al arreglo del castillo, restaurando con inteligencia i actividad el deterioro que habia sufrido, Todas sus obras de defensa quedaron completamente artilladas, i con particular esmero los dos torreones, el *Caballero de casas matas* i los cinco baluartes i cortinas de que consta dicha fortificacion; se prepararon asimismo algunos morteros, i la cresta del merlon se vió cubierta de granadas cargadas para arrojar al foso en caso de asalto. No fue menos respetable el estado en que fueron puestos los fuertes laterales, llamados San Miguel i San Rafael, asi como las baterias del arsenal i Moyano, renovando i abriendo foso para toda la trinchera que se habia construido desde la plaza á San Miguel.

Otro de los graves cuidados del celoso brigadier Rodil habia sido la formacion de fuerzas navales tan necesarias para el sosten de aquella plaza. La casualidad le proporcionó mui pronto una corbeta inglesa mercante, llamada la *Ester*, la que fugándose de Chile con algunos oficiales españoles prisioneros en aquel reino habia buscado un asilo en los fuertes del Callao contra la persecucion de los insurjentes. Armado este buque por Rodil i nombrado teniente de fragata su capitan Gul, prestó importantes servicios con el nombre de *Victoria de Ica*. Se armaron asimismo tres bergantines con los nombres de *Pezuela*, *Moyano* i *Constante*, i ocho lanchas cañoneras con piezas de grueso calibre.

El estado de los negocios se presentó al principio del modo mas lisonjero: los oficiales i gefes del ejército insurjente volvian á las filas de los leales con la misma facilidad con que en el año 20 habian desertado de ellas: todos eran admitidos en sus clases respectivas; algunos lo fueron en la division del Callao; pero los mas pasaron al ejército de Jauja. Torre Tagle i Berindoaga volvieron á sus propias casas de Lima, hasta que tomada esta ciudad debieron refugiarse en el castillo.

Las tropas enemigas que habian quedado en la provincia de Lima, aunque poco numerosas, no dejaban de hostilizar á la division del Callao, i de ofrecerle ocasiones de acreditar su valor: entre las acciones principales dadas en este año, merecen particular mencion la del 6 de mayo en Caqui por Villagra, el combate naval travado por los insurjentes en la noche del 10 de julio en la bahía con el objeto de llevarse nuestros buques; otro choque dirigido en 18 por el comandante general Rodil desde el rio hasta Aznapuquio; el que sostuvo en Piedras gordas el coronel Ramírez en 24, i el de 3 de noviembre sobre Lima. Este último en particular consolidó la opinion militar del teniente coronel don Isidro Alaix, el cual, por haberse ausentado momentáneamente el comandante principal Áznar, se puso á la cabeza de las tropas i obtuvo una gloria brillante, arrollando completamente las fuerzas rebeldes i persiguiéndolas hasta las mismas calles de la capital, dejando por todas partes sangrientas señales de su victoria. Fue mui celebrado este rasgo de acrisolada decision i valor, i sus efectos sumamente ventajosos al estado de la plaza.

No habia sido menor el mérito contraido por este digno gefe en la accion de Caqui, porque si bien la mandó Villagra, se debieron sus felices resultados al referido Alaix, quien al frente de solos 50 caballos se metió por retaguardia entre los 1500 insurjentes que se hallaban en aquella posicion, introdujo en ellos el mas completo desórden, sembró el campo de cadáveres enemigos, i cuando ya estaban sus soldados cansados de descargar mortíferos golpes entró la infantería á participar de los honores de aquel ilustre triunfo.

La adquisicion del Callao habia sido de la mayor importancia para el ejército realista: de aqui salian ausilios i pertrechos de todas clases, con los que se podia dar mayor estension á las operaciones militares. La columna con que el coronel Loriga llegó á dicha plaza á mediados de mayo á embarcarse para España, regresó á sus cantones conduciendo una porcion considerable de armamento. El coronel La Valle

se llevó otro gran convoi á principios de junio, escoltado por algunas compañías, con las que se habia presentado en la plaza, i por otras cuatro del Infante i Arequipa que salieron para reforzar el ejército. A consecuencia de la accion desgraciada de Junin se mandó que toda la caballería del Callao pasara á llenar aquellas bajas, como lo verificó el escuadron de San Cárlos á las órdenes del coronel Villagra á mediados de agosto.

El dia 12 de setiembre lo fue de alegria i contento para los defensores del Callao: la falta de una marina respetable capaz de contrarestar las fuerzas rebeldes se habia hecho sensible en varias ocasiones en que habria podido quedar enteramente esterminado el génio de la insurreccion. La llegada, pues, del navío Asia i del bergantin Aquiles, procedentes de la península, disipaba los temores que se habian concebido sobre la posibilidad de conservar mucho tiempo aquella plaza si llegaba á quedar estrechamente bloqueada. El capitan de navío don Roque Gruzeta, que mandaba dichos buques, i á cuyas órdenes fueron puestos los que habia armado Rodil anteriormente, podia dominar el pacífico, i asegurar el triunfo de las tropas terrestres.

Conociendo el citado Rodil la importancia de esta escuadra en aquellas circunstancias se prestó á entregar abundantemente cuanto Gruzeta pudo necesitar para tomar una actitud imponente: marinería, víveres, fondos, jarcia, armas, municiones; todo se vació sobre ellos con preferencia á cualquiera otra atencion. El brigadier don Mateo Ramirez se embarcó asimismo á su bordo con 200 soldados escogidos.

Cuando ya se halló dicha escuadra perfectamente pertrechada salió á batir á la peruana que se hallaba á la vista del Callao, i aunque el combate se decidió á favor de los españoles, fueron sin embargo poco importantes sus resultados si bien la fragata Prueba sufrió tal descalabro, que debió pasar inmediatamente á Chancai para recibir una reparacion provisional, con la que pudiese habilitarse hasta llegar al astillero de Guayaquil.

A los pocos dias salió dicha escuadra de las aguas del Callao á recorrer la costa de Intermedios, en donde tuvo algunos tiroteos con los buques chilenos; pero habiendo llegado á este tiempo la noticia de la batalla de Ayacucho, se llenó Gruzeta de asombro, i desembarcando en la costa la tropa que habia tomdo á su bordo en el Callao, i despachando para Chiloe i España los buques armados en este punto, se hizo él á la vela para Manila con su navío i con los bergantines el *Aquiles* i el *Constante*.

Hallándose sobre las islas Marianas se le sublevó la tripulacion del navío por una disputa acalorada ocurrida entre un oficial de marina i un contramaestre. La marinería tomó parte á favor de este último, se apoderó de las armas i arrestó á sus oficiales, los que probablemente habrian sido sacrificados á su furor sino se les hubiera calmado con la distribucion de dinero, á cuyo recurso apeló el brigadier Ramirez.

Los oficiales del bergantin Aquiles zarparon anclas cuando oyeron aquel alboroto: el navío salió en su busca; pero la mayor ligereza de aquel buque lo puso pronto fuera de su alcance. Regresando entonces el navío á su fondeadero i careciendo de una persona que supiese dirigirlo, obligaron los alzados al capitan del *Constante* á encargarse de su gobierno, á lo que hubo de acceder dicho oficial con las mas solemnes protestas comprobantes la coaccion. Dejando entonces en tierra á todos los presos para reembarcarlos á bordo de un buque anglo-americano, que se hallaba accidentalmente en aquellas aguas, se hizo á la vela para las costas de Méjico, á cuya república fue entregado villanamente dicho navío.

Aunque el bergantin Aquiles habia podido salvarse del primer furor de los amotinados, sucumbieron sin embargo sus oficiales á otra sublevacion de sus mismos soldados i marineros, los que asignándoles igual suerte que á los del navío se pasaron á los insurjentes de Chile; ¡horrible mancha, que no podrá borrarse sino con el sacrificio espiatorio de

todos los perpetradores de tan horrendo crímen!

Si bien la conducta del capitan Gruzeta ha sido declarada exenta de culpa sobre este terrible suceso, que parece no estuvo en su arbitrio evitar, resultan otros cargos, que sino le hacen desmerecer el buen concepto que ha sabido grangearse cerca del gobierno, se presentan sin embargo á rebajar los títulos de recomendacion que habria podido adquirir.

Si á su llegada de España hubiera pasado en derechura á las costas del Perú sin hacer una permanencia de tres meses en Chiloe, habria sido dirigido oportunamente sobre Guayaquil para impedir la conduccion de tropas colombianas que llegaron á reforzar á Bolivar en Trujillo, i sin las cuales no habria podido este gefe tomar la ofensiva, ni se habria dado la accion de Junin, ni se habria sepultado el dominio del Rei en Ayacucho.

Si hubiera sido menor su inquietud i alarma cuando recibió la noticia de esta derrota, no se habrian perdido las tropas que al mando de Ramirez habia embarcado en el Callao, ni los desgraciados negros que componian la mayor parte de aquellas, habrian quedado entregados al furor del enemigo, i constituidos en la necesidad de robar aun á los mismos realistas que iban á embarcarse, para sostener su miserable existencia.

Sin la repentina salida del navío, si bien fue apoyada en la necesidad que tenia de una cómoda i prolija reparacion, se habrian podido evitar muchos males, combinar operaciones con la guarnicion del Callao, salvar las reliquias de las tropas de Arequipa i aun del Cuzco en Chiloe, segun lo proyectaron varios de los gefes, i finalmente dar algun aliento al abatído espíritu de los realistas.

Apenas se supo en el Callao la capitulacion de Ayacucho pasó el gobernador Rodil una revista general de todos los almacenes, en los que se hallaron los víveres necesarios para sostener la plaza por espacio de un año, debidos á la acertada prevision de este sagaz i esforzado general. Todo el empeño de Rodil era el de fingir que ignoraba aquellos tristes

sucesos, con cuya idea rechazó cuantos parlamentarios le fue-fueron enviados por el titulado libertador Bolivar; pero habiendo fondeado en aquella bahía el navío inglés *Cambridge*, que llevaba á su bordo al comandante Gascón, comisionado por Canterac para darle parte de la fatal terminacion de la campaña, no pudo ya sostener mas tiempo su carácter misterioso; pero se negó con igual firmeza á toda clase de transacion.

Rodil habia ido disputando á palmos el terreno fuera de la plaza; mas desde que Bolivar llegó á Lima hubo de reconcentrar sus fuerzas, i ya una sola de sus columnas salia de dia para proteger el forrageo de la caballería i del ganado vacuno.

Conociendo que todos sus esfuerzos iban á estrellarse en el abandono i aislamiento á que habia quedado reducido, trató de entablar relaciones con Olañeta no creyendo que Gruzeta se hubiese alejado con la escuadra sin acercarse al Callao. El apoyo que esperaba de ambos sostenia su ánimo en medio de su crítica posicion. Confiando en que dicha escuadra sabria conservar la superioridad en el Pacífico, se aumentaban las esperanzas de no sucumbir á los rebeldes, pues que por medio de aquella podria introducir víveres frescos en la plaza.

Determinó asimismo enviar un oficial de toda su confianza para ponerse de acuerdo con Olañeta; mas como no tuviese buque alguno disponible, se vió precisado el teniente coronel don Pascual Bernedo, sobre quien recayó esta honrosa eleccion, á entregarse á los riesgos de aquel undoso piélago sobre un pequeño bote de seis remos, con el que ni podia alejarse de la costa á causa de su debilidad, ni acercarse á ella por no caer en manos de los insurjentes.

A pesar pues de estas dificultades i sin embargo de haber debido luchar contra vientos i corrientes contrarias pudo llegar el undécimo dia de navegacion al puerto de Quilca, en donde debia hallar la escuadra española segun cálculo formado por el gobernador Rodil, espresado en las instruccio-

nes que se le comunicaron cuando salió del Callao.

Al ver Bernedo fondeados en dicho puerto algunos buques de gran porte se confirmó en su creencia, i depuso todo recelo. Al mismo tiempo que se dirigia á dicho punto doblaba aquella boca una fragata que creyó fuese la corbeta Ica; mas cuando se hubo aproximado á ella conoció que era la María Isabel ó sea la O'Higgins, perteneciente á Chile, que se dirigia á bloquar el citado puerto del Callao. Se hallaba ya Bernedo debajo de sus fuegos cuando salió de su error; i como en el acto se hubieran descolgado algunas chalupas de aquel buque, fue alcanzado prontamente por ellas, i ya no tuvo mas arbitrio que rendirse despues de haber arrojado su correspondencia al agua.

Se reducia ésta á enterar al brigadier Ramirez i al capitan de navío Gruzeta de la resolucion de Rodil en sostener, á todo trance aquella plaza, i á suplicarles regresasen á ella para combinar un nuevo plan de operaciones. Encargaba asimismo á Gruzeta proporcionase un buque á Bernedo para pasar á Arica á fin de que por el Despoblado pudiera reunirse con Olañeta, reconocer de parte de Rodil á este general como la primera autoridad española en aquellos dominios, manifestarle la decision de la plaza, ofrecerle cuantas armas i municiones pudiera necesitar, pedirle algun dinero si podia desprenderse de él; i escitarle á que sosteniendo con sus armas el Alto Perú, obrando en combinacion con Chiloe, con el mismo Callao i con la escuadra se lograse contener el ímpetu furioso de los insurjentes, i dar mas tiempo para que llegasen ausilios de la península. Todos estos proyectos i combinaciones se desvanecieron con la desaparicion de la referida escuadra i con la desgraciada prision de Bernedo, encargado de ellos.

Desde este momento quedó ya Rodil reducido á los únicos recursos encerrados en la fortaleza, cuya guarnicion á principios de este año se hallaba reducida á los incompletos batallones del Infante i Arequipa, mandados segun se ha dicho, por sus tenientes coroneles don Luis Labraque i don Pedro Az-

nár con el total de 18 plazas ademas de un escuadron de artillería volante con 80 caballos, del que era segundo comandante el hijo del marques de Valle-umbroso, don Pedro Zavala, i unos 200 artilleros á las órdenes de Duro. El gefe de estado mayor Alaix mandaba la columna, que compuesta de las compañias de cazadores i del citado escuadron volante, cubria de dia el forrage, i se replegaba de noche á la trinchera.

La gran disminucion que se nota en la fuerza efectiva de esta guarnicion se debió á la salida de varias columnas que ya han sido indicadas, como fueron las de Avalle, Ramirez i Villagra, i asimismo á la gran mortandad que ya habia principiado por un efecto de las contagiosas enfermedades. Estas se aumentaron considerablemente cuando se hubo estrechado el sitio. El espíritu de insurreccion, que habia invadido todas las clases del ejército, i que fue mayor desde que se supo la batalla de Ayacucho, obligó á sacrificar algunas víctimas á la conservacion de dicha plaza: una sola de estas conspiraciones costó la vida á 36 individuos: sin este rigor no habria sido posible refrenar su desmoralizacion; pero de todos modos estas eran bajas que se hacian mui sensibles para defender una línea tan vasta de fortificaciones.

Empeñado Bolivar en dar un golpe de mano que esparciese la confusion i alarma dentro del Callao, tomó las disposiciones para batir por sorpresa la columna que diariamente salia de aquel punto. Cuando ya ésta se hallaba en el dia 16 de febrero fuera del tiro del cañon, se vió impetuosamente atacada por dos ó tres batallones i por cuatro escuadrones de lanceros, que en la noche anterior habia hecho emboscar con el mayor disimulo. Aznar, que mandaba dicha columna, aunque la defendió con bizarría, habria sido envuelto probablemente sin la oportuna llegada de la caballería al mando de Alaix: el choque fue empeñado i sangriento; los enemigos tuvieron 250 hombres puestos fuera de combate; i aunque la pérdida de los realistas fue de 85, quedaron sin embargo airosas las armas de Castilla, i cubiertos de gloria todos los individuos de dicha columna, espe-

cialmente Aznar, Alaix, Tiscár i Zavala; pero ya desde este momento fue preciso renunciar á toda salida de la plaza.

Luego que Rodil tuvo conocimiento del desgraciado suceso de Junin, promulgó un bando para que evacuase dichos fuertes todo individuo que no tuviese víveres para mas de seis meses: fue eludida esta orden por una porcion considerable de individuos, que por hallarse sumamente comprometidos en la causa del Rei no se atrevieron á abandonar aquel asilo por no caer en manos de sus contrarios: de aqui resultó la gran miseria que se introdujo entre ellos, el aumento del escorbuto, i la muerte que sufrian con mas gusto en medio de los leales, que de las manos de los rebeldes.

Ya desde el mes de mayo no se dió racion en la plaza sino á los empleados en el servicio, i aun ésta se fue disminuyendo de dia en dia. Cuando ya se hubieron consumido todos los caballos, mulas, gatos, perros, i hasta las ratas; i cuando ya los víveres subieron á tan alto precio que las gallinas llegaron á venderse á 25 ó 30 pesos, i en igual proporcion los demas artículos, sucumbieron al rigor del hambre i de la peste escorbútica mas de 69 desgraciadas víctimas. Familias enteras se sepultaron en este vasto cementerio; la de Bedoya, Torre-Tagle i de otras personas distinguidas participaron asimismo de tan cruel azote.

En medio del aspecto horrible que presentaba esta plaza no cesaba el impávido Rodil de poner en actividad todos los medios que pudiera alargar la resistencia: con esta idea creó del paisanage un batallon, al que dió el nombre de obreros, nombrando comandante del mismo al teniente coronel de Arequipa don Antonio Marzo, habiendo estraido de la clase distinguida de este mismo cuerpo una corta seccion que llamó de confianza.

El bloqueo por la parte del mar habia principiado aun antes de la venida del navío Asia, por la escuadra peruana, compuesta de la fragata *Prueba*, i de tres ó cuatro bergantines ó goletas mandadas por el almirante Guise. Llegó sucesivamente la chilena, mandada por Blanco Ci-

seron, i compuesta de la *O'Higgins* de 50 cañones, de una corbeta colombiana, i de otra de Chile con dos ó tres bergantines de bastante fuerza; i á mediados del año 25 volvió al bloqueo la citada Prueba. Con ambas escuadras tuvo la plaza las mas de las noches un fuego vivísimo i espuesto, habiendo conseguido en una de ellas la chilena llevarse una de las pocas lanchas cañoneras que habian quedado en el puerto, pues que tres ó cuatro de las mismas se habian pasado ya á los bloqueadores.

El general Salom, que desde principios de este mismo año habia sido encargado del sitio por Bolivar, llegó á reunir á sus órdenes unos 4900 infantes i de 700 á 800 caballos, con los que estableció una línea de circunvalacion sin parapeto á mas de media legua de la plaza, que formaba una especie de campo semicircular. Sus obras principales fueron las de levantar en Bellavista, i en el lugar donde estuvo la aduana, una gran batería con cañones de á 24, que podia batir de frente la plaza de armas, i de flanco la batería de Moyano i fuerte de San Miguel; otra de cinco cañones tambien de grueso calibre junto á la casa llamada de Monteblanco, desde cuyos puntos fue principiado el camino cubierto contra la plaza.

Fue otra de sus obras situar un mortero en buena posicion para arrojar bombas, otro mas avanzado con igual objeto i aun mas adelante una batería de dos cañones de batir. Sobre el mismo camino real i á tiro de pistola de la plaza llegaron á situar otra batería tambien con dos piezas de grueso calibre i á la izquierda de Bellavista junto al parage llamado la *Mar brava* otro cañon de á 24, i en la Huaca de Barbosa, sobre la izquierda de los sitiados, otras dos piezas de igual calibre, desde cuyos puntos se hacia un fuego horrible i no interrumpido.

El fuerte de San Rafael, situado á la derecha del castillo, estaba mui distante de la posicion de los rebeldes para que pudieran emplarse sus tiros con utilidad; pero como por su inmediacion á la plaza habria sido su posesion de tanta importancia para los sitiadores, como era gravosa en este mo-

mento á los sitiados á causa de la escasez de gente para guarnecerlo, resolvió Rodil abandonarlo inutilizando sus fortificaciones al favor de una mina que habia abierto con este objeto; mas habiéndose pasado á los disidentes el capitan Riera en la misma noche en que iba á ser volado, fue cortada dicha mina con oportunidad, i cayó el fuerte en manos de los enemigos sin que hubiera esperimentado el menor quebranto.

Molestado Rodil fuertemente por estos fuegos, estrechado por todas partes i con viveza, reducida su guarnicion al último apuro, sin esperanza alguna de socorro, i no ofreciéndose á su vista mas que cadáveres i esqueletos ambulantes que indicaban los desastres consiguientes á un sitio tan largo i penoso, se prestó á oir los dictados de la humanidad, i resolvió sacrificar en su obsequio aquella parte de gloria que adulaba todavía su noble ambicion.

Se convenció pues de que bastante sangre habia corrido para probar su firmeza de ánimo i su acrisolada fidelidad; i de que era ya tiempo de recibir los parlamentarios i de tratar con ellos acerca de ajustar una capitulacion tan honrosa cual merecian sus inmensos sacrificios i su inimitable decision. El dia 11 de enero de 1826 principiaron las negociaciones preliminares de este acto solemne, que se firmó el 23. Aunque Bolivar habia puesto fuera de la lei á los defensores del Callao desde el momento que dejaron de reconocer la capitulacion de Ayacucho, Salom accedió sin embargo á tratar con ellos con aquel decoro que es debido á militares esforzados.

Amnistía general i sin escepcion por servicios i opiniones anteriores; la traslacion á la península por cuenta de los disidentes de cuantos oficiales i empleados quisieran verificarlo; la de los soldados peninsulares hasta el Janeiro; el libre embarco de equipages i efectos de los rendidos sobre un trasporte inglés; i la garantía de sus personas por el comandante de la fragata la *Briton*; la obligacion por parte de los insurjentes de depositar en dicha fragata el dinero correspondiente al pasage de todos los individuos que tuvieran dere-

cho á él; el goce de todos los honores de la guerra; la entrega de libres pasaportes á todo americano que quisiera retirarse á sus hogares; la conservacion de propiedades á toda clase de personas; la concesion de seis meses de tiempo para que todo realista pudiera vender sus bienes i esportar su producto libremente; la obligacion de cuidar de los heridos i enfermos de la guarnicion i de hacerlos partícipes de los beneficios espresados luego que se hubieran restablecido; la facultad de que el gobernador llevase á la península las banderas de los cuerpos del Infante i Arequipa, asi como los papeles reservados i protocolos de las presas hechas por los realistas en aquel tiempo; un perdon absoluto á todos los individuos del ejército sitiador que se habian pasado á la plaza: estas i otras condiciones ventajosas sellaron la gloria del general Rodil i le hicieron acreedor, del mismo modo que á los individuos que sufrieron con tanta constancia estos horribles padecimientos, á los mayores elogios, no solo de su patria, sino de la Europa entera.

Cuando se rindió esta plaza contaba con solos 400 defensores, i aun éstos en tan lastimoso estado que con la mayor dificultad podian tenerse en pie: sus víveres alcanzaban escasamente para cuatro dias: la poblacion la componian unos pocos espectros, que aunque habian podido sobrevivir á aquella terrible catástrofe llevaban retratadas en su semblante todas las imágenes de la muerte. El cañon enemigo hizo considerables estragos; pero de ningun modo fueron comparables á los producidos por el escorbuto i por el hambre. Los enemigos regaron asimismo con su sangre las inmediaciones del Callao; i su triunfo fue comprado con inmensos sacrificios i quebrantos.

En el mismo dia de la capitulacion se embarcaron Rodil i los oficiales que se hallaron en estado de verificarlo: otros que estaban á esta sazon casi moribundos, i entre ellos el coronel don Isidro Alaix, recibieron generosos ausilios para su curacion i salieron sucesivamente para la península.

sion habia obtenido una canongía de Lima en 1812, i que á su regreso habia continuado con igual esmero i decision sus activos servicios por la buena causa hasta 1822 en que hizo un segundo viage á la península; este entusiasmado realista, que habia merecido los mayores elógios de los vireyes Abascal i Pezuela, i de los generales del Alto Perú, fue nombrado en 9 de agosto de 1825 obispo ausiliar de Charcas i comisionado régio para los fines que acaban de espresarse.

Fue tal la actividad i celo desplegada en esta ocasion por este benemérito prelado, que emprendió su marcha á los tres dias con varios oficiales que creyó podrian serle útiles para el desempeño de tan delicado encargo. Al llegar á Rio Janeiro abrió sus negociaciones con el emperador del Brasil, al que halló mui propicio para segundar sus planes, pues que de ellos podia resultar el triunfo de la lucha en que estaba envuelto á aquella sazon con los republicanos de Buenos-Aires. Entabló asímismo dicho La Torre activas comunicaciones con muchos oficiales i vecinos de Santa Cruz de a Sierra i de la provincia de Chiquitos que se habian refugiado á las de Matogroso i Cuyaba. Envió igualmente sugetos de toda su confianza á lo interior de dichas provincias españolas para preparar la opinion á favor del Rei i asegurar un felíz resultado de toda tentativa que se hiciese por alguna fuerza armada esterior, pues que la interior habia sucumbido completamente desde la muerte de Olañeta.

Esperimentando las comunicaciones con la Córte los atrasos consiguientes á tan largas distancias, agotados por otra parte los fondos que habia llevado el citado comisionado para principiar sus operaciones, entorpecido por esta causa el curso de ellas, i no atreviéndose á pasar á la provincia de Charcas, por carecer de las bulas necesarias para el desempeño de su apostólico destino, se dirigió á Montevidéo, desde cuyo puerto volvió á la península cuando se convenció de que no entraba por entonces en las miras del gobierno español dirigir espediciones armadas sobre el mar pacífico.

Así, pues, aunque no tuvo su debido cumplimiento esta hon-

la intriga para llevar adelante sus favoritos planes. Los mismos electores de Lima se vieron precisados á ceder á las amenazas de los satélites colombianos, i de este modo fue proclamada en 9 de diciembre de 1826 la constitucion denominada de Bolivia, i jurada por la mayor parte de las autoridades.

Desconcertados los republicanos con este golpe, i alarmados con las bases de dicha constitucion, i especialmente con el nombramiento de presidente perpetuo conferido á Bolivar por los electores parroquiales, i con la otorgada facultad de poder elegir su sucesor; temiendo que aquellos fuesen los pasos preliminares para que este ambicioso plantease sobre ellos su apetecida monarquía, influyeron para hacer estallar la conspiracion que secretamente habian fraguado 75 oficiales de la misma division colombiana que se hallaban de guarnicion en Lima; de cuyas resultas fueron arrestados en la noche del 26 de enero de 1827 los generales Lara i Sands, muchos coroneles, gefes i oficiales reconocidos por adictos á aquel terrible revolucionario, i fue nombrado Bustamente para el mando de las armas.

Los limeños manifestaron con públicos testimonios su alegría de verse libres del pernicioso influjo del libertador: los principales de ellos se reunieron en cabildo i representaron al gobierno pidiendo que se anulase la constitucion del Alto Perú como impuesta por la violencia, i que se convocase un congreso compuesto de legítimos representantes. El gran mariscal Santa Cruz espidió la convocatoria para el 1º de mayo: los dos ministros don José Pando i don Tomás Heras, marcados por bolivaristas, fueron depuestos, i reemplazados el primero por don Manuel Vidaurre, i el segundo por el general Salazar.

Pasada la primera efervescencia se suscitó nuevamente la desconfianza entre colombianos i peruanos, i se descubrió una general tendencia de los primeros á la contrarevolucion, que habria estallado seguramente si Bustamante no la hubiera cortado con oportunidad. Para contener los malos efec-

mando en don Juan Urdininea, su ministro de la guerra.

Caminaba en el entretanto contra dicha ciudad de Chuquisaca el general peruano Gamarra, para realizar su deseado plan de reunir aquella república á la del Perú: entra en la Paz sin la menor oposicion; se dirige Urdininea contra él; ambos ejércitos se acechan; pero desconfiando el de Bolivia de sus propias fuerzas, abre negociaciones con el contrario, i firman ambos gefes en 6 de julio los preliminares de la Paz en Piquisa, conviniéndose en retirarse hasta que se hubiera convocado una nueva asamblea general para el 1º de agosto á fin de recibir la demision de Sucre, nombrar un gobierno provisional i revisar la constitucion. A su consecuencia abandonó aquel pais el titulado gran mariscal de Ayacucho, i pasando por el Callao sin que se le permitiese saltar á tierra, siguió su viage para Guayaquil.

Encrespados los negocios entre los colombianos i peruanos, se publicó la guerra en la capital de estos últimos en el dia 6 de agosto; se formó en Piura un campo de 7@ hombres, cuyo mando fue á tomar el mismo presidente Lamar, con ánimo de romper las hostilidades contra Bolivar. Se pasaron sin embargo algunos meses sin llegar á las manos, hasta que depuesto violentamente del mando el citado La Mar con grande esposicion de su vida por el general Gamarra, varió completamente el sistema de aquel gobierno; se abrieron nuevas negociaciones con la república de Colombia, i se ajustó por último la paz entre ambas; pero mui pronto se suscitaron nuevas discordias por Lafuente i por otros gefes peruanos, quienes deben tener la misma suerte que los de otros paises de la América revolucionada, que es la de estar perpetuamente en lucha unos con otros, elevándose alternativamente al poder sobre su ruina recíproca, i llenando de luto i miseria los paises que han tenido la desgracia de separarse del paternal i legítimo gobierno de S. M.

Llegan á tal estremo los males de los peruanos, que puede decirse han vuelto ya á los primitivos tiempos, en el que no se conocia otro modo de hacer el comercio sino por cam-

CAPITULO XXIV.

ISLA DE CHILOE (1)

HASTA 1827.

Descripcion geográfica de esta isla. Noticias sobre sus habitantes, gobierno i guarnicion. Resultados de la espedicion de Pareja. Entrada de Quintanilla en el mando. Progresos de su administracion. Malograda espedicion de Cochrane. Salida de algunos oficiales para Arauco. Manejos de O'Higgins. Virtudes de los defensores de Chiloe, i fidelidad de sus habitantes. Nuevo arreglo de las milicias. Armado un corsario con el nombre de General Quintanilla. *Ventajas de sus correrias. Quejas de los estrangeros. Su apresamiento por la corbeta francesa* la Diligente. *Armado otro corsario titulado* General Valdés. *Apresamiento de la fragata mercante la* Mackena. *Naufragio de dicho corsario. Segunda espedicion de los insurjentes de Chile contra esta isla, que tuvo igual malogro que la primera. Llegada del navio Asia i del bergantin Aquiles á Chiloe. Sublevacion al recibir la noticia de la batalla de Ayacu-*

(1) Es tan importante esta isla por su ventajosa situacion; i sus habitantes se han distinguido de tal modo en la brillante defensa hecha por su gobernador el actual brigadier don Antonio Quintanilla durante la larga lucha de la independencia, que nos ha parecido conveniente dedicar algunas páginas á su descripcion topográfica, i á la de los hechos que mas brillan en la parte militar i política.

porque tal vez es el único punto de América que se sometió pacíficamente al gobierno de España.

Los habitantes de estas islas han sido en todos tiempos sumamente fieles i adictos á la Metrópoli, especialmente los del partido de Calbuco, quienes por haber acudido habrá unos 150 años á sofocar una pequeña conmocion suscitada entre los indios de la isla grande, fueron eximidos por S. M. del pago del tributo, i agraciados en su vez con una suma igual á la que ellos habian de pagar anualmente; i como este rasgo de beneficencia hubiera escitado nuevos impulsos de lealtad de parte de los demas isleños, se hizo estensiva la exencion de tributos á todos los indios i naturales de este archipiélago. El cabildo de Castro gozaba de muchas prerrogativas que le habia dispensado el Soberano español con los títulos de mui ilustre i mui fiel en premio de las virtudes que poseia en grado eminente.

El gobernador, la guarnicion i las oficinas de cuenta i razon se establecieron desde los primeros tiempos en el puerto llamado de Chacao, situado en una ensenada que forma el canal del mismo nombre, i que dista unas siete leguas de la boca ó entrada del Norte. Como este puerto fuese reconocido posteriormente poco útil para la defensa de la isla i archipiélago, se acordó en 1760 por el virei del Perú i con aprobacion real trasladar el gobierno, la guarnicion i sus dependencias al nuevo puerto de San Carlos, que es mas espacioso i seguro que el de Chacao, i que situado casi al frente de la boca del Norte domina la entrada por el canal.

Como para la traslacion de las oficinas públicas i para la construccion de cuarteles, fortalezas i edificios de esta nueva poblacion hubiera hecho crecidos desembolsos el citado virei del Perú, quedó Chiloe desde esta época dependiente de aquel vireinato en su administracion militar i política, percibiendo anualmente un situado que no bajaba de 509 pesos para completar el pago de sus atenciones.

La guarnicion de estas islas se componia en aquel tiempo de una compañia del real cuerpo de artillería, dos de in-



desastrosa guerra de Chile, hizo demision del gobierno, que fue conferido por el virei Pezuela al coronel comandante que habia sido de Carabineros de Abascal, don Antonio de Quintanilla, quien tomó posesion de él á fines de 1817.

A la entrada de este gefe en Chiloe se vió en los mas duros compromisos: no habia en el pais un soldado veterano; no habia un real en tesoreria; no habia mas armas que 300 fusiles; ni habia oficiales ni recursos de ninguna especie en circunstancias de haberse perdido Chile á consecuencia de la batalla de Chacabuco, i de empezar la preponderancia de fuerzas marítimas de los insurjentes que tenian incomunicadas dichas islas de Chiloe con el Perú. Para aumentar la confusion i el desorden, pegaron fuego varios sediciosos al puerto de San Carlos, cuyo terrible mal pudo ser cortado oportunamente sin que hubieran ardido mas que cuarenta casas; i descubiertos los agentes de este pérfido atentado, sufrieron cinco de ellos la pena de horca.

A pesar de todas las dificultades que encontró Quintanilla en el principio de su gobierno, desplegó tanta actividad i energía en la defensa de esta provincia, que pudo sostener la autoridad real hasta el mes de enero de 1826 á fuerza de privaciones i sacrificios. La primera fuerza que reclutó dicho gobernador fueron dos compañias que remitió al puerto de Talcahuano á principios de 1818 á peticion del brigadier Ordoñez.

Habiendo perecido en la guerra de Chile el batallon veterano de infantería ligera que el brigadier Pareja se habia llevado al continente, al mando del coronel don Francisco Arenas, decretó el virei Pezuela su reorganizacion, i nombró por su comandante á don Saturnino Garcia, quien pasando á recoger en Talcahuano los pocos oficiales que sobrevivian á sus anteriores derrotas, regresó con ellos á Chiloe en octubre de 1818. A pesar de la falta absoluta de recursos metálicos se llevó á efecto el arreglo de este cuerpo debido á los incesantes desvelos de Quintanilla i Garcia, i á la favorable predisposicion de los chilotes; i sin embargo de no

órdenes del comandante Garcia, temió Miller ser batido por la espalda; i como ya se hubiera malogrado su intentada sorpresa, emprendió su retirada dejando 40 muertos en el campo de batalla, i llevándose porcion considerable de heridos, entre ellos el mismo Miller de bastante gravedad.

Reunidas las fuerzas de Garcia con las del castillo, se dedicaron á perseguir á los disidentes, á los que hicieron varios prisioneros antes que pudieran embarcarse en los buques que tenian siempre mui inmediatos. La primera i segunda compañía del batallon veterano que guarnecia la espresada fortaleza con una de milicias, á las que se debió principalmente esta brillante resistencia, recibieron testimonios públicos del agrado del virei i del público.

Este primer suceso de la nueva guarnicion de Chiloe, compuesta de una juventud bisoña é inesperta, pues que escasamente llevaba un año de disciplina, la llenó de tanto entusiasmo que se creyó invencible. Habiendo crecido asi mismo el aliento del gobernador, resolvió que los restos de la guarnicion de Valdivia refugiados en estas islas, volviesen á ocupar á Osorno i los Llanos, porque no hallaba posibilidad de sostenerlos sin la posesion de aquellos territorios, en los que se habia provisto siempre de harinas i carne para el consumo de la provincia; pero se perdieron tan bellas esperanzas en el desgraciado encuentro del *Toro*, del que se ha hecho mencion en la historia de Chile.

Los cortos restos que se salvaron de aquella derrota se reunieron indistintamente en el cuerpo de cazadores dragones á las órdenes de su comandante Bobadilla. El coronel Montoya i otros varios gefes i oficiales se dirigieron para Lima por órden del virei; los demas quedaron en Chiloe esperando mejor coyuntura para volver nuevamente á Chile, i de ellos se formó un depósito en la plaza de San Cárlos. El escuadron de cazadores dragones se acantonó en el partido de Maullin á las márgenes del rio del mismo nombre.

A fines de 1820 entró por la boca del Sur de la isla un

él; mas todos estos ingeniosos ardides fueron desechados con altanería é irritacion por dicho gobernador i por sus valientes i leales tropas.

La situacion de estas se hacia sin embargo mas crítica de dia en dia: el coronel don José Ballesteros, que fue enviado al Cuzco á mediados de 1821 á pedir urgentes ausilios al virei Laserna, no pudo conseguir mas que 109 pesos, que llegaron un año despues de haber salido este comisionado. La posicion del mismo virei no era mas favorable en aquella época, i no es estraño por lo tanto que sus socorros no fueran de mayor importancia.

Reducida, pues, la guarnicion de Chiloe á sus propios recursos, desplegaron todos sus individuos virtudes estraordinarias que les hicieron altamente recomendables. Se vistieron por el espacio de dos años con los tejidos ordinarios del pais, conocidos con el nombre de *Carros*; á falta de papel para sus comunicaciones oficiales i particulares se hizo uso de bulas que las habia en abundancia; su alimento comun eran papas i marisco; el pan i la carne escaseaban sobre manera; faltó asimismo el tabaco, i los dominados por este vicio debieron satisfacerlo con la hoja del manzano. La gruesa decimal, que ascendia á unos 129 duros, i que habia sido aplicada para la subsistencia de las tropas, no podia realizarse sino admitiendo en víveres sus dos terceras partes; los demas ramos productivos estaban en igual grado de decadencia, i no alcanzaban para los gastos mas precisos.

A fin de que las pocas rentas pudieran bastar para cubrir las principales atenciones de la plaza se daban licencias temporales á los soldados durante las estaciones rigurosas, con lo que se lograba distraerlos del penoso servicio de las armas, i proporcionarles los medios de proveer á su manutencion i vestido. Los gefes, tanto europeos como hijos del pais, percibian tan solo 15 duros mensuales, 12 los capitanes, 10 los tenientes i 8 los alféreces. De este modo, i sin que los defensores recibiesen clase alguna de ausilio esterior por hallarse el Pacífico enteramente dominado por las fuerzas ma-

víctimas de los insurjentes, fueron sosteniendo Chiloe hasta fines de 1822.

Como la guarnicion no contaba á este tiempo con mas fuerza veterana que el batallon del mismo nombre, que se componia de 600 plazas, la compañía de artillería de 90 i el escuadron de cazadores dragones proximamente de igual fuerza, se trató de dar nueva organizacion á las milicias para sacar de ellas un partido mas ventajóso. El regimiento de Castro constaba de tres batallones, que estaban repartidos en la ciudad del mismo nombre, en la villa de Lemui i en la de Quinchao: el coronel i los demas gefes que comunmente residian en la capital, tuvieron órden de pasar á reunirse con sus cuerpos respectivos; se suprimió el empleo de teniente coronel, i se nombró un comandante para cada uno de dichos batallones, que se pusieron al completo de nueve compañías, habiéndose formado una columna de las de granaderos i cazadores.

De las cinco compañías que existian en el partido de Calbuco se creó asimismo un batallon escogido; en el de San Cárlos se levantó otro para el servicio de la artilleria; i en el de Carelmapu i Maullin se formaron de las cuatro compañias sueltas que lo guarnecian dos escuadrones de caballería que podian prestar un servicio mas activo atendida la calidad del terreno. Dichas compañías de preferencia de los cuatro primeros batallones, fueron agregadas en diferentes ocasiones al veterano, entre cuyas filas adquirieron una brillante instruccion i disciplina hasta el punto de rivalizar con el mismo, con el que alternaban en el servicio mas delicado i penoso.

A principios del año 1823 se halló Chiloe con un ausilio inesperado. La goleta *Las cinco Hermanas*, recientemente construida en Guayaquil, i despachada con un cargamento de efectos para la costa de abajo, llevaba á su bordo de contramaestre al estrangero don Mateo Maineri, antiguo capitan de las tropas de Benavides, i que por uno de los hazares de la guerra estaba al servicio de los disidentes.

Apoyado Maineri por algunos individuos de la tripulacion, á los que habia sabido seducir de antemano, arrió la bandera colombiana, enarboló la española, i tomó posesion del buque á nombre del Rei. Puesta la proa para Chiloe, llegó felizmente al puerto de San Cárlos; i desembarcando el cargamento que se distribuyó á los apresadores despues de haber retenido el fisco la parte que le correspondia, procedió el gobernador con la mayor actividad i empeño á armar i habilitar el espresado buque á fin de sacar de su buena andadura i ventajas para hacer el corso todas las ventajas que debian prometerse.

Tomando el nombre de *General Quintanilla* recorrió todos los puertos de Chile i del Perú, é hizo muchas presas de bastante consideracion, algunas de las cuales remitió á Chiloe, i dejó otras en la caleta de Quilca en Intermedios. Este corsario introdujo una alarma general, no solo entre los enemigos sino aun entre los estrangeros, que ya á esta sazon se habian hecho dueños de todo el comercio del Pacífico. Si bien prestó Maineri los mas importantes servicios á la guarnicion de Chiloe, pues que la mitad del producto de las presas hechas por este corsario alcanzó para ir sosteniendo la guarnicion económicamente por el espacio de cerca de tres años, incurrió sin embargo en algunas faltas é infracciones nacidas de la falta de tino, de talento i de circunspeccion, de cuyas dotes escaseaba tanto como abundaba en esfuerzo i bizarría.

Quejoso el comodoro anglo-americano de los males que causaba este corsario al comercio de su nacion se dedicó á perseguirlo con el navío *Franklin* sobre las costas del Perú, haciendo que cruzase una de sus goletas en la boca del Norte de Chiloe. El comandante de las fuerzas navales inglesas se condujo con mas decoro i deferencia ácia el pabellon español, porque en vez de tomar arbitrariamente una iniciativa hostil envió la corbeta *Merci* á pedir una satisfaccion á Quintanilla sobre tropelías ejercidas por Maineri á su bandera; i como entre las providencias adoptadas para calmar su

enojo fuese una la de quitar al mencionado Maineri el mando del buque, supo éste eludirla haciéndose á la vela para la costa del Perú.

Hallándose enfrente de la caleta de Quilca divisó enmedio de la oscuridad de la noche una embarcacion sobre la que tiró dos cañonazos por haberla creido insurjente. Era esta la corbeta de guerra francesa la *Diligente*, cuyo capitan exigió una pronta satisfaccion por aquel insulto; i no contento todavía con la completa sumision de Maineri, que tuvo la imprevision de pasar á su bordo, llevó su irritacion hasta el estremo de aprisionar á este valiente comandante i de apoderarse violentamente i sin derecho de aquel precioso buque, que era el terror de los insurjentes, i que podia considerarse como el único almacen para la subsistencia de las tropas de Chiloe.

A fines de este mismo año de 1823 arribó al puerto de San Cárlos con procedencia de Rio Janeiro el bergantin *La Puig* con bandera inglesa, mandado por el capitan Michel. Mientras que venia la correspondiente patente del virei del Perú, obtuvo una interina del comandante general Quintanilla para hacer el corso contra los enemigos del Rei nuestro Señor. Enarbolada la bandera española, i dando á dicho bergantin el nombre de *General Valdés*, salió á la mar en el mes de setiembre. La primera i única presa que hizo fue la de la fragata *Mackena*, antes Carlota de Bilbao, al tiempo de salir de la caleta de Quilca con 300 hombres á su bordo, inclusos varios gefes i oficiales, que eran los restos de la caballería del ejército de Santa Cruz derrotado por los realistas en la campaña llamada del Sur.

Poco antes de entrar en Chiloe este corsario con la presa, descubrió en 22 de noviembre otro buque que venia de la parte del Cabo de Hornos, é inmediatamente envió Michel á su segundo para que trajera á su bordo al capitan i sobrecargo con todos sus papeles. Apenas se habia dado ejecucion á esta órden cuando se perdieron de vista los tres buques por efecto de un furioso temporal. La fragata Macke-

ma quedó libre para seguir su rumbo; el corsario, á cuyo bordo i para mayor seguridad habian sido trasladados los prisioneros mas distinguidos, naufragó con todos ellos; la fragata genovesa, que lo era la de que se ha hecho mencion, mandada por el segundo del corsario, se puso al dia siguiente en persecucion de la Mackena, á la que encontró navegando para Valdivia; i como hubiera empleado en tirarle dos cañonazos la única pólvora que se hallaba á bordo, tuvo la felicidad de que se acobardase la embarcacion insurjente, la que sometida de nuevo entró á fondear en el puerto de San Cárlos.

No teniendo el gobierno medios para mantener los oficiales i soldados apresados se vió precisado á diseminarlos por los pueblos del interior para que los vecinos se encargasen de ellos. Esta providencia, si bien necesaria por razones económicas, fue sumamente fatal á la buena causa: aquellos prisioneros derramaron el mas ponzoñoso veneno de la seduccion entre los sencillos chilótes, i pervirtieron la opinion hasta un grado que no parecia creible. Noticioso Quintanilla de los malos efectos que habia producido aquella medida, reunió los oficiales en un solo punto con guardias competentes para cortar su corrosivo influjo; envió á Valdivia una parte de los soldados; i la restante tomó partido con la guarnicion.

Exasperado ya el gobierno de Chile por la inflexible terquedad de los chilotes i por los graves daños que recibian de ellos, determinó enviar una segunda espedicion con elementos poderosos para asegurar la victoria. El director supremo don Ramon Freire quiso desempeñar por sí mismo esta delicada empresa; su fuerza no bajaba de 3? hombres conducidos en 5 buques de guerra i en 4 trasportes, debiendo acudir asimismo de Valdivia 300 hombres de caballería. Era el dia 22 de marzo de 1824 cuando se avistaron los buques por la boca del Norte, i al siguiente hicieron su entrada por el canal á bastante distancia de las fortalezas de Aqui i puer-

to de San Cárlos, dirigiendo su rumbo para el antiguo puerto de Chacao, en donde dieron fondo.

A la vista de una espedicion tan imponente, mandada por el gefe principal de la república de Chile, se estremeció todo el archipiélago. Las primeras disposiciones del coronel Quintanilla fueron las de mandar que los habitantes de las islas situadas en el golfo pasaran con sus ganados é intereses á refugiarse en la grande, como punto céntrico de las operaciones, i con el objeto de quitar á los enemigos los recursos que podian estraer de ellas.

Se traslució mui pronto que el objeto principal de los invasores era el de tomar la plaza i puerto de San Cárlos; i para conseguirlo cortaron con sus embarcaciones menores los víveres qne diariamente eran conducidos á dicha plaza; i trataron de interceptar asimismo el camino quebrado i estrecho que se halla entre ella i Castro, desembarcando en el puertecillo de Dalcaque. Aunque Quintanilla dió las mas enérgicas providencias para que el coronel Ballesteros, gefe de las milicias, se opusiera al desembarco de 700 hombres escogidos que se presentaron á verificarlo, no tuvo cumplimiento esta disposicion porque dichas milicias no se hallaban en estado de hacer una vigorosa oposicion, ni aquel gefe tenia una gran confianza en ellas.

Al retirarse delante de los enemigos por la senda que sale al camino de Castro se encontraron con la compañía de cazadores del batallon veterano, con cuyo ausilio se atrevieron á esperar tomando posicion en el dia 1º de abril en el ventajoso punto de Mocopulli. Emboscadas estas tropas á lo largo de un desfiladero caminaban los enemigos sin el menor recelo cuando se rompió sobre ellos un fuego vivísimo i simultáneo, que causando en sus filas una horrorosa mortandad los puso en completa dispersion. Empero rehechos mui pronto de este primer contraste volvieron de nuevo á la pelea contra los realistas, quienes habiendo sido reforzados á la misma sazon por la compañía de granaderos del citado ba-

tallon veterano, desplegaron nuevo teson i firmeza, i obligaron á los insurjentes á replegarse á Dalcaque con pérdida de 300 hombres, si bien tuvieron aquellos 120 valientes puestos fuera de combate.

Al mismo tiempo habia emprendido Freire su marcha desde Chacao para atacar contemporáneamente á San Cárlos, suponiendo ya que la division destacada á tomar el camino de que se ha hecho mencion, deberia hallarse sobre dicha plaza; mas habiendo recibido al aproximarse á una legua por la playa de Puqueñun, noticia del funesto resultado de Mocopulli, suspendió sus operaciones i retrocedió ácia la ensenada de Lacaor, que dista cuatro leguas de San Cárlos i tres de Chacao.

El coronel insurjente, Jorge Beaucheff, comandante de la division derrotada, permanecia en Dalcaque i en la inmediata isla de San Rafael esperando ser reforzado para principiar nuevas operaciones sobre la ciudad de Castro; pero habiéndose pasado algunos dias en la inaccion, hallándose los disidentes sin víveres, abundando entre ellos los enfermos, i temiendo perder sus buques por lo avanzado i tempestuoso de la estacion, determinaron evacuar aquel archipiélago, como lo verificaron en 16 de abril remitiendo por el camino de Valdivia la caballería i algunas tropas de infantería pertenecientes á la guarnicion de Osorno.

Este fue el resultado de la segunda i famosa espedicion de Chile, cuyas fuerzas eran otro tanto mayores que las disponibles del gobernador Quintanilla. La pérdida que los disidentes esperimentaron en Mocopulli i la de la corbeta Voltaire, que encalló en la costa de Carelmapu, desengañó á Freire de la inutilidad de sus esfuerzos contra los valientes chilotes, i le hizo renunciar vergonzosamente á su decantada empresa, en la que se habia lanzado con una petulante altanería i confianza.

La llegada al puerto de San Cárlos en 28 de abril del navío Asia i bergantin Aquiles, procedentes de la península con despachos sumamente satisfactorios del gobierno para

aquellos esforzados realistas hizo rebosar sus corazones del mas puro gozo i alegría. Aunque Quintanilla se hallaba exhausto de fondos para cubrir sus atenciones mas precisas, todos gustosamente se prestaron á hacer los mas generosos desprendimientos en obsequio de estos auxiliadores, sobre los que se fundaban las mas lisonjeras esperanzas. Su larga permanençia de tres meses, sin que en este tiempo se hubiera intentado hostilizar la escuadra de Chile, que por su misma inferioridad i por el desconcierto con que acababa de retirarse de Chiloe ofrecia al comandante Gruzeta una favorable ocasion de cubrirse de gloria, ayudó á agotar los escasos recursos que habia en la plaza sin que de estos sacrificios derivase la menor ventaja, pues que á los pocos meses se vió desaparecer esta fuerza marítima, segun va indicado en el capítulo del Perú de 1825.

A consecuencia de los desastres del ejército realista del Perú arribaron al citado puerto de San Cárlos en 6 de febrero de 1825 la fragata trasporte la *Trinidad* i la goleta *Real Felipe*, enviadas desde la caleta de Quilca por el comandante del mencionado navío Asia para salvar en aquel último recinto á los oficiales i tropa que por haber sido los agentes principales de la sublevacion del Callao á favor del Rei no podian esperar que se hiciesen estensivos á ellos los beneficios de la capitulacion.

La llegada de estos desgraciados con tan alarmantes i funestísimas noticias desmoralizó completamente la pública opinion, en términos que ya el dia 7 del mismo mes se sublevaron las tropas en el puerto de San Cárlos, arrestaron al comandante general Quintanilla, á su segundo el coronel don Saturnino García i á otros varios; pero verificada una contrarevolucion al dia siguiente fueron dichos beneméritos gefes vueltos en triunfo á sus respectivos mandos; las mismas tropas sublevadas arrestaron á sus seductores; fue fusilado uno de ellos, i castigados mas benignamente los demas; i se determinaron los valientes chilotes á prolongar la defensa hasta donde alcanzasen sus últimos esfuerzos.

Enviada la goleta Real Felipe á ponerse en correspondencia con el general Olañeta, á quien se suponia dueño del Alto Perú no pudo arribar á ninguno de sus puertos por hallarse todos en poder de los enemigos; i como el comandante de dicho buque se hubiera determinado arbitrariamente á cruzar sobre la boca del puerto de Guayaquil, aunque logró apresar un bergantin con tropas de Colombia, sucumbió sin embargo mui pronto á los esfuerzos que éstas hicieron, i entró rendido en su vez en el citado puerto.

Ya no se ofrecia á los decididos realistas de Chiloe otro conducto para recibir algunos ausilios sino de los representantes españoles residentes en Rio Janeiro: enviada con este objeto la goleta inglesa la *Grecian*, regresó mui pronto con algun paño para hacer medio vestuario á la tropa, que fue suministrado por el cónsul de S. M. en aquella corte, i algunos otros socorros, pero mui poco importantes para poder dar algunas treguas al vacilante gobierno de Quintanilla.

Este, sin embargo, del mismo modo que toda la guarnicion, permanecia en su firme resolucion de sostener el dominio del Rei hasta que hubiera agotado sus últimos recursos. Las intimaciones hechas por los disidentes en 1825 no hicieron mella alguna en sus indomables pechos. Instigado Freire por el general Bolivar para que á costa de cualquiera sacrificio acabase con este resto de la fidelidad española, determinó hacer su tercera espedicion, la que se presentó en 8 de enero de 1826 con 6 buques de guerra i 4 trasportes en la boca del puerto de San Cárlos, conduciendo á su bordo mas de 3ϑ hombres, como el último esfuerzo de la república chilena.

Ya las circunstancias eran mui diferentes en la presente ocasion; tantos reveses i contrastes de las armas realistas habian debilitado considerablemente la fuerza moral del soldado; la general creencia de que iba á ser infructuosa la defensa, i de que aun siendo feliz no podia tener otra terminacion sino la de prolongar por algun tiempo mas su sufrimiento; no eran por cierto los mejores elementos para disputar á Freire la victoria.

Verificado el desembarco de los insurjentes en la ensenada ó puerto nombrado del Inglés, distante del castillo de Aqui como media legua, emprendieron su marcha los buenos prácticos por los estrechos caminos que conducian á la batería de Barcacura, situada enfrente del fondeadero, dejando la fortaleza de Aqui á la mano izquierda con una pequeña fuerza de observacion. Tomada por la espalda i de sorpresa dicha batería de Barcacura, que distaba tan solo dos millas del puerto de San Cárlos, quedaron los enemigos dueños del fondeadero i sin mas obstáculos que el castillo de Aqui para introducir en él sus buques. Aprovechándose del viento fresco del Norte i de la marea forzaron la entrada bajo los fuegos del mencionado castillo, i sin averías de consideracion situaron su escuadra en dicho fondeadero á pesar de la resistencia de 7 lanchas cañoneras de los realistas.

Las fuerzas de que podia disponer Quintanilla en este momento consistian en el batallon veterano, en seis compañías de granaderos i cazadores de milicias, en un escuadron desmontado de los dragones de la frontera, i en otras varias compañías sueltas de milicias de infantería i caballería con un total de 2400 hombres, si bien tan solo se contaban 1300 fusiles repartidos entre los cuerpos de mayor confianza; los demas estaban armados con lanzas i sables.

Habiendo sido conducidas las tropas enemigas desde la batería de Barcacura á la playa de los Llancas, en la que efectuaron su desembarco bajo la proteccion de los fuegos de sus buques i á distancia de tres cuartos de legua del pueblo de San Cárlos, movió Quintanilla sus tropas para que tomasen posicion á su frente formando una línea en las alturas nombradas de Poquillique, apoyando su derecha á la batería de este nombre, i la izquierda á un monte ó bosque impenetrable. Como entre dicha batería de Poquillique i la mar hubiese una playa de 200 varas de ancho por la que los enemigos podian correrse sin ser molestados para emprender un ataque sobre la línea, se situaron allí 4 lanchas cañoneras i 300 infantes. Se construyeron parapetos en todo el frente

de dicha línea, i se tenian las mayores esperanzas de que ésta no pudiera ser rota por los impulsos contrarios.

Conociendo estas mismas dificultades el general enemigo envió en la noche del 13 de dicho mes de enero 22 botes con algunos fusileros, quienes abordaron las citadas 4 lanchas, i se las llevaron prisioneras á pesar de su resistencia i de la de 300 infantes que las apoyaban. A la mañana siguiente se aproximó el enemigo con 6 piezas de artillería, i emprendió un ataque que no produjo resultado alguno hasta que se situó otra línea de lanchas para batir de flanco á los realistas. Determinó entonces Quintanilla abandonar aquella posicion i retirarse un cuarto de legua á retaguardia sobre la altura de Bellavista, en la que podia hacer una defensa mas cómoda fuera de los fuegos de la escuadra.

Se verificó esta retirada con el mayor orden, sin embargo de la prontitud con que los insurjentes cayeron sobre el batallon veterano que cubria la retaguardia. Situada ya la division realista en la mencionada altura, principió una accion combinada con el mayor acierto, aunque fueron mui funestos sus resultados porque la caballería destinada á cargar dos compañías de tiradores enemigos, sobre cuya operacion se apoyaba el resto del plan, fueron dispersadas, quedando por este medio frustradas todas las ventajas que se habian prometido.

Careciendo Quintanilla de víveres en esta nueva posicion, determinó replegarse á lo interior de la provincia para sostener una guerra parcial hasta el último estremo. Apenas se principió este movimiento se pasó á las filas contrarias una porcion de oficiales i soldados; i como á tres leguas de marcha se hubiera mandado hacer alto, cuando la division desfilaba por el angosto camino de Cayocumbro, que dirige á Castro, se pronunciaron los milicianos en completa desobediencia, declarando que no querian detenerse hasta llegar á sus casas.

Se redoblaron los esfuerzos para contener esta intempestiva i precipitada fuga en el punto de Tantauco, á seis le-

guas de Bellavista, pero infructuosamente. Puesto entonces el comandante general Quintanilla á la cabeza de 50 hombres que hizo situar en una angostura en Potalcura, logró hacer campar á dichos milicianos; i mientras que se hallaba recorriendo la tropa i reconociendo los heridos, oyó el grito que salió de todos los ángulos del campamento indicante el decidido empeño de llevar á efecto la retirada á sus pueblos respectivos.

Se apresuró Quintanilla á sofocar aquel funesto alboroto; los soldados sin embargo, perseveraron en su intento, la guardia se unió á ellos, i bien pronto quedó solo con los gefes i oficiales del batallon veterano i 125 hombres de este cuerpo, con 60 dragones i 30 artilleros bajo la direccion de sus propios oficiales.

Viéndose Quintanilla en aquel conflicto sin recursos de ninguna especie, sin mas municiones que 300 cartuchos de fusil, sin noticia ni esperanza de ser ausiliado, i sin su antiguo prestigio que habia desaparecido con el estravío de la opinion, se decidió de acuerdo con los gefes i oficiales á entrar en negociaciones con el general enemigo, con el que estipuló en 19 de enero de 1826 una capitulacion de las mas brillantes i honrosas á las armas del Rei.

Por no haber querido los gefes i oficiales españoles ligarse con juramento de no tomar las armas contra los revolucionarios de América, les fue negada por los de Chile su traslacion á la península por cuenta de su erario; pero la corbeta de guerra *L'Adour* recogió á su bordo algunos de estos valientes guerreros; el gobernador habia salido anteriormente, i los demas, que eran naturales del pais, permanecieron en el seno de sus familias, conservando los mas puros sentimientos de amor i fidelidad á nuestro augusto Soberano.

Asi sucumbió esa famosa llave del Pacífico, en la que fue sostenida la autoridad Real hasta mediados de enero de 1826, es decir, trece meses i once dias despues de la batalla de Ayacucho i hasta el mismo dia próximamente en que

capitularon las fortalezas del Callao. Los servicios que prestaron á la causa española el citado Quintanilla, su segundo don Saturnino García i los demas gefes, oficiales i soldados, i aun todos los chilotes en general, no podrán ser borrados fácilmente de la memoria de los que saben apreciar el verdadero mérito. Nueve años de una guerra activa i penosa, nueve años de continuas privaciones i duros padecimientos, nueve años en fin, durante los cuales ha quedado bien acrisolado la decision, bizarría i heroismo de los gefes peninsulares, i la lealtad, constancia i sufrimiento de dichos chilotes, forman el mejor panegírico de todos los individuos que han tenido una parte activa en tan gloriosa defensa.

El generoso i noble comportamiento de unos i otros ha sabido conservar en aquellos habitantes los primitivos sentimientos de obediencia i adhesion á la madre patria: las ideas revolucionarias por lo tanto no han podido arraigarse en este suelo; su triunfo ha sido momentáneo, i los chilotes serán siempre realistas por mas que se les quiera contrariar su noble voluntad con el artificioso cebo de la seduccion i engaño con que los disidentes han propagado su contagio ¡Loor pues á Quintanilla i á sus valientes tropas que han sabido sostener con tanto lustre i por tanto tiempo el honor del pabellon español!



CAPITULO XXV.

CHILE.

Sus últimos sucesos desde 1824 hasta 1828.

Operaciones de Senosiain en 1824. Sus repetidos combates i triunfos. Su herida recibida en Bureo en 1825. Su retirada á la cordillera. Su reunion con Pincheira. Destruccion del insurjente Jordan en Longaví. Accion de Neuquen en 1826. Incorporacion de Marilvan á las tropas de Senosiain. Combates de Mulchen. Rendicion del fuerte de Antuco. Empeños parciales en Biobio, Pilguen i nuevamente en Mulchen. Apuros de los realistas. Halagüeñas ofertas de los disidentes. Choque reñido en Nacimiento. *Intervencion del negociante francés Mathieu en 1827. Comunicaciones pacíficas. Honrosa capitulacion de Senosiain. Reflexiones sobre el estraordinario mérito de estas penosas campañas i del gefe principal que las dirigió.*

En el artículo destinado á describir la guerra de Arauco de 1823 se presentó el horrible cuadro de aquellos paises i la desesperada situacion de los realistas. Ya desde enero de 1824 se habia visto precisado el comandante Senosiain á abandonar las montañas inmediatas á la provincia de Concepcion, i habia determinado refugiarse entre los indios cuando vió reducida toda su fuerza á 150 hombres que habian logrado salvarse de tanta catástrofe. Aunque dichos indios es-

taban ya ajustando tratados de paz con los enemigos, pudo sin embargo el gefe español atraerlos á su partido, esforzando las armas de la religion que ejercen un mágico influjo sobre aquellos rudos é incultos pueblos.

Penetrando dicho Senosiain por sus mas recónditos domicilios, logró entusiasmarlos i decidirlos á continuar la guerra á favor del legítimo Monarca. Noticiosos los insurjentes de este rápido cambio en la opinion i de la violacion i desprecio de sus tratados invadieron el pais para castigar aquel desacato político. Puesto Senosiain á su cabeza se travaron varios choques constantemente gloriosos á las armas realistas, cuales fueron el de Quilapalas en 14 de marzo, el de las inmediaciones de los Angeles en 7 de abril, el de Collanco en la isla de la Alhaja en 11 de mayo, i el de Angol en 13 de noviembre.

Desechando Senosiain con altivez las halagüeñas ofertas que le hizo en enero de 1825 el director supremo don Ramon Freire para que depusiera las armas, se dedicó en su vez á estender sus operaciones hasta mas allá de la cordillera de los Andes habiendo tenido la gloria de atacar i batir á una division enemiga en las inmediaciones de las pampas de Buenos-Aires en los dias 6, 10 i 12 de febrero de este mismo año.

Habiendo regresado en el mes siguiente á Mulchen i Bureo, permaneció en estos puntos hasta el 13 de mayo en que se adelantó hasta Santa Bárbara á arrojar de aquella posicion á los enemigos, quienes vinieron mui pronto á buscarle con fuerzas mui considerables llevando por precursores de sus pretendidos triunfos papeles los mas seductivos, en los que pintaban con los mas tristes colores la desgraciada batalla de Ayacucho i la apurada situacion de los pocos realistas que quedaban con las armas en la mano en aquellos dominios.

Sin hacer este impávido oficial aprecio alguno de aquellas comunicaciones, i creciendo en su vez su animoso empeño de humillar á tan jactacioso enemigo, travó con él un

reñido choque en Bureo en 1º de octubre; i aunque tuvo la desgracia de ser herido de lanza al principio de él, continuó sin embargo dando aliento á su tropa hasta que hallándose casi desangrado, i puestos fuera de combate 200 de sus compañeros de armas, hubo de abandonar aquel campo de muerte i refugiarse al parage mas oculto de la montaña, que lo fue el de Cúle, situado á la entrada de dicha cordillera de los Andes. Aunque era este un sitio mui á propósito para curar su herida sin temor de ser sorprendido, estaba sin embargo totalmente desprovisto de recursos, de modo que tanto él como los pocos fieles que le habian acompañado, sufrieron las mas horribles privaciones en los treinta i tantos dias que duró su curacion hasta el estremo de haberse debido alimentar con los mismos cueros que pocos meses antes les habian servido de camas.

Restablecida ya la salud de Senosiain, salió á esplorar la situacion de sus contrarios, i como hubiera descubierto que los indios sus aliados estaban en suspension de armas con aquellos, se vió precisado á buscar la division del teniente coronel Pincheira que sostenia el campo con el apoyo de los siempre fieles peguenches. Aunque distaba 150 leguas el teatro de las hazañas de este guerrillero, logró reunirse con él en 29 de noviembre con solos 25 soldados á que habia quedado reducida toda su division. Puestos de acuerdo ambos comandantes, emprendieron á los cuatro dias su marcha para la provincia de Concepcion con 200 hombres de tropa i 600 indios ausiliares. Un escuadron i varios piquetes de otros cuerpos, con los que el comandante disidente Jordan habia salido á ostruirles el paso fueron derrotados tan completamente en Longaví el 25 de diciembre, que quedaron todos muertos en el campo de batalla incluso el mismo Jordan, escepto un alferez i 6 soldados que lograron fugarse.

Furiosos los enemigos por el descalabro anterior, movieron sus fuerzas en considerable número á las órdenes del coronel Barnachea, quien cruzando la cordillera de los An-

des llegó el 25 de febrero á avistarse con los realistas en el rio Neuquen, que se halla al principio de las pampas de Buenos-Aires. Principiado el ataque con la mayor viveza por la caballería, i derrotada la contraria con pérdida de mas de 40 muertos, enviaron los disidentes de parlamentario al teniente don Dámaso Arquiñigo, mui conocido por Senosiain desde el tiempo que sirvió en el ejército real, quien apoyado en la completa destruccion del ejército español en el Perú i en la capitulacion que acababa de hacer el gobernador de Chiloe en el anterior mes de enero, proponia una suspension de armas para ajustar tratados definitivos de paz.

Para dar peso á sus razones hizo que se presentasen en el punto de la entrevista el comandante don Tadeo Isla i un oficial subalterno, que eran de los que habian capitulado en dicha isla de Chiloe; mas sin embargo de unas pruebas tan positivas no cedió el indomable valor de aquellos esforzados guerreros, quienes lejos de admitir las propuestas de los disidentes, rompieron un vivísimo fuego, que se repitió en los dias 26 i 27 con la idea de entretenerlos hasta la llegada de la indiada que se estaba esperando por momentos.

Apenas estuvieron reunidos estos auxiliares, que fue en la madrugada del 28 del citado mes de enero, se formalizó el ataque con tanta decision i firmeza, que los enemigos hubieron de retirarse á la provincia de Concepcion con el mayor descalabro. Habiendo ocurrido á esta sazon alguna desavenencia entre el coronel Barnachea i el cacique Marilvan, se dirigió éste á Senosiain ofreciéndole su brazo i el de todos sus indios para continuar la guerra contra los rebeldes. Puesto Senosiain en marcha con 25 hombres, llegó á reunirse en el mes de abril con el referido Marilvan en Pilguen; pero estando organizando del mejor modo posible aquellos indios guerreros fue atacado por el mismo Barnachea, reforzado ya con nuevas tropas, i se vió precisado á retirarse á la montaña despues de haber sostenido dos encarnizados ataques en Mulchen en los dias 17 i 18 de julio.

Habiéndose rehecho bien pronto Senosiain de los que-



brantos que sufrió en ellos, salió el 31 de agosto á atacar el fuerte de Antuco que fue rendido con su corta guarnicion mandada por el oficial Arquiñígo, quien fue pasado por las armas con 7 de sus soldados, habiendo sido quemada asimismo aquella poblacion, cuyos habitantes habian dado pruebas positivas de su espíritu revolucionario.

Emprendiendo entonces los realistas su retirada, fueron alcanzados por mayores fuerzas enemigas en Biobio en 1º de setiembre, i aunque se vieron éstos precisados á retroceder, fue sin embargo mas considerable la pérdida de aquellas. Antes de concluirse dicho mes de setiembre volvieron los tercos insurjentes á invadir el territorio ocupado por los leales, quienes estrechados por tan viva persecucion hubieron de sostener dos reñidas acciones, la primera en Pilguen en 1º de octubre, i la segunda en Mulchen al dia siguiente, en las que sufrieron tales quebrantos que se vieron precisados á retirarse otra vez á la montaña.

Ya desde este momento llegaron á conocer los defensores de la causa real lo infructuosos que iban á ser sus esfuerzos i sacrificios: habia perecido la mayor parte de sus útiles guerreros, no habia esperanza alguna de ser socorridos; el pais presentaba por todas partes el mas horrible aspecto de la devastacion; los disidentes iban adquiriendo de dia en dia mayor firmeza é importancia; desembarazados de toda otra atencion podian abocar sobre este punto todos sus medios hostiles; ya habria sido una mal calculada *desesperacion* empeñarse en sostener mas tiempo una guerra cruel que no podia producir resultado alguno favorable; convenia economizar la sangre de aquellos fieles indios para que pudiesen consagrarla un dia con utilidad al servicio de su Soberano.

Estaba Senosiain meditando estas poderosas razones cuando recibió una carta del coronel don Juan Luna, escrita en Yumbel en 18 del citado mes de octubre, por la que se empeñaba en exhortarle á suspender las hostilidades i á oir los dictados de la prudencia que le aconsejaban la terminacion de una lucha tan porfiada en cambio de la cual le ofrecia á

nombre del gobierno chileno todos los beneficios de la paz, i las mas brillantes i honrosas condiciones, que al paso que diesen honor i lustre á las armas del Rei, dejasen bien consolidada la justa celebridad de su nombre.

Sin embargo de tener Senosiain conocimiento cierto de la pérdida de la batalla de Ayacucho, de la muerte de Olañeta i de la disolucion de sus tropas, i de la rendicion de Chiloe i del Callao; i aunque habia perdido hasta la mas remota esperanza de poder dar vigor á su moribundo partido, era sin embargo tan inflexible su ánimo, que no podia sobrellevar la idea de caer en manos de los enemigos, pareciéndole que iba á quedar oscurecido todo el mérito de sus anteriores hazañas sino las sellaba con su sangre. Atormentado por los punzantes estímulos de su altivez guerrera, iba difiriendo el término de dar una definitiva contestacion, cuando cansados ya los enemigos de esperarla, volvieron á romper las hostilidades habiéndose travado una reñida accion en Nacimiento en 17 de diciembre.

Habia principiado á este tiempo el citado Senosiain una correspondencia amistosa con el negociante don Baltasar Mathieu, antiguo oficial francés al servicio de Napoleon, i que residia entonces en Yumbel. Entusiasmado este digno sugeto por la bizarría i teson de aquel impávido comandante, empleó sus buenos oficios cerca del mismo i del gobierno de Chile para que se hiciera una honrosa transacion; i aunque Senosiain concedió al influjo de éste lo que habia negado constantemente á los enemigos, no fue sin embargo tan pronto que no sostuviese todavia otro sangriento combate en 27 de enero en Malleco, cuyos funestos resultados le obligaron á refugiarse á Bureo.

Recibida en este punto i en 4 de febrero la contestacion de Mathieu á la última carta que le habia dirigido Senosiain entró en comunicaciones con el gefe disidente; i de acuerdo con el cacique Marilvan i 40 hombres, que era el resto salvado de tantos combates, firmó en 22 de abril una honrosa capitulacion, i se presentó en Chillan bajo la salvaguardia

de aquel gobierno. Marilvan regresó á su tierra con sus indios despues de haber entregado las armas, i Senosiain pasó á Santiago escitando admiracion i respeto aun de sus mas furiosos enemigos, en cuya capital recibió los mas cordiales obsequios i eficaces ausilios del consul francés don Luis Lafore, i un ámplio pasaporte del gobierno republicano para embarcarse libremente, como lo verificó en la corbeta de guerra *L'Adour*, habiendo llegado felizmente á la península á recibir el premio de tantos padecimientos i sacrificios.

Asi terminó su brillante carrera este bizarro español, cuyas virtudes civiles son en nuestro concepto superiores todavia á las militares, sin embargo de que estas últimas se hallan bien consignadas en mil combates que sostuvo con una intrepidez que degeneraba en fiereza. Haber sabido sostener por espacio de cinco años i nueve meses una guerra tan activa i desastrosa, sin haber conocido en todo este largo periodo de tiempo el signo representativo de todas las cosas, sin mas alimento que carne de yegua i de caballo, sin mas vestido que un tapa rabo para cubrir su decencia, i habiéndose debido atemperar en un todo á las toscas costumbres de los indios bárbaros; haber sufrido con resignacion i constancia tantos i tan duros padecimientos, son verdaderamente virtudes que no pueden esperarse sino de almas privilegiadas.

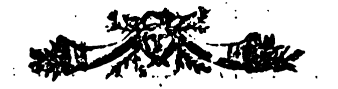
Es mui justo asimismo que se trasmitan á la posteridad los nombres de los principales oficiales compañeros de sus penas i de su gloria. Fueron éstos el capitan de infantería don Francisco Sanchez, comisario de Indios; el teniente don Tiburcio Sanchez, que servia de intérprete, ambos naturales de San Carlos, en la isla de la Alhaja, provincia de Concepcion; los tenientes de caballería don Carlos Torralvo i don Romualdo Volado, ambos naturales de estos reinos, que por no haber llegado á tiempo oportuno de embarcarse en la citada corbeta para la península se vieron precisados á quedarse en Chile por falta de recursos, i á ganar su precario sustento con el trabajo mecánico de sus manos.

El entusiasmo que crea la virtud estremada do quiera

que se halle hará escusable la estension que hemos dado á este capítulo, asi como á otros en que se ha tratado de describir heroicidades particulares que no deben pasarse en silencio por no defraudar la gloria que resulta á las armas españolas, ni á los interesados los timbres i blasones que han ganado con tan estraordinarios servicios.

Aunque esta república ha tenido momentos de calma en los que ha hecho esperar que podria consolidarse su nuevo gobierno, ha esperimentado sin embargo varias oscilaciones políticas, las que sino han sido tan furiosas como en otros estados disidentes, han bastado para demostrar la imposibilidad de que los campeones revolucionarios recojan los frutos de su pretendida regeneracion política, i para que se eche de ver el horroroso contraste que forma el decadente estado de estas provincias con la opulencia, prosperidad i dulce paz de que disfrutaban bajo el gobierno legítimo (1).

(1) Segun las últimas noticias, se halla al presente envuelto este reino en todos los horrores de la anarquia.



CAPITULO XXVI.

CARACAS: 1827, 1828 i 1829 (1).

Estado de las partidas realistas en las montañas de los Güires. Llegada de Arizábalo á la Güaira. Carácter, carrera i noble empeño de este guerrero. Sus comunicaciones con los gefes de dichas partidas. Disensiones entre Bolivar i Paez. Descrédito del primero por los brillantes escritos del intendente Diaz. Autorizacion de Arizábalo por el capitan general de Puerto Rico para ponerse á la cabeza de los realistas de Costafirme. Enérgicas alocuciones del citado Diaz. Combinacion para recibir ausilios de la Habana i Puerto Rico. Marcha de Arizábalo para los Güires. Sus providencias para fomentar i organizar los defensores del Rei. Accion de Punterales. *Su entrada en Lezama. Entusiasmo de este pueblo. Derrota del insurjente Lopez cerca de* Macairita. *Desgraciado combate del realista Centeno en el mismo punto. Feliz correría de Doroteo. Actividad de los rebeldes para destruir á los leales. Brillante accion de aquel realista contra Belisario. Retirada de Arizábalo á Mochilones. Persecucion i reveses de sus partidarios. Abandono de dicha posicion, i diseminacion*

(1) Ha sido tan brillante i honrosa la carrera seguida en los años citados por una porcion de decididos realistas en el centro de la república, titulada de Colombia; i son tan poco conocidos sus gloriosos hechos, que nos ha parecido seria del agrado del público destinar esclusivamente un estenso capitulo á su descripcion.

de sus fuerzas á consecuencia de la espedicion de Centeno sobre las inmediaciones de Caracas en busca de municiones, i para concertar sus operaciones con Cisneros. Ambigua i aun criminal conducta de este partidario i sus escesos á la sombra de la real divisa. Accion sangrienta sobre el rio Güaire. Destruccion del coronel Anselmo conocido con el apodo de Burro negro. *Inhumano é ingrato proceder del citado Cisneros. Reunion de Centeno con Arizábalo. Primeras noticias del arribo de la escuadra española sobre la costa de Rio chico. Marcha precipitada en su busca. Accion del* Javillar. *Accion del rio de* Aragua. *Llegada de Arizábalo á la laguna de Tacarigua. Su desconsuelo i la desesperacion de sus tropas al saberse la desaparicion de la citada escuadra. Sus felices esfuerzos para calmar el furor de los realistas Su retirada á la montaña. Sus medidas para sostener la campaña por sí solo. Accion del valle de la Pascua. Estraordinario arrojo de Doroteo. Vigorosos esfuerzos del gobierno republicano para rendir á Arizábalo por la fuerza de las armas, ó por la seduccion. Entereza de este gefe. Nueva diseminacion de las tropas reales en pequeñas columnas. Horrible campaña. Esterminio de ambos partidos. Apurada situacion del realista. Honrosísima capitulacion de Arizábalo. Su estraordinario mérito. Reflexiones sobre el estado de la opinion en aquellas provincias.*

Una parte de la caballería realista, que segun hemos indicado en el capítulo del año 21 desapareció por una inesplicable fatalidad del campo de batalla de Carabobo, se habia refugiado á las montañas de los Güires, en donde, aunque privada de toda clase de recursos, sostenia la real divisa sin haber querido someterse jamas al partido insurjente. La aspereza de aquellas montañas, la gran práctica que este puñado de valientes habia adquirido de ellas, i la poca utilidad que podian prometerse los disidentes de llevar la guerra



á aquellos impenetrables asilos formaron por un gran periodo de tiempo su principal defensa.

Llegó á la Güaira en el mes de julio de 1826 el teniente coronel español don José Arizábalo, procedente de la península. Aunque conocido en el pais por su ardiente adhesion al Soberano legítimo, i por sus hazañas militares en aquel mismo territorio hasta el año de 1823, en que sucumbió hallándose de teniente coronel de infantería, i comandante de artillería del castillo de la Barra en Maracaibo, á consecuencia de la capitulacion hecha por el general Morales; i aunque habia dejado bien acreditada su aversion al sistema revolucionario, tenia sin embargo su familia é intereses en dicha provincia de Caracas, á la que habia sido trasladado desde Vizcaya su patria á la edad de siete años; i bajo esta consideracion i por influjo de sus amigos se le permitió el desembarco, esperando asimismo el gobierno insurjente poder atraerlo á su partido con halagos i promesas.

Asi fue, que cuando Bolivar llegó á Venezuela en enero de 1827, i se enteró de los vastos conocimientos que Arizábalo poseia en el arma de artillería, á la que se habia dedicado desde el año 1805 con tanto aprovechamiento que ya en 1816 era teniente de dicho cuerpo, i ejerció con lustre las funciones de comandante en algunas campañas, especialmente en la de la isla de la Margarita sobre Pampatár, le ofreció el grado de coronel i el mando de la artillería de toda la provincia de Caracas.

Arizábalo, que desde el momento en que puso el pie en América, habia concebido el proyecto de formar una contrarevolucion á favor del Rei, oyó con placer unas proposiciones que le ofrecian los medios de combinar sin tropiezo sus nobles planes; i contestando á ellas con zimulada urbanidad, pidió seis meses de tiempo para resolverse, seguro de que dicho término bastaría para dar el grito de muerte contra los desleales venezolanos.

Autorizado por Bolivar á pasearse libremente por aquellos paises, se dedicó á entablar relaciones con los verdade-

ros realistas que gemian bajo el yugo de sus opresores. La opinion estaba preparada á favor de la reaccion. Ya se habian nombrado las autoridades que debian reemplazar la administracion insurjente, para evitar la anarquía que suele introducirse en los pueblos cuando carecen de gobierno; ya se habia puesto de acuerdo con los gefes que mandaban las partidas de los Güires, Centeno, Doroteo, Inocencio i otros; tambien habia procurado subordinar al movimiento general las que acaudillaba el indio José Dionisio Cisneros en las inmediaciones de Santa Lucía, Charallave i la Guaira de Paracotos; era este el momento de la escision entre Bolivar i Paez, ó sea entre centralistas i federalistas; i finalmente todos los elementos parece que obraban á favor de la proyectada reaccion.

Las cartas que á este tiempo habia publicado en Puerto Rico su intendente don José Domingo Diaz, i que habian circulado por todos los pueblos de Venezuela, hicieron perder al fantástico libertador aquel infundado prestigio con que los habia tenido embaucados. Fueron tan rápidos los efectos que estas produjeron, que Bolivar se vió públicamente despreciado por aquellas mismas personas que tantas adoraciones le habian prestado hasta entonces.

Este oportuno incidente favoreció sobremanera la empresa de Arizábalo. Todos deseaban que se diese principio á ella; pero faltaba lo principal, que era la autorizacion del capitan general de Puerto-Rico i la remesa de algunos ausilios, con cuyo objeto habia salido un confidente, i cuyo regreso se esperaba con la mayor ansiedad.

Llegó éste con efecto, con despachos de dicha autoridad, facultando á Arizábalo para tomar la iniciativa con el título de comandante general de las tropas realistas de operaciones en Costa-Firme, i con solemnes promesas de que para el mes de octubre de dicho año 1827 se presentarian en aquellas costas algunos buques de guerra con abundancia de fusiles i municiones, i con algunos fondos. El benemérito inten-

dente Diaz hizo crugir las prensas de Puerto-Rico con proclamas i alocuciones á sus paisanos de Venezuela escitándolos á su alzamiento contra la república para sacudir de un golpe la vergonzosa esclavitud impuesta por los demagogos.

Los pueblos que tantas veces i con tanto agrado habian oido la voz de aquel celoso realista americano, que en todas épocas i por tantos años les habia dicho la verdad, i que tenia bien acreditado el interés que tomaba por su verdadera felicidad, se entregaron á las mas dulces esperanzas, i se sublevaron varios de ellos en el citado mes de octubre no dudando del apoyo prometido; pero como imprevistas circunstancias lo hubieran retardado, i como aun despues de llevado á efecto no produjo resultado alguno favorable por las causas que se indicarán sucesivamente, sucumbieron aquellos desgraciados realistas al furor de sus enemigos, que se cebaron en su sangre con el objeto de hacer un terrible escarmiento sobre cuantos tratasen de atravesar sus miras.

El comandante Arizábalo, que habia salido de Caracas el 7 de agosto á tener una conferencia con Cisneros en San Francisco de Cara, i con el objeto de poner en movimiento el partido realista en todas direcciones, recibió una descomedida contestacion de dicho Cisneros, que hizo sospechar de su fidelidad, ó á lo menos de la nobleza de sus sentimientos. Sin desanimarse Arizábalo por este inesperado contraste redobló su ardor i empeño para asegurar el resultado de la reaccion.

Habiendo recibido al mismo tiempo urgentes escitaciones de Centeno, comandante principal de dichas partidas de los Güires, para que pasase prontamente á tomar el mando de los 900 hombres que ya tenia reunidos, i cuya buena direccion era superior á sus escasos conocimientos, se encaminó á dicho punto enviando al mismo tiempo otro confidente ácia Puerto-Rico, suplicando que la tropa i demas ausilios que tenia reclamados desde el mes de abril fuesen á practicar su desembarco sobre Rio-Chico, á cuyo punto podrian penetrar con mas facilidad las partidas realistas por no haber enton-

ces en aquella direccion fuerzas de los insurjentes, i porque se contaba asímismo con el apoyo de algunas milicias que se le habian ofrecido.

Al llegar Arizábalo á Camatágua dió la graduacion de tenientes á dos sobrinos del capitan Tazon, que en 1821 habia sido decapitado en el mismo pueblo por el llamado general Zarasa, á causa de su fidelidad, i los comisionó para que levantasen gente de aquellos pueblos i haciendas. Fueron tan activos i celosos en el desempeño de este encargo aquellos dos ilustres americanos, que ya en 21 del mismo mes de agosto halló Arizábalo á su paso para los Güires formados sobre las orillas del rio Guárico 400 hombres que le recibieron con las mayores aclamaciones al augusto Monarca español. Hasta los casados abandonaban sus mugeres é hijos, i los ancianos se olvidaban de la torpeza de sus miembros para participar de la gloria de ser los defensores del Altar i del Trono.

Habiendo llegado Arizábalo á los Güires en el dia 23, i pasado revista á 460 soldados de que se componia la columna que estaba allí situada, tan solo halló 80 fusiles i 100 cartuchos; los demas individuos estaban armados con lanzas, sables, flechas i palos. Aunque la pintura que se habia hecho de estas partidas no era la mas favorable, nunca creyó Arizábalo que llegasen á tal estremo de escasez i miseria: avivó por lo tanto sus comunicaciones con sus amigos de Caracas para que le remitiesen cuanta pólvora, plomo, papel para cartuchos i otros efectos estuviesen en su arbitrio, como lo verificaron sucesivamente, aunque en pequeñas partidas, con la mayor esposicion de que el premio de este importante servicio fuese una dura muerte impuesta por los rebeldes.

Centeno i Doroteo se hallaban con otra columna en la montaña de Tamanaco, para cuyo punto se encaminó Arizábalo en 7 de setiembre. Al llegar al paso de *Punterales* se encontró con 45 insurjentes, que parapetados en una casa fuerte defendian el puente de aquel rio: atacado este destacamento con el mayor ímpetu i firmeza fue hecho prisionero

sin que tuviese lugar de hacer uso de las armas; i éstas con sus municiones i un corneta cayeron en poder de los realistas. Este fue el primer hecho de armas sostenido por Arizábalo, cuyo buen resultado era el mejor preludio de la felíz terminacion de una empresa que parecia no podia menos de ser protejida por el Dios de los ejércitos, á quien no se ocultaba la pureza de las intenciones de los empeñados en ella.

Pasados los primeros trasportes de alegria á que se entregaron los valientes gefes, Centeno, Inocencio i Doroteo á la llegada del comandante general Arizábalo, se formaron el dia 11 todas las partidas de infantería i caballería que se habian mandado reunir en aquel punto con el objeto de darles una nueva planta de organizacion i arreglo. De la revista general qne se hizo aparecieron 900 plazas de la primera arma, i 400 de la segunda, aunque con solos 80 caballos. Se formó á su consecuencia un batallon de infantería ligero, denominado de la Lealtad, i un escuadron de caballería al que se puso el nombre de Lanceros del Rei don Fernando VII.

Don Juan Celestino Centeno (pardo de calidad), que habia sido capitan de infantería i comandante de las armas del pueblo del Valle de Páscua, hasta que los insurjentes ocuparon aquel territorio en el año 1821, i que desde 1824 habia sido nombrado comandante de los realistas replegados á estas montañas, por inhabilidad física de su primer gefe el teniente coronel don Manuel Ramirez, fue nombrado comandante del citado batallon de la Lealtad con el reconocimiento del grado de coronel con el que se le habia condecorado por sus mismas tropas al tomar el mando de ellas.

El indio don Inocencio Rodriguez, capitan del batallon de la Reina desde 1814 i que tenia conocimientos no comunes de la milicia, fue nombrado segundo comandante de dicho batallon, que tan solo constaba al principio de 450 hombres armados de fusil, dos tambores i un corneta.

El pardo don Doroteo Herrera, hombre de estraordinario valor, agilidad é inteligencia para el arma de caballería, fue nombrado comandante del escuadron de Lanceros, que

se componia de 230 hombres armados de lanza i sable, i que mui pronto llegó á verse completamente montado. Quedaban todavía 600 hombres, que por carecer totalmente de armas, fueron enviados á la parte mas central é intrincada de la montaña de Tamanaco, para que dedicándose á las labores agrícolas pudieran proporcionar subsistencias para sí mismos i para sus compañeros que iban á pelear en defensa de los Reales derechos. De este modo se conseguia evitar todo gravámen i tropelía sobre los pueblos ocupados por estos guerreros.

Formados ya estos cuerpos del mejor modo que fue posible en medio de tantas privaciones, les pasó revista su comandante general en 21 de setiembre i distribuyó á la infantería 570 cartuchos de fusil á que se reducian sus municiones. Habiéndose dirigido en el mismo dia al pueblo de Lezama, fue tomado sin ninguna resistencia, porque la guarnicion que constaba de 170 hombres se replegó á la casa fuerte de Orituco. En aquel pueblo se solemnizó el acto de proclamar al gobierno del Rei, i de bendecirse por el cura párroco el pabellon español con exhortaciones i protestas generales de sacrificarse las tropas i vecinos en defensa de tan noble causa.

Fue este el dia de mayor alborozo para aquellos leales americanos. Todos los habitantes de dicho pueblo se esmeraron á porfia en obsequiar á aquellos valientes, que por tantos años se habian mantenido en los impenetrables bosques de las montañas de los Güires, Tamanaco i Sierra azul. Arizábalo era el alma de todos, su consuelo, su padre, su protector i su mas generoso amigo, de cuyo mágico prestigio pendian sus voluntades. El era quien enjugaba sus lágrimas, i quien hablándoles sin cesar de las bondades de su Rei i Señor, asi como de las paternales miras de nuestro gobierno, fomentaba en todos un entusiasmo tan ardiente, que deseaban con impaciencia ocasiones de sellar con su sangre su acrisolada fidelidad.

En la misma noche del 22 supo Arizábalo que el coro-

nel Lopez, comandante de los insurjentes en el Llano alto, habia pedido á Paez el envio de fuerzas respetables para sofocar los impulsos de estos esforzados realistas, que habian llegado á ganarse enteramente la opinion de aquellos pueblos. El 23 evacuó dicho Arizábalo el pueblo de Lezama llevándose todos los habitantes que voluntariamente quisieron seguirle, i pasó á situarse en *Macairita*, apoyando su espalda á un espeso bosque para esperar en aquella posicion las municiones que habia pedido á Caracas. Doroteo salió en el entretanto con 80 caballos en busca de ganado sobre el pueblo del Calvario á la distancia de tres jornadas. El capitan don Cárlos Perez fue enviado con dos compañías sobre el valle de la Pascua i Tucupido á recoger cuantas armas hallase en aquellos pueblos. El capitan don Basilio Sanchez se dirigió al Rio Gúarico sobre Camatagua á recibir las municiones de que se ha hecho mencion.

Desmembradas estas tres columnas quedó Arizábalo en su posicion con solos 360 hombres armados. Se habian reunido en el entretanto en la casa fuerte de Orituco unos 600 insurgentes, 500 de los cuales acaudillados por su comandante Lopez, se dirigieron á atacar á los realistas, i camparon en la noche del 25 á dos leguas i media de la posicion de estos. Informado Arizábalo de aquel movimiento por las mismas espías de los contrarios, se valió de los ardides, de que era tan fecundo, para dar al enemigo por el mismo conducto las noticias que mas convenian á sus fines.

Emboscado en un fuerte desfiladero, i dividida su fuerza en dos secciones, una de las cuales fue confiada al mando de Centeno, recibió al desprevenido coronel Lopez con tanto acierto i felicidad, que sin mas desgracia por su parte que la de un teniente, que fue muerto en el momento mas acalorado de la persecucion, quedó deshecha la columna insurjente, dejando en el campo 38 fusiles, 760 cartuchos, 2 cajas de guerra, 10 prisioneros i 28 muertos, ademas de un número considerable de heridos, que pudieron ocultar en gran parte por el bosque, dentro de cuya maleza lograron sal-

varse desordenadamente los que sobrevivieron á tan desgraciada refriega.

En medio de este triunfo conocia Arizábalo la necesidad de formarse nuevos apoyos, i con este objeto entabló ulteriores comunicaciones con Cisneros aunque sin fruto, dando igualmente estension á sus planes para generalizar el ardiente entusiasmo de que se veia animado por la causa del Rei. El gobierno disidente fulminaba al mismo tiempo decretos de proscripcion i muerte contra todos los que se adhiriesen á las Reales banderas, i no eran menos violentas sus disposiciones para retirar los ganados i víveres de los puntos confinantes con los ocupados por las tropas de Arizábalo.

Dispuso éste el 27 que el segundo comandante don Inocencio Rodriguez pasase con 100 hombres de su cuerpo i 50 flecheros á los pueblos de Lezama i Alta Gracia á recoger todo el ganado i sal que encontrase en ellos, i cuanto maiz i menestra pudiesen sacar de las labranzas de Macaira i Macairita. Habria enternecido aun al corazon menos sensible ver la fina voluntad con que todas aquellas poblaciones se prestaban no solo á entregar cuanto poseian, sino á presentarse al campo realista, sin que las objeciones de Arizábalo para recibirlas por falta de medios para proveer á su manutencion las retrajese de su resolucion de morir en medio de los leales mas bien que de volver á sufrir de nuevo las estorsiones de los republicanos.

Al dia siguiente 28 recibió Arizábalo dos arrobas de pólvora, cuatro de plomo i dos resmas de papel, cuyo refuerzo, aunque tan miserable é insignificante, no dejó de escitar dulces emociones de placer i contento. Como la espedicion que se esperaba de Puerto Rico habia de desembarcar en Rio Chico, segun habia ido convenido anteriormente, i segun confirmaban las últimas comunicaciones recibidas de Caracas, se dedicó Arizábalo á reconocer la espesísima i penosa montaña de Tamanaco para marcar la vereda que debia seguir la tropa cuando fuera puesta en mo-

vimiento sobre dicho punto de Rio chico. El dia 7 de octubre se halló aquel gefe á la boca del rio Aragüa, desde cuyo punto trató de entrar en comunicacion con algunos individuos que le habian prometido su cooperacion armada, que no tuvo feliz resultado por cobardía ó infidencia de uno de los iniciados.

Pero por sensible que fuera este golpe, fue mayor el que recibió con la noticia de haber sido batido el dia 5 en Macairita, i herido de un balazo el comandante Centeno por la columna del general disidente Julian Infante á pesar de su heróica resistencia, que duró desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde, á cuyo tiempo hubo de dispersar la gente que le habia quedado, dejando mas de 50 muertos en el campo de batalla, entre ellos 5 oficiales i 7 heridos.

Informado asimismo de que el comandante don Inocencio Rodriguez habia tomado el mando de aquella columna, i de que se hallaba con 312 hombres en el sitio del *Higuerote*, resolvió Arizábalo pasar á reunirse con ella, como lo verificó por medio de espantosos precipicios é intransitables sendas en la tarde del 16 de octubre, habiendo ya hallado aumentada dicha fuerza de Centeno é Inocencio hasta 438 hombres, pero totalmente desprovistos de municiones. Los 83 heridos que se hallaban entre ellos fueron trasladados al punto del *Samurito* para ser curados con el estracto de la Cucuisa, únicos medicamentos de que podian disponer aquellos leales.

Redobló entonces dicho Arizábalo sus instancias para obtener algunas municiones de Caracas, i su empeño para averiguar el número i movimientos de las tropas rebeldes estacionadas sobre Orituco. En medio de los cuidados que rodeaban á aquel gefe esforzado, tuvo el consuelo de ver llegar á su campo al comandante Doroteo con 227 caballos que habia recogido en sus incursiones sobre el Calvario, villa de Calabozo, Chaguaramas i Barbacoa, i con 300 reses vacunas que habia arrebatado de la mano de los ene-

migos en el acto de conducirlas desde Calabozo á San Fernando de Apure, despues de haber derrotado i puesto en fuga á un escuadron que las escoltaba á las órdenes del coronel Gabantes.

Acia el mismo tiempo supo Arizábalo que el general insurjente Infante habia presentado en la accion del 5, sostenida por Centeno, 840 soldados, 300 de los cuales eran los últimos restos de los batallones del Callao i Junin, que el general Paez habia mandado desde Valencia i Caracas. Averiguó asimismo que de la provincia de Barcelona debian llegar 400 hombres de la division de Monagas, i que en Chaguaramas se aguardaban 350 caballos, con los que se proponia el coronel Belisario reforzar á dicho general Infante en Orituco.

Para evitar su reunion con este último salió el comandante Doroteo con su caballería á pesar de su cansancio por su reciente marcha, i sin embargo de la inferioridad de su fuerza, por cuyas razones habia ofrecido algunos reparos que el comandante general Arizábalo disipó con la entereza de su carácter: ofendido Doroteo al solo pensar que aquellos fueran atribuidos á falta de valor, juró morir en el campo ó volver cubierto de laureles.

Consiguió esto último arrojándose impetuosamente sobre dicha columna, que fue completamente destrozada con pérdida de 23 muertos, 21 prisioneros, igual número de caballos, 2 clarines, el estandarte del escuadron rebelde i porcion considerable de heridos; habiendo quedado dispersados con tanto desórden dichos insurjentes, que no pudo Belisario volver á reunirlos en algunos meses.

Ya la guerra habia tomado un carácter demasiado serio para que pudiera mantenerse oculta: ya no era, pues, una pretendida cuadrilla de bandidos la que se iba á combatir, sino numerosas tropas que peleaban como las mejores del mundo. En el acto de dar publicidad á estos sucesos se adoptaron las medidas mas violentas é inhumanas para contener un fuego que temia pudiera incendiar toda la república.

de oposicion llegó á abatir su elevado espíritu. Se valió de mil ardides para averiguar con certeza el estado de los negocios en dicha ciudad de Caracas. Un confidente que habia dirigido á Cisneros volvió confirmando el ningun apoyo que debia prometerse de aquel misterioso caudillo, que si bien habia adoptado la real divisa, habia equivocado todos los caminos de ser útil á tan noble causa.

Se veia, pues, Arizábalo en los mayores apuros, entrando ya el mes de noviembre sin que hubieran parecido los ausilios que se le habian ofrecido para octubre. Si las tropas de Infante se hallaban encerradas en Orituco como en estado de sitio por la inmediacion de los realistas que las hostigaban de dia i de noche, no era menos embarazoso el estado de Arizábalo, pues que tampoco podia hacer sino movimientos parciales fuera de sus líneas. Trató de variar de posicion sobre la costa de Rio chico; mas desistió de esta idea en razon de ser aquella menos defendible i por no atraer el grueso de las fuerzas enemigas á aquel punto, al que esperaba llegase de un momento á otro la suspirada espedicion. La posicion de Mochilenes por otra parte ofrecia mayores medios de subsistencia, segun ha sido indicado, i la montaña de Tamanaco, á la que estaba apoyada, le garantia un seguro asilo en caso de algun desgraciado combate.

Varios de estos hubo de sufrir desde el 20 de noviembre hasta el 12 del siguiente mes; i en todos ellos tuvo á su lado la victoria á pesar de la gran superioridad de las fuerzas contrarias, i de la falta de municiones, de las que se proveia saliendo fuera de sus líneas á despojar de las suyas á los cadáveres de los insurjentes. Se hallaba ya sin embargo reducido al último apuro; sus oficiales i tropa tocaban los estremos de la desesperacion; i era absolutamente necesario un golpe atrevido para salvarse de esta inevitable ruina. Fue este el de destruir sus atrincheramientos, i el de enviar 300 hombres escogidos á las órdenes de Centeno i Doroteo á las inmediaciones de Caracas para proveerse de municiones i para vencer la indecision de Cisneros con una formal entrevista.

Era arriesgadísima esta empresa; pero la exigia lo imperioso de las circunstancias.

Recibió á este tiempo generosos ofrecimientos de los rebeldes si queria deponer las armas; mas fueron desechados con desprecio i arrogancia á pesar de haber empezado ya á perder la esperanza de recibir los citados ausilios de la Habana. Aunque las anteriores comunicaciones con Cisneros alejaban toda idea de que pudiera sacarse de él algun partido, confiaba sin embargo que Centeno por la afinidad de su color i nacimiento, podria hacer mayor impresion en aquel indomable pecho.

Separado ya de la columna de este gefe en 14 de diciembre en el parage llamado el *Saman* de la quebrada de *Escurote*, determinó Arizábalo diseminar en varias partidas la tropa que habia quedado á su mando, esperando que por este medio no solo se haria impracticable su destruccion, sino que llamando la atencion de los rebeldes por varias direcciones, conseguiria el objeto de entretener en aquel punto todas las fuerzas rebeldes, mientras que Centeno desempeñaba su comision.

Despues de haber sufrido indecibles trabajos el referido Centeno por aquellos escabrosos terrenos, llegó en la noche del 16 al rio de *Cuíran*, distante diez i siete leguas, desde donde siguió su marcha sin descansar por el espacio de otras nueve hasta el pueblo de Caucagua, guarnecido por 40 hombres, que fueron hechos prisioneros con 40 fusiles i 2∂ cartuchos. Saliendo de dicho pueblo en la noche del 17 llegó el 21 á la quebrada del Infierno, que dista diez i seis leguas junto á los Mariches que se hallan á cuatro de Caracas, en donde permanecia estacionado Cisneros con 180 hombres. Despues de haberse tomado las precauciones necesarias de una i otra parte, entraron ambos gefes en conferencia sobre el objeto de la comision.

El bárbaro Cisneros eludió cuanto le fue propuesto por el valiente Centeno, fundado en que las instrucciones que recibia de un religioso de Caracas le prescribian hacer la guerra á todo blanco i no reconocer sino en Santander al

verdadero defensor del trono español. Esta contradiccion de ideas i de principios hizo ver á Centeno, ó que aquel obraba por una feroz brutalidad, ó por una refinada malicia; i convencido de que en ambos casos sería perdido todo el tiempo que se emplease en catequizarlo, se decidió á separarse de él i á superar por el solo esfuerzo de sus tropas los infinitos riesgos de que estaba rodeado.

Luego que se supo en Caracas la entrada de Centeno en Caucagua se alarmó el gobierno disidente como si hubiera tenido á las puertas de la ciudad un imponente ejército enemigo. Se llamaron tropas de todas partes, i ya en el 23 del mismo mes de diciembre se habian apostado sobre las orillas del rio Güaire entre el pueblo de Petare i los Mariches 800 hombres perfectamente armados i municionados al mando del coronel rebelde Anselmo Hurtado (alias Burro negro).

Noticioso Centeno de este movimiento hostil, pidió inutilmente por última vez el auxilio de Cisneros, i marchó á batir al enemigo con 500 hombres á que habia hecho ascender su fuerza desde que la puso en movimiento. Se rompió el fuego á las siete de la mañana del 24; se dieron cargas vigorosas por una i otra parte; la muerte volaba de filá en fila; cuando ya Centeno habia consumido sus pocas municiones, se arrojó á la bayoneta sobre los insurjentes para proveerse de las que se hallaban en las cartucheras de los muertos.

Este reñido i sangriento choque se prolongó hasta las cuatro de la tarde; las armas españolas quedaron cubiertas de eterna gloria, mas no sin horribles descalabros: 183 muertos i mas de 200 heridos fueron el mejor comprobante de la decision con que aquellos valientes sostuvieron el honor de su pabellon.

La pérdida de los contrarios fue incomparablemente mayor. Burro negro quedó estropeado para el resto de sus dias; mas de 400 de sus soldados se hallaron cadáveres yertos en aquel campo de muerte; los hospitales de Caracas se vieron llenos de los heridos que pudieron recogerse de tan furioso

combate. Una lluvia copiosa que principió con la batalla inutilizó los trofeos de los vencedores: tan solo pudieron aprovecharse 900 cartuchos, 7 cajas de guerra, 3 cornetas i 312 fusiles, si bien estos últimos hubieron de abandonarse por haber debido emplear las pocas acémilas, que se pudieron recoger, en conducir los heridos.

Aunque Centeno habia sacado no mas que 117 hombres ilesos de la refriega, permaneció en la misma posicion hasta la tarde del dia siguiente, en la que emprendió su marcha para los Mariches, esperando hallar sentimientos mas nobles i generosos de parte de Cisneros en vista de una accion tan importante i gloriosa; pero aquel hombre inhumano se negó á darle el ausilio que reclamaba para sus heridos, alegando que él degollaba á sus soldados que tenian la desgracia de hallarse en igual caso para que no revelasen sus madrigueras si caian en poder de los enemigos.

Escandalizado Centeno de tanta barbárie, i necesitando mas que nunca de algun apoyo en el estado de debilidad á que habia quedado reducido, se dirigió á los confidentes que Arizábalo habia dejado en Caracas; mas por hallarse los principales de ellos emigrados ó en estado de arresto, tan solo pudo recibir de un respetable eclesiástico 300 pesos, una arroba de pólvora i media de plomo, i avisos de que las fuerzas de Orituco i de los valles de Aragua se hallaban ya en Caracas, i se preparaban á salir en su persecucion por distintos caminos.

Determinó entonces Centeno cargar sus heridos en las mulas que ya tenia i en otras que le fueron proporcionadas por el mismo eclesiástico, i emprendió su retirada por las montañas de Guarenas i Guatire, por las que salió á Aragüita, en cuyo pueblo batió á una compañia de milicias que le guarnecia; i se detuvo tres dias para dar descanso á su tropa. Aqui le alcanzaron 140 hombres armados i municionados de los que formaban la gavilla de Cisneros, cuyo desalmado partidario fue abandonado por ellos al ver lo indignamente que correspondia á los empeños de su pronunciamien-

to. Reforzado Centeno con estos decididos realistas continuó su marcha por el rio de Cufran á los valles de Orituco entrando nuevamente en 12 de enero de 1828 en la montaña de Tamanaco con la mayor parte de su gente enferma ó rendida de la fatiga.

Cuando Arizábalo recibió el aviso de la llegada de Centeno, se hallaba en el canton del rio de Aragua sobre la sierra azul con 170 hombres que hacian pequeñas incursiones sobre los pueblos inmediatos, ostruyendo el comercio i comunicacion entre el Llano i la costa. Puesto en marcha el dia 13 llegó á reunirse el 20 con las valientes tropas de su compañero; i pasadas las primeras i recíprocas emociones de alegria i placer, fue éste dado á conocer pública i solemnemente por segundo gefe de las fuerzas de S. M. en Venezuela, i Cisneros declarado enemigo de la causa real que aquellos defendian.

Careciendo de medios para premiar dignamente los relevantes servicios de aquella bizarra columna, recurrió á condecorar á todos sus individuos con una distincion, cuyo valor, aunque al parecer insignificante, fue considerado por aquellos leales como la joya mas preciosa. Fue ésta una faja del pabellon español para los gefes i oficiales, con la que él mismo Arizábalo habia sido agraciado en 1816 por sus servicios en la isla de la Margarita sobre Pampatar, i la de un lazo de los colores del mismo pabellon para los sargentos, cabos i soldados.

Organizados nuevamente los dos cuerpos de infantería i caballería, i resuelto Arizábalo á proveerse de las municiones de que carecia, tomando por un golpe de mano la casa fuerte de Orituco, guarnecida á aquella sazon por solos 200 hombres con el general Infante, pues que los demas habian salido en el mes de diciembre en ausilio de Caracas contra la temida invasion de los realistas, emprendió su marcha en 27 de enero de 1828 para dar ejecucion á este atrevido proyecto, cuando á las dos horas recibió los primeros avisos de la

aparicion de la escuadra española sobre la costa de Rio chico.

Difícil es pintar la escena animada que presentaron gefes, oficiales i soldados al oir tan halagüeña noticia: todos se entregaron á los mas ardientes trasportes de entusiasmo i alborozo. No se oian en aquel campo sino vivas al benéfico Monarca español, cuya real proteccion iba á hacer desaparecer rápidamente de aquellos paises el génio de la rebeldía. Todos se daban recíprocos parabienes i creian tocar el término de sus padecimientos.

Calmado el alboroto promovido por tan justa causa se reunieron en junta Arizábalo, Centeno, Inocencio i Doroteo para discutir los planes que convenia adoptar en aquellas circunstancias. Como la caballería no podia ser útil en la costa de Rio chico por la dificultad del terreno, se acordó que quedase para operar sobre Camatagua, Orituco, i Chaguaramas á fin de que divulgando la noticia del arribo de la anunciada escuadra escitase nuevo entusiasmo en los pueblos, i los decidiese á declararse á favor del Rei, aumentando de este modo el número de sus defensores.

Arizábalo con los tres gefes indicados i toda la infantería debia marchar sobre dicha costa con el objeto de tomar la boca del rio Tuí i la laguna de Tacarigua; pero como la tropa estaba mui estropeada para poder seguir la marcha por aquellas elevadas sierras i precipicios por donde Arizábalo habia abierto la vereda en el mes de octubre anterior, resolvió salir hasta el frente del citado pueblo de Orituco i tomar de allí el mismo camino de Sabána grande, i del Javillar para caer sobre el pueblo del Guapo.

Emprendida esta operacion el dia 30 de enero, se hallaron los realistas en 2 de febrero en el referido punto del Javillar con la columna que Monagas habia enviado desde Barcelona al general Infante, bajo cuyas órdenes caminaban sobre Riochico en número de mas de 500 plazas. Preparados en el acto los combatientes de uno i otro partido, se tra-

vó la accion con tanto empeño por parte de los realistas especialmente por la caballería (que todavía no se habia separado de la infantería), que los enemigos se vieron precisados á encerrarse en las casas del pueblo, desde las que hicieron un fuego horroroso por espacio de cuatro horas i media, hasta que cerró la noche, habiendo sido el resultado de esta pelea no solo el descalabro causado i el terror introducido en las filas de los rebeldes, sino la desercion á los realistas de 43 de ellos armados i municionados.

Aprovechándose Arizábalo de la oscuridad, trató de dar fuego á dichas casas que estaban cubiertas de paja, á cuyo efecto mandó atar á las flechas de los indios algunas mechas azufradas que siempre llevaba preparadas para estos casos; pero los enemigos que conocieron sus intenciones, hicieron una vigorosa salida que no pudo ser contenida por temor de que se introdujese entre los leales la confusion que es propia de los combates nocturnos.

Destinado el capitan de caballería don Luis Tovar para salir en persecucion de los prófugos con el escuadron de lanceros, i examinado el pueblo, en el que no se hallaron mas que muertos i heridos, emprendió el resto de la division realista su marcha por el camino de la montaña que ha sido indicado, i que las tropas, aunque rendidas de la fatiga, se atrevieron á penetrar para salir con mas seguridad i prontitud al rio de Aragua, tomar desde allí la sierra de la quebrada de los indios *Tumusos*, i caer sobre la laguna de Tacarigua.

Destacó al mismo tiempo un oficial de confianza para instruir al comandante accidental de caballería de esta variacion, á fin de que procurase couservar sus comunicaciones con dicha columna i para que enviase cuantos hombres útiles para las armas pudiese recoger al canton del Samurito en la montaña de Tamanaco, que quedaba gobernado por el capitan Muñoz.

Las penalidades que estos beneméritos soldados sufrieron desde el dia 3 hasta el 14 de febrero en que llegaron casi

exánimes á la quebrada del Peñascal al Sur de Riochico, son superiores á toda descripcion Despues de haber permanecido en aquel punto los dias 15 i 16 recogiendo raices i frutas silvestres, único alimento con que pudieron racionarse, treparon por la escabrosa sierra de la *Muerte*, i en la mañana del 18 se hallaron en el sitio del *Batatal*, sobre el rio de Aragua.

Un vecino de la costa tuvo la astucia de saberse introducir entre los insurjentes i de descubrir que el americano don Pedro Escalera i el europeo don Juan Maimó habian conseguido con sus insistentes escitaciones que fuese apostada toda la fuerza posible en las cabeceras del rio de Aragua, por donde deberia pasar Arizábalo á ponerse en comunicacion con los buques españoles. Habiendose formado con efecto una columna escogida de 270 disidentes á las órdenes del comandante Remigio Reina (que habia sido uno de los principales motores de la sublevacion del batallon, que llevaba su mismo nombre, en 1821 sobre la laguna de Tacarigua), salió del Guapo en 17 de febrero con víveres para treinta dias.

Avisado Arizábalo de este movimiento por el referido confidente, reunió sus tropas que estaban diseminadas en busca de plátanos, pescados i raices, i les manifestó que al dia siguiente 19 iban á sostener un combate con los enemigos que probablemente sería el último para llegar á reunirse con los espedicionarios. Todos prorrumpieron en los mas ardientes vivas al Monarca español, manifestando su ansiedad porque llegase el feliz momento en que pudiesen dar con su esfuerzo i decision una nueva prueba de su fidelidad.

Tomó Arizábalo posicion en un angosto desfiladero, cubriendo su única salida con 50 hombres emboscados bajo la direccion del comandante Inocencio; é hizo avanzar una guerrilla de 12 hombres con un subalterno, quien llevaba instrucciones de huir con fingido asombro apenas divisase sus contrarios i de dejarse caer el sombrero, dentro del cual deberia hallarse una carta dirigida al ya citado Escalera, en la que decia Arizábalo bajo la mayor reserva «que se hallaba

» sin gente ni municiones, i que no podia marchar en su so-
» corro, sin embargo del engaño que suponia haber hecho
» dicho Escalera á los insurjentes, pero que mandaba una
» partida de tropa con el objeto de que custodiase la pólvo-
» ra que él pudiese remitirle. »

Este ardid ingenioso tenia dos útiles objetos; al paso que inspiraba confianza á la columna de los rebeldes para pasar adelante sin zozobra i sin prevencion, presentaba como traidor á éstos al referido Escalera, que lo habia sido efectivamente á la causa del Rei, revelando los planes que tenia formados con Arizábalo para poner á su disposicion las milicias de Riochico.

En la mañana del 19 se tuvieron los primeros avisos de haberse oido algunos tiros en el rio; i no dudando Arizábalo de que eran producidos por el encuentro de su avanzada, reunió su gente i la arengó con todo el ardor i entusiasmo que es propio del fogoso i noble carácter de aquel gefe. A las ocho i media de dicha mañana llegó el oficial de la guerrilla á dar parte del recto desempeño de su comision, i de que los enemigos iban en su seguimiento sin el menor recelo de los planes adoptados.

Estos tuvieron el mas feliz resultado: los insurjentes se metieron en la trampa que se les habia armado. El caudillo Reina fue el primero que espío su antigua traicion por las manos del mismo Arizábalo; Centeno i Doroteo hicieron un horrible estrago en las filas enemigas; todos los fieles realistas tuvieron la mas favorable ocasion de ejercitar sin el menor quebranto su valor i serenidad. Sobrecogidos los rebeldes por tan inesperado ataque, hicieron una defensa mui débil; toda aquella columna quedó completamente destrozada, dejando el campo cubierto de muertos, armas, municiones i cajas de guerra.

La noticia de este feliz combate introdujo la mayor alarma en la costa de Riochico i en Caracas: en este último punto se empaquetaron los archivos, i todos los mandatarios se iban preparando para una emigracion general. Las ideas de

plina, produjo los mas brillantes efectos. Todos conocieron la necesidad de vivir perfectamente unidos i subordinados á sus gefes respectivos para no ser presa del orgulloso enemigo.

Asegurado ya Arizábalo de la resignacion de sus sufridos soldados, contramarchó rápidamente sobre el Llano alto, tomando la direccion de la Sabána de Uchires i Guanape, i entró en la montaña de Tamanaco en el dia 15 de marzo. Desde este dia hasta principios de mayo se mantuvo esta division acantonada en el punto del Samurito i sitio de la Iguana, i Centeno se dedicó por sus prácticos conocimientos á recorrer las posiciones ocultas de aquella inmensa montaña, que confina con la provincia de Guayana, con la idea de buscar en ella el último asilo contra las huestes enemigas cuando ya no fuera posible resistirlas.

Habiendo quedado aquellos fieles realistas reducidos á sus propios recursos, se dedicaron á hacer plantaciones de maiz, arroz i demas comestibles para mantenerse sin gravar los pueblos comarcanos. La distribucion de los cantones fue arreglada del modo mas ingenioso; se prohibió abrir veredas i dejar ningun rastro para evitar que fueran descubiertos; se hallaban bastante distantes unos de de otros con la idea de que si alguno llegaba á ser sorprendido, se hallasen en los demas los recursos que les eran tan necesarios; se tomó con particular empeño el cultivo i beneficio del tabaco para introducirlo de contrabando en los pueblos de los insurjentes, destruir á un tiempo esta pingüe renta, i grangearse algun dinero para comprar municiones de que carecian.

Quedó planteado su cuartel general en la Iguana, á cuyo pueblo se le dió el nombre de San Fernando de Tamanaco el dia 30 de mayo en que se celebró el de nuestro augusto Soberano. Del censo que se hizo en todos los cantones, para cada uno de los cuales se nombró un comisionado de justicia, resultó una poblacion de 3437 almas, que en el centro de la misma república de Bolivar formaban una especie de colonia española consagrada á defender la causa del Rei.

Habia sostenido el capitan Tovar en el mismo mes de mayo una accion en el sitio de Barbacoa, en la que fueron hechos prisioneros 3 de sus oficiales i 14 soldados. Noticioso Arizábalo de que estos desgraciados habian sido pasados por las armas por el general Infante, dispuso que dos capitanes i 4 subalternos insurjentes que aquel tenia en su poder fueran conducidos por Doroteo al pueblo de Alta Gracia, en cuya plaza mayor debian ser fusilados despues que el cura de aquella parroquia les hubiera prestado los últimos ausilios de la religion.

Concluido este acto severo, fue instruido dicho cura de prevenir al general rebelde, «que igual sería la suerte de cuan» tos cayesen en manos de los realistas, si desde aquel momen» to no trataba de observar rigurosamente la regularizacion de » la guerra.» Arizábalo escribió por separado á Bustillos deseando que se pusiesen en práctica estos nobles i generosos principios; i aunque la respuesta de Paez, á quien aquel trasmitió dichas comunicaciones, fue sumamente descomedida, como que habia sido redactada bajo la influencia del perverso é indomable Francisco Carabaño, fueron tratados sin embargo con la mayor consideracion cuantos prisioneros realistas cayeron en manos de los enemigos.

Parece que desde este momento se desencadenaron todas las furias contra la constancia de aquellas valientes tropas: de todas partes llegaban las mas infaustas noticias; no hubo gefe de provincia ó de partido que no avocase cuantas fuerzas tenia disponibles sobre este recinto de la fidelidad; se habria desalentado cualesquiera otro que no hubiera tenido un temple de alma tan fuerte como Arizábalo.

El batallon veterano de Antíoquia, del que ya se ha hecho mencion, se habia mandado situar en Riochico con 400 plazas para entrar por el rio de Aragua: otros 400 hombres de milicias al mando del sanguinario Eusebio Mora debian acantonarse en Guanape i Guaribote; i los generales de brigada Julian Infante i Antonio Valero con los coroneles Lopez, Belisario i Zamora debian tomar posicion con 1300 hom-

bres en los pueblos del valle de la Pascua i de Lezama para dar un ataque simultáneo.

Habiendo Arizábalo recibido otro aviso en 27 de julio de que el comandante Estanislao Ruiz habia llegado del Apure con 300 caballos al citado Valle de la Páscua, en donde debian reunirse todas las fuerzas del Llano, resolvió salir á batirlo. Emprendiendo la marcha el 2 de agosto con toda la caballería é infantería disponible, llegó el 5 á las inmediaciones de dicho pueblo, en donde halló ya reunidos con la columna de Ruiz, 500 infantes al mando del coronel Lopez. La fuerza de los enemigos era próximamente igual á la de los realistas si bien se notaba una gran diferencia en armas i municiones, pues que las de Arizábalo escasamente llegaban á diez cartuchos por plaza.

A las doce principiaron las guerrillas á escaramucearse: la caballería contraria trató de romper la línea de los realistas; pero fueron inútiles sus esfuerzos. Observando entonces Doroteo que el comandante Ruiz montaba un brioso caballo, se volvió á su gefe Arizábalo, diciendo que iba á ponerlo á su disposicion i á traer al ginete en la punta de su lanza. Arrojándose con ciego furor sobre aquel escuadron en compañía del capitan Tovír i del teniente Mosquera, cumplió en todas sus partes su oferta; i aterrados los rebeldes con tan temerario arrojo volvieron caras i huyeron vergonzosamente.

La infantería, despues de un vivo fuego que se prolongó hasta las dos i media de la tarde, hubo de encerrarse en su cuartel aspillerado; pero como Arizábalo se hubiera quedado sin cartuchos, debió suspender el fuego; i ocupando las casas de la calle Real de dicho pueblo, dispuso una falsa retirada con la idea de que los enemigos salieran en su persecucion á campo libre, en donde pudiera cargarlos á la bayoneta i envolverlos completamente con la caballería.

Avisado á las siete de aquella misma noche de que á una legua de distancia se habia oido un toque de corneta dejó un destacamento de 10 hombres para que, pasando la palabra, deslumbrase á los enemigos, i les hiciese creer que los rea-

listas no se habian movido de sus posiciones; i salió á reconocer la tropa que se habia anunciado. Era ésta una compañía de 60 plazas que venia á ponerse á las órdenes del coronel Lopez, i que cayó á mui poco tiempo en poder de los realistas, menos 10 hombres que pudieron fugarse, habiendo sido el resultado de esta felíz sorpresa la toma de 1000 cartuchos i de 50 fusiles.

Empero informado Arizábalo por estos mismos rebeldes, de que se iba aproximando el general Infante con 1000 hombres, vió la imposibilidad de contener sus impetuosas cargas en el llano á causa de su absoluta falta de municiones; i recogiendo por lo tanto todos los destacamentos que tenia esparcidos, se dirigió á la montaña sin darles el menor descanso.

Prestando el gobierno disidente una séria atencion á la necesidad de destruir á un enemigo tan osado como era Arizábalo, que tenia en convulsion aquella república, determinó emplear todos sus medios i recursos para destruirle. Mientras que dirigia sobre él 2600 hombres, se presentó el cura de Alta Gracia ofreciéndole el empleo de general de brigada, i el reconocimiento de todos los grados de que estuviesen revestidos sus gefes i oficiales con cuantas garantías pudieran apetecerse para los demas individuos que se hubieran pronunciado por su partido, tanto de la montaña como de los demas pueblos de Venezuela, añadiendo oficiosamente mil inoportunas reflexiones que fueron recibidas por Arizábalo con el mayor desprecio i con tan enérgica irritacion, que llegó á amenazar severamente á dicho eclesiástico si volvia á desempeñar otra comision de esta especie, que era tan impropia de su ministerio i de la fidelidad que debia á su Soberano legítimo.

Aunque despues de haber sido despachado dicho emisario se trató en junta de guerra de la crítica situacion á que se hallaban reducidos aquellos leales, i de la dificultad de operar en masa por tan impracticables terrenos, se determinó sin embargo sostener el estandarte Real aun mas allá de lo

que puede esperarse de la fidelidad menos dudosa. Dividida toda la fuerza en pequeñas columnas, fueron puestos á la cabeza de cada una de ellas los oficiales mas inteligentes para que hostigasen á los enemigos en todas direcciones atrayéndolos á los precipicios i emboscadas á donde pudiesen sorprenderlos i destruirlos.

Esta fue la implacable guerra principiada en setiembre de 1828, i prolongada hasta junio de 1829. ¡Cuánta sangre se derramó por ambos lados en mas de setenta acciones militares que se travaron durante este funesto periodo de tiempo! Los insurjentes perdieron una gran parte de las numerosas fuerzas con que habian principiado sus operaciones, i especialmente el batallon de Antioquia que quedó enteramente sepultado entre aquellas breñas.

La pérdida de los realistas fue asímismo horrorosa. Arizábalo, Centeno, Doroteo, un capitan, cuatro tenientes, un alferez, 103 individuos entre sargentos, cabos i soldados, 63 mugeres, i 53 niños, eran los únicos que á fines de mayo sobrevivian á tanta catástrofe: todos los demas habian sucumbido sin mas defensa que la del sable i la bayoneta, á escepcion de 62 prisioneros que se hallaban detenidos en el depósito general de Orituco, i algunas familias que se presentaron al campo enemigo afligidas por el hambre. Todos, pues, perecieron en los combates, ó á impulsos de las enfermedades producidas por los duros padecimientos de aquella fiera campaña.

El mismo Arizábalo habia sido hecho prisionero en una accion que sostuvo en 22 de enero de 1829 en la quebrada de las *Raices*, en la que se estuvo batiendo desde la una hasta las cinco de la tarde, i en la que habia esperimentado asímismo la irreparable pérdida del esforzado comandante don Inocencio Rodriguez; pero el nunca bien ponderado Doroteo con su guerrilla de solos 30 hombres, llegó al alcance de los 80 que conducian á su general, i descargando mortíferos golpes logró rescatarlo de sus manos, haciendo morder el polvo á 12 de ellos con el solo esfuerzo de su brazo.

Ya á principios de junio estaban exánimes estos últimos restos de la fidelidad, devorados del hambre i sin mas vestido que un pedazo de trapo para cubrir la decencia. La vista del Océano desde la cumbre de la Sierra azul, servia en algunos momentos de consuelo, del cual se pasaba mui pronto á la desesperacion recordando el abandono de la escuadra.

Aquella tribu errante pedia con las lágrimas en los ojos al sensible Arizábalo la salvase de la miseria i de la cuchilla enemiga. Aun el impávido Doroteo se quejaba amargamente de los españoles, i esclamaba sin cesar "¿es posible, mi general, que nadie se acuerde de nosotros? Ya que se han olvidado de estos pobres Pardos que defienden á su Rei, ¿cómo no les interesa á lo menos el saber que hai un español entre ellos?" El valientísimo Centeno por otra parte le presentaba á su esposa i compañera de sus trabajos, en meses mayores de su preñado, diciendo en un tono de voz capaz de enternecer al corazon mas empedernido. "No tengo una choza que sirva de abrigo á esta desgraciada en los momentos del parto: está desnuda como todas las demas: no encuentro ya raices con que sostener su miserable existencia: sabemos que los enemigos han tratado bien á los últimos prisioneros que nos han hecho: es de esperar que nos den igual acogida si nos presentamos."

Eran estas escenas demasiado vivas i penetrantes para que dejasen de conmover al benéfico Arizábalo. Se estremecia al pensar que el premio de tanta constancia i heroismo pudiera ser una muerte cruel. Rendido finalmente á esta poderosa consideracion, determinó hacer el último sacrificio, mas sensible todavía que el de derramar su sangre en las batallas. Reuniendo á sus gefes i oficiales les hizo conocer que se hallaba finalmente dispuesto á capitular con los enemigos siempre que pudiese obtener las condiciones honrosas que eran debidas á sus padecimientos i valor; i que si así no lo conseguia se preparasen todos á morir haciendo el último esfuerzo, porque no de otro modo quedaria cubierto el honor de las armas del Rei, i por el contrario se convertirian en indelé-

bles mengua é ignominia cuantos rasgos de heroísmo i decision habian practicado en su ilustre carrera.

Falto Arizábalo de todo i sin mas papel que la hoja en blanco de un oficio de á pliego que conservaba de los enemigos, formando tinta azul del zumo de una fruta, i tomando una pluma de Paugí, escribió en 12 de junio á Lorenzo Bustillos, gefe de los insurgentes del circuito de Rio-chico, la siguiente carta que es digna de que pase íntegra á la posteridad.

«Mui señor mio: en sus manos confio la suerte de los »hombres mas valientes de Venezuela: V. lo ha visto: lo ha »presenciado Colombia, i todavía restan motivos mayores de »admiracion: resuelto estoi á cumplir la promesa que tantas ve»ces he hecho de morir con las armas en la mano; pero si de»sea V. salvar su vida i economizar la sangre que precisamente »ha de derramarse, le propongo una entrevista, esperando que »ésta sea en la hacienda de la boca del rio de Aragua, á »donde pasaré acompañado únicamente de dos hombres, pues »mi rubor por el estado de desnudez en que me encuentro, »no me permite entrar en ninguna poblacion. Para garantía »de esta negociacion entrego mi persona en rehenes en cam»bio de la de un coronel que quedará en poder de las tro»pas de mi mando hasta los últimos resultados de nuestra »entrevista. Si el gobierno de Colombia accede á ella, es»pero la contestacion dentro de cuatro dias, i con ella algu»nos víveres para hacer mi marcha, que deberán ponerse en »el punto del Batatal con una bandera blanca en señal de »buena armonía. Soldado español soi que cumplo lo que »ofrezco; mas si por parte de Colombia se abusase de mi fran»queza, i se cometiese alguna felonía, sobre V. pesarán los »terribles males producidos por el furor de la venganza. Soi »de V. por la consideracion que exige la atencion su servi»dor José Arizábalo."

Entregada esta carta á dos mugeres dependientes de dicha division realista con instrucciones de propalar la voz de que la fuerza de Arizábalo ascendia á 800 hombres de ar-

mas, distribuidos en varios cantones, fue presentada por las mismas el dia 14 á las primeras tropas del acontonamiento enemigo, desde donde fue trasmitida al teniente de navío José Miguel Machado que mandaba el circuito de Rio chico por ausencia temporal del teniente coronel Lorenzo Bustillos.

Trasmitió aquel gefe dichos despachos al general Paez por un estraordinario, i mientras llegaba su contestacion envió 4 hombres al punto del Batatal con dos arrobas de carne seca, dos quesos de flandes, ocho libras de pan, cuatro botellas de vino tinto, dos de rom i dos pares de zapatos, con una carta mui espresiva acompañada de los mas ardientes elogios, en la que le ofrecia todas las garantías que pudiera apetecer para verse sin temor ni desconfianza.

Convocados Centeno i Doroteo por Arizábalo, los enteró del primer resultado de sus negociaciones, les manifestó su resolucion de ponerse en marcha para el campo enemigo, dejándoles los mas sanos consejos i las órdenes de mantenerse en la quebrada de las *Raices*, en donde encontrarían algunas frutas con que alimentarse en tanto que se resolvia esta importante cuestion; previniéndoles por último que si él no volvia, seria prueba de alguna felonía usada por los enemigos, en cuyo caso era preciso vengar su sacrificio personal para dejar bien puesto el honor de las Reales armas.

Con estas i otras prevenciones, cuales fueron asimismo las de no admitir clase alguna de escrito ni comunicacion hasta su regreso, emprendió su marcha en 22 de junio, i ya al dia siguiente se halló á la boca del rio de Aragua, en donde encontró preparado un caballo, i habiendo montado en él llegó á la citada hacienda, en la que fue recibido por el mismo Machado acompañado por 27 personas de las de mas distincion, pasando por el medio de las tropas enemigas que le hicieron los honores de capitan general de provincia. La acogida que tuvo de esta comitiva fue mas bien la de un conquistador afortunado que la de un hombre rendido: todos se esmeraban á porfia en prestarle con el mayor cariño cuantos servicios podia necesitar en su triste estado, pror-

rompiendo en desmedidos elogios que llegaron á ruborizar á este modesto comandante.

Como en medio de sus alabanzas resonaban las voces de libertad é independencia, i la gratuita designacion de este héroe para modelo de los que seguian aquel partido, contestó Arizábalo altivamente, que si bien estaba agradecido á aquellas demostraciones de afecto i consideracion, seria eternamente enemigo de los que lo fueran del Rei de España. Lejos de irritarse los rebeldes por tan atrevida contestacion esclamó Machado en alta voz estrechándole en sus brazos, "esto se llama tener honor i carácter; estos son los »hombres cuyas virtudes deben ser propuestas como pre»ciosos objetos de imitacion."

Habiendo tomado una hora de descanso, se sentó á una espléndida mesa, en la que los obsequiantes hicieron brindis por su ilegítima causa, i Arizábalo por su Rei i Señor; cuyo atrevimiento lejos de desagradarles fue aplaudido por los mismos, siendo repetidos los vivas al Señor don Fernando VII por sus mismos enemigos. Al amanecer del dia siguiente pasaron todos al pueblo de Rio chico, recibiendo en su tránsito las mayores congratulaciones; i llegando Bustillos al mismo punto el 9 de julio le hizo presente las facultades que tenia del general Paez para reconocerlo por general de brigada, i á sus gefes i oficiales por los grados con que se hallaban condecorados.

Desechada con indignacion esta propuesta, i significándole que el objeto de su entrevista no era de modo alguno el de adherirse á su partido sino el de asegurar una honrosa capitulacion, le fue contestado que no podia acceder á ella por carecer de instrucciones para este caso. Dirigidos en su consecuencia al general Paez los artículos que aquel proponia, envió dicho caudillo con fecha de 15 de agosto nuevos despachos á Bustillos autorizándole para que concediese á Arizábalo cuanto habia pedido. Los mas furiosos republicanos se empeñaron en contrariar estas disposiciones; pero

enmudecieron cuando Paez les contestó con firmeza »que »si los que tanto orgullo manifestaban fuera del peligro »eran capaces de vencer en campaña á quien tantos daños »estaba causando á la república desde el año 27 se ren-»diria desde luego á su voluntad.» Fue por lo tanto firmada i ratificada esa brillante capitulacion que llenó de gloria á los rendidos i honró mas que ninguna al pabellon español.

La suspension del uso de las armas, las que deberian ser puestas en depósito, celebrándose este acto solemne con tambor batiente, bala en boca, i con cuantos honores han sido inventados en tales casos para dejar airosas las tropas vencidas; la facultad á los gefes i oficiales de conservar sus espadas con todas las prerogativas i exenciones propias de sus empleos militares; la obligacion por parte de los disidentes i á cargo de su erario de trasladar á la isla de Puerto rico ó Santomas á todos los capitulados que quisiesen abandonar aquel territorio: la libertad de cuantos realistas hubieran sido presos anteriormente inclusos los estrangeros; la amnistía general á las personas, i sólida garantía á las propiedades sin que en ningun tiempo pudiera hacerse cargo á nadie por sus ideas i operaciones anteriores; la libertad concedida á los capitulados de vivir todos en un punto escogido por los mismos i en estado semi-independiente, nombrando entre ellos las autoridades i jueces que correspondiesen al número de la poblacion; la terminante declaracion de que toda duda que ocurriese en el cumplimiento de dicha capitulacion, se decidiria siempre á favor de los súbditos de S. M., i otras condiciones igualmente decorosas i favorables, especialmente la de que dichas armas no eran rendidas i sí depositadas, de modo que el gobierno español tiene un derecho indisputable para reclamarlas, fueron las bases para la sumision de 183 hombres débiles i espirantes á causa de la hinchazon producida por la raiz llamada *Changuango*, de que se alimentaron en los últimos dias.

¡A tan corto número habian quedado reducidos los defensores activos i pronunciados del Soberano español en aquellos dominios!

Este fue el resultado de una guerra cruel de veinte i dos meses, desempeñada por los realistas con tanto ardor i entusiasmo que les hizo adquirir los mas solemnes títulos á la gloria. Fue con efecto inimitable en particular la del comandante Arizábalo, cuyos heróicos hechos deben llenar de orgullo á la nacion que le dió el ser.

Si todos los que han mandado las armas españolas en América hubieran sido del temple de Arizábalo, i sí del mismo modo que éste, hubieran sabido grangearse la opinion del pueblo con un generoso i noble comportamiento, no vería la España disuelto el nudo que la unia con sus posesiones últramarinas; ni éstas se hallarian sumidas en todos los horrores de la anarquía, desolacion i ruina.

Este esforzado guerrero llevó la arrogancia hasta el estremo de devolver airadamente el pasaporte que le habia sido librado para salir del pais, porque no se espresaba en él su carácter de comandante general de las tropas reales, i obtuvo otro con esta honrosa calificacion. Cuando al embarcarse en la Guaira observó que tremolaba la bandera insurjente en la falúa que iba á ponerlo á bordo del buque que debia conducirlo á Santómas, hizo ver con fiereza su aversion á aquel emblema de la rebeldía, i fue inmediatamente quitado de su vista. Arizábalo, pues, nos ofrece un argumento poderoso contra los apocados de ánimo, que creen irrealizable la sumision de América al dominio del Rei.

Si en el centro de una república, que ha sido la madre de otras i la cuna de la insurreccion general; si á la vista del decantado héroe de la libertad americana se ha sabido sostener por el espacio de veinte i dos meses un puñado de valientes, movido por el solo influjo de un bizarro español sin haber recibido el menor ausilio de la Madre patria; si solo el prestigio del trono legítimo ha sabido conmover po-

blaciones enteras i llenarlas de tan varonil aliento que todos los esfuerzos de los republicanos no han podido amortiguar este fuego de acendrado realismo; si durante esta larga i penosa campaña no se cuenta un solo caso de desercion de parte de los leales, á pesar de tan duras privaciones que por largas temporadas no tuvieron mas víveres que frutas silvestres, raices, carne de tigre, de leon, de mapurite i de mono; si los disidentes se han estrellado repetidas veces en sus indomables pechos; si dicha república habia sido estremecida hasta el punto de creer mui próxima su ruina luego que dichos realistas del interior llegasen á ponerse en comunicacion con la escuadra española que apareció por aquellos mares; si finalmente no pudo el citado gobierno disidente triunfar de aquellos resueltos guerreros sino por medio de condiciones las mas honrosas que se hayan concedido en la guerra de América, ¿podrá dudarse de lo predispuesta que se halla la opinion á favor del dominio del Rei, que es el áncora de su esperanza en el naufragio político de aquellos paises?

Si estos fieles soldados abandonados á sí mismos i desprovistos totalmente de elementos guerreros lograron tantas ventajas sobre los enemigos ¿cuál hubiera sido el resultado si la citada escuadra les hubiera entregado 1150 fusiles, 3U libras de balas, 25U piedras de chispa, muchas pistolas, i monturas que habia tomado en Puerto Rico, i otros 500 fusiles, 100U cartuchos embalados i 1U onzas de oro *que llevaba* de la Habana, con avisos de este intendente al de dicha isla de Puerto Rico para que dispusiera asimismo de 56U pesos que habian sido depositados en Santiago de Cuba para apoyar esta empresa? ¿I cuánto mas seguro habria sido su triunfo si algunas tropas regladas se hubieran presentado en los terribles momentos de alarma en que se hallaron los disidentes? (1).

(1) Sensible fue por cierto i mui costosa la equivocacion padecida por el comandante general de marina don Angel Laborde en esta ocasion.

La capitulacion concedida á Arizábalo es otro argumento que comprueba el estado de la opinion á favor del Monarca español. Los venezolanos no son ni cobardes ni irresolutos; se entusiasman en su vez por la gloria, i acaso en muchos el amor escesivo i equivocado de este ídolo ha sido causa de sus aberraciones. Los actos solemnes de que se ha hecho mencion i que tienen demasiada publicidad para que puedan ocultarse, degradarian en estremo á aquellos gobernantes sino observáramos la decisiva influencia que han tenido en ellos otras razones políticas.

El respeto que por una parte infunden los leales i valientes, el oculto empeño de patentizar á la España que los pueblos de Venezuela de 1829 no son los mismos que por un error de cálculo segundaron los impulsos de la revolucion en los primeros años; el deseo de que las atenciones usadas con los citados realistas sean tenidas en consideracion para cuando las armas españolas lleguen á restablecer su antiguo esplendor en aquellas provincias; i finalmente el absoluto desengaño de la imposibilidad de ser felices sus moradores sin el soberano influjo, han sido los agentes principales de la estraordinaria deferencia tenida con las tropas rendidas por Arizábalo.

Sea como quiera, éstas se han hecho acreedoras á la mas ardiente gratitud de la España i han escitado la admiracion

Su no bien calculada creencia de que no existian las indicadas tropas realistas hostilizando á los disidentes, ó de que serian á lo mas algunas partidas de facciosos que habian tomado la Real divisa para dar una sancion legítima á sus desórdenes, fue causa de que la espedicion dirigida con tanto celo por el capitan general è intendente de Puerto Rico se malograse por no haber querido dicho Laborde permanecer sobre las aguas de Riochico 40 ó 50 dias como se le habia indicado en la referida isla de Puerto Rico, con cuyo motivo fueron abastecidos sus buques con dos meses mas de víveres sobre los tres con que habia salido de ia Habana; alegando como causa de su desconfianza el ningun aviso que recibió de la costa en los nueve dias que permaneció sobre ella.



universal: su digno comandante, en particular, no podrá menos de recibir las muestras mas positivas del Real agrado. ¡Ojalá haya muchos imitadores de este benemérito gefe, i el católico Fernando volveria á gloriarse todavía «de »que el astro luminoso no pueda ocultarse de sus vastos do»minios!»



DISCURSO FINAL.

Ha llegado á su término la árdua empresa que tuvimos el atrevimiento de acometer: la Historia de la revolucion hispano-americana ha sido desenvuelta en todos sus aspectos i lugares, menos en la capitanía general de Guatemala, en la que no hemos hallado sucesos importantes que merezcan fijar la pública atencion hasta el 1827, en que se asomó la guerra civil á devorar este pais que habia podido salvarse de la conflagracion general. Desde dicha época vemos copiados los mismos desórdenes que ya nuestra pluma está cansada de describir. Aunque en el curso de nuestra historia están estensamente enumeradas las causas del orígen de esta aciaga revolucion, de sus progresos i de su desenlace fatal para las armas del Rei, es este punto sin embargo de tanta importancia que nos ha parecido conveniente presentar por conclusion un cuadro analítico de ellas.

La imprevision de la mayor parte de los gefes que mandaban en América cuando estalló la guerra de Napoleon contra la España en 1808, i su falta de energía para sofocar las conmociones populares; la formacion de juntas á imitacion de las de la península; la exaltacion de los europeos por tener parte en el gobierno bajo el aparente i funesto pretesto de desconfiar de la fidelidad de algunos de dichos gefes; la intempestiva alocucion de la regencia de Cádiz en 1810; el desconocimiento de la legítima autoridad en varios puntos; la libertad trasladada á las playas de América en 1812 con la ominosa constitucion de las córtes de Cádiz; la arrogancia de las tropas espedicionarias, i el impolítico desprecio con que fueron mirados al principio los pue-

blos i los cuerpos americanos; la conducta violenta de algunos de los encargados de los mandos; las discordias tan comunes entre estos mismos, i sus repetidos ejemplos de insubordinacion; las ideas liberales propagadas por desgracia con tanta rapidez en 1820 en las filas españolas, que una parte de la oficialidad contaminada por ellas llegó á considerar como una incoherencia de principios el combatir la independencia i libertad del Nuevo-Mundo; el descuido, la torpeza, i finalmente el aburrimiento de muchos militares españoles por una lucha tan terca i espinosa, i su deseo de regresar á sus hogares: estas i otras causas emanadas de los mismos principios fueron los agentes de la momentánea emancipacion de hecho de los americanos, independientemente de los eficaces ausilios prestados sin cálculo ni acierto por algunos gobiernos estrangeros.

Doloroso nos es recordar defectos de nuestros compatriotas; i mas doloroso todavía el manifestar que la América no debió perderse, segun hemos dicho varias veces, si en todos los depositarios del poder hubiera habido el tino i la circunspeccion convenientes, en los subordinados la debida obediencia i sumision, i en todos la necesaria política. A pesar de estas tristes verdades que no podemos ocultar sin hacer traicion á la obligacion sagrada que contrae todo historiador, resplandecen infinitos rasgos de lealtad, valor, inteligencia, constancia i sufrimimiento que han perpetuado el esplendor que en todos tiempos han tenido las armas españolas. La guerra de América ha sido de las mas activas, porfiadas i sangrientas: aunque sus causas i efectos han variado mui poco en los diversos estados en que está dividido este inmenso pais, el modo de desempeñarla ha sido tan diferente como el carácter de sus habitantes.

Hemos visto en Méjico luchar constantemente enormes masas rebeldes sin orden ni concierto, supliendo con la terquedad la ignorancia militar, i con la abundancia de su poblacion las grandes bajas que esperimentaban por falta de cualidades guerreras, i por torpeza de sus caudillos, sin que

por tantos i tan repetidos contrastes dejasen de inflamarse poblaciones enteras á la voz de génios astutos i viciosos, ni de correr gustosas al sacrificio seducidas por las erróneas doctrinas de personas que por su ministerio debian merecer i merecian la confianza pública.

Hemos visto en las provincias de Venezuela una guerra feroz manejada por ambos partidos con encarnizamiento i obstinacion, siendo generalmente el resultado de sus batallas el quedar el campo por los muertos: hemos visto por un gran periodo de tiempo presidir á todas sus operaciones militares un génio sediento de sangre que no ha respetado la de padres, hijos, hermanos i deudos los mas allegados, i que no ha quedado satisfecho hasta haber derramado la de mas de 509 hombres con todos los atributos del furor.

Hemos visto en el reino de Santa Fé mayor repugnancia para entregarse á los horrores i devastacion; pero momentos de obstinacion i despecho en los que los *lanudos* han hecho algunos paréntesis á la suavidad de sus costumbres.

Hemos visto en Quito un espíritu intrigante mas bien que guerrero, i una inflexible tenacidad para el buen resultado de sus planes revolucionarios, de la que no eran creidos capaces los alegres, blandos i amables habitantes de aquel reino.

Hemos visto en el Perú una guerra de diez i siete años acompañada de la efusion de mucha sangre, pero conducida siempre con orden é inteligencia, escepto pocos casos, i habiendo sido en toda esta serie de años las batallas campales las reguladoras de la opinion.

Hemos visto presidir igualmente en Chile bastante moderacion al espíritu revolucionario, observarse el derecho de gentes, salvo algunas escepciones i decidir sus cuestiones en batallas tambien campales sostenidas con cordura i pericia.

Hemos visto en Buenos Aires una fanática exaltacion producida por algunas cabezas escéntricas de presumidos doctores, que habiéndose puesto á la cabeza de la revolucion

han desplegado tanta fiereza en los combates como fogosidad i vehemencia en sus congresos i asociaciones políticas, i que á fuerza de cursar la nueva carrera han adquirido en ella una funesta nombradía, i llegado á organizar brillantes ejércitos para llevar con ellos la peste revolucionaria á los paises comarcanos.

Asi, pues, á un mismo tiempo se halló toda la América española sobre las armas, peleando la mitad de ella por la independencia, i la otra mitad á favor del Monarca legítimo. Á pesar de los defectos indicados, sin los cuales habria sido esterminado varias veces el génio de la insurreccion, estuvo boyante la causa Real *hasta 1818, porque si se* esceptúa Buenos-Aires, que se perdió en 1810, i la plaza de Montevideo que se rindió en 1814, ondeaba el pabellon español por todas las capitales i fuertes importantes de aquellos vastos dominios.

En dicho año de 1818 se perdió Chile de un modo inesperado, i fue creada á su consecuencia la marina de los rebeldes que en 1819 adquirió el dominio del Pacífico, bloqueó las costas del Perú, i atacó la formidable fortaleza del Callao. En 1819 se perdió el reino de Santa Fé en la batalla de Boyacá, dada por Bolivar que huía despavorido de las victoriosas armas de Morillo.

En 1820 hubo en todos los estados una calma precursora del gran volcan político que estalló al año siguiente, durante el cual se perdieron asombrosamente las provincias de Venezuela en la batalla de Carabobo; se perdió Cartagena por falta de ausilios; i se perdió Méjico por demasiada confianza de los gobernantes, i por deslealtad i ambicion de no pocos europeos, sin cuya activa cooperacion jamás habria triunfado el revolucionario Iturbide.

Se perdió en 1822 el reino de Quito por descuido de los gefes españoles. Se perdió el vireinato de Lima en 1824 por las discordias entre las mismas tropas leales; i se perdieron finalmente las provincias del Alto Perú en 1824 por la imprevision i falta de cálculo de su comandante general.

La América, pues, repetimos, no se ha perdido por la fuerza de la opinion, á favor de la independencia, tampoco por la mayor inteligencia i denodado espíritu de los combatientes revoltosos, i menos por la superioridad de sus elementos guerreros. *La América se ha perdido contra la voluntad de la misma América*: esta es una atrevida proposicion, sentada por un sugeto mui conocedor de sus páginas revolucionarias, i que copiamos aunque no sea del agrado de nuestros campeones de Ultramar, porque nuestra opinion se aproxima mucho á esta misma creencia.

La América no estaba preparada para una revolucion tan sangrienta. El arrojo de unas docenas de intrigantes i ambiciosos debiera haberse estrellado en su mismo desvarío, en la fidelidad de las masas, i en el sistema de pasiva obediencia que habia sido constantemente su divisa. Las castas, que en nuestros dominios de Ultramar componen la parte mas numerosa de la poblacion, no han conocido mas opinion que la de estar sumisas al gobierno establecido: si alguna vez han sido conmovidas por los revolucionarios se ha debido esta alteracion á las seductoras promesas de resucitar sus antiguos imperios, ó de enriquecerlas con los despojos de los rendidos.

Al principio de esta guerra civil los combatientes por una i otra parte eran naturales del pais; ningun individuo perteneciente al ejército español se pasó á las banderas contrarias hasta que la imprudente conducta de algunos de sus gefes i su falta de política para conservar el prestigio real, retrajo á muchos de la carrera de la fidelidad, si bien posteriormente han llorado amargamente su yerro.

Las teorías de los disidentes eran por otra parte demasiado halagüeñas i aun encantadoras para que muchos incautos dejasen de deslumbrarse con ellas. Libertad, regeneracion política, gobierno supremo dentro del mismo pais sin tener que recurrir á dos ó cuatro mil leguas de distancia para toda clase de gracias i apelaciones, opulencia, prosperidad i gloria: he aquí los estímulos mayores de los revolucionarios para llevar adelante su empresa. Muchos americanos sensatos

bierno deben ser los agentes mas activos de la restauracion. El acierto en el gefe á quien sea confiada esta grande obra, i las virtudes de sus subalternos i empleados deben formar las principales garantías de su buen resultado, huyendo todos de los terribles escollos en los que se ha estrellado una vez la bizarría i constancia española, i que de intento hemos indicado en el curso de nuestra historia con una viveza de colores tal vez algo recargada para que deje impresiones fuertes i permanentes.

Ya estamos oyendo los argumentos que opondrán los que no ven los negocios de América por el mismo prisma: será al parecer el mas fuerte la reflexion de haber sucumbido nuestros guerreros en un solo combate desgraciado, despues de haber sostenido mil de ellos á cual mas glorioso; deduciendo de ella que si la opinion no se hubiese generalizado á favor de la independencia ¿cómo era posible que habiéndose rehecho los disidentes de tantas derrotas, no pudieron los realistas resistir al torrente devastador de una sola? Cuestion es esta verdaderamente peliaguda; pero que es preciso desenvolver con alguna claridad, aunque no haya sido presentada en nuestro concepto bajo su verdadero punto de vista por los interesados en ella, sin duda por evitar la parte de censura que podia comprenderles. Aunque respetamos las virtudes i servicios de cada uno de ellos en particular, respetamos mas los intereses públicos, ante los cuales deben enmudecer los privados, i toda otra consideracion i miramiento.

Los disidentes no tenian mas patria que la América: aunque batidos una i mil veces, i obligados sus caudillos á mendigar algun asilo en los paises ó islas contiguas i en los bosques é impenetrables desiertos, volvian con nuevo ardor á la pelea aunque no pudiesen contar con ninguna de las probabilidades de la victoria. La emigracion era para ellos mas terrible que la misma muerte: á fuerza de su indomable valor i constancia llegaron á hacerse superiores á sus desgracias i á dominar la misma fortuna.

Los españoles tenian sus familias i sus mas caras relaciones en el continente europeo; sabian que cumpliendo estrictamente con lo que prescriben las leyes de la milicia hallarian un generoso apoyo en el mas bondadoso de los Monarcas, una distinguida consideracion de parte de sus compatriotas, i todos los honores i sueldos correspondientes á sus grados i empleos. He aqui la causa de haber rendido las armas con honor sí, pero sin haber hecho los desesperados esfuerzos de sus contrarios.

No es nuestro ánimo acusar á estos distinguidos gefes de haber faltado á sus deberes, i sí hacer ver que sino hubiera habido una suspirada España para recibirlos en sus desgracias, habrian desplegado un heroísmo fiero i forzado, al favor del cual habrian dejado de ser decisivas algunas de sus derrotas. Estas duras pruebas de furor i despecho pertenecen sin embargo á la parte de servicios estraordinarios, que si bien son recomendables cuando se practican, no menoscaban de modo alguno la opinion de quien se rehusa á ellas. Si hemos entrado en estos pormenores es con la idea de demostrar que la obstinacion de los rebeldes fue hija de la necesidad i no de sus virtudes, en las que son mui inferiores á sus maestros los españoles.

Si se examina la conducta de estos últimos en general, se hallarán sublimes rasgos de valor, fidelidad, rectitud, desinterés i sufrimiento; pero los pocos casos que hai de escepcion á esta regla, han sido sumamente funestos á los Reales intereses. Si no podemos menos de manifestar que la América continuaría bajo la dependencia de España sin la revolucion constitucional de la península, i sin los errores i defectos de nuestros mismos compatriotas, nos es sumamente grato recordar sus brillantes hazañas i la gloria que han adquirido con ella, aunque una dura fatalidad haya venido á privarles del fruto de tantos servicios.

Todos los españoles han peleado en América con el mismo ardor i bizarría que en tiempo de los Corteses i Pizarros; tan solo faltó á estos modernos guerreros la heroica resolu-

cion de haber quemado sus naves para haberlo fiado todo á sus propios recursos sin acordarse de su patria primitiva, sino para reverenciar el nombre de su Soberano, i para sacrificarse en su obsequio.

Los que han militado en Méjico han vivido en un perpétuo estado de alarma é inquietud, rodeados con frecuencia por numerósas turbas, que si bien eran demasiado débiles para sostener el empuge de nuestros arreglados batallones, no eran menores los quebrantos que causaban en ellos con esa horrible guerra de partidas, con las que los hostigaban del modo mas cruel i porfiado.

Los que han peleado en la América del Sur han sufrido ademas de las citadas penalidades, las mas duras privaciones, el hambre, la desnudez, i aun mas de una vez la horrible miseria, especialmente en las provincias de Venezuela, en donde llegaron á faltar totalmente los recursos metálicos i á escasear sobre manera los artículos de primera necesidad.

Seria, pues, un acto de injusticia negar á estos esforzados militares los elogios á que se han hecho acreedores por la brillante carrera que han recorrido generalmente en tan larga i terrible lucha. Nos parece que sus ilustres acciones quedan bien consignadas en el curso de nuestra historia, i que no podrá la mas severa censura manchar con injustas generalidades su buena reputacion.

Los cuatro últimos capítulos serian suficientes por sí solos para dar opinion á las armas españolas si se hallasen en el caso de necesitarla. La defensa del Callao i de la isla de Chiloe, la campaña de Arauco por Senosiain, i la de Costa firme por Arizábalo son cuatro hechos de los mas honrosos i recomendables que dan á la terminacion de nuestra empresa un grado mayor de interés é importancia.

La salida de nuestras últimas tropas de América ha sido sumamente gloriosa, i ha debido convencer aun á los hombres mas frios ó contrarios al plan de restablecer la autoridad real en aquellos paises, de que la opinion es mas favorable á nuestro augusto Monarca de lo que muchos han

ADVERTENCIAS GENERALES.

El tiempo que ha trascurrido desde que principiamos la publicacion de la presente historia nos ha puesto en estado de conocer el juicio que se ha formado de ella. Si bien hemos visto con singular complacencia i síncera gratitud los elogios que generalmente le han sido tributados, hemos observado asimismo algunos rasgos de crítica, á los que nos ha parecido conveniente dar las debidas aclaraciones. Suponen algunos que la parte de censura á las personas es demasiado suave, i algo exagerada la descripcion de sus hechos militares.

Para manifestar la poca oportunidad i justicia de estos reparos, diremos en cuanto al primero, que todos los vicios i defectos están sobradamente indicados, si bien con el decoro debido á los tiempos, i con la moderacion i prudencia que es propia de nuestro carácter, inclinado mas bien á merecer este cargo que la nota de desvergonzados, descorteses i violentos. En cuanto al segundo, nos parece que nuestras alabanzas recaen siempre sobre el verdadero mérito, i que si algunos cuadros han salido demasiado animados i brillantes, es no solo escusable en un escritor que canta las glorias de su nacion, sino que seria altamente reprensible si por evitar este pequeño escollo, ó por dar gusto á los severos Catones defraudase los títulos de recomendacion i los gloriosos timbres adquiridos por una porcion considerable de españoles que han dado tanto honor i lustre á la Monarquía.

Algunos hai que se quejan de no representar en este drama histórico el papel importante á que se creen acreedores. Podrá ser fundada esta objecion; pero como nuestro principal empeño se ha dirigido mas bien á los hechos que á las personas, no es estraño que sobre estas haya habido alguna

emision, la que sin embargo reconocerá por sus verdaderos causantes á los mismos interesados que se han rehusado á enviarnos los apuntes documentados que pedimos del modo mas público con mucha antelacion.

Otros hai que llevados de una siniestra prevencion contra toda empresa, cuya ejecucion no se presenta realizable á su limitado ingenio, han lanzado furiosos anatemas contra la presente; i sin haberse querido detener á examinarla por sus resultados, por mas que personas sensatas hayan tratado de templar su irritacion, continuan en su obstinado error. Estos son enemigos poco temibles porque sus argumentos no están apoyados en el raciocinio, i sí en la fuerza de sus pulmones.

No hace muchos dias que ocurrió una acalorada cuestion sobre este mismo punto. Un distinguido personage, que por desgracia se halla en la clase de los obcecados antagonistas, sostuvo pro aris et focis *su precipitado empeño: otro sugeto perfectamente impuesto en la materia le demostró con razones tan convincentes su equivocacion, que solo un exaltado amor de la propia opinion pudo terminar la conferencia sin confesarse vencido. Nos parece mui oportuno copiar sus mismos argumentos, porque tal vez con ellos se impondrá silencio á los enemigos de las historias cohetáneas.*

Si la de la revolucion hispano-americana no debe leerse porque no puede ser buena, i no puede ser buena porque describe los hechos del dia, i porque sus autores viven, i muchos de ellos residen en esta corte, luego no deben saberse los importantes sucesos ocurridos en la guerra que nos ha hecho perder aquellas ricas posesiones; luego por temor de que no puedan darse groseros dictados á las personas, ó de que no sean presentadas al público con los horribles colores que exigirian las pasiones de unos i la vulgar é injusta creencia de muchos deberá renunciarse á la utilidad de aprender en la grande escuela práctica de la guerra civil del Nuevo Mundo el modo de evitar en lo sucesivo males de tanta trascendencia.

Luego deberá quedar reservado para nuestros tartaranietos el conocimiento de una revolucion tan ruidosa i que por

tanto tiempo ha ocupado i ocupa la Europa entera. Luego si tan erróneo principio llegara á admitirse, seria preciso quemar la mayor parte i las mejores historias antiguas i modernas, porque han sido escritas en tiempo de sus protagonista i aun no pocas por ellos mismos. Luego habrian de ser sumergidos en el abismo vandálico los comentarios de Julio Cesar, la retirada de los 10⁰ griegos por Genofonte, las obras de Tácito, Salustio, Ciceron, Tucídides, Polibio, Diódoro Sículo; las cartas de Hernan Cortés al Emperador Carlos V, la historia de Bernal Diaz del Castillo i otras infinitas que se omiten en obsequio de la brevedad.

Luego deben asimismo proscribirse las memorias militares del archiduque Carlos, del gran Federico, de Napoleon i toda otra clase de trabajos históricos si tienen la desgracia de no haber sido escritos 50 años por lo menos despues de haber muerto las personas interesadas en ellos. Luego ni los papeles públicos podrán leerse porque su principal mérito consiste en hablar de las personas i de las cosas del dia. Pero ¿á donde vamos á parar con las legítimas inferencias que brotan espontáneamente de dicho absurdo principio?

Esta fue la acalorada cuestion que terminó por falta de combatientes, es decir porque el lógico argumentante, aunque victorioso, tuvo la prudencia de ceder el campo al terco antagonista guerrero, quien creyéndose estar al frente del enemigo, convirtió en deber militar lo que era mas bien un deber del raciocinio.

Ampliaremos estos argumentos porque observamos que se ha omitido en ellos una razon que no es de peso inferior á las ya alegadas ¿Qué historia merecerá mas fé, la que se presenta á la censura pública cuando viven los que pueden impugnarla i reconvenir al autor por las equivocaciones en que haya incurrido, ó la que se escriba cuando se haya perdido enteramente la memoria de los sucesos, i cuando no haya uno que pueda contradecirlos?

Ni se crea que nosotros desconocemos las dificultades que se ofrecen á los escritores de historias cohetáneas; no es esta la

pre posible hallar testimonios de rectificacion. Tenemos confianza sin embargo de que no serán ni tantas ni de tal trascendencia que puedan desviar al público sensato de formar una opinion que no sea arreglada á lo que arroja de sí la realidad de los hechos.

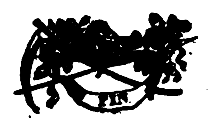
A pesar de nuestro esmerado celo i del espíritu esplorador é imparcial con que hemos procurado desempeñar nuestra empresa político-histórica, i aunque pudiera admitirse el caso de que ésta hubiera salido totalmente exenta de errores, han de resonar al mismo tiempo en varios puntos, especialmente cuando se haya repartido este último tomo, no pocas declamaciones contra ella.

Conocemos el modo con que varios individuos de todas clases han presentado al gobierno i al círculo de amigos i conocidos de que cada uno se ve rodeado, los sucesos en que han estado interesados: nuestras descripciones, aunque convengan en lo esencial con los relatos de dichos sugetos, difieren sin embargo en varios puntos accesorios; i es mui natural presumir que ya por sostener su empeño han de ser nuestros impugnadores. Aun suponiendo que no haya de parte de ellos animosidad personal ni aun falta de aprecio ni de consideracion ácia su autor, en cuyo caso creemos se hallarán todos con mui pocas escepciones, se ven sin embargo en la dura alternativa ó de decir que la citada historia no es exacta, ó de confesar que se han equivocado i que han desfigurado algunos hechos. No es fácil hallar tanta generosidad en materias que lastiman el amor propio, i no esperamos por lo tanto que nuestra obra se salve de sus tiros.

Bien penetrados estamos de los obstáculos que se ofrecen en la actualidad para dar á la misma todo el crédito que nos parece puede merecer; los hombres de fina crítica sabrán tomar en consideracion estas oportunas reflexiones para oir con desconfianza toda clase de picante oposicion, especialmente si procede de personas que se creen ofendidas.

Nos seria sumamente grato que si merecemos alguna crítica se haga ésta cara á cara i en regla, es decir, urbana

i decorosamente como conviene á gentes de honor, i como corresponde al estilo que hemos adoptado: en cuyo caso consideraremos como menor gloria la de deshacer victoriosamente los argumentos contrarios, que la de vencer los punzantes estímulos de nuestro amor propio, confesando sencillamente los errores en que hayamos podido incurrir i que estaremos prontos á rectificar en las siguientes ediciones.



INDICE.

1820.

1823.

1824.

1827, 1828, i 1829.





